

James Potter

Y LA ENCRUCIJADA DE LOS MAYORES



G. NORMAN LIPPERT

Basado en los personajes y caracteres creados por J.K. Rowling

①

JAMES POTTER

Y LA ENCRUCIJADA DE LOS
MAYORES



George Norman Lippert

Traducido al español por LLL



Basado en los personajes y caracteres creados por J.K. Rowling

James Potter y la encrucijada de los mayores (la «obra») es un fanfiction de la serie de Harry Potter no creado por el autor original de la historia, J.K. Rowling, ni bajo sus auspicios. En aquellos casos en los que las marcas registradas de la serie (los «Derechos de Autor») son usadas en la obra, tal uso es fortuito y no con propósitos de indicación de fuente. Este tipo de marcas comerciales son y seguirán siendo propiedad de la señora Rowling y sus agentes. Por la presente, el autor renuncia a cualquier interés de dichos Derechos de Propiedad. La obra creada por G. Norman Lippert © 2007, traducida por el equipo de LLL © 2008.

¿Qué se siente al ser el hijo del mago más famoso de todos los tiempos?

James Potter cree saberlo, pero cuando comienza su propia aventura en el Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería, descubre que es todo un desafío estar a la altura de la leyenda del gran Harry Potter.

Como si no fuera suficiente tener que tratar con los inusuales delegados de la Escuela Americana de Hechicería y lidiar con los misteriosamente corteses Slytherins, James y sus nuevos amigos, Ralph y Zane descubren un complot secreto que podría enfrentar a los mundos mágico y muggle en una guerra total.

Ahora, con la ayuda de Ted Lupin y su panda de alegres alborotadores (los gremlins), James revela el terrible objetivo de «la conspiración Merlín», corriendo contra reloj para detener una guerra que podría cambiar el mundo para siempre. Pero, ¿cómo podrá saber si sus esfuerzos están ayudando a la causa o facilitando los planes de sus enemigos? Antes de que James lo sepa con seguridad, tendrá que aprender la diferencia entre ser un héroe y ser el hijo de un héroe.



TABLA DE CONTENIDO

Prólogo

1. La sombra de una leyenda
 2. Llegada de los Alma Aleron
 3. El fantasma y el intruso
 4. El Elemento Progresivo
 5. El libro de Austramaddux
 6. La reunión a medianoche de Harry
 7. Lealtad rota
 8. El Santuario Oculto
 9. Traición en el debate
 10. Vacaciones en Grimmauld Place
 11. Las tres reliquias
 12. *Visum-ineptio*
 13. La revelación de la túnica
 14. La Encrucijada de los Mayores
 15. El espía muggle
 16. El desastre del báculo de Merlín
 17. La noche del retorno
 18. Asamblea en la torre
 19. Secretos desvelados
 20. La historia del traidor
 21. El regalo de la caja verde
- NOTA DEL AUTOR

*Tengo una silla alta de marfil para sentarme,
Casi como la silla de mi padre, que es un trono de marfil.
Allí me siento alto y erguido, allí me siento solo.*

—Christina Rossetti.

Prólogo

El señor Gris se asomó por la esquina y contempló el pasillo que se extendía hacia el tenue infinito, salpicado con globos flotantes de luz plateada. Se había percatado de que los globos eran pantanos de fuego, encapsulados en un encantamiento de bucle temporal de forma que resultaran inextinguibles. Nunca había oído hablar de un pantano de fuego, y mucho menos de un encantamiento de bucle temporal, pero de igual modo el señor Gris nunca había estado en un lugar parecido a Sala de los Misterios. Se estremeció.

—No veo a nadie —susurró a las dos siluetas que estaban detrás de él—. No hay puertas ni cerraduras, nada. ¿Creéis que quizás utilicen barreras invisibles o algo así?

—No —respondió gravemente una voz—. Se nos dijo exactamente donde estaban los dispositivos de seguridad, ¿verdad? Esta sección está limpia. El centinela es lo único que debe preocuparnos. Si no lo ves, adelante.

El señor Gris arrastró los pies.

—Sé lo que se nos dijo, pero tengo un mal presentimiento, Bistle. Tengo un sexto sentido para estas cosas. Mi mamá siempre me lo decía.

—No me llames Bistle, estúpido medio lelo —dijo la voz grave, que pertenecía a un extraño duende grisáceo con camisa negra y pantalones largos—. Cuando estamos trabajando soy el señor Bermellón. Me cago en tu sexto sentido. Es sólo que eres un pedazo de cobarde cuando estás en un lugar desconocido. Cuanto antes terminemos, antes volveremos a la guarida para celebrarlo.

La tercera figura, un hombre alto, viejo y con una barba de chivo blanca y puntiaguda pasó al señor Bermellón y avanzó con indiferencia dirigiéndose pasillo abajo, examinando las puertas.

—¿Ves cómo lo hace el señor Rosa? —dijo el señor Bermellón, siguiéndolo de cerca y mirando alrededor atentamente—. Sabe confiar en su información, así es. Sin centinela, sin problemas. ¿Y bien, señor Rosa?

El señor Gris se arrastró tras el señor Bermellón, frunciendo el ceño ampliamente y observando las misteriosas puertas. Había cientos, o tal vez miles de ellas, a lo largo del interminable corredor. Ninguna poseía nombres o marcas de ningún tipo. A la cabeza, se podía oír al señor Rosa contando suavemente por lo bajo.

—¿Por qué tengo que ser el señor Gris? —dijo Gris petulantemente—. A nadie le gusta el gris. Además casi ni es un color en absoluto.

El duende lo ignoró. Después de varios minutos, el señor Rosa dejó de caminar. Los señores Bermellón y Gris se detuvieron detrás de él, mirando alrededor con las cejas fruncidas.

—Este no puede ser el lugar, señor Rosa —dijo el duende—. No hay puertas en esta sección. ¿Estás seguro de que has contado bien?

—He contado bien —dijo el señor Rosa. Miró fijamente al suelo, y a continuación arañó una sección de baldosas de mármol con el pie. Se oyó un chasquido en la esquina de una de las baldosas.

El señor Rosa gruñó y se arrodilló. Comprobó la esquina rota con un dedo. Asintió para sí mismo, luego enganchó el dedo en el agujero y dio un tirón. Una sección rectangular del alicatado del suelo se levantó, abriéndose ante el tirón del dedo del señor Rosa. Hizo fuerza y el trozo rectangular del suelo se deslizó hacia arriba, como un largo cajón vertical, alzándose con un irritante estruendo hasta que tocó el techo. Se estremeció hasta colocarse completamente en su lugar. Era tan ancho y alto como una puerta, pero sólo de unos cuantos centímetros de espesor. El señor Gris se asomó por el otro lado del cajón y pudo observar el interminable pasillo de la Sala de los Misterios extendiéndose tras él.

—¿Cómo sabías que estaba ahí? —exigió el señor Bermellón, atravesando con su mirada al señor Rosa.

—Ella me lo dijo —respondió el señor Rosa, encogiéndose de hombros.

—¿De veras, eso hizo? ¿Hay algo más que sepas y que no nos hayas contado aún?

—Sólo lo suficiente para sacarnos de aquí —replicó el señor Rosa—. Tú eres el experto en cerraduras, el señor Gris es la fuerza bruta, y yo soy el guía. Todos sabemos lo que necesitamos saber, y nada más.

—Ya, ya, lo recuerdo —se quejó el duende—. Déjame ponerme con eso, entonces, ¿no?

El señor Rosa se hizo a un lado mientras el señor Bermellón se acercaba a la misteriosa losa de piedra. La estudió cuidadosamente, entrecerrando los ojos y murmurando. Puso una de sus enormes orejas contra la piedra y golpeó aquí y allá. Por último, buscó en el bolsillo de su camisa negra y sacó un complicado dispositivo con docenas de lazos de latón. Desdobló uno y observó a través de él la losa de piedra.

—Apenas merece el esfuerzo, la verdad —murmuró—. Es una cerradura *homunculus*. Sólo se abre cuando se presentan un conjunto preestablecido de circunstancias. Podría ser que sólo se abriera cuando una muchacha pelirroja cante el himno nacional de

Atlantis a las tres en punto de un jueves. O cuando la luz de la puesta de sol se refleje desde un espejo agrietado sobre el ojo de una cabra. O cuando el señor Gris atrape a una salamandra púrpura. Vi algunas buenas circunstancias homunculus en mis tiempos, sí.

—¿Esta es buena entonces? —preguntó el señor Gris más bien con optimismo.

El duende sonrió abiertamente, mostrando un montón de minúsculos dientes puntiagudos.

—Es como dice el señor Rosa, ¿no? Todos sabemos lo que necesitamos saber para completar el trabajo. —Buscó en otro bolsillo y sacó un minúsculo frasco de cristal lleno de un polvo rojo. Con cuidado, el duende descorchó el frasco y regó el contenido en el suelo ante la losa de piedra. El polvo se arremolinó y giró mientras caía, de modo que cuando tocó el suelo, formó un antinatural patrón regular. El señor Gris bajó la mirada y vio que había tomado la forma de una mano esquelética con un dedo apuntando hacia la losa.

El señor Bermellón sacó una pequeña herramienta de latón y murmuró, «*Acculumos*». Un estrecho haz de luz verdosa brilló, saliendo del extremo del aparato. El duende se agachó y tendió cuidadosamente la herramienta en la mano huesuda, de modo que la luz apuntó en el ángulo exacto que señalaba el dedo esquelético.

El señor Gris jadeó y dio un paso hacia atrás. Vio que la cuidadosamente arreglada luz del instrumento del señor Bermellón sobre la superficie áspera de piedra de la losa no había sido colocada de forma aleatoria. El juego de luces y sombras revelaba un grabado adornado de un esqueleto sonriente rodeado por una danza de formas traviesas. La mano derecha del esqueleto estaba extendida, formando algo parecido al picaporte de una puerta. La mano izquierda faltaba, y el señor Rosa se estremeció una vez más, consciente de que esa mano era la que formaba el polvo rojo en el suelo.

—Es una danza macabra —dijo el señor Bermellón estudiando el grabado—. La danza de la muerte. Revelada con sangre de dragón pulverizada y la luz de una caverna. Sí, esta es buena, Gris.

—¿Se puede abrir entonces? —preguntó el señor Rosa enérgicamente.

—Nunca estuvo cerrada —respondió el duende—. Simplemente teníamos que saber dónde agarrar. Siéntete libre de hacer los honores, señor Rosa.

El hombre alto y barbudo se acercó a la losa, cuidando de no bloquear la luz verdosa. Alargó la mano y la cerró alrededor del puño esquelético extendido del grabado. Lo giró, produciendo un suave y chirriante chasquido. La forma grabada de la puerta se abrió hacia adentro, revelando un gran espacio oscuro y un sonido de agua que goteaba en la distancia. Un aire frío salió por la abertura, llenando el pasillo y haciendo ondular

la camisa negra del señor Bermellón. El señor Gris tembló cuando el sudor de su frente se enfrió.

— ¿Adónde lleva esto? Ese espacio ni siquiera está aquí, ya sabéis lo que quiero decir.

— Por supuesto que no está aquí —respondió lacónicamente Bermellón, pero claramente también estaba afectado—. Es el depósito oculto. Nos hablaron de él, como de todo lo demás. Ahí es donde está el cofre. Venid, no tenemos mucho tiempo.

El señor Rosa los condujo a través del umbral de la puerta, agachándose para pasar a través de él. Resultaba evidente por el olor y el eco de sus pasos que se encontraban en una profunda caverna. El señor Rosa sacó su varita y la iluminó, pero sólo reveló poco más que la brillante y húmeda roca bajo sus pies. La negrura absorbía la luz, y el señor Gris tenía la sensación de que se encontraban en un lugar tan profundo que nunca había visto la luz del sol. Un áspero y mohoso frío presionaba sus pieles, haciéndolos temblar tras la calidez del pasillo. El señor Gris echó un vistazo atrás y solo pudo ver la forma de la puerta que habían dejado tras ellos. Brillaba intensamente como una columna de luz plateada, casi como si se tratara de un espejismo.

— ¿Do-dónde creéis que estamos? —preguntó.

— En una bolsa de aire en una caverna bajo el océano Atlántico —contestó el señor Rosa, todavía caminando.

— Bajo... —dijo débilmente el señor Gris, después tragó saliva—. Tengo un mal presentimiento sobre esto. De verdad muy malo. Quiero regresar, Bistle.

— No me llames Bistle —dijo el duende automáticamente.

— De todos modos, ¿qué hay en ese cofre? —gimió el señor Gris—. Más vale que tenga mucho valor. No puedo pensar en nada digno de venir a un sitio como este.

— Nunca te ha importado eso —dijo el señor Bermellón bruscamente—. Es más de lo que nunca habrías soñado. Con esto nunca más tendremos que trabajar. No más estafas insignificantes ni atracos a media noche. Una vez nos hagamos con el cofre, estaremos bien puestos.

— Pero, ¿qué hay en él? —insistió el señor Gris—. ¿Qué hay en el cofre?

— Bueno, tendremos que esperar a verlo, ¿verdad?

El señor Gris dejó de caminar.

— No lo sabes, ¿verdad?

El señor Bermellón escupió.

— No importa lo que sea, pedazo de estúpido. Nos dijeron que era más de lo que nunca podríamos soñar, ¿no es así? Todo lo que tenemos que hacer es robar la caja y

darle el veinte por ciento a nuestro informador de dentro. No nos ayudarían a irrumpir en el Ministerio de Magia si no consideraran que su parte vale la pena, ¿no? Además, el señor Rosa sabe lo que es. ¿Por qué no le preguntas a él?

—Yo tampoco lo sé —dijo el señor Rosa pensativamente.

Se hizo un prolongado silencio. El señor Gris oía el constante goteo del agua resonando en la oscuridad.

Finalmente el señor Bermellón habló.

—¿Tú tampoco lo sabes?

El señor Rosa sacudió la cabeza despacio, apenas visible a la luz de su propia varita.

El duende frunció el ceño.

—Cada uno sabe lo que necesita saber, ¿eh?

—Todo lo que necesitamos saber es adónde ir —dijo el señor Rosa—. Una vez lleguemos allí, sabremos qué hacer.

El duende asintió, recordándolo.

—Todo bien entonces. En marcha señor Rosa. Usted es el guía.

—Ya estamos —replicó el señor Rosa—. A partir de aquí es cosa del señor Gris —Se giró e hizo brillar su varita por encima de ellos. Un rostro horrible y monstruoso apareció en la oscuridad, iluminado con la débil luz plateada de la varita. Las rodillas del señor Gris temblaron.

—Es solo una estatua, lelo —gruñó el señor Bermellón—. Es la cabeza de dragón de la que nos hablaron. Adelante, ábrela. Gánate tu parte, señor Gris.

—Odio ese nombre —dijo el señor Gris, avanzando hacia la cabeza de dragón. Era más alta que él, formada curiosamente por las estalactitas y estalagmitas de la pared de la caverna—. Yo quería ser el señor Púrpura. Me gusta el púrpura.

Se agachó y deslizó las manos entre los resbaladizos dientes de la mandíbula superior del dragón. El señor Gris poseía una fuerza inusual, pero alzar la mandíbula del dragón requirió de cada gramo de su imponente energía. El sudor resbalaba por su cara y cuello mientras se esforzaba, pero la estatua no cedería. Finalmente, justo cuando el señor Gris estaba seguro de que sus músculos se desgarrarían soltándose de sus huesos, se oyó un sonido como de cristal destrozado y la mandíbula se soltó. Las estalactitas que formaban la bisagra de la mandíbula se habían roto. El señor Gris levantó la mandíbula hasta que estuvo lo bastante alta para que los otros dos la atravesaran.

—¡Daos prisa! —ordenó a través de los dientes apretados.

—Ni se te ocurra soltar esa maldita cosa sobre nosotros —gimoteó el señor Bermellón mientras él y el señor Rosa pasaban agachados al interior de la enorme mandíbula del dragón.

La abertura que había tras la cabeza del dragón era baja y casi perfectamente redonda. Estalactitas y estalagmitas rodeaban el espacio formando pilares que soportaban un techo liso y abovedado. El suelo estaba empedrado y formaba diferentes niveles que bajaban hacia el centro, donde una extraña forma se aposentaba en medio de la oscuridad.

—Eso no es un cofre —afirmó rotundamente el señor Rosa.

—No —estuvo de acuerdo el señor Bermellón—. Pero es lo único que hay aquí, ¿no? ¿Crees que podemos llevarlo entre los dos?

El señor Rosa descendió las diferentes gradas, dejando al duende bajar con dificultad tras él. Estudiaron el objeto durante un momento, y entonces el señor Rosa se puso la varita entre los dientes. Se inclinó, aferrando el objeto, e hizo un ademán con la cabeza para que el duende lo agarrara del otro lado. Era asombrosamente ligero, aunque estaba cubierto de calcio y otros minerales. Torpemente, llevaron el objeto entre ellos, alzándolo mientras subían las gradas. La luz de la varita del señor Rosa se balanceaba y sacudía, haciendo que sus sombras saltaran frenéticamente sobre las paredes de pilares.

Finalmente, llevaron el objeto a través de la mandíbula abierta de la estatua de la cabeza de dragón. El señor Gris sudaba copiosamente y sus rodillas temblaban. Cuando vio que sus compañeros habían pasado, soltó la mandíbula superior que se cerró de golpe y se hizo añicos, produciendo una nube de polvo arenoso y un estrépito ensordecedor. El señor Gris se desplomó hacia atrás sobre el pedregoso suelo de la caverna, desmayado por el esfuerzo.

—¿Y qué es esto? —preguntó el señor Bermellón, ignorando la pesada respiración del señor Gris—. No parece valer una fortuna.

—Yo nunca dije que valiera una fortuna —dijo una voz en la oscuridad detrás de ellos—. Simplemente dije que era suficiente para que no tuvieran que preocuparse durante el resto de su vida. Es curioso cuantos significados puede tener una frase, ¿verdad?

El señor Bermellón giró sobre sus talones, buscando la fuente de la voz, pero el señor Rosa se dio la vuelta lentamente, casi como si lo hubiera estado esperando. Una figura se alzaba en la oscuridad. Estaba vestida con ropas negras. El rostro quedaba oscurecido tras una horrible máscara centelleante. Dos figuras más vestidas de forma similar surgieron de la oscuridad.

—Reconozco tu voz —dijo el señor Rosa—. Debería haberlo sabido.

—Sí —estuvo de acuerdo la voz—. Debió haberlo sabido, señor Fletcher, pero no lo hizo. Sus años de experiencia no pueden rivalizar con su innata codicia. Y ahora ya es demasiado tarde.

—Espere —gritó Bermellón, alzando las manos—. ¡Teníamos un trato! ¡No puede hacer esto! ¡Teníamos un trato!

—Lo teníamos, mi buen amigo duende. Muchas gracias por sus servicios. Aquí está su pago.

Un destello de luz naranja emergió de una de las figuras enmascaradas, golpeando al señor Bermellón en la cara. Este tropezó y se aferró la garganta, dejando escapar sonidos de asfixia. Se desplomó hacia atrás, todavía retorciéndose.

El señor Gris se puso en pie tembloroso.

—Eso no ha estado bien. No debería haber hecho eso a Bistle. Él sólo hizo lo que le pidió.

—Y nosotros sólo estamos haciendo lo que prometimos —dijo amablemente la voz detrás de la máscara. Se produjo otro destello de luz naranja y el señor Gris se derrumbó pesadamente.

Las tres figuras enmascaradas se acercaron rodeando al señor Rosa. Él los miraba impotente.

—Al menos decidme qué es —dijo—. Decidme que es esta cosa que hemos conseguido para vosotros, y por qué nos lo habéis encargado en vez de hacerlo vosotros mismos.

—Su última pregunta, me temo, no es de su incumbencia, señor Fletcher —dijo la voz, girando a su alrededor—. Como dicen: si se lo dijéramos, tendríamos que matarle. De hacerlo así no estaríamos cumpliendo con nuestro trato. Prometimos ocuparnos de usted durante el resto de su vida y tenemos intención de cumplir esa promesa. Puede que no sea una gran vida, concedido, pero los mendigos no pueden escoger.

Una varita apareció, apuntando a la cara del señor Rosa. No había utilizado el nombre de Fletcher en años. Lo había abandonado cuando había abandonado su vida como ladrón. Había intentado duramente ser bueno y honesto. Pero entonces habían contactado con él para realizar este trabajo: un trabajo dentro del Ministerio de Magia, un trabajo tan perfecto, con una paga tan grande, que simplemente no había podido rechazarlo. Claro está, decepcionaría a todos sus viejos amigos de la Orden, pero de todos modos la mayoría de ellos estaban muertos ya. Nadie sabía siquiera su verdadero nombre. O eso pensaba. Al parecer, esta gente había sabido quién era él todo el tiempo. Le habían utilizado, y ahora iban a deshacerse de él. En cierto modo, resultaba apropiado. Suspiró.

La voz siguió.

—En cuanto a su primera pregunta, sin embargo, espero que podamos responderla. Parece justo. Y después de hoy, ¿a quién iba a contárselo? Vino en busca de un cofre de riquezas, porque es usted un hombre pequeño con objetivos pequeños. Nosotros no somos pequeños, señor Fletcher. Nuestros objetivos son grandes. Y gracias a usted y a sus asociados, ahora tenemos todo lo que necesitamos para lograr esos objetivos. Nuestra meta es el poder, y lo que ve aquí significa poder. Lo que ve aquí, señor Fletcher... es simplemente el final de su mundo.

La angustia invadió a Mundungus Fletcher y cayó de rodillas. Cuando el haz de luz naranja le golpeó, ahogándolo y cubriéndolo de oscuridad, le dio la bienvenida. Lo abrazó.



Capítulo 1

La sombra de una leyenda

James Potter avanzaba lentamente a lo largo de los estrechos pasillos del tren, asomándose tan indiferentemente como podía a cada compartimiento. Para aquellos que estaban dentro, probablemente pareciera estar buscando a alguien, algún amigo o grupo de confidentes con los que pasar el rato durante el viaje, y esa era su intención.

Lo último que James quería era que alguien notara que, a pesar de las bravatas que recientemente había desplegado ante su hermano menor Albus en el andén, estaba nervioso. Su estómago estaba revuelto y hecho un nudo, como si hubiera mordido una de las pastillas vomitivas de sus tíos Ron y George. Abrió la puerta corredera al final del coche de pasajeros y pasó cuidadosamente a través del pasadizo hasta el siguiente.

El primer compartimiento estaba lleno de chicas. Estaban charlando animadamente unas con otras, ya aparentemente las mejores amigas a pesar del hecho de que, muy probablemente, solo acababan de conocerse. Una de ellas levantó la vista y le descubrió observando. Él rápidamente apartó la mirada, fingiendo asomarse a la ventana que había tras ellas, hacia la estación que todavía bullía de actividad. Sintiendo las mejillas

enrojecer, continuó pasillo abajo. Si al menos Rose tuviera un año más estaría aquí con él. Era una chica, pero era su prima y habían crecido juntos. Habría sido agradable tener al menos una cara familiar a su lado.

Por supuesto Ted y Victoire también estaban en el tren.

Ted, un chico de séptimo año, había sido tan rápidamente absorbido por la multitud de amigos reencontrados y compañeros de clase que apenas había tenido tiempo de saludar y hacer un guiño a James antes de desaparecer en un atestado compartimiento del cual emanaba el sonido amortiguado de la música de un flamante aparato.

Victoire, cinco años mayor que él, le había invitado a sentarse con ella durante el viaje, pero James no se sentía tan cómodo con ella como con Rose, y no le complacía la idea de escucharla cotorrear con las otras cuatro chicas de su compartimiento sobre colorettes de polvo pixie y encantamientos para el cuidado del cabello. Siendo en parte veela, Victoire nunca había tenido problemas para hacer amigos de cualquier género, rápidamente y sin esfuerzo. Además, algo en James hacía que sintiera la necesidad de reafirmarse como individuo, incluso si la idea le hacía sentirse nervioso y solitario.

No es que le preocupara ir a Hogwarts exactamente. Había ansiado este día durante la mayor parte de su vida, incluso cuando era demasiado joven para entender lo que significaba ser un mago, desde que su madre le había hablado de la escuela a la que un día asistiría, la escuela secreta a la que asistían magos y brujas para aprender magia. Estaba positivamente excitado ante la idea de asistir a sus primeras clases, de aprender a utilizar la nueva varita que llevaba orgullosamente en su mochila. Más que nada, ansiaba el quidditch en el campo de Hogwarts, conseguir su primera escoba auténtica, intentar entrar en el equipo, quizás, solo quizás....

Pero ahí era donde la excitación había comenzado a convertirse en fría ansiedad. Su padre había sido buscador de Gryffindor, el más joven en la historia de Hogwarts. Lo mejor que él, James, podía esperar era igualar ese récord. Eso era lo que todos esperaban de él, el primogénito del famoso héroe. Recordaba la historia, contada docenas de veces (aunque nunca por su propio padre) de como el joven Harry Potter había ganado su primera snitch saltando virtualmente de su escoba, atrapando la bola dorada con la boca y casi tragándosela. Los narradores de la historia siempre reían bulliciosamente, deleitados, y si papá estaba allí, sonreía tímidamente mientras le palmeaban la espalda.

Cuando James tenía cuatro años, encontró la famosa snitch en una caja de zapatos, en el fondo de la alacena del comedor. Su madre le contó que había sido un regalo para papá del antiguo director de la escuela. Las diminutas alas ya no funcionaban, y la bola dorada estaba cubierta por una fina capa de polvo y descolorida, pero James se había sentido hipnotizado por ella. Era la primera snitch que había visto de cerca. Parecía a la vez más pequeña y más grande de lo que había imaginado, y su peso en la pequeña

mano había sido sorprendente. *Esta es la famosa snitch*, había pensado James reverentemente, *la de la historia, la que cogió mi papá*. Le preguntó a papá si podía quedársela en su habitación, guardada en la caja de zapatos cuando no jugara con ella. Su padre accedió fácilmente, alegremente, y James llevó la caja de zapatos desde el fondo de la alacena a un lugar bajo la cabecera de su cama, cerca de su escoba de juguete. Fingía que la oscura esquina bajo la cabecera era su taquilla de quidditch. Pasaba muchas horas fingiendo zumbear y esquivar sobre el campo de quidditch, persiguiendo a la legendaria snitch, a la que al final siempre cazaba con un fantástico picado, saltando, atrapando la descolorida snitch de su padre ante la aprobación de imaginarias multitudes rugientes.

¿Pero y si James no podía atrapar la snitch como había hecho su padre? ¿Y si no era bueno con la escoba? Tío Ron decía que montar una escoba estaba en la sangre de los Potter tan seguro como era para los dragones respirar fuego, pero ¿y si James probaba que estaba equivocado? ¿Y si era lento, o torpe, o se caía? ¿Y si ni siquiera conseguía entrar en el equipo? Para el resto de los de primer año, eso solo sería un ligero disgusto. Aunque las reglas habían cambiado para admitirlos, muy pocos de primero entraban en los equipos de las casas. Para James, sin embargo, significaría que ya estaría decepcionando las expectativas. Ya habría fallado en ser tan grande como el gran Harry Potter. Y si no podía siquiera igualar a su padre en términos de algo tan elemental como el quidditch, ¿cómo podía esperar igualar a la leyenda del chico que derrotó al basilisco, ganó la Copa de los Tres Magos, reunió las Reliquias de la Muerte y, oh, sí, acabó con el viejo Voldy Volado, el mago más oscuro y peligroso que haya existido nunca?

El tren dio un ruidoso y prolongado bandazo. Fuera, la voz del conductor llamó para que las puertas se cerraran. James se detuvo en el pasillo, repentinamente sobrecogido por la fría certeza de que lo peor ya había ocurrido, ya había fallado miserablemente incluso antes de empezar a intentarlo. Sintió una profunda y súbita puñalada de nostalgia por su hogar y parpadeó para contener las lágrimas, mirando rápidamente en el siguiente compartimiento.

Había dos chicos dentro, ninguno hablaba, ambos miraban por la ventana mientras el andén nueve y tres cuartos empezaba a pasar lentamente. James abrió la puerta e irrumpió rápidamente, esperando ver a su familia por la ventana, sintiendo una enorme necesidad de verles una última vez antes de que fuera demasiado tarde. Su propio reflejo en el cristal, iluminado por el fuerte sol de la mañana, oscureció la visión de la multitud de fuera. Había tanta gente; nunca los encontraría entre el gentío.

Examinó la multitud desesperadamente de todos modos. Y ahí estaban. Justo donde los había dejado, un pequeño grupo de gente de pie entre las caras sonrientes, como rocas en un arroyo. No le veían, no sabían en qué parte del tren estaba. Tío Bill y tía Fleur estaban saludando a un punto más atrás en el tren, aparentemente despidiendo a

Victoire. Papá y mamá sonreían hacia el tren, examinando las ventanas. Albus estaba de pie junto a papá, y Lily cogía la mano de mamá, extasiada ante la gigantesca máquina carmesí mientras esta escupía grandes bocanadas de vapor, siseaba y silbaba, ganando velocidad. Y entonces los ojos de mamá se fijaron en James y su cara se iluminó. Dijo algo y papá se giró, mirando, y le encontró. Ambos saludaron, sonriendo orgullosamente. Mamá se limpió los ojos con una mano, levantando la mano de Lily con la otra, saludando a James. James no devolvió la sonrisa, pero les miró y se sintió un poco mejor de todos modos. Retrocedieron como llevados por una cinta transportadora, más caras, más manos ondeantes y cuerpos desdibujados interponiéndose entre ellos. James miró hasta que todos se desvanecieron tras una pared al final del andén, después suspiró, dejó caer su mochila al suelo y se derrumbó en un asiento.

Varios minutos de silencio pasaron mientras James observaba Londres pasar ante las ventanas. La ciudad se convirtió en multitud de suburbios y zonas industriales, todos parecían ocupados y decididos al brillante sol de la mañana. Se preguntó, como hacía a veces, como sería la vida para una persona no mágica, y por una vez los envidió, yendo a sus no mágicas y menos intimidantes (o eso creía) escuelas y trabajos.

Finalmente volvió su atención a los otros dos chicos del compartimiento. Uno estaba sentado en el mismo lado que él, cerca de la puerta. Era grande, con una cabeza cuadrada y cabello corto y oscuro. Estaba pasando ávidamente las páginas de un panfleto ilustrado titulado «*Magia Elemental: Lo que debe saber el nuevo mago o bruja*». James había visto copias de éste siendo vendidas en un pequeño quiosco en el andén. En la cubierta, un apuesto mago adolescente con la túnica de la escuela guiñaba un ojo mientras conjuraba una serie de objetos desde un baúl. Justo acababa de sacar un árbol a tamaño real que daba hamburguesas de queso cuando el chicarrón dobló la portada para leer uno de los artículos. James volvió su atención al muchacho que había frente a él y que le miraba abiertamente, sonriendo.

—Tengo un gato —dijo el chico, inesperadamente.

James parpadeó hacia él, y después tomó nota de la caja colocada en el asiento. Tenía una reja de alambre por puerta y un pequeño gato blanco y negro podía verse dentro, recostado y lamiéndose la pata.

—No eres alérgico a los gatos, ¿verdad? —preguntó a James ansiosamente.

—Oh. No —replicó James—. No creo. Mi familia tiene un perro, pero mi tía Hermione tiene una gran alfombra vieja de gato. Nunca he tenido problemas con ella.

—Eso está bien —respondió. Tenía un acento americano que James encontraba bastante divertido—. Mi madre y mi padre son los dos alérgicos a los gatos así que nunca he podido tener uno, pero me gustan. Cuando vi que podía traer un gato, supe que eso era lo que quería. Este es *Pulgares*. Tiene dedos de más, ¿ves? Uno en cada pata.

No es que eso sea particularmente mágico, supongo, pero le hace interesante. ¿Qué has traído tú?

—Una lechuza. Ha estado en mi familia desde hace años. Una gran y vieja lechuza parda con un montón de millas a la espalda. Yo quería una rana pero mi padre dijo que un chico debía empezar la escuela con una lechuza. Dice que es el animal más útil para el primer año, pero yo creo que solo quería que tuviera una porque él la tuvo.

El chico sonrió alegremente.

—¿Entonces tu padre también es mago? El mío no. Ni mi madre. Yo soy el primero en la familia. Averiguamos lo del mundo mágico justo el año pasado. ¡Apenas podía creérmelo! Siempre había creído que la magia era el tipo de cosas que hacen en las fiestas de cumpleaños de niños pequeños. Tipos con sombreros altos sacándote dólares de plata de la oreja. Cosas así. ¡Guau! ¿Tú has sabido que eras mago toda la vida?

—Más bien sí. Es difícil no notarlo cuando tu primer recuerdo es de tus abuelos llegando la mañana de Navidad vía chimenea —respondió James, viendo como los ojos del chico se abrían de par en par—. Por supuesto que nunca me pareció extraño en absoluto. Así es la vida.

El muchacho silbó apreciativamente.

—¡Eso es salvaje y genial! ¡Qué suerte! Por cierto, mi nombre es Zane Walker. Soy de los Estados Unidos, por si no te habías dado cuenta. Mi padre está trabajando en Inglaterra este año, sin embargo. Hace películas, lo que no es tan excitante como suena. Probablemente vaya a la escuela de hechicería en América el año que viene, pero me parece que me toca Hogwarts este año, lo que por mí está bien, aunque si intentan darme más riñones o pescado para desayunar creo que me dará algo. Encantado de conocerte. —Terminó de un plumazo, y se extendió a lo ancho del compartimiento para estrecharle la mano en un gesto que fue tan artístico y automático que James casi rió. Estrechó la mano de Zane alegremente, aliviado de haber hecho tan rápidamente una amistad.

—Yo también me alegro de conocerte, Zane. Mi nombre es Potter. James Potter.

Zane se volvió a sentar y miró a James, inclinando la cabeza curiosamente.

—Potter. ¿James Potter? —repitió.

James sintió un pequeño y familiar ramalazo de orgullo y satisfacción. Estaba acostumbrado a ser reconocido, aunque fingiera que no siempre le gustaba.

Zane mostró una expresión, medio ceño, media sonrisa.

—¿Dónde está Q, cero cero siete?

James vaciló.

—¿Perdón?

—¿Qué? Oh, lo siento —dijo Zane, su expresión cambió a una de diversión—. Creí que estabas haciendo una broma por James Bond. Es difícil decirlo con ese acento.

—¿James qué? —dijo James, sintiendo que la conversación se le escapaba—. ¿Y cómo que acento? ¡Tú eres el que tiene acento!

—¿Tu apellido es Potter? —Eso había venido del tercer muchacho del compartimiento, que bajó su panfleto un poco.

—Sí. James Potter.

—¡Potter! —dijo Zane en un intento bastante ridículo de fingir un acento inglés—. ¡James Potter! —Alzó el puño hasta la altura de la cara, con el dedo anular apuntando hacia el techo como si fuera una pistola.

—¿Estás emparentado con este chico Potter? —dijo el chicarrón, ignorando a Zane—. Estoy leyendo sobre él en este artículo, «*Breve historia del mundo mágico*». Al parecer ha hecho cosas bastante geniales.

—Ya no es un chico —rió James—. Es mi padre. Pierde mucho cuando le ves comiendo cereales en calzoncillos cada mañana. —Eso no era técnicamente cierto, pero a la gente siempre le aliviaba pensar que habían conseguido un vistazo mental del gran Harry Potter en un momento cándido.

El chicarrón alzó las cejas, frunciendo ligeramente el ceño.

—¡Guau! Genial. Aquí dice que derrotó al mago más peligroso que ha existido nunca. Un tipo llamado, hum... —bajó la mirada hacia el panfleto, buscando—. Está aquí en alguna parte. Volda... lo que sea.

—Sí, es cierto —dijo James—. Pero en realidad, ahora es solo mi padre. Eso fue hace mucho tiempo.

Pero el otro muchacho había vuelto su atención hacia Zane.

—¿Tú también eres un hijo de muggles? —preguntó.

Zane pareció ensimismado por un momento.

—¿Qué? ¿Un hijo de... qué?

—Con padres no mágicos. Como yo —dijo seriamente—. Estoy intentando aprender el lenguaje. Mi padre dice que es importante tener una idea de lo básico directamente. Él es muggle, pero ya ha leído *Historia de Hogwarts* de cabo a rabo. Me machacó con ella todo el camino. Preguntadme algo. Lo que sea. —Su mirada viajaba de Zane a James.

James alzó las cejas hacia Zane, que frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Hum. ¿Cuántas son siete por cuarenta y tres?

El chicarrón puso los ojos en blanco y se derrumbó en su asiento.

—Quería decir sobre Hogwarts y el mundo mágico.

—Tengo una varita nueva —dijo Zane, abandonando el tema y girándose para rebuscar en su mochila—. Está hecha de abedul, con una cola de unicornio o algo así. No puedo conseguir que haga nada aún. No por falta de esfuerzo, por cierto, os lo aseguro. —Se giró, haciendo una floritura con la varita, que estaba envuelta en una tela amarilla.

—Soy Ralph —dijo el chicarrón, dejando a un lado el panfleto—. Ralph Deedle. Conseguí mi varita ayer. Está hecha de sauce, con un núcleo de bigote de un yeti del Himalaya.

James le miró fijamente.

—¿Un qué?

—Un bigote de yeti del Himalaya. Muy raro, según el hombre que nos la vendió. Le costó a mi padre veinte galeones. Que traducido a libras es una buena suma, creo. —Estudió las caras de Zane y James por turnos—. Eh, ¿por qué?

James alzó las cejas.

—Nada, solo que nunca he oído hablar de un yeti del Himalaya.

Ralph se irguió y se inclinó hacia delante ansiosamente.

—¡Claro! Ya sabes lo que son. Alguna gente los llama abominables hombres de las nieves. Yo siempre había pensado que eran imaginarios, ya sabes. Pero entonces el día de mi cumpleaños mí padre y yo averiguamos que yo era un mago, ¡y siempre había imaginado que los magos eran imaginarios también! Bueno, ahora estoy aprendiendo que toda clase de locuras que creía que eran imaginarias se están convirtiendo en realidad. —Recogió su panfleto de nuevo y pasó las páginas con una mano, gesticulando vagamente con la otra.

—Solo por curiosidad —dijo James cuidadosamente—. ¿Dónde compraste tu varita?

Ralph sonrió.

—Oh, bueno, creíamos que esa iba a ser la parte difícil, ¿sabéis? Quiero decir, que no parece haber tiendas de varitas en cada esquina de donde yo vengo, es decir en Surrey. Así que bajamos a la ciudad antes y seguimos las instrucciones hasta el callejón Diagon. ¡Sin problema! Había un hombre allí en la esquina de la calle con un pequeño puesto.

Zane estaba observando a Ralph con interés.

—Un pequeño puesto —animó James.

—¡Sí! Por supuesto no tenía las varitas allí mismo, a simple vista. Estaba vendiendo mapas. Papá compró uno y pidió instrucciones para llegar al mejor fabricante de varitas de la ciudad. Mi padre desarrolla software de seguridad. Para ordenadores. ¿Lo he mencionado ya? Como sea, preguntó por el mejor, el más conocido fabricante de varitas. Resulta que el hombre era un experto fabricante de varitas él mismo. Solo hace unas pocas al año, pero las guarda para gente especial que ya sabe lo que está buscando. Así que papá le compró la mejor que tenía.

James estaba intentando mantener la cara seria.

—La mejor que tenía —repitió.

—Sí —confirmó Ralph. Rebuscó en su propia mochila y sacó algo de más o menos el tamaño de un rodillo de amasar, envuelto en papel marrón.

—La del núcleo de yeti —confirmó James.

Ralph le miró de repente fijamente, medio pensando en desenvolver el paquete que había sacado de la mochila.

—¿Sabes? Empieza a sonar un poco tonto cuando lo cuentas, ¿verdad? —preguntó un poco melancólicamente—. Ah, una chorrada.

Quitó el papel marrón. La varita era de alrededor de dieciocho pulgadas de largo y tan gruesa como un palo de escoba. El extremo había sido limado hasta formar un punto romo y pintado de verde lima. Todos la miraron. Después de un momento, Ralph miró un poco desesperadamente a James.

—En realidad no es buena para nada mágico, ¿verdad?

James inclinó la cabeza.

—Bueno, estaría bien para matar vampiros, creo yo.

—¿Sí? —Ralph se animó.

Zane se enderezó y señaló la puerta del compartimiento.

—¡Guau! ¡Comida! Eh, James, ¿tienes algo de ese excéntrico dinero mágico? Estoy hambriento.

La vieja bruja que llevaba el carrito de la comida se asomó por la puerta abierta de su compartimiento.

—¿Queréis algo, queridos?

Zane ya se había levantado de un salto y estaba mirando ansiosamente la mercancía, examinándola con ojo serio y crítico. Volvió la mirada hacia James expectante.

—Vamos, Potter, es tu oportunidad para darnos la bienvenida a los hijos de muggles

a la mesa con un poco de generosidad mágica. Todo lo que tengo es un billete de diez dólares americanos. —Se volvió hacia la bruja—. No acepta verdes americanos, ¿verdad?

Ella pestañeó y pareció ligeramente estupefacta.

—¿Verdes americanos?... ¿perdón?

—Demonios. Eso pensaba —dijo Zane, sacudiendo las palmas vueltas hacia arriba hacia James.

James buceó en el bolsillo de sus vaqueros, divertido y asombrado por la temeridad del chico.

—El dinero mágico no es como el dinero de juguete, ¿sabes? —dijo reprobadoramente, pero había una sonrisa en su voz.

Ralph levantó la mirada de su panfleto otra vez, parpadeando.

—¿Acaba de decir «demonios»?

—¡Ooooooh! ¡Mirad esto! —gritó Zane alegremente—. ¡Pasteles de caldero! ¡Y varitas de regaliz! Vosotros los magos realmente sabéis como llevar a cabo una metamorfosis. *Nosotros* los magos, quiero decir. ¡Eh!

James pagó a la bruja y Zane volvió a dejarse caer en su asiento, abriendo una caja de varitas de regaliz. Un surtido de varitas de colores yacía en pulcros compartimentos. Zane sacó una roja, le quitó el envoltorio, y la sacudió hacia Ralph. Se oyó un pop y una lluvia de diminutas flores púrpura brotaron de la pechera de la camiseta de Ralph. Ralph bajó la mirada hacia ellas.

—Mejor que cualquier cosa que le haya sacado a mi varita hasta ahora —dijo Zane, mordiendo el extremo de la varita con gusto.

James se sintió sorprendido y complacido al notar que ya no estaba nervioso, o al menos no mucho. Abrió la caja que contenía su propia rana de chocolate, cogió la rana en el aire cuando ésta saltó, y le arrancó la cabeza de un mordisco. Miró en el fondo de la caja y vio la cara de su padre asomándose hacia él. «Harry Potter, el niño que sobrevivió» ponía la leyenda del fondo de la tarjeta. Sacó la tarjeta de la caja y se la ofreció a Ralph.

—Toma. Una cosilla para mi nuevo amigo nacido muggle—dijo, cuando Ralph la tomó. Ralph a penas lo notó. Estaba masticando, sujetando en alto una de las diminutas flores púrpuras.

—No estoy seguro —dijo, examinándola—, pero creo que éstas están hechas de merengue.



Después del ramalazo inicial de excitación y preocupación, después del tumulto de hacer nuevas amistades, el resto del viaje en tren pareció inusualmente mundano. James se encontró a sí mismo actuando por turnos como guía turístico para sus dos amigos o teniendo conversaciones en las que le explicaban las costumbres y conceptos de la vida muggle. Le parecía increíble que aparentemente hubieran pasado gran parte de sus vidas viendo la televisión. O, si no la estaban viendo, parecía que ellos y sus amigos estuvieran jugando a juegos en ella, fingiendo conducir coches de carreras, correr aventuras o practicar deportes. James había oído hablar de la televisión, por supuesto, y de los videojuegos, pero habiendo tenido principalmente amigos magos, había asumido que los niños muggles solo se ocupaban en esas actividades cuando no había absolutamente nada mejor que hacer. Cuando le preguntó a Ralph por qué pasaba tanto tiempo practicando deportes en la televisión en vez de hacerlo en la vida real, Ralph simplemente había puesto los ojos en blanco, había soltado un ruido exasperado, y después había mirado impotentemente a Zane.

Zane había palmeado la espalda de James y había dicho:

—James, colega, es una cosa muggle. No lo entenderías.

James, a su vez, tuvo que explicar lo mejor que pudo en qué consistía Hogwarts y el mundo mágico. Les habló de la naturaleza intrazable del castillo, lo que significaba que no podía ser encontrado en ningún mapa por nadie que no conociera ya su localización. Describió las casas de la escuela y explicó el sistema de puntos del que sus padres le habían hablado. Intentó, lo mejor que pudo, explicar el quidditch, lo cual pareció dejarlos a ambos confusos y frustrantemente faltos de entusiasmo al respecto.

Zane tenía la ridícula idea de que solo las brujas montaban en escoba, aparentemente basada en una película llamada «El Mago de Oz». James intentó muy pacientemente explicar que magos y brujas montaban en escoba y que no era en absoluto «cosa de chicas». Zane, claramente insensible a la consternación que esto estaba causando, procedió a insistir en que se suponía que todas las brujas tenían la piel verde y verrugas en la nariz, y la conversación se deterioró rápidamente.

Justo cuando la noche estaba comenzando a pintar el cielo de un pálido púrpura y a marcar las siluetas de los árboles fuera de las ventanas del tren, un muchacho alto y mayor, con un cabello rubio pulcramente recortado, llamó agudamente a la puerta del compartimiento.

—Estación de Hogsmeade al frente —dijo, asomándose con un aire de enérgico propósito—. Colegas, puede que queráis ir poniéndoos las túnicas de la escuela.

Zane frunció el ceño y alzó las cejas hacia el chico.

—¿De veras? —preguntó—. Son casi las siete. ¿Estás *totalmente* seguro? —Pronunció la palabra «totalmente» con su ridículo acento inglés.

El ceño del chico mayor se oscureció muy ligeramente.

—Mi nombre es Steven Metzker. Quinto año. Prefecto. ¿Y tú eres?

Zane se levantó de un salto, ofreciendo al muchacho su mano en una parodia del gesto que había mostrado a James al principio del viaje.

—Walker. Zane Walker. Encantado de conocerte, señor prefecto.

Steven bajó la mirada a la mano ofrecida, y después decidió, con un aparentemente enorme esfuerzo, seguir adelante y estrecharla. Habló para todo el compartimiento mientras lo hacía.

—Habrá una cena en el Gran Comedor a nuestra llegada a la escuela. Se exige la túnica escolar. Asumiré por su acento, señor Walker —dijo, retirando su mano y mirando de reojo a Zane—, que vestirse para cenar es un concepto relativamente nuevo para usted. Sin duda lo captará con rapidez. —Cruzó la mirada con James, le dirigió un guiño rápido, y desapareció pasillo abajo.

—Sin duda lo haré —dijo Zane campantemente.

James ayudó a Ralph y Zane a dar sentido a sus túnicas. Ralph se había puesto la suya del revés, lo que hizo que pareciera el clérigo más joven que James había visto nunca. Zane, gustándole su aspecto, le había dado la vuelta a la suya a propósito, proclamando que si no estaba de moda aún, sin lugar a dudas pronto lo estaría. Solo cuando James insistió en que sería irrespetuoso para con la escuela y los profesores, Zane estuvo de acuerdo relucientemente en ponérsela bien.

James había sido informado repetidamente y con todo lujo de detalles de lo que ocurriría cuando llegaran. Conocía la Estación de Hogsmeade, había estado allí alguna que otra vez cuando era muy pequeño, aunque no tenía recuerdos de ello. Sabía lo de los botes que les llevarían a través del lago, y había visto docenas de fotografías del castillo. Aún así, descubrió que ninguna de ellas le había preparado lo bastante para su grandeza y solemnidad. Mientras los diminutos botes se deslizaban sobre el lago, formando ondas en forma de V sobre el agua vidriosa, James miraba fijamente, con una especie de maravilla que era quizás incluso mayor de la que sentían aquellos que le acompañaban, que no habían venido creyendo saber lo que les esperaba. La pura masa del castillo le asombró, pesado y erguido sobre la gran colina rocosa. Se remontaba hacia arriba en torretas y almenas, cada estructura detalladamente iluminada de un costado

por el añil de la noche que se aproximaba, del otro por el dorado rosa de la puesta de sol. Una galaxia de ventanas punteaba el castillo, resplandeciendo con un cálido amarillo desde los costados ensombrecidos, brillando como la luz del sol. La enormidad de la visión pareció aplastar a James con un temor agradable, atravesándole directamente y bajando, y bajando, hasta su propio reflejo en el espejo del lago.

Hubo un detalle que no había esperado, sin embargo. A medio camino de cruzar el lago, justo cuando la conversación había comenzado de nuevo a surgir otra vez entre los nuevos estudiantes y habían empezado a hablar en voz alta excitadamente y a llamarse unos a otros a través del agua, James advirtió que había otro bote en el lago. Al contrario que los que él y sus compañeros de primer año abordaban, este no estaba iluminado por una linterna. No se aproximaba al castillo. Se alejaba de las luces de Hogwarts, un enorme bote que navegaba por sí mismo, pero aun así lo bastante pequeño como para casi perderse entre las sombras apagadas de la orilla del lago.

Había una sola persona en él, larguirucha y delgada, casi como una araña. James pensó que parecía una mujer. Justo cuando estaba a punto de darse la vuelta y olvidar la decididamente poco notoria visión, la figura levantó la mirada hacia él, repentinamente, como consciente de su curiosidad. A la luz del anochecer, estuvo casi seguro de que sus miradas se habían cruzado, y una frialdad totalmente inexplicable le sobrecogió. Era sin duda una mujer. Su piel era oscura, su cara huesuda, dura, de mejillas altas y barbilla afilada. Un chal estaba atado pulcramente sobre su cabeza, ocultando la mayor parte de su cabello. El aspecto de su cara mientras le observaba no era ni asustado ni enfadado. Parecía no tener ninguna expresión en absoluto, de hecho. Y entonces se desvaneció. James parpadeó sorprendido, antes de comprender, un momento después, que en realidad no se había desvanecido, simplemente había quedado oscurecida tras una maraña de hierbajos y juncos cuando sus botes se habían alejado más. Sacudió la cabeza, sonriéndose a sí mismo por ser el típico asustadizo de primer año, y luego volvió la mirada hacia el viaje que tenía por delante.

La manada de primero entró en el patio con un coro de parloteo apreciativo. James se encontró a sí mismo rezagado, avanzando con pies de plomo, casi inconscientemente hacia la retaguardia del grupo, mientras subían los escalones hasta el vestíbulo brillantemente iluminado. Allí estaba el señor Filch, a quien James reconoció por el cabello, el ceño, y el gato, la *Señora Norris*, que tenía acunado en el hueco de su brazo. Ahí estaban las escaleras encantadas, que incluso ahora crujían y rechinaban moviéndose hasta una nueva posición, hacia la mezcla de deleitados y excitados nuevos estudiantes. Y ahí, finalmente, estaban las puertas del Gran Comedor, sus paneles brillando dulcemente a la luz de los candelabros. Mientras los estudiantes se congregaban, la conversación decayó hasta el silencio. Zane, de pie hombro con hombro con Ralph, que era casi una cabeza más alto, se giró y miró sobre el hombro a James, meneando las cejas y sonriendo.

Las puertas crujieron y se abrieron hacia adentro, luz y sonido se derramó hacia fuera entre ellas mientras revelaban el Gran Comedor en todo su esplendor. Las cuatro largas mesas de las casas estaban llenas de estudiantes, cientos de caras sonriendo, riendo, charlando, y bromeando. James buscó a Ted, pero no pudo encontrarle entre la multitud.

El alto y ligeramente torpe profesor que les había conducido hasta las puertas se volvió y se enfrentó a ellos, sonriendo tranquilizadamente.

—¡Bienvenidos a Hogwarts, estudiantes de primer año! —gritó sobre el ruido del Gran Comedor—. Me llamo profesor Longbottom. Seréis seleccionados para vuestras casas inmediatamente. Una vez hecho, buscaréis vuestra mesa y se servirá la cena. Por favor, seguidme.

Se giró con un aleteo de su túnica y procedió a recorrer enérgicamente el pasillo central del Gran Comedor.

Nerviosamente, los de primero comenzaron a seguirle, primero con pasitos cortos, después con un enérgico trote, intentando mantenerle el paso. James vio las cabezas de Ralph y Zane estirarse hacia atrás, con las barbillas apuntando más y más alto. Casi había olvidado el techo encantado. Miró hacia arriba él mismo, pero solo un poco, no quería que pareciera como si estuviera *demasiado* impresionado. Cuanto más alto miraba, más resplandecía el cielorraso y los huecos se volvían transparentes, revelando una sorprendente representación del cielo de afuera. Frías estrellas de aspecto quebradizo relucían como polvo de plata sobre el terciopelo de un joyero y a la derecha, justo sobre la mesa de Gryffindor, podía verse la media luna, su gigantesca cara parecía a la vez alocada y jovial.

—¿Ha dicho que su nombre era *Longbottom*? —dijo Zane a James por la comisura de la boca.

—Sí. Neville Longbottom.

—Guau —dijo Zane, en voz baja—. Caray, realmente tenéis mucho que aprender sobre sutileza. Ni siquiera sabría por dónde empezar con un nombre como ese. —Ralph le hizo callar cuando la multitud empezó a callarse, al advertir a los de primero que se alineaban en la parte delantera del comedor.

James miró a lo largo de la mesa que había sobre el estrado, intentando distinguir a los profesores de los que había oído hablar. Estaba el profesor Slughorn, con aspecto tan ridículamente barroco como sus padres habían descrito. Slughorn, recordó, había llegado como profesor sustituto en la época de sus padres, aparentemente a regañadientes, y después simplemente nunca se había ido. Junto a él estaba el fantasmal profesor Binns, después la profesora Trelawney, parpadeando como una lechuza tras sus gigantescas gafas. Más allá en la mesa, reconocible por su tamaño (James podía ver

que estaba sentado sobre una pila de tres libros enormes) estaba el profesor Flitwick. Varias caras más que no reconoció estaban esparcidas por ahí, profesores que habían llegado después de los tiempos de sus padres y por eso no le eran familiares. Ni rastro de Hagrid, pero James sabía que estaba entre los gigantes de nuevo con Grawp, y que no volvería hasta el día siguiente. Finalmente, en el centro de la mesa, justo entonces levantándose y alzando los brazos, estaba Minerva McGonagall, la directora.

—Bienvenidos de vuelta estudiantes, y bienvenidos nuevos estudiantes —dijo con su voz aguda y bastante trémula—, a este primer banquete de este nuevo año en el Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería.

Un coro de alegre reconocimiento se alzó entre los estudiantes sentados detrás de James. Miró hacia atrás sobre su hombro, examinando a la multitud. Vio a Ted sentado, aullando entre las manos ahuecadas, rodeado por un grupo de imposiblemente guapos chicos y chicas mayores en la mesa de Gryffindor. James intentó sonreírle, pero Ted no se dio cuenta.

Cuando los vítores disminuyeron, la profesora McGonagall continuó.

—Me alegra veros a todos tan excitados por estar aquí como lo están vuestros profesores y el personal de la escuela. Esperemos que este espíritu de mutuo entendimiento y unidad de propósito nos acompañe a través de todo el año escolar. —Atisbó a la multitud, fijándose especialmente en ciertos individuos.

James oyó arrastrar de pies y el marcado silencio de conspicuas sonrisas.

—Y ahora —siguió la directora, girándose para observar como una silla era llevada hasta el estrado por dos estudiantes mayores. James notó que uno de ellos era Steven Metzker, el prefecto que habían conocido en el tren—. Como marca nuestra orgullosa tradición en nuestra primera asamblea, presenciemos la selección de nuestros más recientes estudiantes en sus respectivas casas. Estudiantes de primer año, por favor aproxímense a la plataforma. Les llamaré por su nombre. Subirán a la plataforma y tomarán asiento...

James apagó el resto. Conocía bien esta ceremonia, habiendo interrogado interminablemente a sus padres al respecto.

Había estado, en los días previos, más excitado por la selección de lo que había estado por nada nunca. En verdad, reconocía ahora que su excitación había enmascarado en realidad un miedo entumecedor y terrible. El Sombrero Seleccionador era la primera prueba que tenía que pasar para probar que era el hombre que sus padres esperaban que fuera, el hombre que el mundo mágico ya había empezado a asumir que era. No le había asaltado del todo hasta que había visto el artículo en *El Profeta* varias semanas antes. Había sido un artículo frívolo y bastante alegre, del tipo «qué pasaría si», y aun así había llenado a James con una especie de frío y espeluznante miedo. El artículo

resumía la actual biografía de Harry Potter, ahora casado con su novia de escuela, Ginny Weasley, y anunciaba que James, el hijo primogénito de Harry y Ginny Potter, asistiría a su primer año en Hogwarts. James se había sentido particularmente embrujado por la frase que terminaba el artículo. Podía evocarla palabra por palabra: «*Nosotros, en El Profeta, junto con el resto del mundo mágico, deseamos al joven señor Potter todo lo mejor y que siga adelante hasta igualar, y quizás incluso superar, las expectativas que todos podríamos esperar del hijo de tan amada y legendaria figura*».

¿Qué pensaría *El Profeta*, o el resto del mundo mágico, del hijo de la amada y legendaria figura si se sentaba en esa silla y el Sombrero Seleccionador le proclamaba otra cosa que no fuera un Gryffindor? Allí atrás, en el andén nueve y tres cuartos, James había confiado este mismo miedo a su padre.

—No hay más magia en ser un Gryffindor que en ser un Hufflepuff o un Ravenclaw o un Slytherin, James —había dicho Harry Potter, agachándose y poniendo una mano en el hombro del muchacho. James había apretado los labios, sabía que su padre diría algo parecido.

—¿Te habría consolado eso hace años cuando estabas a punto de sentarte en la silla y ponerte ese sombrero en la cabeza? —Había preguntado en voz baja y seria.

Su padre no había respondido, solo había apretado los labios, había sonreído apenadamente y sacudido la cabeza.

—Pero yo era un chaval preocupado, superficial y algo imbécil por aquel entonces, James, mi muchacho. Intenta no ser como yo en ese aspecto, ¿bien? Se han dado grandes brujas y magos en todas las casas. Me sentiré orgulloso y honrado de tener a mi hijo en cualquiera de ellas.

James había asentido, pero no había funcionado. Sabía lo que en realidad quería y esperaba su padre, a pesar de la charla. James tenía que ser un Gryffindor, como mamá y papá, como sus tíos y su tía, como todos los héroes y leyendas de los que había oído hablar desde que era un bebé, hasta remontarse al propio Godric Gryffindor, el más grande de todos los fundadores de Hogwarts.

Pero ahora, de pie, observando al Sombrero Seleccionador siendo convocado y sujeto entre los delgados brazos de la directora McGonagall, descubría que todos sus miedos y preocupaciones de algún modo habían desaparecido. Había estado rondándole una idea durante las últimas horas. Ahora pasó a primer plano en su mente. Había asumido todo el tiempo que no tenía más elección que competir con su padre e intentar llenar sus enormes zapatos. Su subsecuente terrible miedo había sido no estar a la altura de la tarea, que iría fracasar. ¿Pero y si había otra opción? ¿Y si simplemente no lo intentaba?

James miró a continuación, sin ver, como los primeros estudiantes eran llamados a la silla, como el sombrero era colocado sobre sus cabezas, casi ocultando sus ojos

intensamente curiosos y vueltos hacia arriba. Parecía una estatua, la estatua de un muchachito con el indomable cabello negro de su padre y la nariz y los labios expresivos de su madre. ¿Y si simplemente no intentaba estar a la altura de la gigantesca sombra lanzada por su padre? No es que no pudiera ser grande a su propio modo. Sería solo de una forma muy diferente. Una forma decididamente, *intencionadamente* muy diferente. ¿Y si empezaba aquí? Aquí mismo, en la plataforma, en su primer día, siendo proclamado... bueno, algo que no fuera un Gryffindor. Eso sería todo lo que se necesitaría. A menos que...

—James Potter. —La voz de la directora tañó con su distintiva forma de pronunciar la erre de su apellido.

Se sobresaltó, levantando la mirada hacia ella como si se hubiera olvidado de que estaba ahí. Parecía tener cien pies de altura allí de pie sobre la plataforma, con el brazo extendido sujetando el Sombrero Seleccionador sobre la silla, lanzando una sombra triangular sobre ella. Estaba a punto de adelantarse y trepar el pequeño tramo de escaleras hasta la plataforma, cuando un ruido estalló tras él. Le sorprendió y preocupó por un momento. Sintió el irracional temor de que de algún modo sus pensamientos habían escapado y le habían traicionado, de que ese era el ruido de la mesa de Gryffindor poniéndose en pie, abucheándole. Pero no era un abucheo. Era un aplauso, cortés y sostenido, en respuesta a la llamada de su nombre. James se giró hacia la mesa de Gryffindor, con una sonrisa de gratitud y felicidad ya iluminando su cara. Pero no eran ellos los que aplaudían. Estaban sentados allí más bien inexpresivos. La mayoría de sus cabezas se habían girado hacia la fuente del sonido. James se giró, siguiendo su mirada. Era la mesa de Slytherin.

James sintió que echaba raíces en el lugar. La mesa entera le estaba mirando con sonrisas agradables, todas abiertas, felices, aplaudiendo. Uno de los estudiantes, una chica alta y muy atractiva con ondulado cabello negro y grandes y chispeantes ojos, estaba de pie. Aplaudía ligeramente pero confiada, sonriendo directamente a James. Finalmente, las otras mesas empezaron a unírseles, primero uno aquí y otro allá, y después con una sostenida y bastante asombrosa ovación.

—Sí. Sí, gracias —gritó la directora McGonagall sobre el aplauso—. Eso será suficiente. Todos estamos muy, eh, felices de tener al joven Señor Potter entre nosotros este año. Ahora, si queréis volver a vuestros asientos... —James empezó su ascenso hasta el estrado mientras el aplauso moría. Cuando se giró y se sentó en la silla, oyó a la directora mascullar—... así podremos terminar y cenar antes del próximo equinoccio.

James se giró para mirarla pero solo vio la oscura masa del Sombrero Seleccionador posándose sobre él. Cerró los ojos firmemente y sintió la fresca suavidad del sombrero cubrirle la cabeza, deslizándose sobre su frente.

Instantáneamente todo sonido se detuvo. James estaba en la mente del sombrero, o quizás era a la inversa. El sombrero hablaba, pero no a él.

—Potter, James, sí, he estado esperando a este. Otro Potter que se coloca bajo mi alón. Siempre difíciles son éstos... —murmuraba para sí mismo, como disfrutando del desafío—. Valor, sí, como siempre, pero el valor es barato en la juventud. Aún así, buen material para Gryffindor, como los anteriores.

El corazón de James saltó. Entonces recordó la idea que había tenido antes de subir al estrado, y vaciló. *No tengo que jugar a este juego*, pensó para sí mismo. *No tengo que ser un Gryffindor*. Pensó en el aplauso, pensó en la cara de la chica guapa del largo cabello ondulado, de pie tras el estandarte verde y plata.

—¡Slytherin, piensa! —consideró el sombrero en su cabeza—. Sí, siempre cabe esa posibilidad también. Como tu padre. Hubiera sido un gran Slytherin, pero no quiso. Hum, muy inseguro de sí mismo está este, y eso es nuevo en un Potter. La falta de seguridad no es un rastro ni Gryffindor ni Slytherin. Quizás Hufflepuff sería mejor...

Hufflepuff no, pensó James. Las caras nadaron hacia él en su mente. Mamá, papá, tío Ron y tía Hermione, todos Gryffindors. Desaparecieron y vio a la chica de la mesa de Slytherin, sonriendo, aplaudiendo. Se oyó a sí mismo pensar, como había pensado minutos antes, *Podría ser grande de un modo diferente, un modo intencionalmente diferente...*

—Hufflepuff no, ¿hum? Quizás tengas razón. Sí, ahora lo veo. Por supuesto podrías serlo, pero ciertamente no lo eres. Mis instintos iniciales eran correctos, como siempre. —Y entonces, en voz alta, el Sombrero Seleccionador gritó el nombre de su casa.

El sombrero fue arrancado de su cabeza, y James realmente creyó oír la palabra «Slytherin» todavía resonando entre las paredes, ya miraba con repentino horror hacia la mesa verde y plata para verlos aplaudir, cuando comprendió que la mesa bajo el león carmesí era la que se había levantado de un salto y aplaudía.

La mesa de Gryffindor vitoreaba ruidosa y rabiosamente, y James comprendió ahora lo mucho más que le gustaba este aplauso que el cortés y bien practicado de antes. Saltó de la silla, bajó corriendo los escalones, y se mezcló entre los festejadores. Muchas manos palmearon su espalda y se extendieron para chocar con él esos cinco. Un asiento cerca de la parte delantera se despejó para él y una voz le dijo al oído cuando los vítores finalmente se apagaron.

—No lo dudé ni por un minuto, colega —susurró la voz alegremente. James se giró para ver a Ted dedicarle un asentimiento confiado y una palmada en la espalda antes de volver a sentarse en su sitio. Girándose otra vez para observar el resto de la ceremonia de selección, James se sintió tan repentina y perfectamente feliz que pensó que podría partirse en dos justo por la mitad. No *tenía* que seguir exactamente los pasos de su padre, pero quizás podía empezar haciendo las cosas deliberadamente distintas

mañana. Por ahora, se vanaglorió en el conocimiento de que mamá y papá estarían emocionados al saber que él, como ellos, era un Gryffindor.

Cuando el nombre de Zane fue mencionado, éste subió trotando los escalones y se dejó caer en la silla como si pensara que esta fuera a llevarle en un paseo por la montaña rusa. Sonreía cuando la sombra del sombrero cayó sobre su cabeza, y en cuanto lo hizo el sombrero gritó.

—¡Ravenclaw!

Zane alzó las cejas y meneó la cabeza adelante y atrás de un modo alegremente confuso que arrancó una risa alborozada a la multitud mientras los Ravenclaw celebraban y le llamaban a su mesa.

El resto de los de primero se abrieron paso hasta el estrado y las mesas de las casas se fueron llenando sensiblemente. Ralph fue el último en subir y sentarse en la silla. Pareció encoger un poco bajo el sombrero mientras este pensaba durante un tiempo sorprendentemente largo. Entonces, con una floritura de su pico, el sombrero anunció.

—¡Slytherin!

James estaba atónito. Había estado seguro de que al menos uno de sus nuevos amigos terminaría sentado junto a él en la mesa de Gryffindor. Ninguno de los dos se había unido a él sin embargo, y uno de ellos, el que menos esperaba, se había convertido en un Slytherin. Por supuesto, había olvidado que él mismo casi había conseguido que le seleccionaran allí. ¿Pero Ralph? ¿Un hijo de muggles si es que alguna vez hubo alguno? Se dio la vuelta y vio a Ralph sentándose a la mesa en el otro extremo de la habitación, siendo palmeado en la espalda por sus nuevos compañeros de casa. La chica de los ojos chispeantes y el cabello negro ondulado estaba sonriendo de nuevo, agradable y acogedoramente. *Quizás la casa Slytherin ha cambiado, pensó. Papá y mamá a penas se lo creerían.*

Finalmente, la directora McGonagall guardó el Sombrero Seleccionador.

—Estudiantes de primer año —llamó—. Vuestra nueva casa es vuestro hogar, pero todos somos vuestra familia. Disfrutemos de las competiciones dondequiera que podamos encontrarlas, pero no olvidemos nunca donde reside nuestra lealtad última. Y ahora —se empujó las gafas sobre la nariz y se dirigió a la multitud—, anuncios. Como siempre, el Bosque Prohibido está fuera de los límites para los estudiantes a cualquier hora. Os aseguro que esta no es simplemente una preferencia académica. Los de primero podéis preguntar a cualquier estudiante mayor *excepto* al señor Ted Lupin y al señor Noah Metzker, cuyo consejo podríais desear evitar en esta cuestión; ellos ya saben lo que pueden esperar si deciden ignorar esta regla.

James dejó que el resto de los anuncios le resbalaran mientras examinaba las caras de

la multitud. Victoire estaba sentada a la mesa de Hufflepuff, contenta, susurrándole algo a otra chica. Zane, en la mesa de Ravenclaw, había empujado un cuenco de avellanas hasta él y estaba trabajando determinadamente para acabárselo. Al otro lado de la habitación, Ralph captó la mirada de James y gesticuló maravilladamente hacia sí mismo y sus nuevos compañeros de casa, pareciendo preguntar a James si todo iba bien. James se encogió de hombros y asintió sin comprometerse.

—Dejándonos con el último asunto del orden del día —dijo finalmente la directora, con el acompañamiento de unas pocas carcajadas escandalosas—. Algunos pueden haber notado que hay una silla vacía entre nuestros profesores sobre el estrado. Tened la seguridad de que tendréis profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras, y que indudablemente será un experto muy dotado y bien cualificado en la materia. Llegará mañana por la tarde, junto con un grupo completo de compañeros profesores, estudiantes y asociados, como parte de un intercambio internacional anual entre su escuela y la nuestra. Espero que todos estéis mañana por la tarde en el patio principal para la llegada de los representantes de Alma Aleron y el Departamento de Administración Mágica de los Estados Unidos.

Sonidos de mezcla de excitación y burla hicieron erupción en el comedor cuando los estudiantes se volcaron instantáneamente a discutir este bastante notable giro de los acontecimientos con sus compañeros. James oyó a Ted decir:

—¿Que va a ser capaz de enseñarnos un viejo yanqui sobre las artes oscuras? ¿Qué canal están sintonizando?

Hubo un coro de risas. James se dio la vuelta, buscando a Zane. Le encontró, cruzó con él la mirada, y le señaló, encogiéndose de hombros. *Tu gente va a venir*, dibujó silenciosamente con la boca. Zane se puso una mano en el corazón y saludó con la otra.

En medio del debate, la cena apareció en las largas mesas, y James, junto con el resto de Hogwarts, la atacó con fervor.



Era ya casi medianoche para cuando James se abrió paso hasta el retrato de la Dama Gorda que marcaba la entrada de la sala común de Gryffindor.

—Contraseña —canturreó ella. James se detuvo de golpe, dejando que su mochila verde se deslizara de su hombro y golpeará con un ruido sordo el suelo. Nadie le había dado ninguna contraseña.

—No sé la contraseña aún. Soy de primero. Soy un Gryffindor —añadió débilmente.

—Podrás serlo —dijo la Dama Gorda, mirándole de arriba a abajo con un aire de cortés paciencia—, pero sin contraseña no se entra.

—¿Quizás podría darme una pequeña pista por esta vez? —dijo James, intentando sonreír animosamente.

La Dama Gorda le miró compasivamente.

—Pareces haber malinterpretado desafortunadamente la naturaleza de la palabra «contraseña», querido.

Hubo una conmoción en las escaleras móviles cercanas. Aparecieron oscilando y se detuvieron, dando ligeros bandazos, en el extremo del rellano. Un grupo de estudiantes mayores las subían, riendo y haciéndose callar los unos a los otros escandalosamente. Ted estaba entre ellos.

—Ted —dijo James con alivio—. Necesito la contraseña. ¿Una ayudita?

Ted vio a James cuando él y los otros se aproximaron.

—*Genisolaris* —dijo, y después añadió para una de las chicas del grupo—: Aprisa, Petra, y no dejes que el hermano de Noah te vea.

Ella asintió, pasando rozando junto a James cuando el retrato de la Dama Gorda se hizo a un lado para revelar el brillo del fuego encendido en la sala común. James empezaba a seguirla cuando Ted le pasó un brazo alrededor de los hombros, dándole la vuelta y llevándole de regreso al rellano.

—Mi querido James, no habrás imaginado que íbamos a dejar que te arrastraras hasta la cama a una hora tan temprana, ¿verdad? Hay tradiciones Gryffindor que debes respetar, por las barbas de Merlín.

—¿Qué? —tartamudeó James—. Es medianoche. Lo sabes, ¿verdad?

—Comúnmente conocida en el mundo muggle como «La hora de las brujas» —dijo Ted inestructivamente—. Un nombre tristemente equivocado, por supuesto, «La hora de brujas y magos gastando bromas a desprevenidos muggles» es un poco largo para que nadie lo recuerde. Nos gusta llamarla simplemente «Hora de elevar el *wocket**». —Ted estaba conduciendo a James de vuelta a las escaleras, junto con otros tres Gryffindors.

—¿El qué? —preguntó James, intentando no perderse.

—El chico no sabe lo que es el wocket —dijo Ted tristemente hacia el resto del grupo—. Y su padre es el propietario del famoso mapa del merodeador. Pensad en lo fácil que sería esto si pudiéramos poner nuestras manos en semejante tesoro. James,

* *Wocket* se refiere a unas pequeñas criaturas verdes de un conocido libro infantil.

déjame presentarte al resto de los *gremlins*, un grupo al que ciertamente puedes esperar unirme dependiendo de cómo vayan las cosas esta noche, por supuesto. —Ted se detuvo, se giró y ondeó el brazo ampliamente, señalando a los otros tres que se escabullían con ellos—. Mi número uno, Noah Metzker, cuyo único defecto es su involuntaria relación con su hermano prefecto de quinto año.

Noah se inclinó cortésmente por la cintura, sonriendo.

—Nuestra tesorera —continuó Ted—, si alguna vez nos las arreglamos para encontrar alguna moneda, Sabrina Hildegard.

Una chica de cara agradable con un montón de pecas y una pluma prendida en el espeso cabello rojizo asintió hacia James.

—Nuestro chivo expiatorio, si tales servicios son requeridos, el joven Damien Damascus. —Ted agarró el hombro de un chico corpulento con gafas gruesas y una cara de calabaza que sonrió hacia él y gruñó—. Y finalmente, mí coartada, mi pantalla perfecta, la favorita de todos los profesores, la señorita Petra Morganstern. —Ted gesticuló afectuosamente hacia la chica que acababa de volver por el agujero del retrato, metiéndose algo pequeño en el bolsillo de sus pantalones. James notó que todo el mundo excepto él se había cambiado la túnica y llevaban vaqueros y camisetas oscuras—. ¿Todo listo para el despegue? —preguntó Ted a Petra cuando se reunió con ellos.

—Afirmativo. Todos los sistemas en marcha, capitán —replicó ella, y se oyó una risita disimulada de Damien. Todos se volvieron y comenzaron a descender la escalera, Ted conducía a James con ellos.

—¿Debería ir a cambiarme o algo? —preguntó, su voz temblaba mientras bajaba las escaleras.

Ted le dirigió una mirada evaluadora.

—No, no creo que sea necesario en tu caso. Relájate, colega. Vas a tener una revelación. Así que basta de hablar. Será mejor que saltes aquí. No querrás pisar *ese* escalón, créeme. —James saltó, con la mochila balanceándose sobre su hombro, sintiéndose empujado por el entusiasmo del grupo más que por el apretón de Ted en su codo. Aterrizó en el suelo de un largo pasillo iluminado por antorchas y se tambaleó para recuperar el equilibrio. Al final del pasillo, el grupo se encontró con tres estudiantes más, todos de pie bajo la sombra lanzada por la estatua de un gigantesco mago con la espalda encorvada por una joroba y que llevaba un sombrero muy alto.

—Buenas noches, compañeros gremlins —susurró Ted a todos cuando se reunieron bajo la sombra de la estatua—. Os presento a James, hijo de mi padrino, un tipo llamado Harry Potter.

James sonrió tímidamente a las caras nuevas, y reaccionó tardíamente ante la tercera cara del grupo.

—James, te presento a nuestra rama Ravenclaw, Horace, Gennifer, y el joven *como-se-llame*. —Ted se volvió hacia Gennifer—. ¿Cómo se llama? —preguntó, gesticulando hacia el chico del final.

—Zane —dijo Gennifer, pasando un brazo alrededor del chico menor, que sonrió y permitió ser juguetonamente sacudido—. Acabamos de conocerle esta noche, pero tiene un cierto no sé qué que me dice que estamos ante un gremlin. Estaba pensando que podría haber algún diablillo en alguna parte de su linaje.

—¡Vamos a jugar a cazar el wocket! —dijo Zane a James en un aparte susurrado que recorrió todo el pasillo—. A mí me suena dudoso, pero si esto nos hace admirables, bueno, me imaginé que bien podríamos ¡lanzarnos de cabeza!

James no podía decir si Zane estaba bromeando o no, y entonces comprendió que en realidad no importaba.

—Elevar el wocket —corrigió Noah.

James decidió que era el momento de meterse en la conversación.

—¿Entonces qué es ese wocket? ¿Y por qué estamos todos hacinados en una esquina tras una estatua?

—Esta no es solo una vieja estatua —dijo Petra, mientras Ted se deslizaba tan lejos entre la estatua y la pared como podía, aparentemente buscando algo—. Es San Lokimagus *el Perpetuamente Productivo*. Estudiamos su historia el año pasado, y eso nos llevó a un descubrimiento bastante asombroso.

—*Te condujo, querrás decir* —dijo Ted, su voz se oía amortiguada.

Petra lo consideró y asintió.

—Bien cierto —estuvo de acuerdo.

—En los días de tu padre —dijo Noah mientras Ted se arrastraba tras la estatua—, habían seis pasadizos secretos para entrar y salir de Hogwarts. Pero eso fue antes de la batalla. Después de eso, gran parte del castillo fue reconstruido, y todos los viejos pasadizos secretos fueron permanentemente sellados. Pero hay algo curioso en un castillo mágico. Al parecer le crecen nuevos pasadizos secretos. Solo hemos encontrado dos, y eso solo gracias a Petra y a nuestros amigos Ravenclaw de aquí. San Lokimagus es uno de ellos. Está todo claro aquí en su leyenda.

Noah señaló a las palabras grabadas en la base de la estatua:

Ted soltó un gruñido de triunfo y se oyó un ruidoso chasquido.

—Nunca adivinaríais donde estaba esta vez —dijo, saliendo de detrás de la estatua. Con un arañar de piedra en movimiento, la estatua de San Lokimagus se enderezó tanto como su espalda jorobada le permitía, bajó cuidadosamente de su pedestal y después cruzó el pasillo con un andar ligeramente cojeante. Desapareció por la puerta opuesta, que correspondía a un baño de chicos por lo que pudo ver James.

—¿Qué significa el letrero? —preguntó James mientras los gremlins empezaban a agacharse para atravesar presurosamente el umbral que había tras el pedestal de San Lokimagus.

Noah sonrió y se encogió de hombros.

—*Cuando tienes que ir, tienes que ir.*

El pasadizo conducía a un corto tramo de escaleras con escalones de piedra redondeada. Los gremlins subieron ruidosamente los escalones, y después se hicieron callar unos a otros cuando alcanzaron otro umbral. Ted abrió la puerta una fracción, asomándose a través de la pequeña rendija. Un momento después la abrió de par en par y señaló al resto que le siguieran afuera.

La puerta se abría inexplicablemente al exterior de un pequeño cobertizo cerca de lo que James reconoció como el campo de quidditch. Las altas tributas se alzaban a la luz de la luna, con aspecto yermo e imponente en el silencio.

—El pasadizo solo funciona en un sentido —explicó Sabrina a James y Zane mientras el grupo corría ligeramente a través del campo de quidditch hacia las colinas de más allá—. Si entras en él sin haber venido primero por el túnel de Lokimagus solo te encuentras entrando en el cobertizo del equipamiento. Bastante conveniente, ya que significa que si nos cogen, nadie más podrá perseguirnos de vuelta a través del túnel.

—¿Alguna vez os *han* cogido? —preguntó James, jadeando para mantenerle el paso.

—No, pero esta es la primera vez que intentamos utilizarlo. Lo descubrimos al final del pasado curso. —Se encogió de hombros como diciendo «*ya veremos como acaba esto, ¿verdad?*».

La voz de Zane llegó de la oscuridad detrás de James, pensativamente.

—¿Y qué pasa si San Vejiga Mágica acaba con su pequeño asunto antes de que volvamos a pasar por su agujero? —James se estremeció ante el giro que proponía la frase de Zane, pero admiró su lógica. Esa parecía una pregunta que merecía la pena hacer.

—Esa es definitivamente una pregunta para un Ravenclaw —dijo Noah hacia atrás tan calladamente como pudo, pero nadie respondió.

Después de diez minutos de escurrirse por los límites de un bosque tupido e iluminado por la luna, el grupo trepó sobre una alambrada hasta un campo. Ted sacó su varita del bolsillo trasero mientras se aproximaba a una parcela de arbustos y rastrojos aplastados. James le siguió y vio que había allí un granero bajo, oculto entre la vegetación. Estaba desvencijado, inclinado y enterrado por la hiedra.

—*Alohomora* —dijo Ted, apuntando su varita hacia el gran candado oxidado que pendía de la puerta. Se produjo un destello de luz amarilla. Esta floreció del cerrojo y se convirtió en la forma de un reluciente brazo fantasmal que salió reptando por el ojo de la cerradura del candado. El brazo terminaba en un puño con el dedo índice apuntando al aire. Meneó el dedo adelante y atrás reprobadoramente durante unos segundos, y después se desvaneció.

—El encantamiento protector todavía está en su lugar, entonces —anunció Ted alegremente. Se giró hacia Petra, que se adelantó sacando algo del bolsillo de sus vaqueros. James vio que era una llave maestra oxidada.

—Eso fue idea de Gennifer —dijo con orgullo Horace, el segundo Ravenclaw—. Aunque yo hubiera preferido que hiciera un gesto diferente.

—Habría sido un bonito toque —estuvo de acuerdo Zane.

—Nos imaginamos que ningún individuo mágico que intentara irrumpir aquí pensaría en algo tan aburrido como una llave —explicó Noah—. Pusimos encantamientos desilusionadores para mantener apartados a los muggles, pero ellos no vienen aquí de todos modos. Está abandonado.

Petra giró la llave y quitó el candado. Las puertas del viejo granero se abrieron con un sorprendente silencio.

—Las puertas chirriantes son para novatos —dijo Damien presuntuosamente, golpeándose ligeramente el lateral de su nariz respingona.

James se asomó dentro. Algo grande se adivinaba entre las sombras, su masa se recortaba contra la parte de atrás del granero. A duras penas podía distinguir la forma. Más que nada, daba la impresión de ser la idea muy anticuada de un platillo volador.

—¡Genial! —gritó Zane alegremente cuando se le hizo evidente—. ¡Elevar el wocket! Tenías razón, James. No había nada parecido a esto en *El Mago de Oz*.

—¿El mago de qué? —dijo Ted a James por la comisura de la boca.

—Una cosa muggle —replicó James—. No lo entenderíamos.



Frank Tottington despertó repentinamente, seguro de haber oído algo en el jardín. Estaba instantáneamente alerta y furioso, echando a un lado las mantas y sacando las piernas de la cama como si hubiera estado esperando una molestia semejante.

—¿Quéee? —masculló su esposa, alzando la cabeza somnolientamente.

—Son esos chicos en nuestro jardín otra vez —anunció Frank bruscamente, embutiendo los pies en sus zapatillas de estampado escocés—. ¿No te dije que estaban colándose por la noche, pisoteando mis begonias y robándome los tomates? ¡Críos! —escupió.

Se atavió con una bata raída. Ésta se agitó alrededor de sus espinillas mientras bajaba a zancadas las escaleras y cogía su escopeta del gancho dirigiéndose hacia la puerta trasera.

La puerta mosquitera se abrió y golpeó contra la pared exterior cuando Frank salió a toda prisa.

—¡Vosotros, gamberros! ¡Tirad esos tomates y salid aquí a la luz, donde pueda veros! —Alzó la escopeta en una mano, apuntando como advertencia hacia el cielo tachonado de estrellas.

Una luz se encendió de pronto sobre su cabeza, iluminándole con un blanco haz cegador que parecía zumbiar débilmente. Frank se quedó congelado, su escopeta todavía apuntando hacia arriba, hacia el haz de luz.

Lentamente, Frank alzó la cabeza, entrecerrando los ojos, su barbilla cubierta de rastrojo lanzando una larga sombra sobre la pechera de su bata. Había algo gravitando sobre él. Era difícil decir cuál era su tamaño. Era simplemente una forma negra redondeada, con luces tenues punteando sus bordes. Estaba girando lentamente y parecía estar descendiendo.

Frank jadeó, tambaleándose y casi dejando caer su arma. Se recobró y retrocedió rápidamente sin apartar los ojos del objeto que zumbaba suavemente. Bajaba lentamente, como amortiguado por el rayo de luz, y mientras bajaba el zumbido se profundizaba y latía.

Frank vaciló ante esto, sus rodillas nudosas se doblaron en una especie de posición alerta. Se mordisqueaba el labio, nervioso.

Entonces, con una explosión de vapor y un siseo, la forma de una puerta apareció en el costado del objeto.

Estaba recortada contra la luz, y esa luz se hizo más brillante cuando la puerta se desplegó, formando una rampa corta. Hubo un destello de luz roja y Frank saltó. Eso hizo que apretara el gatillo pero nada ocurrió. El gatillo había cambiado, se había convertido en un pequeño botón en vez del reconfortante gancho de metal. Bajó la mirada a la escopeta, y entonces la sostuvo ante él con sorpresa. No era su escopeta en absoluto. Era un pequeño y desgastado paraguas con un mango de madera falsa. Nunca antes lo había visto. Reconociendo que estaba en presencia de algo verdaderamente de otro mundo, Frank dejó caer el paraguas y cayó de rodillas.

La figura de la puerta era pequeña y delgada. Su piel era de un verde amoratado, su gran cabeza casi no mostraba rasgos sobresalientes, con la sugerencia de unos grandes ojos almendrados apenas visibles al resplandor de la luz de la escotilla abierta.

Agachándose ligeramente para pasar por el umbral, de repente la figura cayó del extremo de la escotilla. Se tambaleó hacia adelante, ondeando los brazos, y pareció a punto de lanzarse sobre Frank. Él gateó hacia atrás desesperadamente, aterrado. La pequeña figura se inclinó hacia adelante, su cabeza desproporcionadamente grande zumbando hacia Frank, llenando su campo de visión.

Un momento antes de que Frank perdiera la consciencia se distrajo por el hecho bastante extraño de que la figura parecía llevar una mochila verde oscura bastante ordinaria colgando de los hombros.

Frank se desmayó con una mirada desconcertada en la cara.



James despertó exhausto a la mañana siguiente. Obligó a sus ojos a abrirse, tomando nota de las formas poco familiares a su alrededor. Estaba en una cama de cuatro postes en una habitación grande y redonda con un techo bajo. La luz solar brillaba alegremente, iluminando más camas, la mayoría de las cuales estaban deshechas y vacías. Lentamente, como una lechuza sacudiéndose sobre su percha, recordó la noche anterior: el Sombrero Seleccionador, estar de pie ante el retrato de la Dama Gorda y sin saber la contraseña Gryffindor, encontrarse con Ted, y después con el resto de los gremlins.

Se sentó en la cama rápidamente, tocándose la cara. Se palmeó las mejillas, la frente, tanteó la forma de sus ojos, y luego suspiró con alivio. Todo parecía haber vuelto a la normalidad. Algo llegó volando desde la cama de al lado, un periódico que James no reconoció. Estaba abierto por un artículo con el titular: *LUGAREÑO INSISTE EN QUE*

COHETES MARCIANOS ROBAN SUS TOMATES. James levantó la mirada. Noah Metzker estaba a los pies de su cama, con una mirada irónica en la cara.

—Han vuelto a escribir mal la palabra «wocket».





Capítulo 2

Llegada de los Alma Aleron

Para cuando James se hubo vestido y bajado al Gran Comedor para desayunar eran casi las diez. Menos de una docena de estudiantes podían verse moviéndose desconsoladamente entre los restos del temprano apresuramiento de la mañana. En la esquina más alejada de la mesa de Slytherin, Zane se sentaba encorvado y guiñando los ojos bajo un rayo de luz solar. Ante él estaba Ralph, que vio entrar a James y le saludó con la mano.

Mientras James atravesaba el comedor, cuatro o cinco elfos domésticos, cada uno vistiendo grandes servilletas de lino bordadas con el emblema de Hogwarts, rodearon las mesas, siguiendo lo que en un principio parecían caminos al azar. Ocasionalmente, uno de ellos se agachaba bajo la superficie de una mesa, y reaparecía momentos después, lanzando casualmente un tenedor vagabundo o media galleta al desorden que había sobre la mesa. Cuando James pasó junto a uno de los elfos, este se enderezó, alzando sus brazos flacuchos, y después bajándolos velozmente. El contenido de la mesa que había ante él giró como atrapado por un ciclón en miniatura. Con un gran estrépito de platos y platería, las esquinas del mantel salieron disparadas hacia arriba y se retorcieron alrededor de la pila de restos del desayuno, creando un enorme saco

rechinante que flotó sobre la mesa de madera pulida. El elfo doméstico saltó del suelo al banco, luego a lo alto de la mesa y después girando en medio del aire, aterrizó ágilmente en lo alto del saco. Asíó la parte superior retorcida, utilizando el nudo como si fuera un juego de riendas, y girándolo lo condujo bamboleante hacia las gigantescas puertas de servicio en el costado del comedor. James se agachó cuando el saco pasó sobre su cabeza.

—Puaj —masculló Zane mientras James se dejaba caer junto a él y se extendía hacia el último trozo de tostada—. Estos pequeños camareros vuestros son un poco raritos, pero saben cómo hacer una buena taza de café.

—No son camareros, son elfos domésticos. Leí sobre ellos ayer —dijo Ralph, masticando alegremente media salchicha. La otra mitad estaba pinchada en el extremo de un tenedor que utilizó como puntero para señalar a los elfos—. Trabajan abajo. Son como los elfos de esos cuentos de críos. Los que vienen por la noche y hacen todo el trabajo para el zapatero.

—¿El qué? —preguntó Zane por encima de su taza de café.

—El tipo que hace zapatos. Los tiene todos a medio terminar y esparcidos por ahí y no puede más de tanto trabajo. Conoces esa historia, ¿verdad? Así que se queda dormido y en medio de la noche todos esos pequeños elfos aparecen y sacan sus martillos y arreglan todos los zapatos por él. Se levanta y ¡listo!, todo está genial. —Ralph mordió el resto de la salchicha de su tenedor y la masticó ruidosamente, mirando alrededor—. Sin embargo, nunca me los imaginé llevando puestas servilletas.

—Eh, chico alienígena, ya veo que tu cara ha vuelto a la normalidad —dijo Zane, examinando a James críticamente.

—Podríamos decir que sí, supongo —replicó James.

—¿Dolió cuándo Sabrina te cambió?

—No —dijo James—. Se sintió raro. *Realmente* raro. Pero no dolió. Simplemente volví a la normalidad a lo largo de la noche.

—Debe de ser una artista. Te veías genial. Pies palmeados y todo.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Ralph, mirando de uno a otro.

Le hablaron de la noche anterior, de elevar el wocket y del granjero que se había desmayado cuando James, el pequeño extraterrestre, se había tambaleado y caído sobre él.

—Yo estaba escondido en la esquina del patio, cerca del cobertizo, y me provoqué una hernia intentando no reírme cuando caíste sobre él. ¡El ataque de los marcianos torpes! —Se disolvió en risas y después de un momento, James se unió a él.

—¿De dónde sacaron la nave? —preguntó Ralph, dejando pasar la broma.

—Es solo un montón de alambre y papel maché —dijo Zane, apurando lo que quedaba de su café y golpeando la taza contra la mesa. Alzó el brazo y chasqueó los dedos dos veces—. Sabrina y Horace la hicieron el año pasado como parte del desfile de Navidad en Hogsmeade. Solía ser un caldero gigante. Ahora, con la ayuda de un poco de pintura y algo que Gennifer llama un encantamiento *visum-ineptio*, es el R.M.S. Wocket.

Un elfo doméstico muy pequeño se aproximó a Zane, frunciendo el ceño.

—¿Ha, eh, *chasqueó* usted, joven amo? —La voz del elfo era irritantemente profunda, a pesar de su tamaño.

—Aquí tienes, colega —dijo Zane, ofreciendo al elfo la taza de café vacía—. Estupendo trabajo. Sigue así. Esto es para ti.

El elfo bajó la mirada al trozo de papel que Zane le estaba ofreciendo. Alzó los ojos otra vez.

—Gracias, joven amo. ¿Necesita, eh, algo más?

Zane agitó la mano indiferente.

—No, gracias. Vete un rato a dormir o algo. Pareces cansado.

El elfo miró a Ralph, después a James, que se encogió de hombros e intentó sonreír. Poniendo los ojos en blanco apenas perceptiblemente, el elfo se metió el billete de cinco dólares en el interior de su servilleta y desapareció bajo la mesa. Zane parecía pensativo.

—Podría acostumbrarme a esto.

—No creo que se suponga que tengas que dar propina a los elfos domésticos —dijo Ralph inseguro.

—No veo porque no —dijo Zane frívolamente, estirándose—. Mi padre da propinas a todo el mundo cuando está de viaje. Dice que es parte de la economía local. Y fomenta un buen servicio.

—Y no puedes decir a un elfo doméstico que se vaya a dormir sin más —dijo James, comprendiendo repentinamente lo que acababa de ocurrir.

—¿Por qué demonios no?

—¡Porque eso es exactamente lo que hará! —dijo James con exasperación. Estaba pensando en el elfo doméstico de la familia Potter, un pequeño y triste elfo cuyo mal humor solo era sobrepasado por su absoluta determinación a hacer exactamente lo que se le pedía. No es que a James no le gustara Kreacher. Era solo que tenía que saber precisamente *como* pedirle las cosas—. Los elfos tienen que hacer lo que les dicen sus

amos. Esa es simplemente la clase de seres que son. Probablemente ese esté ahora mismo volviendo a su alacena, o estante, o a donde sea que duerma e intentando pensar en cómo va a dormirse a media mañana. —James sacudió la cabeza, y entonces le vio la gracia. Intentó no sonreír, lo que solo empeoró la situación. Zane lo vio y lo señaló.

—¡Ja, ja! ¡Tú también lo encuentras divertido! —rió con satisfacción.

—No puedo imaginarme que tengan que hacer todo lo que nosotros les pidamos —dijo Ralph, arrugando la frente—. Solo somos estudiantes. No los dueños del lugar ni nada. Somos de primero.

—¿Recuerdas el nombre del hechizo que Sabrina utilizó para hacer que el wocket pareciera un cohete? —preguntó James, girándose impresionado hacia Zane.

—*Visum-ineptio* —dijo Zane, evaluando el sonido del mismo—. Significa algo así como «engaña al ojo». Si sabes un poco de latín, puedes darle algo de sentido. Horace dice que solo ayuda a que la gente vea lo que creen que van a ver.

James frunció el ceño.

—¿Entonces el granjero al ver ese rayo de luz llegando del cielo a la granja, *esperaba* ver una nave alienígena?

—Seguro. *Todo el mundo* sabe que un rayo de luz, de noche, en medio de ninguna parte significa que los pequeños hombrecillos verdes están llegando.

—Eres un tipo extraño, Zane —dijo Ralph, no como un cumplido.

En ese momento, James sintió a alguien de pie tras él. Los tres se giraron, levantando la mirada. Era la chica Slytherin de la noche anterior, la que había dirigido el aplauso a James antes de su selección. Le estaba mirando con una expresión complacida y vagamente indulgente. Estaba flanqueada por otros dos miembros Slytherin, un chico con rasgos apuestos y bastante afilados cuya sonrisa mostraba una carga horrible de dientes, y otra chica, que no estaba sonriendo. El calor arrobó las mejillas de James cuando recordó que estaba sentado en la mesa de Slytherin. Antes de poder pensarlo, se levantó torpemente, con un trozo de tostada todavía pegado a la boca.

—¡No, no! —dijo la chica guapa, alzando la mano hacia él, con la palma hacia afuera, deteniéndole al instante casi como si hubiera utilizado magia—. No te levantes. Me alegro de ver que te sientes lo bastante cómodo como para sentarte a la mesa de Slytherin con nosotros. Los tiempos son bastante distintos a los de tu padre. Pero estoy asumiendo demasiado. ¿Señor Deedle, sería tan amable de presentarme a su amigo?

Ralph tosió, aclarándose la garganta con embarazo.

—Ah, este es mi amigo James Potter. Y él es Zane. Olvidé su apellido. Lo siento. —dijo esto último a Zane que se encogió de hombros, sonrió a Ralph, después saltó sobre

sus pies y se estiró sobre la mesa para estrechar la mano de la chica Slytherin.

—Walker. Zane Walker. Es un indiscutible y sincero placer conocerla, ¿Señorita...?

La sonrisa de la chica se amplió un poquito más e inclinó la cabeza, todavía mirando a Ralph.

—¡Oh! —dijo Ralph, saltando un poco—. Sí. Es, hum, Tabitha Corsica. Es prefecta de la casa Slytherin, de sexto, creo. Capitana del equipo de quidditch. Y del equipo de debate. Y, hum... tiene una escoba realmente fascinante. —Habiendo agotado todo lo que se le ocurría decir sobre ella, Ralph se derrumbó como si estuviera exhausto.

Tabitha finalmente aceptó la mano de Zane, sujetándola ligeramente antes de soltarla.

—Me alegro de que nos hayan presentado oficialmente. Señor Potter, ¿o puedo llamarte James? —dijo, girándose hacia él. Su voz era como campanas de plata y terciopelo, más baja que la del propio James, pero bastante hermosa. James comprendió que le estaba haciendo una pregunta, se sacudió a sí mismo y respondió.

—Sí. Claro. James.

—Y me encantaría que me llamas Tabitha —dijo ella, sonriendo como si este gesto de familiaridad la complaciera inmensamente—. Solo quería decir, en nombre de toda la casa Slytherin, que nos alegramos de que estés entre nosotros, y esperamos sinceramente que cualquier... —levantó los ojos, considerándolo— *prejuicio* se quede en el pasado, donde debe estar. —Giró a derecha e izquierda, abarcando a los dos Slytherin que la acompañaban—. Todos nosotros no sentimos más que el mayor de los respetos y sí, aprecio, por ti y por tu padre. ¿Podemos, supongo, esperar ser todos amigos?

El chico a la derecha de Tabitha continuaba sonriendo a James. La chica de la izquierda estudiaba un punto de la mesa en algún lugar entre ellos, con cara inexpresiva.

—Cla... Claro. Amigos. Por supuesto —tartamudeó James. El silencio del resto del comedor parecía algo enorme. Se tragaba su voz, haciéndola minúscula.

La sonrisa de Tabitha se caldeó incluso más. Sus ojos verdes chispearon.

—Me alegra que estés de acuerdo. Y ahora te dejaremos terminar tu, eh, desayuno. ¿Tom? ¿Philia?

Los tres giraron en el lugar y se alejaron pasillo abajo.

—¿Con qué acabas de mostrarte de acuerdo? —preguntó Ralph mientras se levantaban y seguían a los Slytherin a cautelosa distancia.

—Creo que aquí James acaba de hacer o una amiga guapísima o una enemiga encarnizada —dijo Zane, observando el balanceo de la túnica de Tabitha mientras esta

doblaba la esquina—. No puedo decir con seguridad por cuál me decanto.

James estaba pensando con fuerza. Las cosas ciertamente habían cambiado mucho desde los días de mamá y papá. Aunque en realidad no podía decir si habían cambiado, a decir verdad, a mejor.



Los tres pasaron el resto de la mañana explorando los terrenos de la escuela. Visitaron el campo de quidditch, que a Zane y James les pareció notablemente diferente a la brillante luz del sol de lo que había sido en la oscuridad. La boca de Zane se abrió de par en par cuando vio a un grupo de estudiantes mayores jugando un tres contra tres. Los jugadores volaban entrando y saliendo de la formación, apenas separándose unos de otros, gritando jugadas y ocasionalmente palabrotas.

—¡Brutal! —proclamó felizmente Zane cuando uno de los jugadores golpeó contundentemente una bludger hacia la cabeza de un jugador contrario, casi tirándole de su escoba—. Y yo que creía haberlo visto todo habiendo estado en un partido de *rugby*.

Pasaron junto a la cabaña de Hagrid, que parecía vacía y oscura, sin humo en la chimenea y con la puerta firmemente cerrada. Poco después, se encontraron con Ted Lupin y Noah Metzker, que les condujeron al borde del Bosque Prohibido. Un gigantesco sauce de aspecto antiguo dominaba el límite del claro. Ted extendió los brazos, deteniendo a Ralph que se acercaba al árbol.

—Suficientemente cerca, compañero —dijo—. Observad esto.

Ted abrió la boca de una enorme bolsa de lavandería que había estado arrastrando tras él. Sacó de ella un objeto con apenas la forma de un animal de cuatro patas con alas y pico. Estaba cubierto de trozos de papel matizados cuyos colores cambiaban y nadaban con la ligera brisa.

—¡No! ¡Es una piñata! —exclamó Zane—. Con forma de un... un... ¡No me lo digas! ¡Un... esfingeraptor!

—Es un hipogrifo —dijo James, riendo.

—Me gusta más su nombre —dijo Ralph.

—¡A mí también! —añadió Noah.

—¡Silencio! —dijo Ted, alzando la mano. Levantó la piñata con la otra mano, la

sopesó, y después la tiró tan fuerte como pudo hacia la cortina de ramas que colgaban del sauce. Se desvaneció entre el denso follaje. Y por un momento nada más ocurrió. Entonces se produjo un susurro entre las ramas con aspecto de látigos. Se contorsionaron, como si algo grande se estuviera moviendo bajo ellas. De repente, el árbol explotó en un violento remolino de movimiento. Sus ramas flameaban salvajemente, abofeteando, gimiendo y rechinando. El ruido que hacía era como el de una tormenta muy localizada. Después de unos pocos segundos la piñata estaba atrapada visiblemente entre las ramas. El árbol la abrazaba con una docena de retorcidos y furiosos látigos, y entonces todas las ramas empujaron a la vez. Fue como si la piñata hubiera caído en una batidora. Trizas de papel multicolor y caramelos mágicos explotaron cuando el encantamiento balístico del centro de la piñata se activó. Confeti y golosinas salpicaron el árbol y el claro circundante. El árbol se sacudió, aparentemente molesto ante el colorido desastre en sus ramas. Después pareció rendirse, acomodándose en su posición original.

Ted y Noah rieron estrepitosamente.

—¡Contemplad la muerte del esfingraptor! —proclamó Noah.

James había oído hablar del sauce boxeador, pero aún así le impresionó a la vez su violencia y la despreocupación de los otros dos Gryffindors al respecto. Zane y Ralph simplemente observaban asombrados, con las bocas abiertas. Sin mirar, Ralph se sacó una gragea de todos los sabores del cabello y se la metió en la boca. Masticó dubitativamente un momento, y después miró a James.

—¡Sabe a taco! ¡Genial!

James se separó del grupo poco después y subió las escaleras hacia el rellano fuera de la sala común de Gryffindor.

—Contraseña —cantó la Dama Gorda cuando se aproximó.

—*Genisolaris* —replicó, esperando que no la hubieran cambiado ya.

—Proceda —fue la jadeante respuesta, mientras se abría.

La sala común estaba vacía; el fuego, apagado. James ascendió al dormitorio y se dirigió a su cama. Ya sentía una cálida sensación de pertenencia en esta habitación, incluso con su indudable vacío de mediodía. Las camas ya habían sido pulcramente hechas. *Nobby*, la enorme lechuga parda de James, estaba durmiendo en su jaula con la cabeza metida bajo el ala. James se dejó caer sobre la cama, sacó un trozo de pergamino y una pluma, y empezó a escribir, cuidando de no derramar tinta sobre las mantas.

Queridos Papá y Mamá:

Llegué anoche sin problemas. Ya he conocido a algunos amigos geniales. Ralph resultó ser un Slytherin, lo cual nunca habría imaginado. Zane es un Ravenclaw, y está tan loco como el tío George. Los dos son hijos de muggles, así que estoy aprendiendo un montón aunque las clases no hayan empezado aún. Con su ayuda, Estudios Muggles estará chupado. Ted nos mostró el sauce boxeador, pero no nos acercamos mucho, mamá. Hay algunos profesores nuevos aquí. Vi a Neville ayer, pero no tuve oportunidad de entregarle vuestros saludos. Ah, y una delegación de magos americanos llega hoy. Debería ser interesante ya que Zane es de Estados Unidos también. Es una larga historia. Después os cuento más.

Vuestro hijo,

James.

P.D.: ¡Soy un Gryffindor!

James sonrió orgullosamente mientras doblaba y sellaba la carta. Se había debatido acerca de la mejor forma de anunciar su casa a mamá y papá (y a todos los demás, ya que todos estarían esperando a saberlo por sus padres), y había decidido que decirlo directamente sería lo mejor. Cualquier otra cosa habría parecido demasiado casual o innecesariamente grandilocuente.

—Eh, *Nobby* —susurró. El pájaro alzó un poco la cabeza, revelando un gran ojo naranja—. Tengo un mensaje para que entregues. ¿Qué tal un buen vuelo a casa, hum?

Nobby se estiró, erizó las plumas tanto que pareció del doble de su tamaño por un momento, y después estiró una pata. James abrió la jaula de *Nobby* y ató la carta. La lechuza se movió cuidadosamente hacia la ventana, desplegó las alas, se encorvó, y se lanzó rápidamente al brillante cielo más allá de la ventana. James, sintiéndose casi absurdamente feliz, observó hasta que *Nobby* fue una mota entre el distante azul de las montañas. Silbando, se dio la vuelta y corrió ruidosamente escaleras abajo.

Almorzó en la mesa de Gryffindor en el Gran Comedor y después se encontró con Zane, Ralph y el resto de la escuela que empezaban a reunirse en el patio principal. Una pequeña orquesta estudiantil se había reunido para tocar el himno nacional americano a la llegada de la delegación de Estados Unidos. La cacofonía mientras afinaban sus instrumentos era ensordecedora. Zane comentó con convicción que era la primera vez que oía *La Bandera Llena de Estrellas* tocada con gaitas y acordeón. Los estudiantes se arremolinaban y congregaban, llenando el patio. Finalmente, el profesor Longbottom y otro profesor al que James aún no conocía empezaron a moverse entre la multitud, presionando a los estudiantes para que se colocaran ordenadamente a lo largo de las

paredes. James, Zane y Ralph se encontraron colocados cerca de las verjas frontales, esperando la llegada de los americanos con creciente expectación. James recordaba las historias de sus padres sobre la llegada de las delegaciones de Beauxbatons y Durmstrang cuando el Torneo de los Tres Magos se había celebrado en Hogwarts: los gigantescos caballos y el carruaje volador de unos y el misterioso galeón submarino de los otros. No pudo evitar preguntarse como escogerían llegar los americanos.

La multitud reunida observaba y esperaba, con voces susurrantes. La orquesta estudiantil estaba de pie en una pequeña tribuna, con los instrumentos listos, parpadeando a la luz de la tarde nublada. La directora McGonagall y el resto del personal docente observaba el cielo, colocados a lo largo del pórtico que conducía al vestíbulo principal.

Finalmente, alguien señaló y las voces se alzaron. Todos los ojos giraron, afinando la vista. James entrecerró la mirada hacia la neblina dorada sobre los distantes picos de las montañas. Un punto se descomponía, haciéndose más grande a medida que se aproximaba. Mientras observaba, dos más se hicieron visibles, siguiendo de cerca al primero. Los sonidos fueron a la deriva por el patio, aparentemente provenientes de los objetos que se aproximaban. James miró a Zane, que se encogió de hombros, obviamente impresionado. El sonido era bajo, un rugido ahogado, haciéndose mucho más alto. Los objetos debían estar moviéndose a gran velocidad, pues ya estaban descendiendo rápidamente, tomando forma mientras se aproximaban al patio. El sonido se volvió más bajo, vibrante, como el zumbido de un gigantesco insecto alado. James observó como los objetos se detenían, bajando para encontrarse con sus sombras sobre el césped del patio.

—¡Genial! —gritó Zane sobre el ruido—. ¡Son coches!

James había oído hablar del Ford Anglia encantado de su abuelo Weasley, que había sido conducido una vez por su padre y su tío Ron hasta Hogwarts, donde se había refugiado en el Bosque Prohibido y nunca se lo había vuelto a ver. Estos no se le parecían en absoluto. Una diferencia era que, al contrario de las fotos del Anglia que James había visto, estos coches estaban relucientes e inmaculados, los cromados lanzaban destellos a la luz del sol por todo el patio. La otra diferencia, que produjo un sustancioso suspiro de apreciación de la multitud de Hogwarts, eran las alas que se desplegaban a mitad de cada vehículo. Eran exactamente como alas de insectos gigantes, zumbando ruidosamente, captando la luz del sol en borrosos abanicos del color del arco iris.

—¡Es un Dodge Hornet! —gritó Zane, señalando al primero de ellos mientras aterrizaba. Las ruedas delanteras tocaron tierra primero y rodaron ligeramente hacia adelante mientras el resto del coche se posaba tras ellas. Tenía dos puertas, y era de un amarillo feroz, con largas alas de avispa. El segundo, según Zane, que parecía ser un

experto en el tema, era un Stutz Dragonfly. Era color verde botella, bajo y alargado, con guardabarros sobresalientes y adornos cromados saliendo de la capota terminada en filo. Sus alas eran también largas y afiladas, provocando un profundo y palpitante zumbido que James podía sentir en el pecho. Finalmente, el último aterrizó, y James no necesitó que Zane lo identificara. Incluso él sabía lo que era un Escarabajo Volkswagen. Su cuerpo bulboso se meció hacia atrás y adelante mientras el llamativo coche rojo descendía, sus alas achaparradas tamborileaban bajo dos duras alas exteriores que se desplegaban en la parte de atrás del coche igual que las de un auténtico escarabajo. Se posó sobre sus ruedas como si fueran un tren de aterrizaje, y las alas dejaron de zumbar, se plegaron delicadamente, y desaparecieron bajo las duras alas exteriores, que se cerraron sobre ellas.

Los hogwartianos irrumpieron en un enorme y excitado saludo en el mismo momento en que la orquesta comenzaba a tocar el himno. Detrás de James, la voz de una chica se mofó por encima del ruido.

— Americanos y sus máquinas.

Zane se giró hacia ella.

— Ese último es alemán. Habría pensado que sabrías eso. — Sonrió hacia ella, después se giró, disfrutando del aplauso.

Mientras la banda de Hogwarts se abría paso a través del himno, las puertas de los coches se abrieron y la delegación americana comenzó a emerger. Tres magos adultos idénticamente vestidos aparecieron primero, uno saliendo de cada coche. Vestían capas oscuras de un gris verdoso hasta el muslo, chalecos negros sobre camisas blancas de cuello alto, y pantalones grises sueltos que se acumulaban justo sobre los calcetines blancos y los brillantes zapatos negros. Se quedaron de pie medio minuto, parpadeando y frunciendo el ceño, como examinando al gentío. Aparentemente satisfechos con el nivel de seguridad del patio, los hombres se apartaron de las puertas abiertas de cada vehículo y asumieron una posición en guardia. James podía ver un poco por la puerta abierta del coche más cercano, el escarabajo, y no se sorprendió ante al interior desproporcionadamente grande y suntuoso. Se movían unas figuras dentro, y entonces la vista quedó bloqueada cuando empezaron a salir del coche.

El número de figuras que emergió de los coches sorprendió incluso a James, que había acampado en tiendas mágicas en muchas ocasiones y sabía lo flexible que el espacio mágico podía ser. Mozos de equipajes con capas color borgoña se acercaron a los portaequipajes de cada vehículo, sacando pequeños carritos y descargando innumerables baúles y maletas en ellos, formando tambaleantes e inestables pilas. Jóvenes brujas y magos con túnicas sorprendentemente informales, algunos incluso con vaqueros y gafas de sol, empezaron a llenar el centro del patio. Brujas y magos adultos

con aspecto oficial los siguieron, sus capas de un ligero gris y túnicas color carbón los identificaban como miembros del Departamento Americano de Administración Mágica. Gravitaron, sonriendo, con las manos extendidas, hacia el pórtico, donde la directora McGonagall y los profesores estaban descendiendo para encontrarse con ellos.

Los últimos en surgir de los coches fueron también adultos, aunque la variedad de vestimenta y edad implicaba que ni eran oficiales del departamento ni estudiantes. James supuso que eran los profesores de *Alma Aleron*, la escuela americana de hechicería. Parecía haber uno por coche. El más cercano, que salía del escarabajo, era tan gordo como un barril, con largo cabello gris dividido para enmarcar una cara agradable y cuadrada. Llevaba unas diminutas gafas cuadradas y sonreía con un aire de vaga y arrogante benevolencia hacia los hogwartianos. Algo en él disparó las alarmas en el recuerdo de James, pero no pudo ubicarle del todo. James se giró, buscando al segundo profesor, y le encontró emergiendo del Stutz Dragonfly. Era muy alto, de cabello blanco, con una cara larga y gris, seria y severa. Contempló a la multitud, con sus pobladas cejas negras trabajando sobre la tabla de su frente como un par de orugas. Un mozo apareció cerca de él y le ofreció un maletín negro de piel. Sin mirar, el profesor agarró el asa de la maleta con una gran mano nudosa y avanzó, aproximándose al pórtico como un barco a toda vela.

—Convierto en mi resolución de año nuevo evitar cualquier clase con ese tipo —dijo Zane gravemente.

Ralph y James asintieron en acuerdo.

James divisó al tercer profesor de Alma Aleron justo cuando salía lenta e imperiosamente del Dodge Hornet. Se alzó en toda su altura, giró la cabeza lentamente, como si examinara a cada cara de la multitud. James jadeó, y sin pensar, se agachó detrás de la fornida figura de Ralph mientras la profesora recorría la multitud con la mirada. Cuidadosamente, James espío sobre el hombro de Ralph.

—¿Qué haces? —preguntó Ralph, esforzándose para ver a James por el rabillo del ojo.

James se asomó sobre el hombro de Ralph. La mujer no le estaba mirando en absoluto. No parecía estar mirando nada, precisamente, a pesar de la expresión escrutadora de su cara.

—Esa mujer alta de ahí. La del chal en la cabeza. ¡La vi la otra noche en el lago!

Zane se puso de puntillas.

—¿La que parece una momia gitana?

—Sí —dijo James, sintiéndose de repente estúpido. La mujer del chal parecía mucho mayor de lo que la recordaba. Sus ojos eran de un gris embotado, su cara oscura, huesuda y marcada. Un mozo le ofreció un largo bastón de madera y ella lo aceptó con

un asentimiento. Empezó a abrirse paso entre la multitud del patio lentamente, golpeando con el bastón hacia adelante, como tanteando el camino.

—A mí me parece que está tan ciega como el proverbial murciélago —dijo Zane dudosamente—. Quizás fue un caimán lo que viste en el lago en vez de a ella. Sería un error comprensible.

—¿Chicos, sabéis quién es ese otro profesor? —interrumpió de repente Ralph con voz baja y respetuosa, señalando al hombre rechoncho de las gafas cuadradas—. ¡Es...! ¡Es...! ¡Es el de cinco... no! ¡Espera el de cincuenta...! —balbuceó.

Zane miró hacia el pórtico frunciendo el ceño.

—¿El tío pequeño con las gafas a lo John Lennon y ese pequeño y raro cuello andrajoso?

—¡Sí! —jadeó Ralph excitadamente, señalando a Zane como si intentara sacar el nombre del hombre de su cabeza—. ¡Ese... oh, como se llame! ¡Es dinero!

—Me sorprende que digas algo así, Ralph —dijo Zane, golpeándole la espalda.

Justo entonces, la profesora McGonagall se tocó la garganta con la varita y habló, magnificando su voz de forma que resonara a través del patio.

—Estudiantes, profesores y personal de Hogwarts, por favor únense a mí dando la bienvenida a los representantes de Alma Aleron y el Departamento de Administración Mágica de los Estados Unidos.

Otra ráfaga de aplausos maquinal llenó el patio. Algunos de los estudiantes de la orquesta, tomando el anuncio como una señal, comenzaron a tocar de nuevo el himno americano. Tres o cuatro músicos más se les unieron apresuradamente, intentando coger el ritmo, antes de ser silenciados por las frenéticas señas del profesor Flitwick.

—Estimados invitados de Hogwarts —continuó la directora, asintiendo hacia la reunión de recién llegados—. Gracias por unirse a nosotros. Todos ansiamos un año de aprendizaje mutuo e intercambio cultural con tan antiguos y leales aliados como son nuestros amigos de Estados Unidos. Y ahora, representantes de Alma Aleron, si fueran tan amables de adelantarse para que pueda presentarlos a sus nuevos pupilos.

James asumió que el profesor alto de los rasgos severos sería el líder, pero no era así. El mago rechoncho de las gafas cuadradas se aproximó al pórtico y se inclinó galantemente ante la directora. Se giró y se dirigió a la multitud sin utilizar su varita, su clara voz de tenor llevada expertamente, como si hablar en público fuera algo a lo que estaba bastante acostumbrado.

—Estudiantes de Hogwarts, profesores y amigos, gracias por tan cálida bienvenida. No esperábamos menos, aunque os aseguro que no necesitábamos nada tan grandioso.

—Sonrió y guiñó un ojo a la multitud—. Nos sentimos emocionados por la idea de ser parte de vuestra educación este año, y déjenme asegurarles que el aprendizaje será indudablemente en ambos sentidos. Podría, en este punto, quedarme aquí de pie al sol y regalarles interminables e impresionantes anécdotas sobre todas las diferencias y similitudes entre los mundos mágicos europeo y americano y prometo que tal diatriba sería, por supuesto, interminablemente interesante... —De nuevo la sonrisa y la sensación de una broma mutua y privada—. Pero como puedo ver que mi propia delegación de estudiantes está ansiosa por librarse tan rápidamente como sea posible de nuestra supervisión, solo me queda asumir que lo mismo se aplica a nuestros nuevos amigos de Hogwarts. Así que simplemente proporcionaré las presentaciones necesarias para que sepáis quién enseñará qué, y después os liberaré a todos para que atendáis vuestros diversos asuntos.

—Ya me gusta este tío —oyó James que decía Ted en algún lugar tras él.

—Sin ningún orden en particular —gritó el mago recordete—. Déjenme presentarles al señor Theodore Hirshall Jackson, profesor de Tecnomancia y Magia Aplicada. También es un general de tres estrellas de la Milicia Libre de Salem-Dirgus, así que os aconsejo a todos que le llaméis «señor» tantas veces como sea posible cuando os dirijáis a él.

La cara del Profesor Jackson estaba tan impasible como el granito, como si hiciera mucho tiempo que se hubiera insensibilizado ante las bromas de su colega. Se inclinó ligera y grácilmente, su barbilla alzada y sus ojos oscuros gravitando hacia algún lugar sobre la multitud.

—Junto a él —continuó el profesor, gesticulando expansivamente con un brazo—. La profesora de Adivinación, Encantamientos Avanzados y Parapsicología Remota, Desdemona Delacroix. También hace un delicioso *gumbo*, eh, bastante *intimidante*, aunque os consideraréis muy afortunados sin duda si alguna vez se os permite saborearlo.

La mujer oscura con el chal sobre el cabello sonrió al orador, y la sonrisa transformó su cara de vieja fea esquelética hasta asemejarse a algo parecido a una abuela disecada pero agradablemente traviesa. Se giró y sus ojos ciegos deambularon, sin enfocarse, sobre el gentío, arrugándose mientras sonreía. James se preguntó cómo podía haber pensado que esa mirada ciega y acuosa había sido la misma que había visto perforándole a través de la oscuridad del lago la noche anterior. Por otro lado, ella acababa de llegar, razonó. No podía haber estado allí la noche anterior.

—Y finalmente —dijo el profesor—, por último y posiblemente el menos relevante, permítanme presentarme a mí mismo. Vuestro nuevo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras, jefe del equipo de debate de Alma Aleron, y extraoficial pero muy

voluntariamente competidor de ajedrez mágico, Benjamin Amadeus Franklyn, a su servicio. —Se inclinó profundamente, abriendo los brazos, su lacio y canoso cabello cayendo hacia adelante.

—¡Eso es lo que estaba intentado decir! —susurró Ralph ásperamente—. ¡Estaba en tu billete, tonto!

Codeó a Zane en las costillas, casi tirando al suelo al chico más pequeño.



Minutos más tarde, James, Zane y Ralph subían las escaleras hacia la sala común de Ravenclaw.

—¿Benjamin Franklin? —repetía Zane incrédulamente—. No puede ser el Ben Franklin original. Sería... —Pensó un momento, frunciendo el ceño—. Bueno, no sé como de viejo, pero realmente, realmente viejo. Alocadamente viejo. Más viejo que McGonagall incluso. No puede ser.

Ralph resollaba, intentando mantener el paso.

—Te lo estoy diciendo, creo que estos magos... nosotros los magos... tenemos formas de quedarnos por aquí mucho tiempo. No es nada sorprendente cuando piensas en ello. Ben Franklyn casi parece un mago cuando lees sobre él en los libros de historia muggle. Quiero decir, el tipo captó un relámpago con una llave atada al cordel de una cometa.

James estaba pensando.

—Recuerdo que mi tía Hermione me habló de algún viejo mago sobre el que aprendieron en su primer año. Nicolás Flamel o algo así. Tenía una especie de piedra que le hacía vivir para siempre, o casi. Por supuesto, esa es la clase de cosa que siempre parece estar cayendo en las manos equivocadas, así que al final la destruyó y acabó muriendo como todo el mundo. Aún así, creo que probablemente haya un montón de formas de que brujas y magos prolonguen su vida por mucho tiempo, incluso sin la piedra de Flamel.

—Quizás debieras conseguir su autógrafo en uno de tus billetes de cien dólares —reflexionó Ralph para Zane.

—No tengo ninguno de cien. Le di mis últimos cinco al portero elfo de abajo. Eso era todo lo que tenía.

—¡No es un portero! —James intentó de nuevo convencer a Zane.

—¿Cómo que no? Nos abrió la puerta —dijo Zane plácidamente.

—¡Ralph le dio con ella cuando la empujó para abrir! ¡No estaba intentando abrirla para nosotros!

—Bueno, sea como sea, se me acabó el dinero. Solo espero que el servicio no se resienta.

Zane se detuvo delante de la puerta de la sala común de Ravenclaw. El águila del llamador de la puerta habló con una voz alta y chillona.

—¿Cuál es el significado del sombrero en el arte de la magia?

—Ahhh, ¡rayos! Se supone que tienen que ser fáciles —se quejó Zane.

—¿Estás seguro de que está bien que nosotros entremos aquí? —dijo Ralph, arrastrando los pies—. ¿Qué hay de las reglas sobre los que se cuelan en salas comunes que no son las tuyas?

—No hay ninguna regla al respecto que yo sepa —dijo James—. Simplemente no creo que la gente lo haga mucho.

Aquello no pareció aliviar la mente de Ralph. Miraba arriba y abajo por el pasillo impacientemente.

—El sombrero... el sombrero... —mascullaba Zane, mirándose los zapatos—. Sombrero, sombrero, sombrero. Conejo saliendo de un sombrero. Sacas cosas de un sombrero. Probablemente sea una metáfora o algo. Te pones el sombrero en la cabeza... tu cerebro está en tu cabeza, bajo el sombrero. Hum... —Chasqueó los dedos y levantó la mirada hacia el llamador del águila—. ¿No puedes sacar de un sombrero lo que en realidad no hayas puesto ya en tu cabeza?

—Burdo, pero bastante cerca —replicó el llamador. La puerta traqueteó y se abrió.

—¡Guau! —dijo James, siguiendo a Zane a la sala común—. ¿Y tus padres son muggles?

—Bueno, como ya he dicho, mi padre hace películas, y mi madre tiene percepciones extrasensoriales sobre todo lo que intento esconderle, así que deduzco que estoy inusualmente preparado para el mundo mágico —dijo Zane con un ademán de la mano—. Bueno. Esta es la sala común de Ravenclaw. No hay luz eléctrica ni ninguna máquina de Coca-Cola a la vista. Pero sí tenemos una estatua realmente pasmosa y un fuego de chimenea parlante. Vi en él a mi padre anoche. Se está adaptando a todo esto un poco demasiado bien, si me lo preguntáis.

Zane los guió a través de las habitaciones Ravenclaw, aparentemente inventado detalles siempre que no los conocía. Ralph y Zane intentaron enseñar a James como se jugaba al rummy con un mazo de cartas muggles, pero James no conseguía interesarse

en las cartas de reyes, reinas y jotas que no se atacaban realmente unas a otras. Cuando se aburrieron, Ralph los llevó a la sala común de Slytherin, conduciéndoles a través de un laberinto de oscuros pasadizos iluminados con antorchas. Se detuvieron ante una gran puerta que dominaba el final de un corredor. En medio de la puerta residía la escultura de latón de una serpiente enroscada, con la cabeza proyectándose amenazadoramente, tenía la boca abierta.

—Oh, sí —masculló Ralph. Se sacudió hacia atrás la manga, revelando un nuevo anillo que llevaba en la mano derecha. El anillo estaba engastado con una gran esmeralda verde, en forma de ojo con una pupila vertical. Ralph lo presionó cuidadosamente en una de las órbitas oculares de la serpiente. La otra cuenca volvió a la vida, con un resplandeciente verde.

—¿Quiereeeen bussssa entrar? —dijo la cabeza de la serpiente con una fina voz silbante.

—Yo. Ralph Deedle. Slytherin, primer año.

El brillante ojo verde pasó sobre James y Zane.

—¿Y esssstosss?

—Mis amigos. Yo, hum, respondo por ellos.

El brillante ojo estudió a Zane y después a James durante un rato incómodamente largo, y después finalmente se apagó. Una serie de complicados chasquidos, golpes y estruendos llegaron desde dentro de la puerta. Esta se abrió pesadamente.

Las habitaciones Slytherin ocupaban un espacio grande y gótico excavado bajo el lago. Gruesas ventanas de cristal tintado en los techos abovedados miraban hacia arriba a través de las profundidades del lago, haciendo que la parpadeante luz del sol se filtrara con un tono verdoso sobre el cristal iluminando los retratos de Salazar Slytherin y su progenie. Incluso Ralph parecía nervioso mientras les mostraba el sitio. Solo había unos pocos estudiantes en la sala común, descansando sobre el mobiliario con extravagante indolencia. Seguían a Zane y James con los ojos, sonriendo críticamente pero aparentemente sin malicia. Ralph masculló saludos rígidamente.

Los cuartos de los Slytherin dieron a James la sensación de ser de tan buen gusto y tan ricos como la recámara en la que podría dormir un capitán pirata. La habitación era amplia, con un suelo hundido y techos bajos de los que colgaban lámparas de cabeza de gárgolas. Las enormes camas tenían grandes pilares rectangulares de madera en cada esquina. El emblema de la casa Slytherin colgaba de los cortinajes en el extremo de cada cama. Los tres chicos treparon a la cama de Ralph inmaculadamente hecha.

—Estos tipos son bastante elegantes y fríos —admitió Ralph en voz baja, señalando a los propietarios de las otras camas—. A decir verdad, me siento un poco fuera de lugar

aquí. Me gustaban más las habitaciones de Ravenclaw.

—No sé —dijo Zane, mirando alrededor admirado—. Está claro que tienen estilo decorando. Aunque será difícil dormir con todas esas cabezas de animales en las paredes. ¿Esa es de un dragón?

—Sí —replicó Ralph, su voz seca y forzada—. Estos tipos las traen de sus casas. Tienen familias que realmente salen a cazar dragones.

James frunció el ceño.

—Yo creía que la caza de dragones era ilegal.

—Sí —susurró Ralph severamente—. Esa es la cuestión, ¿no? ¡Estos tipos tienen familias que tienen cotos de caza donde pueden dispararle a cualquier cosa! Eso de ahí es el cráneo de un unicornio. Todavía tiene el cuerno, aunque dicen que no es un cuerno auténtico. El auténtico es demasiado valioso para usos mágicos como para dejarlo colgado de la pared. ¡Y esa cosa que hay tras la cama de Tom es la cabeza de un elfo doméstico! ¡Las ponen en la pared cuando les despiden! ¡Y os juro que me mira a veces! —Ralph se estremeció y después pareció decidir que había hablado demasiado. Apretó la boca en una fina línea y miró de James a Zane.

—Sí, es bastante espeluznante —admitió James, decidiendo no contar a Ralph alguna de las cosas que había oído sobre cómo vivían las familias de los Slytherin—. Aún así, espero que sea solo para impresionar.

—¿Qué es eso? —dijo Zane de repente, saltando hacia adelante sobre la cama—. ¿Es un *gamedeck*¹? ¡Lo es! ¡Y tienes el transmisor inalámbrico para competiciones en tiempo real y todo! —Rebuscó en una bolsa de lona en el extremo de la cama de Ralph, sacando una pequeña caja negra de más o menos el tamaño y la forma del mazo de cartas con el que habían estado jugando antes. Tenía una diminuta pantalla en la parte delantera, con un imponente y abrumador conjunto de botones bajo ella.

—¿Qué juegos tienes? ¿Tienes el Armagedón Máster Tres?

—¡No! —jadeó Ralph, tratando de alejar la diminuta máquina de Zane—. ¡Y no permitas que nadie más vea esta cosa! Se ponen como locos por cosas como estas.

Zane parecía incrédulo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Qué pasa con los magos y la electrónica? —Ralph dirigió la pregunta a James, que frunció el entrecejo y se encogió de hombros.

¹ Innovadora máquina de videojuegos que también es teléfono y pueden conectarse con jugadores de todo el mundo.

—No sé. Principalmente, no la necesitamos. La electrónica, como los ordenadores y los teléfonos, son solo cosas de muggles. Hacemos lo que necesitamos con magia, supongo.

Ralph estaba sacudiendo la cabeza.

—No es así como actúan estos tipos. Hablan de ello como si hubiera traído algo asqueroso a la escuela conmigo. Me dijeron que si pretendía en serio ser un auténtico Slytherin tenía que abandonar toda mi falsa magia y mis máquinas.

—¿Falsa magia? —preguntó Zane, mirando a James.

—Sí —suspiró él—. Eso es lo que piensan algunas familias mágicas de la electrónica y las máquinas muggles. Dicen que esas cosas son solo sustitutos baratos de lo que hacen los auténticos magos. Creen que cualquier mago que utilice máquinas muggles es un traidor a su herencia mágica o algo así.

—Sí, eso se parece mucho a lo que me dijeron —asintió Ralph—. ¡Son bastante *apasionados* al respecto! Escondí mis cosas de inmediato. Imagino que se lo daré todo a papá en las próximas vacaciones.

Zane dejó escapar un silbido bajo.

—Apostaría a que a tus magos ortodoxos no les gustó ver a mis compatriotas aterrizar hoy en esos trozos de hierro rodantes. No puedes conseguir algo que sea más maquinal que un Dodge Hornet.

James lo consideró.

—Sí, puede que no les gustara mucho, pero hay una diferencia entre la electrónica y la mecánica. Piensan que los coches son sólo un manojito de engranajes y pistones. No son tan falsa magia como simplemente máquinas innecesariamente complicadas. Son los ordenadores y esas cosas lo que realmente odian.

—Ya te digo —respiró Ralph, bajando la mirada a su *gamedeck*, y después volviendo a meterla en su bolsa. Suspiró—. Salgamos de aquí. La cena será pronto y estoy hambriento.

—¿Alguna vez te llenas, Ralph? —preguntó Zane mientras saltaban de la cama.

—Tengo los huesos grandes —dijo Ralph automáticamente, como si lo hubiera dicho muchas veces antes—. Es un problema glandular. Cállate.

—Solo preguntaba —dijo Zane, levantando las manos—. Francamente, ya que estamos, me gusta la idea de tener un amigo del tamaño de un contenedor de basura.

En la cena, los tres se sentaron juntos en la mesa de Gryffindor. James estaba un poco preocupado por ello hasta que apareció Ted y golpeó la espalda de Zane

afectuosamente.

—Nuestro pequeño diablillo Ravenclaw. ¿Qué tal la vida en la segunda mejor casa de la escuela? —Después de eso, James notó que Zane y Ralph no eran los únicos estudiantes sentados a la mesa de otra casa.

Después de la cena discutieron el horario del día siguiente. Zane se uniría a James en la clase de Tecnomancia con el Profesor Jackson, y Ralph estaría con James en Defensa Contra las Artes Oscuras. Los chicos exploraron la biblioteca, revoloteando un rato fuera de la sección de libros prohibidos hasta que la bibliotecaria los espantó con su mirada severa. Finalmente, se desearon buenas noches y fueron por caminos distintos.

—¡Te veo mañana con el Profesor Cara de Piedra! —gritó Zane, que tenía una predisposición única para poner motes a los profesores, mientras subía las escaleras hacia la sala común de Ravenclaw.

Entrando en sus propias habitaciones, James encontró a Ted sentado en el sofá con el brazo casualmente alrededor de Petra. Sabrina y Damian estaban en una mesa cercana, discutiendo calladamente sobre unos papeles extendidos sobre la mesa entre ellos.

—¿Listo para las clases de mañana, junior? —exclamó Ted cuando James se unió a ellos.

—¡Sí! Eso creo.

—Lo harás bien —dijo Ted tranquilizadamente—. El primer año es principalmente práctica con la varita y teoría. Espera a que estés en cuarto y tengas a la profesora Trelawney.

—Al menos podremos diluir a Trelawney con esa nueva bolsa de huesos de los Estados Unidos —dijo Petra.

James enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

Ted respondió.

—Parece ser que se van a dividir las clases. El último curso era de Trelawney y Firenze, el centauro, pero él se fue este año, volvió con los centauros del valle en Greyhaven. Así que este año son Trelawney y la reina vudú, Madame Delacroix.

—Imagino que serán las mejores amigas —anunció Damian filosóficamente—. Como guisantes en una vaina. Como cáscara de huevo de dragón en polvo y savia de mandrágora.

James parpadeó, pero antes de poder preguntar a Damian qué quería decir, Ted sacudió la cabeza, sonriendo maliciosamente.

—Usa tu imaginación, colega.

Unos minutos después, James se separó del grupo y subió a los dormitorios.

Sentía una mezcla agradable de nerviosismo y excitación respecto al día siguiente. Por un momento, simplemente se quedó de pie en la habitación iluminada por la luz de la luna, empapándose de la emoción de estar allí, de ser un Gryffindor, y empezar sus estudios. Sintió una momentánea y vertiginosa sensación de aventuras y desafíos a los que se enfrentaría en los años venideros, y en ese momento deseó poder saltar hacia adelante, y recibirlos todos a la vez.

Noah apareció saliendo del diminuto baño. Miró a James antes de lanzarse sobre su cama.

—Todos nos sentimos así a veces —dijo, como si hubiera leído los pensamientos de James—. Espera a mañana por la noche y volverás a la normalidad. Una buena dosis de sermones y deberes hace milagros. —Y sopló la vela que había junto a su cama.





Capítulo 3

El fantasma y el intruso

James se levantó temprano. La habitación estaba silenciosa excepto por la respiración de sus compañeros Gryffindor y el ronquido silbante de Noah varias camas más allá. La luz en la habitación eran sólo unas pocas sombras sobre la noche, una especie de color rosa perlado. James intentó volver a dormir pero su mente estaba demasiado llena de todo lo desconocido que estaba seguro iba a experimentar en las próximas doce horas. Después de unos pocos minutos, sacó los pies de la cama y comenzó a vestirse.

Los pasillos de Hogwarts, aunque relativamente en calma y vacíos, parecían concurridos de una forma completamente diferente a la de la mañana. Un frescor cubierto de rocío y sombras mañaneras llenaban los espacios, pero había un indicio de ocupación justo fuera de la vista, detrás de las puertas sin marcar, bajo tramos de

estrechas escaleras. A medida que James se movía por los pasillos y pasaba junto a salones vacíos que estarían más tarde llenos de actividad, captó pistas indirectas de la actividad de los elfos domésticos que se desarrollaba en horas tempranas; un cubo y una fregona, todavía goteando, sostenían abierta la puerta de un baño; el aroma a pan horneado y el estrépito de ollas y sartenes subía por un corto tramo de escaleras; una hilera de ventanas estaban cubiertas con tapices cuidadosamente sacados para airearse.

James serpenteó hasta el Gran Comedor, pero lo encontró en calma y vacío, el techo brillando con un rosa pálido a medida que el cielo de afuera absorbía la luz del amanecer. Parpadeó y miró otra vez. Algo se movía entre las semitransparentes vigas y travesaños. Una forma gris revoloteaba, tarareando una pequeña melodía un tanto molesta. James observó, intentando averiguar de qué se trataba. Parecía la silueta de un hombre bajito y gordo con una expresión alegremente traviesa de concentración. Contra toda probabilidad, la figura parecía estar equilibrando muy cuidadosamente objetos diminutos en los bordes de algunas de las vigas. James notó que los objetos en equilibrio estaban directamente encima de las mesas de la sala, organizados a intervalos, y equilibrados tan delicadamente como para caer con la más mínima brisa.

—¡Fi! —gritó de repente la figura, haciendo saltar a James. Le había visto. Se abalanzó sobre él tan rápidamente que James casi dejó caer los libros—. ¿Quién espía al espía cuando está planeando sus travesuras mañaneras? —canturreó, irritación y alegría se mezclaban en su voz.

—Oh —dijo James, suspirando—. Te conozco. Mi padre y mi madre me hablaron de ti. Peeves.

—Y yo te conozco a ti, ¡bollito! —anunció alegremente Peeves, haciendo bucles alrededor de James—. ¡Chiquillo Potter, James! ¡Oooh! Saliendo a hurtadillas de madrugada, no como su papá. ¡Él prefería la noche, la prefería! Buscando un lugar para desayunar ¿verdad? Oh, lo siento, todos los pequeños elfy-welfies están todavía cocinándolo en los sótanos. Hogwarts pertenece sólo a Peeves a este horario. ¿A menos que quieras judías balísticas peruanas?

Peeves empujó un brazo tenue hacia la cara de James. Los objetos diminutos que ocupaban la mano de Peeves parecían judías verdes secas.

—¡No! ¡Gracias! Entonces, me... me voy —James señaló con el pulgar sobre su hombro y comenzó a retroceder.

—¿Estamos seguros? ¡Mmm! Judías, judías, ¡la fruta musical!—. Peeves despidió a James y se abalanzó hacia las vigas otra vez—. ¡Cuánto más coloco, más pitan! ¡Quizás, frutas pitadoras en el jugo de calabaza del pequeño Potter! —cacareó alegremente.

James deambuló hasta que estuvo fuera del alcance del canto de Peeves. Después de pocos minutos se encontró en un largo balcón con pilares que dominaba los terrenos del

colegio. La bruma surgía del lago en una gran nube dorada, evaporándose al sol. James se apoyó contra una barandilla, absorbiendo la felicidad y el entusiasmo de comenzar su primer día.

Algo se movió entre la calma. James miró hacia allí. Había sido en la linde del bosque, cerca de la cabaña de Hagrid. Quizás Hagrid estaba de vuelta. Estudió la cabaña. Todavía no había humo en la chimenea. El jardín parecía desatendido y cubierto de maleza. James frunció el ceño ligeramente. ¿Por qué Hagrid no había vuelto aún? Sabía que el semigigante sentía una conocida debilidad por bestias y monstruos, y le preocupaba, al igual que a sus padres, que eso tarde o temprano fuera su perdición. Quizás la alianza con los gigantes, provisional en el mejor de los casos, se había roto. Puede que hubiesen atacado a Hagrid y a Grawp, o los hubieran apresado de algún modo. Quizás...

Un movimiento llamó la atención de James de nuevo. Justo detrás del montón de leña junto a la cabaña de Hagrid se produjo un parpadeo de color y un destello. James entrecerró los ojos, inclinándose tanto como pudo sobre la barandilla del balcón. Ahí estaba otra vez. Una cabeza asomó por encima de la leña. En la distancia, James pudo ver solamente que era un hombre, más o menos de la edad de su padre. La cara pareció estudiar los terrenos, y luego el hombre se puso de pie lentamente y levantó una cámara. Se produjo otro destello cuando el hombre tomó una foto del castillo.

Estaba por irse a buscar a alguien a quien contar su extraña visión, un profesor o incluso un elfo doméstico, cuando de repente algo pasó volando ante él. James saltó a un lado, dejando caer los libros de veras esta vez. La figura era blanca, semitransparente, y completamente silenciosa. Pasó ante él y se abalanzó hacia los terrenos de abajo, apuntando hacia el intruso de la cámara. La forma fantasmal era imprecisa a la brillante luz del sol, pero el intruso lo vio venir como si la hubiese estado esperado. El hombre soltó un pequeño chillido de miedo pero no huyó, a pesar del hecho de que por lo menos parte de él parecía desearlo. Bruscamente, levantó la cámara otra vez y disparó unas pocas fotos rápidas a la forma fantasmal a medida que ésta iba acercándose él. Finalmente, justo cuando la forma estaba a punto de alcanzarle, el hombre giró sobre sus talones y corrió torpemente hacia el linde del bosque, desapareciendo en la oscuridad. El fantasma se detuvo en el borde del bosque como un perro al final de su correa. Espió dentro, luego merodeó inquietamente de acá para allá. Después de un minuto, se giró y comenzó a volver al castillo. Mientras James miraba, empezó a tomar una forma un tanto más sólida. Para cuando la figura hubo regresado al terreno que había frente al balcón, parecía un hombre joven. El hombre fantasmal caminaba con paso determinado, aunque algo desanimado, y con la cabeza gacha. Entonces levantó la mirada, vio a James, y se detuvo. Hubo un largo momento de perfecta inmovilidad en la cual el hombre miró fijamente a James, su transparente rostro inexpresivo. Luego la figura simplemente se evaporó, rápida y completamente.

James escrutó al lugar donde la figura había estado. Sabía que no se lo había imaginado. Los fantasmas eran tan parte de Hogwarts como las varitas mágicas y las pinturas en movimiento. Había visto al fantasma de la casa de Ravenclaw, la Dama Gris, justo el día anterior, deslizándose por un pasillo y con aspecto extrañamente desabrido. Esperaba con impaciencia encontrarse con Nick Casi Decapitado, el fantasma de la casa de Gryffindor. Pero este fantasma era nuevo para él. Por supuesto, sus padres no podían haberle contado todos los pequeños detalles de la vida en Hogwarts. Mucho de esto era nuevo para él. Aún así, la figura le rondaba la cabeza, como lo había hecho la visión del hombre con la cámara, acechando por ahí y tomando fotos. ¿Podía haber sido de uno de los periódicos sensacionalistas mágicos? No de *El Quisquilloso*, por supuesto. James conocía a la gente que dirigía esa publicación, y a ellos no les interesaría la amodorrada vida mañanera de Hogwarts. Aún así, había muchas publicaciones mágicas sensacionalistas siempre interesadas en los supuestos sucios secretitos de Hogwarts, del ministerio, e incluso del padre de James.

De vuelta a la sala común, donde esperaba encontrar a Ted o a uno de los gremlins antes del desayuno, James recordó que aún no había saludado de parte de sus padres al profesor Longbottom. Decidió hacerlo en el desayuno, y aprovechar la oportunidad para preguntar a Neville sobre el fantasma y el hombre de la cámara.

En el Gran Comedor, sin embargo, a Neville no se lo veía por ninguna parte. Las largas mesas estaban ahora abarrotadas de estudiantes con sus túnicas escolares.

—¿Así que viste a un tipo sacando fotos en los terrenos? —preguntó Ralph en torno a un bocado de tostada francesa—. ¿Qué tiene eso de raro?

—Yo estoy más interesado en el fantasma —dijo Zane decidido—. ¿Me pregunto cómo murió? ¿Los fantasmas sólo vuelven cuando han resultado muertos de un modo realmente turbio?

James se encogió de hombros.

—No lo sé. Pregunta a uno de los chicos mayores. Para este tema pregunta a Nick cuando le veas la próxima vez.

—¿Nick Casi Decapitado? —dijo Sabrina desde más abajo en la mesa.

—Sí. ¿Dónde está? Tenemos una pregunta que hacerle.

—Se ha ido —dijo Sabrina, sacudiendo la cabeza de tal forma que la pluma que llevaba en ella se bamboleó—. No ha estado con nosotros desde nuestro primer año. Finalmente fue aceptado en el Club de Cazadores sin Cabeza después de todos estos años. Montamos una fiesta para él, y entonces se fue. Nunca volvió. Debe haber sido lo que necesitaba para seguir finalmente adelante. Bien por él, además. Aún así...

—¿Cazadores sin cabeza? —preguntó Ralph dubitativo, como si no estuviese seguro

de desear una aclaración.

—¿Nunca volvió? —repitió James—. ¡Pero era el fantasma de la casa de Gryffindor! ¿Quién es nuestro fantasma ahora?

Sabrina sacudió la cabeza otra vez.

—En este momento no tenemos ninguno. Algunos pensamos que sería el viejo Dumbledore, pero no hubo suerte.

—Pero...—dijo James, sin saber cómo continuar. Todas las casas tienen un fantasma ¿no? Pensó en la forma anublada que se había convertido en el silencioso joven sobre el césped delantero.

—¡El correo! —exclamó Zane. Todos levantaron la mirada cuando las lechuzas comenzaron a entrar por las altas ventanas. El aire estaba de repente lleno de agitadas alas, cartas y paquetes cayendo. Los ojos de James se ensancharon cuando recordó el extraño proyecto de Peeves de esa mañana temprano. Antes de que pudiese decir algo, la primera pequeña explosión ruidosa sonó y una chica gritó de sorpresa y enfado. Se levantó de una mesa cercana, con la túnica salpicada de amarillo.

—¡Mis huevos han explotado! —exclamó.

Más pequeñas explosiones estallaron a lo largo del comedor a medida que las lechuzas pasaban volando entre las vigas. Zane y Ralph miraron frenéticamente en derredor, intentando ver qué estaba pasando.

—¡Hora de irse, colegas! —gritó James, intentando no reírse. Cuando terminó de hablar, una judía balística peruana cayó desde una viga cercana, aterrizando en una taza medio vacía y estallando con una ruidosa explosión. El zumo estalló fuera de la taza como un diminuto volcán. Mientras James, Zane y Ralph huían del caos, Peeves descendió y se lanzó de cabeza a través del Gran Comedor, riendo alegremente y voceando su canción sobre la fruta musical.



La clase de Tecnomancia tenía lugar en una de las aulas más pequeñas en los niveles sobre el salón principal. Tenía una ventana inmediatamente detrás del escritorio del profesor, y el sol de la mañana brillaba directamente a través de ella, haciendo de la cabeza del profesor Jackson una corona de luz dorada. Este se inclinaba sobre el escritorio, rascando con una pluma y un pergamino cuando Zane y James llegaron. Encontraron asientos en el incómodo silencio del aula, teniendo cuidado de no romperlo

al arrastrar sus sillas. Lentamente, el aula se llenó, pocos estudiantes se atrevían a hablar, así que ningún ruido podía oírse, excepto el atareado roce de la pluma del profesor. Finalmente, éste consultó el reloj de su escritorio y se puso en pie, alisando la parte delantera de su túnica gris oscuro.

—Bienvenidos, estudiantes. Mi nombre, como ya es posible que sepáis, es Theodore Jackson. Os instruiré este año en el estudio de la Tecnomancia. Creo mucho en la lectura, y pongo mucha atención al escuchar. Haréis mucho de ambas cosas en mi clase. —Su voz era tranquila y comedida, más refinada de lo que James había esperado. Su cabello gris acerado estaba peinado con pulcritud militar. Sus espesas cejas negras formaban una línea tan recta como una regla a través de su frente.

—Se ha dicho —continuó Jackson, empezando a caminar lentamente alrededor del aula— que no hay tal cosa como una pregunta estúpida. Sin duda vosotros mismos lo habréis dicho. Las preguntas, se supone, son señal de una mente inquisitiva. —Hizo un alto, estudiándolos críticamente—. Al contrario, las preguntas son simplemente señal de un estudiante que no ha estado prestando atención.

Zane dio un codazo a James. James le miró, luego a su pergamino. Zane ya había dibujado una simple pero notablemente exacta caricatura del profesor. James ahogó una risa, tanto ante la audacia de Zane como ante el dibujo.

Jackson continuó.

—Prestar atención en clase. Coger apuntes. Leer los textos asignados. Si podéis llevar a cabo estas tareas, encontraréis las preguntas muy poco necesarias. Cuidado, no estoy prohibiendo las preguntas. Simplemente os advierto que consideréis si una pregunta requiere que me repita. Si no es así, os elogiaré. Si lo es, yo os... —hizo un alto, dejando que su mirada vagara por el aula— *recordaréis* esta conversación.

Jackson había completado su circuito por el aula. Se giró hacia la pizarra que había junto a la ventana. Sacando su varita de una funda de su manga, hizo un movimiento rápido con ella hacia la pizarra.

—¿Quién, ruego, sería capaz de decirme qué comprende el estudio de la Tecnomancia? —En la pizarra la palabra se escribió correctamente con una pulcra caligrafía ladeada. Hubo una larga y embarazosa pausa. Finalmente, una chica levantó la mano tentativamente.

Jackson le hizo gestos.

—Dígalo, señorita, eh... perdónenme, aprenderé todos sus nombres con el tiempo. Gallows, ¿no?

—Señor —dijo la chica en voz baja, aparentemente pensando en el consejo de Franklyn del día anterior—, la Tecnomancia es, creo, ¿el estudio de la ciencia de la

magia?

—¿Pertenece a la casa Ravenclaw, señorita Gallows? —preguntó Jackson, mirándola. Ella asintió con la cabeza—. Cinco puntos para Ravenclaw entonces, aunque no apruebo la palabra «creo» en mi clase. La creencia y el conocimiento tienen poco, si acaso nada, en común. En esta aula nos aplicaremos al conocimiento. Ciencia. Hechos. Si quieren creer, la clase de la señora Delacroix se reunirá en el salón de abajo la próxima hora —indicó, y por primera vez asomó algo parecido al humor en su fachada de piedra. Unos pocos estudiantes se atrevieron a sonreír y reír discretamente. Jackson se giró, haciendo un rápido movimiento con su varita hacia la pizarra otra vez.

—El estudio de la ciencia de la magia, sí. Es un común y triste malentendido que la magia es una actividad mística o poco natural. Aquellos que creen, y aquí uso el término «creer» intencionadamente, aquellos que creen que la magia es simplemente misticismo son también propensos a creer en cosas tales como el destino, la suerte, y el equipo de quidditch americano. En resumen, causas perdidas sin asomo de evidencia empírica para apoyarlas —Más sonrisas aparecieron en el aula. Obviamente había más en el profesor Jackson de lo que se veía a simple vista.

—La magia —continuó, mientras la tiza empezaba a garabatear sus notas— no, repito, *no* rompe ninguna de las leyes naturales de la ciencia. La magia *explota* esas leyes usando métodos muy específicos y creativos. Señor Walker.

Zane saltó en su asiento, levantando la mirada del dibujo en el que había estado trabajando mientras los demás garabateaban notas. Jackson estaba todavía de cara a la pizarra, de espaldas a Zane.

—Necesito un voluntario, señor Walker. ¿Puedo tomar prestado su pergamino? —No era una petición. Mientras hablaba, hizo un rápido movimiento con la varita y el pergamino de Zane zigzagueó hacia la parte delantera del aula. Jackson lo atrapó hábilmente con una mano levantada. Se giró lentamente, manteniendo el pergamino en alto, sin mirarlo. La clase miraba en significativo silencio la caricatura bastante buena de Jackson que Zane había dibujado. Zane empezó a hundirse en el asiento, como si estuviese intentando derretirse bajo el escritorio.

—¿Es simplemente magia lo que hace que el dibujo de un verdadero mago cobre vida? —preguntó Jackson. Al hablar, el dibujo del pergamino se movió. La expresión cambió de una caricatura de severa mirada acerada a una caricatura enfadada. La perspectiva se amplió, y ahora había un escritorio delante del dibujo de Jackson. Una versión diminuta en caricatura de Zane se acobardaba tras el escritorio. El dibujo de Jackson sacó un gigantesco portafolio y empezó a trazar barras rojas en él, que tenía las letras TIMO en la parte superior. El Zane de dibujo cayó de rodillas, suplicando en silencio a la caricatura de Jackson, el cual sacudía la cabeza imperiosamente. El dibujo

de Zane lloró, su boca era un bumerán gigante de infortunio, lágrimas cómicas brotaban de su cabeza.

Jackson giró la cabeza y finalmente miró al pergamino que tenía en la mano mientras la clase estallaba en carcajadas. Sonrió con una pequeña pero genuina sonrisa.

—Desafortunadamente, señor Walker, sus cinco puntos menos cancelan los cinco puntos concedidos a la señorita Gallows. Mmm. Así es la vida.

Empezó a pasear por el aula otra vez, dejando el dibujo delicadamente en la mesa de Zane al pasar.

—No, magia no es, como quien dice, simplemente una palabra mágica. En realidad, el verdadero mago aprende a imprimir su propia personalidad en el papel usando *otro* medio aparte de la pluma. No ocurre nada antinatural. Simplemente tiene lugar otro medio diferente de expresión. La magia explota las leyes naturales, pero no las rompe. En otras palabras, la magia no es antinatural, pero es *sobrenatural*. Es decir, está más *allá* de lo natural, pero no fuera de ello. Otro ejemplo. Señor, hum...

Jackson señaló a un chico próximo a él, el cual se inclinó de repente hacia atrás en su silla, mirando bizco al dedo que le señalaba.

—Murdock, señor —dijo el chico.

—Murdock. Tienes edad para aparecerte. ¿Estoy en lo cierto?

—Oh. Sí, señor —dijo Murdock, pareciendo aliviado.

—Describe la Aparición para nosotros, ¿quieres?

Murdock parecía perplejo.

—Es bastante básico, ¿no? Quiero decir, es sólo cuestión de conseguir un lugar agradable y sólido en tu mente, cerrar los ojos, y, bueno hacer que pase. Entonces, *bang*, estás ahí.

—¿Bang, dices? —dijo Jackson, con la cara en blanco.

Murdock enrojeció.

—Bueno. Sí, más o menos. Tú sólo te envías allí. Tal cual.

—Así que es instantáneo, dirías.

—Sí. Supongo que eso diría.

Jackson alzó una ceja.

—¿Supones?

Murdock se retorció, mirando a los que estaban sentados cerca de él en busca de ayuda.

—Eh. No. Quiero decir, sí. Definitivamente. Instantáneamente. Como ha dicho.

—Como *usted* ha dicho, señor Murdock —corrigió Jackson afablemente. Se estaba moviendo otra vez, procediendo de vuelta al frente del aula. Tocó a otra estudiante en el hombro mientras pasaba—. ¿Señorita?

—Sabrina Hildegard, señor —dijo Sabrina tan clara y educadamente como pudo.

—¿Sería tan amable de hacernos un pequeño favor, señorita Hildegard? Se requiere la utilización de dos cronómetros de arena diez-segundos de la clase de pociones del profesor Slughorn. Segunda puerta a la izquierda, creo. Gracias.

Sabrina se apresuró a salir mientras Jackson enfrentaba al aula otra vez.

—Señor Murdock, ¿tiene alguna idea de qué es, exactamente, lo que pasa cuando te apareces?

Murdock aparentemente había determinado que la más absoluta ignorancia era su rumbo más seguro a seguir. Sacudió la cabeza con firmeza.

Jackson pareció aprobarlo.

—Vayamos a estudiarlo de esta manera. ¿Quién puede decirme a dónde van los objetos desaparecidos?

Esta vez Petra Morganstern levantó la mano.

—Señor, los objetos desaparecidos no van a ninguna parte, es decir, van a todas partes.

Jackson asintió con la cabeza.

—Una respuesta de libro de texto, señorita. Pero vacía. La materia no puede estar en dos sitios a la vez, ni puede estar a la vez en todas partes y en ninguna. Nos ahorraré tiempo al no sumar otras contribuciones a la ignorancia de esta clase sobre el tema. Esta es la parte donde yo hablo y ustedes escuchan.

Alrededor del aula, las plumas estaban empapadas y listas. Jackson comenzó a caminar otra vez.

—La materia, como incluso todos ustedes saben, está compuesta casi enteramente de nada. Los átomos se reúnen en el espacio, tomando una forma que, desde nuestro ventajoso punto de vista, parece sólida. Este candelabro —Jackson puso las manos sobre un candelabro de bronce que había sobre su escritorio— nos parece una sencilla y muy sólida pieza, pero es, de hecho, billones de diminutas motas cerniéndose con la suficiente proximidad unas de otras como para implicar forma y peso a nuestra torpe perspectiva. Cuando lo hacemos desaparecer. —Jackson hizo un rápido movimiento con su varita despreocupadamente hacia el candelabro y éste desapareció con un estallido

apenas—. No estamos moviendo el candelabro, o destruyéndolo, o causando que la materia que lo comprende deje de ser, ¿verdad?

Los ojos penetrantes de Jackson vagaron por el aula, saltando de cara en cara mientras los estudiantes dejaban de escribir, esperando a que continuara.

—No. En lugar de ello, hemos alterado el acuerdo de espacio entre esos átomos —dijo elocuentemente—. Hemos expandido la distancia de punto a punto, tal vez mil veces, tal vez un millón de veces. La multiplicación de esos espacios expande el candelabro a un punto de dimensiones casi planetarias. El resultado es que podemos realmente caminar por él, por los espacios entre sus átomos, y ni siquiera notarlo nunca. En resumen, el candelabro está todavía aquí. Ha sido simplemente ampliado en gran medida, diluido a tan efímero nivel, como para volverse físicamente insustancial. Está, en efecto, en todas partes, y en ninguna parte.

Sabrina volvió con los relojes de arena, colocándolos en el escritorio de Jackson.

—Ah, gracias señorita Hildegard. Murdock.

Murdock saltó otra vez. Hubo risas tontas por toda la clase.

—¿Señor?

—No tema, mi valiente amigo. Me gustaría que realizara lo que sospecho va a considerar una tarea muy sencilla. Me gustaría que se apareciera para nosotros.

Murdock pareció horrorizado.

—¿Aparecerme? Pero...pero nadie puede aparecerse en los terrenos del colegio, señor.

—Muy cierto. Una restricción pintoresca y simplemente simbólica, pero una restricción sin embargo. Afortunadamente para nosotros, he arreglado una concesión temporal educativa que le permitirá, señor Murdock, aparecerse de ahí —Jackson caminó hasta la esquina delantera del aula señalando al suelo— a aquí.

Murdock se puso de pie y se balanceó ligeramente mientras reflexionaba en lo que el profesor estaba pidiendo.

—¿Quiere que me aparezca de esta aula... a esta aula?

—De ahí, donde está, a aquí. A esta esquina, si puede ser. No considero que sea un desafío excesivo. Excepto que me gustaría que lo hiciese llevando esto. —Jackson recogió uno de los pequeños relojes de arena que Sabrina había traído—. Gírelo precisamente en el momento antes de aparecer. ¿Entendido?

Murdock asintió con la cabeza, aliviado.

—Ningún problema, señor. Puedo hacerlo con los ojos vendados.

—No creo que eso sea necesario —dijo Jackson, entregando a Murdock el reloj de

arena. Regresó al frente del aula, cogiendo el segundo reloj de arena.

—A la de tres, señor Murdock. Uno...dos... ¡tres!

Ambos, Murdock y Jackson giraron sus relojes de arena. Una fracción de segundo más tarde, Murdock se desvaneció con un fuerte chasquido. Todos los ojos del aula saltaron a la esquina delantera.

Jackson sostenía el reloj de arena, observando el flujo silencioso a través del cristal pinzado. Tarareó un poco. Se permitió apoyarse ligeramente contra su escritorio. Entonces, perezosamente, se dio la vuelta y examinó la esquina delantera del aula.

Hubo un segundo chasquido cuando Murdock reapareció. Con un movimiento notablemente rápido, Jackson cogió el reloj de arena de Murdock de su mano y puso el suyo y el del chico uno al lado del otro en el centro de su escritorio. Retrocedió, mirando severamente ambos relojes de arena. La arena del reloj de arena de Jackson estaba dividida casi regularmente entre los dos receptáculos. El reloj de arena de Murdock todavía tenía casi toda su arena en la parte de arriba.

—Me temo, señor Murdock —dijo Jackson, sin quitar los ojos de los relojes de arena— que su hipótesis ha resultado defectuosa. Vuelva a su asiento, y gracias.

Jackson levantó la mirada hacia el aula y gesticuló hacia los relojes de arena.

—Una diferencia de cuatro segundos, algunas décimas arriba o abajo. Parece que la Aparición no es, de hecho, instantánea. Pero, y esta es una parte muy interesante, *es* instantánea para el que desaparece. ¿Qué puede la Tecnomancia decirnos acerca de esto? Es una pregunta retórica. Yo la contestaré.

Jackson reanudó su pasear alrededor del aula mientras algunas palabras empezaban a garabatearse en la pizarra otra vez. Por toda el aula, los estudiantes se inclinaban sobre sus pergaminos.

—La Aparición utiliza exactamente la misma metodología que los objetos que desaparecen. La persona que desaparece manifiesta la distancia entre sus propios átomos, expandiéndolos a tal nivel que se vuelven físicamente insustanciales, invisibles, inconmensurables, efectivamente, en todas partes. Habiendo logrado estar en todas partes, la persona que aparece por tanto *reduce* automáticamente la distancia entre sus átomos, pero con un nuevo punto central, determinado por su punto de referencia mental inmediatamente antes de la aparición. El mago, encontrándose en Londres se imagina Ebbets Field, desaparece, es decir, logra estar en todas partes, y luego reaparece con un nuevo punto de solidez en Ebbets Field. Es fundamental que el mago haga la predestinación en su mente antes de la aparición. ¿Puede alguien decirme, usando la Tecnomancia, por qué?

Hubo silencio. Luego la chica llamada Gallows levantó la mano otra vez.

—¿Porque el proceso de Aparición es instantáneo para el mago?

—Crédito parcial, señorita —dijo Jackson, casi amablemente—. Dependiendo de las distancias, la Aparición lleva tiempo, como acabamos de ver, y el tiempo no es, hablando relativamente, flexible. No, la razón por la que el mago debe fijar firmemente su destino antes de aparecerse es que, mientras el mago está en estado de omnipresencia, su mente está en un estado de perfecta hibernación. El tiempo que lleva aparecerse no es instantáneo, pero ya que la mente del mago está eficazmente congelada durante el proceso, parece instantáneo para él. Puesto que un mago no puede pensar o sentir durante el proceso de la Aparición, un mago que falla al fijar su sólido destino antes de aparecerse... nunca reaparecerá del todo.

Jackson frunció el ceño y escudriñó el aula, buscando algún signo de que habían comprendido la lección. Después de varios segundos, una mano se levantó lentamente. Era Murdock. Su cara era una sombra de miseria mientras aparentemente luchaba por organizar estos conceptos radicales en su mente. Las tupidas cejas negras de Jackson se alzaron lentamente.

—¿Sí, señor Murdock?

—Una pregunta, señor. Lo siento. ¿Dónde...? —tosió, aclarándose la garganta, y luego se lamió los labios—. ¿Dónde está Ebbets Field?



James se encontró con Zane y Ralph después de la comida, los tres tenían un corto descanso. Con demasiado tiempo para dirigirse directamente a sus siguientes clases, pero no con el suficiente como para ir a sus salas comunes, dieron un paseo sin rumbo a lo largo de los pasillos atestados cercanos al patio, intentando apartarse del camino de los estudiantes más mayores y hablando de las clases que habían tenido en la mañana.

—Te lo digo yo, ¡el viejo Cara de Piedra tiene algún chiflado efecto mágico en el paso del tiempo! —contaba Zane a Ralph apasionadamente—. Juro que una vez vi el reloj de verdad avanzar hacia atrás.

—Bueno, a mí me gusta mi profesor. El profesor Flitwick. Lo habréis visto por ahí —dijo Ralph, amablemente cambiando de tema.

Zane ni se inmutó.

—El tipo tiene ojos en la parte de atrás de la peluca o algo. ¿Quién habría pensado que un colegio de hechicería sería tan solapado?

—El profesor Flitwick enseña los hechizos para principiantes y el funcionamiento de la varita, ¿no? —preguntó James a Ralph.

—Sí. Fue realmente excelente. Quiero decir, una cosa es leer sobre hacer magia, pero ver como ocurre es otra cosa. ¡Hizo que su silla, con libros y todo levitara!

—¿Libros? —intervino Zane.

—Sí, ya sabes, ese montón de libros que tiene en su silla para poder ver por encima del escritorio. Debe de haber cien kilos de ellos. Hizo flotar la silla directamente fuera del suelo con ellos todavía encima, sólo usando su varita.

—¿Y qué tal te fue? —preguntó Zane. James se encogió, pensando en la ridícula varita de Ralph.

—No estuvo mal, en realidad —dijo Ralph ligeramente. Hubo una pausa en la cual Zane y James se detuvieron para mirarlo—. De verdad. No fue mal —repitió Ralph—. Quiero decir, no levitamos sillas ni nada. Sólo plumas. Flitwick dijo que no esperaba que lo consiguiéramos la primera vez. Pero aún así, lo hice tan bien como cualquier otro —Ralph parecía pensativo—. Puede incluso que un poco mejor. Flitwick parecía bastante complacido. Dijo que tenía un talento nato.

—¿Hiciste flotar una pluma con ese disparatado leño de bigote de hombre de las nieves tuyo? —preguntó Zane incrédulamente.

Ralph pareció molesto.

—Sí. Para tu información, Flitwick dice que la varita es sólo un instrumento. Es el mago quien hace la magia. Quizás tengo talento. ¿Se te ha ocurrido eso, señor experto-en-varitas-repentino?

—Rayos, lo siento —murmuró Zane—, pero no me señales con ese maniático leño de muñeco de nieve. Quiero conservar el mismo número de brazos y piernas.

—Olvidadlo —les tranquilizó James mientras comenzaban a andar otra vez— Flitwick está en lo cierto. ¿A quién le importa de dónde salió tu varita? ¿Realmente conseguiste que la pluma levitara?

Ralph se permitió una pequeña sonrisa de orgullo.

—Todo el camino hasta el techo. ¡Está todavía ahí arriba ahora! Conseguí que se pegara a una viga.

—Bien —asintió James con la cabeza en aprecio.

Un chico mayor con una corbata verde golpeó a James, echándolo del camino a la hierba del patio. Golpeó a Ralph también, pero Ralph era tan alto como el chico mayor, y bastante más ancho. El muchacho rebotó en Ralph, el cual ni se movió.

—Lo siento —murmuró Ralph cuando el chico se detuvo y le miró.

—Mirad por donde vais, novatos —dijo fríamente, mirando de James a Ralph—. Y quizás deberías tener más cuidado de con quien te ven, Deedle. —Pasó rodeando a Ralph sin esperar respuesta.

—Ese es el espíritu Slytherin del que me hablaste en el tren —dijo Zane—. Bien por el «Espero que todos seamos amigos».

—Ese era Trent —dijo Ralph hoscamente, observando cómo el muchacho se alejaba—. Fue él quien me dijo que mi *gamedeck* era un insulto a mi sangre mágica. Aunque no le llevó mucho tomarla prestada.

James apenas escuchaba. Estaba distraído por algo que el chico llevaba puesto.

—¿Que decía su insignia?

—Oh, todos ellos han empezado a llevar esas —expresó Ralph—. Tabitha Corsica las estaba repartiendo en la sala común esta mañana. Aquí está — Ralph buscó en su túnica y enseñó una insignia similar—. Olvidé ponerme la mía.

James estudió la insignia. En letras blancas en un fondo azul oscuro decía «*Magos progresistas contra la falsa historia*». Una larga equis roja cortaba repetidamente las palabras «*falsa historia*», y luego perdía color.

—No todas dicen esto —dijo Ralph, devolviendo la insignia a su sitio—. Algunas dicen «Cuestiona a los victoriosos». Otras tienen inscripciones más largas que no tienen ningún sentido para mí. ¿Qué es un auror?

Zane abrió la boca.

—Una vez mi padre fue llamado para el servicio de auror. Se libró porque estaba en un rodaje en Nueva Zelanda. Él dice que si los aurores cobraran más conseguiríamos mejores veredictos.

Ralph miró a Zane desconcertado. James suspiró.

—Los aurores —dijo lentamente y con cuidado— son brujas y magos que encuentran y atrapan a brujas y magos tenebrosos. Son como una especie de policía mágica, supongo. Mi padre es un auror.

—El jefe del Departamento de Aurores, querrás decir —dijo una voz cuando pasaban junto a un grupo. Tabitha Corsica iba a la cabeza del grupo, miró hacia atrás majestuosamente cuando James pasaba—. Pero perdonad mi interrupción.

Los demás miembros del grupo volvieron la vista hacia James con sonrisas ilegibles. Todos ellos llevaban puesta la insignia azul.

—Sí —dijo James, fuerte pero más bien inseguro—, lo es.

—¿Tu padre es el jefe de la policía mágica? —preguntó Zane, mirando de los ya desaparecidos Slytherins a James. James hizo una mueca y asintió con la cabeza. Había tenido oportunidad de leer otra de las insignias. Decía: «*Di no a la censura de los aurores; di sí a la libertad de expresión mágica*». James no sabía lo que significaban, pero tenía un mal presentimiento al respecto.

Zane se giró de repente y dio un codazo a Ralph.

—Mejor ponte esa insignia, compañero, o tus colegas de casa pensarán que te has ablandado con la historia falsa y los aurores imperialistas o lo que sea.

James parpadeó, finalmente registrando algo que Ralph había dicho hacía un minuto.

—¿Has dicho que tu compañero de habitación tomó prestada tu consola esa?

Ralph sonrió sin humor.

—Bueno, puede que no fuera él. Alguien lo hizo. Aunque no mucha gente está al corriente de su existencia. A menos que lo hablaran a mis espaldas. Todo lo que sé es que desapareció de mi mochila justo después de mostrároslo, chicos. Imagino que mis compañeros de casa sólo estaban purgando la habitación de falsa magia —suspiró.

James no podía quitarse de encima la desagradable sensación que estaba coleando en su vientre. Estaba relacionada con la dulce amabilidad de algunos de los Slytherins, y las extrañas insignias. Y ahora, uno de ellos había cogido el extraño aparato de juego muggle de Ralph. ¿Por qué?

Estaban pasando junto a la vitrina de trofeos de Hogwarts cuando Zane, que se había adelantado, gritó.

—Eh, hojas de inscripción a clubes. Vamos a hacer algo extraescolar —se inclinó, examinando una de las láminas en particular—. «*¡Lee las runas! ¡Predice tu destino y el de tus amigos! Aprende el lenguaje de las estrellas*». Bla, bla. «*Club de Constelaciones. Se reúne a las once los martes en la torre oeste*». Me suena a excusa para estar fuera de noche. Allá voy —Agarró la pluma que había sido fijada a un estante por un trozo de cuerda, la mojó teatralmente y garabateó su nombre en la hoja.

James y Ralph se vieron atrapados con él. Ralph se inclinó, leyendo las hojas de suscripción en voz alta.

—Equipos de debate, club de ajedrez mágico, equipos de quidditch de las casas.

—¿Qué? ¿Dónde? —dijo Zane, todavía sosteniendo la pluma como si fuese su intención intentar algo con ella. Encontró el pergamino para las pruebas del equipo de quidditch de Ravenclaw y empezó a firmar con su nombre—. Simplemente tengo que subirme a una de esas escobas. ¿Cuáles crees que sean mis posibilidades, James?

James le cogió la pluma a Zane, sacudiendo la cabeza con diversión.

—Todo es posible. Mi padre fue buscador del equipo de Gryffindor en su primer año. El buscador más joven de la historia del equipo. Él es en parte la razón por la que cambiaron las reglas. Antes los de primer año no podían estar en el equipo. Ahora está permitido, pero es realmente, realmente raro.

James escribió su nombre en la parte inferior de la hoja para el equipo de quidditch de Gryffindor. Las pruebas, vio, eran después de clase al día siguiente.

—Ralph, ¿vas a firmar para los Slytherins? ¡Venga! ¡Todos tus amigos lo están haciendo! —incentivó Zane, mirando de reojo al chico más grande.

—No, nunca fui muy bueno en los deportes.

—¿Tú? —gritó Zane con ganas, tirando un brazo más bien con torpeza sobre el hombro de Ralph—. ¡Eres una pared de ladrillos! ¡Todo lo que tienes que hacer es apartarte delante del aro y la defensa ya está reforzada! Todo lo que hace falta es encontrar una escoba que sostenga tu gran lastre.

—¡Cállate! —dijo Ralph, desembarazándose del brazo de Zane, pero sonriendo y poniéndose rojo—. En realidad estaba pensando en apuntarme al equipo de debate. Tabitha cree que sería bueno en eso.

James parpadeó.

—¿Tabitha Corsica te ha pedido que entres en el equipo de debate de Slytherin?

—Para ser exactos —dijo Zane, estudiando detenidamente las hojas de inscripción del equipo de debate—, los equipos de debate no están divididos por casas. Son sólo equipos aleatorios A y B. Mirad, gente de las diferentes casas están en el mismo equipo. Incluso hay algunos invitados de Alma Aleron aquí.

—¿Por qué no te lanzas y firmas, Ralph? —preguntó James. Ralph obviamente quería.

—No sé. Puede que lo haga.

—Oh, mira, Petra está en el equipo A —dijo Zane. Empezó a inscribir su nombre otra vez.

James frunció el ceño.

—¿Te estás uniendo al equipo de debate sólo porque Petra Morganstern está en él?

—¿Se te ocurre una razón mejor?

—Ya lo sabes —dijo James, riendo—, que Petra está saliendo con Ted, ¿no?

—Mi padre dice que las chicas no saben cómo les gusta el helado hasta que han probado todos los sabores —dijo Zane sabiamente, dejando la pluma de vuelta en su funda.

Ralph arrugó la frente.

—¿Qué significa eso?

—Significa que Zane cree que puede hacer sudar a Ted en el apartado romántico — dijo James. Admiraba y le preocupaba a la vez la falta de inhibición de Zane.

—Significa —afirmó Zane— que Petra no sabrá lo que quiere en un hombre hasta que haya tenido oportunidad de llegar a conocer a tantos como le sea posible. Sólo estoy pensando en lo mejor para ella.

Ralph estudió a Zane por un momento.

—Sabes que tienes once años, ¿no?

James se detuvo mientras Zane y Ralph empezaban a andar. Una foto en la vitrina de trofeos había llamado su atención. Se inclinó, ahuecando las manos alrededor de la cara para bloquear el resplandor del sol. La foto era en blanco y negro, en movimiento, como todas las fotos mágicas. Era su padre, más joven, más delgado, su pelo negro salvaje y revuelto sobre la famosa y característica cicatriz. Sonreía incómodamente a la cámara, sus ojos se movían como si estuviese evitando el contacto ocular con alguien o algo fuera del foco de la cámara. Junto a la foto enmarcada había un gran trofeo de metal y de una especie de cristal azul que brillaba con una luz cambiante y ondulada. James leyó la placa que había bajo el trofeo.

LA COPA DE LOS TRES MAGOS

Conjuntamente concedida a Harry Potter y Cedric Diggory,

Estudiantes de Hogwarts de las casas de Gryffindor Y Hufflepuff, respectivamente,

Por ganar el Torneo de los Tres Magos, que tuvo lugar en estos terrenos con la cooperación de representantes del Instituto Durmstrang y la Academia Beauxbatons.

Había más, pero James no lo leyó. Conocía la historia. El nombre de Harry Potter había sido vilipendiado como competidor fraudulento, habiendo sido situado en la competición por un mago tenebroso llamado Crouch. Esto había conducido a ambos, Harry y Diggory, a ser enviados vía trasladador a la guarida de Voldemort, lo que llevó al regreso corporal del malvado mago. No era de extrañar que su padre pareciese tan incómodo en la foto. Estaba por debajo de la edad legal para el torneo, y había sido el añadido cuarto concursante en una competición mágica de tres. Había estado en una habitación llena de gente que sospechaba de él por fraude y magia oscura, en el mejor

de los casos.

James miró a la imagen del otro lado de la copa, la de Diggory. Su sonrisa parecía genuina y cordial en comparación con la de su padre. James nunca había visto una foto de Diggory antes, y sin embargo le pareció familiar. Conocía la historia de Diggory, sabía que había muerto junto a su padre en el cementerio al que los habían enviado, asesinado por orden de Voldemort. Su padre pocas veces hablaba de esa noche, y James entendía por qué, o por lo menos creía que lo hacía.

Suspiró, y luego corrió para alcanzar a Zane y Ralph.



Más tarde ese día, cuando James se detuvo en su habitación para intercambiar libros para su clase de Defensa Contra las Artes Oscuras, encontró a *Nobby* esperándole, arañando el alféizar impacientemente. James asió el pergamino enroscado de la pierna de *Nobby* y lo leyó.

Querido James:

Tu padre y yo estamos encantados de oír que te estás adaptando bien, como sabíamos que harías. Tu tío Ron dice que enhorabuena por ser un Gryffindor, y todos nosotros coincidimos. No podemos esperar para escuchar cómo te ha ido el primer día de clases. También quiero que escuches esto de nosotros en primer lugar: han pedido a tu padre que vaya a Hogwarts para un encuentro sobre seguridad internacional y otros temas de «interés común» con los magos americanos. Yo me quedaré en casa con Albus y Lily, pero tu padre espera verte la próxima semana. Cerciórate de que comes algo más que pasteles y empanadas y asegúrate de que lavas tus túnicas y a ti mismo por lo menos una vez a la semana. (Eso era broma. En realidad, no lo era).

Con cariño y besos,

Mamá

James dobló la nota y la metió en el libro que llevaba mientras corría hacia las escaleras. El conocimiento de que vería a su padre la próxima semana le había dejado con sentimientos entremezclados. Por supuesto que le emocionaba verlo y poder presentarlo a sus nuevos amigos. Aunque, tenía miedo de que la visita también hiciera que fuera mucho más difícil escapar a la sombra de su famoso padre. Se sintió

fugazmente agradecido de que Zane y Ralph fuesen ambos hijos de muggles, y por lo tanto relativamente ignorantes de las hazañas de su legendario padre.

Cuando se unió a la multitud de estudiantes que entraban en la clase de Defensa Contra las Artes Oscuras, James vio otra de las insignias en la túnica de un Slytherin. «*Magos progresistas contra la discriminación mágica*», decía. Sintió una especie de sensación de hundimiento sin rumbo, y entonces se fijó en el recorte de periódico clavado con tachuelas a la pared cerca de la puerta. «*Harry Potter en la cumbre de la Unión Internacional Mágica*», anunciaba el titular. Debajo, un mecanografiado más pequeño decía: «*El jefe de aurores se reunirá con los representantes de Estados Unidos durante la ceremonia en Hogwarts. Prevalecerán las cuestiones de seguridad*». Sujeta al recorte de periódico, clavado de modo que ocultaba la foto de un sonriente Harry Potter adulto, había otra de las insignias azules. «*Cuestiona a los victoriosos*», centelleaba.

—Vamos —urgió Ralph, uniéndose a James—, llegaremos tarde.

Mientras navegaban por el aula llena y encontraban dos asientos cerca de la parte delantera, Ralph se inclinó hacia James.

—¿Era ese tu padre, el de la historia del recorte de periódico?

James había supuesto que Ralph no se había dado cuenta de ello. Miró a Ralph mientras se sentaban.

—Sí. Mi madre me acaba de escribir al respecto. Estará aquí a principios de la semana que viene. Un gran encuentro con los americanos, supongo.

Ralph no dijo nada, pero parecía incómodo.

—Ya lo sabías, ¿no? —susurró James cuando la clase se quedó en silencio.

—No —murmuró Ralph— al menos, no específicamente. Aunque mis compañeros de casa han estado hablando de una especie de protesta todo el día. Parece que es sobre tu padre, supongo.

James miró fijamente a Ralph, con la boca ligeramente abierta. Así que eso era lo que tramaban Tabitha Corsica y sus Slytherins, tras todas esas sonrisas amistosas y habladurías. Las tácticas de Slytherin habían cambiado, pero no su propósito. James apretó los labios en una línea inflexible y se giró hacia delante mientras el profesor Franklyn se aproximaba al escritorio principal. El profesor Jackson caminaba junto a él, llevando su maletín de piel negro y hablando en voz baja.

—Saludos, estudiantes —dijo Franklyn secamente—. Sospecho que muchos de vosotros ya habéis conocido al profesor Jackson. Por favor perdonad el pequeño retraso.

Jackson miró por encima del hombro a los estudiantes sentados, con su cara de granito. El apodo de Zane para el hombre parecía bastante apropiado, pensó James.

Franklyn se giró hacia Jackson y habló con voz silenciosa. Jackson parecía descontento con lo que le estaba diciendo Franklyn. Colocó su maletín en el suelo junto a él, liberando su mano para hacer gestos.

James se fijó en la maleta. Sólo a casi un metro de donde estaba sentado en la fila delantera. Jackson no había sido visto nunca sin la maleta, lo que habría sido corriente en casi todos los sentidos si no fuese por el hecho de que la vigilaba muy atentamente. James intentó no oír la conversación entre los dos profesores, que evidentemente pretendía ser un secreto. Por supuesto, eso lo hacía todo de lo más intrigante. Escuchó las palabras «santuario» y «Merlín». Luego, una tercera voz atravesó el aula.

—Profesor Jackson —llamó, y aunque no era una voz fuerte, resonó con un aire de modesto poder. James se dio la vuelta para ver quien había hablado. Madame Delacroix estaba de pie justo en el interior de la puerta de entrada al aula, su mirada ciega cerniéndose en alguna parte sobre las cabezas de todos—. Creí que quizás le gustaría saber que su clase le está esperando. Usted es siembre tan... —pareció buscar en el aire la palabra correcta—, *riguroso*, e insistente en la puntualidad. —Su voz tenía una cadencia lenta que era en cierta forma francesa y americana sureña a la vez. Sonrió vagamente, luego se giró, con su bastón haciendo clic en el suelo, y desapareció por el pasillo.

El rostro de Jackson se mostró incluso más duro de lo normal mientras miraba al ahora vacío umbral. Miró intencionadamente a Franklyn, y luego dejó caer la mirada, alargando la mano hacia su maleta. Se quedó congelado a medio camino, y James no pudo evitar mirar a los pies del profesor. El maletín de cuero negro al parecer había quedado un poco abierto cuando lo había dejado en el suelo. Los cierres de latón centelleaban. Nadie más parecía haberse dado cuenta excepto James y el profesor Jackson. Jackson reanudó el camino hasta la maleta, y lentamente, accionando los cierres la cerró con una gran mano nudosa. James sólo obtuvo una visión fugaz del interior de la maleta. Parecía estar llena de pliegues de alguna tela rica y oscura. Jackson se enderezó, recogiendo la maleta, y cuando lo hizo vio a James, su pétrea cara estaba sombría. James intentó apartar la mirada, pero era demasiado tarde. Jackson sabía que lo había visto, aunque no supiera lo que era.

Sin una palabra, Jackson avanzó a zancadas hacia el pasillo, moviéndose con esa determinación y modo de andar marcial que tanto le hacía parecer un viejo buque de guerra a toda vela, y luego giró por el pasillo sin mirar atrás.

—Gracias por vuestra paciencia —dijo Franklyn a la clase, ajustándose las gafas—. Bienvenidos a Defensa Contra las Artes Oscuras. Ahora mismo, la mayoría de vosotros sabéis mi nombre, y muchos de vosotros, asumo, sabéis algo de mi historia. Sólo para quitar algunas preguntas obvias del camino: Sí, soy *ese* Benjamin Franklyn. No, en realidad no inventé la electricidad para los muggles, pero les di un pequeño empuje en la dirección correcta. Sí, era parte del Congreso Continental Americano, aunque por

razones obvias, no fui uno de los que firmó la Declaración de Independencia. Por aquel entonces utilizaba dos ortografías diferentes de mi nombre, sólo una de ellas era conocida para el mundo muggle, lo que me hacía más fácil saber que correspondencia debía abrir primero. Sí, me he dado cuenta de que mi cara adorna el billete americano de cien dólares. No, en contra del mito popular, no llevo hojas sin cortar de los de cien para recortar y firmar a los admiradores. Sí, soy en efecto bastante viejo, y sí, eso se logra a través de medios mágicos, aunque os aseguro que esos medios son mucho más mundanos y prosaicos de lo que muchos han asumido. Enfáticamente no, no soy inmortal. Soy un hombre muy, muy viejo que ha envejecido bastante bien con un poco de ayuda. ¿Cubre eso la mayor parte de las preguntas obvias? —finalizó Franklyn con una sonrisa socarrona, contemplando la clase extraordinariamente llena. Hubo un murmullo de asentimiento.

—Excelente. Manos a la obra entonces. Y por favor —continuó Franklyn, abriendo un libro muy grande sobre su escritorio—. Vamos a evitar cualquiera tipo de bromas sobre «los benjamines». No eran graciosas hace doscientos años y son incluso menos graciosas ahora, gracias.



Cruzando los terrenos de camino a cenar en el Gran Comedor, James y Ralph pasaban junto a la cabaña de Hagrid cuando notaron la cinta de humo que salía de la chimenea. James rompió en una sonrisa, gritando a Ralph que le siguiera, y corrió a la puerta delantera.

—¡James! —bramó Hagrid, abriendo la puerta. Arrojó los brazos alrededor del chico, devorándolo completamente. Los ojos de Ralph se ensancharon y dio un paso hacia atrás, mirando a Hagrid de arriba a abajo—. Que bien tener a un Potter de vuelta en el colegio. ¿Cómo están tu madre y tu padre, y el pequeño Albus y Lily?

—Todos están bien, Hagrid. ¿Dónde has estado?

Hagrid salió, cerrando la puerta tras él. Le siguieron cruzando los terrenos hacia el castillo.

—Arriba en las montañas, con los gigantes, ahí es donde he estado. Grawp y yo, vamos todos los años, ¿no? Difundiendo buena voluntad e intentando mantenerlos honrados, valga eso lo que valga. Hemos estado más tiempo este año porque Grawpy se estaba buscando novia. ¿Quién es tu compañero de aquí, James?

James, momentáneamente distraído por la idea del hermanastro de Hagrid, que era

un gigante completo, realizando rituales de apareamiento con una giganta de montaña, se había olvidado completamente de Ralph.

—¡Oh! Este es mi amigo Ralph Deedle. Esta en primero, como yo. Hagrid, ¿estás diciendo que Grawp está enamorado?

Hagrid se puso vagamente lloroso.

—Ahh, es encantador ver al pequeño y su amiguita juntos. Vaya, ambos son tan felices como un par de hipogrifos en un gallinero. Los cortejos de gigantes son cosas muy delicadas, ya sabéis.

Ralph estaba teniendo alguna dificultad para seguir la conversación.

—Grawp, tu hermano, ¿es un gigante?

—Bien, claro —retumbó Hagrid felizmente—. Pero uno pequeño. Cinco metros más o menos. Deberíais ver a su amiga. Es de la tribu Crest-Dweller, si bien tiene siete metros de altura. No es mi tipo de chica, por supuesto, pero Grawpy está noqueado por ella. No es de extrañar, en realidad, ya que el primer paso en cualquier cortejo de gigantes es golpear al compañero en la cabeza con un trozo grande de tronco de árbol. Ella dejó al pequeño tipo bien fuera de juego para la mayor parte del día. Después de eso, ha estado con los ojos tan saltones como un cachorro.

James tenía miedo de preguntar, y sospechaba que ya sabía la respuesta.

—¿Ha traído Grawp a su novia de vuelta a casa con él?

Hagrid pareció sorprendido.

—Bueno, claro que la ha traído. Esta es su casa ahora, ¿no? Hará de ella una buena esposa, una vez hayan terminado con el cortejo. La dama se ha hecho una agradable y pequeña casucha en las colinas detrás del bosque. Grawp está ahora allí, ayudándola a instalarse, supongo.

James intentó imaginar a Grawp ayudando a «instalarse» a una giganta de siete metros, pero su agotada imaginación se apagó. Sacudió la cabeza, intentando aclararla.

—He oído que tu padre viene a una reunión la próxima semana, James —dijo Hagrid mientras entraban a la sombra de las puertas principales—. Un encuentro de mentes con los asquerosos cabeza huecas del otro lado del charco, ¿eh?

James quedó asombrado por la terminología de Hagrid.

—Podría decirse así.

—Ahh, será agradable tener a tu padre de nuevo para el té, igual que en los viejos tiempos. Sólo que sin todo el secreto y la aventura. ¿Te he hablado de la vez en que tu padre, Ron y Hermione ayudaron a escapar a *Norberto*?

—Sólo unos cientos de veces, Hagrid —rió James, tirando para abrir la puerta del Gran Comedor—. Pero no te preocupes, cambia un poco cada vez que la oigo.

Más tarde, cuando la cena estaba casi terminada, James se aproximó a Hagrid donde creyó que podrían tener una conversación más privada.

—Hagrid, ¿te puedo hacer una especie de pregunta oficial?

—Claro que puedes. No puedo garantizarte que sepa la respuesta, pero haré todo lo que esté en mi mano.

James miró alrededor y vio a Ralph sentado en la mesa de Slytherin al margen del grupo de Tabitha Corsica. Ella estaba hablando seriamente, su bonita cara encendida a la luz de las velas y la luz profunda del techo oscuro.

—¿Alguna vez a la gente se la ha, no sé, seleccionado mal? ¿Es posible que el Sombrero pueda cometer un fallo y poner a alguien en la casa equivocada?

Hagrid se sentó pesadamente en un banco cercano, haciéndolo gemir considerablemente.

—Bueno, no puedo decir que alguna vez haya oído que ocurriera —dijo—. A algunas personas puede que no les guste donde han sido colocados, pero eso no significa que no sea un buen sitio para ellos. Puede significar simplemente que no están contentos con lo que son en realidad. ¿Que te preocupa, James?

—Oh, no estoy pensando en mí —dijo James apresuradamente, apartando los ojos de Ralph para no implicarle—. Es sólo, una especie de, ya sabes, pregunta general. Sólo me lo estaba preguntando.

Hagrid sonrió ladeadamente y palmeó a James en la espalda, haciéndole tropezar medio paso.

—Eres igual que tu padre. Siempre atento a otras personas cuando deberías estar vigilando tus propios pasos. ¡Te meterás en líos si no te andas con cuidado, justo como le pasó a él! —rió entre dientes, profiriendo un sonido como de rocas sueltas en un río rápido. El pensamiento pareció traer a Hagrid cierta cantidad de delicioso placer—. No, el Sombrero Seleccionador sabe lo que hace, supongo. Todo saldrá bien. Espera y verás.

Pero cuando James volvía a su mesa, cruzando la mirada con Ralph por un momento al pasar junto a los Slytherins, lo cuestionó.



Capítulo 4

El Elemento Progresivo

James Potter se sentó en su cama, sofocando un grito. Escuchó muy atentamente, espiando a través de la oscuridad del dormitorio. A su alrededor todo lo que oía eran los pequeños sonidos de los Gryffindors dormidos. Ted se dio la vuelta y roncó, mascullando en su sueño. James contuvo el aliento. Se había despertado unos minutos antes con el sonido de su propio nombre en los oídos. Había sido como una voz en un sueño; distante y susurrante, como soplada sobre el humo de un largo túnel oscuro. Justo acababa de convencerse a sí mismo de que había, de hecho, sido la coletilla de un sueño y había vuelto a intentar dormirse cuando lo oyó de nuevo. Parecía provenir de las propias paredes, un sonido lejano, aunque de algún modo cerca de él, como un coro

de susurros pronunciando su nombre.

Muy calladamente, James salió a hurtadillas de la cama y se puso su bata. El suelo de piedra estaba frío bajo sus pies cuando se levantó y escuchó, inclinando la cabeza. Se giró lentamente, y cuando miraba hacia la puerta, la figura que allí había se movió. No la había visto aparecer, simplemente estaba allí, flotando, donde un momento antes solo había habido oscuridad. James se sobresaltó y retrocedió hasta su cama, casi cayendo de espaldas sobre ella. Entonces reconoció la figura fantasmal. Era la misma figura blanca etérea que había visto perseguir al intruso en los terrenos de la escuela, la forma fantasmal que había parecido un joven cuando volvía hacia el castillo. En la oscuridad del umbral, la figura parecía mucho más brillante de lo que había parecido por la mañana a la luz del sol. Era etérea y cambiante, con solo una mera sugerencia de forma humana. Habló de nuevo sin moverse.

James Potter.

Después se giró y bajó rápidamente las escaleras.

James dudó solo un segundo, después se envolvió más firmemente en su bata y siguió a la figura, con los pies descalzos golpeando ligeramente los escalones de piedra.

Alcanzó la desierta sala común justo a tiempo de ver la forma fantasmal deslizarse a través del agujero del retrato, pasando a través de la parte de atrás del retrato de la Dama Gorda. James se apresuró a seguirla. Esperaba que la Dama Gorda le regañara por despertarla para pasar, pero estaba profundamente dormida en su marco cuando lo cerró gentilmente. Estaba roncando con un resoplido diminuto y afeminado, y James se preguntó si la figura fantasmal le habría lanzado un encantamiento de sueño.

Los pasillos estaban silenciosos y oscuros, siendo bien entrada la noche. La plateada luz de la luna se filtraba a través de unas pocas ventanas. A James se le ocurrió que debería haber traído su varita. No podía hacer mucho con ella, aunque conocía el hechizo básico de iluminación. Recorrió con la mirada el patrón de luz de luna y sombras que salpicaban el pasillo, buscando a la figura fantasmal. No estaba a la vista. Escogió una dirección al azar y trotó hacia ella.

Varios giros después, James estaba a punto de rendirse. Ni siquiera estaba seguro de saber el camino de vuelta a la sala común de Gryffindor. El pasillo en el que estaba era alto y estrecho, sin ventanas y con una única antorcha inconstante cerca del arco por el que había entrado. Puertas cerradas revestían el pasillo a ambos lados, cada una hecha de madera y reforzada con barras de hierro. Tras una de ellas, una bocanada de viento nocturno hizo que algo rechinara, bajo y largo, como el gemido de un gigante dormido. Avanzó lentamente por el pasillo, la antorcha haciendo que su sombra se extendiera tras él, parpadeando trémulamente en la negrura.

—¿Hola? —dijo calladamente, con voz ronca, sólo poco más que un susurro—.

¿Todavía estás ahí? No puedo verte.

No hubo respuesta. El pasillo estaba cada vez más frío. James se detuvo, escudriñando desesperadamente entre las sombras, y se dio la vuelta. Algo titiló por el corredor a centímetros de su cara y saltó. La forma blanca fluyó a través de una de las puertas, y James vio que esa puerta no estaba del todo cerrada. La luz de la luna se filtraba en el espacio que podía ver a través de la grieta. Temblando, James empujó la puerta y ésta se abrió con un chirrido. Casi inmediatamente, la puerta se atascó con algo, produciendo un ruido de raspado. Había trozos de cristal roto en el suelo, cerca de algo largo y negro con un gancho al final. Era una palanca. James la retiró a un lado con la pierna y empujó la puerta para abrirla más, entrando.

La habitación era grande y polvorienta, con escritorios y sillas rotos, esparcidos desordenadamente por ahí, aparentemente habían sido enviados aquí para reparar, pero hacía mucho que se los había olvidado. El techo se inclinaba hacia abajo en la pared de atrás, donde cuatro ventanas brillaban a la luz de la luna. La ventana más alejada de la derecha estaba rota. El cristal relucía en el suelo y uno de los batientes colgaba torcido como el ala rota de un murciélago. La figura fantasmal estaba allí de pie, mirando el cristal roto, y entonces se giró para mirar a James sobre el hombro. Había vuelto a asumir su forma humana, y James jadeó cuando vio la cara del joven. Entonces, dos cosas ocurrieron simultáneamente. La figura fantasmal se evaporó en un látigo de humo plateado, y hubo un golpe y un crujido en el pasillo de afuera.

James saltó y se dio la vuelta en el punto, espiando a través de la puerta. No veía nada, pero todavía se podía oír un crujido resonante en la oscuridad. Se apoyó contra el interior de la puerta, con el corazón palpitando tan fuerte que podía ver embotados destellos verdes en su visión periférica. Recorrió la habitación con la mirada pero estaba completamente a oscuras y vacía excepto por el mobiliario desordenado y la ventana rota. El hombre fantasmal se había ido. James tomó otro profundo aliento, después se dio la vuelta y volvió a salir furtivamente al pasillo.

Se oyó otro pequeño crujido. James podría decir que el sonido había sido más abajo en el pasillo, en la oscuridad. Resonaba como si llegara de otra habitación. De nuevo, James se recriminó a sí mismo haber olvidado su varita. Caminó de puntillas en la oscuridad. Después de lo que pareció un año, encontró otra puerta abierta. Aferró el marco de la puerta y se asomó dentro.

Reconoció vagamente el almacén de Pociones. Había un hombre dentro. Iba vestido con vaqueros negros y camisa negra. James le reconoció como el mismo hombre al que había visto la mañana antes en el límite del Bosque Prohibido, sacando fotografías. Estaba de pie sobre un taburete, examinando los estantes con una pequeña linterna de bolsillo. En el suelo junto al taburete yacían los restos de un par de pequeños viales. Mientras James observaba, el hombre se metió la linternita entre los dientes y buscó a

tientas otra jarra en el estante de arriba, buscando un apoyo precario en el estante opuesto con la mano libre.

—*Heritah Herung* —leyó para sí mismo alrededor de la linterna, irguiendo el cuello para dirigir la luz sobre la jarra—. ¿Qué diablos jerá egto? —Su voz era baja, un susurro impresionado.

De repente el hombre miró hacia la puerta. Sus ojos se encontraron con los de James, y durante un largo momento, ninguno de los dos se movió. James estaba seguro de que el hombre le atacaría. Obviamente era un intruso, y James le había visto. Intentó hacer que sus pies giraran y corrieran, pero parecía haber algún tipo de desconexión entre su cerebro y sus extremidades inferiores. Se quedó allí de pie mirando, aferrando el artesonado del umbral como si pretendiera escalarlo. Entonces el hombre hizo lo último que James esperaba. Se giró y huyó.

Casi se había ido antes de que James lo comprendiera. La cortina de la parte de atrás del almacén todavía se balanceaba por donde el hombre la había atravesado. Para gran sorpresa de James, se lanzó a perseguir al hombre. El almacén de Pociones conducía a la propia clase de Pociones. Largas y altas mesas en medio de la oscuridad, con sus taburetes recogidos pulcramente bajo ellas. James se detuvo e inclinó el cuello. Resonaban pasos en el corredor de más allá. Sus propios pies chasquearon sobre el suelo de piedra cuando esquivó las mesas y salió al pasillo, siguiendo al hombre.

El hombre estaba dudando en un punto donde dos pasillos se cruzaban. Miró desesperadamente hacia atrás y adelante, entonces levantó la mirada y vio llegar a James. Dejó escapar el mismo chillido agudo que James le había oído cuando había sido perseguido por el fantasma. Resbaló sobre las piedras, sus pies parecían correr en tres direcciones a la vez, entonces los controló y huyó torpemente por el pasillo más ancho. James sabía ahora donde estaba. El hombre saldría al vestíbulo de las escaleras móviles. Incluso mientras lo pensaba, oyó otro pequeño chillido de sorpresa resonando hasta él. Sonrió mientras corría.

Hizo un alto en la barandilla y se inclinó sobre ella, espiando intensamente en la oscuridad de los pisos de abajo. Al principio, el sutil rechinar de las escaleras era el único sonido, y entonces oyó el crujido de los zapatos del hombre. Allí estaba, sujetándose al pasamanos como si en ello le fuera la vida y bajando tambaleante las escaleras mientras ésta rotaban laboriosamente. James dudó un momento, después hizo algo que siempre había querido hacer pero nunca había tenido la temeridad de intentar: se subió al pasamanos de la escalera más cercana, lo montó a horcajadas, y se soltó.

El grueso pasamanos de madera, pulido por generaciones de elfos domésticos, brillantemente vidrioso, era como una columna de hielo bajo James. Salió disparado pasamanos abajo, irguiendo la cabeza sobre el hombro para ver a dónde iba. Su pelo,

que había estado lacio por el sudor minutos antes, se sacudía sobre su cabeza mientras el aire lo azotaba al pasar. Cuando se acercaba al fondo, se aferró de nuevo al pasamanos con ambas manos y pies, disminuyendo la velocidad, y después brincó alto al llegar abajo. Miró alrededor, buscando al hombre, y le encontró, trepando a otro rellano, un piso más abajo.

El padre de James le había hablado de las escaleras móviles, y le había explicado el secreto para navegar por ellas. James evaluó el laberinto móvil, y escogió otra escalera justo cuando esta comenzaba a girar. Se lanzó sobre el pasamanos y se soltó, deslizándose por él como si estuviera engrasado. A un lado quedaba el abismo cimbreado de escaleras giratorias. James apretó los dientes y se giró para mirar hacia atrás de nuevo. El hombre estaba justo alcanzando el rellano de abajo. Se tambaleó, desorientado, mientras se alejaba de las escaleras, y entonces levantó la mirada justo cuando James se lanzaba sobre él.

Golpeó al hombre a toda velocidad, rebotando y cayendo despatarrado sobre las losas del rellano.

El hombre chilló por tercera vez, esta vez de frustración y sorpresa, cuando la fuerza de la colisión le derribó completamente. Se oyó un golpe penetrante, seguido de una lluvia de cristal tintineante. James rodó y se cubrió la cara instintivamente. Cuando el silencio descendió de nuevo, miró a través de los dedos. Había una forma muy grande y robusta de hombre recortada en el cristal tintado de la ventana que había a los pies del rellano. A través de ella, los negros dedos largos de los árboles se balanceaban con una brisa nocturna, raspando cordialmente hacia las estrellas esparcidas por el cielo.

—¿Qué está pasando ahí? —dijo de pronto una voz áspera, vibrando de rabia. James gateó hasta ponerse en pie, cuidando de no pisar ninguno de los cristales rotos con los pies descalzos. Cautelosamente, avanzó tan cerca como pudo del agujero y se asomó. Era difícil decir cómo de alta estaba la ventana. No había ningún ruido en la noche excepto el siseo del viento en las copas de los árboles.

La *Señora Norris*, el gato, apareció en una escalera cercana, sus ojos naranja atisbaban maliciosos mientras pasaba la mirada sobre la ventana, los cristales rotos, y después sobre James. El Señor Filch la seguía, jadeando y maldiciendo mientras escalaba.

—Oh —dijo, su voz goteaba sarcasmo—. El chico Potter. ¿Por qué, oh, por qué no me sorprende?



—¿En qué estabas pensando, Potter, persiguiendo a un individuo sin identificar, a través del castillo, de noche, solo? —La directora McGonagall estaba de pie detrás de su escritorio, apoyada en él con ambas manos, muy severa. Sus ojos se mostraban incrédulos, su cara ceñuda.

—Yo... —empezó James, pero ella alzó una mano, deteniéndole.

—No respondas. No tengo paciencia para ello esta noche. —Suspiró y se enderezó, empujando hacia arriba sus gafas y pellizcándose el puente de la nariz—. Ya he oído suficientes explicaciones Potter a través de los años como para saberme la fórmula general, de todos modos.

Filch estaba de pie cerca, la postura de su barbilla y el brillo de sus ojos mostraban su placer por haber capturado al último Potter problemático tan rápidamente. La *Señora Norris* ronroneaba entre sus brazos como un pequeño y peludo motor. James arriesgó una mirada a la oficina de la directora. La habitación estaba todavía oscura con las tempranas sombras de la mañana. Los retratos de todos los directores anteriores dormitaban en sus marcos. James solo podía ver el retrato del tocayo de su hermano, Albus Dumbledore. Dumbledore estaba sentado, con la barbilla sobre el pecho y el sombrero bajado sobre los hombros. Sus labios se movían mientras roncaba silenciosamente.

McGonagall bajó hasta su silla.

—Señor Potter, usted, entre todos, no puede decirme que no era consciente de que hay reglas contra el que los estudiantes vaguen por la escuela de noche.

—No —dijo James rápidamente—, eh, si, conozco las reglas. Pero el fantasma...

McGonagall alzó la mano de nuevo.

—Sí, el fantasma, lo sé. —Todo excepto sus palabras reales expresaban duda sobre esa parte de la historia—. Pero señor Potter, entienda que incluso si aparece un fantasma en el dormitorio de un estudiante, eso no quiere decir que el estudiante tenga vía libre para romper cualquier regla que estime temporalmente inconveniente.

El señor Filch se removió, pareciendo decidir que este era el momento adecuado para presionar con su punto de vista.

—Destruyó la ventana de Heracles, directora. Un trabajo principesco. No encontraremos un sustituto que la iguale, apostararía —se burló hacia James mientras finalizaba.

—Las ventanas son una cosa, señor Filch —dijo McGonagall, sin mirarle—. Pero intrusos en los terrenos de la escuela son otra bien distinta. ¿Presumo que ya ha realizado una inspección de todo, empezando por la zona exterior de la ventana de Heracles?

—Sí, señora, y no encontramos nada. El jardín de la Venus Rosa está inmediatamente debajo de esa ventana. Había un poco de lío, cristales rotos por todas partes, pero ninguna señal de un intruso. Solo tenemos la palabra de este chico de que hubo tal intruso, directora.

—Sí —replicó McGonagall—. Y desafortunadamente, en este caso, es una palabra en la que me siento inclinada a confiar. Obviamente alguien atravesó esa ventana, a menos que sugiera que el propio señor Potter *entró* a través de ella.

Filch apretó los dientes y fulminó a James con la mirada como si deseara intensamente sugerir tal posibilidad.

—¡Pero estaba en el almacén de Pociones, señora! —insistió James—. ¡Rompió algunos viales! Deben seguir todavía allí. Y rompió una ventana para entrar no lejos de allí. Yo lo vi. El fantasma me condujo hasta allí.

McGonagall estudió a James cuidadosamente.

—Señor Potter, creo que vio a alguien, pero las probabilidades de que esa persona realmente haya irrumpido en la escuela desde fuera son extremadamente pequeñas. ¿Es usted consciente de que Hogwarts está protegida por las mejores medidas de seguridad y hechizos antimagia disponibles? Ninguna bruja o mago, a pesar de sus habilidades, tiene posibilidad de traspasar estas paredes a menos que se suponga que deban estar aquí.

—Esa es la cuestión, señora —dijo James ansiosamente—. No creo que fuera un mago. ¡Creo que era un muggle!

Esperaba jadeos de sorpresa de la directora y Filch, pero no hubo ninguno. La directora simplemente le miró, con expresión invariable. Filch miraba de ella a James y de vuelta, entonces dejó escapar el aliento en una risita asquerosa.

—Tiene que reconocerlo, directora. Se vuelven un poco más creativos cada año.

—James —dijo McGonagall, con voz más suave—. La naturaleza intrazable de la escuela, al igual que los innumerables encantamientos desilusionadores que cubren los terrenos, hacen verdaderamente imposible para ningún muggle, por muy persistente que sea, encontrar siquiera el camino de entrada. Lo sabes, ¿verdad?

James suspiró e intentó no poner los ojos en blanco.

—Sí. Pero eso no cambia lo que vi. Era un muggle, señora. Utilizó una palanca. Y una linterna. No una varita.

McGonagall leyó su cara largo rato, y luego se puso seria.

—Bueno, señor Potter, si tiene razón, entonces tenemos entre manos una situación que ciertamente es necesario remediar. Debe confiar en que nosotros nos ocuparemos de

la situación. Sin embargo, entretanto, todavía está la cuestión del quebranto del toque de queda, al igual que la ventana dañada. Bajo las presentes circunstancias, no le culparé de lo último, pero todavía debe enfrentarse a las consecuencias de lo primero. Disfrutará de dos horas de castigo con el señor Filch este sábado por la noche.

—Pero —empezó James, entonces la mano de Filch se posó pesadamente sobre su hombro.

—Me ocuparé del caballerete, directora —gruñó—. No es demasiado tarde para salvarlos cuando los coges pronto. ¿No es así, jovencito?

—Potter —dijo McGonagall, aparentemente habiendo pasado a otras cuestiones—. Lleve al señor Filch al armario de Pociones y a la otra ventana rota, ¿quiere? Intentemos limpiarlo todo antes de las clases si puede ser. Buenos días, caballeros.

James se quedó de pie miserablemente y Filch le guió hacia la puerta con la enorme y callosa mano sobre su hombro.

—Vamos, caballerete. Tenemos una travesura que rectificar, ¿verdad?

Mientras salía, James vio que uno de los retratos de los directores no estaba durmiendo. Los ojos de ese director eran negros, como el pelo lacio que le enmarcaba la cara blanca. Severus Snape estudiaba a James fríamente, solo sus ojos se movían, siguiéndoles mientras Filch marchaba con él por la habitación.



Tina Curry, la profesora de Estudios Muggles, conducía a la clase enérgicamente por el césped. El día que había empezado tan brillantemente era ahora gris y borrascoso. Rachas de viento surgían y agitaban los bordes de la capa de deporte de la profesora Curry y las redes que Hagrid estaba intentando colgar sobre la estructura de madera que justamente acababa de levantar.

—Magnífico trabajo, Hagrid —gritó Curry mientras se aproximaba, con la clase trotando para mantenerle el paso—. Tan robusto como un granero, diría yo.

Hagrid levantó la mirada, perdiendo su agarre sobre la red mientras la asía y manoteando para atraparla.

—Gracias, señora Curry. No ha sido lo que podría llamarse un desafío. Levantar esta parte por supuesto, es lo que podría ser peliagudo.

La construcción de Hagrid era un simple armazón de madera, apenas rectangular.

Había otra a varias docenas de yardas de distancia, su red colgaba tensa y balanceándose con la brisa.

—Curry es nueva este año, por si no lo has adivinado —comentó Ted a James cuando se agruparon—. Tiene algunas ideas alocadas sobre cómo enseñar sobre los muggles. Hace que un tipo desee no haber decidido dar esta clase hasta su último año.

—Como si estos trajes no fuera ya suficientemente malos —dijo Damien agriamente, bajando la mirada a sus pantalones cortos y sus calcetines.

Cada jueves a la clase de Estudios Muggles se le pedía que vistiera pantalón corto, zapatos de deporte y un jersey de Hogwarts de cualquiera de los dos colores del colegio. La mitad de la clase los llevaba borgoña, la otra mitad dorados.

—No parecerías tan, eh, interesante, Damien, si tuvieras calcetines blancos —dijo Sabrina tan diplomáticamente como podía.

Damien le lanzó su mirada que expresaba un «dime algo que no sepa».

—Gracias, querida. Se lo diré a mi madre la próxima vez que vaya de compras a *Sears* y a la porquería de *Roe-Mart*.

Zane no se molestó en corregir a Damien. Sonreía con una alegría más bien molesta, obviamente mucho más cómodo con la vestimenta que el resto.

—Tengo un buen presentimiento con respecto a esto. La brisa os aireará a algunos, vampiros. Ánimo.

Damien curvó un pulgar hacia Zane.

—¿Por qué está él *en* esta clase además?

—Tiene razón, Damien —dijo Ted de buen humor—. Sacudamos un poco las viejas alas de murciélago, ¿por qué no?

—Bien, clase —gritó Curry, dando palmas para llamar la atención—. Hagámoslo ordenadamente, ¿de acuerdo? Formad dos filas, por favor. Borgoña aquí, dorado allí. Eso es, muy bien.

Mientras las filas se formaban, la profesora Curry materializó una gran cesta debajo de su brazo. Se paseó hasta la cabeza de la fila borgoña.

—Varitas fuera —gritó. Cada estudiante sacó su varita y la sostuvo dispuesta, algunos de primer año miraron alrededor para ver si la sujetaban bien. James vio que Zane atisbaba a Ted, y después se pasaba la varita de la mano derecha a la izquierda.

—Excelente —dijo Curry, ofreciendo la cesta—. Adentro entonces, por favor. —Empezó a pasear a lo largo de la fila, observando cómo los estudiantes dejaban caer sus varitas en la cesta a regañadientes. Hubo un gemido masivo entre los estudiantes

reunidos—. Seguramente todos podrán distinguir su varita, espero. Vamos, vamos, si vamos a aprender algo sobre el mundo muggle, debemos saber cómo piensan los sinmagia. Eso significa, por supuesto, nada de varitas. Gracias, señor Metzker. Señor Lupin. Señorita Hildegard. Y usted, señor McMillan. Gracias. Ahora. ¿Ya está todo el mundo?

Una muestra no muy entusiasta de asentimiento llegó de los estudiantes.

—Vamos, vamos, estudiantes —pió Curry mientras dejaba la cesta de varitas cerca del armazón de Hagrid—. ¿Están ustedes insinuando que son tan dependientes de la magia que son incapaces de jugar a un simple, *muy* simple, juego? —Examinó a los estudiantes, su nariz afilada apuntando ligeramente hacia arriba—. Espero que no. Pero antes de empezar, tengamos un pequeño debate sobre por qué es importante para nosotros estudiar los modos y costumbres del mundo muggle. ¿Alguien?

James evitó los ojos de Curry mientras ella miraba de estudiante en estudiante. Había silencio excepto por el soplar del viento en los árboles cercanos y el ondear de las banderas sobre el castillo.

—Aprendemos sobre los muggles para no olvidar el hecho de que, a pesar de nuestras innumerables diferencias, todos somos humanos —dijo Curry sucinta y enfáticamente—. Cuando olvidamos nuestras similitudes esenciales, olvidamos como llevarnos bien, y eso no puede llevar sino a los prejuicios, la discriminación, y finalmente, al conflicto. —Permitió que el eco de sus palabras disminuyera, y después aclaró—. Por otro lado, la naturaleza no-mágica de nuestros amigos muggles los ha forzado a ser inventivos en formas que el mundo mágico nunca ha logrado. El resultado, estudiantes, son juegos tan simples y elegantes que no requieren escobas, ni snitchs encantadas, ni bludgers voladoras. Lo único necesario son dos redes —Señaló a las nuevas estructuras de Hagrid con una pasada del brazo izquierdo, mientras sujetaba algo con la derecha— y una simple pelota.

—Excelente —dijo Zane irónicamente, mirando a la pelota en la mano alzada de Curry—. Vengo a una escuela de magia a aprender a jugar al soccer.

—Por aquí lo llamamos fútbol —dijo Damien agriamente.

—Señora Curry —dijo una agradable voz femenina. James buscó al orador. Tabitha Corsica estaba de pie cerca del final de la fila contraria, toda sumisión en su jersey dorado. Llevaba una capa negra de deporte sobre él, atada pulcramente en su garganta. Un grupo de otros Slytherins estaba en fila junto a ella, el disgusto era claro en sus caras—. ¿Por qué es necesario, exactamente, que aprendamos a jugar a un, eh, deporte muggle? ¿No sería suficiente leer sobre la historia muggle y su estilo de vida? Después de todo, incluso si lo desearan, a brujas y magos no se les permite competir en competiciones deportivas muggles, de acuerdo con la ley internacional mágica. ¿Estoy

en lo cierto?

—Ciertamente, señorita Corsica —respondió Curry rápidamente—. ¿Y no tiene idea de por qué será?

Tabitha alzó las cejas y sonrió cortésmente.

—Estoy segura de que no, señora.

—La respuesta a su pregunta reside en ella misma, señorita Corsica —dijo Curry alejándose de Tabitha—. ¿Alguien más?

Un chico al que James reconoció como un Hufflepuff de tercer año alzó la mano.

—¿Señora? Creo que es porque los magos acabarían con el equilibrio de la competición si utilizaran magia.

Curry le hizo señas para que lo elaborase.

—Prosiga, señor Terrel.

—Bueno, mi madre trabaja para el ministerio y dice que hay leyes internacionales para evitar que los magos utilicen magia para ganar eventos deportivos muggles o loterías o concursos y cosas así. Si los magos y brujas participan en un deporte muggle y utilizan cualquier magia, podrían correr en círculos alrededor de cualquier muggle, ¿verdad?

—Está hablando del Departamento Internacional para la Prevención de Ventaja Injusta, señor Terrel, y está, más o menos, en lo cierto. —Curry dejó caer la pelota al suelo a sus pies y la pateó ligeramente. Rodó un par de yardas por la hierba—. Para ser honesta, no es exacto decir que a brujas y magos se les prohíbe competir en deportes mágicos. Hay concesiones para personas de herencia mágica que deseen competir. Sin embargo, deben estar de acuerdo en someterse a ciertos hechizos que, ejecutados por ellos mismo con la ayuda de oficiales mágicos, temporalmente anulan sus habilidades mágicas. Si no fuera así —la profesora Curry sacó su propia varita del bolsillo interno de su capa y apuntó con ella a la pelota—. *Velocito Expendum* —trinó. Se guardó la varita y se acercó a la pelota. La pateó de forma casual, con un ademán. La pelota virtualmente salió disparada de su pie. Atravesó velozmente la hierba y golpeó la meta con un sonoro golpe, acampanando la red hacia afuera como si la pelota hubiera sido disparada por un cañón.

—Bueno, ahí tenéis —dijo Curry, volviendo a girarse hacia la fila doble de estudiantes—. El programa de deportes mago-muggle es, como podréis imaginar, lo suficientemente desagradable para el gusto de cualquier mago o bruja como para participar en él. Eso no quiere decir, sin embargo, que muchas brujas y magos no intenten circunvalar las leyes cada año, revolviendo la imparcialidad del mundo deportivo muggle.

—¿Señora Curry? —dijo Tabitha de nuevo, levantando la mano—. ¿Es cierto entonces que el ministerio, y la comunidad internacional mágica, creen que los muggles son incapaces de competir con las habilidades del mundo mágico, y que brujas y magos deben ser entorpecidos para ser considerados en términos de igualdad?

Por primera vez, la profesora Curry pareció bastante desconcertada.

—Señorita Corsica, esa difícilmente es discusión para esta clase. Si desea discutir las maquinaciones políticas del ministerio...

—Discúlpeme, señora Curry —dijo Tabitha, sonriendo apaciguadoramente—. Solo era curiosidad. Esta es una clase dedicada al estudio de los muggles, creí que podríamos plantearnos discutir la obvia falta de respeto que ha mostrado la comunidad mágica para con el mundo muggle al asumir que son demasiado débiles para enfrentarse a nuestra existencia. Por favor perdone mi interrupción y continúe.

Curry miró a Tabitha, obviamente humeando, pero el daño ya estaba hecho. James oyó susurros por todas partes alrededor; vio las miradas de reojo y los asentimientos en acuerdo. Notó que los estudiantes de Slytherin todavía llevaban sus insignias azules «*Cuestiona a los victoriosos*», prendidas a sus jerséis dorados.

—Sí —dijo Curry cortante—. Bien entonces. ¿Empezamos?

Durante los siguientes cuarenta minutos, los condujo a través de regates y técnicas de manipulación de la pelota. James había sido poco efusivo al principio, pero luego empezó a acoger con entusiasmo la naturaleza simplista del deporte. Además de prohibir las varitas, el fútbol aparentemente exigía que los jugadores no usaran siquiera las manos. La simple tontería de ello divirtió e intrigó a James. Pocos de los estudiantes eran buenos en el deporte, lo que les permitía acometerlo sin temor a quedar mal. Zane, por supuesto, había jugado al fútbol antes, aunque reclamaba no ser muy hábil en ello. De seguro, James notó que Zane no parecía mucho mejor corriendo por el campo con la pelota que cualquier otro. Mientras James observaba, Zane se enredó los pies alrededor de la pelota y cayó sobre ella. La pelota salió disparada de debajo de él y Zane simplemente se quedó tendido, mirando hacia arriba, hacia las nubes que pasaban, con una mirada siniestra en la cara.

Tabitha Corsica y sus Slytherin estaba de pie agrupados en un montón desdeñoso en una esquina del campo improvisado, uno de los balones de fútbol yacía desamparado en la hierba entre ellos. No hacían ningún intento de practicar dribles, y Curry parecía haberse rendido con ellos, y pasaba el tiempo cerca de la meta, donde los estudiantes hacían turnos para disparar a la red.

James descubrió que se estaba divirtiendo. Clavó los talones en la hierba, atisbó la pelota que yacía veinte pies adelante, y cargó sobre ella. Cronometró sus pasos cuidadosamente, plantó el pie izquierdo cerca de la pelota y la pateó sólidamente con el

derecho. El golpe que hizo al abandonar su pie fue sorprendentemente satisfactorio. La pelota navegó a través de un arco suave y atravesó los brazos de la profesora Curry, que hacía de portero. Se oyó un golpe y un latigazo cuando la pelota golpeó la red.

—Muy bien, señor Potter —gritó Curry, respirando con dificultad. Su pelo se había rizado y le colgaba en bucles sueltos alrededor de la cara delgada. Se subió las mangas y se inclinó para recuperar la pelota—. Muy bien, de hecho.

James sonrió a pesar de sí mismo mientras trotaba hasta el final de la fila.

—El ojito derecho de la profesora —masculló Zane mientras James pasaba.

—Buen pie, Potter —dijo Ted cuando la clase finalmente se dirigía de vuelta al castillo—. Tenemos que trabajar para meter eso de algún modo en la rutina del wocket. Sabrina, creo que algo podemos hacer con eso. Alienígenas que patean con fuerza del planeta Goleatrón o algo así, ¿lo coges?

—Sí, sí —gritó Sabrina, saludando mientras entraba por la verja del castillo—. Por cierto, capitán, tienes manchas de hierba en el trasero. Buen trabajo.



Después del almuerzo, James y Zane se unieron a Ralph en la biblioteca para un período de estudio. Mientras sacaban sus libros y los extendían sobre una mesa esquinada, Ralph parecía incluso más melancólico de lo habitual.

—¿Qué pasa, Ralph? —dijo Zane, intentando mantener la voz baja para no atraer la atención del profesor Slughorn, que estaba monitoreando la biblioteca en ese período— ¿Tus colegas Slytherin te han dicho que no llevas ropa interior lo suficientemente mágica o algo?

Ralph miró alrededor cautelosamente.

—Me metí en problemas esta mañana con el profesor Slughorn.

—Parece contagioso —dijo James—. Yo pasé la mañana en la oficina de McGonagall haciéndome con un castigo.

—¿McGonagall? —exclamaron Ralph y Zane a la vez.

—Tú primero entonces, James. McGonagall supera a Slughorn —dijo Ralph.

James les habló del fantasma de la noche anterior, y de ser conducido hasta el intruso muggle y la persecución que siguió.

—¿Fuiste tú? —cuestionó Ralph incrédulamente—. Todos vimos la ventana rota al bajar a desayunar. Filch la estaba cubriendo con lonas y murmurando por lo bajo. Parecía querer que le preguntáramos al respecto para así poder vociferar y delirar un poco.

—¿Quién crees que era? —aguijoneó Zane a James.

—No sé. Todo lo que sé es que era el mismo tipo al que vi esconderse por el bosque la otra mañana. Y creo que es un muggle.

—¿Y? —dijo Zane, encogiéndose de hombros—. Yo soy un muggle. Ralph es un muggle.

—No lo sois. Sois hijos de muggles, pero ambos sois magos. Este tío es solo un simple muggle. Aunque, según McGonagall, eso es imposible. Ningún muggle puede traspasar los encantamientos desilusionadores de la escuela.

—¿Por qué no? ¿Qué ocurre? —preguntó Ralph.

—Bueno, por una cosa, como dije en el tren, Hogwarts es intrazable. No está en ningún mapa. Además, ningún muggle ha oído hablar de ella. E incluso si a algún muggle simplemente se le ocurriera vagar por los terrenos, los encantamientos desilusionadores los guiarían alrededor, de forma que ni siquiera sabrían que han pasado junto a nosotros. Si intentaran atravesar los encantamientos desilusionadores, simplemente se desorientarían y dudarían de sí mismos. Sus brújulas enloquecerían y terminarían dando la vuelta sin saberlo. Simplemente no puedes abrirte paso a través de este tipo de encantamientos desilusionadores. Todo consiste en desviar a cualquiera que se suponga que no deba entrar, y hacerlos creer que el desvío fue idea suya.

Zane frunció el ceño.

—¿Entonces como es que todos nosotros podemos entrar?

—Bueno, básicamente todos somos guardianes secretos, ¿no? —dijo James, que entonces tuvo que explicar la idea de ser un guardián secreto, cómo solo un guardián secreto podía encontrar el lugar secreto o conducir a otros hasta él—. Por supuesto, todo es bastante menos seguro con tantos de nosotros. Por eso hay leyes contra el que ni siquiera los padres muggles de estudiantes lo cuenten a nadie.

—Sí, mis padres tuvieron que firmar una especie de acuerdo de confidencialidad antes de que viniera —dijo Zane, como si la misma idea fuera lo máximo que había oído nunca—. Decía que a ningún «muggle privilegiado» como mis padres les estaba permitido hablar con ningún otro muggle de Hogwarts o de la comunidad mágica. Si lo hacían, el contrato se revertiría y sus lenguas se enrollarían hasta que alguien del ministerio fuera a levantar el hechizo. Excelente.

—Sí —dijo James—. Ted me habló de una chica nacida muggle que salió con él en

tercero. Sus padres mencionaron accidentalmente Hogwarts en una cena y sus anfitriones llamaron a los paramédicos muggles porque los dos sufrieron algún tipo de extraño ataque exactamente al mismo tiempo. El ministerio tuvo que modificar la memoria a todo el mundo. Fue un lío, pero bastante divertido.

—Genial —dijo Ralph muy en serio—. Eh, debería haber utilizado uno de esos encantamientos desilusionadores con mi bolso. Me habría ahorrado algunos problemas.

Zane se giró hacia él.

—¿Entonces qué pasa, Ralphie? ¿En qué clase de lío te has metido ahora?

—¡No fui yo! —protestó Ralph, y después bajó la voz, mirando hacia el escritorio principal. Slughorn estaba reclinado tras él, examinando un libro gigante a través de un par de diminutos espejos y bebiendo algo humeante de una taza de aspecto arenisco. Ralph hizo una mueca y suspiró—. Slughorn encontró mi *gamedeck* esta mañana. Dijo que me lo había dejado en la sala común. Fue muy diplomático al respecto, pero me dijo que debía ser muy cuidadoso con cosas como esas. Dijo que probablemente lo mejor fuera que dejara mis «juguetes muggles» en casa.

James frunció la frente.

—¿Creía que habías dicho que había desaparecido hacía unos días?

Ralph empezó a animarse.

—¡Lo hizo! ¡Eso es lo que quería decir! ¡Yo no lo dejé en la sala común! ¡Estoy a punto de tirar esa estúpida cosa por el inodoro! Alguien lo cogió de mi bolso y lo dejó allí para que Slughorn lo encontrara. ¡Odio a esos tíos! —La voz de Ralph había descendido a un áspero susurro. Miró alrededor rápidamente, como si esperara que sus compañeros de casa aparecieran de pronto detrás de la estantería de libros más cercana.

Zane parecía pensativo.

—¿No sabes quién lo cogió?

—No —dijo Ralph con sarcasmo—. Estoy bastante seguro de ese punto.

—¿Lo tienes ahí?

—Sí —dijo Ralph, un poco desinflado—. No voy a perderlo de vista hasta que pueda librarme de él. No funciona muy bien por aquí de todos modos. Demasiada magia en el aire o algo. —Sacó la consola de videojuegos de su mochila y se la pasó a Zane por debajo de la mesa.

James observó como Zane accionaba los botones velozmente y la pantalla volvía a la vida.

—Si alguien te ve con esa cosa —murmuró Ralph—, es tuya. Feliz Navidad.

Zane presionaba los botones con fluidez, haciendo que la pantalla centelleara y rodara.

—Solo estoy comprobando si la última persona que jugó hizo un perfil.

—¿Qué es un perfil? —preguntó James, inclinándose para ver la pantalla.

Zane ondeó la mano sin levantar la mirada.

—No mires. Slughorn lo notará. Ralph, cuéntale al señor mago aquí presente qué es un perfil.

—Es solo una forma de guardar un rastro de tu juego —susurró Ralph—. Antes de jugar, creas un perfil, con un nombre y cosas, normalmente algo inventado. Entonces, todo lo que haces en el juego queda grabado en ese perfil. Cuando vuelves luego y cargas el perfil, puedes seguir donde lo dejaste.

—¿Tú eres «Ralphinator»? —preguntó Zane, todavía trabajando con el *gamedeck*.

—Ni siquiera voy a responder a eso —dijo Ralph rotundamente.

—Aquí tenemos entonces —dijo Zane, pasando un dedo por la pantalla—. ¿El nombre «Austramaddux» significa algo para ti?

—No —dijo Ralph, alzando las cejas—. ¿Hay un perfil con ese nombre?

—Aquí mismo. Creado alrededor de la medianoche de anteayer. Ninguna información y ningún juego en proceso.

James parpadeó.

—¿Ningún juego en proceso?

—Ni uno —dijo Zane, apagando el aparato y volviéndoselo a pasar a Ralph bajo la mesa—. Bastante tiempo encendido, pero en realidad no jugó. Probablemente no pudo averiguar que el botón D arriba y el izquierdo eran para superataque. Novatos.

James puso los ojos en blanco.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Quién es Austra-como-se-llame?

—Es solo un nombre inventado, como ya dije —dijo Ralph, metiendo el *gamedeck* en el fondo de su mochila—. No significa nada. ¿Vale?

Ralph dijo esto último a Zane, que estaba sentado al otro lado de la mesa con aspecto casi cómicamente pensativo. Tenía la cabeza inclinada, la frente fruncida, y una de las comisuras de su boca alzada, mordisqueándose la mejilla. Después de un momento sacudió la cabeza.

—No sé. Me resulta familiar. Me parece que alguien mencionó el nombre, pero no puedo ubicarlo.

—Bueno, todo lo que sé —dijo Ralph, apoyando la barbilla en las manos— es que voy a soltarle esta cosa a mi padre en las próximas vacaciones. Lamento haberla visto alguna vez.

—Señor Potter. —Una voz resonó repentinamente cerca. Los tres saltaron. Era el profesor Slughorn. Se había aproximado a la mesa y de repente estaba de pie detrás de la silla de James—. Esperaba encontrarme con usted. Me alegro mucho de verle, muchacho. Mucho, ciertamente.

James forzó una sonrisa cuando Slughorn le palmeó la espalda.

—Gracias, señor.

—Sabe que conozco a su padre. Le conocí cuando era estudiante aquí y aún no el famoso auror que es ahora, por supuesto. —Slughorn asintió sabedoramente, haciendo un guiño, como si Harry Potter no hubiera sido, de hecho, enormemente famoso incluso antes de ser jefe de aurores—. Me habrá mencionado, sin duda. Estábamos muy unidos por aquel entonces. Por supuesto, le perdí la pista en los años siguientes, yo enseñando, remoloneando por ahí, convirtiéndome en un viejo, y él casándose, desarrollando su ilustre carrera, y haciendo buenos jovencitos como usted mismo. —Slughorn dio un puñetazo juguetón en el hombro de James—. Ansío encontrarme con él durante su visita la próxima semana. Le diré que me busque, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo James, frotándose el hombro.

—Bien, bien. Bueno, les dejo para que estudien, jovencitos. Adelante, eh, muchachos —dijo Slughorn, mirando a Ralph y Zane aparentemente sin reconocerlos, a pesar del hecho de que Ralph había hablado con él esa misma mañana.

—Oh, hum, ¿profesor Slughorn? ¿Podría hacerle una pregunta? —Fue Zane.

Slughorn miró atrás, con las cejas alzadas.

—¿Sobre qué, eh, señor...?

—Walker, señor. Estoy en su clase uno de Pociones, creo. ¿Mencionó en ella a alguien llamado Austramaddux?

—Ah, sí, señor Walker. Miércoles por la tarde, ¿verdad? Ahora recuerdo —Slughorn miró distraídamente hacia el escritorio principal—. Sí, no realmente relacionado con pociones, pero su nombre surgió. Austramaddux era un historiador y vaticinador del pasado distante. Sus escritos están considerados, bueno, apócrifos en el mejor de los casos. Creo que estaba haciendo una broma, señor Walker.

—Oh. Bien, gracias, señor —exclamó Zane.

—No hay problema, muchacho —le reconfortó Slughorn, recorriendo la biblioteca con la mirada—. Y ahora debo volver a mis obligaciones. No os distraeré más.

—Es toda una coincidencia —susurró Ralph, apoyándose en la mesa mientras Slughorn se alejaba.

—En realidad no —razonó Zane—. Mencionó a Austramaddux en clase como una broma. Ahora lo recuerdo. Parecía una referencia a una fuente que no es del todo de confianza, o está un poco chiflada. Como nos referiríamos a un tabloide o a la teoría de una conspiración o algo así. Slughorn es el jefe de la casa Slytherin, así que probablemente utilizáis esa misma referencia entre vosotros. Ellos lo sabrían. Por eso el que cogió tu *gamedeck* conocía el nombre.

—Supongo —dijo Ralph dudosamente.

—¿Pero por qué? —cuestionó James—. ¿Por qué utilizar un nombre que significa «no confíes en mí, soy un chiflado»?

—¿Quién sabe qué tonterías acechan en los corazones de los Slytherins? —dijo Zane despectivamente.

—Simplemente no tiene sentido —insistió James—. Los Slytherin normalmente dan mucha importancia a la imagen. Les encantan esas capas y dagas, las cabezas de dragón y las contraseñas secretas. Simplemente no se me ocurre por qué uno de ellos utilizaría un nombre que su propio jefe de casa considera una broma.

—Sea como sea —dijo Ralph—. Tengo deberes que hacer, así que si no os importa...

Pasaron la siguiente media hora trabajando en sus deberes. Cuando llegó el momento de recoger, Zane se giró hacia James.

—¿Las pruebas de quidditch son esta tarde, verdad?

—La mía sí. ¿La tuya también?

Zane asintió.

—Al parecer compartiremos campo. Buena suerte, colega —Zane estrechó la mano de James.

James se sintió sorprendentemente conmovido.

—¡Gracias! Tú también.

—Por supuesto, tú te lucirás. —declaró Zane frívolamente—. Yo tendré suerte si me mantengo sobre la escoba. ¿Desde cuándo vuelas, por cierto?

—Solo volé una vez en una escoba de juguete cuando era pequeño —dijo James—. Las leyes solían ser bastante imprecisas sobre las escobas. Había restricciones de altura y distancia, pero cualquiera de cualquier edad podía coger una mientras tuviera cuidado de no dejarse ver por ningún muggle. Entonces, más o menos para cuando mi padre consiguió su diploma honorario de Hogwarts, algunos adolescentes se emborracharon

con whisky de fuego e intentaron jugar al quidditch en Trafalgar Square. Desde entonces, las leyes se han endurecido. Ahora, es casi como conseguir un permiso de conducir muggle. Tenemos que tomar lecciones de vuelo y conseguir un certificado antes de poder volar legalmente. Algunas familias mágicas todavía dejan a sus hijos subirse a una escoba en el patio y esas cosas, un poco de práctica. Pero siendo mi padre auror...

—¿Tú padre y tu madre eran dos grandes jugadores de quidditch, verdad? — preguntó Zane, codeando a James y sonriendo—. Incluso si no distingues un extremo del otro de una escoba, serás un peligro con una cuando estés en el campo. Metafóricamente hablando, por supuesto.

James sonrió incómodamente.

Se dirigieron a sus clases. James no podía evitar el nerviosismo. Casi había olvidado las pruebas de quidditch. El conocimiento de que estaría allí afuera en unas horas, con una de las escobas del equipo por primera vez e intentando ser uno de los pocos de primero que entraban en el equipo de Gryffindor le hacía sentir vagamente enfermo. Pensó en la snitch con la que había crecido jugando, la famosa primera snitch de su famoso padre. Por aquel entonces, nunca había dudado de su futuro. Por como hablaba el tío Ron, era casi derecho de nacimiento de James estar en el equipo de quidditch de Gryffindor en su primer año, y James nunca lo había cuestionado. Pero ahora que era inminente, tenía miedo. Los miedos que había sentido durante la ceremonia de selección volvieron todos. Pero eso había acabado resultando bien, se recordó a sí mismo. Había estado tan preocupado por ello, que casi había conseguido que el Sombrero Seleccionador le pusiera en la casa Slytherin con Ralph, y ahora sabía el gran error que eso habría sido. La clave era relajarse. El quidditch, como ser un Gryffindor, estaba en su sangre. Solo tenía que dejar que ocurriera y no preocuparse.

Para la cena, tuvo que admitir que su plan no estaba funcionando. Apenas pudo comer.

—Eso está bien, Potter —asintió Noah, viendo el plato sin tocar de James—. Cuanto menos comas, menos tendrás para vomitar cuando estés en el aire. Por supuesto, algunos vemos una pequeña vomitona como una estupenda técnica defensiva. Has tenido la primera lección de escoba con el profesor Ridcully, ¿verdad?

James se encorvó y puso los ojos en blanco.

—No, aún no. La primera clase es el lunes.

Noah pareció serio un momento, y después se encogió de hombros.

—Eh, lo harás bien. Las escobas son fáciles. Inclinarsse hacia adelante para avanzar, tirar hacia atrás para detenerse. Apoyarse y rodar en los giros. Pan comido.

—Sí —estuvo de acuerdo Ted—. Y toda la lluvia y el viento de ahí afuera lo hacen más fácil. Probablemente no seas capaz siquiera de ver el suelo con la niebla. Más fácil que confiar en tus agallas.

—Siempre y cuando puedas mantenerlas dentro —gritó alguien más abajo en la mesa. Hubo un coro de risas. James agachó la cabeza sobre los brazos cruzados.



El campo de quidditch estaba empapado y enlodado. La lluvia caía en grandes sábanas, golpeando el suelo y creando una densa niebla que empapó a James hasta la piel en el primer minuto. Justin Kennely, el capitán de Gryffindor, conducía a su grupo hasta el campo, gritando algo sobre el firme rugido de la lluvia.

—En el quidditch no cuenta la lluvia —bramó—. Algunos de los mejores partidos de quidditch han tenido lugar con un tiempo como este, y mucho peor. La Copa del Mundo de quidditch del ochenta y cuatro se celebró con un tifón en la costa de Japón, ya sabéis. Los buscadores de ambos equipos volaron más de sesenta millas persiguiendo a la snitch con vientos con fuerza de vendaval. Esto es poca cosa en comparación. El tiempo perfecto para las pruebas.

Kennely se detuvo y se giró en el centro del campo, la lluvia corría por la punta de su nariz y barbilla. Había un gran baúl de quidditch a sus pies, al igual que una fila de escobas pulcramente tendidas sobre la hierba húmeda. James vio que la mayoría de las escobas eran Nimbus 2000; servibles, pero modelos bastante obsoletos. Fue un pequeño alivio. Si se le hubiera pedido volar en una Centella Fugaz nueva estaba seguro de que habría terminado a trescientas millas de distancia. En el lado opuesto del campo, James vio al equipo de Ravenclaw reuniéndose. No pudo reconocer a ninguno entre la lluvia y la niebla.

—Bien entonces —gritó Kennely—. Los de primero, vosotros antes. Me han dicho que algunos de vosotros aún no habéis tenido vuestra primera clase de escoba, pero gracias a las nuevas normas y a los descargos de responsabilidad que todos firmasteis antes de venir a la escuela, no hay razón para que no podáis subir y probar. Veamos qué podéis hacer antes de intentar nada con el resto del equipo. No os preocupéis por formaciones o hazañas, veamos si conseguís tomar aire y navegar por el campo sin tropezaros los unos con los otros.

James sintió su estómago caer en picado. Esperaba pasar algún tiempo observando a los mayores practicar. Ahora que estaba a punto de subir a su primera escoba, deseó

haber prestado más atención a cómo las manejaban los jugadores en los partidos que había visto, en vez de centrarse en las hazañas espectaculares y los golpes de las bludger errantes. Los demás de primero estaban ya adelantándose, escogiendo escoba y extendiendo la mano para convocarlas. James se obligó a unirse a ellos.

Se detuvo cerca de una escoba y la miró. Por primera vez, la cosa no pareció más que un trozo de madera con un cepillo al final en vez de un preciso aparato volador. La lluvia goteaba de las crines empapadas. James extendió la mano sobre ella.

—¡Arriba! —dijo. Su voz le pareció diminuta y tonta. No pasó nada. Tragó algo que parecía un trozo de mármol acerado en su garganta—. ¡Arriba! —gritó de nuevo. La escoba osciló, y después volvió a caer en la hierba con un golpe apagado. Echó un vistazo alrededor a los demás de primero. Ninguno parecía estar teniendo mucha suerte. Solo uno había conseguido levantar su escoba. Los mayores se reunían alrededor observándoles con diversión, codeándose unos a otros. Noah cruzó la mirada con James y alzó el pulgar en el aire, asintiendo alentadoramente.

—¡Arriba! —gritó James de nuevo, reuniendo tanta autoridad como podía. La escoba osciló hacia arriba de nuevo y James la cogió antes de que volviera a caer. *Que cerca,* pensó. Soltó un enorme suspiro, después pasó una pierna sobre la escoba. Esta flotaba inciertamente bajo él, apenas aguantando su propio peso.

Algo pasó a su lado.

—¡Vaya forma de salir! —gritó Ted sobre la lluvia cuando una chica de primero llamada Baptiste se lanzó hacia adelante, bamboleándose ligeramente. Dos más de primero dieron una patada. Uno de ellos se deslizó de lado y se meció, colgando del extremo de su escoba. Se quedó colgado un segundo o dos, después sus dedos resbalaron de la escoba húmeda y cayó al suelo. Hubo un rugido de risa amigable.

—¡Al menos despegaste, Klein! —gritó alguien.

James apretó los labios. Aferrando la escoba tan fuerte que los nudillos se le quedaron blancos, pateó. La escoba osciló hacia arriba y James vio la hierba deslizarse bajo él, entonces empezó a descender de nuevo. Sus pies patinaron y se tambaleó, intentando subir de nuevo. La escoba se arqueó hacia arriba y ganó velocidad, pero James no parecía poder mantener la altura. Estaba rozando la hierba de nuevo, salpicando tallos y agua embarrada. Aullidos de ánimo estallaron tras él. Se concentró furiosamente, conteniendo el aliento y pateando mientras la escoba se dirigía hacia los Ravenclaw, que se volvieron a mirar. *Arriba,* pensó desesperadamente, *¡arriba, arriba, arriba!* Recordó el consejo de Noah en la cena: inclinarse hacia adelante para avanzar, tirar hacia atrás para parar. Comprendió que estaba tirando de la escoba, intentando que se alzara, pero no era así, ¿verdad? Tenía que inclinarse hacia adelante. Pero si se inclinaba hacia adelante, el sentido común le decía que simplemente se enterraría en el suelo. Los Ravenclaw

empezaron a apartarse mientras se aproximaba, intentando salir de su camino. Todos estaban gritándole consejos y advertencias. Ninguno tenía sentido para James. Finalmente, desesperado, James abandonó su propia lógica, alzó los pies y se inclinó hacia adelante tanto como pudo.

La sensación de velocidad fue sorprendente cuando la escoba salió despedida. Niebla y lluvia golpearon la cara de James y la hierba bajo él se convirtió en un borrón verde. Pero no estaba subiendo, simplemente estaba volando a ras del suelo. Oyó gritos y exclamaciones cuando pasó entre los Ravenclaw. Se apartaron y saltaron fuera de su camino. Todavía estaba ganando velocidad cuando se inclinó hacia adelante. Ante él, los pilares de la tribuna llenaron su visión, alarmantemente cerca. James intentó inclinarse, virar a un lado. Se sintió girar, pero no lo suficiente. *Arriba*, pensó furiosamente, ¡necesitaba *subir*! Finalmente, a falta de una idea mejor, se inclinó hacia atrás, tirando de la escoba tan fuerte como pudo. La escoba respondió instantáneamente y con una fuerza enfermiza, se inclinó en un ángulo vertical pronunciado. Las gradas pasaron volando. Filas de asientos y estandartes flameando al pasar dieron paso después a un cielo enorme y gris.

El movimiento pareció detenerse, a pesar del aire y la lluvia que pasaban zumbando a su lado. James se arriesgó a mirar atrás. El campo de quidditch parecía un sello de correos, encogiéndose y haciéndose más borroso tras una balsa de nubes y niebla. James jadeó, inhalando viento y lluvia, el pánico le aferró con sus gigantescas garras. Todavía estaba subiendo. Grandes cúmulos grises de nubes pasaban zumbando, abofeteándole con sorprendente oscuridad y frío. Empujó de nuevo la escoba hacia abajo, apretando los dientes y gritando de terror.

Sintió la escoba caer enfermizamente, casi arrojándole fuera. No parecía haber conseguido más que un cambio drástico de altitud. Había perdido todo sentido de la dirección. Estaba rodeado de lluvia y densas nubes. Por primera vez, entrar en el equipo de quidditch de Gryffindor parecía mucho menos importante que simplemente volver a posar ambos pies en tierra, dondequiera que fuera. No podía calcular cómo de rápido iba o en qué dirección. El viento y la niebla le arañaban la cara, haciendo que sus ojos lloraran.

De repente, había formas cerca. Se abalanzaban hacia él saliendo de las nubes. Oyó llamadas distantes, gritando su nombre. Una de las formas se inclinó hacia él y James se sorprendió al ver a Zane sobre una escoba, con la cara blanca como la tiza y el pelo rubio azotado salvajemente alrededor de su cara. Hacía señas hacia James mientras se acercaba, pero James no podía dar sentido a sus gestos.

—¡Sígueme! —gritó Zane sobre el viento mientras pasaba a su lado.

Las demás figuras se enfocaron cuando se centraron sobre James. Vio a Ted y

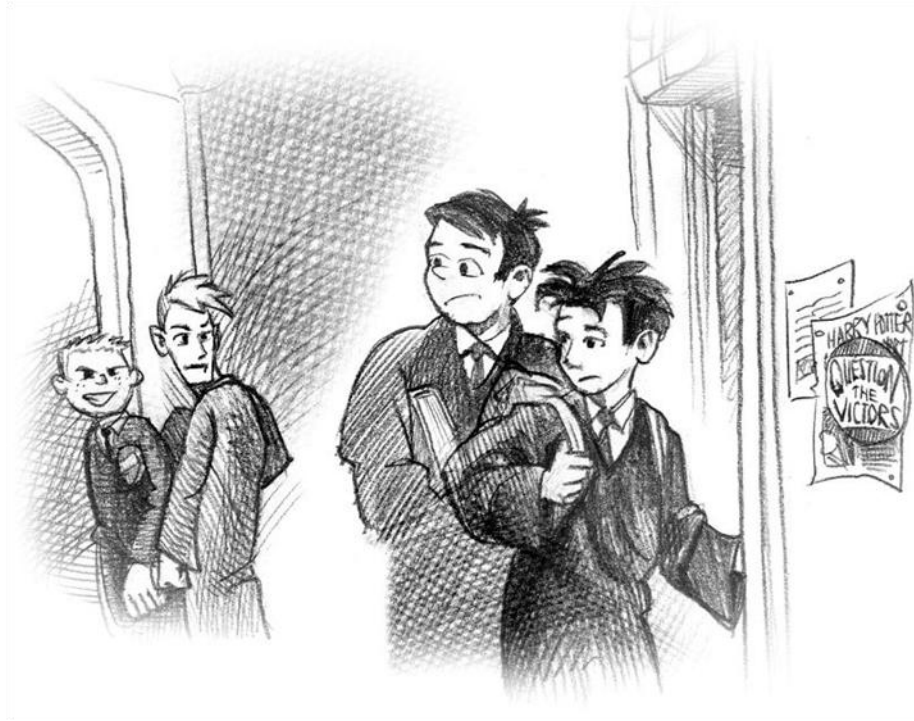
Gennifer, la Ravenclaw.

Se movían en formación a su alrededor. Ted le gritaba instrucciones, pero no podía discernirlas. Se concentró en inclinar la escoba en la dirección en la que Zane estaba volando. Las nubes pasaron zumbando de nuevo como trenes de mercancías, y James perdió de vista a los demás. Hubo un golpe de aire frío, y entonces la tierra se precipitó bajo James, tambaleándose con enorme finalidad. El campo de quidditch se estaba alzando para encontrarle, su hierba bien cortada parecía muy dura e inclemente. Zane todavía estaba delante de James, pero tiraba hacia atrás de su escoba, ralentizando la velocidad, gesticulando salvajemente con una mano. James tiró hacia atrás de su propia escoba, intentando emular a Zane, pero la fuerza del viento al pasar se oponía a él. Luchó contra ella, girando, forcejeando con la escoba para que subiera, hasta que pensó que iba romperse bajo él. Y entonces sus manos mojadas por la lluvia resbalaron, tanteando a ciegas, y cayó hacia atrás, aferrando la escoba desesperadamente solo con las piernas. Estaba girando salvajemente, y se acercaba el fin. James sintió la fuerza de Zane al pasarle, sus gritos disminuyendo con horrenda velocidad. La tierra giraba alrededor de su cabeza, extendiéndose para abrazarle, y James oyó su sonido, un enorme y bajo rugido, haciéndose más y más alto hasta que...

Hubo un horrible salto. James cerró los ojos con fuerza, intentando no oír el sonido de su cuerpo golpeando el suelo. No hubo sonido. Se arriesgó a abrir los ojos solo un poco y entonces miró alrededor con alivio y sorpresa. Estaba colgando a metro y medio sobre el centro del campo de quidditch, todavía montado en su escoba, pero no sostenido por ella. Zane, Ted y Gennifer volaban a su alrededor, mirándole estúpidamente. Entonces Ted se giró. James siguió su mirada.

Ralph estaba de pie en el borde del campo, con la túnica empapada y pegada al cuerpo, un paraguas abandonado yacía al borde de las gradas. Cada músculo del cuerpo de Ralph parecía tenso, cansado, mientras sostenía su ridícula y enorme varita, apuntando a James. Temblaba visiblemente. La lluvia caía por su cara, pegándole el pelo a la frente.

—¿Tengo que mantenerlo arriba? —dijo entre los dientes apretados— ¿O puedo soltar ya?



Capítulo 5

El libro de Austramaddux

—No pienses en ello como un lamentable fracaso con la escoba —dijo Zane más tarde, mientras todos estaban sentados en la sala común de Ravenclaw—. ¡Considéralo una oportunidad para dar a Ralphie aquí presente la posibilidad de mostrarse absolutamente brillante!

James no dijo nada. Estaba derrumbado en un extremo del sofá, con la cabeza apoyada míseramente en una mano.

—Por otro lado, si no hubiera saltado sobre mi escoba e ido tras de ti, no creo que hubiera sido capaz de averiguar cómo hacerlo. Era solo cuestión de no pensar en ello, en realidad.

—Espectacular ahí afuera, Walker —dijo un estudiante mayor al pasar junto al sofá, revolviendo el pelo húmedo de Zane.

—Sí —dijo otro desde el otro lado de la habitación—. Normalmente las pruebas de primero son solo risas. Contigo hemos tenido risas y habilidad.

Se produjo una ronda de risas y algún que otro aplauso. Zane sonrió ampliamente, empapándose en ello.

—En serio —dijo Ralph desde donde estaba sentado en el suelo, de espaldas al fuego—. ¿Cómo lo hiciste? Se supone que volar ha de ser bastante difícil de controlar.

—Honestamente, no lo sé —dijo Zane—. Vi a James dirigiéndose a la estratosfera y simplemente le seguí. Apenas sabía siquiera qué estaba haciendo hasta el mismo final, cuando comprendí que iba a estamparme de narices con el campo. Tiré hacia arriba en el último segundo, justo cuando el torpedo humano aquí presente pasó a mi lado, y pensé, «¡Miradme! ¡Estoy volando!» Quizás hayan sido todos esos juegos de carreras y simulaciones de vuelos con los que crecí jugando con mi padre. Simplemente la sensación tenía sentido para mí. —Zane comprendió de repente que esta conversación no estaba mejorando mucho el humor de James—. Pero ya basta de mí y de mi escoba. ¿Qué hay de ti, Ralphie?

Ralph parpadeó pensativamente, y después recogió su varita de donde yacía sobre su capa húmeda. Era igual de grande y ridícula que siempre, todavía con la punta roma y pintada de verde lima, pero nadie se reiría más de ella.

—No sé. Fue como dices, ¿no? Simplemente no pensé en ello. Vi a James caer y pensé en la pluma de la clase de Flitwick. Lo siguiente que supe es que estaba apuntándole con mi varita y gritando...

Varios estudiantes, incluyendo a Zane, se agacharon y gritaron cuando Ralph ondeó la varita ante él.

Ralph sonrió tímidamente.

—Tranquilos todos. No iba a decirlo.

—Ralph, eres realmente la caña, colega —dijo Zane, recuperándose—. Has pasado de hacer flotar una pluma a un cuerpo humano en una sola clase, ¿sabes? Mi chico tiene talento.

James se removió.

—Si habéis dejado de felicitaros a vosotros mismos, yo voy a encontrar un agujero y a vivir en él el resto del año.

—Oye, apuesto a que la novia de Grawp tiene sitio en su cueva —dijo Ralph. Zane se quedó mirando a Ralph, con la boca abierta.

—¿Qué? —dijo Ralph—. ¡Le ahorrará tiempo!

—Está bromeando —dijo Zane, mirando a James—. No me di cuenta al principio.

—Felicidades por entrar en el equipo —dijo James tranquilamente, poniéndose de pie

y recogiendo su capa de un gancho junto al fuego.

—Oye, de verdad —dijo Zane torpemente—. Lamento como han salido las cosas. No sabía que era tan importante para ti, de veras.

James permaneció de pie varios segundos, mirando al fuego. La expresión de arrepentimiento de Zane le golpeó profundamente. Le dolía el corazón. Su cara se calentó y sus ojos ardieron. Parpadeó y apartó la mirada.

—Esto no era importante para mí, en realidad —dijo—. Solo realmente, realmente importante.

Cuando la puerta se cerraba tras James, oyó a Ralph decir:

—¿Entonces para quién era importante?

James caminaba lentamente, con la cabeza gacha. Su ropa todavía estaba empapada, y el cuerpo le dolía por la sacudida de la levitación de Ralph al final de su larga caída, pero apenas notaba esas cosas. Había fracasado. Después de la victoria de convertirse en un Gryffindor, se había sentido cautelosamente confiado en que el quidditch también funcionaría. En vez de eso había terminado quedando como un completo imbécil delante de los Gryffindors y los Ravenclaws. Lejos de las espectaculares acrobacias desplegadas por su padre en esa legendaria ocasión, James había sido rescatado de matarse a sí mismo. No había forma de sobrevivir a este tipo de fracaso. Nunca lo superaría. Nadie se burlaba de él ahora, al menos en su cara, ¿pero qué dirían el año siguiente cuando se volviera a presentar a las pruebas? No podía soportar pensar en ello.

¿Cómo se lo contaría a su padre? Su padre, que vendría al inicio de la semana que viene para verle y oír sus noticias. Lo entendería, por supuesto. Le diría que el quidditch no tenía importancia, que lo importante era que fuera él mismo y que se divirtiera. Y hasta lo diría en serio. Y aún así, saberlo no hacía que James se sintiera mejor.

Sin embargo, Zane había entrado en el equipo de Ravenclaw. James sintió una puñalada de amargos celos ante eso. Lo lamentó inmediatamente, pero eso no hizo que los celos desaparecieran. Zane era un muggle por nacimiento. ¡Y americano, además! Se suponía que el quidditch debía ser un misterio desconcertante para él, y se suponía que James debía ser un volador instintivo, el héroe rescatador. No todo lo contrario. ¿Cómo habían acabado las cosas yendo tan absolutamente mal tan rápido?

Cuando alcanzó la sala común de Gryffindor, James pasó agachado por el perímetro de la habitación, evitando los ojos de los allí reunidos, que reían con sus amigos, escuchaban música, discutían sobre los deberes, y haraganeaban en el sofá. Subió rápidamente las escaleras y entró en el dormitorio, que estaba oscuro y silencioso. En los tiempos de su padre, los dormitorios habían estado separados por cursos. Ahora, James

se alegraba de compartir habitación con algunos de los mayores. Ellos normalmente daban un aire de consuelo que hacía que todo esto fuera soportable. Necesitaba algo de consuelo ahora, o al menos que alguien notara su desdicha y la validara. Suspiró profundamente en la habitación vacía.

James se aseó en el pequeño baño, se cambió, y después se sentó en su cama, mirando a la noche.

Nobby le observaba desde su jaula junto a la ventana, chasqueando el pico de vez en cuando, deseando salir y buscar un ratón o dos, pero James no se fijó en ella. La lluvia finalmente se agotó. Las nubes se estaban separando, revelando una gran luna plateada. James la observó durante mucho rato, sin saber a qué esperaba, sin comprender en realidad siquiera qué estaba esperando. Al final, lo que estaba esperando no ocurrió. Nadie subió las escaleras. Oía sus voces abajo. Era viernes de noche. Nadie más se iba a ir a la cama temprano. Se sintió absolutamente solo y miserable. Se deslizó bajo las mantas y observó la luna desde allí.

Finalmente, se durmió.



James pasó la mayor parte del fin de semana rondando melancólico por la sala común de Gryffindor. Sabía que ni Ralph ni Zane podían entrar sin la contraseña, y no estaba de humor para verles a ellos ni a nadie más. Leyó los capítulos de lectura asignados y practicó movimientos de varita. Se sintió particularmente molesto al descubrir que en su práctica con la pluma no podía llegar a más que una patética carrera alrededor de la mesa. Después de veinte minutos, se empezó a exasperar, gruñó una palabra que su madre no sabía que conocía, y estampó la varita contra la mesa. La varita produjo una ráfaga de chispas púrpura, como sorprendida por el estallido de James.

El castigo de la noche del sábado con Argus Filch llegó. James se encontró siguiendo a Filch por los pasillos con un cubo y una gigantesca fregona. De vez en cuando, Filch se detenía y, sin girarse, señalaba un punto en el suelo, la pared, o un detalle de una estatua. James miraba y allí había un grafiti o un parche de chicle bien pisoteado. James suspiraba, sumergía la fregona, y empezaba a fregar con ambas manos. Filch trataba a James como si este fuera personalmente responsable de cada pintada que fregaba. Mientras James trabajaba, Filch mascullaba y echaba humo, lamentándose por la gran cantidad de tipos de castigo mejores que se le había permitido asignar años atrás. Para cuando a James se le autorizó a volver a su cuarto, sus dedos estaban fríos, rojos y

escocidos, y olía al horrendo jabón marrón de Filch.

El domingo por la tarde, James dio un paseo sin rumbo por los terrenos y se encontró con Ted y Petra, que estaban tendidos sobre una manta, aparentemente dibujando patrones de estrellas en pergaminos.

—Ahora que Trelawney comparte Adivinación con Madame Delacroix, tenemos auténticos deberes —se quejó Ted—. Antes solo teníamos que mirar hojas de té y hacer oscuras y condenatorias predicciones. En realidad, era bastante divertido.

Petra estaba apoyada contra un árbol, con mapas arrugados y gráficas sobre el regazo, comparándolos con un enorme libro de constelaciones que yacía abierto sobre la manta.

—Al contrario que Trelawney, Delacroix parece tener la curiosa y arcaica noción de que la Astrología es una ciencia pura —dijo, meneando la cabeza con disgusto—. Como si un montón de rocas rodando por el espacio fueran a saber algo sobre el futuro que se extiende ante mí.

Ted le dijo a James que se quedara por ahí cerca y evitara que hicieran demasiado. Con la impresión de no estar interrumpiendo nada personal, y de que ni Ted ni Petra iban a sacar el tema de la desastrosa prueba de quidditch, se dejó caer en la manta y estudió el libro de gráficas de estrellas. Diagramas en blanco y negro de planetas, cada uno etiquetado con nombres e ilustraciones de criaturas míticas que rodeaban y giraban lentamente en las páginas con sus órbitas dibujadas con elipses rojas.

—¿De cuál de estos planetas procede el wocket? —dijo James secamente.

Petra giró una página.

—Ja, ja.

James pasaba las enormes páginas del libro de constelaciones lentamente, examinando los planetas en movimiento y otros ultramundanos símbolos astrológicos.

—¿Entonces como les va a la profesora Trelawney y a Madame Delacroix? —preguntó James después de un minuto. Recordó a Damien insinuando que habría alguna fricción entre ellas.

—Aceite y agua —replicó Ted—. Trelawney intenta ser amable, pero obviamente odia a la reina vudú. En cuanto a Delacroix, ni siquiera intenta fingir que le gusta Trelawney. Son de dos escuelas de pensamiento diferentes, en todo el sentido de la palabra.

—Me gusta más la escuela de Trelawney —masculló Petra, garabateando una nota en su pergamino.

—Todos sabemos lo que piensas, querida —la acalló Ted. Se giró hacia James—. A

Petra le gusta Trelawney porque ella sabe que, en el fondo, la Adivinación es en realidad solo un montón de variables al azar que utilizas para ordenar tus propios pensamientos. Trelawney cree que todo es místico, desde luego, pero todavía sabe que sólo es una penca de subjetivos galimatías. Petra es una chica práctica, así que le gusta eso porque a pesar de que Trelawney se toma todo este asunto muy en serio, no lo hace, ya sabes, rígidamente.

Petra suspiró y cerró su libro de golpe.

—La Adivinación no es una ciencia. Es psicología. Al menos Trelawney lo demuestra en la práctica, aunque no lo crea. Delacroix... —Tiró el libro a la pila que había junto a ella, poniendo los ojos en blanco.

—Tenemos un examen esta semana —dijo Ted en tono quejumbroso—. Un auténtico examen de adivinación. Va todo sobre no sé que acontecimiento astrológico que tendrá lugar este año. Los planetas se están alineando o algo así.

James le miró interrogativamente.

—¿Los planetas se están lineando?

—*Alineación* de planetas —dijo Petra pacientemente—. En realidad, es un gran acontecimiento. Solo ocurre una vez cada pocos cientos de años. *Eso* es ciencia. Saber qué estúpida criatura mítica representa cada planeta, cuál es un dios de alguna panda de chiflados primitivos, y qué significa «los armónicos de la matriz de precognición astrológica», eso no lo es.

Ted miró a James y frunció el ceño.

—Algún día conseguiremos que Petra revele sus auténticos sentimientos al respecto.

Petra le golpeó en la cabeza con uno de los diagramas de estrellas más grandes.



Después, en la cena, James vio a Zane y Ralph sentados juntos en la mesa de Ravenclaw. Vio a Zane mirarle una vez, y se alegró de que no intentara acercarse a hablar. Sabía que era extremadamente mezquino por su parte, pero todavía estaba enfermo de celos y vergüenza por su embarazosa actuación. Comió rápidamente, y después salió sin rumbo del Gran Comedor, sin saber a dónde ir.

La tarde era apacible y fresca y el sol se sumergía tras las montañas. James exploró el perímetro de los terrenos, escuchando la canción de los grillos y lanzando piedras al

lago. Fue a llamar a la puerta de la cabaña de Hagrid, pero había una nota en la puerta, escrita con letra grande y torpe. La nota decía que Hagrid estaría en el bosque hasta el lunes por la mañana. James se figuró que estaría pasando el tiempo con Grawp y su novia gigante. Estaba empezando a oscurecer. Se giró y se dirigió abatido hacia el castillo.

Estaba de camino a la sala común cuando decidió tomar un desvío. Sentía curiosidad por algo.

La vitrina de trofeos estaba iluminada por una serie de faroles, de forma que las copas, placas y estatuas brillaban centelleantes. James pasó lentamente a lo largo de ella, mirando las fotos de los equipos de quidditch de décadas atrás con sus uniformes pasados de moda pero sus sonrisas y expresiones de sincera invencibilidad eternamente imperturbables. Había trofeos de oro y bronce, antiguas snitchs, juegos de bludgers sujetas por sus cinturones de cuero pero todavía meneándose ligeramente cuando él pasaba.

James se detuvo cerca del final y examinó el despliegue del Torneo de los Tres Magos. Su padre sonreía con la misma incómoda sonrisa, pareciendo imposiblemente joven y revoltoso. James se inclinó hacia adelante y examinó la imagen al otro lado de la copa de los Tres Magos, la de Cedric Diggory. El chico de la foto era guapo, cándido, con la misma expresión en la cara que James había visto en las fotos de los viejos equipos de quidditch, esa expresión de eterna juventud y absoluta confianza. James estudió la foto. La expresión fue lo que le había hecho hacer la conexión la primera vez que había visto la foto.

—Eras tú, ¿verdad? —susurró James a la foto. No fue realmente una pregunta.

El chico de la foto sonrió, asintiendo ligeramente, como mostrándose de acuerdo.

James no esperaba una respuesta, pero cuando empezaba a enderezarse, algo cambió en la placa que había bajo la Copa de los Tres Magos. Las palabras grabadas se hundieron en la placa dorada, luego, después de un momento, nuevas palabras salieron a la superficie. Deletreando lenta y silenciosamente.

James Potter.

El hijo de Harry.

Un escalofrío bajó por la espalda de James. Asintió.

—Sí —susurró.

Las palabras se hundieron en la nada. Pasaron varios segundos, y después más palabras surgieron.

¿Cuánto ha pasado?

James no entendió la pregunta al principio. Sacudió la cabeza ligeramente.

—Lo... lo siento. ¿Cuánto ha pasado desde qué?

Desde que morí.

James tragó saliva.

—No lo sé exactamente. Diecisiete o dieciocho años, creo.

Las letras palidecieron lentamente. No se formaron más en casi un minuto. Después:

El tiempo es extraño aquí

Más largo

Más corto

James no sabía que decir. Una sensación de enorme soledad y tristeza se arrastró por el pasillo, llenando el espacio, y al propio James, como una nube fría.

—Mi... —La voz de James falló. Se aclaró la garganta, tragó, y lo intentó de nuevo—. Mi padre y mi madre, Ginny, que antes se apellidaba Weasley... hablan de ti. A veces. Ellos... te recuerdan. Les gustabas.

Las letras se desvanecieron, surgieron.

Ginny y Harry

Siempre lo supe

Había algo ahí

El fantasma de Cedric parecía estar alejándose, filtrándose al aire del pasillo. Las letras palidecieron lentamente. James habría deseado hacer más preguntas, habría querido preguntar por el intruso muggle, por cómo había entrado, pero ahora no parecía importante. Sólo deseaba decir algo que aliviara la sensación de tristeza que sentía en presencia de Cedric, pero no se lo ocurría nada. Entonces las letras acudieron una vez más, deletreando débil y lentamente.

¿Son felices?

James leyó la pregunta, la consideró. Asintió.

—Sí, Cedric. Son felices. *Somos felices.*

Las letras se evaporaron tan pronto como James habló, y se oyó algo parecido a un largo suspiro a su alrededor, en cierto modo exhausto. Cuando acabó, James miró al pasillo a su alrededor. Podía ver que estaba solo de nuevo. Cuando volvió a mirar a la placa bajo la Copa de los Tres Magos, esta había vuelto a su estado normal, cubierta con elaboradas palabras grabadas. James se estremeció, se abrazó a sí mismo, después se dio la vuelta y comenzó a volver al salón principal. El fantasma finalmente había hablado, y

era Cedric Diggory.

Somos felices, pensó James. Mientras subía los escalones hasta la sala común, comprendió que era cierto.

Se sentía un poco tonto por la forma en que había estado rondando por ahí todo el fin de semana, avivando sus celos y su sensación de fracaso como un brebaje. En este momento, todo eso parecía poco importante. Simplemente se alegraba de estar allí, en Hogwarts, con nuevos amigos, desafíos e interminables aventuras ante él. Corrió a lo largo del pasillo hacia el hueco del retrato, sin desear otra cosa en ese momento que pasar el último par de horas de su primer fin de semana en Hogwarts teniendo algo de diversión, risas, y olvidando la tontería de todo el desastre del quidditch. Comprendió, a regañadientes, que a algún nivel, incluso había sido un poco divertido.

Cuando entró en la sala común, se detuvo y miró alrededor. Ralph y Zane estaban allí, sentados con el resto de los gremlins alrededor de la mesa junto a la ventana. Todos levantaron la mirada.

—Aquí está nuestro pequeño alienígena —dijo Zane alegremente—. Estábamos intentando implementar tus habilidades con la escoba en la rutina. ¿Qué te parece una especie de trotecito alienígena como el accidente de Roswell? Ralph tiene la varita lista para atraparte.

Ralph meneó su varita y sonrió tímidamente. James puso los ojos en blanco y se unió a ellos.



James despertó tarde el lunes por la mañana. Entró corriendo al Gran Comedor esperando agarrar un trozo de tostada antes de la clase de Transformaciones y encontrarse con Ralph y Zane, que justamente salían.

—No hay tiempo, colega —dijo Ralph, engancho el brazo de James y dándole la vuelta—. No puedes llegar tarde el primer día de clase con McGonagall, he oído cosas muy, muy malas sobre lo que les hace a los estudiantes retrasados.

James suspiró y trotó junto a ellos a través de los ruidosos y ajetreteados pasillos.

—Espero que no haga cosas terribles a los estudiantes cuyos estómagos gruñan en clase también.

Zane ofreció algo a James mientras caminaban.

—Examínalo cuando tengas oportunidad. Ya se lo he mostrado a Ralphie y flipó, ¿verdad? Lo he marcado para ti. —Era un libro grueso y desvencijado. La portada estaba empastada con tela deshilachada que una vez probablemente hubiera sido roja. Las páginas estaban amarillentas, amenazando con caerse a trozos del encuadernado.

—¿Qué es? —dijo James, incapaz de leer el título grabado en relieve, que estaba apagado por la edad—. Entre Jackson y Flitwick, he tenido suficiente lectura como para que me dure hasta el año que viene.

—Este te interesará, créeme. Es el *Libro de las historias paralelas*, volumen siete —dijo Zane—. Lo cogí de la biblioteca de Ravenclaw. Lee sólo la sección que he marcado.

—¿Ravenclaw tiene una biblioteca privada? —preguntó Ralph, forcejeando para sacar su libro de texto de Transformaciones de la mochila atestada.

—¿Tenéis los Slytherins cabezas de dragones en las paredes? —Zane se encogió de hombros—. Claro. A cada cual lo suyo.

Mientras enfilaban hacia la clase de Transformaciones, pasaron a través de un grupo de estudiantes de pie junto a la puerta. Varios de ellos llevaban las insignias azules «Cuestiona a los victoriosos». Más y más estudiantes parecían llevarlas estos días. Las firmas en alguno de los tablones de anuncios habían identificado las insignias como la marca de un club llamado «El Elemento Progresivo». James quedó consternado al ver que no todos los estudiantes que las llevaban eran Slytherins.

—Tu padre viene hoy, ¿eh, Potter? —gritó un chico mayor, sonriendo socarronamente—. ¿A tener una reunión con sus amiguitos de Estados Unidos?

James se detuvo y miró al que hablaba.

—Viene hoy, sí —dijo, sus mejillas empezaban a ponerse rojas—. Pero no sé qué quieres decir con su «amiguitos». No conoce aún a los americanos. Quizás deberías leer más antes de abrir la boca.

—Oh, hemos estado leyendo, créeme —replicó el chico, su sonrisa desapareció—. Más de lo que tú y tu padre desearíais, estoy seguro. *Tu* clase no puede ocultar la verdad para siempre.

—¿Ocultar la verdad? —dijo James, la furia se impuso a la precaución—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Lee las insignias, Potter. Sabes exactamente de qué estoy hablando —dijo el chico colgándose al hombro su mochila y avanzando despreocupadamente pasillo abajo con sus amigos—. Y si no lo sabes, eres incluso más estúpido de lo que parece. —Volvió la espalda a James.

James parpadeó con rabia y asombro.

— ¿De qué está hablando?

Ralph suspiró.

—Vamos, cojamos un asiento. Te lo contaré, aunque yo mismo no entiendo mucho.

Pero no tuvieron tiempo de discutirlo antes de clase. La directora McGonagall, que había enseñado Transformaciones a la madre y al padre de James, la enseñaba aún, y aparentemente con el mismo grado de severo brío. Explicó los movimientos básicos de varita y las órdenes, ilustrándolo al transformar un libro en un emparedado de arenque. Incluso pidió a uno de los estudiantes, un chico llamado Carson, que comiera un trozo del emparedado.

Después, transformó el emparedado otra vez en el libro y mostró a la clase el libro con las marcas de mordiscos que Carson le había hecho. Hubo muestras de respeto y diversión. Carson miró el trozo mordido y se presionó la mano contra el estómago, con una mirada de pensativo desmayo en la cara. Casi al final de la clase, McGonagall indicó a los estudiantes que sacaran las varitas y practicasen los movimientos y órdenes con un plátano, que debían intentar transformar en un melocotón.

—*Persica Alteramus*, enfatizando sólo las primeras sílabas. No esperen hacer muchos progresos su primera vez —gritó por encima del ruido de los intentos de los estudiantes—. Si consiguen al menos un plátano con un indicio de piel de melocotón, lo consideraremos un éxito por hoy. ¡Tenga cuidado, señorita Majaris! ¡Sólo pequeños círculos, por favor!

Zane miró furiosamente a su plátano y ondeó su varita hacia él.

—¡*Persica Alteramus*! —No hubo cambio aparente. Apretó los labios—. Veamos tu intento, James.

Encogiéndose de hombros, James alzó su varita y la ondeó, pronunciando la orden. El plátano se movió, pero siguió siendo decididamente un plátano.

—Quizás se hayan transformado por dentro —dijo Zane esperanzado—. Tal vez deberíamos pelarlos y ver si hay algo de melocotón en ellos, ¿eh?

James pensó en ello, y luego negó con la cabeza. Ambos lo volvieron a intentar. Ralph observaba.

—Más movimiento de muñeca. Chicos, parece que estéis dirigiendo a un avión.

—Qué fácil es criticar, qué duro es crear —dijo Zane entre intentos—. Veamos que tal tú, Ralphinator.

Ralph parecía reacio a intentarlo. Manoseaba su varita, manteniéndola bajo el borde del escritorio.

—Vamos, Ralph —dijo James—. Te has mostrado excelente con la varita hasta ahora. ¿Qué te preocupa?

—Nada —dijo Ralph, un poco a la defensiva—. No sé.

—¡Cáscaras! —dijo Zane, dejando caer la mano de la varita y aferrando el plátano con la otra. Dejó caer la varita sobre la mesa y apuntó el plátano hacia ella—. Quizás tenga mejor suerte de este modo, ¿qué creéis?

James y Ralph le miraron fijamente. Él puso los ojos en blanco.

—Oh, rayos, vamos Ralph. Por el melocotón. Sabes que puedes hacerlo. ¿A qué esperas?

Ralph hizo una mueca, después suspiró y alzó su gigantesca varita. La ondeó ligeramente hacia su plátano y pronunció la orden rotundamente, casi como si estuviera intentado que le saliera mal. Hubo un destello y un ruido como de una piña explotando al fuego. El resto de la clase lo oyó y miró hacia Ralph. Una columna de pesado humo se erguía sobre la mesa delante de Ralph, el cual había retrocedido alejándose de ella, con los ojos abiertos de par en par y preocupados. Cuando el humo se disipó, James se inclinó hacia adelante. El plátano de Ralph todavía yacía allí, completamente ileso.

—Bueno —dijo Zane en medio del atónito silencio—. Eso ha sido todo un...

Un pequeño ruido suave salió del plátano de Ralph. Este se peló lentamente y empezó a separarse, abriéndose como una pulposa flor amarilla. Se oyó un prolongado jadeo de los estudiantes cuando surgió un tallo verde del centro del plátano pelado. Este pareció olisquear el aire mientras creía, retorciéndose y alargándose como una enredadera. El tallo comenzó a enderezarse mientras se alzaba, reptando hacia arriba desde la mesa con un gracioso y sinuoso movimiento. Más tallos surgieron del plátano. Se extendieron por la superficie de la mesa en un patrón expansivo, encontrando los bordes y curvándose bajo ella, aferrándose firmemente. Empezaron a separarse ramas de la raíz principal mientras esta crecía y engrosaba, volviéndose más clara, hasta alcanzar un gris amarillento. Brotó follaje de las ramas en grandes y súbitas explosiones, pasando de brote a hoja en cuestión de segundos. Finalmente, cuando el árbol alcanzó la altura de alrededor de metro y medio, se produjeron una serie de suaves *pops*. Media docena de melocotones brotaron del final de las ramas más bajas, combándolas con su peso. Cada uno era aterciopelado, regordete y prístino.

James arrancó la mirada del árbol y observó la habitación. Todos los ojos estaban fijos en el perfecto y pequeño melocotonero que Ralph había conjurado, las bocas abiertas de par en par, las manos con las varitas todavía congeladas en medio de un movimiento.

La directora McGonagall clavaba la mirada en el árbol, con la boca fruncida en una mueca de absoluta sorpresa. Entonces, el movimiento regresó a la habitación. Todo el

mundo exhaló y espontáneamente, estalló un aplauso respetuoso.

—¡Es mío! —gritó Zane, poniéndose en pie y lanzando un brazo alrededor de los hombros de Ralph—. ¡Yo lo vi primero!

Los ojos de Ralph se separaron del árbol, miraron a Zane y sonrió más bien distraídamente. Pero James recordó el aspecto de la cara de Ralph cuando el árbol estaba creciendo. Entonces no había estado sonriendo.

Momentos después, fuera en el pasillo, Zane hablaba con la boca llena de melocotón.

—En serio, Ralph. Me estás asustando un poco, ¿sabes? La magia que estás haciendo es algo serio. ¿Cuál es el secreto?

Ralph sonrió inseguro, la sonrisa preocupada de nuevo.

—Bueno, en realidad...

James miró a Ralph.

—¿Qué? ¡Cuenta, Ralph!

—Vale —dijo él, deteniéndose y empujándolos al hueco de una ventana—. Pero sólo es una suposición, ¿vale?

James y Zane asintieron con entusiasmo, gesticulando para que Ralph siguiera.

—He estado practicando mucho con algunos otros Slytherins por la noche, ya sabéis —explicó Ralph—. Sólo lo básico. Me han estado enseñando algunas cosas. Hechizos de desarme y algunos trucos y bromas, cosas para usar con tus enemigos.

—¿Qué enemigos tienes ya, Ralph? —preguntó Zane incrédulamente, lamiéndose el zumo de melocotón de los dedos.

Ralph ondeó la mano impacientemente.

—Ya sabes, enemigos potenciales. Sólo es la forma de hablar de los tíos de mi casa. De todas formas, dicen que soy mejor que la media. Creen que no soy simplemente un chico muggle que tuvo la suerte de tener genes mágicos. Creen que quizás uno de mis padres pertenece a una de las grandes familias mágicas y simplemente yo no lo sé.

—Parece algo importante como para que no lo supieras, ¿no? —dijo James dudosamente—. Quiero decir, dijiste que tu padre fabrica ordenadores muggles, ¿no?

—Bueno, sí —dijo Ralph despectivamente, y después bajó la voz—. Pero mi madre... No os dije que había muerto, ¿verdad? No —se respondió a sí mismo—. Por supuesto que no. Bueno, pues sí. Murió cuando yo era muy pequeño. Nunca la conocí. ¿Y si era una bruja? Quiero decir, ¿y si pertenecía a una de las grandes familias mágicas de sangre limpia y mi padre nunca lo supo? Podría ser, ya sabéis. Los magos se enamoran de muggles y nunca les cuentan el secreto en toda la vida. A los sangre limpia no les

gusta, supongo, pero aún así... —se interrumpió y miró de Zane a James.

—Bueno —dijo James lentamente—. Claro. Supongo que es posible. Cosas más extrañas han pasado.

Zane alzó las cejas, considerándolo.

—Eso explicaría muchas cosas, ¿no? Quizás seas como un príncipe o algo. ¡Quizás seas el heredero de una fabulosa riqueza y poder y todo eso!

Ralph hizo una mueca y salió del hueco.

—No llevemos las cosas tan lejos. Como ya he dicho, sólo es una suposición.

James paseó con Zane y Ralph hasta que fue hora de su siguiente clase. Ninguno de los otros dos tenía Herbología con él, así que les dijo que los vería por la tarde y corrió a través de los terrenos hacia los invernaderos.

El profesor Longbottom saludó a James por su nombre cuando entró, sonriendo cálidamente. A James siempre le había gustado Neville, aunque era mucho más callado y pensativo que su padre o el tío Ron. James conocía las historias de como Neville había luchado durante su último año de escuela, cuando Voldemort había tomado el control del ministerio y Hogwarts había estado bajo su control. Al final, Neville había sido el que cortara la cabeza a la gran serpiente, *Nagini*, el último vínculo de Voldemort con la inmortalidad. Aún así, era difícil imaginar al flaco y más bien torpe profesor haciendo semejantes cosas mientras arreglaba macetas y cuencos sobre la mesa al frente de la clase de Herbología.

—La Herbología es... —empezó Neville, gesticulando y golpeando uno de los cuencos más pequeños. Se interrumpió a sí mismo, enderezando el cuenco rápidamente y desparramando tierra sobre sus papeles. Levantó la mirada y sonrió de forma algo torpe—. La Herbología es el estudio de... bueno, de las hierbas, por supuesto. Como podéis ver—. Asintió hacia el invernadero que estaba lleno hasta arriba de cientos de plantas y árboles, todos creciendo en una desconcertante variedad de contenedores. James pensó que probablemente el profesor Longbottom estuviera bastante interesado en examinar el melocotonero que actualmente crecía sobre la mesa de Transformaciones.

—Las hierbas son la raíz, eh, por así decirlo, de muchas de las prácticas más fundamentales de la magia. Pociones, medicina, construcción de varitas, incluso muchos encantamientos, todos relacionados en esencia con el cultivo y procesamiento de plantas mágicas. En esta clase, estudiaremos los múltiples usos de algunos de nuestros más importantes recursos vegetales, desde el corriente bubotubérculo a la rara *mimbulus mimbletonia*.

Por el rabillo del ojo, James vio algo moverse. Una planta estaba extendiendo una rama a lo largo de la repisa de una ventana junto a una chica de primero, que

garabateaba frenéticamente los nombres que Neville estaba enumerando. La rama se separó de la repisa, la golpeó ligeramente en la espalda y después se curvó alrededor de su pendiente. Los ojos de la chica se abrieron con desmesura y dejó caer su pluma cuando la rama empezó a tirar.

—¡Uy! ¡Uy, uy, uy! —gritó, cayendo de lado de su silla y llevándose una mano a la oreja.

Neville miró alrededor, vio a la chica y se acercó de un salto hacia ella.

—¡Sí, sujete la rama, señorita Patonia! Así está bien —Extendió el brazo hacia ella y comenzó a extraer cuidadosamente la rama del pendiente. Esta se retorció lentamente cuando él la soltó.

—Ha descubierto usted nuestra *larcenous ligulous*, o más bien ella la ha descubierto a usted. Perdone por no advertirla antes de que se sentara debajo. Criada por piratas hace cientos de años a causa de su innata atracción por los objetos brillantes, los cuales utilizan para magnificar la luz solar para propósitos de fotosíntesis. Casi extinta, después de haber sido sistemáticamente cazada y quemada durante las Purgas—. Neville encontró la base de la planta y envolvió la rama metódicamente alrededor de la misma, pinchando su punta en la tierra con un aro de diamante encima. Patonia se frotó la oreja y fulminó a la rama con la mirada como si deseara hacer arder alguna ella misma.

Neville volvió a la mesa principal y empezó a hablar a la clase de la larga línea de plantas en macetas que había colocado allí. James bostezó. El calor del invernadero le estaba dando bastante sueño. En un intento por permanecer despierto, buscó pergamino y pluma en su mochila. Su mano tropezó con el libro que Zane le había dado. Lo sacó, junto con sus pergaminos, y lo acunó en su regazo. Cuando estuvo seguro de que Neville se había internado lo suficiente en la charla sobre su tema favorito como para notarlo, James abrió el libro por donde Zane lo había marcado. Su interés se avivó inmediatamente ante la cabecera de la página: *Feodre Austramaddux*. Se inclinó sobre el libro y leyó rápidamente.

Precursor de la Precognición Inversa, o el arte de recordar la historia a través de la adivinación contracronológica, el vaticinador e historiador Austramaddux es conocido por la hechicería moderna principalmente por sus fantásticos cuentos sobre los últimos días de Merlinus Ambrosius, legendario hechicero y fundador de la Orden de Merlín. Según Austramaddux, tal y como está recogido íntegramente en su famosa Istoría Inversa del Mondo Máxico (ver capítulo doce) conoció personalmente a Merlinus al final de su carrera como regente especialista mágico de los reyes de Europa. Habiendo quedado desencantado por la corrupción del mundo mágico cuando este comenzó a «infectarse» con

influencias de los crecientes reinos no-mágicos, Merlinus anunció su plan de «abandonar el reino terrenal». Después, clamó que volvería a la sociedad de los hombres, siglos o incluso milenios después, cuando el equilibrio entre los mundos, mágico y no-mágico estuviera más, según palabras de Austramaddux: «maduro para sus manos». Tales predicciones han sido fuente de muchos planes y conspiraciones a lo largo de los siglos, normalmente perpetrados por una facción revolucionaria, que cree que el retorno de Merlinus facilitaría sus planes para controlar y subyugar el mundo no-mágico por medio de la política o la guerra categórica.

James dejó de leer. Miles de pensamientos invadían su mente mientras consideraba las implicaciones de lo que acababa de leer. Había oído hablar de Merlín toda su vida, como los niños muggles oyen hablar de San Nicolás; no como una figura histórica, sino como una especie de personaje mítico. A James nunca se le había ocurrido dudar de que Merlín hubiera sido una figura real, pero tampoco se le había ocurrido preguntarse qué clase de hombre podría haber sido. Sus únicas referencias eran los dichos tontos con los que había crecido, como «por las barbas de Merlín» o «en nombre de los pantalones de Merlín», ninguno de los cuales decía mucho del carácter del gran hechicero. De acuerdo con Austramaddux, Merlín había sido una especie de consejero mágico de reyes y líderes muggles.

¿Era posible que en tiempos de Merlín, brujas y magos vivieran abiertamente en el mundo muggle, sin leyes de secretismo, ni encantamientos de ocultamiento o desilusionadores? Y si así era, ¿qué había querido decir Merlín con que el mundo mágico había sido «infectado» por los muggles? Aún más, ¿qué había querido decir con la espeluznante predicción de que volvería cuando el mundo estuviera «maduro para sus manos»? No era de extrañar que magos tenebrosos a través de la historia hubieran intentado convertir en realidad la predicción de Merlín, traer al gran hechicero de vuelta al mundo de algún modo.

Los magos tenebrosos siempre buscaban controlar el mundo muggle, y aparentemente había alguna base para creer que Merlín, el más grande y poderoso mago de todos los tiempos, les ayudaría en esa empresa.

De repente a James se le ocurrió una idea, y sus ojos se abrieron de par en par. La primera vez que había oído el nombre de Austramaddux había sido en un perfil creado por un Slytherin. Slytherin siempre había sido la casa de los magos tenebrosos con intención de dominar el mundo muggle. ¿Y si la enigmática mención a Austramaddux no era solo una coincidencia sin sentido? ¿Y si era una señal de un nuevo complot oscuro? ¿Y si el Slytherin que había hecho ese perfil era parte de un plan para facilitar el retorno de Merlinus Ambrosius, quien lideraría una guerra definitiva contra el mundo muggle?

James cerró el libro lentamente y apretó los dientes. De algún modo, en el momento en que lo pensó, pareció absolutamente cierto. Eso explicaba por qué un Slytherin utilizaría un nombre que incluso su jefe de casa consideraba un chiste. El Slytherin sabía que no lo era, y pronto se reivindicaría en un plan que lo probaría.

El corazón de James palpitaba mientras se quedaba sentado y pensaba furiosamente. ¿A quién contárselo? A Zane y Ralph, por supuesto. A ellos se les podría haber ocurrido ya. ¿A su padre? James decidió que no podía. Aún no, al menos. James era lo bastante mayor como para saber que la mayoría de los adultos no creerían semejante historia de un crío, incluso si el crío proporcionaba fotos que lo probaran.

James no sabía exactamente qué podía hacer para detener un complot así, pero sabía lo que tenía que hacer a continuación. Tenía que averiguar quién era el Slytherin que había cogido el *gamedeck* de Ralph. Tenía que encontrar al Slytherin que había utilizado el nombre de Austramaddux.

Con eso en mente, James salió corriendo del invernadero tan pronto como la clase terminó, olvidándose por completo de que esa tarde era la tarde en que su padre, Harry Potter, llegaba para su reunión con los americanos.



Mientras corría por los terrenos, comenzó a ser consciente del ruido de una multitud. Desaceleró, escuchando. Gritos y cánticos mezclados con el balbuceo de voces roncas y excitadas. Cuando giró la esquina del patio, el ruido se hizo mucho más fuerte. Una multitud de estudiantes rondaban por el patio, reuniéndose llegados de todas direcciones, incluso mientras James observaba. La mayoría eran simplemente curiosos que venían a ver de qué iba la conmoción, pero había un grupo muy activo en el centro, marchando, cantando eslóganes, algunos sujetando grandes pancartas pintadas a mano y estandartes. James vio uno de los estandartes cuando se aproximaba al gentío, y su corazón se hundió. «*Fin al fascismo de los aurores del ministerio*». Otra pancarta ondeaba y señalaba hacia el cielo: «*¡Di la VERDAD, Harry Potter!*».

James rodeó al grupo, intentando pasar inadvertido. Cerca de los escalones del vestíbulo principal, Tabitha Corsica estaba siendo entrevistada por una mujer con unas gafas púrpura en forma de ojos de gato y una expresión excesivamente atenta. Con creciente intranquilidad, James la reconoció como Rita Skeeter, reportera de *El Profeta*, y una de las personas menos favoritas de su padre.

Cuando pasó a su lado, Tabitha le miró de reojo e hizo un ligero encogimiento de

hombros y le dirigió una sonrisa, como si dijera *lo siento, pero son tiempos difíciles y todos hacemos lo que tenemos que hacer*.

Justo cuando James estaba a punto de subir los escalones hacia el vestíbulo principal, apareció la directora, avanzando resueltamente a la luz del día con una expresión muy severa en la cara. Apuntó la varita hacia su garganta y habló desde el escalón superior, su voz resonó por todo el patio, cortando a través del ruido de la multitud.

—No preguntaré que significa esto, ya que lo encuentro decepcionantemente obvio —dijo severamente, y James, que había conocido a Minerva McGonagall de forma periférica la mayor parte de su vida, pensó que nunca la había visto tan enfadada. Su cara estaba mortalmente pálida, con un rojo vivo en las mejillas. Su voz, todavía recorriendo el patio, era controlada pero acerada por la convicción—. Lejos de mi contradecir su derecho a mantener cualquiera que sean las absurdas y disparatadas nociones que muchos de ustedes pueden haber recogido pero permítanme asegurarles, que a pesar de lo que puedan haber escogido creer, no es política de esta escuela permitir que los estudiantes insulten a invitados estimados.

Las pancartas bajaron, pero no completamente. James vio que Rita Skeeter estaba observando a la directora con una mirada de hambrienta excitación en la cara, su pluma a vuelapluma garabateando salvajemente sobre un trozo de pergamino. McGonagall suspiró, recuperando la compostura.

—Hay formas apropiadas de expresión del desacuerdo, como todos sabrán. Este... despliegue... no es ni necesario ni apropiado. Espero que todos ustedes, por consiguiente, se dispersen inmediatamente con el conocimiento de que han dejado claro... —permitió que su mirada cayera sobre Rita Skeeter —... su punto de vista.

—¿Señora directora? —gritó una voz, y James no necesitó darse la vuelta para saber que era Tabitha Corsica. Se hizo un pesado silencio cuando el patio entero contuvo el aliento. James podía oír la pluma de Rita Skeeter rascando ávidamente.

McGonagall hizo una pausa, estudiando a Tabitha significativamente.

—¿Sí, señorita Corsica?

—No podría estar más de acuerdo con usted, señora —dijo Corsica llanamente, su voz hermosa resonando alrededor del patio—. Y por mi parte, espero que a todos se nos pueda permitir que estos asuntos sean tratados de un modo más razonable y relevante, como usted sugiere. ¿Podría ser demasiado pronto para proponer que hagamos de este tema el primero del debate escolar? Eso nos permitiría aproximarnos a un tema tan sensible respetuosa y concienzudamente como, estoy segura de que usted estará de acuerdo, se merece.

La mandíbula de McGonagall parecía de hierro cuando miró a Corsica. La pausa fue

tan larga que Tabitha realmente apartó la mirada. Miró alrededor del patio, su compostura vacilando ligeramente. La pluma a vuelapluma se había puesto al corriente gracias a la pausa. Gravitaba sobre el pergamino, esperando.

—Aprecio su sugerencia, señorita Corsica —dijo McGonagall rotundamente—, pero este no es ni el momento ni el lugar apropiado para discutir el calendario del equipo de debate, como seguramente puede imaginar. Y ahora —dejó que su mirada recorriera el patio críticamente—, considero la cuestión zanjada. Cualquiera que desee continuar esta discusión puede hacerlo mucho más confortablemente en la privacidad de sus habitaciones. Les aconsejaría que marcharan ahora, antes de que envíe al señor Filch a levantar censo.

La multitud comenzó a dispersarse. McGonagall vio a James, y su expresión cambió.

—Vamos, Potter —dijo, haciendo señas impacientemente. James subió los escalones y la siguió de vuelta a las sombras del vestíbulo. McGonagall estaba murmurando furiosamente, su túnica de tartán se balanceaba mientras caminaba por un pasillo lateral. Parecía esperar que James la siguiera, así que lo hizo.

—Ridículos agitadores propagandísticos —despotricaba, todavía conduciendo a James a lo que reconoció como la sala de profesores—. James, lamento que hayas presenciado eso. Pero lamento incluso más que tan asquerosos rumores hayan encontrado apoyo dentro de estas paredes.

McGonagall se giró y abrió una puerta sin interrumpir su zancada. James se encontró entrando en una habitación grande llena de sofás y sillas, mesitas y estantes de libros, todo organizado fortuitamente alrededor de una enorme chimenea de mármol. Y allí, levantándose para saludarle con una sonrisa ladeada estaba su padre. James sonrió y corrió pasando de largo a McGonagall.

—James —dijo Harry Potter con gran deleite, tirando del chico a un rudo abrazo y revolviéndole el pelo—. Mi muchacho. Me alegro de verte, hijo. ¿Qué tal la escuela?

James se encogió de hombros, sonriendo alegremente pero sintiéndose de repente tímido. Había varias personas más presentes a las que no reconoció, todas mirándole mientras estaba de pie con su padre.

—Todos conocéis a mi chico, James —dijo Harry, apretando el hombro de James—. James, hay algunos representantes del ministerio que han venido conmigo. ¿Recuerdas a Titus Hardcastle, verdad? Y este es el señor Recreant y la señorita Sacarhina. Ambos trabajan para la Departamento de Relaciones Internacionales.

James estrechó manos cumplidoramente. Recordó a Titus Hardcastle cuando le miró, aunque no le había visto desde hacía mucho. Hardcastle, uno de los aurores de su padre, era compacto y grueso, con una cabeza cuadrada y rasgos muy rudos y marcados

por el tiempo. El señor Recreant era alto y delgado, vestido bastante remilgadamente con túnica a raya diplomática y un bombín negro. Su apretón de manos fue rápido y flojo, algo así como sujetar un pez muerto. La señorita Sacarhina, sin embargo, no le estrechó la mano. Sonrió abiertamente hacia James y se agachó hasta quedar a su nivel, examinándole de arriba a abajo.

—Veo mucho de tus padres en ti, jovencito —dijo, inclinando la cabeza y de forma conspiradora—. Tal promesa y tal potencial. Espero que te unas a nosotros esta noche.

En respuesta, James miró a su padre. Harry sonrió y colocó ambas manos sobre los hombros de James.

—Cenamos esta noche con los visitantes de Alma Aleron. ¿Quieres venir? Al parecer disfrutaremos de una auténtica comida americana, lo cual quiere decir cualquier cosa desde hamburguesas a, bueno, hamburguesas con queso, es cuanto puedo suponer.

—¡Claro! —dijo James sonriendo. Harry Potter le devolvió la sonrisa y le guiñó un ojo.

—Pero primero —dijo, dirigiéndose al resto del grupo—, nos uniremos a nuestros amigos de Alma Aleron para echar un vistazo a un poco de magia de su propiedad. Se supone que nos encontraremos con ellos en los próximos diez minutos y he pedido a unos pocos más que se unan a nosotros también. ¿De acuerdo?

—Yo no os acompañaré, me temo —dijo McGonagall enérgicamente— Al parecer tendré que mantener un ojo atento a ciertos elementos de la población estudiantil durante su visita, señor Potter. Mis disculpas.

—Entiendo, Minerva —dijo Harry. A James siempre le sonaba raro que su padre llamara a la directora por su nombre, pero ella parecía esperarlo así—. Haz lo que debas, pero no te preocupes por aplastar cada pequeño estallido. Difícilmente valga la pena el esfuerzo.

—No estoy segura de estar de acuerdo contigo en eso, Harry, pero espero ser capaz de mantener el orden de forma imparcial. Os veré esta noche. —Con eso, la directora se dio la vuelta y abandonó la habitación bruscamente, todavía rumiando su enfado.

—¿Vamos entonces? —preguntó la señorita Sacarhina.

El grupo comenzó a avanzar hacia una puerta en el lado opuesto de la habitación. Mientras caminaban, Harry se inclinó hacia su hijo y susurró:

—Me alegro de que vengas esta noche. Sacarhina y Recreant no son exactamente los compañeros de viaje más agradables, pero Percy insistió en que los trajera. Me temo que todo este asunto se ha convertido en una cuestión política.

James asintió sabiamente, sin saber lo que quería decir eso, pero contento de que su

padre le hubiera hecho una confidencia, como siempre.

—¿Entonces como viajasteis?

—Red Flu —respondió Harry—. No quería hacer una entrada más visible de lo necesario. Minerva nos advirtió de la demostración que los tipos de E.P. tenían planeada.

A James le llevó un momento comprender que su padre estaba hablando del Elemento Progresivo.

—¿Ella sabe lo de esos tipos? —preguntó, sorprendido.

Su padre se puso un dedo en los labios, haciendo un gesto ligeramente afirmativo en dirección a Sacarhina y Recreant, que iban delante de ellos, hablando en voz baja mientras caminaban.

—Después —dibujó Harry silenciosamente con la boca.

Después de unas pocas vueltas, el señor Recreant abrió una gran puerta y salió a la luz del sol, el resto lo siguió.

Descendieron una amplia escalera de piedra que conducía hacia abajo hasta una zona de hierba que limitaba con el Bosque Prohibido a un lado y un muro bajo de piedra al otro. Neville Longbottom y el profesor Slughorn estaban de pie cerca del muro, hablando. Ambos levantaron la mirada cuando el grupo se aproximó.

—¡Hola, Harry! —dijo Neville, sonriendo y adelantándose para encontrarse con ellos—. Gracias por invitarnos a Horace y a mí a esto. Hemos sentido curiosidad al respecto desde que los americanos llegaron aquí.

—Harry Potter, vivito y coleando —dijo Slughorn cálidamente, tomando la mano de Harry con las dos suyas—. Ciertamente muy acertado pedirnos que viniéramos. Sabes que siempre me han interesado los nuevos avances en la comunidad mágica internacional.

Harry condujo al grupo a la verja que había en el muro de piedra, la abrió a un pulcro camino enlosado que conducía hacia el lago.

—No me lo agradecáis a mí. Sólo os he traído para que podáis hacer todas las preguntas inteligentes y que deis sentido a lo que nos muestren.

Slughorn rió indulgentemente, pero Neville sólo sonrió. James se figuró que su padre probablemente estaba diciendo al menos en parte la verdad, y sólo Neville lo sabía.

El grupo se aproximó a una gran tienda de campaña de lona que estaba montada sobre una loma baja con vistas al agua. Una bandera americana colgaba sin viento en uno de los postes de la tienda, sobre una bandera adornada con el escudo de Alma

Aleron. Un par de estudiantes americanos estaba charlando cerca. Uno de ellos vio al grupo y los reconoció con un ligero asentimiento de cabeza. Gritó hacia la tienda:

—¿Profesor Franklyn?

Después de un momento, Franklyn emergió por un costado de la tienda, limpiándose las manos con un trapo grande.

—¡Ah! Saludos, visitantes —dijo graciosamente—. Muchas gracias por venir.

Harry estrechó la mano extendida de Franklyn. Aparentemente se habían conocido ya antes y habían acordado este encuentro. Harry se giró y presentó a todos, terminando con James.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Franklyn, sonriendo hacia James—. El joven señor Potter está en mi clase. ¿Qué tal estás hoy, James?

—Bien, señor —respondió James, sonriendo.

—Como debe ser, en un día tan estupendo —dijo Franklyn seriamente, asintiendo con aprobación—. Y ahora que hemos cumplido con las buenas formas, síganme, amigos. Harry, estabas interesado en ver como cuidamos de nuestros vehículos, ¿cierto?

—Mucho —dijo Harry—. No estuve aquí para ver vuestra llegada, por supuesto, pero he oído hablar mucho de vuestros interesantes vehículos voladores. Estoy ansioso por verlos, al igual que vuestras instalaciones de almacenamiento. He oído muchísimas especulaciones al respecto, aunque admito que entendí muy poco.

—Nuestro garaje transdimensional, sí. Virtualmente ninguno de nosotros entiende mucho de él me temo —dijo Franklyn dudosamente—. De hecho, si no fuera por nuestro experto en Tecnomancia, Theodore Jackson, ninguno de nosotros tendría la más ligera idea de cómo ocuparse de él. Por cierto, os envía sus disculpas por no poder estar aquí para vuestra visita. Se unirá a nosotros esta noche y estará encantado de discutirlo entonces, si tenéis alguna pregunta para él.

—Estoy seguro de que las tendremos —dijo Titus Hardcastle con su voz baja y grave.

James siguió a su padre hasta el costado abierto de la tienda y casi tropieza con sus propios pies cuando miró dentro. La tienda era bastante grande, con complicados postes de madera y armazones que la sujetaban.

Los tres vehículos voladores de Alma Aleron estaba aparcados dentro, dejando suficiente espacio para pulcras líneas de cajas de herramientas, equipos de mantenimiento, repuesto y varios hombres con ropa de trabajo que se movían entre los vehículos activamente. Lo más extraño de la tienda, sin embargo, era que la parte de atrás no existía. Donde James estaba seguro de que debería haber estado la pared de lona que había visto desde fuera, había simplemente aire libre, mostrando una vista que

definitivamente no correspondía a los terrenos de Hogwarts. Pulcros edificios de ladrillos rojos y enormes árboles rugosos podían verse en la distancia más allá de la pared desaparecida de la tienda. Incluso más extraño aún, la luz que iluminaba la escena era completamente diferente al brillante sol de mediodía de los terrenos de Hogwarts. Al otro lado de la tienda, la escena estaba iluminada por una pálida luz rosa, las enormes nubes mullidas se teñían de oro a lo lejos. Los árboles y la hierba parecían centellear, como cubiertos por el rocío de la mañana. Uno de los trabajadores asintió hacia Franklyn, y después se giró y entró en la extraña escena, limpiándose las manos en su sobretodo.

—Bienvenidos a una de las pocas estructuras transdimensionales del mundo —dijo Franklyn, gesticulando orgullosamente—. Nuestro garaje, que está simultáneamente aquí, en su residencia temporal en los terrenos del castillo de Hogwarts, y en su localización permanente en el cuadrángulo este de la Universidad Alma Aleron, Filadelfia, Pensilvania, Estados Unidos.

—Gran fantasma de Golgamethe —dijo Slughorn, adelantándose lentamente—. Había leído sobre tales cosas pero nunca pensé que viviría para ver uno. ¿Esto es parte de una anomalía temporal natural? ¿O está orquestado vía encantamientos de transferencia cuántica?

—Por *eso* es por lo que le invité, profesor —dijo Harry, sonriendo y examinando el interior de la tienda.

—El garaje —dijo Franklyn, colocándose entre el Dodge Hornet y el Escarabajo Volkswagen para dejar espacio al grupo—. Esta es una de las tres únicas burbujas de pluralidad dimensionales conocidas. Lo que significa, digamos, que esta tienda existe dentro de un puente dimensional, permitiendo estar en dos lugares simultáneamente. Así, podemos ver a un lado los terrenos de Hogwarts al mediodía —señaló hacia el lado abierto de la tienda a través del cual habían entrado—, que es lo que podríamos llamar *nuestro* lado de la burbuja transdimensional. Y al otro lado —extendió la mano hacia el paisaje oscuro visto mágicamente a través de la parte posterior de la tienda—, el amanecer del cuadrángulo de la Universidad Alma Aleron, al otro lado de la burbuja. Les presento al señor Peter Graham, nuestro jefe mecánico.

Un hombre se enderezó de debajo del capó del Stutz Dragonfly. Sonrió y saludó.

—Encantado de conocerles damas y caballeros.

—Lo mismo digo —dijo débilmente Neville, que era el que más cerca estaba.

—El Señor Graham y sus hombres están todos en la mitad americana de la burbuja —explicó Franklyn—. Ya que están específicamente entrenados para trabajar en nuestra flota, lo consideramos el mejor modo de permitirles ocuparse del mantenimiento incluso mientras viajamos. Como pueden suponer, sin embargo, ellos no están técnicamente

aquí. —Para ilustrarlo Franklyn extendió la mano hacia uno de los trabajadores que estaba en cuclillas cerca del Hornet. La mano de Franklyn pasó a través del hombre como si fuera humo. El hombre no pareció notarlo.

—Entonces —dijo Harry, frunciendo el ceño ligeramente—. Pueden oírnos, y vernos, y nosotros podemos verlos y oírlos también, pero todavía están allí, en América, y nosotros todavía estamos aquí, en Hogwarts. ¿Por eso no podemos tocarles?

—Precisamente —dijo Franklyn.

James habló:

—¿Entonces cómo podemos tocar nosotros los coches, y también sus mecánicos en América?

—Excelente pregunta, muchacho —dijo Slughorn, palmeando a James en la espalda.

—Ciertamente lo es —estuvo de acuerdo Franklyn—. Y es ahí donde las cosas se ponen un poquito, eh, cuánticas. La respuesta simple es que estos coches, al contrario que nosotros, son multidimensionales. Todos habrán oído, espero, la teoría de que hay más de una dimensión, más allá de las cuatro con las que estamos familiarizados, ¿verdad?

Hubo asentimientos. James no tenía noticias de una teoría semejante, pero no obstante creyó entender la idea.

Franklyn siguió.

—La teoría manifiesta que hay dimensiones extra, desconocidas para cualquiera de nuestros sentidos, pero aún así reales. Efectivamente, el profesor Jackson ha creado un hechizo que capacita a estos vehículos para conectarse con esas dimensiones, permitiéndoles existir simultáneamente en dos espacios siempre y cuando estén dentro de las paredes de este garaje. Mientras estén aparcados aquí, cruzan la burbuja dimensional y existen en ambos lugares a la vez.

—Impresionante —dijo Slughorn, pasando las manos a lo largo del guardabarros del Hornet—. Así, efectivamente, su tripulación puede reparar los vehículos a pesar de donde estén en ese momento, y además pueden ustedes permitirse una vista del hogar, incluso si no pueden acceder a él.

—Muy cierto —estuvo de acuerdo Franklyn—. A la vez muy conveniente y con un toque de comodidad.

Neville estaba interesado en los propios coches.

—¿Son realmente criaturas mecanizadas, o son máquinas encantadas?

James perdió interés cuando Franklyn se lanzó a una detallada explicación sobre los

coches alados. Paseando por el otro lado de la tienda, miró a los terrenos de la escuela americana. El sol justamente acababa de asomarse sobre el techo del edificio de ladrillo rojo más cercano, lanzando su luz rosa sobre el reloj de una torre. Eran poco más de las seis de la mañana allí. Qué increíblemente extraño y maravilloso, pensó James. Con vacilación, extendió la mano hacia afuera, curioso por ver si podía sentir la frescura del aire mañanero en ese otro lugar. Sintió un extraño entumecimiento en las puntas de los dedos, y después el roce de la tela que resultaba invisible. Estaba claro, no podía pasar, o siquiera sentir el aire del otro lugar.

—Es una pena que no puedas venir, amigo —dijo una voz. James levantó la mirada. El jefe de mecánicos estaba apoyado en el guardabarros del Escarabajo, sonriendo—. Casi es la hora del desayuno y hoy hay tortilla de champiñones.

James sonrió.

—Suena bien. Aquí es hora de almorzar.

—Profesor Franklyn —oyó James decir al señor Recreant, con voz más bien ruidosa—. ¿Cómo encaja esta, eh, estructura con la prohibición de la Coalición Internacional Mágica sobre magia oscura o no comprobada? Siendo virtualmente única en su especie, parece difícil establecer un registro de seguridad.

—Ah, muy cierto —estuvo de acuerdo Franklyn, mirando firmemente al señor Recreant—. Hemos sido lo bastante afortunados como para no haber experimentado ningún problema hasta ahora, así que hemos pasado más o menos inadvertidos a la Coalición. En cualquier caso, sería difícil probar la amenaza de algún peligro. Incluso un fallo total del hechizo transdimensional del profesor Jackson significaría, en el peor de los casos, que tendríamos que tomar un taxi a casa en vez de utilizar nuestros amados coches.

—Perdóneme —intervino la señorita Sacarhina, mostrando una sonrisa más bien de plástico—. ¿Un qué?

—Lo siento, señorita —dijo Franklyn—. Un taxi. Un vehículo muggle alquilado. Estaba siendo un poco ridículo, por supuesto.

Sacarhina tensó su sonrisa una muesca más apretada.

—Ah. Sí, por supuesto. Tiendo a olvidar la fascinación de los magos americanos por la ingeniería muggle. No puedo imaginar cómo se me pasó por alto.

Franklyn pareció no notar su sarcasmo.

—Bueno, no voy a hablar por mis compatriotas, pero yo admito que disfruto trasteando. Parte de mi aprecio por el garaje es que me permite supervisar el mantenimiento de mi flota. Nunca me canso de averiguar cómo funcionan las cosas, e intento hacerlas funcionar un poquito mejor.

—Mm... hum —Sacarhina asintió remilgadamente, mirando a los coches a su alrededor.

Uno de los mecánicos tocó un alambre bajo el capó del Stutz Dragonfly y se produjo un estallido de chispas azules. Con un chirrido y un tirón, las largas alas del coche se desplegaron, batiendo el aire varias veces antes de chillar hasta detenerse otra vez. Neville había tenido que agacharse rápidamente para evitar ser golpeado por ellas.

—Buenos reflejos, Neville —dijo Harry—. Eso fue casi un caso de «hombre estampado por mosca».

Neville miró a Harry y vio la sonrisa contenida. Hardcastle carraspeó.

—Deberíamos continuar, señora, caballeros.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo Harry—. Señor Franklyn.

Franklyn alzó una mano.

—Insisto en que me llames Ben. Tengo trescientos o cuatrocientos años, más o menos, y que me llamen señor sólo me lo recuerda. ¿Querrás complacerme?

Harry sonrió ampliamente.

—Por supuesto, Ben. Espero verte esta noche en la cena. Muchas gracias por mostrarnos vuestro notable garaje.

—Un placer —dijo Franklyn, sonriendo con orgullo—. Tengo una imprenta muy interesante e ingeniosa allá en casa que me encantaría mostrarte cuando vengas a visitarnos a los Estados Unidos. Incluso te mostraré la campana que ayudé a fundir durante el nacimiento de nuestro país, pero la maldita cosa se rompió y no me dejaron arreglarla.

—No le hagan caso —dijo tras ellos Graham, el mecánico—. O hará que crean que él mismo forjó el cobre para la Estatua de la Libertad.

Hubo risas del resto de la tripulación.

Franklyn hizo una mueca, y luego saludó a Harry y al grupo.

—Hasta esta noche, amigos. Traed vuestro apetito. Y quizás un encantamiento congelador competente. Tengo entendido que Madame Delacroix está supervisando el *gumbo*.



Capítulo 6

La reunión a medianoche de Harry

James se apresuró a volver a la sala común de Gryffindor después de las clases, quitándose la túnica escolar mientras subía corriendo las escaleras. Se puso una chaqueta y una capa de noche, aplastando su pelo con agua de la palangana, se miró críticamente en el espejo, y después volvió a bajar corriendo las escaleras de dos en dos para encontrarse con su padre.

Harry estaba esperando con Neville junto al retrato de sir Cadogan.

—Un animado altercado fue aquel —estaba diciendo Cadogan, apoyado despreocupadamente contra el marco de su pintura y ondeando su espada ilustrativamente. Estaba hablando con Neville, que parecía sumamente incómodo—. Yo lo vi todo, por supuesto. Tuvo lugar aquí mismo. Bollox Humphreys era su nombre, y luchó como un poseso. Perdió, por supuesto, pero fue noble como mil reyes. La mayor parte de sus intestinos se desparramaron ahí mismo, donde estás tú y todavía

balanceaba su espada con más fuerza que un trol de montaña. Gallardo hombre. ¡Gallardo!

—Ah, James, aquí estas —dijo Neville ruidosamente mientras James se aproximaba. Harry y sir Cadogan levantaron la mirada. Harry sonrió, mirando a su hijo de arriba a abajo.

—Tu madre se alegrará de saber que le estás dando uso a esa capa.

—Para ser honestos, esta es la primera vez que la saco del baúl —admitió James, sonriendo tímidamente.

Harry asintió con la cabeza.

—Y volverá directo al baúl después de esta noche, ¿no?

—Garantizado.

—Buen chico —reconoció Harry. James empezó a caminar junto a su padre mientras se dirigían a las escaleras.

—¡Esperad! —chilló Cadogan, enfundando su espada y saltando al centro de su marco—. ¿Nunca os he hablado de la batalla de los Magos Rojos? ¡La masacre más sangrienta que han visto nunca estas paredes! ¡Ocurrió justo al pie de esas escaleras! La próxima vez, entonces. ¡Coraje!

—¿Quién es ese? —preguntó James, mirando sobre su hombro.

—Acabarás conociéndole —dijo Neville—. Disfruta de tu ignorancia mientras puedas.

Mientras caminaban, James oyó a su padre contar a Neville los recientes acontecimientos que estaban sucediendo en el ministerio. Había habido un arresto de varios individuos involucrados en una operación de falsificación de trasladores. Más trols habían sido vistos en las estribaciones, y el ministerio estaba enviando patrullas para evitar que los problemáticos idiotas se aventuraran en territorio muggle. El nuevo ministro, Loquatious Knapp, se estaba preparando para dar un discurso sobre expandir el comercio con las comunidades mágicas de Asia, lo que incluiría el levantamiento de la prohibición de alfombras voladoras y de algo llamado «umbrías».

—En otras palabras —dijo Harry, suspirando—. Las cosas van más o menos como siempre. Unos pocos estallidos aquí y allá, pequeñas conspiraciones y conflictos. Política y papeleo.

—Lo que quieres decir —dijo Neville, sonriendo socarronamente—, es que ese lugar puede ser bastante aburrido para un auror.

Harry sonrió abiertamente.

—Supongo que tienes razón. Debería estar agradecido de que mi trabajo no sea más interesante, ¿verdad? Al menos paso la mayor parte de las noches en casa con Ginny, Lily y Albus. —Bajó la mirada hacia James—. Y tener una misión de embajador como la de ahora me permite la oportunidad de ver a mi chico durante su primera semana en Hogwarts.

—Tengo entendido que sólo ha estado una vez en la oficina de McGonagall por ahora —comentó Neville suavemente.

—¿Oh? —dijo Harry, todavía mirando a James—. ¿Y eso por qué?

Neville arqueó las cejas hacia James como diciendo «*tienes la palabra*».

—Yo, eh, rompí una ventana.

La sonrisa de Harry se tensó un poco en los bordes.

—Ansío oír la historia completa —dijo pensativamente.

James sintió la mirada de su padre como si fuera un juego de diminutas pesas.

Alcanzaron una puerta doble cuyas dos hojas estaban abiertas de par en par. Olores deliciosos vagaban hasta el pasillo.

—Aquí estamos —dijo Neville, haciéndose a un lado para permitir que Harry y James entraran primero—. El cuartel general de los americanos durante su estancia. Les hemos asignado la mayor parte de la torreta sudoeste. Se la ha acondicionado temporalmente con un área recreativa, una sala común, cocina y demás para suplir sus necesidades.

—Suena bien —dijo Harry, examinando el espacio. La sala común era, de hecho, bastante pequeña, con paredes circulares, altos y redondeados techos, un hogar de piedra y solo dos ventanas muy altas y estrechas.

Los americanos, sin embargo, habían estado muy ocupados. Había alfombras de piel de oso en el suelo y tapices de vibrantes colores colgados de las paredes y colocados sobre la escalera de piedra que rodeaba la habitación. Una estantería de tres pisos estaba repleta de gigantescos volúmenes, la mayor parte accesibles solo por medio de una escalera con ruedas de aspecto desvencijado.

El detalle más asombroso, sin embargo, era un impresionante y complejo armazón de engranajes de latón, juntas y lentes de espejo que colgaba del techo, llenando la parte alta de la habitación y moviéndose muy lentamente.

James levantó la mirada hacia él, deleitado y asombrado. Producía unos chirridos y chasquidos muy leves mientras se movía.

—Has descubierto mi aparato de acumulación de luz solar, muchacho —dijo Ben Franklyn, saliendo de un gran arco bajo la escalera de caracol—. Una de mis necesidades

absolutas siempre que viajo durante largos períodos, a pesar de que es un engorro para empacar, y las calibraciones cuando lo vuelvo a montar son simplemente un espanto.

—Es maravilloso —dijo Neville, también levantando la mirada hacia la red de espejos y ruedas que giraban lentamente—. ¿Qué hace?

—Dejadme demostrarlo —dijo Franklyn ansiosamente—. Funciona mejor a plena luz del día, por supuesto, pero incluso las estrellas y la luna de una noche brillante pueden proporcionar luz adecuada. Una noche como ésta debería resultar satisfactoria. Dejadme ver...

Se movió hasta una maltratada silla de cuero de respaldo alto, colocándose en ella cuidadosamente, y después consultó un gráfico en la pared.

—Tres de septiembre, sí. Luna en la cuarta casa, son, déjame ver... aproximadamente la siete y cuarto. Júpiter se está aproximando al final de la etapa de... hum... hum...

Mientras Franklyn murmuraba, sacó su varita y comenzó a señalar con ella trozos del aparato. Empezaron a girar engranajes mientras partes del aparato volvían a la vida. Trozos del armazón se desplegaron mientras otros giraban sobre sí mismos, dejando espacio. Los espejos empezaron a deslizarse, colocándose tras grupos giratorios de lentes, que los magnificaron.

Unas ruedas chasquearon y se pusieron en marcha. El aparato entero pareció danzar lentamente sobre sí mismo mientras Franklyn lo dirigía con su varita, aparentemente haciendo cálculos de cabeza mientras proseguía. Y mientras se movía algo empezó a formarse dentro de él. Haces fantasmales de luz rosa comenzaron a aparecer entre los espejos, delgados como lápices, motas de polvo convirtiéndose en diminutos fuegos. Había docenas de haces, brillando, dando vueltas en el lugar, y finalmente formando un complicado trazado geométrico. Y entonces, en el centro del trazado, centellearon formas.

James giró sobre sí mismo, observando embelesado como diminutos planetas coaligados se formaban con la luz coloreada. Giraban y orbitaban, trazando débiles arcos tras ellos. Dos grandes formas se condensaron en el mismo centro, y James los reconoció como el sol y la luna. El sol era una bola de luz rosa, su corona se extendía hasta varios pies de distancia. La luna, más pequeña pero más sólida, era como una quaffle plateada, igualmente dividida entre sus lados luminoso y oscuro, girando lentamente. La constelación entera se entrelazaba y giraba majestuosamente, iluminando dramáticamente el aparato de latón y desplegando maravillosos patrones de luz por toda la habitación.

—Nada hay tan saludable como la luz natural —dijo Franklyn—. Capturada aquí, a través de las ventanas, y después condensada dentro de una red cuidadosamente calibrada de espejos y lentes, como podéis ver aquí. Excelente para la vista, la sangre, y

la salud de uno en general, obviamente.

—¿Este es el secreto de tu longevidad? —preguntó Harry, casi sin aliento.

—Oh, ciertamente es una pequeña parte de él —dijo Franklyn sin darle importancia—. Principalmente, es solo que prefiero leer por la noche. Indudablemente esto es mucho más divertido que una antorcha. —Captó la mirada de James y le guiñó el ojo.

El profesor Jackson apareció en el arco. James le vio mirar fijamente de Franklyn al despliegue de luz en lo alto, con una mirada de cansado desdén en la cara.

—La cena, como ya he dicho, está servida. ¿Trasladamos la reunión al comedor o debo traerla aquí?

Junto con Harry, James, Neville, y los representantes del ministerio, la mayor parte de la plantilla de profesores de Hogwarts estaba presente, incluyendo a la profesora Curry. Para consternación de James, Curry contó a Harry todo sobre las habilidades de James en el campo de fútbol, asegurándole que se ocuparía de ver que esas habilidades se desarrollaran en toda su amplitud.

Contrariamente a las sospechas de su padre, la comida fue notablemente diversa y apetitosa. El gumbo de Madame Delacroix fue el primer plato. Lo llevó a la mesa ella misma, de algún modo sin derramar una gota a pesar de su ceguera. Incluso más curioso, dirigió el cucharón con su varita, una informe y larga varita de mal aspecto, sirviendo una porción en cada cuenco de la mesa mientras ella miraba al techo y canturreaba de forma bastante desconcertante. El gumbo estaba ciertamente sazonado, con grandes trozos de camarón y embutido, pero a James le gustó. A continuación llegaron rollos de carne y cierta variedad de mantequillas, incluyendo una sustancia marrón y pegajosa que Jackson identificó como mantequilla de manzana. James la probó cautelosamente sobre un trozo de pan, y después extendió un gigantesco pegote sobre lo que quedaba de su rollo.

El plato principal fue costillas de cordero con jalea de menta. James no consideraba esto comida típicamente americana, y lo comentó.

—No existe la comida americana, James —dijo Jackson—. Nuestra cocina, como nuestra gente, es simplemente la suma total de las variadas culturas de los países de los que procedemos.

—Eso no es enteramente cierto —intervino Franklyn—. Estoy bastante seguro de que podemos reclamar incontestablemente las alitas de pollo picantes con salsa roquefort.

—¿Tendremos de eso esta noche? —preguntó James esperanzado.

—Mis disculpas —dijo Franklyn—. Es bastante difícil conseguir los ingredientes para tales cosas a menos que poseas las capacidades vudú únicas de Madame Delacroix.

—¿Y cómo es eso? —inquirió Neville, sirviéndose más jalea de menta—. ¿Qué habilidades son esas, madame?

Madame Delacroix se recompuso, tras haber dedicado al profesor Franklyn una ciega mirada fatigada y fría.

—Es un viejo, no sabe de qué habla. Solo resulta que conozco fuentes con las que él no está familiarizado, está más interesado en sus máquinas y cachivaches.

Franklyn sonrió, por primera vez, parecía frío.

—Madame Delacroix está siendo modesta. Ella es, como puede que ya sepan, una de las más importantes expertas de nuestro país en fisioapariciones remotas. ¿Sabes lo que es eso, James?

James no tenía la más ligera idea, aunque algo en la mirada lechosa de Madame Delacroix hacía que se sintiera renuente a admitirlo. Franklyn le estaba observando ansiosamente, esperando una respuesta. Finalmente, James negó con la cabeza. Antes de que Franklyn pudiera explicarlo, sin embargo, Harry habló.

—Significa que madame tiene, digamos, diferentes formas de ir por ahí.

—«Diferentes formas» es una forma de decirlo —rió ahogadamente Franklyn. James se sintió intranquilo oyendo esa risita. Había algo malicioso en ella. Notó que Franklyn estaba vaciando lo que probablemente fuera su tercera copa de vino—. Piensa en ello, James. Fisioaparición remota. ¿Puedes imaginarlo? Quiere decir que esta pobre vieja ciega de Madame Delacroix puede proyectarse a sí misma, enviar una versión de sí misma al amplio mundo, recoger cosas, e incluso traerlas de vuelta. Y la belleza del hecho, es que la versión de sí misma que puede proyectar no es pobre, ni vieja, *ni* ciega. ¿No es así, madame?

Delacroix miraba ciegamente a un punto sobre el hombro de Franklyn, su cara era una máscara sombría de cólera. Entonces sonrió, y como James había visto el día de la llegada de los americanos, la sonrisa transformó su cara.

—Oh, querido profesor Franklyn, cuenta tales historias —dijo, y su extraño acento bayú pareció incluso más acentuado de lo normal—. Mis habilidades nunca fueron tan grandes como dice, y son mucho menores ahora que soy la vieja que ven ante ustedes. Si pudiera proyectar tal visión, no creo que se me ocurriera dejar que nadie me viera como realmente soy.

La tensión en la habitación se rompió y hubo risas. Franklyn sonrió un poco tensamente, pero dejó que el momento pasara.

Después del postre, Harry, James y el resto de los hogwartianos se retiraron de nuevo a la sala común, donde el aparato de acumulación de luz solar de Franklyn había reproducido una condensada y brillante versión de la Vía Láctea. Iluminaba la

habitación con un brillo plateado tan fuerte que James pensó que casi podía sentirlo en la piel. Jackson ofreció a los adultos un cóctel tras la cena, en copas diminutas. Neville a penas lo tocó. La señorita Sacarhina y el señor Recreant tomaron pequeños sorbos y mostraron sonrisas bastante tensas. Harry, después de sostenerlo a contraluz para mirar a través del líquido ámbar, se la bebió de un trago. Entrecerró los ojos y sacudió la cabeza, después miró inquisitivamente a Jackson, incapaz de hablar.

—Sólo un poco del más fino licor de Tennessee, con algo de lagarto de fuego — explicó Jackson.

Finalmente, Harry agradeció la velada a los americanos y deseó buenas noches.

Volviendo sobre sus pasos a través de oscurecidos corredores, Harry caminó con la mano sobre el hombro de James.

—¿Quieres quedarte conmigo en las habitaciones de invitados, James? —preguntó—. No puedo garantizar que pueda verte después de esta noche. Estaré ocupado todo el día de mañana, reunido con los americanos, evitando que nuestros amigos del Departamento de Relaciones Internacionales provoquen un «incidente internacional» ellos mismo, y después de vuelta a casa otra vez. ¿Qué me dices?

—¡Claro! —estuvo de acuerdo James instantáneamente—. ¿Dónde están tus habitaciones?

Harry sonrió.

—Mira —dijo quedamente, deteniéndose en medio del pasillo. Se giró y paseó ociosamente, contemplando pensativamente el techo oscuro—. Necesito... una habitación realmente acogedora con un par de camas para que mi chico y yo durmamos esta noche.

James miraba a su padre enigmáticamente. Varios segundos pasaron mientras Harry continuaba paseando adelante y atrás. Parecía estar esperando algo. James estaba a punto de preguntarle qué pasaba, cuando oyó un ruido repentino. Un roce débil y un retumbar que provenían de la pared que había tras él. Se dio la vuelta justo a tiempo de ver la piedra alterarse y cambiar, formando una enorme puerta que no había estado ahí un momento antes. Harry bajó la mirada hacia su hijo, sonriendo sabedoramente, después extendió el brazo y abrió la puerta. Dentro había un gran apartamento, completado con un juego de literas con dosel, pósters de Gryffindor en las paredes, un armario que contenía el baúl de Harry y la túnica escolar de James, y un baño totalmente equipado. James atravesó la puerta, abriendo y cerrando la boca, sin palabras.

—La Sala de los Menesteres —explicó Harry, dejándose caer sobre un sofá bajo y acolchado—. No puedo creer que nunca te haya hablado de ella.



James estaba listo para irse a la cama, pero su padre simplemente se cambió y se puso un par de vaqueros, un jersey y se refrescó en el lavabo.

—Tengo que salir un rato —dijo a James—. Después de la cena de hoy, el profesor Franklyn me pidió que me reuniera con él en privado. Quería algún tiempo para discutir unas pocas cosas fuera de las reuniones oficiales de mañana. —Había algo en la forma en que Harry lo dijo que indicó a James que su padre prefería una charla privada a una reunión oficial de todos modos—. No debería llevar mucho, y estaré justo pasillo abajo, en las habitaciones de los americanos. ¿Desayuno mañana tú y yo?

James asintió felizmente. Todavía no se había obligado a sí mismo a contar a su padre su fallo abismal en el campo de quidditch, y se alegraba de aplazarlo tanto como fuera posible.

Cuando Harry se fue, James se tendió en la litera superior, pensando en los acontecimientos de la noche. Recordó la súbita mezquindad de Franklyn, que le había sorprendido. Era un cambio de carácter casi tan grande como el de la reina vudú, Madame Delacroix, cuando sonreía. Pensar en Madame Delacroix le recordó a James la forma en que había servido el gumbo, a ciegas, manejando el cucharón con su espeluznante varita negra, sin derramar nunca una gota.

James comprendió que simplemente estaba demasiado excitado para dormir. Bajó de la litera y rondó por la habitación intranquilo. El baúl de su padre estaba abierto al fondo del armario. James miró dentro ociosamente, entonces se detuvo y miró más atentamente. Supo lo que era en cuando la vio, pero le sorprendió que su padre la hubiera traído con él. ¿Qué uso podría darle aquí? James lo consideró. Finalmente, metió la mano en el baúl y retiró la capa invisible de su padre, que se desplegó fácilmente.

¿Cuántas veces habría explorado el joven Harry Potter los terrenos de Hogwarts a salvo oculto bajo esta capa? James había oído suficientes historias de su padre, tío Ron y tía Hermione, como para saber que esta era una oportunidad que no debía desaprovecharse. ¿Pero adónde ir?

Pensó un momento, y después sonrió con una larga y maliciosa sonrisa. Se deslizó la capa sobre la cabeza, justo como solía hacer en las raras ocasiones en las que Harry le dejaba jugar con ella. Se desvaneció. Un momento después, la puerta de la Sala de los Menesteres pareció abrirse por sí misma, meciéndose lentamente sobre sus enormes goznes. Después de una pausa, se cerró de nuevo, cuidadosa y silenciosamente.

De puntillas, se dirigió a las habitaciones de los representantes de Alma Aleron. Solo había recorrido medio pasillo cuando se produjo un ligero movimiento. La *Señora Norris*, el horrible gato de Filch, había cruzado velozmente el pasillo que cortada con el corredor veinte pasos adelante. James se detuvo, conteniendo el aliento en el pecho.

—¿No deberías estar ya muerta por estas fechas, tú, vieja muestra de alfombra infestada de ratas? —susurró para sí mismo, maldiciendo su suerte. Entonces algo peor, la voz de Filch llegó resonando pasillo abajo.

—¿Qué es querida? —dijo con voz cantarina—. No dejes que esas pequeñas alimañas escapen. Dales una lección que hará que sus pequeños bigotes de ratón tiriten de miedo. —La sombra de Filch cruzó el suelo de la intersección, ondeando la mano mientras se aproximaba.

James sabía que era invisible, pero no pudo evitar la sensación de que debía aplastarse contra la pared.

Avanzó furtivamente por un espacio estrecho entre una puerta y una armadura, intentando mantener la respiración superficial y silenciosa. Espió por el codo de la armadura.

Filch atravesaba la intersección, con paso más bien inestable.

—Has encontrado un escondrijo, ¿verdad, preciosa? —preguntó a la invisible *Señora Norris*. Metió la mano en su abrigo y sacó un frasco plateado. Tomó un sorbo, se limpió la boca con la manga, y después volvió a enroscar la tapa—. Ahí están, viniendo por aquí de nuevo, querida. Vamos, vamos.

Dos ratones se escabulleron por la intersección, saltando y esquivando mientras se aproximaban a los pies de Filch. La *Señora Norris* saltó al ataque, cayendo sobre ellos, pero los ratones escaparon, corriendo rápidamente a lo largo de la pared hacia donde James estaba oculto. La *Señora Norris* los siguió, gruñendo. Para gran desazón de James, los ratones se escabulleron tras la armadura y se colaron bajo la capa invisible. Sus frías patitas corrieron sobre los pies descalzos de James, después se detuvieron entre sus pies, olisqueando el aire como presintiendo un lugar oculto. James intentó empujarlos fuera de la capa con los pies, pero se negaban a irse.

La *Señora Norris* recorría el pasillo atentamente, sus bigotes sacudiéndose. Se agazapó a lo largo de la base de la armadura, con una pata extendida, después saltó alrededor, deteniéndose a centímetros del borde de la capa invisible. Miró alrededor, sus ojos centelleaban, presintiendo que los ratones estaban cerca, pero sin verlos.

—No me digas que esos estúpidos animales te han superado, querida —dijo Filch, arrastrándose por el pasillo hacia ellos.

James observaba a la *Señora Norris*. La gata ya se había tropezado con la capa invisible

antes, años antes. James conocía las historias, habiéndolas oído de boca de tía Hermione y tío Ron. Quizás recordara su olor. O quizás estaba sintiendo al propio James, su calor u olor, o el latido de su corazón. Alzó los ojos, entrecerrándolos, como si supiera que él estaba allí y estuviera intentado con fuerza verle.

—No seas mala perdedora, mi querida *Señora Norris* —dijo Filch, todavía acercándose. Casi estaba lo suficientemente cerca como para tocar a James inadvertidamente si extendía el brazo—. Si han escapado, hablarán a sus amigos roedores de ti. Es una victoria si lo miras bien.

La *Señora Norris* se acercó más. Los ratones entre los pies de James se estaban poniendo nerviosos. Intentaban ocultarse uno bajo el otro, escurriéndose más atrás entre los pies de James. La *Señora Norris* alzó una pata. Para horror de James, rozó el borde de la capa invisible con ella. Siseó.

Los ratones, oyendo el siseo, cedieron al pánico. Salieron corriendo de debajo de la capa, pasando directamente entre las patas de la *Señora Norris*. Esta saltó al verlos, agachándose para observarlos escurrirse pasillo abajo. Filch rió ásperamente.

—¡Te han asustado, preciosa! Nunca lo hubiera esperado. ¡Ahí van! ¡Tras ellos, vamos!

Pero la *Señora Norris* medio se giró hacia James, con sus malignos ojos naranja entrecerrados, sus pupilas verticales abiertas. Alzó la pata de nuevo.

—¡Vamos, *Señora Norris*, vamos! —dijo Filch, su humor empezaba a agriarse. La empujó con el pie, enviándola lejos de James y hacia los ratones, que habían desaparecido por el pasillo. El pie de Filch dio con el borde de la capa, apartándola de los pies de James. Este pudo sentir el aire frío en los pies.

La *Señora Norris* volvió a mirar hacia James y siseó de nuevo. Filch, sin embargo, estaba demasiado embebido como para notarlo.

—Se fueron por ahí, vieja cegata. Nunca habría supuesto que un par de estúpidos animales te harían saltar. Vamos, vamos. Siempre hay más de ellos cerca de las cocinas. —Deambuló entre las sombras del pasillo y finalmente la *Señora Norris* le siguió, lanzando ocasionales miradas irritadas hacia atrás.

Cuando doblaron la esquina, James exhaló temblorosamente, se tranquilizó, y luego continuó corredor abajo, corriendo ágilmente y sintiéndose extremadamente afortunado.

Cuando alcanzó la puerta de las habitaciones de los americanos esta estaba cerrada y asegurada. En la oscuridad, James podía oír las voces de su padre y Franklyn dentro, pero quedaban amortiguadas y eran ininteligibles. Estaba a punto de seguir y dirigirse escaleras abajo, pensando que quizás encontrara al fantasma de Cedric otra vez, o

incluso al intruso muggle, cuando las voces de dentro se hicieron más fuertes. El cerrojo se abrió y James se escurrió fuera del camino, olvidando por un momento que estaba oculto bajo la capa. Se presionó contra la pared en el lado opuesto del corredor justo cuando la puerta se abrió. Franklyn emergió primero, hablando quedamente. Harry le siguió, cerrando la puerta con el sigilo practicado de cualquier buen auror. *Practica el ser silencioso cuando no lo necesites*, había dicho Harry a su hijo en muchas ocasiones, *y no necesitarás pensar en ello cuando lo necesites*.

—Encuentro que es más seguro moverse durante una conversación privada —estaba diciendo Franklyn—. Incluso nuestras habitaciones son susceptibles a escuchas por parte de aquellos cuya filosofía difiere de la mía. Al menos de este modo ninguna oreja indeseada puede oír toda nuestra conversación.

—Curioso —dijo Harry—. Pasé tanto tiempo escabulléndome por estos pasillos y salones cuando era estudiante que incluso de adulto me es difícil evitar el instinto de acechar y esconderme, por miedo a poder ser capturado y ganarme un castigo.

Los dos hombres comenzaron a caminar lentamente, aparentemente vagando sin ninguna dirección en particular. James los siguió a una distancia segura, cuidando de no respirar demasiado pesadamente o tropezar contra cualquiera de las estatuas o armaduras alineadas contra las paredes.

—Las cosas no han cambiado mucho, ¿sabes? —dijo Franklyn—. Ahora, sin embargo, tenemos cosas peores que un castigo de las que preocuparnos.

—No sé —dijo Harry, y James pudo oír la sonrisa sardónica en su voz—, tuve algunos castigos bastante horribles.

—Mmm —murmuró Franklyn sin comprometerse—. La historia de nuestras dos escuelas incluye a algunos personajes desagradables e innecesariamente horribles. Vuestra señora Umbridge, nuestro profesor Magnussen. Vuestro Voldemort, nuestro... bueno, honestamente, no tenemos nadie en nuestra historia que pueda compararse con él. Ciertamente, fue una terrible amenaza para todos nosotros mientras vivió. Nuestro deber es asegurarnos de que tales cosas no vuelvan a ocurrir.

—¿Asumo que esta reunión, entonces, es una oportunidad de comparar notas sobre tales amenazas? ¿Extraoficialmente, por así decirlo? —preguntó Harry seriamente.

Franklyn suspiró.

—Uno nunca tiene demasiados amigos o demasiadas fuentes, señor Potter. Yo no soy auror, y no tengo ninguna autoridad real o jurisdicción policial ni siquiera en mi propio país. Sólo soy un viejo profesor. Los viejos profesores, sin embargo, con frecuencia son subestimados, como indudablemente sabe. Los viejos profesores ven bastante.

—¿Tienen su propia versión del Elemento Progresivo en Alma Aleron?

—Oh, más que eso, desafortunadamente. Para la mayor parte de los estudiantes e incluso del profesorado, los hechos de Voldemort y sus mortífagos están abiertos a conjeturas. Es increíble el poco tiempo que debe pasar antes de que una cierta clase de mentalidad sienta que es seguro dar la vuelta a la historia.

—El Elemento Progresivo sabe que aquí tiene que ser muy cuidadoso —dijo Harry en voz baja—. Todavía vive suficiente gente que recuerda de primera mano a Voldemort y sus atrocidades. Suficiente gente todavía recuerda a familiares y amigos perdidos, muertos a manos de sus mortífagos. Aún así, el atractivo de desafiar el status quo, cualquiera que pueda ser este, es fuerte en la juventud. Es natural, pero típicamente de corta vida. La historia dirá, como dicen.

—La historia es basura —dijo Franklyn asqueado—. Yo debería saberlo. He vivido durante buena parte de ella, y puedo decirte, ciertamente, que algunas veces, de hecho, hay mucho trecho entre lo que se recoge y lo que realmente ocurrió.

—Espero que eso sea la excepción y no la regla —declaró Harry.

Franklyn suspiró y dobló una esquina.

—Supongo. La cuestión es, sin embargo, que las excepciones dan a alborotadores como el Elemento Progresivo la munición que necesitan para desafiar cualquier información histórica que deseen. La historia de Voldemort y su ascenso al poder, como sabemos, no encaja en su agenda. Así que, cuidadosamente la atacan, plantando la semilla de la duda entre mentes tan poco profundas como para creer tales distorsiones.

—Suena —dijo Harry, manteniendo la voz baja y cortés— como si tuviera una idea bastante clara de cuál es su agenda.

—Por supuesto que la tengo, y usted también, señor Potter. La agenda no ha cambiado en mil años, ¿no?

—No, no lo ha hecho.

—Harry Potter —Franklyn se detuvo en la oscuridad del pasillo, mirando a Harry a la cara—. Incluso ahora, una considerable minoría en mi país cree que lord Tom Ryddle, como ellos prefieren llamarle, ha sido injustamente demonizado por aquellos que le derrotaron. Prefieren creer que Voldemort era un héroe revolucionario, un libre pensador, cuyas creencias eran simplemente demasiado para que la tradicional clase gobernante las tolerara. Creen que fue destruido porque amenazaba con mejorar las cosas, no con empeorarlas, pero que los ricos y poderosos se resisten incluso a un cambio a mejor.

James, de pie a varios pasos de distancia, oculto bajo la capa, pudo ver la mandíbula de su padre tensarse mientras Franklyn hablaba. Pero cuando Harry respondió, su voz permaneció tranquila y mesurada.

—Sabes que eso son mentiras y distorsiones, asumo.

—Por supuesto —dijo Franklyn, ondeando una mano despectivamente, casi furiosamente—. Pero la cuestión es que son mentiras *atractivas* para un cierto tipo de personas. Aquellos que predicán estas distorsiones saben cómo apelar a las emociones del populacho. Creen que la verdad es un alambre que doblar a su voluntad. Su agenda es lo único que les preocupa.

Harry permaneció estoico e inmóvil.

—¿Y la agenda, crees tú, es la dominación del mundo muggle?

Franklyn rió bastante ásperamente, y James pensó en la asquerosa risita del profesor durante la cena, cuando discutía los poderes de Madame Delacroix.

—No les oírás decirlo. No, son taimados estos días. Reclaman ser exactamente lo opuesto. Su grito proselitista es igualdad absoluta entre los mundos muggle y mágico. Total divulgación, la abolición de todas las leyes de secretismo y no competición. Predican que cualquier otra cosa es injusta para los muggles, un insulto a ellos.

Harry asintió sombríamente.

—Como vemos aquí. Por supuesto, es un arma de doble filo. Prejuicio e igualdad en un mismo mensaje.

—Ciertamente —estuvo de acuerdo Franklyn, reasumiendo su paseo por el corredor—. En América, estamos viendo el resurgir de historias sobre brujas y magos capturados por científicos muggles, torturados para descubrir el secreto de su magia.

—¿Un retroceso a los viejos juicios de Salem? —cuestionó Harry.

Franklyn rió, y esta vez no había malicia en ello.

—Difícilmente. Aquellos eran los buenos viejos tiempos. Claro, las brujas fueron sometidas a juicio, y montones de ellas ardieron, pero como ya sabes, ninguna bruja que se precie de su varita se dejaría dañar por una hoguera muggle. Se quedaban entre las llamas y chillaban un rato, solo para dar a los muggles un buen espectáculo, después se transportaban de la pira a su propia chimenea. Ese fue el origen de la Red Flu, por supuesto. No, actualmente las historias de brujas y magos capturados y sistemáticamente torturados son puras fabulaciones. Eso no tiene importancia para los fieles, sin embargo. La cultura del miedo y el prejuicio funciona mano a mano con su misión de «igualdad». La transparencia total, reclaman, traerá paz y libertad. Continuar el programa de secretismo, por otro lado, solo puede traer más ataques sobre la sociedad mágica por parte del crecientemente invasivo mundo muggle.

Harry se detuvo junto a una ventana.

—¿Y una vez consigan su meta de total transparencia con el mundo muggle?

—Bueno, solo hay un único resultado para eso, ¿verdad? —respondió Franklyn.

La cara de Harry estaba pensativa a la luz de la luna.

—Muggles y magos trascenderían en competiciones y celos, como ocurrió eones atrás. Los magos tenebrosos se asegurarían de ello. Empezaría como pequeños desafíos y estallidos. Se aprobarían leyes, obligando a un tratamiento igualitario, pero esas leyes se convertirían en base para nuevas argumentaciones. Los magos exigirían ser colocados en las estructuras de poder muggles, todo en nombre de la «igualdad». Una vez allí, empujarían para lograr un mayor control, más poder. Vencerían sobre los líderes muggles, utilizando promesas y mentiras donde pudieran, amenazando y con la maldición *imperius* donde no pudieran. Finalmente, el orden se derrumbaría. Inevitablemente, habría una guerra total. —La voz de Harry se había suavizado, considerándolo. Se giró hacia Franklyn, que estaba observándole, con cara tranquila pero temerosa—. Y eso es lo que quieren, ¿verdad? Guerra con el mundo muggle.

—Eso es lo que siempre han querido —estuvo de acuerdo Franklyn—. La lucha nunca se detiene. Solo tiene diferentes capítulos.

—¿Quién está involucrado? —preguntó Harry simplemente.

Franklyn suspiró de nuevo, profundamente, y se frotó los ojos.

—No es tan simple. Es virtualmente imposible decir quienes son los instigadores y quienes los seguidores. Hay algunos individuos a los que sería instructivo observar estrechamente, sin embargo.

—Madame Delacroix.

Franklyn levantó la mirada, estudiando la cara de Harry. Asintió.

—Y el profesor Jackson.

James jadeó, y después se apretó la mano sobre la boca. Su padre y el profesor Franklyn estaban de pie muy quietos. James estaba seguro de que le habían oído. Entonces, Harry habló de nuevo.

—¿Alguien más?

Franklyn sacudió la cabeza lentamente.

—Por supuesto. Pero entonces tendrías que vigilar a todo el mundo y a todo. Es como una infestación de cucarachas en las paredes. Puedes vigilar las grietas, o quemar la casa. Elige al gusto.

James retrocedió muy cuidadosamente, entonces, cuando estuvo seguro de estar fuera de alcance del oído, giró y volvió sobre sus pasos de vuelta a las habitaciones de los americanos. Su corazón palpitaba tan pesadamente que había estado seguro de que

su padre o el profesor Franklyn lo oiría.

Sabía que el así llamado Elemento Progresivo no era bueno, pero ahora sabía además que debían ser ellos los que estaban planeando el retorno de Merlinus Ambrosius, creyendo que él les ayudaría a lograr su falsa meta de igualdad, que conduciría inevitablemente a la guerra. Merlín había dicho que volvería cuando el equilibrio entre muggles y magos estuviera «*maduro para sus manos*». ¿Qué más podía significar eso? No le había sorprendido que Madame Delacroix pudiera estar involucrada en un complot semejante. ¿Pero el profesor Jackson? James había llegado a simpatizar con el profesor, a pesar de su duro exterior. Era difícil imaginar que Jackson pudiera estar planeando en secreto la dominación del mundo muggle. Franklyn tenía que estar equivocado con él.

James pasó corriendo ligeramente las habitaciones de los americanos, buscando la puerta de la habitación de invitados en la que él y su padre se alojaban. Con una súbita puñalada de miedo, recordó que la puerta se había desvanecido cuando él había salido. Era una habitación mágica, después de todo. ¿Cómo se suponía que iba a volver a entrar? Tenía que estar dentro de la habitación, aparentemente dormido, para cuando su padre volviera. Se detuvo en el pasillo, sin estar siquiera seguro de en que pared había aparecido la puerta. Miró alrededor impotente, incapaz de evitar buscar alguna pista sutil o indicio de donde podía ocultarse la puerta. ¿Qué había dicho su padre? ¿La Sala de Menesteres? Esta vez se había acordado de su varita. La sacó y sacudió la mano sacándola de debajo de la capa, revelándola.

—Hum —empezó, susurrando ásperamente y señalando con la varita a la pared—. Sala de Menesteres... ¿ábrete?

No ocurrió nada, por supuesto. Y entonces James oyó un ruido. Sus sentidos se habían vuelto casi dolorosamente agudos mientras su cuerpo se llenaba de adrenalina. Escuchó, con los ojos abiertos de par en par. Voces. Franklyn y su padre ya volvían. Debían haber empezado el viaje de vuelta casi en el mismo momento exacto que James, pero un poco más lento. Les oyó hablar con voces bajas, probablemente mientras estaban de pie junto a la puerta de las habitaciones de Franklyn. Su padre volvería en cualquier momento.

James pensó furiosamente. ¿Qué había hecho su padre para abrir la puerta? ¿Solo había estado de pie ahí, no, un momento, esperando, y entonces *bang*, ahí estaba la puerta? No, recordó James, había hablado primero. Y paseado un poco. James evocó la noche en su memoria, intentando recordar qué había dicho su padre, pero estaba demasiado azorado.

Una luz floreció al final del corredor. Se aproximaban pasos. James miró corredor abajo frenéticamente. Su padre se estaba aproximando, con la varita iluminaba pero baja, con la cabeza agachada. James recordó que tenía su propia varita empuñada, el

brazo fuera de la capa. Lo metió dentro de un tirón tan rápida y silenciosamente como pudo, arreglando la capa para que le cubriera completamente. Era inútil. Su padre entraría en la habitación y vería que James no estaba allí. ¿Quizás pudiera seguirle y reclamar que había ido a su habitación a coger un libro que necesitaba? Casi gimió en voz alta.

Harry Potter se detuvo en el pasillo. Alzó la varita y miró a la pared.

—Necesito entrar en la habitación donde mi hijo duerme —dijo. No ocurrió nada. Harry no pareció sorprenderse.

—Hum —dijo, aparentemente para sí mismo—. Me pregunto por qué no se abre la puerta. Supongo... —Miró alrededor alzando las cejas y sonriendo ligeramente—, que es porque mi hijo no está durmiendo en la Sala de los Menesteres en absoluto, sino que está aquí de pie en el pasillo conmigo, bajo mi capa invisible, intentando tan duro como puede recordar cómo demonios se abre la puerta. ¿Cierto, James?

James dejó escapar el aliento y se quitó de un tirón la capa invisible.

—Lo has sabido todo el tiempo, ¿verdad?

—Lo supuse cuando oí tu jadeo ahí abajo. No lo supe seguro hasta el truco con la puerta. Vamos, entremos —rió Harry Potter cansadamente. Paseó tres veces y pronunció las palabras que abrieron la Sala de los Menesteres y entraron.

Cuando ambos estaban en sus camas, James en la litera de arriba, mirando al oscuro techo, Harry habló.

—No tienes que seguir mis pasos, James. Espero que lo sepas.

James tensó la mandíbula, no estaba listo para responder a eso. Escuchó y esperó.

—Estabas ahí abajo esta noche, así que oíste al profesor Franklyn —dijo finalmente Harry—. Hay una parte de lo que dijo que quiero que recuerdes. Siempre hay complots y revoluciones en marcha. La batalla es siempre la misma, solo que con diferentes capítulos. No es tu misión salvar el mundo, hijo. E incluso cuando lo haces, él vuelve a ponerse en peligro una y otra y otra vez. Es la naturaleza de las cosas.

Harry hizo una pausa y James le oyó reír quedamente.

—Sé lo que se siente. Recuerdo el gran peso de la responsabilidad y la intoxicante emoción de creer que yo era el elegido que detendría al mal, que ganaría la guerra, la batalla por el bien último. Pero James, incluso entonces, no era solo deber mío. Era la lucha de todos. Todo el mundo hizo sacrificios. Y están aquellos que sacrificaron mucho más que yo. No es deber de un sólo hombre salvar el mundo. E indudablemente no es deber de un niño que no puede aún ni siquiera figurarse como abrir la Sala de los Menesteres.

James oyó movimiento en la litera de abajo. Su padre se puso en pie, su cabeza se alzó para mirar a James en la litera superior. En la oscuridad, James no pudo adivinar su expresión, pero la conocía no obstante. Su padre lucía una sonrisa ladeada y sabedora. Su padre lo sabía todo. Su padre era Harry Potter.

—¿En qué piensas, hijo?

James tomó un profundo aliento. Quería contarle a su padre todo lo que había visto y oído. Lo tenía en la punta de la lengua, todo sobre el intruso muggle, y el fantasma de Cedric Diggory, y el secreto de Austramaddux, el plan para el retorno de Merlín y su uso para empezar una guerra definitiva con los muggles. Pero al final, decidió que no. Sonrió a su padre.

—Lo sé, papá. No te preocupes por mí. Si decido salvar al mundo yo solito, os enviaré a mamá y a ti una nota antes, ¿vale?

Harry sonrió abiertamente y sacudió la cabeza, sin creérselo realmente pero sabiendo que no servía de nada presionar más. Volvió a ocupar la litera de abajo.

Cinco minutos después, James habló en la oscuridad.

—Eh, papá, ¿hay alguna posibilidad de que me dejes quedarme la capa invisible el primer año de escuela?

—Ninguna en absoluto, pequeño. Ninguna en absoluto —dijo Harry adormilado. James lo oyó darse la vuelta. Unos minutos después, ambos dormían.



Cuando James y Harry Potter entraron en el Gran Comedor a la mañana siguiente, James sintió el cambio de humor en la habitación. Estaba acostumbrado a la reacción de la comunidad mágica donde fuera que saliera con su padre, pero esto fue diferente. En vez de girarse hacia ellos, James tuvo la sensación de que la gente miraba intencionadamente en otra dirección. Las conversaciones callaron. Había una extraña sensación de gente mirándoles de reojo, o girándose para mirarles una vez pasaban junto a ellos. James sintió una oleada de rabia. ¿Quién se creía esta gente? La mayoría de ellos eran buenas brujas y magos, de padres trabajadores que siempre habían apoyado a Harry Potter, primero como el niño que sobrevivió, después como el joven que ayudó a la caída de Voldemort, y finalmente como el hombre que era jefe de aurores. Ahora, solo porque algunos agitadores había pintado unas pocas pancartas y extendido unos estúpidos rumores, tenían miedo de mirarle directamente.

Incluso mientras lo pensaba, sin embargo, vio que estaba equivocado. Cuando Harry y James se sentaron al final de la mesa de Gryffindor (James había suplicado a su padre que no le hiciera sentarse en la mesa de los profesores sobre el estrado) hubo unas pocas sonrisas y saludos de corazón. Ted vio a Harry, gritó de alegría, y corrió a lo largo de la mesa, dando a Harry un complicado apretón de manos que involucraba un montón de choque de puños, sacudidas de mano y finalmente, un saludo que era en parte abrazo y en parte sacudida.

Harry se derrumbó sobre el banco, riendo.

—Ted, una de estas veces te vas a tumbar tú mismo.

—Eh, todo el mundo, este es mi padrino —dijo Ted, como presentando a Harry a toda la habitación—. ¿Aún no conoces a Noah, Harry? Es un gremlin, como Petra y yo.

Harry estrechó la mano de Noah.

—Creo que nos conocimos el año pasado en el campeonato de quidditch, ¿no?

—Claro —dijo Noah—. Fue el partido en el que Ted marcó el tanto ganador para el equipo contrario. ¿Cómo podría olvidarlo?

—Técnicamente, fue una asistencia —dijo Ted remilgadamente—. Ocurre que golpeé la quaffle de su equipo a través de la meta por accidente. Estaba apuntando a la tribuna de prensa.

—Odio interrumpir, chicos, ¿pero os importa si James desayuna un poco? —Harry gesticuló hacia la mesa.

—Adelante —replicó Ted magnánimamente—. Y si alguno de estos descontentos te da algún problema, házmelo saber. Hay quidditch esta tarde, y guardamos rencores. —Recorrió la habitación con la mirada sombríamente, después sonrió y se alejó andando despacio.

—Le diría que no se haga mala sangre, pero eso acabaría con su diversión, ¿verdad? —dijo Harry, observando la partida de Ted. James sonrió. Ambos empezaron a llenar sus platos de las humeantes fuentes a lo largo de la mesa.

Cuando empezaron a comer, James se alegró de ver entrar a Ralph y Zane. Les saludo entusiastamente.

—Eh, papá, estos son mis amigos, Zane y Ralph —dijo James cuando se colocaron en el banco, uno a cada lado—. Zane es el rubio, Ralph es la pared de ladrillos.

—Encantado de conocerlos, Zane, Ralph —dijo Harry—. James habla muy bien de vosotros.

—He leído sobre usted —dijo Ralph, mirando fijamente a Harry—. ¿Realmente hizo

todas esas cosas?

Harry rió.

—Directamente al grano, ¿eh? —dijo, alzando una ceja hacia James—. La mayor parte sí, probablemente sean verdad. Aunque si hubieras estado allí, te habría parecido menos heroico en ese momento. Principalmente, mis amigos y yo solo intentábamos evitar que nos hechizaran, comieran o maldijeran.

Zane parecía inusualmente callado.

—Eh, ¿qué pasa? —dijo James, codeándole—. Es un poco nuevo en ti tener complejo de ídolo con el gran Harry Potter.

Zane hizo una mueca, y sacó una copia de *El Profeta* de su mochila.

—Esto apesta —dijo, suspirando y dejando el periódico desplegado sobre la mesa—. Pero ibais a verlo tarde o temprano.

James se inclinó y lo miró «*DEMOSTRACIÓN ANTIAUROR EN HOGWARTS ENSOMBRECE CONFERENCIA INTERNACIONAL*», rezaba el titular principal. Abajo en letra más pequeña «*La visita de Potter provoca una amplia protesta escolar para que la comunidad mágica reevalúe las políticas de los auroras*». James sintió que sus mejillas enrojecían de furia. Antes de que pudiera responder, sin embargo, su padre le colocó una mano en el hombro.

—Humm —dijo Harry suavemente—. Esto suena a Rita Skeeter por todas partes.

Zane frunció el ceño hacia Harry, después volvió a mirar el periódico.

—¿Puede decir quién lo ha escrito por el titular?

—No —rió Harry, descartando el periódico y lanzándose sobre un trozo de tostada francesa—. Su nombre está junto al titular. Aún así, sí, es su típica línea de bobadas. Apenas tiene importancia. El mundo lo habrá olvidado la semana que viene.

James estaba leyendo el primer párrafo, con el entrecejo fruncido furiosamente.

—Dice que la mayor parte del colegio estaba allí, protestando y gritando. ¡Es una completa basura! ¡Yo lo vi, y si había más de cien personas allí, besaré un escreguto de cola explosiva! ¡Además, casi todos estaban allí solo para ver qué pasaba! ¡Había solo quince o veinte personas con las pancartas y los eslóganes!

Harry suspiró.

—Es solo una historia, James. No se supone que tenga que ser precisa, se supone que tiene que vender periódicos.

—¿Pero cómo puedes dejar que digan estas cosas? ¡Es peligroso! El profesor Franklyn...

La mirada que Harry le dirigió le impidió decir más. Después de un segundo, la expresión de Harry se suavizó.

—Sé lo que te preocupa, James, y no te culpo. Pero hay formas de tratar con estas cosas, y una de ellas es *no* discutir con gente como Rita Skeeter.

—Suenas como McGonagall —dijo James, dejando caer los ojos y atacando un trozo de embutido.

—Debería —replicó Harry rápidamente—. Ella me enseñó. Y creo que es directora McGonagall para ti.

James se dedicó a su plato malhumoradamente durante un rato. Entonces, no queriendo mirarlo más, dobló el periódico rudamente y lo apartó de la vista.

—Primer partido de quidditch de la temporada esta tarde entonces, ¿eh? —preguntó Harry, ondeando su tenedor hacia los tres chicos en general.

—¡Ravenclaw contra Gryffindor! —anunció Zane—. ¡Mi primer partido! A penas puedo esperar.

James levantó la mirada y vio a su padre sonreír a Zane.

—¡Estás en el equipo de Ravenclaw entonces! Eso está muy bien. Si puedo terminar lo bastante temprano, tengo planeado ir al partido. Ansío verte volar. ¿En qué posición juegas?

—Golpeador —dijo Zane, fingiendo golpear una bludger con su bate.

—Es bastante bueno, señor Potter —dijo Ralph ansiosamente—. Yo le vi volar su primera vez. Estuvo a punto de hacer un cráter en medio del campo, pero remontó en el último segundo.

—Eso requiere un serio control —reconoció Harry, estudiando a Zane—. ¿Has tomado lecciones de escoba?

—¡Ni una! —gritó Ralph, como si fuera el agente de relaciones públicas de Zane—. Lo cual es bastante asombroso, ¿verdad?

James miró a Ralph, con la cara sombría, intentando captar su mirada y advertirle sobre el tema, pero ya era demasiado tarde.

—Probablemente no se hubiera figurado como hacerlo —dijo Ralph— si no hubiera ido detrás de James cuando lo de su ataque-cohete-fuera-de-control. —Ralph se retorció en el banco, simulando con gestos el vuelo inaugural de James en escoba.

—¡Pero usted apoyará a Gryffindor, por supuesto! —interrumpió Zane de repente, plantando la palma de la mano en la frente de Ralph y empujándole hacia atrás.

Harry miró alrededor de la mesa, masticando un trozo de tostada, con una mirada

interrogativa en la cara.

—Eh, bueno, sí. Por supuesto —admitió, todavía mirando de un chico a otro.

—Sí, bueno, está bien. Lo entiendo completamente —dijo Zane rápidamente, meneando las cejas hacia Ralph que estaba sentado algo desconcertado—. Ser leal a tu casa y todo eso. Guau. Mira qué hora es. Vamos, Ralphinator. Hora de ir a clase.

—Tengo libre la primera hora —protestó Ralph—. Y no he desayunado aún.

—¡Vamos, cabeza huevo! —insistió Zane, bordeando la mesa y enganchando el codo de Ralph. Zane difícilmente hubiera podido mover a Ralph, pero Ralph se permitió a sí mismo ser arrastrado.

—¿Qué? —dijo Ralph ruidosamente, frunciendo el ceño ante la mirada significativa que Zane le estaba dedicando—. ¿Qué he hecho? ¿He dicho algo que no debía...? —Se detuvo. Enarcó las cejas y se volvió hacia James, con aspecto mortificado—. Oh. Ah —dijo mientras Zane le empujaba hacia la puerta. Cuando doblaron la esquina, James oyó a Ralph decir—. Soy un completo idiota, ¿verdad?

James suspiró.

—Vaya, sí, apesto en quidditch. Lo lamento.

Harry estudió a su hijo.

—¿Tan malo así es?

James asintió con la cabeza.

—Lo sé —dijo—. No es para tanto. Es solo quidditch. Siempre queda el próximo año. No tengo que hacerlo solo porque tú lo hiciste. Lo sé, lo sé. No tienes que decirlo.

Harry continuó mirando a James, su mandíbula se movía ligeramente, como si estuviera pensando. Finalmente se recostó hacia atrás y cogió su zumo de calabaza.

—Bueno, es una carga menos a mi espalda entonces. Parece como si ya hubieras hecho mi trabajo.

James levantó la mirada hacia su padre. Harry le devolvió la mirada mientras tomaba un sorbo muy largo y lento de su vaso. Parecía estar sonriendo, y ocultando su sonrisa tras el vaso. James intentó no reírse. *Esto es serio*, se dijo a sí mismo. *No es divertido. Esto es quidditch*. Ante ese pensamiento, su compostura se agrietó ligeramente. Sonrió, y después intentó cubrir la sonrisa con una mano, lo cual solo lo empeoró.

Harry bajó su vaso y sonriendo, sacudió lentamente la cabeza.

—Realmente has estado preocupado por esto, ¿verdad, James?

La sonrisa de James palideció de nuevo. Tragó saliva.

—Sí, papá. Por supuesto. Quiero decir, es quidditch. Es tu deporte y el del abuelo también. Yo soy James Potter. Se supone que tengo que ser excelente sobre una escoba. No un peligro para mí mismo y todos los que me rodean.

Harry se inclinó hacia adelante, bajando el vaso y mirando a James a los ojos.

—Y todavía podrías ser genial en la escoba, James. Por las barbas de Merlín, hijo, es tu primera semana y ni siquiera has dado aún tu primera lección de escoba, ¿verdad? En mis tiempos, ni siquiera se nos habría permitido practicar con la escoba sin lecciones, y mucho menos intentar entrar en los equipos de las casas.

—Incluso así —interrumpió James—, tú habrías sido excelente en ello.

—Esa no es la cuestión, hijo. Estás tan preocupado por igualar al mito que se supone que fui yo que ni siquiera te estás dando a ti mismo una oportunidad para ser incluso mejor. Te derrotas a ti mismo antes siquiera de empezar. ¿No lo ves? Nadie puede competir con una leyenda. Incluso *yo* desearía ser la mitad de mago de lo que las historias han hecho de mí. Cada día me miro al espejo y me digo a mí mismo que no tengo que intentar tan duro ser el famoso Harry Potter, que solo tengo que relajarme y permitirme ser vuestro padre, el marido de tu madre, y el mejor auror que pueda ser, lo que algunas veces no parece ser tan genial, si te digo la verdad. Tienes que dejar de pensar en ti mismo como el hijo de Harry Potter... —Harry hizo una pausa, viendo que James realmente le estaba escuchando, quizás por primera vez. Sonrió un poco de nuevo— ...y darme la oportunidad de pensar en mí mismo simplemente como el padre de James Potter, en vez de eso. Porque de todas las cosas que he hecho en mi vida, tú, Albus y Lily sois las tres cosas de las que más orgulloso estoy. ¿Lo coges?

James sonrió de nuevo, una sonrisa ladeada. Él no lo sabía, pero era la misma sonrisa que con tanta frecuencia veía en la cara de su padre.

—Del todo, papá. Lo intentaré. Pero es difícil.

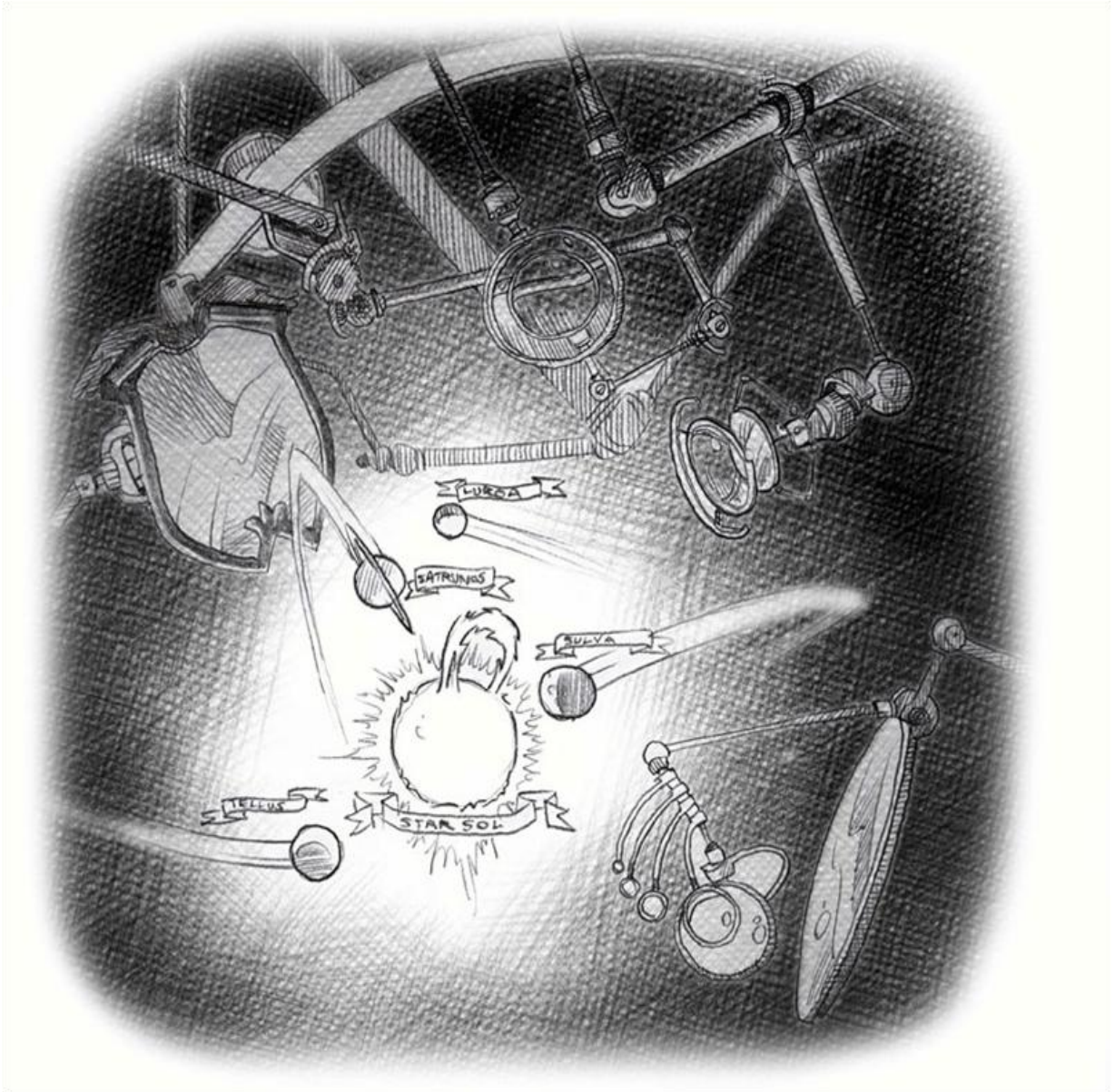
Harry asintió mostrando su comprensión y se recostó hacia atrás. Después de un momento dijo:

—¿Siempre he sido tan predecible?

Ahora fue el turno de James de sonreír sabedoramente.

—Claro, papá. Mamá y tú, los dos. «¿No vas a salir llevando eso, verdad?» —Harry rió ruidosamente ante la imitación de Ginny. James continuó—. «¡Ahí fuera hace frío, ponte un jersey!». «¡No digas esa palabra delante de tu abuela!». «¡Deja de jugar con los gnomos del jardín o se te pondrán los pulgares verdes!».

Harry todavía estaba riendo y limpiándose los ojos cuando se despidió, prometiendo que se encontrarían esa tarde en el partido de quidditch.





Capítulo 7

Lealtad rota

La primera clase del lunes de James, irónicamente, fue Escoba Básica. El profesor era un gigante compacto llamado Cabriel Ridcully. Llevaba puesta una descolorida capa de deporte sobre su túnica oficial de quidditch, que mostraba sus enormes antebrazos y bíceps.

—¡Buenos días, estudiantes de primero! —bramó, y James supuso que Cabe Ridcully era uno de esos grandes madrugadores—. Bienvenidos a Escoba Básica. La mayor parte de vosotros ya me conocéis, de haberme visto en partidos de quidditch y torneos y eso. Pasaremos este año familiarizándonos con los fundamentos del vuelo. Creo en un acercamiento basado en la participación activa, así que saltaremos directamente a lo esencial, el manejo y control de la escoba. Que todo el mundo se acerque a su escoba, por favor.

James había estado temiendo el volver a subirse en una escoba, pero a medida que progresaba la clase, descubrió que con la guía apropiada, era capaz de hacer levitar su escoba y que esta le sostuviera, e incluso controlar su altitud y velocidad en pequeñas formaciones. Comprendió que había variaciones sutiles a las que respondía la escoba, basadas en velocidad e inclinación. Si la escoba estaba simplemente levitando, inclinarse

hacia adelante sobre el palo la lanzaba hacia adelante, mientras que tirar hacia arriba la hacía retroceder. Una vez la escoba estaba en movimiento, sin embargo, esos mismos controles empezaban también a controlar la altura. Cuanto más rápido se movía la escoba, más controlaba la postura de James la altitud en vez de la velocidad. Encontrar la línea sutil entre velocidad-inclinación y altitud-inclinación dependía completamente de la velocidad de la escoba en un momento dado. James presentía que el más ligero pánico causaría que perdiera el mínimo grado de control que ya había aprendido, y empezó a entender por qué le habían salido tan mal las pruebas de quidditch.

Por mucho que le complaciera su tentativo control sobre la escoba, todavía sentía un ramalazo de celos cuando veía a Zane manejar su escoba en elaborados rizos y picados sin esfuerzo.

—Evitemos alardear, señor Walker —gritó Ridcully con reproche, y James no pudo evitar sentir una oleada de mezquina satisfacción—. Guárdese para el partido de esta tarde, ¿quiere?

El cuerpo entero de Ralph estaba tenso mientras luchaba por permanecer sobre su escoba. Había conseguido flotar a más o menos un metro del suelo y parecía estar atascado allí.

—¿Cómo consigo moverme así? —preguntó, observando a Zane.

James sacudió la cabeza.

—Yo que tú me preocuparía solo por mantenerme sobre la escoba, Ralph.

Las clases del resto de la mañana fueron mucho menos interesantes, Hechizos Básicos y Runas Antiguas.

Durante el almuerzo, James narró a Ralph y Zane los acontecimientos de la noche anterior. Les habló del aparato de acumulación de luz solar de Franklyn, y la conversación en la cena sobre los poderes vudú de Madame Delacroix. Finalmente, explicó la conversación que había oído entre su padre y el profesor Franklyn, y cómo encajaba ésta en la historia de Austramaddux sobre el ansiado retorno de Merlín.

—Entonces —dijo Zane, entrecerrando los ojos y mirando pensativamente a la pared que había tras la cabeza de James—. Entiendo que tu padre tiene una capa... que hace que cualquiera que la lleve sea invisible.

James gimió, exasperado.

—¡Sí! Aunque esa no era precisamente la cuestión.

—Habla por ti. Quiero decir, olvídate de los rayos X. Solo piensan en lo que haría un tipo con una capa invisible. Es resistente al vapor, ¿verdad?

James puso los ojos en blanco.

—No creo que el mago que pasara su vida creando el más perfecto artilugio de invisibilidad del mundo lo hiciera para espiar en las duchas de las chicas.

—Pero no lo *sabes*, ¿verdad? —dijo Zane, impertérrito.

Ralph masticaba lentamente, pensando.

—¿Así que Franklyn dijo a tu padre que había magos en los Estados Unidos que apoyan algo parecido al Elemento Progresivo? ¿Igualdad muggle y mago y todo eso?

James asintió.

—Sí, pero es solo una farsa, ¿no? Quiero decir, ¿desde cuándo los Slytherin desean algo bueno para el mundo muggle? Todas las viejas casas sangre limpia de Slytherin siempre han querido salir al descubierto, solo para asaltar el mundo muggle y controlarlo. Creen que los muggles son una especie inferior, no iguales.

Ralph parecía extrañamente preocupado.

—Bueno, quizás. No sé. Sin embargo la mayoría de la gente del patio el otro día no eran siquiera Slytherins. ¿Te fijaste?

En realidad James no lo había hecho.

—Eso no importa realmente. Fueron los Slytherins los que empezaron todo el asunto, con los eslóganes del Elemento Progresivo y las insignias y todo eso. Lo dijiste tú mismo, Ralph. Tabitha Corsica estaba ofreciendo las insignias a todos los Slytherins. Ella está detrás de todo.

—No creo que ella esté detrás de todo como *tú* crees —dijo Ralph—, de todo esto del retornar-a-Merlín-de-la-muerte y eso. Ella solo cree que deberíamos ser justos con todo el mundo, muggles y magos por igual. No está intentado empezar una guerra o alguna estupidez semejante. Quiero decir, realmente no *parece* justo que no podamos trabajar en el mundo muggle, ¿verdad? ¿O competir en juegos y deportes muggles? Solo porque tengamos la magia de nuestro lado eso no nos convierte en parias.

—Suenas como uno de ellos —dijo James furiosamente.

—¿Y qué? —dijo Ralph repentinamente, la cara se le estaba poniendo roja—. *Soy* uno de ellos, por si no te habías dado cuenta. Y no me gusta la forma en que estás hablando de mi casa. Las cosas son muy distintas ahora de lo que eran cuando tu padre estuvo aquí. Si tanto te preocupa la verdad y la historia, deberías estar totalmente a favor de debatir el tema. Quizás Tabitha tenga razón acerca de ti.

James se recostó hacia atrás, con la boca abierta de par en par.

Ralph bajó los ojos.

—Ella quiere que esté en el primer debate escolar con el equipo A. Supongo que

conoces el tema. Ellos lo llaman «Reevaluación de las presunciones sobre el pasado: ¿verdad o conspiración?».

—¿Y vas a estar en el quipo con ellos entonces? ¿Vas a defender que mi padre y sus compinches se inventaron toda la historia de Voldemort solo para asustar a la gente y mantener el mundo mágico en secreto?

Ralph tenía un aspecto miserable.

—Nadie cree que tu padre se lo inventara, pero... —No parecía saber cómo terminar la frase.

—¡Bien! —gritó James, alzando las manos—. ¡Gran discusión entonces! ¡Estoy sin palabras! Seguro que Tabitha tendrá un buen compañero en ti, ¿verdad?

—¡Quizás tu padre no estuviera en el lado correcto después de todo! —dijo Ralph acalorado—. ¿Nunca se te ha ocurrido pensarlo? Quiero decir, claro, murió gente. Era una guerra. ¿Pero por qué cuando tu lado patea a la gente es el triunfo del bien pero cuando lo hace el otro lado es una malvada atrocidad? Los victoriosos escriben los libros de historia, ya sabes. Quizás la verdad de todo el asunto fuera tergiversada. ¿Cómo lo sabes? Ni siquiera habías nacido aún.

James tiró su tenedor sobre la mesa.

—¡Conozco a mi padre! —gritó—. ¡Él no mató a nadie! ¡Estaba en el lado correcto porque mi padre es un buen hombre! ¡Voldemort era un monstruo sanguinario que solo ansiaba poder y estaba dispuesto a matar a cualquiera que se interpusiera en su camino, incluso a sus amigos! ¡Puede que quieras recordarlo, ya que parece estar escogiendo el lado de la gente como él!

Ralph miró fijamente a James y tragó saliva. James sabía, en alguna pequeña y distante parte de su mente, que se estaba pasando. Ralph era un hijo de muggles, todo lo que sabía de Voldemort y Harry Potter lo había leído en las dos últimas semanas. Además, Ralph estaba siendo alimentado por sus compañeros de casa, que estaban desesperados porque se uniera a ellos. Aún así, estaba furioso hasta el punto que querer golpearle, principalmente porque no se atrevía a golpear a ninguno de los Slytherins que eran directamente responsables de las maliciosas y egoístas mentiras sobre su padre.

James apartó la mirada primero. Oyó a Ralph recoger sus libros y su mochila.

—Bueno —dijo Zane tentativamente—. Yo venía a ver si queríais que nos reuniéramos después del partido esta tarde para tomar unas cervezas de mantequilla con los gremlins, pero quizás mejor dejo la propuesta para otra ocasión, ¿eh?

Ni Ralph ni James hablaron. Después de un momento, Ralph se alejó.

—Has sido bastante horrible con él, ¿sabes? —dijo Zane llanamente.

—¿Yo? —exclamó James.

—Antes de saltar a defenderte —dijo Zane, alzando la mano en un gesto conciliador—, solo déjame decir que tienes razón. Por supuesto que es todo un montón de basura. Pero es Ralph. Solo está intentado encajar, ya sabes.

—No —dijo James rotundamente—. No cuando «encajar» significa ir contando un montón de mentiras sobre mi padre.

—Él no sabe que son mentiras —dijo Zane razonablemente—. Solo es un tipo que oye todo esto por primera vez. Quiere creerte, pero también quiere encajar en su casa. Por desgracia para él todos ellos son un atajo de lunáticos ávidos de poder.

James se sintió ligeramente animado. Sabía que Zane tenía razón, pero aún así no podía lamentar realmente su acceso contra Ralph.

—¿Entonces? *Tú* eres un tipo que oye todo esto por primera vez también. ¿Por qué no estás corriendo a unirse al Elemento Progresivo y cantando eslóganes?

—Porque por suerte para ti —dijo Zane, pasando un brazo alrededor del cuello de James—. Me seleccionaron en Ravenclaw y todos ellos odian al viejo Voldy tanto como vosotros los Gryffindors. Además —pareció ligeramente anhelante—, sucede que considero que Petra Morganstern está, en todos los sentidos, mucho más buena que Tabitha Corsica.

James apartó a Zane con el codo, gimiendo.

Ambos fueron a la biblioteca para un período de estudio. Knossus Shert, el profesor de Runas Antiguas, estaba vigilando el período, sus gruesas gafas y sus largas y flacas extremidades dentro de la túnica verde le hacían parecer una mantis religiosa sentada tras el escritorio principal de la biblioteca.

Zane estaba copiando teoremas de Aritmancia, frunciendo el ceño mientras los resolvía. James, no queriendo molestarle pero igualmente desinteresado en embarcarse en sus deberes, sacó la copia de *El Profeta* de la mañana de su mochila, donde lo había metido durante el desayuno. Miró el artículo de nuevo, apretando los labios con disgusto. Cerca del final de la portada a James le molestó ver una foto de Tabitha Corsica. Tenía el aspecto de siempre; razonable, pensativa y cortés. «*Prefecta de Hogwarts discute sobre los movimientos progresistas en el campus*», decía el titular que había cerca. Sabiendo que no debía leerlo, James se fijó al azar en un par de líneas en medio del artículo.

«Por supuesto que mi casa no cree en perturbar la armonía de la escuela con estas

discusiones, pero respetamos a los miembros de otras casas cuando expresan sus preocupaciones». Explicó la señorita Corsica, con los ojos llenos de pesar por los acontecimientos del día, pero obviamente reconociendo la validez de las motivaciones de sus compañeros estudiantes. «A pesar de la reluctancia de la directora a aclarar el calendario de debates, confío en que se nos permitirá seguir adelante con nuestro plan de fomentar una discusión sobre las prácticas y políticas de los aurores, y las presunciones en las que estas se basan, en el marco de un debate abierto y libre».

La señorita Corsica, una estudiante Slytherin de quinto año, es también capitana de su equipo de quidditch. «Tengo una escoba elaborada por artesanos muggle», explica tímidamente, «Ellos no tenían ni idea sobre las propiedades mágicas de la madera, y por supuesto tuve que registrarla en la escuela como artefacto muggle. Pero aún así, creí que sería agradable experimentar algo fabricado por nuestros amigos muggles. Además es una de las escobas más rápidas del campo», añade, mordiendo el labio modestamente, «pero creo que eso es crédito tanto de las manos que la hicieron como de los hechizos que se le infundieron a la madera».

James cogió el periódico y lo levantó furiosamente, golpeándolo después contra la mesa y ganándose un ruidoso carraspeo del profesor Shert.

Miró fijamente sin ver el reverso del periódico. ¿Cómo podía alguien creerse tan obviamente inventadas estupideces? Tabitha Corsica y su escoba especial hecha por muggles eran solo la guinda del pastel, y ella lo sabía. Cuando James la había visto en el patio, Tabitha había estado haciendo la entrevista con Rita Skeeter. James recordaba la cara ansiosa de Skeeter y su pluma danzando sobre el pergamino. Estúpida e incauta mujer, pensó James. Aunque aparentemente era escrupulosamente sincera consigo misma y sus lectores.

A James le habían hablado del primer encuentro de su padre con Skeeter, durante el Torneo de los Tres Magos. Tía Hermione había averiguado el secreto de Rita Skeeter, que era una animago sin registrar, y su forma animal era un escarabajo. Al final Hermione había capturado a Skeeter en su forma de escarabajo, evitando, durante un tiempo, que continuara su asalto a la verdad por medio de sus artículos en *El Profeta*. Esta mañana, sin embargo, Harry había dicho a James que había formas de luchar por la verdad que no incluían discutir con gente como Rita Skeeter. Francamente, James prefería los métodos de tía Hermione a los que su padre reclamaba preferir estos días.

Mientras rumiaba esto, los ojos de James vagaron distraídos sobre los titulares y fotos del reverso del periódico. De repente, sin embargo, un titular captó su atención. Se inclinó sobre él, con la frente fruncida.

EL ALLANAMIENTO EN EL MINISTERIO SIGUE SIENDO UN MISTERIO

Londres: La semana pasada un allanamiento en la sede del Ministerio de Magia dejó a aurores y oficiales perplejos por igual sobre los motivos de los allanadores y la posibilidad de que tuvieran cómplices dentro. Como se informó en este mismo medio la semana pasada, tres individuos de dudosos antecedentes fueron arrestados la mañana del lunes 31 de agosto, en relación con un allanamiento y robo en varios departamentos del Ministerio de Magia. Los tres presuntos allanadores, dos humanos y un duende, fueron encontrados durante una búsqueda por los alrededores horas después de que el allanamiento fuera descubierto.

Dado que los individuos habían caído bajo el embrujo lengua-atada, lo que los incapacitaba para responder a cualquier interrogatorio, los tres fueron enviados bajo vigilancia al Hospital San Mungo de Enfermedades y Heridas Mágicas. Una búsqueda en los departamentos saqueados, que incluían el Departamento de Cooperación Mágica, la Oficina de Conversión de Moneda, y el Departamento de Misterios, sin embargo, reveló que aparentemente no habían desaparecido objetos ni dinero.

Los cargos criminales fueron subsecuentemente reducidos a destrucción de propiedad y allanamiento, y la historia, curiosamente, había sido desechada hasta la semana pasada, cuando se supo que ninguna contramaldición o maleficio había tenido ningún efecto sobre los maldecidos acusados.

«Estas maldiciones notablemente poderosas implican un alto grado de magia oscura», dijo el doctor Horatio Flack, jefe del Departamento de Contramaldiciones de San Mungo. «Si somos incapaces de levantar la maldición a estos hombres para este fin de semana, me temo que los hechizos pueden volverse permanentes».

Como resulta de esto, uno de los acusados, identificado por este reportero como el duende, un tal señor Fikklis Bistle de Sussex, empezó a responder a los contramaleficios en el transcurso del fin de semana. «Está produciendo sonidos y gruñidos, llegando bastante cerca de las auténticas palabras», informó una de sus enfermeras, que pidió permanecer en el anonimato. Poco después del amanecer de esta mañana, sin embargo, el señor Bistle fue encontrado muerto en su habitación, aparentemente víctima de una medicación no recetada. Esto da amplio campo a la especulación, y ha dado como resultado una nueva investigación del allanamiento. Quorina Greene, a cargo de la investigación del caso, ha dicho, citando sus palabras. «Ahora estamos principalmente preocupados por determinar cómo, exactamente, estos tres individuos fueron capaces de entrar en las oficinas del ministerio. Eran tres criminales de baja estofa, ninguno había intentado algo de esta magnitud en el pasado. No podemos descartar la probable ayuda exterior, ni siquiera un cómplice en el ministerio. La muerte del señor Bistle, sin embargo, aunque sospechosa, se

ha dictaminado como accidente. Solo podemos estar agradecidos», agregó la señora Greene, «de que los ladrones aparentemente fracasaran en sus esfuerzos, viendo que según parece no falta nada».

—Vamos —susurró Zane, sobresaltando a James en medio de su lectura—. Quiero salir pronto para practicar un rato con la escoba. ¿Quieres venir? Puede que un Potter me venga bien como amuleto de la suerte.

James decidió que estaría bien tragarse su orgullo y acompañar a Zane. Incluso pensó que también él podría practicar un poco. Dobló el periódico otra vez y lo metió en la mochila.

—¿Crees que puedes enseñarme como hacer esa parada en seco y giro que te vi en la clase de Escoba Básica de hoy? —preguntó James a Zane mientras subían las escaleras para cambiarse de túnica.

—Claro, colega —estuvo de acuerdo Zane confiadamente—. Pero no se lo muestres a Ralph hasta que pueda mantener la escoba bajo él mientras todavía está flotando.

James sintió una punzada desagradable ante la mención del nombre de Ralph, pero la empujó a un lado. Minutos después, ya cambiados con vaqueros y camisetas, los dos corrieron exultantes hacia la luz del sol de la tarde, dirigiéndose al campo de quidditch.

James pasó la tarde en el campo con Zane, practicando un poco con la escoba, pero principalmente observando a los equipos de Ravenclaw y Gryffindor calentarse. Cuando Zane se unió a su equipo para cenar algo y ponerse el uniforme, James acompañó a Ted y los Gryffindors de vuelta a la sala común hasta que se cambiaron y bajaron a cenar ellos mismos. La atmósfera antes del primer partido de la temporada estaba siempre cargada de excitación. El Gran Comedor estaba alborotado con burlas animadas, gritos y los intempestivos estallidos de los himnos de las casas. Durante el postre, Noah, Ted, Petra y Sabrina, todos vestidos con sus jerséis de quidditch, se alinearon delante de la mesa de Gryffindor, con los brazos entrelazados y sonriendo como si estuvieran a punto de realizar una actuación. Al unísono, estamparon los pies en el suelo de piedra, ganándose la atención de la sala, entonces se lanzaron a bailar una giga irlandesa penosamente coreografiada pero muy entusiasta, cantando una tonada que Damien había escrito para ellos ese mismo día:

*Ohhh, nosotros los Gryffindors bromeamos y nos divertimos,
Pero en el campo de quidditch somos insuperables,
Y esperamos que los Ravenclaw sepan qué hacer,*

*Cuando el equipo del león los aplaste como una tonelada de ladrillos.
Ohhh, el juego puede ser duro y los cuerpos machacarse,
Y puede que os encontréis con que vuestro buscador ha sido lanzado a un pantano,
Pero nosotros los Gryffindor con nuestra buena voluntad no somos tacaños,
Así que os advertimos antes de patearos el...*

Las últimas palabras quedaron ahogadas por la mezcla de rugidos y gritos de los Gryffindors y los abucheos y silbidos de los Ravenclaw. Los gremlins hicieron una profunda reverencia, sonriendo, obviamente complacidos consigo mismos, y se unieron a sus compañeros de equipo que salían corriendo hacia el campo de quidditch para los preparativos finales.

El primer y el último partido de la temporada de quidditch, como James sabía, siempre tenían mucha asistencia. Al final del año, al final del torneo, todo el mundo sabía que fueran cuales fueran los equipos que jugaran, serían partidos excitantes. Al principio del año, sin embargo, la gente estaba excitada y esperanzada con los equipos de sus casas. La mayor parte de los partidos veían las gradas llenas de estudiantes y profesores, engalanados con los colores de su equipo y ondeando banderas y estandartes. Cuando James entró en el campo, le encantó ver y oír al entusiasmado gentío. Los estudiantes aullaban y se gritaban unos a otros mientras ocupaban sus asientos. Los profesores principalmente se sentaban en lo alto de las secciones dedicadas a sus casas. Cuando subió las escaleras de la sección Gryffindor, vio a su padre sentado cerca de la cabina de prensa, flanqueado por los oficiales del ministerio a la derecha y la delegación de Alma Aleron a la izquierda. Harry vio a James y le saludó, sonriendo ampliamente. Cuando James le alcanzó, Harry orquestó una complicada reasignación de asientos, ya que solo liberar un asiento para James requirió que casi todo el grupo se moviera. James murmuró disculpas, pero en realidad no le importó ver la mirada de disgusto en la cara de la señorita Sacarhina, enmascarada por su omnipresente sonrisa de plástico.

—Como estaba diciendo, sí, tenemos quidditch en los Estados Unidos —dijo el profesor Franklyn a Harry, su voz viajaba sobre el rugido apagado de la multitud que se acomodaba—, pero por alguna razón no es tan popular como deportes como el swivenhodge, también llamado tenis en escoba, el grungebol o el guantelete con escoba. Nuestro equipo muestra algunas promesas para la Copa Mundial de este año, sin embargo, o eso me han dicho. Yo tiendo a ser escéptico.

James miró a los americanos, sintiendo curiosidad por ver quién asistía y qué parecían pensar del partido hasta ahora. Madame Delacroix estaba sentada al final de la

fila, su cara se mostraba inexpresiva y tenía las manos cogidas firmemente en su regazo de forma que parecían desagradablemente una bola de nudillos marrón. El profesor Jackson miró a James y asintió en un saludo. James vio que su maletín de cuero negro, con su inexplicable carga, estaba colocado a sus pies, seguramente cerrado esta vez. El profesor Franklyn estaba vestido con lo que parecía ser su túnica de gala, con un alto cuello blanco y un bufanda blanca plisada en la garganta, y sus gafas cuadradas que captaban la luz alegremente mientras miraba a las gradas de alrededor.

—¿Dónde está Ralph? —preguntó Harry a James—. Pensaba que le vería contigo esta tarde.

James se encogió de hombros sin comprometerse, evitando la mirada de su padre.

—¡Ah! Aquí estamos —anunció Franklyn, sentándose erguido y estirando el cuello para ver.

El equipo de Gryffindor salió a gran velocidad por el ancho portón en la base de su tribuna, sus capas rojas ondeando tras cada uno de ellos como una bandera.

—El escuadrón Gryffindor, conducido por su capitán Justin Kennely, es el primero en salir al campo —La voz de Damien Damascus tañó firmemente desde la tribuna de prensa.

El equipo tomó una formación vertical en espiral que se apretaba mientras se alzaba, y después tiraron de sus escobas para detenerse hasta formar una enorme letra G justo delante de la sección Gryffindor de las gradas.

Después, la forma se disolvió cuando los jugadores rompieron la formación, regateando unos alrededor de otros en una vertiginosa ráfaga de acrobacias aéreas, y volviendo a formar la letra P. Todos los jugadores, sentados bien erguidos sobre sus escobas, miraron a Harry y James y saludaron, sonriendo ampliamente. La grada de Gryffindor aplaudió frenéticamente, ruidosamente, y James viendo las docenas de sonrientes y gritonas caras se giró para ver la reacción de Harry. Este saludó y asintió bruscamente, levantándose a medias para recibir la ovación.

—Cualquiera pensaría que está presente la reina —oyó James que mascullaba su padre mientras volvía a sentarse.

—Y ahora vienen los Ravenclaw —gritó Damien, su voz resonó a través del campo—. Liderados por la capitana Gennifer Tellus, fresca tras la victoria del torneo del año pasado.

El equipo de Ravenclaw explotó desde las gradas del lado opuesto como si fueran fuegos artificiales, cada uno volando en diferente dirección, cruzándose unos con otros y pasándose una quaffle con una velocidad que desafiaba al ojo humano. Después de varios segundos de girar frenéticamente y aparentemente al azar alrededor de las

gradas, los Ravenclaws confluyeron simultáneamente en el centro del campo, haciendo una súbita parada, y girando con sus escobas para enfrentar a la multitud en todas direcciones. Cada jugador alzó el brazo derecho, y Gennifer, en el centro, sostuvo la quaffle sobre la cabeza. Hubo un griterío salvaje en la grada de Ravenclaw, y vítores de apreciación y respeto del resto.

Finalmente, Gennifer y Justin volaron hasta tomar posiciones en el centro del campo, saludándose con un asentimiento mientras los equipos se colocaban en formación tras sus capitanes. Bajo ellos, de pie en la marca del centro del campo con su túnica oficial, Gabriel Ridcully sostenía la quaffle bajo el brazo, con el pie descansando sobre un baúl de quidditch.

—Quiero ver un partido limpio —gritó a los jugadores—. ¿Capitanes, listos? ¿Jugadores en formación? Yyyyy..... —Levantó la quaffle en su enorme palma, con el brazo extendido—. ¡Quaffle en juego!

Ridcully lanzó la quaffle hacia arriba y simultáneamente levantó el pie del baúl de quidditch. El baúl se abrió de golpe, liberando dos bludgers y la snitch. Las cuatro bolas salieron disparadas, mezclándose con los jugadores al entrar en movimiento. Las gradas explotaron con vítores y gritos desaforados.

James recordó buscar a Zane entre los Ravenclaw. Su pelo rubio no era difícil de distinguir contra el azul marino de su capa. Pasó a través de un nudo de jugadores, ejecutando un giro en barrena sorprendentemente apretado, después se inclinó precariamente y golpeó una bludger cuando ésta vagaba alrededor del grupo. La bludger falló por poco su objetivo, pero solo porque Noah se agachó y giró en el momento justo. La multitud rugió con una mezcla de deleite y desilusión.

El calor de la tarde de verano era inusualmente intenso. El sol que se ocultaba se abatía sobre jugadores y espectadores por igual. En el suelo, ambos equipos tenían asignada una zona para el equipo de apoyo, cada una al final del campo. Cada área contenía una docena de enormes cubos llenos de agua. Ocasionalmente, un jugador ejecutaba una señal con la varita, alertando al equipo de tierra. Un miembro del equipo de apoyo utilizaba su varita para levitar el agua desde uno de los cubos, haciéndola flotar alrededor de diez metros sobre el campo como una burbuja sólida y bamboleante. Entonces, justo cuando el jugador se ponía en posición, otro miembro del equipo de apoyo apuntaba su varita hasta la bola de agua, haciéndola explotar en una nube de gotas justo cuando el jugador la atravesaba volando. La multitud reía deleitada cada vez que un jugador emergía de la niebla arco iris, sacudiéndose el agua del pelo y uniéndose de nuevo a la refriega, felizmente refrescado.

Gryffindor tomó pronto la delantera, pero Ravenclaw empezó a recuperar terreno de forma estable ya avanzada la tarde. El sol se ponía cuando Ravenclaw alcanzó a

Gryffindor, el partido cobró el tono febril y frenético que solo los partidos muy reñidos pueden sostener. James observaba a los buscadores, intentando captar un vistazo de la elusiva snitch, pero no podía ver señal de la diminuta bola dorada. Entonces, justo cuando apartaba la mirada, hubo un destello de luz sobre algo en la grada de Hufflepuff. James entrecerró los ojos, y ahí estaba, entrando y saliendo de entre los estandartes. El buscador del equipo de Ravenclaw ya la había visto. James gritó a Noah, el buscador Gryffindor, saltando sobre sus pies y señalando. Noah giró sobre su escoba, buscando frenéticamente. Vio la snitch justo cuando ésta bajaba en ángulo, directamente hacia la melé de jugadores que volaban y errabundas bludgers.

El buscador Ravenclaw se inclinó hacia ella cuando la snitch le pasó a toda prisa. Casi se cayó de su escoba, girando y lanzándose en un rizo en picado y dirigiéndose hacia el campo. Ted, uno de los golpeadores Gryffindor, apuntó una bludger hacia el buscador Ravenclaw, haciendo que el chico se agachara y esquivara pero sin desviarle de su curso. Noah se aproximaba desde el otro lado del campo, agachándose y zigzagueando frenéticamente a través de los demás jugadores. El resto de la multitud captó lo que estaba pasando. Como uno, los espectadores se pusieron en pie de un salto, gritando y vociferando. Y entonces, justo en la misma cúspide de la acción, James vio algo que le distrajo completamente del partido por primera vez desde que había empezado.

El intruso muggle estaba abajo, en el campo, de pie justo al lado del área de descanso Ravenclaw. James apenas podía creerse lo que estaba viendo, pero el hombre estaba simplemente ahí de pie, vistiendo la capa descartada de uno de los miembros del equipo de apoyo, observando el partido con una expresión de absoluto temor y desconcierto. Sujetaba algo ante sus ojos, y James lo reconoció vagamente como algún tipo de cámara de mano muggle. ¡Estaba filmando el partido! James arrancó la mirada del intruso y miró a su padre, que estaba de pie junto a él, gritando alegremente ante el final del partido. James tiró de la túnica de Harry y le gritó.

—¡Papá! ¡Papá, hay alguien ahí abajo! —señaló intempestivamente, intentando indicar el campo de quidditch a través de la fila de gradas y espectadores.

Harry miró a James, todavía sonriendo, intentando oírle.

—¿Qué? —gritó, inclinándose hacia James.

—¡Ahí abajo! —gritó James, todavía señalando—. ¡Se supone que no debería estar ahí! ¡Es un muggle! ¡Le he visto antes!

La cara de Harry cambió instantáneamente. La sonrisa desapareció. Se puso en pie en toda su estatura y escaneó el campo. James volvió a mirar abajo también, buscando al intruso muggle. Estaba seguro de que se habría ido, haciéndole quedar como un tonto, pero el hombre todavía estaba allí, mirando a la melé de arriba. Había bajado la cámara, vio James. Ésta colgaba de su mano derecha. James miró más atentamente y vio que el

hombre tenía un vendaje en la parte superior del brazo, y pequeñas tiritas en dos lugares de la cara. Se había hecho daño al atravesar el ventanal, pero aparentemente no el suficiente como para evitar que volviera.

Harry pasó empujando a través de la delegación americana, disculpándose cortés pero firmemente, dirigiéndose hacia las escaleras. James le siguió, trotando para mantenerle el paso. Juntos, recorrieron los escalones de dos en dos, bajando al nivel del campo. James notó que su padre estaba ahora completamente en «modo auror», sin pensar, preparado, dejando que el instinto tomara el control. No había sensación de pánico, ni preocupación, ni furia, solo un propósito decidido e imparable. Harry alcanzó el campo con James a sus talones justo cuando el partido terminaba. Hubo una estruendosa ovación y de repente había gente corriendo por el campo. Los equipos de apoyo salían a recoger los cubos vacíos. Los jugadores comenzaban a tomar tierra, cayendo sobre el campo dispersados como semillas de diente de león. Cabe Ridcully se acercó a grandes pasos a la línea central utilizando la varita para convocar a las bolas. Impertérrito, Harry caminaba resueltamente hacia el final del campo donde él y James habían visto al extraño hombre, pero ahora que estaban en el campo ya no podían verle. Había demasiada gente moviéndose alrededor, demasiado ruido y confusión. James sabía que había cientos de maneras mediante las cuales el hombre podía haberse escabullido ya, desapareciendo entre las crecientes sombras de las colinas y bosques de más allá del campo. Harry no dejó de moverse hasta que estuvo de pie en el punto donde habían visto al hombre. Se giró lentamente, evaluando las vistas que había tenido el hombre desde esa perspectiva.

—Allí —señaló. James miró y vio que su padre estaba señalando a la base de una de las gradas, hacia la puerta que conducía al vestuario de los Ravenclaw—. O allí. O allí —dijo Harry, hablando parcialmente con James y parcialmente consigo mismo, señalando primero al camino que discurría entre las gradas de Hufflepuff y Slytherin y después al cobertizo del equipo—. Probablemente no escogería el cobertizo, ya que sabría que no tendría forma de escapar de ahí. En el mejor de los casos serviría como escondite, y él quiere marcharse, no ocultarse. La salida de las gradas le llevaría más hacia adentro. No, escogería el camino entonces. Solo han sido dos minutos. ¿James?

James levantó la mirada hacia su padre, con los ojos como platos.

—¿Sí?

—Cuenta a la directora lo que hemos visto y haz que Titus se encuentre conmigo en la entrada de ese camino en cinco minutos. No corras. No sabemos lo que está pasando y no hay necesidad de causar ninguna alarma aún. Solo camina rápido y cuéntales lo que te he dicho. ¿De acuerdo?

James asintió enérgicamente, y después volvió por el camino por el que él y su padre

habían venido, recordándose a sí mismo no correr. Mientras subía los escalones, presionando a través de la multitud que salía, sin saber siquiera aún quien había ganado el partido, comprendió lo absolutamente satisfecho que estaba de que su padre le hubiera creído. En alguna pequeña parte de su mente, a James le había estado preocupando que su padre dudara de él, quizás incluso que despreciara sus preocupaciones. Pero había contado con la esperanza de que su padre le conociera mejor que eso, de que confiaría en él. Y eso había sido precisamente lo que había hecho, había bajado al campo a investigar al desconocido sin ninguna pregunta y sin dudar. Por supuesto, así era como trabajaban los aurores. Investigar primero, después hacer preguntas si hace falta. Aún así, James se alegraba extremadamente de que su padre hubiera confiado lo suficiente en él como para ir tras el hombre basándose solo en la palabra de James.

A pesar de su alivio ante la respuesta de su padre, sin embargo, James estaba seriamente decepcionado porque el hombre hubiera escapado tan fácilmente. De algún modo, sabía que Harry y Titus no encontrarían ninguna señal del hombre, ni ninguna pista de adónde había ido. Entonces James se encontraría justo como al principio, con nada más que el breve vistazo de una persona sobre el campo de quidditch para respaldar su historia.

Pensando en eso, finalmente alcanzó a Titus Hardcastle y al resto del grupo. Cuando le pasó el mensaje de Harry, Titus se disculpó con una palabra y se dirigió briosamente escaleras abajo, con la mano en el bolsillo para mantener su varita dentro de él. McGonagall y los oficiales del ministerio escucharon la explicación de James sobre el hombre al que Harry y él habían visto en el campo, la directora con una mirada de severa atención, la señorita Sacarhina y el señor Recreant con miradas de franca perplejidad.

—¿Dices que tenía algún tipo de cámara, querido muchacho? —preguntó Sacarhina suavemente.

—Sí, las he visto antes. Hacen películas. Estaba filmando el partido.

Sacarhina miró a Recreant con una extraña expresión que James tomó por incredulidad. No le sorprendía, y no le importaba en realidad. Estaba más preocupado porque McGonagall le creyera. Estuvo a punto de decirle que era el mismo hombre al que accidentalmente había lanzado a través de la ventana de una patada, pero algo en la expresión de la cara de Sacarhina hizo que se decidiera a esperar a que estuvieran en privado.

De camino otra vez escaleras abajo, flanqueado por McGonagall, los oficiales del ministerio, y los profesores de Alma Aleron, James finalmente se enteró del resultado. Resultaba que Ravenclaw había ganado el partido. James se sintió molesto y humillado,

pero le reconfortó saber que al menos era probable que Zane estuviera pasando una buena tarde.



Cuando alcanzaron el camino que conducía de vuelta al castillo, la directora McGonagall se separó de los demás.

—Profesores e invitados, por favor siéntase libres de volver al castillo por su cuenta. Yo prefiero atender esta situación en persona —dijo enérgicamente y se giró para cruzar el campo. James la siguió a toda prisa. Cuando la alcanzó, ella bajó la mirada hacia él.

—Supongo que sería una estupidez decirte que esto no es asunto para un estudiante de primer año —dijo, aparentemente escogiendo, contra su buen juicio, no enviar a James de vuelta al castillo—. Siendo tu padre el auror a cargo, probablemente pediría que estuvieses allí, no menos. Uno se pregunta cómo es capaz de mantener la cabeza recta sobre los hombros sin la señorita Granger para enderezársela.

A James le llevó un momento comprender que la «señorita Granger» era la tía Hermione, cuyo apellido era ahora Weasley. No pudo evitar sonreír ante la idea de que la directora todavía pensaba en su padre, su tía y su tío como jovencitos problemáticos, aunque generalmente agradables.

Para cuando alcanzaron el camino que cortaba entre las gradas de Slytherin y Hufflepuff, Harry y Titus habían vuelto ya de su exploración superficial de la zona. McGonagall habló primero.

—¿Alguna señal del intruso?

—Nada por ahora —dijo Hardcastle bruscamente—. Demasiado seco para pisadas y demasiado oscuro para captar su rastro sin un equipo o un perro.

—Señora directora —dijo Harry, y James pudo ver que su padre estaba todavía en modo auror—. ¿Tenemos su permiso para llevar a cabo una búsqueda más exhaustiva de la zona? Precisaríamos la ayuda de un pequeño grupo de su elección.

—¿Crees que este individuo es una amenaza? —preguntó la directora a Harry antes de responder.

Harry extendió las manos y se encogió de hombros.

—No hay forma de saberlo sin más información. Pero sé que el hombre al que vi era demasiado mayor para ser un estudiante, no lo reconocí como miembro del personal o

el profesorado. Llevaba la capa de un miembro del equipo de apoyo como intento de disfraz, así que indudablemente se ocultaba de alguien, o de todo el mundo. Y James dice que había visto a esta persona en los terrenos antes.

Todo el mundo miró a James.

—Era ese del que le hablé la otra mañana, señora —explicó James, dirigiéndose a la directora—. Estoy seguro. Tenía vendas en el brazo y la cara. Creo que se hizo daño cuando le pateé a través de la ventana.

—Sabía que sería una historia interesante —murmuró Harry, conteniendo una sonrisa.

—Pero indudablemente, señor Potter, señor Hardcastle —dijo McGonagall, mirando a los adultos—, comprenden que no hay forma concebible de que alguien pueda haber traspasado el perímetro protector de la escuela. Fuera quien fuera debe habersele permitido estar en los terrenos, de otro modo...

—Tienes razón, Minerva —dijo Harry—. Pero el individuo al que vi no actuaba como si creyera que le estaba permitido estar aquí. Así que la pregunta es, ¿si se le permitió entrar, quién le dio permiso, y cómo? Esas son preguntas que me gustaría mucho responder, pero nuestra única esperanza de hacerlo reside en que comencemos una búsqueda por los terrenos inmediatamente.

McGonagall sostuvo la mirada de Harry, asintiendo a regañadientes, después más segura.

—Por supuesto. ¿A quién necesitas?

—Hagrid, para empezar. Nadie conoce estos terrenos como él, y por supuesto Trife. Me gustaría que nos dividiéramos en tres equipos: Hagrid con Trife y yo mismo dirigiendo un equipo al interior del Bosque Prohibido, y Titus dirigiendo otro equipo alrededor del perímetro del lago. Necesitamos más ojos para buscar indicios. Lástima que Neville esté fuera esta noche.

—Podría convocarle de vuelta —comentó Hardcastle.

Harry sacudió la cabeza.

—No creo que sea necesario. Buscamos a un solo individuo, posiblemente un muggle. Todo lo que necesitamos son un par de personas que sepan cómo seguir un rastro. ¿Qué tal Teddy Lupin y tú, James?

James intentó no parecer demasiado complacido, pero un pinchazo de orgullo le traspasó. Asintió hacia su padre con la cabeza con lo que esperaba fuera presteza y confianza, en vez de frívola excitación.

—¿La escuela tiene algún hipogrifo en este momento, madame? —retumbó la voz de

Titus—. Una vista desde el cielo es lo que necesitamos aquí. Si el hombre ha estado antes en los terrenos, debe estar acampando cerca.

—No, ninguno en este momento, señor Hardcastle. Tenemos thestrals, por supuesto.

Harry negó con la cabeza.

—Demasiado ligeros. Los thestrals solo pueden llevar a una persona, y a nadie tan pesado como Titus o yo. Hagrid rompería a cualquiera de ellos directamente por la mitad.

James estaba pensando con fuerza.

—¿Cómo de alto tiene que ser?

Hardcastle miró de reojo a James.

—Más alto que un hombre realmente sería una cuestión a tener en cuenta. Lo bastante alto como para tener una vista de pájaro del suelo, pero lo bastante lento como para poder estudiarlo. ¿Tienes una idea? Escúpela, hijo.

—¿Qué hay de los gigantes? —dijo James después de una pausa. Le preocupaba que fuera una idea estúpida. Más que nada, temía perder el respeto que su padre le había mostrado al invitarle a participar en la búsqueda—. Está Grawp, que es tan alto como algunos árboles, y su nueva novia. Hagrid dice que ella es incluso más grande.

Hardcastle miró a Harry con una expresión ilegible. Harry pareció considerarlo.

—¿Cuánto crees que tardará Hagrid en traerlos aquí? —preguntó, dirigiendo la pregunta a la directora.

—Indudablemente eso es algo que vale la pena preguntar —dijo ella, un poco picaronamente—. Ya que no tenía ni idea de que ahora teníamos dos gigantes viviendo entre nosotros. Iré y requeriré sus servicios a Hagrid personalmente. —Se giró hacia James—. Ve y trae al señor Lupin, y no le cuentes a nadie lo que tramas. Ambos os encontraréis con tu padre en la cabaña de Hagrid con capa y varita dentro de quince minutos. Yo tendré que volver al castillo para ocuparme de nuestros invitados.

—Y James —dijo Harry, sonriendo con esa sonrisa ladeada suya—, *ahora* puedes correr.



James estaba sin aliento para cuando alcanzó la sala común. Encontró a Ted todavía

con su jersey de quidditch rumiando su melancolía con varios jugadores más en el nicho de una esquina.

—¡Ted, ven aquí! —llamó James, cogiendo aliento—. No tenemos mucho tiempo.

—Esa no es forma de entrar en una habitación —dijo Sabrina, girándose para ver a James sobre el respaldo del sofá—. Uno podría tener la inconfundible impresión de que estás tramando algo.

—Lo estoy. Lo estamos —dijo James, inclinándose hacia adelante, con las manos en las rodillas—. Pero no puedo contároslo ahora mismo. No me está permitido. Después. Pero quieren que vengas, Ted. Se supone que tenemos que estar en la cabaña de Hagrid en cinco minutos. Con varita y capa.

Ted se levantó de un salto, aparentemente feliz de olvidar la primera derrota de la temporada y siempre listo para apuntarse a una aventura.

—Bueno, todos sabíamos que este día llegaría. Finalmente mis habilidades únicas e intuitivas están siendo reconocidas. Os regalaremos con la historia de nuestra aventura, asumiendo que vivamos para contarla. Tú primero, James.

Ted se metió la varita en el bolsillo y se colgó la capa del hombro. Mientras ambos chicos salían a través del agujero del retrato, James todavía jadeando, Ted pavoneándose y apretando la mandíbula, Sabrina les llamó.

—Traed más cerveza de mantequilla cuando volváis, oh poderosos guerreros.

Cuando rodeaba el balcón, James quedó consternado al ver a Zane saludándole con la mano desde el otro lado del hueco de la escalera. Se desvió para encontrarse con ellos en el rellano.

—¡Eh, Ted, gran partido!

Ted gruñó, molesto porque se lo recordaran.

—¿Adónde vais? —preguntó Zane, trotando para mantener el paso de James y Ted.

—A la aventura y al peligro mortal, creo —replicó Ted—. ¿Quieres venir?

—¡Sí! ¿Cuál es el plan?

—¡No! —exclamó James—. Lo siento. Se supone que no tenía que contárselo a nadie más que a Ted. Mi padre dijo...

Las cejas de Zane se dispararon hacia arriba.

—¿Tu padre? ¡Genial! ¡Asuntos serios de aurores! Vamos, no puedes correr a tener aventuras al estilo Harry Potter sin tu camarada Zane, ¿verdad?

James se detuvo en medio del vestíbulo, exasperado.

—¡Vale! Puedes seguirnos, pero si papá dice que tienes que volver lo harás sin quejarte, ¿está claro?

—¡Wujuuu! —gritó Zane, corriendo por delante de ellos mientras bajaban los escalones hasta el patio—. Vamos, chicos. ¡La aventura nos espera!



Harry y Titus Hardcastle estaban de pie junto a la cabaña de Hagrid con las varitas iluminadas cuando los tres chicos llegaron.

—Gracias por venir, Ted —dijo Harry con cara estoica—, y también Zane, a quien no esperaba.

—Yo le pedí que viniera, Harry —dijo Ted, asumiendo una expresión grave—. Es nuevo, pero listo. Pensé que podría servir, dependiendo de lo que estés planeando. — Ted estudió a Zane críticamente. Zane borró la sonrisa de su cara e intentó parecer serio, sin mucho éxito. Harry los estudió a ambos.

—Principalmente, necesitamos ojos. Ya que Zane tiene tantos como el resto de nosotros, supongo que está cualificado. Solo espero que Minerva no averigüe que llevé a otro estudiante de primero al bosque o dará con una forma de castigarnos a todos. ¿James no os ha contado lo que estamos haciendo esta noche?

Ted negó con la cabeza.

—Ni una palabra. Solo dijo que era un asunto ultrasecreto.

Harry miró de reojo a James.

—La directora te dijo que no dijeras nada, hijo.

—¡No lo hice! —protestó James, lanzando una mirada asesina a Ted—. ¡Solo dije que no se me permitía contarle a nadie lo que hacíamos!

—La mejor forma de hacer que la gente sospeche, James, es decirles que no pregunten. —Pero Harry no parecía enfadado. De hecho, parecía un poco divertido—. No importa, sin embargo. Acabaremos y volveremos al castillo antes de que vuestros amigos gremlins monten un escuadrón de reconocimiento. ¿Verdad, Ted?

—Probablemente se estén metiendo en sus camitas mientras hablamos, padrino —dijo Ted remilgadamente. Harry puso los ojos en blanco.

James empezaba a ser consciente de un embotado retumbar del suelo. Momento

después, oyó el ladrido distante de Trife, el bullmastiff de Hagrid, que había sustituido a su amado sabueso, *Fang*. Todos los presentes se volvieron hacia los bosques cuando el pisar retumbante se convirtió en un palpitar rítmico. Después de un minuto, unas formas enormes se recortaron contra la oscuridad, avanzando entre los bosques, sus pisadas sacudiendo el suelo. *Trife* vagaba entre las piernas de los gigantes, aparentemente ignorante del hecho de que podía acabar aplastado si uno de ellos le pisaba accidentalmente. Les ladró excitadamente, su forma normalmente imponente quedaba empequeñecida por las enormes y torpes figuras. Hagrid les seguía, gritando ocasionalmente a *Trife* para que se callara, pero sin auténtica convicción.

—Grawp fue fácil de convencer —gritó Hagrid, saliendo del bosque—. Siempre está deseando ayudar. Un gran corazón de oro, eso es. Cada vez habla mejor, además. Su novia, sin embargo... —dejó caer la voz mientras se aproximaba a Harry, fingiendo la postura propia de una confidencia, que James consideró tan sutil como una banshee metida en una caja de cerillas—. No está tan acostumbrada a estar con gente como Grawp. Además no le sienta demasiado bien que la despierten. Ayudará, mientras nos lo tomemos con calma con ella.

James se recordó a sí mismo que éste era el mismo Hagrid que había criado escregutos cola explosiva por diversión, y que seguía pensando que la característica principal de los dragones era lo monos que eran. Cualquier advertencia de Hagrid sobre el temperamento de una criatura era, por tanto, definitivamente algo que tenía que atender. Todo el mundo se giró para saludar a los gigantes cuando emergieron de entre los árboles. Grawp llegó primero, parpadeando y sonriendo a la luz de las varitas. Ondeó una mano del tamaño de un piano hacia Harry.

—Hula, Harry —La voz de Grawp era profunda y lenta. James tuvo la impresión de que formar palabras no era en absoluto la función para la que esa boca había sido creada—. ¿Cómo Hermani... Her..mine... nin?

Harry intentó evitarle a Grawp el esfuerzo.

—Hermione está bien, Grawp. Te hubiera enviado un saludo si hubiera sabido que iba a verte.

Esto pareció demasiado para que la mente de Grawp lo procesara.

—Hula, Hermiii...meee....

Continuó luchando con el nombre de Hermione hasta que la gigante emergió tentativamente del bosque tras él. James estiró el cuello, sintiendo un involuntario escalofrío de miedo bajar por su espina dorsal. La gigante era tan alta que tuvo que separar la copa de los árboles para salir del bosque, aplastando y rompiendo ramas. La luz de las varitas solo le llegaba al pecho, que estaba más o menos a la misma altura que la cabeza de Grawp. Su cabeza solo era una forma sombría moviéndose sobre las copas

de los árboles, recortada contra el cielo estrellado. Se movía más lentamente que Grawp, pesadamente, sus grandes pies cayendo sobre el suelo como piedras de molino, sacudiendo las hojas de los árboles cercanos a cada paso.

—Aquí se acaba la discreción —comentó Hardcastle, levantando la mirada hacia la monstruosa figura.

—Harry, Titus, James, Zane y Ted —gritó Hagrid muy lentamente—. Esta es Prechka. Prechka, estos son amigos.

Prechka se agachó lentamente de forma que su cabeza flotara sobre el hombro de Grawp. Soltó un gruñido bajo e interrogativo que James pensó que realmente había hecho traquetear las ventanas de la cabaña de Hagrid.

Harry alzó su varita iluminada sobre la cabeza y sonrió.

—Prechka, Grawp, gracias a los dos por venir y ayudarnos. No os retendremos mucho, espero. Hagrid os ha explicado lo que os pedimos esta noche, ¿verdad?

Grawp se animó a hablar.

—Harry busca hombre escondido. Grawp y Prechka ayudan.

—Excelente —dijo Harry, girándose para dirigirse al grupo—. Hagrid, tu coge a *Trife* y haz que olisquee el camino. Mira a ver si capta algo que conduzca al bosque o alrededor del lago. Si es así, lanza una señal roja. Ted, tú vendrás conmigo y con Prechka al bosque. Zane, James, vosotros os uniréis a Titus y Grawp buscando por el perímetro del lago. Buscamos tanto un rastro como al propio intruso, así que buscad ramas rotas, tierra y hojas removidas, y cualquier cosa relacionada con humanos como trozos de ropa, basura, papeles, o cualquier cosa de esa naturaleza. ¿Todo el mundo listo?

—¿A quién estamos buscando, Harry? —preguntó Ted.

Harry ya se estaba aproximando lentamente a Prechka.

—Lo sabremos cuando le encontremos, ¿verdad?



Capítulo 8

El Santuario Oculto

Zane, James y Hardcastle subieron a la espalda de Grawp cuando el gigante se puso en cuclillas. James y Zane treparon cada uno sobre un hombro, aferrando la harapienta camisa de Grawp como apoyo. Hardcastle, aparentemente ignorando lo ridículo que podía parecer, se sentó a horcajadas sobre la nuca de Grawp, como un niño siendo llevado a hombros por su padre. Sostuvo la varita en alto, extendiendo un halo de luz sobre el suelo alrededor de ellos, y después dirigió a Grawp hacia el lago. Cuando se marcharon, Harry y Ted todavía buscaban el mejor método para subir a los hombros de

Prechka.

—Necesitamos una escalera, ¿no crees? —gritó Ted.

—Hagamos que se incline, con las manos sobre el suelo —gritó Harry, haciendo señas a la gigante, que se arrodilló pero se distrajo con el jardín de Hagrid. Arrancó un manojito de calabazas, con raíces y todo, y empezó a metérselas en la boca.

—Está bien, está bien —gritaba Hagrid consoladoramente—. Solo inclínate un poco. Allá vamos. ¡Oh!

Se produjo un crujido de madera rota cuando Prechka se apoyó sobre la carreta de Hagrid. Reduciéndola a astillas.

Hagrid palmeó el gigantesco codo, sacudiendo la cabeza.

—En fin, al menos ahora puedes subir, Harry. Utiliza esa parte de ahí como escalón. Vamos.

Prechka estaba siendo persuadida para que se enderezara de nuevo, con Harry y Ted posados sobre sus hombros, cuando Grawp entró en los bosques que cubrían el lado oeste del lago y la vista de los terrenos de Hogwarts se desvaneció tras densos y robustos árboles.

Grawp era sorprendentemente gentil, girándose y agachándose para evitar ramas que podrían golpear a la carga que llevaba. James podía sentir el peso de las pisadas de Grawp presionando el suelo, pero no experimentó las sacudidas y golpes que había esperado sentir montando sobre la espalda de un gigante. Hardcastle dirigía a Grawp tranquilamente, sentado casi junto a la oreja del gigante. Les conducía en un ordenado zigzag, aproximándose al lago, y después girando de vuelta hacia la espesura del bosque otra vez. Su progreso era lento y el movimiento de Grawp al caminar empezaba a mecer a James provocándole sueño. Se sacudió a sí mismo para despertarse, estudiando el suelo en busca de las señales que su padre había descrito. En un intento de mantenerse despierto, explicó a Hardcastle y Zane cómo había visto al hombre en el campo de quidditch. Les habló de la cámara, y describió las otras dos veces que había visto al hombre en la zona.

—¿Has visto a esa persona tres veces entonces? —preguntó Hardcastle, con voz gravemente monótona.

—Sí —asintió James.

—¿Pero aparte de tu padre esta noche, nadie más le ha visto en absoluto?

James se sintió irritado por el comentario, pero respondió directamente.

—No. Nadie.

Se quedaron en silencio un rato. James suponía que habían recorrido aproximadamente un tercio del perímetro. Captaba destellos del castillo irguiéndose sobre el lago cada vez que se acercaban a la orilla. Los bosques parecían moleestamente immaculados y normales. Se oían grillos zumbando y rechinando, llenando el aire nocturno con sus extraños coros. En todas partes donde James miraba, las luciérnagas punteaban las sombras, ocupándose de sus negocios nocturnos. No había señal de que nadie hubiera atravesado ese bosque, y mucho menos recientemente.

—Alto, Grawp —dijo Hardcastle de repente, con voz tensa. Grawp se detuvo obedientemente y se quedó quieto. Su enorme cabeza giró lentamente cuando miró alrededor. James se asomó alrededor de la enorme y sucia oreja de Grawp, intentando ver lo que Hardcastle estaba mirando o escuchando. Pasó medio minuto. James sabía que no debía hablar. Entonces, en algún lugar cercano, se oyó un áspero sonido escurridizo. Algo se arrastraba, invisible, a través de las hojas caídas y se detenía otra vez. Una rama crujió, como si hubiera sido pisada. El corazón de James estaba de repente palpitando. Sin embargo, ni Grawp ni Hardcastle se movieron. James vio que Hardcastle movía la cabeza ligeramente, intentando precisar la dirección del sonido.

Se oyó de nuevo, más cerca esta vez, pero todavía invisible. Estaba delante de ellos, tras una loma baja cubierta de bosque que había en su camino. James no pudo evitar pensar que había algo claramente inhumano en ese sonido escurridizo. Era, en cierto modo, demasiado desenfrenado. El pelo de la base de su nuca se erizó. Hardcastle palmeó ligeramente la parte de atrás de la cabeza de Grawp y señaló hacia el suelo, inclinándose de forma que Grawp pudiera ver su mano. James sintió como el gigante bajaba más, y se sorprendió de nuevo por la lenta gracilidad del movimiento. Las hojas a sus pies crujieron solo ligeramente cuando Grawp puso las manos en el suelo. Hardcastle se deslizó silenciosamente por la espalda de Grawp. Sus ojos estaban fijos en la loma de más adelante.

—Quedaos con...

Fue interrumpido por el ruido de ese movimiento escurridizo de nuevo. Estaba mucho más cerca esta vez, y ahora James vio movimiento. Hojas muertas se esparcieron por el aire cuando una forma grande y sombría corrió por la loma, moviéndose con horrible velocidad. Asomaba de vez en cuando entre los troncos de los árboles, atravesando arbustos. Parecía tener demasiadas patas, y había una extraña incandescencia azulada que emanaba de su parte delantera. Titilaba frenéticamente cuando la cosa se movía. Hardcastle saltó delante de Grawp cuando la cosa se aproximó. Ondeó su varita con la práctica economía de movimientos de un aurore entrenado, enviando un hechizo aturdidor rojo al amasijo de arbustos y hojas. La criatura cambió de rumbo, rodeándoles y metiéndose en una depresión. El parpadeante brillo azul marcaba su progreso mientras esquivaba leños muertos, retirándose más

profundamente hacia el interior del bosque.

—Quedaos con Grawp, los dos —gruñó Hardcastle, partiendo tras la criatura a la carrera—. Grawp, si se acerca cualquier cosa que no sea yo, aplástala. —Se movía con sorprendente agilidad para su tamaño. En quince segundos, ni él ni la criatura a la huída podían ser vistos u oídos ya. Los dos chicos saltaron de los hombros de Grawp para asomarse a la depresión.

—¿Qué era *eso*? —preguntó Zane sin aliento.

James sacudió la cabeza.

—Ni siquiera estoy seguro de querer saberlo. Definitivamente no era el tío al que estamos buscando.

—Me alegro —dijo Zane con convicción.

Vigilaron la depresión por la que Hardcastle y la criatura se habían desvanecido. El incesante coro de insectos y el destello de las luciérnagas llenaron el bosque de nuevo, pareciendo negar que nada inusual estuviera ocurriendo. No llegaba ningún ruido o movimiento de la depresión.

—¿Cuánto rato va a perseguir a esa cosa? —preguntó finalmente Zane.

James se encogió de hombros.

—Hasta que la atrape, supongo.

—O ella le atrape a él —añadió Zane, estremeciéndose—. ¿Sabes?, me sentía mucho mejor cuando estábamos subidos a los hombros de este tiarrón.

—Buena idea —estuvo de acuerdo James, girándose—. Eh, Grawp, ¿qué tal si...?

Se detuvo, Grawp se había ido. Zane y James miraron alrededor durante varios segundos, ambos demasiado atónitos y atontados como para decir nada.

—¡Allí! —dijo Zane de repente, apuntando con un dedo en dirección al lago. James miró. Grawp justo estaba desapareciendo alrededor de una gigantesca piedra cubierta de musgo, agachándose lentamente.

—¡Vamos! ¡No dejemos que se pierda de vista!

Ambos chicos corrieron rápidamente tras el gigante, gateando sobre los enormes árboles caídos y deslizándose por las rocas cubiertas de verdor. Rodearon la roca del tamaño de una casa junto a la que habían visto pasar a Grawp. Grawp estaba ahora incluso más lejos, agachándose bajo un árbol muerto.

—¿Adónde va? —gritó Zane exasperado.

—¡Grawp! —chilló James, dudando si gritar más alto por miedo a atraer a alguna otra

criatura horrible y furtiva. La noche se había vuelto oscura. Pesadas nubes oscurecían la luna, reduciendo los bosques a una maraña de sombras grises—. ¡Grawp, vuelve! ¿Qué haces?

Pasados varios minutos, Zane y James siguieron el rastro de Grawp, luchando por abrirse paso a través de lechos de arroyos y sobre troncos de árboles que el gigante había atravesado de un solo paso. Finalmente, le alcanzaron cerca del lago, donde un grupo de pequeñas islas boscosas oscurecían la visión a través del agua. El aire olía a húmedo y mohoso y estaba denso por los insectos que zumbaban en él. Grawp estaba de pie bajo un árbol nudoso, extrayendo metódicamente nueces de las ramas y dejándolas caer en su boca, con cáscara y todo. Las trituraba audiblemente cuando los chicos se aproximaron, jadeando.

—¡Grawp! —gritó Zane, luchando por recobrar el aliento—. ¿Qué haces?

Grawp bajó la mirada ante el sonido de la voz de Zane, con expresión interrogativa.

—Grawp hambriento —respondió—. Grawp huele comida. Grawp come y espera. Hombrecillo vuelve.

—¡Grawp, ahora nos hemos perdido! ¡Titus ni siquiera sabe dónde estamos! —dijo James, intentando controlar su furia. Grawp le miró fijamente, todavía triturando nueces, su expresión mostraba un humilde desconcierto.

—No importa —dijo Zane—. Dejémosle masticar algunas nueces, después conseguiremos que nos lleve de vuelta por donde vinimos. —Se dejó caer sobre una roca cercana y examinó los arañazos y magulladuras que se había hecho durante la persecución. James hizo una mueca, molesto. Sabía que no tenía sentido discutir con el gigante.

—Vale —dijo tensamente—. Grawp, solo llévanos de vuelta cuando termines. ¿Vale?

Grawp gruñó mostrando su acuerdo, tirando de una de las ramas del gran árbol hacia abajo hasta que esta crujió amenazadoramente.

James vagó desconsolado hacia el borde del agua, empujando ramas y arbustos a un lado. El lago parecía aquí más bien un riachuelo, con solo un estrecho hilo de agua enfangada entre la costa y una de las pantanosas islas. La isla era agreste, cubierta de arbustos densos y árboles. Tenía el aspecto de un lugar que estuviera bajo el agua al menos parte del año. A siete metros de distancia, un grupo de árboles había caído de la isla. James asumió que habían sido arrancados de sus acuosas raíces por una tormenta reciente. La escena era notablemente fea y apocalíptica en medio de la noche oscura.

Justo acababa de decidir volver, preocupado porque Hardcastle les estuviera ya buscando, cuando salió la luna. A la luz plateada esparcida sobre los bosques, James se detuvo, un lento y excitado estremecimiento le sacudió de la cabeza a los pies. Los

insectos habían callado de repente y todo estaba completamente en silencio. James se sentía enraizado en el sitio, congelado del todo excepto por los ojos, que recorrían los bosques circundantes. El silencio de los grillos no era el único cambio. La perpetua miriada de destellos de las luciérnagas también había cesado. El bosque se había quedado completa y repentinamente inmóvil a la luz de la luna.

—¿James? —llegó la voz de Zane, tentativa en el repentino y opresivo silencio—. ¿Esto es... ya sabes... normal? —Se unió a James a la orilla del lago—. ¿Y qué es lo que pasa con *ese* lugar?

—¿Qué lugar? —siguió los ojos de Zane, y entonces jadeó.

La isla que estaba justo en la orilla había cambiado. James no podía precisar con exactitud qué parte era diferente. Era solo que lo que minutos antes habían parecido árboles y arbustos colocados al azar, ahora, a la luz plateada de la luna, parecía más bien una antigua estructura oculta. Se notaba la incuestionable sugerencia de pilares y puertas, contrafuertes y gárgolas, todo cubierto por la vegetación natural de la isla como si fuera una especie de complicada ilusión óptica.

—No me gusta el aspecto de eso —dijo Zane enfáticamente, en voz baja.

James miró más allá. El grupo de árboles que había caído sobre el agua, conectando la isla con la costa, había cambiado también. Podía ver que había un orden en ellos. Dos habían caído juntos haciendo que formaran lo que obviamente era un puente. El puente resultaba incluso estilizado, modelado para parecer la cabeza de un gigantesco dragón. Una roca marrón que se destacaban entre las raíces arrancadas servía como ojo. Dos árboles más, solo medio caídos, formaban la mandíbula superior, proyectándose sobre el puente como para comerse a cualquiera que intentara cruzar.

James se acercó cuidadosamente al puente.

—Eh, no irás a ir allí, ¿verdad? —dijo Zane—. A mí no me parece una idea muy saludable.

—Vamos —dijo James, sin mirar atrás—. Dijiste que querías aventuras y experiencias realmente salvajes.

—Bueno, en realidad creo que solo deseaba esas cosas en muy pequeñas dosis. Ya he tenido suficiente con ese monstruo que hemos visto, si no te importa.

James esquivó un afloramiento de arbustos y árboles delgados y se encontró de pie ante la boca del puente. De cerca, era incluso más perfecto. Había un pasamanos formado por abedules caídos, lisos y fáciles de agarrar, y los dos árboles que formaban el suelo del puente estaban tan cerca, que enredaderas y hojas se apiñaban entre ellos, lo que daba lugar a una superficie sobre la que resultaba fácil caminar.

—Bien, quédate aquí —dijo James, sin culpar a Zane por su renuencia. Sin embargo el

misterio de esto le resultaba extrañamente atractivo. Pisó el puente.

—Ahhh, rayos —gimió Zane, siguiéndole.

En el lado de la isla, un complicado crecimiento de enredaderas y arbolillos habían formado un juego de altas y ornamentadas verjas. Más allá de ellas solo había una sombra impenetrable. James se acercó más, podía ver que las enredaderas formaban un patrón reconocible a lo largo de las verjas.

—Creo que dice algo —dijo, su voz fue casi un susurro—. Mira. Es un poema, o una runa o algo.

Tan pronto como fue capaz de descifrar la primera palabra, el resto apareció claro a la vista, como si hubiera entrenado sus ojos para verlo. Se detuvo y leyó en voz alta:

*Con la luz majestuosa de la hermosa Sulva
Encontré el Santuario Oculto
Antes de que la noche de los tiempos retorne
Despierta de su lánguido sueño.
Una vez haya vuelto el agitado amanecer
Sin una reliquia perdida;
Ha pasado toda una vida, un nuevo eón,
La senda a la Encrucijada de los Mayores.*

Algo en el poema hizo estremecer a James.

—¿Qué significa? —preguntó Zane cuando lo hubo leído por segunda vez.

James se encogió de hombros.

—*Sulva* es una palabra antigua para la Luna. Eso lo sé. Creo que la primera parte significa que solo puedes encontrar este lugar cuando la luna brilla sobre él. Eso debe ser cierto, porque cuando lo vi por primera vez en la oscuridad, solo parecía una isla fea. Así que esto debe ser el Santuario Oculto, sea eso lo que sea.

Zane se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué hay de esta parte? «*Una vez haya vuelto el agitado amanecer*». Suena como si debiéramos volver cuando salga el sol, ¿no? A mí me parece bien.

Ignorando a Zane, James cerró las manos alrededor de la verja y les dio un fuerte tirón. Traquetearon pero no se movieron. La acción pareció disparar una respuesta en la

isla. Un súbito sonido furtivo surgió bajo los pies de los chicos. James miró abajo, y entonces saltó hacia atrás cuando zarcillos de enredaderas espinosas crecieron de la parte baja del puente. Las enredaderas se entretejieron alrededor de la verja, cubriéndola con un sonido como de periódico al quemarse. Las espinas eran de un feo color púrpura, como si pudieran contener algún tipo de veneno. Se hicieron más grandes mientras James observaba. Después de un minuto, las verjas estaban completamente cubiertas por ellas, oscureciendo las palabras del poema. El ruido de crecimiento murió.

—Bueno, eso resuelve el asunto —dijo Zane con voz aguda y estrangulada. Estaba de pie detrás de James, retrocediendo lentamente—. Creo que este lugar quiere que lo dejemos en paz, ¿no?

—Quiero intentar algo más —dijo James, sacando la varita de debajo de la capa. Sin pensar en realidad en ello, apuntó la varita hacia la puerta—. *Alohomora*.

Hubo un destello de luz dorada, y esta vez, el resultado fue inmediato y poderoso. Las verjas repelieron el hechizo, devolviendo una ráfaga de chispas, y la isla entera pareció temblar, tensarse amenazadoramente. Se produjo un sonido, como de miles de personas inhalando, y entonces una voz, una voz completamente inhumana y pantanosa, habló:

—¡Fuera... de... aquí!

James retrocedió tambaleante ante la vehemencia de la respuesta, tropezó con Zane y cayeron ambos al suelo del puente. El puente se estremeció bajo ellos, y entonces James vio que las puertas se estaban combando, inclinándose sobre ellos. Los árboles de arriba, los que parecían formar la mandíbula superior de la cabeza de dragón del puente, estaban bajando, amenazadores, sus ramas rotas se parecían cada vez a más dientes.

—¡Fuera... de... aquí! —dijo otra vez la isla. La voz sonaba como formada por millones de diminutas voces, susurrando y cuchicheando al unísono.

El suelo del puente se arqueó, separándose de la costa. Las mandíbulas superiores crujieron y empezaron a cerrarse, listas para devorar a los dos chicos. Ellos gatearon hacia atrás, tropezando a lo loco uno con otro, y cayendo a la orilla cubierta de malas hierbas justo cuando el puente se soltaba. Las gigantescas mandíbulas chasquearon y rechinaron ferozmente. Ramas rotas y pedazos de corteza salieron despedidas de la figura que se contorsionaba, acribillando a James y Zane mientras escapaban a la carrera, con las manos resbalando sobre las hojas muertas y las agujas de pino.

La tierra retumbó bajo ellos. Empezaron a brotar raíces de la tierra, desgarrando el suelo. James sintió como la orilla se desintegraba bajo él. Sus piernas cayeron en un súbito agujero y las subió de un tirón, evitando por poco una sucia raíz que se contorsionó hacia afuera para cogerle. Luchó por ganar la orilla que se derrumbaba, pero ésta se hundía bajo él, arrastrándole de vuelta al borde del agua. La superficie del

lago se enturbió, girando hasta formar un sumidero. Los pies de los chicos salpicaban en el cieno, y éste los succionaba, tirando de ellos. Zane trataba de asir la orilla mientras el agua espumosa tiraba lentamente de él. James buscaba a tientas, pero nada parecía sólido. Incluso las raíces de árbol reveladas por la tierra que se derrumbaba se soltaban y resbalaban bajo sus manos, cubiertas por un horrible limo que se desprendía en costras.

Entonces, de repente apareció Grawp. Se dejó caer de rodillas, aferrando el tronco de un árbol cercano con una mano y extendiendo la otra hacia Zane, que era el que estaba más cerca. Sacó al chico del barro y lo dejó caer sobre su hombro. Zane se aferró a la camisa de Grawp mientras el gigante se agachaba para recuperar a James, que estaba ya casi sumergido entre las sucias aguas. Una horrible y peluda raíz culebreó por el agua y se enroscó alrededor del tobillo de James, tirando de él. Se quedó allí colgado, atrapado entre la garra de Grawp y la horrible raíz, y estaba seguro de que se partiría por la mitad de lo fuerte que tiraban. La raíz se resbaló sobre la pernera de su pantalón y le arrancó el zapato. James vio como se retorció ávidamente alrededor de su zapato y lo hundía bajo la superficie.

Grawp le puso sobre su hombro libre e intentó levantarse, pero más raíces habían brotando a su alrededor. Enormes tentáculos de madera le envolvían las piernas. Enredaderas verdes crecían con la velocidad de un rayo sobre los tentáculos más gruesos, afianzándose en la tela de sus pantalones con diminutas raíces. Grawp rugió y tiró, desgarrando los pantalones y arrancando las raíces más aún de la tierra, pero su fuerza combinada era demasiado. Tiraron de él hasta hacer que volviera a arrodillarse, y después se abalanzaron hacia arriba, rodeándole la cintura, subiendo por su espalda y hombros. Las enredaderas se abatían sobre James y Zane, amenazando con tirarles de los hombros de Grawp. Grawp rugió de nuevo cuando una de las enredaderas verdes se le enroscó alrededor del cuello, obligándole a bajar aún más, tirando de él hacia el sumidero.

Justo cuando James empezaba a resbalar del hombro de Grawp, empujado de vuelta hacia el suelo por una docena de musculosas enredaderas, de repente, una luz cegadora llenó el aire. Era de un vibrante verde dorado, y llegó acompañada por un zumbido bajo. Las enredaderas y raíces retrocedieron frente a la luz. Se soltaron, repelidas por ella, pero renuentes a abandonar su presa. Oleadas de luz los bañaban, y cada onda liberaba más la enredada masa hasta que las enredaderas más pequeñas cayeron como muertas y las raíces más grandes se retiraron, succionadas otra vez de vuelta a la tierra con un asqueroso burbujeo.

Grawp, James y Zane medio cayeron, medio gatearon por la orilla hasta que encontraron tierra firme. Allí se derrumbaron, jadeando e intentando levantarse, en medio de hojas muertas y ramas quebradas.

Cuando James rodó y se arrodilló, vio que había una figura cerca, brillando débilmente con la misma luz verde dorada que había repelido a las enredaderas. James podía ver a través de la luz, aunque lo que vio estaba a la vez sobre iluminado y refractado, visto como se veían las cosas a través de una gota de lluvia. La figura parecía una mujer, muy alta y muy delgada, con un vestido verde oscuro que caía directamente desde sus caderas y, aparentemente, atravesaba el suelo. Su pelo verde blanquecino se extendía y florecía alrededor de su cabeza como una corona. Era hermosa, pero su cara estaba seria.

—James Potter, Zane Walker, Grawp, hijo de la tierra, estáis en peligro aquí. Debéis abandonar este bosque. Ningún humano está ahora a salvo bajo esta canopia.

James luchó por ponerse en pie.

—¿Quién eres? ¿Qué eres?

—Soy una dríada, un espíritu del bosque. Me las he arreglado para silenciar la voz de la isla, pero no seré capaz de contenerla mucho más. Se inquieta más y más a cada día que pasa.

—¿Un espíritu del bosque? —preguntó Zane mientras Grawp le ayudaba bastante rudamente a ponerse en pie—. ¿Los bosques tienen un fantasma?

—Soy una dríada, un árbol hada, el espíritu de un solo árbol. Todos los árboles del bosque tienen espíritus, pero han estado adormecidos desde hace muchas, muchas generaciones, languideciendo lentamente en la tierra, casi desapareciendo. Hasta ahora. Las náyades y las dríadas han sido despertadas, aunque no sabemos por qué. Aquellos pocos humanos que una vez se comunicaron con los árboles están muertos y olvidados. Nuestro tiempo es el pasado. Pero hemos sido convocados.

—¿Quién os convocó? —preguntó James.

—No hemos podido averiguarlo, a pesar de nuestros mayores esfuerzos. Hay disonancia entre nosotros. Muchos árboles recuerdan solo el hacha del hombre, no su replantación. Son viejos y están enfadados, solo desean hacer daño al mundo de los hombres. Están pasados. Habéis experimentado su furia, aunque no como ellos querían.

—¿Qué quiere decir «están pasados»? —cuestionó Zane, dando medio paso adelante, mirando de reojo la belleza de la dríada—. ¿Es ese lugar? ¿La isla? ¿El... la senda a la Encrucijada de los Mayores?

—El tiempo del hombre es corto en la tierra, pero los árboles ven pasar los años como si fueran días. Las estrellas están inmóviles para vosotros, pero nosotros observamos y estudiamos los cielos como si fuera una danza —dijo la dríada, su voz se volvió suave, casi soñadora—. Desde nuestro despertar, la danza de las estrellas se ha vuelto horrenda, mostrando mil destinos oscuros para el mundo de los hombres, todos

balanceándose con el equilibrio de los próximos días. Solo un posible destino será para bien. El resto conlleva derramamiento de sangre y pérdida. Gran pesar. Tiempos oscuros, llenos de guerra y avaricia, poderosos tiranos, carestías de terror. Mucho se decidirá con el final de este círculo. El pueblo de los árboles solo puede observar, por ahora, pero aquellos de nosotros que conservamos esperanzados el recuerdo de la armonía entre nuestro mundo y el de los hombres, cuando llegue el momento, ayudaremos en lo que podamos.

James casi estaba hipnotizado por la voz de la dríada, pero sintió nacer una sensación de impotencia y frustración ante sus palabras.

—Pero dijiste que había una oportunidad de evitar esa guerra. ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo podemos hacer que el único destino bueno ocurra?

El rostro de la dríada se suavizó. Sus grandes y líquidos ojos sonreían tristemente.

—No hay forma de predecir el camino al que conduce una sola acción. Podría ser que lo que ya estás haciendo sea lo que traerá la paz. También podría ser que las mismas cosas que haces por el bien sean las que den como resultado la guerra. Debes hacer lo que sabes hacer, pero solo con una mente despejada.

Zane se arriesgó a soltar una risa burlona.

—Muy útil, este... sensei.

—En la tela del destino hay peligros mayores de los que tú conoces, James Potter — dijo la dríada, acercándose a James hasta que su luz le bañó la cara—. El enemigo de tu padre, y todos aquellos que le amaban, han muerto. Pero su sangre palpita dentro de un corazón distinto. La sangre de vuestro mayor enemigo aún vive.

James sintió que sus rodillas se aflojaban.

—¿Vol... Voldemort?

La dríada asintió, al parecer no estaba dispuesta a pronunciar el nombre.

—Su plan preferido fue frustrado para siempre por tu padre. Pero era infinitamente mañoso. Preparó un segundo plan. Un sucesor, una línea de sangre. El corazón de ese *linaje* late hoy, en este momento, a no más de una milla de distancia.

Los labios de James estaban temblando.

—¿Quién? —preguntó con una voz apenas audible—. ¿Quién es?

Pero la dríada ya estaba sacudiendo la cabeza tristemente.

—Nos es imposible saberlo. Ni desde fuera, ni desde dentro. Aquellos árboles que han vencido trabajan contra nosotros, embotan nuestra visión, nos mantienen a muchos dormidos. Sólo sabemos que ese corazón está aquí, pero no más. Debes ser cauteloso,

James Potter. La batalla de tu padre ha terminado. La tuya comienza.

La dríada se estaba desvaneciendo. Sus ojos se cerraban mientras se fundía en la nada, ya parecía dormir.

Se oyó un gemido rechinante, después una salpicadura en la isla.

—Bueno —dijo Zane con maníaca alegría—. ¿Qué me dices de saltar a los hombros de nuestro colega gigante y convertir este lugar en un recuerdo antes de que él haga eso mismo con nosotros?

Los tres se encontraron con Titus Hardcastle antes de llegar a la mitad del camino de vuelta a su lugar de partida. Su cara parecía tormentosa, pero todo lo que dijo fue:

—¿Todos a salvo?

—Claro —gritó Zane desde los hombros de Grawp—. Pero déjeme decirle que hemos tenido una experiencia de lo más rara.

Grawp se agachó para permitir que Hardcastle trepara a su espalda.

—Lo normal por aquí entonces, ¿no? —gruñó Hardcastle.

Zane extendió la mano, intentando ayudar a Hardcastle a trepar y casi consiguió caer de su sitio en lugar de eso.

—¿Qué era la cosa a la que perseguía, por cierto? —dijo, jadeando.

—Una araña. Uno de los hijos del viejo Aragog, sin duda. Se han mantenido tranquilos las dos últimas décadas, pero uno había salido y se había conseguido un juguetito. —Hardcastle sostenía algo en alto, y James vio que era la pequeña videocámara que el intruso había estado utilizando en el campo de quidditch—. Todavía funcionaba cuando alcancé al animal, la pequeña pantalla estaba toda iluminada. Se rompió cuando, eh, despaché a la bestia. Al menos tuvo una buena última comida.

James se estremeció involuntariamente mientras Grawp comenzaba a abrirse paso entre los bosques.

—¿Realmente cree que... se comió al tipo?

Hardcastle tensó la mandíbula.

—El círculo de la vida, James. Estrictamente hablando, sin embargo, las arañas no comen gente. Solo les succionan los jugos. Mala forma de irse, pero al menos ya no dará más problemas.

James no lo dijo, pero tenía el presentimiento de que los auténticos problemas solo estaban empezando.



El miércoles por la mañana, James se sentía torpe e irritable cuando entró en el Gran Comedor para desayunar. Era una mañana sombría, con un cielo bajo y amaratado que llenaba la porción alta del comedor y una fina neblina que salpicaba las ventanas. Ralph y Zane estaban sentados en la mesa de Slytherin, Zane soplando su tradicional café matutino y Ralph atacando una naranja con un cuchillo de mantequilla, aserrándola para pelarla y todo. No parecían estar hablando mucho. Zane no era normalmente una persona madrugadora, y había estado levantando hasta tan tarde como James. Ni Zane ni Ralph levantaron la mirada, y James se alegró. Todavía estaba enfadado y disgustado con Ralph. Bajo todo eso, sin embargo, se sentía triste y dolido por la traición del chico. Intentaba no sentir resentimiento hacia Zane por sentarse con Ralph, pero estaba demasiado cansado como para hacer mucho esfuerzo, y el humor de la mañana no estaba ayudando.

James se abrió paso hasta la mesa de Gryffindor, mirando hacia el estrado mientras lo hacía. Ni su padre ni Titus Hardcastle estaban a la vista. Se figuraba que, a pesar de lo tarde que se habían acostado la noche anterior, se habrían levantado y desayunado poco después del amanecer y ya estarían ocupándose de sus tareas de la mañana. La idea de que el día de su padre y Titus probablemente hacía ya rato que estaban en marcha, lleno de emocionantes reuniones e intrigas secretas, mientras que él estaba justo ahora tomando el desayuno de camino a sus sombrías clases del día y sus deberes, le llenó de melancolía. Encontró un asiento rodeado por felices Gryffindors charlatanes, se dejó caer en él, y comenzó a comer metódicamente, sin ánimo.

La noche antes, James se había quedado levantado con Titus Hardcastle, su padre y la directora McGonagall hasta casi dos horas después de su regreso del perímetro del lago. Titus había hecho una señal de varita tan pronto como alcanzaron el castillo, convocando a Harry, Ted, Prechka y a Hagrid de vuelta de sus correrías. Cuando todos volvieron a reunirse junto a la cabaña de Hagrid, la directora despidió a Grawp y Prechka, agradeciéndoles formalmente a ambos su ayuda y ofreciéndoles un barril de cerveza de mantequilla por sus esfuerzos. Después de eso, el grupo convergió en la cabaña de Hagrid, congregados alrededor de la enorme y rústica mesa, bebiendo el té de Hagrid, que era sospechosamente humeante y marrón y tenía un sabor vagamente medicinal, y evitando unos panecillos más bien rancios.

Hardcastle habló primero. Explicó a todos los presentes como primero había oído a la araña, y después la había perseguido, dejando a James y Zane bajo la protección de

Grawp. Harry se había removido en su asiento, pero refrenó cualquier comentario. Después de todo, había sido él quien había pedido a James que se uniera a la expedición, y había consentido, si bien a regañadientes, la compañía de Zane. La directora había dirigido una mirada bastante larga y penetrante a Harry cuando había visto a Zane entrar en la cabaña. Ahora, McGonagall se giró hacia Hardcastle, preguntándole cómo se las había arreglado para matar a la araña.

Los ojos redondos de Hardcastle centellearon un poco cuando dijo:

—La mejor forma de matar a una araña que no cabe bajo tu bota es arrancarle las patas. La primera fue la más difícil. Después de eso, se hizo cada vez más y más fácil.

Hagrid se pasó una mano por la cara.

—Pobre viejo Aragog. Si viviera para ver a sus jovencitos volverse salvajes, eso le habría matado. Los pobres solo hacen lo que hacen las arañas. No se les puede culpar.

—La araña tenía la cámara del intruso —dijo Harry, mirando al objeto roto que estaba sobre la mesa. La lente estaba hecha pedazos y la pequeña pantalla de la parte de atrás estaba agrietada—. Así que sabemos que el hombre escapó por los bosques del lago.

—Un modo repugnante de morir, quienquiera que fuera —dijo McGonagall.

La expresión de Harry no cambió.

—No sabemos con seguridad que la araña cogiera al hombre.

—Parece improbable que la cosa esa le pidiera prestada la cámara para hacer películas caseras de sus crías, ¿verdad? —retumbó Hardcastle—. Las arañas no son del tipo educado. Son del tipo hambriento.

Harry asintió pensativamente.

—Probablemente tengas razón, Titus. Aún así, siempre existe la posibilidad de que el intruso dejara caer la cámara y la araña simplemente la encontrara. No hará daño incrementar la seguridad durante un tiempo, Minerva. Aún no sabemos cómo entró esta persona, o quién era. Hasta que sepamos más, tenemos que asumir que hay riesgo.

—Yo estoy particularmente interesada en saber cómo esta cámara pudo funcionar dentro de los terrenos —resopló la directora, mirando con dureza al aparato en la mesa—. Es bien sabido que el equipamiento muggle de este tipo no funciona en el ambiente mágico de la escuela.

—Es bien sabido, señora directora —rumbó la voz de Hardcastle—, pero se entiende muy poco al respecto. Los muggles son infinitamente inventivos con sus herramientas. Lo que una vez fue cierto puede que ya no lo sea. Y todos sabemos que los hechizos protectores erigidos alrededor de los terrenos desde la batalla no son tan perfectos como aquellos que mantenía el viejo Dumbledore, que Dios le tenga en su gloria.

James pensó en el *gamedeck* de Ralph, pero decidió no mencionarlo. La videocámara rota era toda la prueba que necesitaban de que al menos algunos aparatos modernos funcionaban en los terrenos de la escuela. Finalmente, la atención se volvió hacia James y Zane. James explicó como Grawp se había alejado en busca de comida, y como los dos chicos le habían perseguido, encontrándolo junto al lago y la pantanosa isla. Zane intervino entonces en la conversación, describiendo la misteriosa isla y el puente. Se saltó cuidadosamente la parte en la que James había intentado abrir las verjas utilizando la magia, y James se alegró de ello. Había parecido una estupidez en el mismo momento en que lo hizo, y se arrepentía de ello. Aún así, en ese momento, lo había sentido como algo natural. Por turnos contaron lo de la cabeza de dragón encantada del puente que intentó comerles, y después el ataque de las enredaderas que casi les había empujado al sumidero. Finalmente, James explicó la historia del espíritu del árbol.

—¿Náyades y dríadas? —exclamó Hagrid incrédulamente. James y Zane se detuvieron, parpadeando hacia él. Hagrid continuó—. Bueno, no son reales, ¿verdad? Sólo son historias y mitos. ¿No? —Dirigió la última pregunta a los adultos presentes.

—Los bosques del lago son solo una extensión del Bosque Prohibido —dijo Harry—. Si hay un lugar en el que cosas como las náyades y dríadas pueden existir, es ese. Aún así, si es cierto, no han sido vistas desde hace cientos de años. Por supuesto, creíamos que eran un mito.

—¿Qué quiere decir «si es cierto»? —preguntó James, un poco más alto de lo que pretendía—. La vimos. Habló con nosotros.

—Tu padre se comporta como un aurore, James —dijo McGonagall aplacadora—. Todas las posibilidades deben ser consideradas. Todos estabais bajo una gran tensión. No es que no os creamos. Simplemente debemos determinar la explicación más probable a lo que visteis.

—Pues para *mí* la explicación más probable es que ella era lo que dijo que era —masculló James por lo bajo.

No había contado a propósito a su padre ni a ninguno de los otros adultos lo último que le había dicho la dríada, la parte del sucesor, la sangre del enemigo latiendo en otro corazón. Parte de su renuencia se debía al recuerdo de las historias de su padre sobre cómo el mundo mágico le había tratado a él, Harry Potter, cuando había salido del laberinto del Torneo de los Tres Magos con la historia sobre el retorno de Voldemort, cómo habían dudado de él y le habían desacreditado. Por otra parte su padre ni siquiera estaba dispuesto a creer la parte de la dríada. ¿Si dudaba de eso, como iba a aceptar que la dríada había predicho el retorno de una nueva especie de Voldemort, a través de un heredero, un descendiente? Pero lo que había decidido finalmente a James a no contarle había sido recordar las últimas palabras de la dríada: *La batalla de tu padre ha terminado.*

La tuya comienza.

La conversación había seguido hasta bastante tarde después de que todos los detalles hubieran sido descritos y discutidos, lo bastante como para que James se aburriera con ella. Quería volver al castillo para poder dormir, pero más que nada, quería tiempo para pensar en lo que la dríada había dicho. Quería averiguar para qué servía la isla, qué significaba el poema de la verja. Intentaba recordarlo, se moría por escribirlo mientras todavía lo tenía fresco en la mente.

Estaba seguro, de algún modo, de que todo encajaba con la historia de Austramaddux y el plan secreto de los Slytherins para traer de vuelta a Merlín y empezar una guerra final con el mundo muggle. Ni siquiera se preguntaba ya si esa parte era cierta. *Tenía* que ser cierta, y él estaba dispuesto a evitarla.

Finalmente, los adultos terminaron de hablar. Habían decidido que la misteriosa isla, aunque obviamente peligrosa, era precisamente uno de los muchos misterios e inexplicables peligros que hacían que el Bosque Prohibido estuviera prohibido. La preocupación principal todavía era descubrir cómo había entrado el intruso, y asegurarse de que nadie más era capaz de repetirlo. Con eso resuelto, la reunión se disolvió.

La directora McGonagall había acompañado a James, Zane y Ted de vuelta al castillo, instruyéndoles para que hicieran lo posible por mantener los acontecimientos de la noche en secreto.

—Especialmente usted, señor Lupin —dijo severamente—. Lo último que necesitamos es a usted y su panda de vándalos corriendo por los terrenos en medio de la noche intentando emular las experiencias del señor Potter y el señor Walker.

Afortunadamente, Ted era lo bastante listo como para no intentar negar la posibilidad de algo semejante. Simplemente asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, señora.



James sólo vio a su padre una vez más en el transcurso de su visita, y eso después de las clases de la tarde, justo cuando Harry, Titus y los oficiales del ministerio se preparaban para partir. Neville había vuelto a Hogwarts esa tarde, y acompañó a James al despacho de la directora para despedirse de Harry y el resto. El grupo planeaba viajar vía Red Flu, como habían llegado, y habían escogido la chimenea de la directora para

partir ya que era la más segura. Si a Neville se le hacía raro que la oficina perteneciera ahora a su antigua profesora, a la que había conocido como *profesora McGonagall*, en vez de a Albus Dumbledore, no lo dejaba entrever. Pero hizo una pausa durante un momento ante el retrato del anterior director.

—¿Está fuera otra vez? —preguntó a Harry.

—Creo que generalmente solo duerme aquí. Hay retratos de Dumbledore por todas partes —suspiró Harry—. Eso sin mencionar todas sus viejas cartas de ranas de chocolate. Todavía aparece en ellas algunas veces solo por diversión. Guardo la mía en mi cartera, por si acaso. —Sacó su cartera y mostró una carta muy usada que había en ella. El espacio de la imagen estaba vacío. Harry sonrió a Neville mientras la volvía a guardar.

Neville se acercó al grupo congregado alrededor del fuego. Harry se agachó junto a James.

—Quería darte las gracias, James.

James disimuló el orgullo que se transparentaba en su cara.

—Solo hice lo que nos pediste que hiciéramos.

—No solo quería decir por venir con nosotros y ayudarnos a averiguar lo que pasaba —dijo Harry, posando una mano sobre el hombro de James—. Quería decir por divisar al intruso y señalármelo. Y por estar lo suficientemente alerta como para verle las otras veces. Tienes buen ojo y una mente despierta, hijo. No debería sorprenderme, y en realidad no lo hace.

James sonrió ampliamente.

—Gracias, papá.

—De cualquier forma, no olvides lo que hablamos la otra noche. ¿Recuerdas?

James lo recordaba.

—Nada de lanzarme a salvar el mundo por mi cuenta.

Contaré al menos con la ayuda de Zane, pensó, pero no lo dijo, y quizás también de Ted, ahora que Ralph me ha abandonado.

Harry abrazó a su hijo, y James le devolvió el abrazo. Se sonrieron el uno al otro, Harry tenía las manos sobre los hombros de su hijo, y se puso en pie, llevando a James hacia el fuego.

—Dile a mamá que me porto bien y me como mis verduras —instruyó James a su padre.

—¿Y lo haces? —cuestionó Harry, arqueando una ceja.

—Bueno. Sí y no —dijo James, un poco incómodo cuando todo el mundo le miró.

—Haz que sea cierto y se lo diré —dijo Harry, quitándose las gafas y metiéndoselas dentro de la túnica.

Momentos después, la habitación quedó vacía excepto por James, la directora McGonagall y Neville.

—Profesor Longbottom —dijo la directora—, sospecho que será mejor que le informe sobre todo lo que ha ocurrido durante las pasadas veinticuatro horas.

—¿Quiere decir lo referente al intruso en el campus, madame? —preguntó Neville.

La directora pareció notablemente sorprendida.

—Ya veo. Quizás simplemente pueda repetirme entonces. Cuénteme lo que ha oído, profesor.

—Simplemente eso, madame. Corre el rumor entre los estudiantes de que un hombre fue visto o capturado en el campo de quidditch ayer. La teoría más extendida es que era un representante de la comunidad de juegos de azar que o informaba o pretendía influir en el partido. Pura basura, por supuesto, pero asumo que será mejor dejar que las lenguas se entretengan con una historia tan ridícula en vez de negarlo todo.

—El señor Potter sin duda estaría en desacuerdo con usted —dijo la directora con mordacidad—. Aunque, ya que requeriré sus servicios para incrementar la seguridad de los terrenos, debería explicarle con precisión lo que ocurrió. James, ¿no te importa esperar un momento, verdad? No retendré al profesor mucho rato, y después él te acompañará de vuelta al pasillo. —Sin esperar respuesta, le dio la espalda volviéndose hacia Neville, lanzándose a detallar la noche anterior.

James conocía toda la historia, por supuesto, pero aún así sintió que era más correcto esperar cerca de la puerta, tan lejos de la conversación como fuera posible. Era incómodo y vagamente molesto. Se sentía un poco propietario del intruso, habiendo sido el primero en verle, y habiendo sido el que lo señalara en el campo de quidditch. Siempre pasaba lo mismo, los adultos negaban algo que un niño decía, y después, cuando se probaba que era cierto, tomaban totalmente el control y descartaban al niño. Comprendía que ésta era otra razón por la que no había hablado a ningún adulto de sus sospechas en lo concerniente al complot Slytherin sobre Merlín. Ahora se sentía incluso más seguro de que debía guardar el secreto, al menos hasta que pudiera probar algo.

James se cruzó de brazos y revoloteó cerca de la puerta, girándose para mirar a Neville, que estaba sentado delante del escritorio de la directora, y a McGonagall, que se paseaba ligeramente tras éste mientras hablaba.

—¿Qué estás tramando, Potter? —Una voz baja y arrastrada sonó detrás de James, haciéndole saltar. Se giró de golpe, con los ojos muy abiertos. La voz le cortó antes de

que pudiera responder—. No preguntes quién soy y no malgastes el tiempo con un montón de mentiras inútiles. *Sabes* exactamente quién soy. Y *yo sé*, incluso mejor que tu padre, que estás *tramando* algo.

Era, por supuesto, el retrato de Severus Snape. Los ojos oscuros evaluaban a James fríamente, la boca se curvaba hacia abajo en una mueca burlona y sabedora.

—Yo... —empezó James, y entonces se detuvo, presintiendo que si mentía, el retrato lo sabría—. No voy a contarlo.

—Una respuesta más honesta que cualquiera de las que daba tu padre, al menos —dijo Snape, manteniendo la voz lo bastante baja como para no atraer la atención de McGonagall o Neville—. Una pena que no esté vivo todavía para ser director o encontraría la forma de sacarte la historia de un modo... u otro.

—Bueno —susurró James, sintiéndose más valiente ahora que la sorpresa había pasado—. Supongo que es una suerte que ya no sea el director entonces. —Pensó que sería mejor decir eso que *es una suerte que esté muerto*. El padre de James sentía un gran respeto por Severus Snape. Incluso había puesto su nombre a Albus.

—No intentes hacerte el listo conmigo, Potter —dijo el retrato, pero más cansada que furiosamente—. Tú, al contrario que tu padre, sabes bien que fui un fiel aliado de Albus Dumbledore y tan responsable de la caída de Voldemort como él. Tu padre creía que dependía enteramente de él ganar todas las batallas. Era estúpido y destructivo. No creas que no he visto esa misma mirada en *tus* ojos no hace ni cinco minutos.

A James no se le ocurrió nada qué contestar a eso. Solo sostuvo la oscura mirada del retrato y frunció el ceño testarudamente.

Snape suspiró teatralmente.

—Sigue tu camino entonces. De tal Potter, tal hijo. Sin aprender nunca de las lecciones del pasado. Pero debes saber esto: te estaré vigilando, como vigilé a tu padre. Si tu *innombrable* sospecha es, contra toda probabilidad, acertada, ten por seguro que trabajaré por el mismo objetivo que tú. Intenta, Potter, no cometer los mismos errores que tu padre. Intenta no dejar que otros paguen las consecuencias de tu arrogancia.

Eso último picó a James hasta la médula. Asumió que Snape abandonaría su retrato después de una frase como esa, satisfecho de tener la última palabra, pero no lo hizo. Se quedó, con esa misma mirada penetrante en la cara, leyendo a James como a un libro abierto. Aún así, no había nada específicamente malicioso en esa mirada, a pesar de las palabras punzantes.

—Sí —James finalmente encontró su voz—, bueno, lo tendré en cuenta. —Era una respuesta penosa y lo sabía. Después de todo solo tenía once años.

—¿James? —dijo Neville tras él. James se giró y miró al profesor—. Al parecer tuviste

una noche excitante ayer. Siento curiosidad por esas enredaderas que os atacaron. Quizás pudieras contarme algo más de ellas en alguna ocasión, ¿te parece?

—Claro —dijo James, sentía los labios entumecidos. Cuando se giró hacia la puerta otra vez, siguiendo a Neville afuera, el retrato de Snape todavía estaba ocupado. Los ojos le siguieron misteriosamente mientras salía de la habitación.



Capítulo 9

Traición en el debate

A medida que James se iba familiarizando más con la rutina de la escuela, el tiempo parecía pasar casi sin que lo notara. Zane continuaba siendo genial en quidditch, y James continuaba sintiendo una incómoda mezcla de emociones ante el éxito de Zane. Todavía sentía una puñalada de celos cuando oía a la multitud vitorear uno de los golpes de Zane a la bludger, pero no podía evitar sonreír ante lo mucho que el chico amaba el deporte, cómo se deleitaba con cada partido, el trabajo en equipo y la camaradería. Además, James empezaba a confiar cada vez más en sus propias habilidades con la escoba. Practicaba con Zane en el campo de quidditch muchas tardes, pidiendo a su amigo que le enseñara trucos y técnicas. Zane, por su parte, siempre se mostraba entusiasta y dispuesto, afirmando que James definitivamente entraría en el equipo de Gryffindor al año siguiente.

—Entonces tendré que dejar de practicar contigo y darte pistas, ya sabes —dijo Zane, volando cerca de James y gritando sobre el rugido del aire—. Eso sería confraternizar

con el enemigo.

Como de costumbre, James no pudo decir si Zane bromeaba o no.

James disfrutaba de más confianza sobre la escoba, pero le sorprendió descubrir que le encantaba el fútbol. Tina Curry había dividido la clase en equipos y había establecido un calendario de partidos para que jugaran unos contra otros. Muchos estudiantes habían captado los conceptos esenciales del juego y, siendo como eran competitivos de corazón, se habían empeñado en hacer los partidos interesantes. Ocasionalmente, un estudiante podía olvidar la naturaleza no mágica del deporte y ser visto buscando frenéticamente en los bolsillos su varita, o simplemente señalando a la pelota y gritando algo como «¡*Accio pelota!*», lo que generalmente provocaba la interrupción del partido mientras todo el mundo reía. Una vez, una chica de Hufflepuff había agarrado el balón con ambas manos, olvidando las reglas básicas del juego, y había cargado por el campo como si estuviera jugando al rugby. James había descubierto, bastante a regañadientes, que las afirmaciones de la profesora Curry sobre sus habilidades habían estado bastante acertadas. Tenía talento. Podía controlar la pelota fácilmente con la punta de las deportivas mientras zigzagueaba por el campo. Su nivel de control del balón se consideraba mejor que el de cualquier otro de los nuevos jugadores, y estaba de segundo en la lista de goleadores, tan solo superado por la alumna de séptimo Sabrina Hildegard, quien como Zane era una nacida muggle y, al contrario que Zane, había jugado en las ligas muggles cuando era más pequeña.

James y Ralph, sin embargo, apenas se hablaban. La furia inicial de James y su resentimiento habían disminuido hasta convertirse en terco distanciamiento. Una pequeña parte de él sabía que debería perdonar a Ralph, e incluso disculparse por gritarle aquel día en el Gran Comedor. Sabía que si hubiera mantenido la calma, probablemente Ralph habría visto el error que cometía al dejarse guiar por sus compañeros Slytherin. Sin embargo, Ralph parecía considerar que era su deber apoyar a los Slytherins y al Elemento Progresivo tan ansiosamente como podía. Si no fuera por el hecho de que el entusiasmo de Ralph era bastante apático y tristón, James habría encontrado más fácil seguir enfadado con él. Ralph llevaba las insignias azules, y asistía a las reuniones del equipo de debate en la biblioteca, pero lo hacía con tal actitud de tenaz obligación que parecía producir más mal que bien. Si alguno de los Slytherins hablaba con él, levantaba la cabeza de un tirón y respondía con maniática ansiedad, para después desinflarse tan pronto como dirigían la atención hacia algún otro. A James le dolía un poco verlo, pero no lo suficiente como para cambiar de actitud hacia Ralph.

En su habitación por la noche o en una esquina de la biblioteca, James estudiaba el poema que él y Zane habían visto en la verja del Santuario Oculto. Con la ayuda de Zane, lo había escrito de memoria y confiaba en que fuera preciso. Aún así, no quería que pareciera que le daba demasiada importancia. Todo lo que sabían seguro era que las

primeras dos frases se referían al hecho de que el Santuario Oculto solo podía ser hallado a la luz de la luna. El resto era un acertijo. Seguía atascado en la línea que ponía «*Despierta de su lánguido sueño*», preguntándose si podía referirse a Merlín. Pero Merlín no estaba dormido, ¿verdad?

—Hace que parezca como si fuera Rip Van Winkle —susurró Zane un día en la biblioteca—. Durmiendo durante unos cuantos cientos de años bajo un árbol en alguna parte.

Zane tuvo que explicar el cuento de hadas de Rip Van Winkle, y James lo sopesó. Sabía, por haber oído conversaciones de su padre con otros aurores, que gran parte de la mitología muggle derivaba de encuentros distantes en el tiempo con brujas y magos. Historias de señores de la hechicería se abrían paso hasta los cuentos de hadas muggles, que habían sido estilizados y alterados, y que terminaban convirtiéndose en leyendas o mitos. Quizás, filosofó James, la historia del durmiente que despertaba cientos de años después, era un eco muggle de la historia de Merlín. Aún así, eso no consiguió que ni Zane ni James se acercaran más a averiguar cómo podría volver Merlín tras tantos siglos, ni ofrecía ninguna pista sobre quién podría estar involucrado en tal conspiración.

Por la noche, mientras comenzaba a dormirse, con frecuencia James descubría que sus pensamientos volvían, extrañamente, a su conversación con el retrato de Severus Snape. Snape había dicho que estaría vigilando a James, pero James no podía imaginar cómo iba a hacerlo. Solo había un retrato de Snape en Hogwarts, por lo que James sabía, y estaba en la oficina de la directora. ¿Cómo podría vigilarle? Snape había sido un mago poderoso, y un genio con las pociones según sus padres, ¿pero de qué manera alguna de esas dos cosas podía permitir que viera lo que ocurría en el castillo? Aún así, James no dudaba de Snape. Si había dicho que estaría observándole, James confiaba en qué, de uno u otro modo, era cierto. Fue solo dos semanas después, dando vueltas en la cabeza a la conversación, cuando se dio cuenta de lo más chocante del asunto. Snape, a diferencia de James y el resto del mundo mágico, había llegado la conclusión de que se parecía a su padre. *De tal Potter, tal hijo*, había dicho, resoplando. Irónicamente, sin embargo, para Snape, esto no constituía precisamente un cumplido.

Para cuando las hojas del Bosque Prohibido empezaron a tornarse de los colores marrón y amarillo del otoño, el azul del Elemento Progresivo se desplegabá en pósters y estandartes para el primer debate escolar. Como Ralph había predicho, el tema era «*Reevaluación de las presunciones sobre el pasado: ¿verdad o conspiración?*». Como si las meras palabras no fueran suficientes, en el lado derecho de cada estandarte y póster un dibujo encantado de un relámpago cambiaba para formar una interrogación durante solo unos segundos. Zane, quien, según Petra, era bastante bueno debatiendo, le dijo a James que el comité de debate de la escuela había discutido bastante tiempo sobre el tema de la primera discusión. Tabitha Corsica no estaba en el comité, pero su

compinche, Philia Goyle, era la presidenta del mismo.

—Así que al final —informó Zane a James—, el equipo de debate resultó ser un gran ejemplo de democracia en acción: discutieron toda la noche, y después *ella* eligió. —Se encogió de hombros cansinamente.

La visión de los signos y estandartes, y especialmente el inequívoco relámpago, hacía que la sangre de James ardiera. Ver a Ralph terminando de colocar él mismo uno de los estandartes justo fuera de la puerta de la clase de Tecnomancia fue más de lo que pudo soportar.

—Me sorprende que puedas alcanzar tan alto, Ralph —dijo James, la furia le hizo vomitar las palabras—, con la mano de Tabitha Corsica tan metida en el trasero.

Zane, que había estado caminando junto a James, suspiró y entró agachándose en la clase. Ralph no se había fijado en James hasta que éste habló. Bajó la mirada, con expresión sorprendida y herida.

—¿Qué se supone que significa eso? —exigió.

—Significa, que creía que para estas fechas ya te habrías hartado de ser su pequeño títere de primero. —James ya se arrepentía de haber dicho nada. La cándida miseria en la cara de Ralph le avergonzó.

Ralph tenía su mantra bien aprendido, sin embargo.

—Tú eres el que tiene un titiritero, alentando los miedos de los débiles para mantener la demagogia del prejuicio y la injusticia —dijo, pero sin mucha convicción. James puso los ojos en blanco y entró en clase.

El profesor Jackson estaba ausente de su lugar habitual tras el escritorio del profesor. James se sentó junto a Zane en primera fila. Mientras se sentaba, se esforzó por bromear y reír con otros Gryffindors que había cerca, sabiendo que Ralph estaría observando a través de la puerta. El placer que eso le proporcionó fue hueco y crudo, pero no obstante fue placer.

Finalmente la habitación se quedó en silencio. James levantó la mirada y vio entrar al profesor Jackson, llevando algo bajo el brazo. El objeto era largo, plano y envuelto en tela.

—Buenos días, clase —saludó, con sus acostumbrados modales bruscos—. Vuestros ensayos de la semana pasada están calificados y sobre mi mesa. Señor Murdock, ¿le importaría distribuirlos, por favor? En general, estoy terriblemente decepcionado, aunque creo que la mayor parte de ustedes pueden sentirse aliviados por el hecho de que Hogwarts generalmente no califica en la curva.

Jackson colocó cuidadosamente su carga sobre el escritorio. Cuando apartó la tela que

la rodeaba, James pudo ver que era una pila compuesta por tres pinturas bastante pequeñas. Pensó en la pintura de Severus Snape y su atención se afinó.

—Hoy es día de tomar notas, puedo tranquilizaros —dijo Jackson ominosamente. Colocó las pinturas en fila sobre el estante porta-tizas de la pizarra. El primer cuadro era de un hombre delgado con gafas redondas de lechuza y una cabeza casi perfectamente calva. Parpadeaba hacia la clase, con expresión alerta y ligeramente nerviosa, como si esperara que alguien, en cualquier momento, saltara y le gritara «¡buu!». El siguiente cuadro estaba vacío excepto por un fondo de madera bastante monótono. El último mostraba a un payaso ligeramente fantasmal de cara blanca y horrenda sonrisa grande y roja pintada sobre la boca. El payaso miraba estúpidamente de reojo a la clase y sacudía un poco un pequeño bastón con una bola en uno de sus extremos. La bola, notó James con un estremecimiento, era una versión diminuta de la propia cabeza del payaso, que sonreía aún más locamente.

Murdock terminó de repartir los trabajos de todo el mundo y volvió a su asiento. James bajó la mirada a su trabajo. Delante del todo, con la perfecta e inclinada hacia la izquierda letra cursiva de Jackson, estaban escritas las palabras: *Tibio, pero en una línea convincente. Hay que trabajar la gramática.*

—Como siempre, las preguntas sobre las calificaciones se me enviarán por escrito. Se realizaran discusiones más intensas, cuando sea necesario, durante mis horas de tutoría, asumiendo que alguno recuerde donde está mi oficina. Y ahora, prosigamos. —Jackson paseaba lentamente a lo largo de la línea de pinturas, gesticulando hacia ellas—. Como muchos de ustedes recordarán, en nuestra primera clase tuvimos un corto debate, propuesto por el señor Walker. —Atisbó bajo sus pobladas cejas en dirección a Zane—, sobre la naturaleza del arte mágico. Expliqué que las intenciones del artista son imbuir al lienzo a través de un proceso mágico y psicoquinético, lo cual permite al arte tomar una semblanza de movimiento y actitud. El resultado es una pintura que se mueve y gesticula al antojo del artista. Hoy, examinaremos una clase distinta de arte, una que representa la vida de un modo totalmente diferente.

Las plumas rascaban fervorosamente mientras la clase luchaba por mantener el paso al monólogo de Jackson. Como era acostumbrado, Jackson paseaba mientras hablaba.

—El arte de la pintura mágica se presenta en dos formas. La primera es solo una versión más extravagante de la representada por aquella sobre la que ya ilustré a la clase, que es la creación de una imagen puramente imaginaria basada en la imaginación del artista. Esta es diferente del arte muggle solo en cuanto a que la versión mágica puede moverse y mostrar emoción, basada en la intención, y solo dentro de los límites de la imaginación, del artista. Nuestro amigo de aquí, el señor Biggles, es un ejemplo. — Jackson gesticuló hacia la pintura del payaso—. El señor Biggles, gracias a Dios, nunca existió fuera de la imaginación del artista que lo pintó.

El payaso respondió a la atención, brincando en su marco, meneando los dedos de una mano enguantada de blanco y ondeando el bastón con la otra. La diminuta cabeza de payaso del extremo del bastón sacó la lengua y bizqueó. Jackson miró a la cosa un momento, después suspiró y empezó a pasearse de nuevo.

—El segundo tipo de pintura mágica es mucho más preciso. Depende de un avanzado hechizo y pinturas mezcladas con pociones para recrear a un individuo o criatura viva. El nombre en Tecnomancia de este tipo de pintura es *imago aetaspeculum*, que significa... ¿alguien puede decírmelo?

Petra levantó la mano y Jackson asintió hacia ella.

—¿Significa, creo, algo parecido a una imagen viva en un espejo, señor?

Jackson sopesó su respuesta.

—Casi, señorita Morganstern. Cinco puntos para Gryffindor por el esfuerzo. La definición más precisa del término es «una pintura mágica que capta una impronta viva del individuo que representa, pero confinada dentro del *aetas*, o tiempo, de la vida del propio sujeto». El resultado es un retrato que, aunque no contiene la esencia viva del sujeto, refleja cada característica intelectual y emocional de ese sujeto. Es decir, el retrato no aprende ni evoluciona más allá de la muerte del sujeto, pero retiene exactamente la personalidad del sujeto mientras sea estrictamente dentro de la duración de su vida. Aquí tenemos al señor Cornelius Yarrow como ejemplo.

Jackson señaló ahora al hombre delgado y nervioso del retrato. Yarrow se sobresaltó ligeramente ante el gesto de Jackson. El señor Biggles hacía cabriolas frenéticamente en su marco, celoso de la atención prestada al otro.

—¿Señor Yarrow, cuándo murió usted? —preguntó Jackson, pasando junto al retrato mientras volvía a pasear por la habitación.

La voz del retrato era tan fina como el hombre que había en él, con un tono agudo y nasal.

—Veinte de septiembre, 1949. Tenía sesenta y siete años y tres meses de edad, redondeando, por supuesto.

—¿Y cuál, si se me permite preguntar, era su ocupación?

—Fui secretario de finanzas de la escuela Hogwarts durante treinta y dos años —respondió el retrato con un resoplido.

Jackson se giró para mirar a la pintura.

—¿Y qué hace ahora?

El retrato parpadeó nerviosamente.

—¿Disculpe?

—Con todo el tiempo que tienen en sus manos, quiero decir. Ha pasado mucho tiempo desde 1949. ¿Qué hace ahora mismo, señor Yarrow? ¿Ha desarrollado alguna afición?

Yarrow pareció morderse los labios, obviamente confuso y preocupado por la pregunta.

—Yo... ¿afición? Nada de aficiones. Yo... siempre me gustaron los números. Tiendo a pensar en mi trabajo. Eso es lo que siempre hice cuando no estaba ocupado con los libros. Pienso en presupuestos, números y trabajo con ellos en mi cabeza.

Jackson mantuvo contacto ocular con la pintura.

—¿Todavía piensa en números? ¿Pasa su tiempo trabajando en los libros de los presupuestos de la escuela como hacía en 1949?

Los ojos se Yarrow saltaron de acá para allá por la clase. Parecía sentir que de algún modo le estaban tendiendo una trampa.

—Eh. Sí. Sí, eso hago. Es justamente lo que hago, ya me entiende. Como siempre hice. No veo razón para dejarlo. Soy el secretario, ya ve. Bueno, *era*, por supuesto. El secretario de finanzas.

—Muchas gracias, señor Yarrow. Ha ilustrado la cuestión precisamente —dijo Jackson, resumiendo su circuito por la habitación.

—Siempre complacido de ser útil —dijo Yarrow un poco rígidamente.

Jackson se dirigió de nuevo a la clase.

—El retrato del señor Yarrow, está colgado, como probablemente alguno de ustedes ya sabrá, en el pasillo justo fuera de la oficina de la directora, junto con muchos otros miembros del personal de la escuela y miembros del personal docente. Sin embargo, hemos entrado en posesión del segundo retrato del señor Yarrow, uno que normalmente cuelga en la casa de su familia. El segundo retrato, como muchos pueden suponer, es este de aquí, el del centro. Señor Yarrow, ¿le importa? —Jackson gesticuló hacia el retrato vacío del centro.

Yarrow alzó las cejas.

—¿Hm? Oh. Sí, por supuesto. —Rígidamente, se puso de pie, se sacudió alguna pelusa inexistente de su pulcra túnica, y después salió cuidadosamente del marco del retrato. Durante unos pocos segundos, ambos retratos permanecieron vacíos, entonces Yarrow apareció en el retrato del centro. Vestía ropas ligeramente diferentes en este cuadro, y cuando se sentó estaba girado en ángulo mostrando la protuberancia de su nariz de perfil.

—Gracias de nuevo, señor Yarrow —dijo Jackson, apoyándose contra el escritorio y cruzándose de brazos—. Aunque hay excepciones, típicamente, un retrato solo entra en actividad tras la muerte del sujeto. La Tecnomancia no puede explicarnos por qué es así, salvo que parece responder a la ley de Conservación de Personalidades. En otras palabras, un señor Cornelius Yarrow a la vez es, cósmicamente hablando, suficiente. —Hubo un murmullo de risa contenida. Yarrow frunció el ceño mientras Jackson continuaba—. Otro factor que entra en juego una vez el sujeto ha muerto es la interactividad entre retratos. Si hay más de un retrato de un individuo, estos se conectan, compartiendo un sujeto común. El resultado es un retrato *mutuo* que puede maniobrar entre sus marcos. Por ejemplo, el señor Yarrow puede visitarnos en Hogwarts, y después volver al retrato de su casa cuando quiera.

James luchaba por escribir todos los comentarios de Jackson, sabiendo que el profesor era famoso por sus creativas preguntas de examen que exigían el más mínimo detalle de cada uno de sus sermones. Se distrajo de la tarea, sin embargo, pensando en el retrato de Snape. James se arriesgó a alzar la mano.

Jackson le divisó y sus cejas se alzaron ligeramente.

—¿Una pregunta, señor Potter?

—Sí, señor. ¿Puede un retrato abandonar sus propios marcos? ¿Puede, quizás, ir a otras pinturas diferentes?

Jackson estudió a James durante un momento, con las cejas todavía alzadas.

—Excelente pregunta, señor Potter. Averigüémoslo, ¿le parece? ¿Señor Yarrow, podría ayudarnos una vez más?

Yarrow estaba intentando mantener la pose de su segundo retrato, que era estudiosa y pensativa, mirando ligeramente a lo lejos. Sus ojos se deslizaron a un lado, mirando a Jackson.

—Supongo. ¿En qué más puedo ayudar?

—¿Es usted consciente de la pintura del bastante odioso señor Biggles que hay junto a su marco?

El señor Biggles respondió a la mención de su nombre fingiendo una gran sorpresa y timidez. Se cubrió la boca con una mano y guiñó los ojos. La diminuta cabeza de payaso del extremo del bastón miraba con ojos saltones y hacía una pedorreta tras otra. Yarrow suspiró.

—Soy consciente de esa pintura, sí.

—¿Sería tan amable de entrar en la pintura solo un momento, señor?

Yarrow se giró hacia Jackson, con sus ojos acuosos amplificados tras las gafas.

—Incluso si fuera posible, no creo que pudiera imponerme a mí mismo tal compañía, lo siento.

Jackson asintió, cerrando los ojos respetuosamente.

—Gracias, sí, no le culpo, señor Yarrow. No, como podemos ver, por consiguiente, y aunque se requiere una magia mucho más poderosa para crearlo, el *imago aetaspeculum*, no está diseñado para permitir que el retrato entre en la pintura de un sujeto puramente imaginario. Sería, en cierto sentido, como intentar obligarse a uno mismo a atravesar una puerta pintada. Por otro lado, ¿señor Biggles? —El payaso saltó otra vez extasiado ante la mención de su nombre, y miró a Jackson con la caricatura de una intensa atención. Jackson extendió un brazo hacia el marco de en medio—. Por favor, únase al señor Yarrow en su retrato, ¿le importa?

Cornelius Yarrow pareció sorprendido, después horrorizado, cuando el payaso saltó de su propia pintura y entró en la de él. El señor Biggles aterrizó detrás de la silla de Yarrow, aferrándola y casi tirando a Yarrow de ella. Yarrow balbuceó cuando Biggles se inclinó hacia delante, con la cabeza sobre el hombro izquierdo de Yarrow y la cabeza de payaso en miniatura por el derecho, haciendo pedorretas en la oreja del hombre.

—¡Profesor Jackson! —exclamó, su voz se había alzado un octavo y temblaba al borde de la inaudibilidad—. ¡Insisto en que saque a este... este febril imaginado de mi retrato al instante!

La clase irrumpió en vendavales de risa cuando el payaso saltó sobre el hombro de Yarrow y aterrizó en su regazo, lanzando ambos brazos alrededor del flaco cuello del hombre. El payaso del bastón besaba repetidamente la nariz de Yarrow.

—Señor Biggles —dijo Jackson ruidosamente—. Es suficiente. Por favor vuelva a su propia pintura.

El payaso parecía poco dispuesto a obedecer. Se levantó del regazo de Yarrow y se ocultó elaboradamente tras la silla del hombre. Los ojos de Biggles se asomaban sobre el hombro derecho de Yarrow, la cabeza en miniatura sobre el izquierdo.

Yarrow se dio la vuelta y dio una palmada remilgada al payaso, como si este fuera una araña que le daba asco tocar pero a la que estaba ansioso por matar. Jackson sacó su varita —doce pulgadas y hecha de nogal— de la manga y apuntó cuidadosamente al marco vacío del payaso.

—¿Tendré que alterar su medioambiente mientras está usted fuera, señor Biggles? Tendrá que volver tarde o temprano. ¿Preferiría encontrarlo atestado de ortigas?

El payaso frunció el entrecejo petulantemente bajo el maquillaje y se puso de pie. Contrariado, salió del retrato de Yarrow y volvió a su propia pintura.

—Una regla general muy simple —dijo Jackson, observando al payaso que le lanzaba

una muy entusiasta mirada atravesada—. Una personalidad unidimensional puede introducirse en el ambiente de una personalidad bidimensional, pero no al contrario. Los retratos están confinados en sus propios marcos, mientras que los sujetos imaginarios pueden moverse libremente dentro o a través de cualquier otra pintura que esté en sus alrededores. ¿Contesta eso a su pregunta, señor Potter?

—Sí, señor —respondió James, después se apresuró a continuar—. Una cosa más. ¿Puede un retrato aparecer en más de uno de sus marcos a la vez?

Jackson sonrió a James mientras simultáneamente su frente se arrugaba.

—Su curiosidad acerca del tema no tiene límites al parecer, señor Potter. De hecho es posible, aunque sea una rareza. En el caso de grandes magos, cuyos retratos han sido duplicados muchas veces, al parecer puede producirse una especie de división de personalidad, lo que permite que el sujeto aparezca en múltiples marcos a la vez. Tal es el caso de vuestro Albus Dumbledore, como podéis suponer. Este fenómeno es muy difícil de medir y, por supuesto, depende enteramente de la habilidad de la bruja o mago que aparece en el retrato. ¿Eso es todo, señor Potter?

—Profesor Jackson, señor —dijo una voz diferente. James se giró para ver a Philia Goyle que estaba cerca, con la mano levantada.

—Sí, señorita Goyle —dijo Jackson, suspirando.

—Si he entendido correctamente, el retrato sabe todo lo que sabe el sujeto, ¿verdad?

—Creo que eso es evidente, señorita Goyle. La pintura refleja la personalidad, conocimiento y experiencias del sujeto. Ni más ni menos.

—¿Entonces un retrato puede hacer a ese sujeto inmortal? —preguntó Philia. Su cara, como siempre, se mostraba estoica e impassible.

—Me temo que confunde las *apariencias* con lo cierto, señorita Goyle —dijo Jackson, mirando a Philia atentamente—, y ese es un error atroz para que lo cometa una bruja. Gran parte de la magia, como de la vida en general podría añadir, es primordialmente ilusión. La capacidad para separar ilusión de realidad es una de las reglas básicas de la Tecnomancia. No, un retrato es simplemente una representación de un sujeto que vivió una vez, no más vivo que su propia sombra cuando cae sobre el suelo. No tiene forma sin embargo de prolongar la vida del sujeto difunto. A pesar de las apariencias, el retrato de un mago es simplemente una pintura sobre un lienzo.

Cuando Jackson terminó de hablar, se giró hacia la pintura del señor Biggles. Con un veloz movimiento, apuntó con la varita a la pintura sin siquiera mirarla. Un chorro de límpido y amarillento líquido surgió del extremo de la varita y se estampó contra el lienzo. Instantáneamente, la pintura se disolvió. El señor Biggles dejó de moverse mientras su imagen se emborronaba y la pintura se corría del lienzo. Un inconfundible

olor a trementina llenó la habitación. La clase estaba mortalmente callada.

El profesor Jackson se paseó lentamente hasta quedar detrás de su escritorio.

—Me creía todo un artista en mi juventud —dijo, inspeccionando el extremo de su varita mientras se giraba—. El señor Biggles, horrible como era, fue uno de mis mejores trabajos. Podéis suponer con libertad qué clase de circunstancias de la vida pudieron conducirme a crear semejante cosa, ya que yo mismo lo he olvidado. Creía haber olvidado también al señor Biggles, hasta que lo encontré en el fondo de mi baúl mientras empacaba para mi viaje. Pensé —dijo, mirando a la masa pintarrajeada que chorreaba del marco y goteaba sobre el suelo— que este sería un final apropiado para él.

Jackson se sentó tras su escritorio, posando cuidadosamente su varita sobre el papel secante delante de él.

—Y ahora, clase, ¿qué verdad de la Tecnomancia podemos derivar de lo que acabo de ilustrarles?

Nadie se movió. Entonces una mano se alzó lentamente.

Jackson inclinó la cabeza.

—¿Señor Murdock?

Murdock se aclaró la garganta.

—¿No intentar ser artista si se supone que tienes que ser profesor de Tecnomancia, señor?

—Eso no es exactamente lo que tenía en mente, señor Murdock, pero igualmente es una verdad indiscutible. No, la verdad que he ilustrado es esta, mientras un mago pinta, un retrato u otra cosa, no está solo pintando en un lienzo. —La mirada de Jackson recorrió la clase, para finalmente posarse en James—. Solo el artista original puede destruir su pintura. Nada ni nadie más. El lienzo puede ser cortado, el marco destruido, pueden ser arrancados los soportes del lienzo, pero la pintura resistirá. Continuará representando al sujeto, sin importar lo que le ocurra, incluso en un millar de pedazos. Solo el artista original puede destruir esa conexión, y una vez que lo hace, se destruye para siempre.

La clase se disolvió, James no pudo evitar ralentizar el paso cuando pasó junto a la pintura destruida del señor Biggles. La cara del payaso no era más que un embarrado borrón gris en el centro del lienzo. Vetas de pintura corrían sobre el borde inferior del marco, encharcando el estante de la tiza, y cayendo al suelo, formando una salpicadura de blanco y sangriento rojo. James se estremeció, y siguió adelante. Pensó que nunca volvería a mirar igual a ninguna otra pintura mágica. Mientras se dirigía a su siguiente clase, pasó junto a una pintura de varios magos reunidos alrededor de un gigantesco globo. Irónicamente, James notó que uno de los magos, un hombre severo con un

mostacho negro y gafas, le estaba observando atentamente. James se detuvo y se inclinó hacia él. El mago se mantuvo impertérrito, sus ojos eran penetrantes.

—No tienes nada de qué preocuparte —dijo James serenamente—. Ni siquiera sé quién te pintó. El arte es el departamento de Zane.

El mago de la pintura hizo una mueca hacia él, molesto, como si James lo hubiera entendido todo mal. Soltó un resoplido y señaló en la dirección en la que James había estado caminando, como diciendo *«muévete, no hay nada que ver aquí»*.

James reanudó su camino a clase de Encantamientos, pensando ociosamente en el mago de la pintura. Le parecía familiar, pero no podía ubicarle. Para cuando entró en la clase del profesor Flitwick, ya había olvidado al pequeño mago pintado y su mirada penetrante.



El día del famoso primer debate escolar llegó y James se sorprendió de ver cuanta gente tenía planeando asistir. Había asumido que los debates eran típicamente asuntillos ordinarios a los que asistían solo los propios equipos, algunos profesores, y un puñado de los estudiantes de mentes más académicas. A la hora del almuerzo de ese viernes, sin embargo, el debate había generado el tipo de tempestuosa tensión que acompañaba a ciertos partidos de quidditch. Lo único que parecía faltar, sin embargo, eran las bromas burlonas entre las aficiones.

Gracias a los estandartes y pósters cuidadosamente colocados y que anunciaban el debate, la población estudiantil había quedado claramente dividida entre los dos puntos de vista, que al parecer, no eran compatibles a ningún nivel. El resultado era una tensión tétrica que llenaba los silencios donde de otra forma las bromas y alardes competitivos podrían haber estado. James no había estado considerando seriamente el asistir al debate. Ahora, sin embargo, comprendió que el resultado del evento probablemente afectaría a toda la cultura de Hogwarts. Por esa razón, sentía la obligación de ir, al igual que debido a una creciente curiosidad. Además, si Zane iba a estar discutiendo delante de gran parte de la población de la escuela, en parte defendiendo a Harry Potter, James sabía que sería importante que él estuviera allí para mostrar su apoyo.

Después de la cena, se unió a Ted y el resto de los gremlins de camino al evento, junto con muchos de los demás estudiantes.

El debate se celebraba en el anfiteatro, donde se representaban ocasionalmente obras y conciertos. James nunca había estado en el anfiteatro antes. El área de asientos al aire

libre, esculpidos en la ladera que estaba detrás de la torre este, descendía en escalones hasta un largo escenario. Cuando James se abrió paso trabajosamente a través del arco abarrotado que se abrió sobre la última fila de distribución de asientos, vio que el escenario de abajo estaba casi vacío. Una silla de respaldo alto y aspecto oficial estaba colocada en la parte posterior central del escenario, flanqueada por dos pódiums y dos largas mesas, con filas de sillas detrás. El profesor Flitwick estaba en el escenario, guiando un globo fosforescente que flotaba en medio del aire con su varita, colocándolo junto con otros más que iluminaban el espacio en localizaciones estratégicas.

El pozo de la orquesta había sido cubierto con una gran plataforma, y después arreglado con una mesa de biblioteca y seis sillas. Zane había explicado que los jueces se sentarían ahí. El ruido de la multitud de estudiantes era un balbuceo apagado, casi perdido entre los ruidos normales de la tarde que emanaban de las colinas oscuras y el bosque cercano. Ted, Sabrina y Damien lideraron el camino hacia una fila a medio camino de la sección media, uniéndose a un grupo de otros Gryffindors. Noah ya estaba allí. Ondeó la mano hacia James cuando tomaron asiento.

—Saludo gremlin —dijo Noah, efectuando, con cara seria, una serie de complicados gestos manuales que incluían el tradicional saludo con la mano en la frente, un puño alzado, un meneo de ambos codos que se parecía un poco a la danza de una gallina, y terminaba con ambas manos enmarcando la cara, con los dedos y pulgares extendidos, simulando con gestos unas orejas de gremlin.

Ted asintió, respondiendo con solo el gesto de las orejas gremlin, que era aparentemente la señal de respuesta.

—¿Nuestros amigos de SW tenían algo para nosotros?

Noah asintió.

—Efectuamos una pequeña prueba esta tarde bajo condiciones controladas. Parece incluso mejor de lo que esperábamos. Y —añadió sonriendo—, nos proporcionaron sus servicios gratis además. George envió una nota con un paquete pidiendo solo que le contemos exactamente como resulta la cosa.

Ted sonrió más bien sin humor.

—Le íbamos a dar un informe completo de todas formas.

James codeó a Ted.

—¿Qué pasa?

—James, muchacho —dijo Ted, examinando a la multitud—, ¿sabes lo que significa el término «negación plausible»?

James sacudió la cabeza.

—No.

—Pregunta a tu colega, Zane. Lo inventaron los americanos. Digamos que algunas veces es mejor no saber nada hasta después del hecho.

James se encogió de hombros, figurándose que estaba sentado lo suficientemente cerca de la acción como para averiguar, probablemente antes que nadie, lo que estaban tramando los gremlins. Alguien en las cercanías tenía una pequeña radio sintonizada con red inalámbrica mágica. La diminuta voz del locutor balbuceaba, formando parte del ruido, hasta que James oyó la frase «atestado anfiteatro». Su mirada recorrió los grupos apelotonados cerca del escenario, y encontró lo que estaba buscando. Un hombre alto que llevaba un bombín púrpura estaba hablando a la punta de su varita. La cadencia de su discurso extraía pequeñas nubes de humo del extremo de su varita, las nubes tomaban la forma de palabras mientras flotaban a través del aire. Sobre una pequeña mesa cerca del hombre había una máquina que se parecía en cierto modo a una grabadora antigua con un enorme embudo. Las palabras etéreas eran succionadas por el embudo tan pronto como abandonaban la varita del hombre. James nunca había visto una emisión mágica en acción. Leyó las palabras que el mago estaba pronunciando un segundo antes de que fueran emitidas por la radio.

—Curiosos y contenciosos parecen haberse congregado por igual en manadas para el acontecimiento de esta noche —dijo el locutor—, ilustrando el debate de actualidad estos días en todo el mundo mágico, tanto las políticas del ministerio como las prácticas de los aurores se cuestionan en referencia a la reciente historia mágica. Esta noche, por medio de esta emisión especial de *Noticias Mágicas de Actualidad*, veremos lo que uno de los más afamados centros de aprendizaje mágico de este país piensa al respecto. Soy vuestro anfitrión, Myron Madrigal, hablando en nombre del patrocinador de esta noche, *Pulido de Varitas y Encantamientos Realzadores Wymnot*: los mejores hechizos provienen de una varita Wymnot. Estaremos de vuelta para los comentarios de apertura después de este importante mensaje.

El locutor giró un dedo hacia su ayudante, que taponó el embudo con un gran émbolo, después añadió una grabación al aparato. Un anuncio de pulido de varitas Wymnot empezó a sonar por la radio cercana. A James le preocupó el hecho de que el debate fuera a ser emitido para todo el mundo mágico, pero después decidió que mejor eso a que fuera recortado y manipulado por alguien como Rita Skeeter. Al menos así, todos los argumentos se oirían en su totalidad. Solo podía esperar que Zane, Petra y su equipo discutiera bien contra Tabitha Corsica y su bien tramada agenda de dudas y medias verdades.

Justo cuando el anuncio estaba a punto de terminar, Benjamin Franklyn se aproximó al pódium izquierdo que había sobre el escenario. Desde la radio, la voz del locutor habló con un tono apagado.

—En un atrevido giro de los acontecimientos se le ha pedido al portavoz de la escuela americana de hechicería Alma Aleron, Benjamin Amadeus Franklyn, que oficie el debate de esta noche. Se está aproximando al pódium.

—Buenas tardes, amigos, estudiantes, invitados —dijo Franklyn, desechando su varita y alzando su clara voz de tenor—. Bienvenidos a este, el debate estudiantil inaugural de Hogwarts. Mi nombre es Benjamin Franklyn, y me siento honrado de haber sido elegido para presentar a los equipos de esta noche. Sin más dilación, ¿podrían los equipos A y B tomar sus lugares sobre el escenario?

Un grupo de diez personas se puso de pie en la primera fila. El grupo se dividió, la mitad ascendió al escenario por el lado derecho y la otra mitad por el izquierdo. Se colocaron en las sillas tras las dos mesas mientras Franklyn les presentaba.

El equipo A lo formaban Zane, Petra, Gennifer Tellus, un Hufflepuff llamado Andrew Haubert, y un estudiante de Alma Aleron llamado Gerald Jones. El equipo B estaba formado, cosa que no sorprendía, principalmente por Slytherins de séptimo curso, que incluían a Tabitha Corsica, su amiguete, Tom Squallus, y a otros dos, Heather Flack y Nolan Beetlebrick. La quinta persona a la mesa, y el único menor de quince años, era Ralph. Estaba sentado en su silla tan rígido como una estatua, mirando fijamente a Franklyn como hipnotizado.

—El debate de esta noche —continuó Franklyn, ajustándose sus gafas cuadradas—, como puede asumirse por la gran asistencia y la cobertura de la prensa, trata temas a la vez graves y de largo alcance. Se ha dicho que la disensión es el combustible para que una población honrada mantenga un gobierno justo. Esos son los axiomas que nos definen, esta noche, los veremos en acción. Asumamos una actitud de respeto y razonamiento, a pesar de nuestras opiniones, a fin de que lo que ocurra aquí esta noche sea en beneficio de la escuela y de todos los que han pasado por sus muros. No importa el resultado —Franklyn se giró en este punto, recorriendo a los dos equipos de debate a ambos lados—, salgamos de aquí como hemos entrado: amigos, compañeros de clase y colegas brujas y magos.

Hubo una ronda de aplausos que, en opinión de James, sonó bastante más maquinal que apreciativo. Franklyn sacó un papel de su túnica y lo examinó.

—Como se determinó antes por medio de sorteo —gritó con voz oficial—. El equipo B comienza con sus declaraciones de apertura. La señorita Tabitha Corsica, creo, será su representante. Señorita Corsica.

Franklyn retrocedió alejándose del pódium, tomando asiento en la silla de respaldo alto en el centro de la parte posterior del escenario. Tabitha se aproximó al pódium, con las manos vacías. Mostró su maravillosa sonrisa al público, pareciendo dirigirse a cada persona individualmente.

—Amigos y compañeros de clase, profesores y miembros de la prensa, ¿puedo ser tan atrevida como para empezar remarcando que las palabras de nuestro estimado profesor Franklyn, de hecho, representan el mismo corazón del error que subraya nuestra discusión de esta noche?

La multitud reaccionó con algo parecido a un jadeo colectivo o un suspiro de expectación. Tabitha se tomó un momento para girarse y sonreír a Benjamin Franklyn.

—Con mis disculpas, profesor.

Franklyn parecía absolutamente imperturbable. Alzó una mano hacia ella, con la palma hacia arriba, y asintió. *Adelante*, parecía decir el gesto.

—Por supuesto el decoro y el respeto deben ser la regla del día durante una discusión como ésta —dijo Tabitha, volviendo su atención a la audiencia—. Y a ese respecto estamos más que de acuerdo con el profesor. No, el error yace en la última frase del profesor Franklyn. Nos anima, a todos, a recordar que somos todos, al fin y al cabo, colegas brujas y magos. Amigos, ¿es esta la base esencial de nuestra identidad? Si así es, desde luego considero que somos los peores tiranos, la más baja forma de fanáticos. ¿Por qué no somos, bajo las varitas y hechizos, más humanos que brujas y magos? Permitirnos a nosotros mismos ser primordialmente definidos por nuestra magia es negar la humanidad que compartimos con el mundo no mágico. Peor aún, es relegar, por omisión, al resto de la humanidad a un estatus más bajo y menos importante que el nuestro. Ahora bien, no atribuyo estos prejuicios al profesor Franklyn en particular. Estos prejuicios están tan arraigados en los métodos y modales de la política como la magia a las escobas. ¿No es la creencia innata del mundo mágico que la humanidad muggle es inferior a la nuestra sino el desafortunado e inevitable resultado de las actuales políticas del ministerio?

»Nuestro argumento esta noche es que esas presunciones de la actual clase dirigente han conducido a este prejuicio. Estas afirmaciones tienen tres vertientes. La primera es que la Ley de Secretismo es necesaria para salvaguardar al mundo muggle de su supuesta incapacidad para asumir nuestra existencia. Aunque posiblemente necesaria en épocas anteriores, mantenemos que esa Ley de Secretismo es obsoleta, dando como resultado una sociedad segregada que niega injustamente a la vez al mundo mágico y al muggle los beneficios que podrían obtener el uno del otro.

»La segunda presunción es que la historia prueba la idea de que ese hermanamiento muggle-mago solo puede dar como resultado una guerra. Argumentaremos que este reclamo ha sido vastamente orquestado basándose en una serie de incidentes históricos aislados y sin conexión alguna, que fueron desafortunados pero relativamente de escasa importancia. El espectro del todopoderoso mago malvado que busca dominar el mundo ha sido colocado en el mismo estante que el consabido prejuicio de la debilidad mental

del mundo muggle, incapaz de aceptar la existencia de la sociedad mágica. Ambas amenazas, afirmamos, han sido cultivadas por la clase mágica dirigente para mantener una cultura del miedo, cimentando así su propia agenda de poder y control.

»Y la presunción final que deseamos cuestionar es la existencia de la así llamada «magia oscura». Afirmaremos que la magia «oscura» es simplemente una forma de compleja y sí, ocasionalmente peligrosa magia, solo considerada malvada porque es principalmente utilizada por aquellos que en su momento se opusieron a la clase mágica dirigente de la época. La magia «oscura» es al fin y al cabo una invención del Departamento de Aurores, utilizada para justificar el aplastamiento de cualquier individuo o grupo que amenace a esa clase dirigente.

»Afirmamos que éstas tres suposiciones forman la base de las políticas de prejuicio contra el mundo muggle. Nuestra meta es la igualdad, nada menos, para los muggles y para nosotros mismos. Después de todo, antes de ser brujas o magos, muggles o no, somos primero y ante todo... humanos.

Con eso, Tabitha se giró y volvió a su asiento en la mesa del equipo B. Hubo un momento de silencio bastante impresionado, después, para desmayo de James, la multitud irrumpió en un aplauso. James miró alrededor. No todo el mundo estaba aplaudiendo, pero los que sí, más o menos la mitad, lo hacían con sombrío vigor.

—... efusivo apoyo por parte de la asamblea de estudiantes —podía oírse decir a la voz de la radio—, mientras la señorita Corsica, la viva imagen de la compostura y la seguridad, toma asiento. La señorita Petra Morganstern, capitana del equipo B, se aproxima ahora a...

Petra arregló un pequeño taco de notas sobre el pódium mientras el aplauso moría. Levantó la mira, sin sonreír.

—Damas y caballeros, compañeros, saludos —dijo, su voz sonaba precisa y resonante—. Los miembros del equipo B reclaman que hay tres puntos de argumentación, sus «tres presunciones». El equipo A demostrará que hay, en realidad, solo una «presunción» válida para el debate de esta noche, sus otras dos líneas de argumentación son completamente dependientes de esta. Esa «presunción» es que la noción de la historia, como una ciencia y un estudio, no es digna de confianza. El equipo B debe convencernos de que esa historia, además de no ser digna de confianza, es una completa invención, tramada por los antojos y las manipulaciones deliberadas de un pequeño grupo de brujas y magos dirigentes e increíblemente poderosos. Estos individuos debieron ser poderosos ciertamente, porque la historia que supuestamente inventaron está, de hecho, todavía en la memoria de muchos de los que viven hoy en día. Nuestros padres y abuelos, nuestros profesores, y sí, nuestros líderes. Ellos estaban allí cuando esta historia supuestamente inventada tuvo lugar, sin ir más lejos, aquí

mismo en estos mismos terrenos. Utilizando la lógica del equipo B, la batalla de Hogwarts nunca ocurrió, o transcurrió de modo tan diferente como para carecer completamente de sentido. Si así fuera pueden muy bien defender que sus otras «presunciones», tales como la aseveración de que no hay necesidad de la Ley de Secretismo y de que la magia oscura es una invención del Departamento de Aurores. Sí, sin embargo, nosotros podemos demostrar que los informes históricos del ascenso del Señor Tenebroso y su sangrienta búsqueda de poder y dominio sobre el mundo muggle son precisos, el resto de las afirmaciones del equipo B caerán por su propio peso también. Por tanto, emplearemos todas nuestras energías en discutir sólo eso, con nuestras disculpas al equipo B.

Se produjo otro silencio cargado, precipitado por la mención del Señor Tenebroso, después otro estallido de aplausos, igual en volumen que el anterior, pero salpicado por exuberantes aullidos y silbidos.

—Una corta pero directa declaración de la señorita Morganstern —dijo el locutor. James vio al hombre del bombín púrpura y leyó sus palabras mientras fluían de la varita al embudo—. Aparentemente centrada en un punto como respuesta a las tres ramificaciones de la señorita Corsica. Esto promete ser una discusión directa y apasionada, damas y caballeros.

Durante los siguientes cuarenta minutos, los miembros de cada equipo ocuparon el pódium, ofreciendo argumentos y contra argumentos, todo regulado y oficiado por el profesor Franklyn. A la audiencia se le había indicado que refrenara los aplausos, pero estos habían sido imposibles de impedir. Una vez sonaba una ronda de aplausos provocada por la argumentación de un equipo, esta parecía animar a los defensores del punto de vista opuesto a vitorear a su propio lado igualmente.

La noche descendió sobre el anfiteatro, amenazadoramente oscura, con solo un ralo rayo de luna en el horizonte. Flotaban linternas encantadas sobre las escaleras y arcos de entrada, dejando las zonas de los asientos entre las sombras. El escenario relucía en el centro, iluminado casi como si fuera mediodía por los globos fosforescentes del profesor Flitwick que flotaban gentilmente en el aire. Zane se enfrentaba a Heather Flack, debatiendo la afirmación de que los informes históricos siempre eran alterados por los vencedores.

—Yo soy de los Estados Unidos, ya sabes —dijo Zane, dirigiéndose a Heather Flack desde el otro lado del escenario—. Si tu afirmación es cierta, resulta que es mentira todo lo que he aprendido sobre el ocasionalmente terrible pasado de mi país, desde nuestro trato a los nativos americanos, a las cazas de brujas de Salem, o los tiempos de la esclavitud. Si los vencedores escriben la historia, ¿cómo es que sé que incluso Thomas Jefferson tuvo una vez esclavos?

Benjamin Franklyn hizo una mueca ante eso, después asintió lentamente, aprobadoramente. Los seguidores del equipo A aplaudieron a rabiar.

Finalmente, sin haber sacado nada en claro, los capitanes de ambos equipos se aproximaron a los pódiums para la argumentación final. Tabitha Corsica seguía teniendo el primer turno.

—Aprecio —empezó, mirando fijamente a Petra—, que mi oponente en este debate haya restringido la discusión a esta doctrina central: que la historia reciente del mundo mágico ha sido realzada y estilizada para instigar el terror a algún monstruoso y legendario enemigo. Para ser más específicos, continuamente sacan a colación la imagen del Señor Tenebroso, como prefieren llamarlo. Si la señorita Morganstern desea evadir las demás facetas válidas de la discusión de esta noche, la complaceré. Si, como parece, está dispuesta a debatir los detalles de la figura de la que se derivan todos los demás detalles, discutamos el tratamiento dado a lord Tom Ryddle.

Un jadeo de inconfundible sorpresa y temor recorrió la multitud ante la mención del nombre de Voldemort. Hasta para Tabitha Corsica, pensó James, sacar a colación a Tom Ryddle parecía un riesgo terrible, incluso si él estaba, de hecho, en el corazón del asunto. James se sentó inclinado hacia adelante en su asiento, con el corazón palpitante.

—El «Señor Tenebroso», como al Departamento de Aurores le gusta llamar a Tom Ryddle —dijo Tabitha hacia la apagada oscuridad— fue de hecho un mago poderoso, y quizás incluso desencaminado. Demasiado entusiasta, puede ser. Pero en realidad, ¿qué sabemos seguro sobre sus planes y sus métodos? La señorita Morganstern les dirá simplemente que era malvado. Que era un mago «oscuro», dirá, que anhelaba sólo poder y muerte. Pero, ¿existe en realidad gente así? En los libros de cómics, quizás. Y en las mentes de aquellos que alimentan el miedo. No, Tom Ryddle andaba desencaminado, pero era un mago bienintencionado cuyo deseo de la igualdad mago-muggle fue simplemente una noción demasiado radical para la clase mágica dirigente. Los poderes urdieron una campaña muy cuidadosa de medias verdades y mentiras categóricas diseñadas para desacreditar las ideas de Ryddle y demonizar a sus seguidores, a quienes los medios de comunicación controlados por el ministerio apodaron «mortífagos». A pesar de todo, las reformas de Ryddle finalmente ganaron suficiente apoyo como para asumir el control del Ministerio de Magia durante un corto tiempo. Sólo después de un cruento y vicioso enfrentamiento los viejos poderes derrotaron a Ryddle y sus reformistas, matando a Tom Ryddle en el proceso y difamándolo tan implacablemente como pudieron.

Mientras Tabitha hablaba, un gruñido se propagó por la asamblea reunida. El gruñido creció hasta convertirse en gritos aislados de rabia, otros gritaban «¡*Dejadla hablar!*!». Finalmente, justo cuando terminaba, la multitud estalló en un agitado frenesí que James encontró aterrador. Miró alrededor. Muchos estudiantes estaban de pie y

gritando con las manos ahuecadas sobre la boca. Varios se habían subido a sus asientos, machacando o sacudiendo los puños. James no podía ver quién, entre la multitud, estaba gritando en apoyo o contra Tabitha.

A esas alturas del disturbio, tuvo la vaga sensación de que Ted Lupin y Noah Metzker estaban acucillados alrededor de algo. De repente, se produjo un estallido de luz cegadora entre ellos, lo que los convirtió en siluetas recortadas. El rayo de luz ascendió, llenando el anfiteatro con su brillo. A alrededor de cien pies de altura, la bola de luz explotó en un millón de diminutas luces. La gente se quedó en silencio, desconcertada, todos con los ojos en alto. Las luces diminutas se unieron, tomando forma. Se oyó un jadeo colectivo cuando las luces formaron la enorme forma de la legendaria Marca Tenebrosa: una calavera con una serpiente saliendo de su boca. Después, casi instantáneamente, la forma quedó apagada por la forma estilizada de un relámpago. El relámpago pareció golpear la calavera, que mordió, partiendo la serpiente por la mitad. La mitad delantera de la serpiente dio vueltas, y sus ojos se convirtieron en pequeñas cruces, y entonces la calavera se partió por la mitad. El relámpago se desvaneció mientras el siguiente mensaje salía de la calavera rota:

¡Vuestra calavera de la risa solo en Sortilegios Weasley!

¡Tiendas en el callejón Diagon y Hogsmeade!

¡Los pedidos por correspondencia son nuestra especialidad!

Se hizo un largo momento de silencio, de absoluto desconcierto, mientras todo el mundo se quedaba con la mirada fija en las letras brillantes. Entonces las letras se quebraron y cayeron, lloviendo hermosamente sobre el anfiteatro. Se oyó una risita disimulada en alguna parte.

—Bueno —dijo el profesor Franklyn, habiéndose puesto en pie y avanzado hasta el centro del escenario—. Esa ha sido, debo admitirlo, una oportuna y en cierto modo asombrosa diversión. —Hubo algunas risas desperdigadas y avergonzadas. Lentamente, la gente empezó a volver a sus asientos. James se giró hacia Ted y Noah, que estaban ahora parpadeando y guiñando los ojos deslumbrados, cegados por los fuegos artificiales por encargo de los hermanos Weasley.

—Malditos Weasley, lo han convertido en un servicio de anuncios público —mascullaba Ted.

Noah se encogió de hombros.

—Supongo que por eso fue gratis.

—Damas y caballeros —continuó Franklyn—. Este es ciertamente un tema que despierta mucha pasión entre muchos de nosotros, pero no debemos permitirnos dejarnos llevar. La señorita Corsica ha hecho algunas afirmaciones que muchos encontramos difíciles de oír. Sin embargo, esto es un debate, y de donde yo vengo no —dijo con gran énfasis— acallamos un debate simplemente porque el tema nos resulte incómodo. Espero que podamos completar esta discusión con dignidad, de otro modo, estoy seguro en que la directora estará de acuerdo conmigo en que posponer las argumentaciones finales serán el único recurso que nos quede. Señorita Morganstern, creo que es su turno.

Franklyn volvió a sentarse, y James tuvo el presentimiento de que estaba mucho más enfadado de lo que dejaba entrever. Petra se quedó de pie tras el pódium varios segundos, con los ojos bajos. Finalmente, levantó la mirada, obviamente sacudida.

—Admito que no sé por dónde empezar a responder a la francamente increíble hipótesis de la señorita Corsica. El Señor Tenebroso no era malvado simplemente porque fuera conveniente para los que estaban en el poder afirmarlo así. Utilizó métodos infames para ganar y mantener poder. Era conocido por utilizar libremente, y por instruir a sus seguidores a que utilizaran, las tres maldiciones imperdonables. Lord Voldemort no estaba más interesado en la igualdad para los muggle que... que... —se detuvo, buscando la palabra. James apretó los labios furioso. Lo sentía por ella. Había tantas mentiras que rebatir. Y ese resbalón sería interpretado como renuencia a admitir la verdad.

—Señorita Morganstern —dijo Tabitha, su voz imploraba—. ¿Tiene alguna base para esas reclamaciones, o simplemente está repitiendo lo que se le ha dicho?

Petra miró a Tabitha, con la cara pálida y furiosa.

—Solo la totalidad de la historia escrita, y los recuerdos vivos de los que lo experimentaron de primera mano —escupió—. Y le corresponde a usted, supongo, proporcionar pruebas de su reclamación de que lord Voldemort no era todo lo que la historia dice que fue.

—Ya que lo menciona —dijo Tabitha llanamente—. Creo que hay individuos aquí esta noche que presenciaron de primera mano la batalla de Hogwarts. Podríamos aclararlo ahora mismo, si lo desean, entrevistándolos en persona. Esto no es un juzgado, sin embargo, así que simplemente preguntaré lo siguiente: ¿Puede algún asistente, alguien que estuviera en la batalla, negar que el propio lord Tom Ryddle declaró de forma que todos pudieran oírle que deploraba la pérdida de cualquier vida en la batalla? ¿Puede alguien negar que suplicó a sus enemigos que se reunieran con él personalmente, para que tanta violencia pudiera evitarse?

Tabitha examinó a la audiencia. Había un silencio perfecto excepto por el sonido

distante de los grillos y el crujir del viento entre los árboles del Bosque Prohibido.

—No, nadie lo niega porque es cierto —dijo, casi amablemente—. Muchos murieron, por supuesto. Pero es un hecho para los que le conocieron que él era más que un loco asesino.

Petra había recuperado la compostura. Habló ahora, clara y firmemente.

—¿Y es también un hecho que ese reformador amante de la paz asesinó personalmente a la familia de un bebé, e intentó asesinar al propio niño también?

—¿Hablas de Harry Potter entonces? —dijo Tabitha, sin perder un latido—. ¿El hombre que, irónicamente, encabeza el Departamento de Aurores?

—¿Niegas que es cierto entonces?

—No niego nada. Simplemente cuestiono y desafío. Solo puedo suponer que la verdad es mucho más compleja de lo que se nos ha permitido creer. Expongo que las alegaciones de asesinato a sangre fría y ataques a niños, todas las cuales carecen convenientemente de pruebas, encajan muy favorablemente con la doctrina de miedo que nos ha controlado durante los pasados veinte años.

—¿Cómo te atreves! —James oyó su propia voz antes de comprender que estaba hablando. Estaba de pie, señalando a Tabitha Corsica, temblando de rabia—. ¿Cómo te atreves a llamar mentiroso a mi padre! ¡Ese monstruo mató a sus padres! ¡Mis abuelos fueron *asesinados* por él y tú te pones ahí de pie y nos dices que es una especie de historia inventada! ¡Cómo te atreves! —Su voz se rompió.

—Lo siento —dijo Tabitha, y su cara, de hecho, era el vivo retrato de la compasión—. Sé que crees que es cierto, James.

El profesor Franklyn estaba de pie y se adelantaba, pero James gritó de nuevo antes de que Franklyn pudiera hablar

—¡Mi padre mató a tu gran héroe! —gritó, sus ojos ardían con lágrimas de rabia—. Ese monstruo intentó matarle dos veces, la segunda porque mi padre mismo se entregó a él. ¡Tu gran *salvador* era un *monstruo*, y mi padre finalmente le derrotó!

—Tu padre —dijo Tabitha, su voz se alzó y se volvió severa— era un mago mediocre con un gran departamento de relaciones públicas. Si no fuera por el hecho de que estuvo rodeado de grandes magos en todo momento, ni siquiera conoceríamos su nombre hoy.

Ante eso, la multitud explotó de nuevo, gritando furiosa y los gritos llenaron el espacio como un caldero. Hubo un estrépito en el escenario. James miró y vio que Ralph, que ni siquiera había hablado aún, se había levantado de un salto, volcando su silla. Tabitha se giró y le miró fijamente, y sus ojos se encontraron durante un segundo. *Siéntate*, dibujó ella silenciosamente con los labios, su cara estaba lívida. Ralph le

devolvió la mirada furiosa, después se giró resueltamente y abandonó el escenario. James lo vio, e incluso en medio de la angustia y del gentío amotinado, su corazón se regocijó.

No tenía sentido continuar ya con el debate. La directora McGonagall se unió al profesor Franklyn sobre el escenario y ambos dispararon chispas rojas con las varitas, reinstaurando el orden en el anfiteatro. Sin preámbulos, la directora ordenó a todos los estudiantes que volvieran inmediatamente a sus salas comunes. Su cara era severa y estaba muy pálida. Mientras la multitud murmuraba y gruñía, dirigiéndose hacia las entradas de vuelta el castillo propiamente dicho, James vio a Ralph abriéndose paso entre ella. Se hizo a un lado hasta que el otro chico le alcanzó.

—No podía más —dijo Ralph a James, su voz era baja al igual que sus ojos—. Lamento que ella haya dicho esas terribles estupideces. Puedes seguir odiándome si quieres, pero no podía más con toda esta basura del Elemento Progresivo. No sé mucho de ello en realidad, excepto que es demasiado trabajo ser tan... tan *político*.

James no pudo evitar sonreír.

—Ralph, eres todo un caballero. No te odio. Soy yo el que debería disculparse.

—Bueno, dejemos las disculpas para luego, ¿vale? —dijo Ralph, abriéndose paso hacia el arco mientras James seguía su estela—. Ahora mismo, solo quiero salir de aquí. Tabitha Corsica me ha estado perforando con la mirada desde que abandoné el escenario. Además, Zane dice que Ted nos ha invitado a vuestra sala común. Quiere presumir de haber vencido a un miembro del equipo B.

—¿Y eso no te molesta? —preguntó James.

—No —contestó Ralph, encogiéndose de hombros—. Vale la pena. Gryffindor tiene los mejores aperitivos.



Capítulo 10

Vacaciones en Grimmauld Place

El siguiente lunes, James, Zane y Ralph se quedaron de pie ante la puerta del aula de Transformación Avanzada, de la directora McGonagall, hasta que el último de sus estudiantes se hubo ido y ella se quedó recogiendo sus cosas.

—Entrad, entrad —llamó a los tres chicos sin levantar la mirada—. Dejad de acechar en la puerta como buitres. ¿En qué os puedo ayudar?

—Señora directora —empezó James tentativamente—, queríamos hablarle sobre el debate.

—¿De veras? ¿Ahora? —preguntó, levantando la mirada hacia James durante un momento, y después echándose al hombro su bolso—. Vaya, no me imagino por qué. Cuanto antes podamos olvidar todo ese fiasco, mejor.

Los chicos se dieron prisa para seguir a la directora mientras ésta avanzaba a zancadas hacia la puerta.

—Pero nadie lo está olvidando, señora —dijo James rápidamente— Todos han estado hablando de ello el fin de semana. La gente está realmente agitada por esto. Casi hubo una pelea en el patio ayer, cuando Mustrum Jewel oyó a Reavis McMillan llamar a Tabitha Corsica cochina mentirosa. Si el profesor Longbottom no hubiese estado cerca, Mustrum probablemente hubiese matado a Reavis.

—Esto es un colegio, señor Potter, y un colegio es, en su forma más simple, un lugar donde se reúne gente joven. La gente joven es, de vez en cuando, propensa a tener disputas. Por eso, entre otras razones, Hogwarts emplea al señor Filch.

—No fue una disputa, señora —dijo Ralph, siguiendo a la directora fuera, al pasillo—. Estaban realmente enfadados. Como locos, si entiende lo que quiero decir. La gente está perdiendo el control con todo este asunto.

—Entonces como ha dicho el señor Potter, fue una suerte que el profesor Longbottom estuviese cerca. No consigo ver, precisamente, por qué esto es problema vuestro.

Zane trotó para mantener el ritmo de la zancada de la directora.

—Bueno, la cuestión es, señora, que sólo nos estábamos preguntando por qué deja usted que continúe todo esto. Quiero decir, usted estaba allí cuando la batalla tuvo lugar. Usted sabe como era ese tal Voldemort. Puede contar a todos como fue y poner a Tabitha en su sitio, en cuanto le plazca.

McGonagall se detuvo de repente, haciendo que los chicos tropezaran para detenerse cerca de ella.

—¿Y qué, si puedo preguntar, os gustaría que hiciera? —dijo, dejando caer su voz y mirando a cada uno atentamente—. La verdad sobre el Señor Tenebroso y sus seguidores ha sido de conocimiento común durante treinta años, desde que asesinó a sus abuelos, señor Potter. ¿Suponen que el que yo la repita una vez más, disipará toda esa basura revisionista que ha estado esparciéndose, no sólo por este colegio, si no a lo largo de todo el mundo mágico? ¿Hum? —Sus ojos eran duros como diamantes mientras les miraba fijamente. James comprendió que la directora estaba, si acaso, incluso más agitada por el debate que ellos—. Y supongamos que llamo a la señorita Corsica a mi despacho y le prohíbo difundir esas mentiras y distorsiones de la verdad. ¿Esperan que este «elemento progresivo» suyo renuncie sin más? ¿Cuánto suponen que tardaríamos en leer un artículo en *El Profeta* sobre como la administración de Hogwarts está trabajando con el Departamento de Aurores para reprimir el «libre intercambio de ideas en los terrenos del colegio»?

James estaba atónito. Había asumido que la directora estaba siendo indulgente con

Tabitha Corsica por alguna razón, permitiendo, durante un tiempo, que continuase su farsa. Simplemente no se le había ocurrido que McGonagall podía no ser, de hecho, capaz de reprimir el asunto sin empeorar la situación.

—¿Entonces qué hacemos, señora? —preguntó James.

—¿Hacemos? —dijo McGonagall, levantando las cejas—. Mi querido James, admito que usted me impresiona. A pesar de lo que pueda creer, el futuro del mundo mágico, de hecho, no descansa sobre sus hombros y los de sus dos amigos. —Vio la mueca molesta de su cara, y les dedicó una de sus raras sonrisas. Se giró un poco para hablar más conspiradoramente, dirigiéndose a los tres chicos—. El recuerdo revivido del Señor Tenebroso no supone una gran preocupación para aquellos de nosotros que una vez nos enfrentamos al ser vivo. Esto es un capricho en la mente de un populacho inconstante, y por irritante como pueda ser, pasará. Mientras tanto, lo que pueden ustedes hacer es asistir a sus clases, hacer sus deberes y seguir siendo los chicos perspicaces y de buen ánimo que obviamente son. Y si oís a alguien decir que Tom Ryddle fue mejor hombre que Harry Potter, tenéis mi permiso, y mis órdenes, incluso, para transformar su zumo de calabaza en agua pestilente —miró a los tres chicos seriamente, uno por uno—. Decid simplemente que os he encargado practicar ese hechizo en particular. ¿Entendido?

Zane y Ralph se sonrieron mutuamente. James suspiró. McGonagall asintió secamente con la cabeza, se enderezó, y continuó enérgicamente su camino. Después de cinco pasos se giró.

—Ah, ¿y chicos?

—¿Sí, señora? —dijo Zane.

—Dos golpecitos bruscos y las palabras «*pestimonias*». El énfasis en la primera y tercera sílabas.

—¡Sí, señora! —respondió Zane otra vez, sonriendo.



El año escolar transcurrió a través del otoño, aproximándose a las vacaciones de invierno. El campo de fútbol se convirtió en una alfombra de hojas, que crujían y se alzaban bajo los pies de los equipos de Estudios Muggle de la profesora Curry. El torneo extraoficial de fútbol terminó con la victoria del equipo de James. El propio James marcó el gol ganador, su tercero del día, contra el portero Horace Birch, el gremlin Ravenclaw. Su equipo se reunió a su alrededor, saltando y aullando como si acabaran de ganar la

copa de las casas. De hecho, la casa del equipo ganador fue recompensada con cien puntos por la profesora Curry, ese había sido el mejor premio que había podido ofrecer. El equipo rodeó a James, subiéndolo a hombros y llevándolo al patio como si acabara de regresar de matar a un dragón. Él sonreía enormemente, con las mejillas arreboladas por el viento fresco de otoño, y el ánimo más alto de lo que lo había tenido en todo el año.

La rutina de las clases y los deberes, que había sido desalentadora durante las primeras semanas, se volvió aburrida y predecible. El profesor Jackson asignaba interminables y aterradoras redacciones y llevaba a cabo exámenes sorpresa cada dos semanas durante sus clases. Zane contaba a James y Ralph divertidas anécdotas de confrontaciones entre la profesora Trelawney y Madame Delacroix durante sus noches del martes en el Club de Constelaciones, el cual, como la clase de Adivinación, las dos profesoras se las arreglaban para compartir. En el campo de quidditch, James continuaba progresando en sus habilidades con la escoba, con la ayuda de Ted y Zane, hasta que comenzó a sentirse cautelosamente seguro de que podría, en efecto, entrar en el equipo de Gryffindor el próximo año. Empezó a imaginar lo magnífico que sería presentarse a las pruebas la próxima primavera y borrar de sopetón el recuerdo de la intentona de su primer año. Zane, por su parte, continuaba volando extraordinariamente bien para los Ravenclaws. Basándose en sus bastante únicos antecedentes muggle, inventó un movimiento al que llamó «zumar la torre», en el que golpeaba una bludger alrededor de la tribuna de prensa, dejándola coger velocidad mientras la rodeaba por detrás, para luego encontrarla en el otro lado, y golpearla otra vez para añadirle incluso más velocidad y un poco de dirección. Utilizando ese truco, había conseguido derribar a dos jugadores completamente fuera de sus escobas, lo que dio lugar a unas cuantas visitas de disculpa a la enfermería.

La vida para Ralph en la casa de Slytherin había sido accidentada durante un tiempo. Tabitha nunca le había hablado en realidad sobre su deserción en el escenario del debate, o de su abandono de las reuniones del Elemento Progresivo. James y Zane se figuraron que había dejado de ser de alguna utilidad para ella cuando había vuelto a ser amigo de James. Con el tiempo, los Slytherins más mayores simplemente se olvidaron de Ralph, exceptuando algunas miradas frías y comentarios despectivos en la sala común de Slytherin. Entonces, sorprendentemente, Ralph empezó a hacer amistad con algunos otros Slytherins de primer y segundo año. A diferencia de los que llevaban la insignia azul, ninguno de ellos parecía muy interesado en el más amplio mundo de políticas y causas. A decir verdad, había una especie de astucia sospechosa incluso en los Slytherins de primer año, pero un par de ellos se parecían genuinamente a Ralph, e incluso James tuvo que admitir que eran divertidos; de un cierto modo, escurridizos.

Defensa Contra las Artes Oscuras se había convertido en la clase favorita de James, Zane y Ralph. El profesor Franklyn enseñaba una clase muy práctica, con muchas historias emocionantes y ejemplos de la vida real extraídos de sus propias largas y

desafortunadamente variadas aventuras. James resultó ser un duelista muy bueno, cosa que no sorprendió a nadie. Admitía, con una avergonzada sonrisa, que había aprendido bastante técnica defensiva de su padre. Aunque nadie, incluyendo a James, estaba dispuesto a enfrentarse a Ralph en un duelo. La habilidad de Ralph con la varita parecía bastante errática cuando se trataba de lanzar hechizos defensivos. La primera vez que participó en un duelo, Ralph había intentado un simple hechizo *Expelliarmus* contra Victoire. Golpeó con su varita, un poco salvajemente, y un relámpago azul brotó de su extremo, chamuscando el pelo de Victoire y dejándole una andrajosa raya calva que le corría directamente por la parte superior de la cabeza. Victoire se había pasado entonces la mano por la cabeza, y los ojos casi se le habían salido de las cuencas. Soltó un chillido de rabia y tuvo que ser sujeta por otros tres estudiantes para evitar que saltara sobre Ralph, el cual era tres veces más grande que ella. Ralph había retrocedido, disculpándose profusamente, con la varita todavía humeando.

Sólo una vez, una tarde en la sala común de Ravenclaw, tuvo alguien la audacia de mencionar algo a James, Zane y Ralph sobre el debate. Justo estaban terminando los deberes cuando un chico alto de cuarto año llamado Gregory Templeton se sentó en la mesa frente a ellos.

—Hola, vosotros dos estabais en el debate, ¿no? —dijo, señalando a Zane y Ralph.

—Sí, Gregory —dijo Zane, metiendo sus libros en la mochila, su voz traicionaba la antipatía general que sentía hacía el chico mayor.

—Tú eras el que estaba en la mesa con Corsica, ¿verdad? —dijo Gregory, girándose hacia Ralph.

—Eh. Sí —dijo Ralph—, pero...

—Dile de mi parte que dio justo en el blanco, ¿eh? He estado leyendo un libro que habla de todo ese asunto. Se llama *El complot Dumbledore*, y va de como el viejo y ese Harry Potter lo tramaron todo, de principio a fin. ¿Sabías que se inventaron toda la historia de Ryddle y los Horrocruxes la noche que el viejo murió? Algunos incluso dicen que fue el propio Harry Potter el que lo mató, una vez fijaron todos los detalles.

James luchaba por controlar su genio. Miró abiertamente a Gregory.

—¿No sabes quién soy, verdad?

Zane miraba con dureza a la botella en la mano de Gregory.

—Oye —preguntó con forzada despreocupación, sacando a escondidas la varita—, ¿qué estás bebiendo?

Noventa segundos más tarde, James, Zane y Ralph se escabullían mientras Gregory escupía agua pestilente por toda la mesa de la sala común.

—¡Practicando! —gritó Zane, agachándose bajo los brazos estirados de Gregory—. ¡Lo juro! ¡Se supone que tenía que practicar esa transfiguración! ¡Tu bebida se puso justo en medio! ¡Pregúntale a McGonagall!

Los tres chicos consiguieron escapar de la habitación con éxito, riendo a carcajadas ante el caos consiguiente.



Para cuando llegaron las vacaciones de Navidad, James estaba listo para un descanso. Después de la comida de su último día de clase, fue a su habitación para empaquetar sus cosas. El cielo fuera de la ventana de la torre se había ido poniendo frío y gris, haciéndole añorar la genial chimenea del número doce de Grimmauld y uno de los muy complicados chocolates calientes de Kreacher, el cual consistía, en el último recuento, en catorce ingredientes innombrables, que incluían, se había asegurado, por lo menos una pizca de chocolate auténtico.

—Hola, James —llamó la voz de Ralph desde las escaleras—. ¿Estás ahí arriba?

—Sí. Sube, Ralph.

—Gracias —jadeó Ralph, subiendo los escalones—. Subí con Petra después del almuerzo. Dijo que estarías aquí haciendo las maletas. Con muchas ganas de irte, supongo.

—¡Sí! Todo el mundo irá al viejo cuartel general para las vacaciones de este año. Los tíos George y Ron, las tías Hermione y Fleur, Ted y su abuela, Victoire, incluso Luna Lovegood, a la que no conoces, pero te caería bien. Es la adulta más rara que he conocido jamás, pero en el buen sentido. Casi siempre. Aunque la abuela y el abuelo no estarán allí. Están visitando a Charlie y a todos los demás en Praga este año. De todas formas, creo que incluso Neville irá. El profesor Longbottom, quiero decir.

Ralph asintió con tristeza, mirando fijamente al interior del baúl de James.

—Suena genial. Sí, bueno, espero que tengas unas felices Navidades y todo eso entonces.

James dejó de recoger, recordando que el padre de Ralph estaría en viaje de negocios durante las vacaciones.

—Oh, sí. ¿Y tú que harás, Ralph? ¿Pasarás la Navidad con tus abuelos o algo?

—¿Mmm? —dijo Ralph, levantando la mirada—. Ah. Qué va. Me parece que me

quedaré rondando por aquí estas vacaciones. Zane no se va hasta la semana que viene, así que por lo menos le tendré a él el fin de semana. Después de eso... bueno, encontraré algo que hacer por mi cuenta —suspiró enormemente.

—Ralph —dijo James, lanzando un par de calcetines desparejados a su baúl—. ¿Quieres venir a pasar la Navidad con mi familia y conmigo?

Ralph intentó mostrarse sorprendido.

—¿Qué? No, no, nunca querría molestar a tu gran familia, que con todo el, ya sabes... no puedo. No...

James frunció el ceño.

—Ralph, estúpido, si no vienes a casa conmigo por vacaciones, yo personalmente llevaré a cabo una transformación al azar sobre ti con tu propia varita. ¿Qué te parece, entonces?

—Bueno, ¡no tienes que ponerte agresivo! —exclamó Ralph, luego su cara cambió a una sonrisa—. ¿No les importará a tus padres?

—No. A decir verdad, con toda esa gente entrando y saliendo, ni siquiera estoy seguro de que se den cuenta.

Ralph puso los ojos en blanco.

—Quería decir por haber estado... ya sabes, en el lado equivocado del debate y todo eso.

—Lo oyeron por la radio, Ralph.

—¡Lo sé!

—Y tú no dijiste ni una palabra.

Ralph abrió la boca, luego la cerró. Pensó por un momento. Finalmente sonrió y se dejó caer sobre la cama de Ted.

—Ya veo. Entonces, ¿dices que Victoire estará allí?

—No te hagas ilusiones. Ya sabes que es parte veela. Vuelve loco a cualquier chico que se acerque a menos de tres metros de ella.

—Sólo quiero intentar reconciliarme con ella de algún modo. Ya sabes, por lo del incidente en Defensa Contra las Artes Oscuras.

James cerró de un golpe el baúl.

—Ralph, compañero, cuanto menos digas al respecto, mejor.



La siguiente mañana, el desayuno en el Gran Comedor estuvo poco concurrido. A primera hora había caído una pesada escarcha, que había dibujado hojas de helecho plateadas en las esquinas de las ventanas y había envuelto la vista de más allá en un blanco fantasmal. James y Ralph llegaron al mismo tiempo y encontraron a Zane en la mesa de Ravenclaw.

—Eres un pillo afortunado, Ralph —refunfuñó Zane, encorvándose sobre su taza de café—. Yo me muero por ver como es una Navidad mágica.

—Si te digo la verdad —dijo James, sirviéndose un zumo de calabaza—, dudo que iguale a tu imaginación.

—Quizás estés en lo cierto. Incluso en los mejores momentos, tengo que admitir, que uno se siente un poco como en Halloween por aquí.

—Eh, Ralph —dijo James, codeando al chico más grande—, ¡espera a ver nuestra costumbres tradicionales de Navidad con los ghouls! ¡Tendremos cañas de caramelo rellenos de murciélagos para comer y beberemos chocolate caliente en cráneos de elfos!

Ralph parpadeó. Zane pareció agriarse y puso los ojos en blanco.

—Sí, sí, qué risa. No tiene gracia.

—Venga —dijo Ralph, finalmente pillando la broma—, tú pasarás una fantástica Navidad con tu familia. Por lo menos podrás ver a tu madre y a tu padre.

—Sí, claro. Un vuelo de ocho horas de vuelta a los Estados Unidos con mi hermana Greer fastidiándome todo el camino sobre la vida en ese loco colegio mágico. Le decepcionará saber que, hasta ahora, la única forma en que puedo afectar a las cosas con mi varita sea golpearlas con ella.

—De todos modos no se nos permite hacer magia fuera de Hogwarts —dijo Ralph instructivamente.

Zane le ignoró.

—Y después, Navidad con los abuelos y todos mis primos en Ohio. No tenéis ni idea de qué tipo de locura es eso siempre.

James no pudo evitar preguntar.

—¿Qué quieres decir?

—Imaginad el tradicional cuadro americano, escena navideña tipo Norman Rockwell,

¿vale? —dijo Zane, levantando las manos como si enmarcara una foto—. Abrir regalos, trinchar el pavo y villancicos junto al árbol de Navidad. ¿Lo pilláis? —Ralph y James asintieron con la cabeza, intentando no reírse ante la expresión grave de Zane.

—Bien —continuó Zane—. Ahora imaginad hinkypunks en vez de personas. Os haréis una idea.

James estalló en carcajadas. Ralph, como de costumbre, solo parpadeó y miró de uno a otro.

—¡Eso es fantástico! —gritó James.

Zane sonrió con reticencia.

—Sí, bueno, es bastante divertido, supongo. Los chillidos y zarpazos, todos esos trocitos de papel de regalo volando por todo el lugar, aterrizando en la chimenea y casi quemando la casa hasta los cimientos.

—¿Qué es un hinkypunk? —preguntó Ralph, intentado seguirlos.

—Pregunta a Hagrid en la próxima clase de Cuidado de Criaturas Mágicas —dijo James, todavía riéndose por lo bajo—. Todo cobrará sentido.



Más tarde esa mañana, Ralph y James se despidieron de Zane, y luego arrastraron sus baúles hasta el patio. Ted y Victoire estaban ya allí, sentados sobre sus equipajes en el escalón superior, enmarcados contra los terrenos extrañamente silenciosos y cargados de escarcha. Madame Curio había hecho crecer el pelo de Victoire tan bien como había podido en la enfermería, pero el nuevo pelo era lo bastante diferente en textura y color como para que se pudiera apreciar. Como resultado, Victoire había empezado a ponerse una variedad bastante sorprendente de sombreros. Los sombreros, si acaso, realzaban su apariencia, pero ella se quejaba de ellos a la menor oportunidad. Ese día se había puesto una pequeña boina de armiño, atrevidamente ladeada sobre su ceja izquierda. Miró fríamente a Ralph cuando éste dejó caer su baúl sobre el escalón. Pocos minutos más tarde, Hagrid llegó a la cabeza de un carruaje. Ralph se quedó boquiabierto cuando vio que nada, aparentemente, tiraba de él.

—Se supone que no tendríais que ver esto hasta el año que viene, no importa —dijo Hagrid a James, Ralph y Victoire. Tiró de la palanca del freno, bajó y empezó a lanzar con facilidad sus baúles a la parte trasera del carruaje—. Pero os aseguraréis de parecer sorprendidos cuando los veáis la próxima primavera, ¿verdad?

—Oh, Hagrid —dijo Victoire altaneramente—. De todos modos, si esas horribles cosas son tan feas como mamá me contó, me alegro de no poder verlas —tendió una mano y Ted se la cogió, ayudándola bastante innecesariamente a entrar en el carruaje.

Algunos otros estudiantes se apiñaban dentro del carruaje, todos partiendo para las vacaciones de forma similar. Hagrid les condujo a la estación de Hogsmeade, donde subieron al expreso de Hogwarts otra vez. El tren estaba mucho más vacío de lo que había estado en su viaje de llegada. Los cuatro encontraron un compartimiento cerca del final, y se acomodaron para el largo viaje.

—¿Así que Hogsmeade es un pueblo de magos? —preguntó Ralph a Ted.

—Claro. Hogar de Las Tres Escobas y la tienda de golosinas Honeydukes. Las mejores cucarachitas de cereal del mundo. Y muchas otras tiendas, también. Podréis ir a Hogsmeade los fines de semana cuando empecéis el tercer año.

Ralph parecía pensativo, lo que significaba que su frente se fruncía mientras su labio inferior sobresalía, apretando toda su cara contra la nariz.

—¿Y cómo hacen los magos para mantener a los muggles fuera del pueblo mágico? Quiero decir, ¿no llega allí alguna carretera o algo?

—Complicada pregunta, compañero —dijo Ted, sentándose y relajando los hombros en su asiento y quitándose los zapatos de una patada.

Victoire arrugó la nariz.

—Mantenga esas sucias zapatillas lejos de mí, señor Lupin.

Ted la ignoró, estirando las piernas de un lado a otro del compartimiento y apoyando los pies en el asiento opuesto.

—Este semestre estoy en la clase Tecnomancia Aplicada Avanzada del viejo Cara de Piedra, y todo lo que puedo decirte es que lugares como Hogsmeade no están solo ocultos porque los muggles no puedan encontrar una carretera. Es todo cuestión de quantum. Si Petra estuviera aquí, podría explicarlo mejor.

James sentía curiosidad.

—¿Qué es el quantum?

Ted se encogió de hombros.

—Es una broma en TAA. Cuando tengas dudas, sólo di «quantum». —Suspiró resignadamente, reuniendo sus pensamientos—. Bien, imaginad que hay lugares en la tierra que son como un agujero en el espacio remendado con goma, ¿lo veis? No puedes decir que alguna parte sea diferente de la parte superior, pero quizás está un poco mullida o algo. Entonces, digamos, que aparece un mago que realmente conoce su

quantum. Dice, «oh, aquí hay un sitio donde podemos levantar un estruendoso pueblo de magos». Así que lo que hace es conjurar una especie de gran peso mágico, pero es realmente, realmente diminuto, ¿vale? Y el peso se deja caer en un trozo de la realidad de goma y se baja y baja y baja. Bien. Así el peso agujerea esa realidad de goma hasta pasar a otra dimensión, haciendo un embudo en la forma del espacio-tiempo.

—Espera —dijo Ralph, frunciendo el ceño con concentración—. ¿Qué es el espacio-tiempo?

—Olvidalo —dijo Ted, agitando la mano con desdén—. No importa. Es todo quantum. Nadie lo pilla excepto las crujientes viejas cabezas apergaminadas como la del profesor Jackson. Sea como sea, está ese embudo en el espacio-tiempo donde el peso empuja hacia abajo la realidad de la goma. Los muggles, fijaos, sólo pueden operar en la superficie de la realidad. Ellos no ven donde el embudo se mete hacia abajo en el nuevo espacio dimensional. Para ellos, simplemente nunca ha estado ahí. Nosotros, la gente mágica, sin embargo, podemos seguir el embudo por debajo del espacio principal, si sabemos qué buscar y compartimos el secreto. Así construimos lugares como Hogsmeade.

—Así que Hogsmeade está bajo algún tipo de valle con forma de embudo —dijo Ralph experimentalmente.

—No —dijo Ted, incorporándose otra vez—. Es sólo, ya sabes, una metáfora. El paisaje se ve exactamente igual, pero dimensionalmente, atravesamos el espacio-tiempo, donde los muggles no pueden ir. Muchos pueblos de magos han sido construidos de esta forma. Criamos criaturas mágicas en reservas cuánticas. Todas las cordilleras montañosas donde viven los gigantes, todo enterrado en quantum, fuera de los mapas muggles. Se parece mucho a cómo funciona lo de la intrazabilidad. Tan simple como eso.

—¿Simple como qué? —dijo Ralph, frustrado.

Ted suspiró.

—Mira, compañero, es como las chucherías de Honeydukes. No tienes que entender como las hacen. Sólo tienes que comértelas.

Ralph se desplomó.

—No estoy seguro de que pueda hacer eso tampoco.

—Este tipo es un verdadero barril de risas, ¿no? —preguntó Ted a James.

—Si los muggles no pueden entrar —replicó James—. ¿Cómo consiguió ese muggle entrar en los terrenos del colegio?

—Oh, sí —dijo Ted, recostándose hacia atrás otra vez—. El misterioso intruso del

quidditch. ¿Es eso lo que dice la gente ahora? ¿Que era un muggle?

James había olvidado que no todo lo que sabía sobre el intruso era de conocimiento común. Recordó en ese momento lo que Neville Longbottom había dicho sobre los disparatados rumores que rodeaban al misterioso hombre del campo de quidditch.

—Sí —dijo, intentando parecer despreocupado—. Oí que podía haber sido un muggle. Sólo me estaba preguntando como un muggle podría entrar, con todo este rollo del, ya sabes, quantum.

—En realidad —dijo Ted, entrecerrando los ojos para mirar por la ventana hacia el luminoso día—, supongo que incluso un muggle podría entrar si va acompañado de un mago, o si es dirigido de algún modo. No es que *no puedan* entrar, exactamente. Es sólo que, mientras sus sentidos estén afectados, para ellos estos espacios ni siquiera existen. Aunque si una persona mágica le guiara, y el muggle pasara a través, a pesar de lo que le dicen sus sentidos... claro, sería posible, supongo. ¿Pero quién sería lo suficientemente estúpido como para hacer algo así?

James se encogió de hombros y miró a Ralph. La expresión del rostro de Ralph reflejaba lo que James estaba pensando. Estúpido o no, alguien había, en efecto, guiado a un muggle hasta los terrenos de Hogwarts. Cómo o por qué había sido organizado todo era todavía un misterio, pero James tenía intención de hacer todo lo posible por averiguarlo.

Los cuatro almorzaron sándwiches envueltos en papel de envolver, cogidos de las cocinas de Hogwarts esa mañana, luego se instalaron en un silencio amistoso. El día se volvió duro y soleado, con el sol brillando como un diamante sobre campos y bosques que pasaban en sucesión. La helada se había derretido dejando el terreno crudo y gris. Los árboles esqueléticos peinaban el cielo, levantándose sobre alfombras de hojas muertas. Ralph leía y cabeceaba. Victoire ojeaba un montón de revistas, luego salió en busca de unos pocos amigos que suponía estaban en algún lugar a bordo. Ted enseñó a James a jugar a un juego llamado *Winkles y Augers*, que incluía el uso de varitas para levitar un trozo de pergamino doblado con forma de un grueso triángulo. Según Ted, ambos jugadores usaban sus varitas —los winkles— para levitar simultáneamente los pergaminos doblados —los augers— cada uno intentando guiar el papel hasta sus designadas áreas de portería, por lo general un círculo dibujado en un trozo de pergamino y situado cerca de su oponente. James había conseguido mejorar parcialmente en levitación, pero no era rival para Ted, que sabía exactamente como cortar a James, haciendo botar el auger fuera de su alcance y haciéndolo volar hasta su portería con un golpe resonante.

—Todo es cuestión de práctica, James —dijo Ted—. Yo llevo jugando a esto desde mi primer año. Hemos tenido hasta cuatro personas en un equipo a veces, y hemos llegado

a utilizar augers tan grandes como el busto de Godric Gryffindor de la sala común. Soy personalmente responsable del hecho de que su oreja izquierda haya tenido que volver a ser pegada. Por aquel entonces no conocía el hechizo *reparo*, y ahora hemos llegado a preferirlo así.

Para cuando el tren llegó al andén nueve y tres cuartos, el crepúsculo había comenzado a teñir el cielo de un lila soñador. James, Ted y Ralph esperaron a la sacudida que indicó que el tren se había detenido, después se pusieron de pie, se estiraron y se abrieron paso hasta el andén.

El mozo cogió sus boletos, luego sacó sus baúles con un hechizo *accio*, sacando cada baúl bastante bruscamente del compartimiento de equipaje y poniéndolo a los pies de su propietario. Victoire les alcanzó cuando estaban amontonando sus baúles en un gran carro.

—Voy a escoltaros a todos hasta el viejo cuartel general —dijo Ted dándose importancia, irguiéndose en toda su altura—. Está bastante cerca, y tus padres están muy ocupados esta noche, James, con la llegada de todos los demás, y Lily y Albus que salen del colegio hoy también.

Pasaron en fila a través del portal oculto que separaba el andén nueve y tres cuartos de los andenes muggles de la estación de King's Cross.

—Tú no conduces, Ted —dijo Victoire con reproche—. Y difícilmente vamos a caber los cuatro en tu escoba. ¿Qué tienes pensado hacer?

—Supongo que estás en lo cierto, Victoire —dijo Ted, deteniéndose en el centro de la estación y mirando alrededor. Los viajeros muggle se movían alrededor de ellos, apresurándose de acá para allá, la mayoría abrigados con pesadas chaquetas y sombreros. La gran estación resonaba con el sonido de los anuncios de los trenes y el estruendoso tintineo de villancicos grabados.

—Parece que estamos atascados —dijo Ted con suavidad—. Yo diría que esto es una emergencia en cierto modo, ¿no os parece?

—Ted, ¡no! —regañó Victoire cuando Ted levantó su mano derecha, con la varita alzada en ella.

Se oyó un fuerte estallido que resonó por toda la estación, aparentemente inaudible para los muggles. Una gran forma morada brotó a través de las puertas enmarcadas por el gigantesco arco de cristal del techo de la estación. Era, por supuesto, el autobús noctámbulo. James lo había sabido en cuanto Ted había hecho la señal, pero no sabía que pudiera viajar por fuera de la carretera. El enorme autobús de tres pisos esquivó y se estrujó a través de la inconsciente multitud, sin perder nunca velocidad para chirriar violentamente hasta detenerse justo delante de Ted. Las puertas se abrieron de golpe y

un hombre con un pulcro uniforme morado se asomó.

—Bienvenidos al autobús noctámbulo —dijo, un poco enfurruñado—. El transporte de emergencia para la bruja o mago abandonado a su suerte. Sabéis que esto está en el medio de la maldita estación de King's Cross, ¿no? Al parecer no podíais haber llamado al menos en la entrada.

—Buenas tardes, Frank —dijo Ted frívolamente, alzando el baúl de Victoire hasta el conductor—. Es esta pierna mala mía otra vez. Una antigua herida de quidditch. Da guerra en el peor de los momentos.

—La vieja herida de quidditch, la última muela de mi abuelita más bien —murmuró Frank, amontonando los baúles en un estante justo dentro de la puerta—. Intenta echar esa trola una vez más y voy a cobrarte un galeón sólo por ser un fastidio.

Ralph era reacio a entrar al autobús.

—¿Dices que está cerca ese cuartel general? ¿Quizás podamos, ya sabéis, andar?

—¿Con este frío? —replicó Ted animosamente.

—¿Y con su pierna mala? —añadió Frank agriamente.

Ralph subió y apenas había cruzado el umbral cuando las puertas se cerraron de golpe.

—Esquina de Pancras y San Chad, Ernie —declaró Ted, agarrando un asa de latón cercana.

El conductor asintió, adoptó una expresión grave, aferró el volante como si tuviese intención de hacerle una llave de lucha libre, y después apretó el acelerador. Ralph, a pesar del consejo de James, había olvidado agarrarse a algo. El autobús noctámbulo salió disparado hacia delante, lanzándolo hacia atrás sobre una de las camas de latón que, aunque resultaba extraño, parecían ocupar el nivel más bajo del autobús en lugar de asientos.

—¿Mmm? —murmuró el mago dormido sobre el que Ralph había aterrizado, levantando la cabeza de la almohada—. ¿La plaza Grosvenor ya?

El autobús realizó una inconcebiblemente apretada vuelta de horquilla, rodeando a un grupo de turistas que estaban mirando el tablón de salidas, luego se disparó a través de la estación otra vez, esquivando a hombres de negocio y viejas damas como una ráfaga de viento. El techo de cristal se cernía sobre ellos, y James estaba seguro de que era imposible que el autobús noctámbulo cupiese a través de las puertas abiertas, por grandes que estas fueran. Entonces recordó que el autobús había, de hecho, entrado a través de esas puertas. Se preparó. Sin frenar, el autobús se estrechó hasta atravesar la puerta como un globo de agua en una ratonera, saliendo de repente a la calle atestada y

girando bruscamente.

—¡He oído que tendremos ganso para cenar esta noche! —gritó Ted a James cuando el autobús se escoró en una intersección abarrotada.

—¡Sí! —gritó de vuelta James—. ¡Kreacher insistió en hacer una comida en toda regla para nuestra primera noche de vuelta!

—¡Hay que querer a ese brutito feo! —gritó Ted agradecidamente—. ¿Cómo le va a Ralph?

James miró alrededor. Ralph estaba todavía despatarrado en la cama con el mago dormido.

—Todo bien —gritó Ralph, agarrándose a la cama con ambas manos—. Vomité en el gorro de dormir que me dieron de regalo.

El autobús noctámbulo rodeó la esquina donde la calle San Chad se encontraba con la plaza Argyle, y luego se detuvo de golpe. Si acaso, el repentino cese del movimiento fue tan violento como el paseo en sí mismo. El gigantesco autobús morado se aposentó silenciosa y remilgadamente, escupiendo una fina nube por el tubo de escape. Las puertas se abrieron de golpe y Ted, Victoire, James y Ralph salieron tambaleándose, éste último un poco borracho. Frank, a pesar de la mirada resentida que lanzó a Ted, apiló sus baúles con cuidado en la acera y les deseó una feliz Navidad. Las puertas se cerraron con un crujido y un momento más tarde, el autobús noctámbulo saltaba calle abajo, pasando como un rayo alrededor de un camión y realizando algo parecido a una pirueta en el cruce. Tres segundos más tarde, se había ido.

—Ha ido tan bien como se podía esperar —dijo Ted alegremente, agarrando su baúl y el de Victoire por el asa y tirando de ellos hacia una hilera de casas destartaladas.

—¿Qué número es? —dijo Ralph, jadeando y agarrando su gran baúl.

—Número doce. Justo aquí —replicó James. Había estado en el antiguo cuartel general tantas veces que había olvidado que era invisible para la mayoría de la gente. Ralph se detuvo en la base de los escalones, frunciendo el ceño.

—Oh sí —dijo James, dándose la vuelta—. Bueno, Ralph. Aún no la puedes ver, pero está justo aquí. Número doce de Grimmauld Place, justo aquí entre el once y el trece. Pertenece al padrino de mi padre, Sirius Black, pero se lo legó a papá en su testamento. Era la sede de la Orden del Fénix, allá por los días en los que luchaban contra Voldemort. Lo enterraron bajo los mejores encantamientos de secretismo y desilusionadores que los más poderosos magos de aquel entonces pudieron conjurar. Era el mejor escondite de la Orden, hasta justo el final, cuando un mortífago siguió a mi tía hasta aquí utilizando la Aparición Conjunta. De todos modos, oficialmente aún pertenece a mi padre, pero no vivimos aquí la mayor parte del tiempo. Kreacher la cuida

cuando no estamos.

—No entendí una de cada tres palabras de eso —dijo Ralph, suspirando—, pero tengo frío. ¿Cómo entramos?

James extendió la mano pidiendo la de Ralph. Ralph se la dio, y James le subió al primer escalón del rellano conduciéndole hasta el número doce. Ralph tropezó, recuperó el equilibrio y levantó la mirada. Sus ojos se ensancharon y una sonrisa de placer se extendió por su cara. James no recordaba su primera visita a la antigua sede, pero sabía por las descripciones de otra gente como la puerta se revelaba la primera vez que llegabas, cómo el número doce simplemente empujaba a un lado a los números once y trece como un hombre abriéndose paso a través de una multitud. No pudo evitar devolver la sonrisa de asombro de Ralph.

—Me encanta ser mago —dijo Ralph francamente.

Cuando James cerró de golpe la puerta, su madre atravesaba rápidamente el vestíbulo hacia él, limpiándose las manos en una toalla.

—¡James! —gritó, arrastrándole a sus brazos y casi levantándole los pies del suelo.

—Mamá —dijo James, avergonzado y contento al mismo tiempo—. Venga, vas a derretir la rana de chocolate que llevo el bolsillo de la camisa.

—No eres demasiado mayor para dar a tu madre un beso después de haber estado fuera cuatro meses, ¿sabes? —le reprendió.

—Ya sabes cómo es esto —exclamó Ted tristemente—. En un momento están tirándote de las cintas del delantal, y al siguiente te piden prestada la escoba para ir a besuquearse con algún pastelito. ¿A dónde se *va* el tiempo?

La madre de James sonrió, girándose hacia Ted y abrazándole también.

—Ted, nunca cambiarás. Oh, calla. Bienvenidos. Y tú, también, Victoire. Un sombrero adorable, por cierto. —Ralph gimió, pero la madre de James continuó antes de que Victoire pudiera ofrecer alguna explicación mordaz—. Y tú debes de ser Ralph, por supuesto. Harry te mencionó, y claro, James me ha hablado mucho de ti en sus cartas. Mi nombre es Ginny. He oído que eres bastante bueno con la varita.

—Por cierto, ¿dónde está papá? —preguntó James rápidamente, cortando a Victoire otra vez.

—Recogía a Andrómeda hoy después del trabajo. Estarán en casa en cualquier momento. Todos los demás llegarán mañana.

—¡James! —Intervinieron al unísono dos vocecillas, acompañadas de estruendosos pasos—. ¡Ted! ¡Victoire! —Lily y Albus empujaron para pasar por delante de su madre.

—¿Qué nos has traído? —exigió Albus, deteniéndose ante James.

—Directo desde el Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería —dijo James grandilocuentemente—, os traigo a los dos... ¡abrazos! —agarró a Albus en un abrazo de oso. Albus empujó y forcejeó, divertido e irritado a la vez.

—¡No! ¡Yo quería algunos chicles superhinchables del carrito del tren! ¡Te lo dije!

Ted se agachó y abrazó a Lily

—Yo te he traído algo que te encantará, corazón.

—¿Qué es? —preguntó ella, de repente tímida.

—Tendrás que esperar hasta Navidad, ¿lo harás? Tu mamá está bien aprovisionada de pienso para dragón, ¿verdad?

—¡Ted Lupin! —saltó Ginny—, no avives sus esperanzas, granuja. Ahora vamos, todos vosotros. Kreacher ha estado en el sótano toda la tarde preparando lo que él llama «un apropiado y auténtico servicio de té». Pero no os llenéis hasta arriba, o no tendréis hambre para el ganso que ha cocinado y se enfurruñará para toda la semana.

Harry y la abuela de Ted, Andrómeda Tonks, llegaron media hora más tarde, y el resto de la noche fue un torbellino de comida, risas felices y puestas al día. Resultó que Harry y Ginny ni siquiera habían escuchado el debate de Hogwarts, a pesar de lo que James había asumido. Aunque Andrómeda Tonks sí que lo había escuchado, y estaba llena de un sinfín de amargos reproches para Tabitha Corsica y su equipo. Afortunadamente, no tenía ni idea de que Ralph también había estado en ese equipo, y Ralph estaba más que dispuesto a dejarla disfrutar de su ignorancia.

—No te preocupes —murmuró Ted a Ralph por encima del postre—. Si alguien se lo cuenta, le diré que eras un espía actuando en secreto. Le encanta el espionaje, por eso de los viejos tiempos.

Kreacher no había cambiado ni una pizca. Hizo una profunda reverencia ante James, con una mano en el corazón, y la otra ampliamente extendida.

—Amo James, vuelve de su primer año de colegio, ha vuelto —trinó con su voz de sapo—. Kreacher ha preparado las habitaciones del amo justo como al amo le gustan. ¿Le apetecerían al amo y a su amigo tomar un bocadillo de berro?

Kreacher había, como de costumbre, mantenido la casa en un orden excepcional, e incluso se había tomado la molestia de decorarla para las vacaciones. Desafortunadamente, el concepto de Kreacher de una buena guirnalda era un poco rústico, y el resultado habría divertido a Zane interminablemente. Las cabezas cortadas de los antiguos elfos de la casa, que colgaban permanentemente en el pasillo como testamento a los sangre limpia, dueños originales de la propiedad, habían sido cubiertas

con falsas barbas blancas y sombreros cónicos verdes con campanas tintineantes en las puntas.

—Kreacher los había hechizado para cantar villancicos, también, así es —les dijo Kreacher a James y Ralph un poco caprichosamente—, pero los amos decidieron que era quizás un poco demasiado... festivo. Aunque a Kreacher le gustaba igual. —Parecía ansioso de que se le permitiera reinstaurar las cabezas cantarinas. James aseguró a Kreacher que había sido una idea maravillosamente inventiva y que hablaría con su madre de ello. Sentía, de hecho, una morbosa curiosidad por ver y escuchar a las cabezas en acción.

Lily y Albus rondaron a James y Ralph casi toda la noche, pidiendo ver lo que los chicos podían hacer con sus recientemente aprendidas habilidades.

—¡Venga, James! —exigía Albus—. ¡Muéstranos una levitación! ¡Levita a Lily!

—¡No! —gritó Lily—. ¡Levita a Albus! ¡Hazle salir volando por la ventana!

—Ambos sabéis que no puedo hacer magia fuera del tren y por tanto oficialmente fuera de Hogwarts —dijo James cansinamente—. Me meteré en líos.

—Papá es el jefe de aurores, tonto. Seguramente ni recibirás un aviso.

—Sería una irresponsabilidad —dijo James seriamente—. Cuando crezcas, sabrás lo que significa eso.

—No puedes hacerlo, ¿verdad? —se burló Albus—. ¡James no puede hacer una levitación! Menudo mago estás hecho. El primer squib en la familia Potter. Mamá se morirá de vergüenza.

—El mismo Albusblabbus de siempre, pequeño escreguto.

—¡No me llames eso!

—¿Qué, escreguto o Albusblabbus? —sonrió James—. Sabes que Albusblabbus es tu verdadero nombre, ¿verdad? Está en tu certificado de nacimiento. Lo he visto.

—¡Albusblabbus! —cantó Lily, bailando alrededor de su hermano mayor.

Albus saltó sobre James, luchando con él en el suelo.

Más tarde, cuando James y Ralph se dirigían hacia el dormitorio de James para pasar la noche, pasaron junto a una cortina que parecía cubrir una sección de pared. Un murmullo amortiguado llegaba de detrás de ella.

—La anciana señora Black —explicó James—. Vieja loca chiflada. Divaga sobre gente profanando la casa de sus padres y todo eso cada vez que nos ve a cualquiera. Papá y Neville han hecho todo lo que se les ha ocurrido para quitar a la vieja murciélago de la pared, pero está incrustada ahí. Incluso se consideró cortar la sección de pared con el

retrato en ella y todo, pero es una pared maestra. Cortarla probablemente haría que el piso de arriba se desplomara sobre nosotros. Además, por extraño que pueda parecer, Kreacher le tiene bastante cariño, ya que ella fue su propietaria original. Así que supongo que es parte de la familia para siempre.

Ralph echó un vistazo tentativamente tras la cortina. Frunció la frente.

— ¿Está... viendo la televisión?

James se encogió de hombros.

—Lo descubrimos hace unos años. Teníamos la puerta delantera abierta porque estábamos metiendo un nuevo sofá. Vio una tele a través de la ventana al otro lado de la calle y se calló por primera vez en semanas. Así que pagamos a un artista mago para que viniera y pintara una directamente en su retrato. A la vieja murciélago le encantan los programas de entrevistas. Desde entonces, bueno, ha sido mucho más soportable.

Ralph dejó caer lentamente la cortina otra vez sobre el retrato. Una voz de hombre estaba diciendo:

— ¿Y cuándo se dio cuenta por primera vez de que su perro tenía el síndrome de Tourette, señora Drakemont?

Kreacher había preparado una cama para Ralph en la habitación de James. Su baúl estaba pulcramente colocado en un extremo, y había una piña envuelta en cinta en cada almohada, al parecer esa era la idea Kreacher de una golosina navideña.

—Esta solía ser la habitación del padrino de mi padre —dijo James medio dormido, una vez que se establecieron.

—Genial —murmuró Ralph—. ¿Era buen tipo? ¿O un chiflado, como la vieja bruja del retrato?

—Uno de los mejores tipos que ha habido nunca, según papá. Tendremos que hablarte de él alguna vez. Estuvo encarcelado por asesinato durante más de una década.

Hubo un minuto de silencio, y luego la voz de Ralph habló en la oscuridad.

—Vosotros los magos podéis ser endemoniadamente confusos, ¿lo sabías?

James sonrió. Un minuto más tarde, ambos estaban dormidos.



Capítulo 11

Las tres reliquias

Tras la excitación inicial del viaje y la llegada, la Navidad en Grimmauld Place se volvió bastante monótona. James presentó a Ralph a todo el mundo, y Ralph en poco tiempo se convirtió simplemente en uno más de la multitud de amigos y familia que atestaban la casa. El miércoles antes de Navidad llegaron tío Ron y tía Hermione, junto con sus hijos Hugo y Rose. Fueron seguidos al poco tiempo por tío Bill y tía Fleur, los padres de Victoire. James estaba muy encariñado con todos ellos, y aunque la capacidad de la casa empezaba a flaquear, le emocionaba que estuvieran todos allí reunidos, compartiendo durante esas cortas vacaciones.

—Menos mal que mamá y papá están con Charlie este año —comentó Ron, tirando de su equipaje y el de Hermione escaleras arriba hasta su dormitorio en el tercer piso—. Este lugar parece mucho más pequeño que cuando éramos críos.

—Eres tú el que es mucho más grande, Ron —le regañó Hermione, codeándole afectuosamente en el estómago—. Deja de quejarte.

—No me quejo. Al menos nosotros tenemos habitación. Si Percy hubiera venido habría tenido que dormir con Kreacher.

James y Ralph, junto con sus primos y primas, pasaban los días junto al fuego, jugando al ajedrez mágico con tío Ron, o vagando por las calles cercanas, llevando a cabo recados de último momento y haciendo compras navideñas con Ginny o tía Hermione. Fleur y Bill reclutaron la ayuda de James y Ralph para recoger y transportar un árbol de Navidad, que había parecido encantador fuera, pero que ocupaba dos tercios del salón cuando consiguieron meterlo dentro.

—Parece una vergüenza hacerlo —dijo Bill, sacando la varita y señalando al árbol—. *¡Reducio!*

El árbol se encogió un tercio, pero se las arregló para mantener su densidad, así que terminó pareciendo más un arbusto de Navidad que un árbol de Navidad. Ralph, James, Rose y Victoire pasaron la mayor parte del día antes de Nochebuena haciendo cadenas de palomitas, decorando el árbol, y envolviendo regalos. Esa noche, Hermione reunió a toda la casa con la intención de levantar el ánimo de todo el mundo y salir a cantar villancicos.

Sin embargo, ni Ron ni Harry parecían particularmente entusiasmados con la idea.

—Danos un respiro, Hermione —dijo Harry, dejándose caer en una silla junto al fuego—. Hemos estado de pie todo el día.

—Sí —intervino Ron, algo alentado—. Acaban de empezar las vacaciones. Ni siquiera hemos tenido oportunidad de sentarnos aún, ¿verdad?

—Ronald Weasley, levanta el trasero y coge el abrigo y el sombrero —replicó Hermione, tirando ambas cosas a Ron en el regazo—. La familia solo se reúne una vez al año, si tenemos suerte, y no voy a dejar que te sientes sobre el trasero toda la noche como si estuvieras en casa. Además —añadió bastante truculentamente—, de camino hacia aquí pensabas que lo de cantar villancicos sonaba divertido.

—Eso fue antes de saber que ibas en serio —masculló Ron, poniéndose en pie y embutiéndose en su abrigo.

—Tú también —sonrió Ginny, agarrando la mano de Harry y tirando para sacarle de la silla—. Puedes echarte todo el día de Navidad si quieres. Esta noche vamos a divertirnos un poco, te guste o no.

Harry gimió, pero dejó que Ginny le pusiera el abrigo. Ella le dio un puñetazo juguetonamente en el estómago y él sonrió, cogiendo la bufanda. En contraste con la aparente molestia de Ron y Harry, Bill estaba ansioso por ir, ensayaba escalas en el vestíbulo con la mano en el pecho. Fleur, vestida tan esplendorosamente como su hija, le sonreía con adoración. Mientras salían por la puerta, James oyó a tío Ron murmurar a su

padre.

—Te juro que actúa tanto para fastidiarnos cómo para impresionarla.

La noche se había convertido en tal perfecta e ideal noche navideña que James se preguntó si su madre y la tía Hermione no la habrían embrujado de algún modo. Gordos y silenciosos copos de nieve empezaron a caer, amortiguando los sonidos distantes de la ciudad y cubriendo las mugrientas aceras y paredes de centelleante blanco. Hermione repartió unas partituras de música y después colocó a todo el mundo para que los más jóvenes estuvieran delante y los mayores y más altos detrás.

—Si mamá no estuviera todavía entre nosotros —dijo Ron a Harry en voz baja—, juraría que Hermione es su reencarnación.

Durante las prácticas del coro, Hermione empezó a sermonear a Ted, que insistía en cantar divertidas variaciones de las letras, para gran deleite de Albus y Hugo. Finalmente satisfecha, condujo a la tropa a través de las calles que rodeaban a Grimmauld Place, llamando a los timbres y dirigiendo los coros. La mayor parte de los muggles que respondían a la puerta se quedaban de pie y escuchaban con algo parecido a una cansada diversión en la cara. Una vez un viejo que llevaba un gran audífono para la sordera en la oreja les gritó que no contribuía a ninguna causa de caridad excepto a la *Casa Hortense para Felinos Feroces*, y les cerró la puerta en las narices.

—McGonagall le debe una postal navideña entonces —dijo Ted, apenas perdiendo un latido.

James ondeó una mano hacia Ralph antes de que este pudiera preguntar.

—Animagos. Te lo explico luego.

La mañana de Navidad amaneció con un brillo brumoso, el sol había cubierto de escarcha las ventanas convirtiéndolas en un tablero cegador. Ralph y James se encontraron con Albus y Rose en las escaleras, de camino a desayunar.

—Es inútil —dijo Rose apenada—. Mamá ha jurado que maldecirá a cualquiera que intente abrir un regalo antes del desayuno.

James parpadeó.

—¿Tía Hermione dijo eso?

—Bueno —respondió Albus—, no con esas palabras. Pero está realmente irritable desde que nos pilló utilizando un par de gafas de rayos Z del tío George con los regalos para ver qué había dentro. Dijo algo de enviarle un dementor. ¡Fue espeluznante!

—¿Tío George está aquí? —preguntó James, mientras bajaba trotando el resto de las escaleras y se dirigía a la cocina—. ¡Excelente!

—Sí, pero trajo a Katie Bell con él —dijo Albus, pronunciando el nombre con su voz más melosa. Albus desaprobaba a Katie Bell tanto como a cualquiera que amenazara con alterar la traviesa soltería de George Weasley.

Cuando James y Ralph giraron la esquina para entrar en la vieja cocina, oyeron la voz de George diciendo:

—Esa es la clase de publicidad que ha permitido que SW crezca hasta tener dos sucursales y se haya convertido en líder de las tiendas de artículos de broma del mundo mágico, ya sabéis. No puedes rechazar una demostración como esa en un evento transmitido radiofónicamente como fue el debate. De eso va el espectáculo.

Katie Bell, una mujer atractiva con un largo pelo castaño, removi6 su té.

—Deberías haber oído como lo describió Myron Madrigal en antena —dijo, ahogando una sonrisa.

Las cejas de Ted se juntaron, entonces la curiosidad le superó.

—¿Qué dijo?

—Lo llamó «un despliegue pueril de un mal gusto monumental» —dijo George orgullosamente, alzando su vaso de zumo en un saludo.

—¡Eso es genial! —sonrió Ted, chocando su vaso con el de George.

—¡James, me alegro de verte! —dijo George, dejando su zumo sobre la mesa y palmeando el asiento que tenía al lado—. Toma asiento y cuéntanos como te está tratando la vieja alma máter.

—Genial —dijo James, sentándose y agarrando un trozo de tostada—. George, este es mi amigo Ralph.

—Oh, lo sabemos todo de ti, ¿verdad? —dijo George, inclinándose hacia Ralph, y golpeándose un lado de la nariz—. Nuestro hombre de dentro, ¿eh? Infiltrado en la viscosa barriga de la máquina de guerra Slytherin. Espiando y saboteando por aquí y por allá, sin duda.

Ralph puso los ojos en blanco hacia Ted.

—Yo no he dicho nada —dijo Ted petulantemente—. Solo le mencioné que estabas en el equipo B, antes, cuando encargamos nuestro paquete sorpresa. Se figuró el resto por sí mismo cuando averiguó que estabas aquí.

Ralph se removi6.

—Bueno. No es realmente cierto, ya sabe. Sólo soy un crío.

—Nunca subestimes lo que un crío puede hacer, Ralphie —dijo George seriamente.

—Eso es cierto —asintió Katie—. George y su hermano Fred provocaron el mayor altercado en la historia de Hogwarts en medio del reinado de Umbridge la Terrible.

—Como he dicho, en eso consiste el espectáculo —dijo George.

—Con un poco de venganza para condimentarlo —dijo Katie, sonriendo.

—¿Cómo te atreves a sugerir semejante cosa?

Ralph y James intercambiaron miradas.

James, Ralph, Ted y George fueron los últimos en la mesa del desayuno. Los primos y primas más pequeños los echaron a todos de la mesa, consiguiendo finalmente que la casa entera se reuniera para abrir los regalos.

—¿No hiciste lo que te dije? —dijo George, riendo mientras Albus le empujaba hasta la sala—. ¿Abrir los regalos en medio de la noche y después volver a envolverlos con el encantamiento *reparo*?

—¡Lo *intenté*! —replicó Albus seriamente—. Le escamoteé la varita a James y practiqué con una caja de galletas. ¡No pude hacer que funcionara! Quedó hecho un lío. Mamá me habría matado.

—¡Me cogiste la varita! —gritó James, abalanzándose sobre Albus—. ¡Te voy a dar una paliza! ¡Devuélvemela!

Aullando, Albus salió corriendo con James a la zaga.

Hubo muchos gritos y rotura de papel, y James no pudo evitar pensar en que las Navidades en Grimmauld Place probablemente no fueran muy diferentes a las que Zane había descrito con su familia en los Estados Unidos, con hinkypunks y todo. Cuando los Weasley y los Potter más jóvenes hubieron abierto sus regalos y partieron corriendo a disfrutarlos, el resto de los regalos fueron abiertos con algo más de reserva. Harry había regalado a Ginny un nuevo caldero de lo más inusual, que ella desarrolló y miró fijamente de forma bastante inexpresiva.

—Es un caldero conjurador —explicó él, un poco a la defensiva—. ¡Hace la cena en un chasquido! Solo tienes que tirarle dentro algunos ingredientes cada mañana, cualquier cosa que tengas en la alacena. No importa qué. El caldero conjurador averigua cuál es el mejor plato que se puede hacer con ellos y lo prepara y cocina durante el día. Todos llegan a casa para la cena y *voilà*, comida misteriosa. Ideal para las mamás trabajadoras.

—Al menos eso es lo que dice el cartel de *Tristan y Tupperworth* —remarcó Ron, sonriendo. Harry le dio una palmada en la parte de atrás de la cabeza.

Fleur resopló.

—De donde yo vengo, se considega impgopio que un hombge regale utensilios de

cocina.

—No es para más, cariño —habló Bill gentilmente—. La mayoría de los hombres en tu país son cocineros.

—Oh, vamos, abre el siguiente —dijo Harry, molesto.

El siguiente regalo de Ginny resultó ser un par de pendientes de perlas marinas, que tuvieron mucho más éxito.

Ginny pareció a la vez perturbada y muy contenta con ellos.

—¡Harry! ¿Cómo los has pagado? ¡Perlas marinas! ¡Nunca hubiera esperado...! —Los ojos le brillaban cuando parpadeó para contener las lágrimas.

—Póntelos —sonrió Harry—. Si te hace sentir mejor, son falsos. Perlas leprechaun. Vinieron de regalo con el caldero conjurador.

—No es cierto —sonrió ella y le besó.

Ron había regalado a Hermione un pequeño pero aparentemente caro frasco de perfume llamando «Fantasía Caprichosa» con el que Hermione quedó muy complacida. Ginny y Hermione habían comprado juntas para Harry y Ron entradas para el campeonato mundial de quidditch.

—Sabíamos que los dos habéis estado deseando ir desde hace varios años —explicó Hermione mientras Harry y Ron se felicitaban el uno al otro—. Pero nunca se os ocurría comprar por adelantado las entradas. Tenemos ocho entradas en total, así que podéis llevar a los chicos, si queréis. Les encantará. Y a vuestras esposas, por supuesto, si queréis. Es cosa vuestra.

Pero Harry y Ron ya habían empezado a discutir sobre qué equipos estarían en el campeonato y apenas oyeron lo último.

James abrió su regalo y le sorprendió ver que sus padres le habían regalado una escoba nueva.

—Guau —jadeó—. ¡Una *Centella Fugaz*! Mamá, papá, ¿me habéis regalado una *Centella Fugaz*?

—Bueno —dijo Harry lentamente—, sé que tuviste algunos problemas al principio con la escoba, pero hablé con tu amigo Zane y él me dijo que ya lo estabas haciendo realmente bien. Pensé que podrías querer practicar con tu propia escoba. Esas escobas de la escuela son demasiado viejas. Lentas, poco manejables, y los mangos están todos pastosos. Prueba con esta y notarás la diferencia al instante.

—Por supuesto, si no la quieres —se ofreció George—, siempre puedes cambiársela a Ted. Esa vieja *Nimbus* suya puede ser tan lenta como un gusarajo, pero tiene el *valor* de

toda una antigüedad.

Ted arrojó una bola de papel de regalo hacia George, acertándole directamente en la cara.

James sentía un poco de pena por Ralph, que no había tenido noticias de su padre desde el mensaje en el que le había dicho que estaría de viaje durante las vacaciones. Ralph se había encogido de hombros, diciendo que probablemente su padre le enviara su regalo de Navidad a la escuela. James y Ralph se sorprendieron los dos cuando Ginny ofreció a Ralph un pequeño paquete envuelto.

—No es mucho —sonrió Ginny—, pero pensamos que te gustaría.

Ralph desenvolvió el paquete y lo examinó. Era un libro muy usado y ruinoso, las palabras de la portada eran casi ilegibles por la edad. Se titulaba *Elaboración de pociones avanzadas*.

—Pertenece a un gran Slytherin, como serás tú, sin duda —dijo Harry seriamente—. Francamente, creía que lo había perdido, pero apareció hace unas semanas. No sabía qué hacer con él hasta que llegaste. Entonces pareció tener sentido que lo tuvieras tú. Pero no dejes que el profesor Slughorn lo vea. Solo úsalo como... referencia.

Ralph hojeó cuidadosamente el viejo libro. Los márgenes estaban repletos de dibujos y anotaciones.

—¿Quién escribió todas estas cosas de dentro?

—En realidad no tiene importancia —dijo Harry enigmáticamente—. No le conoces. Pero ten cuidado con él, y cuidado con cómo utilizas algunas de esas cosas. Son un poco... cuestionables, a veces. Aún así, parece correcto que esté en manos de un buen hombre Slytherin. Feliz Navidad, Ralph.

Ralph dio las gracias a Harry y Ginny, un poco desconcertado por las miradas serias que él y el libro estaban consiguiendo. Había que reconocer que, misterioso como era el libro, aparentemente escondía algún significado. Lo envolvió con un trozo de tela que Ginny le dio y lo colocó en el fondo de su baúl.

James se mostró entusiasmado cuando Neville y Luna Lovegood llegaron por la tarde. Los dos se habían estado viendo durante los últimos meses, pero James había oído a su madre decir a Andrómeda Tonks que «eso no iba a ninguna parte». James no podía ni adivinar cómo sabía su madre cosas así, pero nunca dudaba de que tuviera razón. Por lo que a James concernía, Neville y Luna parecían más hermano y hermana que una pareja.

Después de la cena, la abuela Weasley apareció en la chimenea para desear a todo el mundo feliz Navidad.

—Estamos pasando unos días deliciosos aquí con Charlie —dijo desde la rejilla—. Y Praga es simplemente encantadora. Sin embargo chicos, creo que tenéis que hablar con vuestro padre. Se ha encariñado con la arquitectura muggle de aquí y está hablando de quedarnos unas semanas más. Se ha vuelto tan impredecible ahora que se ha retirado del ministerio. Oh, es tan difícil tener a tus hijos repartidos por todo el mundo. ¿Cómo se supone que voy a seguir la pista a todos mis nietecitos?

—¿Cómo están Charlie, Claire y los niños, Molly? —preguntó Hermione, esquivando gentilmente el tópico para pasar a temas más placenteros.

—Bastante bien, aunque Charlie insiste en llevar a los pequeños Harold y Jules a trabajar con él en ocasiones. Cómo pueden soportar esos pobres niños la visión de semejantes criaturas sin tener pesadillas constantes es simplemente algo que me sobrepasa.

James, que había visto a sus primos pocas veces, sabía que era probable que, de hecho, fueran ellos los que provocaran pesadillas a los dragones y no a la inversa.

Más tarde ese día, cuando la mayor parte de la casa estaba empezando a irse a la cama, James y Ralph se encontraron sentados junto al fuego con Luna Lovegood, que les estaba hablando de su última expedición a las montañas Highland en busca del *umgubular slashkilter*.

—Todavía no hay identificación positiva —dijo—, pero he descubierto una vasta red de huellas y desechos. Su dieta parece consistir casi exclusivamente de beringelas bravuconas y donceliñas, así que es bastante fácil identificar sus excrementos sólo por el olor. Una especie de olor a menta. No es desagradable en absoluto.

—¿Umgubular... slashkiller? —intentó Ralph.

—Casi —dijo Luna amablemente—. Son una especie de aves de rapiña incapaces de volar, lejanamente emparentadas con los hipogrifos y los octogatores. Hice un molde de una de sus huellas y cogí una muestra de uno de sus excrementos. ¿Os gustaría olerlo?

—Luna —dijo James, inclinándose hacia adelante en su silla y bajando la voz—. ¿Podemos preguntarte algo? Nadie sabe mucho del tema.

—Estoy especializada en cosas de las que nadie parece saber mucho —dijo Luna suavemente.

—Quiero decir, que quiero mantenerlo en una especie de secreto.

—Oh —dijo Luna, con cara plácida. James esperó, pero Luna simplemente se le quedó mirando, sonriendo cortésmente.

Luna, recordó, en ocasiones tenía una forma bastante particular de aproximarse a una conversación. Decidió plantearlo.

—No es sobre slashkilters o torposoplos ni nada de eso. En realidad, sería mejor pregunta para tu padre, si todavía estuviera entre nosotros, pero supongo que tú podrás responderla también. ¿Qué puedes contarnos sobre... Austramaddux y Merlinus Ambrosius?

Luna era la única persona que James conocía que no se sorprendía con facilidad. Simplemente miró al fuego y dijo.

—Ahhh, sí, no es exactamente mi especialidad. Sin embargo fue el pasatiempo de toda la vida de mi padre. Austramaddux fue el historiador que recogió los últimos días de Merlinus y su promesa de retornar, por supuesto. Tema de muchas especulaciones e intrigas durante siglos, ya sabéis.

—Sí —dijo James—, lo sabemos. Hemos leído sobre él y la predicción del retorno. Nos preguntábamos como podría ocurrir. ¿Qué haría falta?

Luna pareció pensar en ello.

—Es una pena que mi padre no esté aquí. Podía hablar del tema durante días. De hecho, lo hizo una vez, en una reunión de editores y locutores alternativos mágicos en Belfast. Dio un discurso sobre las implicaciones de las conspiraciones Merlinus y su hipotética plausibilidad, si no recuerdo mal. Duró tres días y medio, hasta que se quedó dormido en el pódium. En realidad, creo que ya estaba dormido desde mucho antes de que lo notaran. Era un notable orador sonámbulo. Dio más de un discurso en camisón. La mayor parte de la gente pensaba que era excéntrico, pero yo creo que era simplemente multitarea. —Suspiró cariñosamente.

James sabía que no tenía mucho tiempo antes de que alguien, George, o peor aún, su padre o su madre, entrara en la habitación.

—Luna, ¿qué decía él sobre el tema? ¿Creía que el retorno de Merlín era posible?

—Oh, indudablemente. Tenía cientos de teorías al respecto. Esperaba vivir para ver ese día, de hecho, aunque ni siquiera estaba seguro de que cuando Merlinus retornara fuera exactamente lo que él llamaría un mago bueno. Escribió una serie completa de artículos para *El Quisquilloso* hablando de las tres reliquias y ofreciendo una recompensa de cien galeones para cualquiera que proporcionara pistas válidas sobre su paradero.

James intentó no interrumpir a Luna.

—¿Qué son las tres reliquias?

—Oh —dijo Luna, mirándole—. Creía que habías leído al respecto.

Ralph tomó la palabra.

—Lo hicimos, pero no decían nada de ninguna reliquia. Solo decían que Merlinus abandonaría el mundo de los hombres y que volvería cuando los tiempos estuvieran

maduros para él o algo así.

—Ah, bueno, esa es la clave entonces, ¿no? —dijo Luna plácidamente—. Las reliquias determinan cuando el momento está maduro. Merlín requería tres elementos mágicos, su trono, su túnica y su báculo. Los dejó a cargo de Austramaddux. De acuerdo con la predicción, una vez las tres reliquias se reúnan de nuevo en un lugar llamado Senda de la Encrucijada de los Mayores, Merlinus reaparecerá para reclamarlas.

James jadeó. *La Encrucijada de los Mayores*, pensó, recordando la leyenda inscrita en la verja de la isla secreta. Sentía el corazón palpitar y estaba seguro de que Luna lo oiría en su voz. Luchó por parecer simplemente curioso.

—¿Y dónde están las tres reliquias de Merlín entonces?

—Nadie lo sabe seguro —contestó Luna frívolamente—, pero mi padre había desarrollado algunas teorías bastante firmes. De acuerdo con la leyenda, la túnica negra ceremonial de Merlín estaba hecha de una tela incorruptible, lo que permitía que sobreviviera eternamente. Se supone que se utilizó como mortaja para el cuerpo de Noé, el primer rey del mundo mágico, con la creencia de que evitaría su corrupción. Desgraciadamente, nadie sabe la localización de la tumba de Noé, sus guardianes protectores se inhumaron dentro de ella a fin de conservar el secreto para siempre. —Ralph se estremeció mientras Luna seguía—. El trono de Merlín como consejero de los reyes de los muggles pasó de régimen en régimen siempre listo para el retorno del mago, hasta que finalmente se perdió entre las neblinas del tiempo. Algunos creen que fue recuperado por un rey mago en el siglo dieciséis, y que hoy en día está guardado en el Ministerio de Magia, olvidado en una de las interminables bóvedas del Departamento de Misterios. Finalmente —dijo Luna, entrecerrando los ojos mientras buscaba en su memoria—, la más grande de las reliquias de Merlín, su báculo. Por aquel entonces, los magos utilizaban varas en vez de varitas. Largas ramas tan altas como el propio mago. La de Merlín estaba tallada del tronco de un raro árbol parlante de madera maleable. Se dice que hasta podía hacer que su vara hablara con la voz de la dríada que se la había dado. Austramaddux se quedó con la vara, reclamando que sería su único guardián hasta el día en que Merlín retornara. La ocultó, y el secreto de su localización se dice que murió con él.

—Guau —dijo Ralph en voz baja.

—Pero aún así —dijo James—, digamos que alguien consigue reunir todas las reliquias. ¿Dónde estaría la Encrucijada de los Mayores?

—Una vez más, nadie lo sabe —contestó Luna—. Austramaddux habla de ello como si esperara que los lectores la conocieran, como si fuera un lugar familiar. Quizás lo fuera por aquel entonces, pero ahora está completamente perdido para nosotros.

—¿Pero tu padre creía que sería posible traer a Merlinus de vuelta? ¿Creía que podía

ocurrir? — animó James.

Por primera vez, la cara de Luna se puso seria. Miró a James.

—Mi padre creía en una gran variedad de cosas, James, y no todas ellas eran técnicamente consistentes con la realidad. Creía en el retorno de Merlinus. También creía en el poder curativo de las verrugas de nargle, en la fuente de la respiración agradable, y en la existencia de toda una civilización subterránea de criaturas medio humanas a los que llamaba mordmunks. En otras palabras, sólo porque mi padre lo creyera, eso no lo convierte en verdad.

—Sí, supongo —dijo James, pero distraídamente.

Luna siguió.

—Ningún mago ha vuelto nunca de la muerte. Muchos la han engañado un tiempo, utilizando artes que se extienden de lo creativo a lo cuestionable, hasta el mal categórico. Pero ni un solo mago en la historia ha saboreado la muerte y vuelto para contarla. Es la ley de la mortalidad. Una vida, una muerte.

James asintió, pero apenas estaba escuchando ya. Su mente corría. Finalmente, Ginny se asomó y envió a los dos chicos a la cama.

—¿Entonces qué piensas? —preguntó Ralph mientras pasaban junto al cuadro cubierto por cortinas de la vieja señora Black y subían las escaleras—. ¿Todavía crees que hay una gran conspiración Merlín?

James asintió.

—Definitivamente. ¿Recuerdas nuestra primera clase de Defensa Contra las Artes Oscuras? ¿Cuando el profesor Jackson entró para hablar con el profesor Franklyn de algo? Ambos estaban de pie y entonces la reina vudú apareció para decir a Jackson que su clase le estaba esperando. ¿Recuerdas?

—Sí, claro.

—Bueno, ¿sabes ese maletín que Jackson lleva a todas partes? Eché una mirada dentro. Estaba un poco abierto y solo a unos pocos centímetros de mí. Había un gran bulto de tela negra de algún tipo en él. ¡Jackson me vio mirar y me lanzó una mirada que derretiría a cualquiera!

James abrió la puerta de su habitación y Ralph se lanzó sobre su catre.

—¿Y? No lo capto.

—¿Recuerdas lo que os conté sobre la noche en que me oculté bajo la capa invisible de mi padre y le seguí a él y al profesor Franklyn? Franklyn le dijo a mi padre que debía mantener vigilado al profesor Jackson. Dijo que Jackson estaba implicado en todo ese

movimiento de la propaganda antiauror. ¿No lo ves?

Ralph frunció el ceño de nuevo, pensando con fuerza.

—No sé. No puedo creer que el profesor Jackson forme parte de un complot para empezar una guerra contra los muggles. Es duro, pero parece genial.

—Eso es lo que yo creía también, pero Ralph, ¿sabes qué creo que es esa cosa que tiene en su maletín? ¡Creo que es una de las reliquias! ¡Creo que es la túnica de Merlín! La mantiene a salvo hasta que pueda conseguir el resto de las reliquias.

Los ojos de Ralph se abrieron de par en par.

—¡No! —dijo con un susurro bajo—. ¡No puede ser! Quiero decir, ¡el profesor Jackson...!

—Eso no es todo —dijo James, escarbando en su mochila—. Echa un vistazo a esto. —Sacó *El Profeta* doblado que Zane le había dado, el que tenía la historia sobre la manifestación contra la visita de Harry Potter—. Ha estado en el fondo de mi mochila todo el rato. Olvidé incluso que lo tenía, pero echa un vistazo al artículo de la parte de atrás. —James dio un golpecito al artículo sobre el allanamiento en el Ministerio de Magia y los ladrones extrañamente malditos que aparentemente había entrado para no llevarse nada. Ralph lo leyó lentamente, después levantó la mirada hacia James, con los ojos abiertos.

—Dice que uno de los lugares en los que forzaron la entrada fue el Departamento de Misterios —dijo—. ¿Crees que estos tíos estaban buscando el trono de Merlín?

—Quizás —admitió James, pensando con fuerza—. Pero no lo creo. Creo que fueron contratados como diversión. Dicen que ninguno de ellos tenía grandes antecedentes, ¿no? No podrían haber entrado en el ministerio por su cuenta. Quizás eran solo una distracción, alborotando las cosas y armando un poco de jaleo mientras *alguien* más buscaba el trono y lo sacaba de allí.

—Pero dice que no se robó nada —dijo Ralph, volviendo a mirar el artículo.

—Bueno, no iban a admitir que el trono de Merlín había sido robado, ¿no? —replicó James—. Quiero decir, que sería un poco inquietante admitir que un artilugio de magia oscura ha desaparecido, con todas esas historias de magos malvados intentando utilizar las reliquias para traer de vuelta a Merlín durante siglos. Además... —Pensó en lo que Luna les había contado—. Si ha estado guardado en las cámaras del Departamento de Misterios desde el siglo dieciséis, quizás ni siquiera saben que ya no está allí. ¿Cómo iban a saber que falta un artículo en ese enorme lugar? Luna las llamó las «interminables bóvedas», ¿verdad?

—Entonces —dijo Ralph, todavía examinando el artículo—, alguien contrató a los tres bandidos para que irrumpieran y revolvieran las cosas, mientras el auténtico ladrón se

hacía con el trono de Merlín. Luego el auténtico ladrón maldice a esos tipos para que no puedan hablar, y les tiende una trampa. ¿Correcto? Bastante marrullero. Pero aún así, ¿dónde ocultar algo como el trono de Merlín? ¿Los objetos mágicos, especialmente los oscuros, no dejan una impronta bastante notable? Quiero decir, tu padre y sus aurores lo captarían de algún modo, ¿no?

—Sí —estuvo de acuerdo James dubitativamente—. Tienen que tenerlo en algún lugar que esté o realmente lejos de la civilización, u oculto bajo capas de encantamientos desilusionadores y hechizos de secretismo. Más de los que cualquier bruja o mago podrían erigir por su cuenta. Necesitarían un lugar totalmente protegido y absolutamente secreto, como... —se detuvo, la comprensión florecía en él. Su boca colgó abierta y sus ojos se ampliaron más y más.

—¿Qué? —preguntó finalmente Ralph. James le miró, y después le quitó el periódico. Le dio la vuelta, examinando la portada.

—¡Eso es! —dijo con un susurro sin aliento—. ¡Mira! ¡El allanamiento fue la noche antes de nuestra llegada a la escuela! ¿Recuerdas cuando estábamos en los botes cruzando el lago por primera vez? ¡Vi a alguien en un bote al borde del lago!

—Sí —dijo Ralph lentamente, entrecerrando los ojos—. Supongo. Al día siguiente, cuando llegaron los americanos, viste a la vieja Madame Delacroix y creíste que había sido ella. Yo pensé que estabas exagerando un poco.

James le ignoró y siguió.

—Decidí que no podía haber sido ella, porque la mujer que vi en el lago era mucho más joven. Aún así, el parecido era espeluznante. Sabes donde vi ese bote, ¿no? ¡Fue donde Zane y yo encontramos la isla! ¡El Santuario Oculto! ¡Creo que después de todo era Madame Delacroix!

—¿Cómo? —preguntó Ralph simplemente—. No llegó hasta el día siguiente.

James explicó a Ralph lo que el profesor Franklyn había revelado sobre Madame Delacroix durante la cena en las habitaciones de los Alma Aleron.

—Era su espectro —concluyó—. Se proyectó a sí misma hacia el lago, en ese lugar de la isla, utilizando la habilidad de la que Franklyn nos habló. ¡No me sorprende que se enfadara tanto cuando él nos explicó que podía proyectar una versión más joven de sí misma en cualquier lugar que quisiera!

Ralph pareció dudar.

—¿Pero por qué? ¿Qué iba a hacer flotando por ahí en un bote en medio del lago?

—¿No lo ves? —exclamó James, intentando mantener la voz baja—. Quienquiera que robara el trono de Merlín necesitaría ocultarlo en un lugar tan seguro y secreto que

nadie más pudiera presentirlo. ¿Qué mejor lugar que los terrenos de Hogwarts? ¿Por qué crear un lugar ultra poderosamente oculto cuando ya existe uno, y vas a ir allí de todos modos? Madame Delacroix envió a su espectro a la isla esa noche para entregar el trono robado. Lo ocultó allí mismo en los terrenos de Hogwarts, allí en la isla. El Bosque Prohibido ya está tan lleno de magia que el trono probablemente se pierda entre el ruido de fondo para los magos de la escuela. ¡El Santuario Oculto debe ser su escondite!

Ralph miró a James, mordiéndose los labios y abriendo los ojos. Finalmente dijo:

—Guau, esto es tan espeluznante que tiene sentido. ¿Crees que está compinchada con Jackson entonces?

—De una forma u otra, están juntos —asintió James.

—Esto apesta —dijo Ralph rotundamente—. Realmente estaba empezando a gustarme el profesor Jackson. Pero aún así, ¿de qué sirve todo esto? Quiero decir que Luna dice que es imposible traer de vuelta a Merlín. Parecía pensar que cualquiera que lo intentara estaba directamente chalado. Muerto una vez, muerto para siempre. ¿Por qué no dejar que Delacroix y Jackson disfruten de sus fantasías?

James no podía dejarlo correr. Sacudió la cabeza.

—No sé Delacroix, pero el profesor Jackson es más listo que eso. Enseña Tecnomancia, ¿no? No se uniría a un plan alocado si no pensara que iba a funcionar. Además, todo el mundo sigue hablando como si Merlín hubiera muerto. Pero Austramaddux no dice que muriera, ¿no? Sólo abandonó el mundo de los hombres.

Ralph se encogió de hombros.

—Lo que sea. A mí me parece bastante dudoso. —Se recostó hacia atrás en su catre.

—¡Vamos, Ralph! —dijo James, tirándole el periódico—. ¡Están intentando traer de vuelta a Merlín para comenzar una guerra con los muggles! ¡Tenemos que detenerlos!

Ralph rodó de costado y le frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? Tu padre es jefe de aurores. Si te preocupa esto, cuéntaselo. Su trabajo es detener cosas como ésta, ¿no? ¿Y qué íbamos a hacer nosotros de todos modos?

James estaba exasperado.

—¡Podemos intentar detenerles! Nadie nos creerá si se lo contamos ahora. Intentaremos reunir las reliquias nosotros mismos. ¡Si lo hacemos, al menos tendremos pruebas!

Ralph continuó mirando a James. Después de un minuto habló.

—¿No crees que podrías estar haciendo una montaña de un grano de arena? Es decir,

entiendo que quieras seguir los pasos de tu padre y todo eso, intentar salvar el mundo y ser el héroe...

—Cállate, Ralph —dijo James, de repente enfadado—. No sabes de lo que estás hablando.

Ralph rodó sobre su espalda.

—Sí, tienes razón. Lo siento —James lo sabía, desde su anterior pelea Ralph ponía mucho cuidado en no decir nada demasiado controvertido.

—Está bien —admitió James—. Sé porque dices eso. Pero esto es diferente. De verdad que no solo estoy intentando ser como papá, ¿vale? Quizás no haya forma de traer de vuelta a Merlín. Pero aún así, estos tipos del Elemento Progresivo no son trigo limpio. Si podemos probar que están intentando empezar una guerra, al menos podremos acallarlos, ¿no? Si podemos hacerlo, creo que deberíamos. ¿Estás conmigo?

Ralph sonrió a James.

—Por supuesto. ¿De qué sirve ser un mago si no hay una misión para salvar el mundo?

James puso los ojos en blanco.

—Calla y duérmete, Ralphinator.

Pero James no pudo dormir, no durante mucho tiempo. Pensaba y pensaba en todo lo que había aprendido esa noche, en las conexiones que Ralph y él habían hecho. Tenía demasiado sentido. Tenía que ser cierto. Y por mucho que confiara en Luna, no podía aceptar del todo que fuera imposible traer a Merlín al mundo de algún modo. Había sido el mayor mago de todos los tiempos, ¿no? Estaba seguro de que había sido capaz de cosas que incluso los magos más poderosos encontrarían imposibles. James no estaba dispuesto a permitir que se le escapara. Aún así, parte de él se había sentido picada por la sugerencia de Ralph de que simplemente buscaba una forma de hacerse el héroe, como su padre. No porque supiera que fuera cierto, sino porque temía que pudiera serlo. Finalmente, varias horas después de que la casa quedara en silencio, sintiéndose confuso y exhausto, James se quedó dormido.



El día antes del viaje de vuelta a la escuela, James estaba vagando por las habitaciones superiores de Grimmauld Place, aburrido e intranquilo. Los últimos invitados se habían marchado el día anterior, y Ralph había ido con Ted y Victoire a ver la oficina de Harry

en el ministerio. James ya había estado allí un montón de veces, pero la razón principal para no acompañarles había sido que quería tiempo para pensar. Después de una hora de estar tendido sobre la cama garabateando notas sin sentido y dibujando en hojas de pergamino, se levantó y subió las escaleras hasta el cuarto piso. Los pisos superiores estaban en silencio y somnolientos, con motas de polvo nadando perezosamente en los rayos de sol que se colaban a través de las ventanas cubiertas de escarcha. Todas las camas estaban hechas, los baúles casi preparados. Todo el mundo abandonaría Grimmauld Place en los próximos días, reduciéndolo de nuevo al vacío temporal. Incluso Kreacher había sido convencido para acompañar a la familia de vuelta a la residencia principal en Marble Arch durante un par de meses. La edad y la quietud de la casa parecían llenar los cuartos, como una neblina. James se sentía como un fantasma.

Estaba pasando junto a la puerta del dormitorio de sus padres cuando se detuvo. Dio un paso atrás y se asomó dentro. Las cortinas habían sido abiertas y un duro rayo de sol atravesaba el aire como una lanza, dibujando la silueta de la ventana sobre el baúl de Harry Potter. James miró hacia las escaleras para asegurarse de que no venía nadie, y luego entró de puntillas en la habitación. El baúl no estaba cerrado del todo. Ni siquiera tenía candado. James alzó la tapa lentamente, asomándose dentro. Allí, en el mismo lugar de la última vez, estaba la capa invisible de su padre. Estaba firmemente doblada, encajada en una esquina, casi cubierta por una pila de calcetines. Miró de nuevo hacia la puerta, ya sintiéndose culpable. No debía, por supuesto. Absolutamente no. Cuando su padre lo averiguara, se vería metido en un buen problema. Pero una vez más, quizás su padre no lo notara. Harry Potter parecía llevar la legendaria capa con él simplemente por hábito. James no podía recordar la última vez que su padre la había usado en realidad. Parecía estar mal, en cierto modo, que un tesoro tan útil no fuera utilizado por nadie. James metió la mano en el baúl y la tocó, después, sin permitirse a sí mismo pensar en ello, sacó la capa de un tirón.

Estaba a punto de girarse y huir a su habitación cuando algo dentro del baúl captó su atención. Había estado bajo la capa invisible, sólo revelado porque James la había sacado. Poca gente reconocería siquiera lo que era. A primera vista, parecía solo un viejo pergamino, doblado muchas veces. Como un mapa. James lo consideró. Lo que finalmente le decidió fue pensar en lo que Ted Lupin podría decir si averiguaba que James había vuelto la espalda a tan dorada oportunidad.

Agarró el mapa del merodeador, aferrándolo firmemente junto con la capa invisible contra su pecho, después cerró cuidadosamente el baúl de su padre. Corrió escaleras abajo y de vuelta a su habitación. Para cuando hubo ocultado su contrabando en el fondo de su propio baúl, se sentía a la vez excitado y aterrado a partes iguales.

Estaba seguro de que se ganaría una buena cuando le pillaran, y no había duda de que le *pillarían*.

Aún así, sabía que su padre no sería capaz de negar que él habría hecho lo mismo de estar en los zapatos de James. Contaba con eso para atemperar la cosa cuando llegara el momento. Hasta entonces, daría buen uso a ambos artículos. No sabía exactamente como aún, pero no había duda al respecto, con la capa y el mapa del merodeador en su poder, se sentía mucho mejor equipado para acometer cualquier aventura venidera.



El viaje de vuelta a la escuela fue, como todos los viajes post vacacionales, melancólico y tranquilo. De vuelta en Hogwarts a la semana siguiente, James y Ralph relataron a Zane todo lo que Luna les había contado y las conexiones que subsecuentemente habían hecho. James se sintió gratificado cuando Zane captó inmediatamente las implicaciones.

—¿Quizás Madame Delacroix haya puesto a Jackson bajo la maldición *imperius*? — preguntó en tono bajo, mientras los tres se apiñaban alrededor de una mesa en la esquina de la biblioteca.

—Sí —estuvo de acuerdo Ralph—. Eso tiene sentido. Podría estar simplemente utilizándole como herramienta.

James sacudió la cabeza.

—Papá dice que la maldición *imperius* es bastante fácil de lanzar, pero requiere mucho poder mantenerla durante un largo período de tiempo. Todo un año escolar es *mucho* tiempo. Además, un mago lo bastante fuerte puede aprender a rechazarla o resistirla del todo. Jackson es demasiado listo como para ser un blanco fácil para algo así.

Ralph se encogió de hombros y después insistió, bajando la voz cuando un grupo de estudiantes pasó junto a ellos.

—De cualquier modo, todavía pienso que todo el asunto es una tontería. Quiero decir, los magos han estado intentando traer de vuelta a Merlín durante siglos, ¿no? Y los mejores magos vivos hoy en día piensan que todo el asunto es una especie de cuento de hadas. El profesor Franklyn dijo en Defensa Contra las Artes Oscuras que los mejores informes demuestran que Merlín acabó involucrado con alguien llamado «la dama del lago», que tomó sus poderes y le aprisionó. Podría ser parte de la leyenda; pero aún así, supuestamente murió hace más o menos doce siglos y fue enterrado como cualquier otro tipo.

Zane, que siempre era propenso a mostrar una mórbida imaginación, abrió los ojos de par en par.

—¿Y si el plan es traerle de vuelta como un inferius? ¡Quizás solo vayan a alzar su cuerpo como una especie de zombi o algo así!

James puso los ojos en blanco.

—Los inferi son solo cadáveres animados. Nadie diría que ha sido devuelto a la vida si solo le han convertido en inferi. Sería lo mismo que coger el esqueleto de Merlín y convertirlo en una marioneta.

Zane alzó la mano e hizo gestos imitando una boca con los dedos.

—Eh, chicos. Soy Merlín. Acabo de volver volando de la muerte, y chico, ¿tengo los brazos agotados?

James contuvo una risa.

—Vale, en serio, quizás todo el asunto del retorno de Merlín sea solo una leyenda estúpida. Pero Jackson y Delacroix y quienquiera que esté trabajando con el Elemento Progresivo cree en ella, y mientras lo hagan, seguirán adelante. Si el plan de Merlín no funciona, simplemente tramarán alguna otra cosa. Si podemos probar lo que están intentando hacer, entonces...

—Al menos podremos acallarlos —asintió Ralph—. ¿Correcto? ¿Desacreditarlos ante el mundo mágico?

—Sí. Y si podemos hacerlo, necesitarán mucha habilidad para lograr su meta.

Zane entrelazó los dedos tras la cabeza y se echó hacia atrás.

—Vale. Parece que necesitamos poner las manos sobre esas reliquias. El trono está demasiado protegido para nosotros, si está en la isla. Aún no sabemos quién tiene el báculo de Merlín o si alguien sabe dónde está. Eso nos deja la túnica. Al menos sabemos dónde está, y por lo que sabemos, el maletín de Jackson no intentará arrancarnos la pierna de un mordisco si lo abrimos.

Ralph parecía sombrío.

—Por lo que sabemos.

—Tenemos que cogerlo sin que Jackson sepa que ha desaparecido. Si se da cuenta, tendremos tiempo para devolverlo y cubrir las huellas —dijo James, pensando con fuerza—. Ojalá supiéramos dónde están planeando llevar todas las reliquias. Tenemos que conseguirlas antes de que lo intenten.

—¿Y dónde está la Encrucijada de los Mayores? —añadió Ralph.

—Me figuro que esa será la propia isla —respondió James, alzando las cejas.

Fue el turno de Zane de sacudir la cabeza.

—No. No puede ser. El letrero de la verja decía que era el Santuario Oculto. Al fondo, decía algo sobre la Encrucijada de los Mayores, como si fuera algún otro lugar.

James buscó en su mochila, sacando la hoja de pergamino en la que Zane y él habían reproducido el poema de la verja. Lo extendió entre ellos. A la luz de lo que Luna les había contado sobre las reliquias, el poema cobraba mucho más sentido. Lo leyó, junto con sus anotaciones manuscritas, una vez más.

Con la luz majestuosa de la hermosa Sulva,

—Sulva es lo mismo que luna.

Encontré el Santuario Oculto.

—Significa que solo se puede encontrar el santuario a la luz de la luna.

Antes de que la noche de los tiempos retorne,

—¿Retorne? ¿Una fecha concreta?

Despierta de su lánguido sueño.

—Merlinus; ¿dormido? Rip Van Winkle.

Una vez haya vuelto el agitado amanecer

—¿Ocurre por la noche?

Sin una reliquia perdida;

—¡Las tres reliquias! Hay que reunir las.

Ha pasado toda una vida, un nuevo eón.

—Una vida desde el pasado a una nueva era, ¿el origen de la leyenda?

La senda a la Encrucijada de los Mayores.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—Sí —estuvo de acuerdo James a regañadientes—. Suena como si la Encrucijada de los Mayores fuera un lugar totalmente diferente. ¿Quizás el Santuario Oculto se *convierta* en la Encrucijada de los Mayores de algún modo?

Zane se encogió de hombros, no muy convencido.

—Puede.

—En realidad no hay ninguna diferencia —dijo Ralph después de pensar un

minuto—. Es solo un viejo poema. Parte de la leyenda.

—Tú no viste esa isla —dijo Zane con un estremecimiento, después se giró hacia James—. ¿Crees que toda aquella vegetación que creció en la isla fue en respuesta a que el trono está allí?

—Podría ser —asintió James—. Sea cierta o no la leyenda, ese asunto tuvo que ser cosa de alguna magia seria. Probablemente, Madame Delacroix añadió sus propios maleficios protectores y encantamientos también.

—De cualquier modo —insistió Ralph—, tenemos que conseguir la túnica del maletín de Jackson. Tenemos que sacar la túnica del maletín ¿Alguna idea?

Los tres chicos se miraron unos a otros. Finalmente James dijo:

—Trazaré un plan. Sin embargo, vamos a necesitar algo para reemplazar la túnica.

—Dijiste que era solo un montón de tela negra, ¿no? —dijo Ralph—. Podemos utilizar mi capa de gala. Mi padre me compró todo un guardarropa de mago cuando fuimos al callejón Diagon antes de que empezara la escuela, y a menos que vaya a ir a la boda o el funeral de alguien, no puedo imaginarme para qué necesitaré esa cosa. Es más grande que la colcha de mi cama.

James lo consideró.

—Claro, supongo que servirá tan bien como cualquier otra cosa. Aunque —añadió, mirando seriamente a Ralph—, si le siguen el rastro hasta ti...

Ralph se quedó en silencio un momento, y después se encogió de hombros.

—Ah, bueno. No tengo escasez de enemigos ya. Uno o dos más no pueden hacer daño.

Considerando el calibre de los enemigos que podría conseguirse Ralph participando en semejante plan, James pensó que podían ciertamente hacer daño, pero decidió no decir nada. Se enorgullecía de Ralph por presentarse voluntario, y sentía que eso demostraba que Ralph tenía gran cantidad de confianza en él. James esperaba ser digno de ella.



Durante el resto de la semana, James tuvo muy poco tiempo para pensar en el maletín de Jackson y la túnica. Como si supiera lo que estaban tramando, el profesor Jackson había marcado más deberes de lo habitual, asignando casi cinco capítulos y un ensayo

de quinientas palabras sobre la «ley de inercia desplazada de Héctor». Al mismo tiempo, el profesor Franklyn tenía planeado un examen práctico para la tarde del viernes, dejando solo un día para que James, Zane y Ralph practicara hechizos desarmadores y de bloqueo. Ralph se vio obligado a practicar con un maniquí. Después de dos horas, finalmente consiguió lanzar con éxito un hechizo *Expelliarmus* sin quemar un cráter en el maniquí de pasta. Afortunadamente, el propio Franklyn se dignó a actuar como compañero de duelo de Ralph durante el examen. Ralph, ligeramente más confiado en que Franklyn podría desviar cualquier hechizo errático con más facilidad que cualquiera de sus compañeros, pudo concentrarse un poco más en su juego de muñecas. Nadie se sorprendió más que él, cuando su hechizo *Expelliarmus* realmente consiguió arrancarle a Franklyn la varita de la mano. Esta se clavó en el techo como si fuera una flecha.

—Bien hecho, señor Deedle —dijo Franklyn, un poco desmayado, mirando fijamente a su varita—. Señor Potter, ¿sería tan amable de recuperar mi varita? Hay una escalera de mano junto al armario de suministros. Ese es mi chico.

Cuando James y Ralph abandonaban la clase de Defensa Contra las Artes Oscuras, James notó que una vez más estaba siendo observado atentamente por el hombre del mostacho de la pintura de los magos reunidos alrededor del gran globo. Durante la última semana, había empezado a notar miradas similares de las pinturas de los pasillos. No de todas, pero sí de algunas, las suficientes como para llamarle la atención. El mago gordo de la esquina en la pintura del envenenamiento de Peracles había parecido estar escuchando atentamente mientras Ralph, Zane y él habían estado discutiendo sobre el maletín de Jackson en la biblioteca. Un jinete de caballería en la pintura de la batalla de Bourgenoigne había trotado con su caballo hasta la esquina de la pintura para observar como James se perdía de vista mientras se dirigía a Estudios Muggles. Quizás lo más extraño de todo había sido el retrato de un retrato en la pintura de la coronación del rey Cyciphus que había estudiado a James desvergonzadamente desde la pared del Gran Comedor mientras Zane y él se tomaban el desayuno.

James se detuvo de camino a la sala común y se aproximó a la pintura de los magos reunidos alrededor del globo. El mago del mostacho oscuro y gafas le estaba mirando con una expresión dura e ilegible.

—¿Qué? —exigió James—. ¿Tengo mostaza en la corbata o qué?

La expresión del mago pintado no cambió, y una vez más, James pensó que había algo incómodamente familiar en él.

—Te conozco, de algún modo —dijo—. ¿Quién eres?

—Estás hablando con una pintura —señaló Ralph.

—Hablo con una pintura todos los días para entrar en la sala común —dijo James sin darse la vuelta.

—Sí —asintió Ralph—. Aún así, parece un poco raro ir por ahí empezando conversaciones con pinturas al azar en las paredes.

—¿De qué te conozco? —preguntó James a la pintura, molesto.

—Jovencito —habló otro mago de la pintura—, ese no es un tono al que estemos acostumbrados. Respeto y deferencia, si no te importa. Somos mayores que tú.

James le ignoró, todavía estudiaba al mago del mostacho y las gafas, que simplemente le devolvía la mirada en silencio. A James se le ocurrió que el mago solo le parecía familiar porque, en cierto modo, se parecía al resto de las pinturas que habían estado observándole. Pero eso era obviamente ridículo, ¿no? Estaba el gordo de la calva y el mago flaco del retrato del retrato, que tenía una gran barba rubia alborotada. Todas las pinturas a las que había pillado mirándole eran absolutamente distintas. Unas cuantas hasta habían sido mujeres feas. Aún así, había algo en los ojos y en la forma de la cara. James sacudió la cabeza. Presentía que estaba cerca de averiguarlo, aunque permanecía más allá de su alcance.

—Vamos —dijo finalmente Ralph, agarrándole del brazo—. Discute con las pinturas luego. Hay bistec y riñones esta noche.



Ese fin de semana, James dio una vuelta de prueba en su nueva Centella Fugaz por el campo de quidditch. Ciertamente fue una experiencia totalmente diferente a la de montar cualquiera de las escobas de la casa. La Centella Fugaz era notablemente más rápida, pero lo que era más importante, respondía a la dirección de James con una exactitud y facilidad que rayaba en la precognición. James simplemente estaba pensando en que quizás le gustaría hacer un picado y giro, y de repente descubrió que eso mismo estaba ocurriendo. Ted explicó, más bien jadeante, que la Centella Fugaz estaba equipada con una opción llamada «realzamiento extragestual».

—Básicamente —dijo con tono impresionado—, la escoba puede leer la mente de su propietario, solo lo suficiente como para que con el más ligero toque vaya a donde quieres ir. Ella ya sabe lo que quieres, así que en el momento en que lo admites, ya estás allí.

James se ofreció a dejar que Ted diera una vuelta en la escoba, pero Ted sacudió la cabeza tristemente.

—Está unida a ti. Tú eres el dueño. Si cualquier otro intenta volar con ella, todo le

saldría mal. Es el inconveniente de la opción R.E.G.O la ventaja, si te preocupa que alguien intente robártela.

—Yo quieeeeerooooo unaaaaaa —dijo Zane en voz baja—. ¿Cuánto cuestan?

—¿Cuánto tienes? —preguntó Ted.

Zane lo pensó un momento.

—Desde que di mis últimos cinco al elfo doméstico de la puerta, eh, nada.

—Cuesta más que eso —dijo Ted, asintiendo con la cabeza.

De regreso al castillo, Zane le dijo a James que había tenido una idea sobre cómo cambiar la túnica por la capa de Ralph.

—Reúnete conmigo esta noche en la sala común de Ravenclaw —dijo—. Dile a Ralph que venga también, cuando le veas. Os veré en la puerta a las nueve.

Esa noche, la sala común de Ravenclaw estaba inusualmente vacía. Zane explicó que había un torneo de ajedrez mágico en el Gran Comedor.

—Horace Birch está jugando con el profesor Franklyn por el título del gran campeón de ajedrez mágico del universo, o algo así. Extraoficialmente, creo. Sea como sea, todo el mundo está abajo animándole. Entonces, ¿ninguno de los dos ha dado con una forma de quitarle la túnica a Jackson aún?

—Creí que habías dicho que tenías un plan —dijo James.

—Lo tengo pero es bastante dudoso. Pensé en escuchar ideas primero, por si acaso eran mejores.

James sacudió la cabeza. Ralph dijo:

—He estado observando al profesor Jackson. Nunca deja el maletín fuera de su vista.

—En realidad —dijo Zane, sentándose en una silla junto al fuego—, eso no es del todo cierto.

Ralph y James se sentaron en el sofá. James dijo:

—Ralph tiene razón. Hasta lo lleva a los partidos de quidditch. Se lo coloca entre los pies en las comidas. Lo lleva con él constantemente.

—Lo lleva con él constantemente —estuvo de acuerdo Zane—, pero hay una situación en la que no está precisamente con un ojo puesto en él.

—¿Cuál? —exclamó James—. ¿Dónde?

—La clase de Tecnomancia —respondió Zane simplemente—. Piensa en ello. ¿Qué hace durante toda la clase?

James lo consideró un momento, entonces sus ojos se abrieron ligeramente.

—Pasea.

—Bingo —dijo Zane, señalando a James—. Pone el maletín en el suelo junto a su escritorio, cuidadoso como siempre, pero entonces se pone a pasear. Recorre la habitación diez veces por clase, supongo. He estado observando. Le lleva alrededor de un minuto hacer todo el recorrido por la habitación, lo que significa que durante veinte segundos, está de espaldas al maletín.

—Espera —intervino Ralph—, ¿crees que deberíamos intentar cambiarlo justo en medio de la clase?

Zane se encogió de hombros.

—Como ya he dicho, no es una gran idea.

—¿Cómo? Hay veinte personas en esa clase. No podemos meterlos a todos en el ajo.

—No —estuvo de acuerdo James—. Philia Goyle está en esa clase. Es íntima de Tabitha Corsica, y es posible, incluso probable, que estén metidas en el complot de Merlín. Philia podría incluso saber qué hay en el maletín. Nadie puede saber lo que planeamos.

—Eso no lo convierte en imposible —dijo Zane.

Ralph frunció el ceño.

—¿Crees que seremos capaces de abrir el maletín de Jackson, cambiar las túnicas, y cerrarlo de nuevo, todo mientras Jackson está de espaldas durante veinte segundos, y sin que nadie más en la clase se dé cuenta?

—Hum —dijo James, frunciendo el ceño—. Quizás no necesitemos *abrir* el maletín. ¿Y si encontramos otro maletín? Podríamos meter en él la capa de Ralph y de algún modo solo cambiar los maletines mientras Jackson está de espaldas.

Ralph todavía dudaba.

—Jackson lo notaría. Lleva esa cosa con él a todas partes. Probablemente conoce de memoria cada araño y rozadura.

—En realidad —dijo Zane pensativo—, es un maletín de cuero de aspecto bastante estándar. He visto otros casi exactamente como ese aquí mismo en Hogwarts. Podríamos encontrar alguno que se acerque lo bastante... —De repente Zane se sentó erguido y chasqueó los dedos—. ¡Horace!

—¿Horace? —parpadeó James—. ¿Horace Birch? ¿El gremlin jugador de ajedrez? ¿Qué tiene que ver él?

Zane sacudió la cabeza excitado.

—¿Recuerdas el wocket? Horace utilizó un encantamiento *visum-inepto* para hacer que pareciera un platillo volante. ¡Es un encantamiento engaña-vista! Dijo que la mayoría de la gente ve lo que esperan ver. Si encontramos un maletín que se parezca lo suficiente al de Jackson, y después le lanzamos un encantamiento *visum-ineptio*, ¡puesto a que será suficiente como para engañar al bueno Cara de Piedra! Quiero decir, nunca esperará que le vaya a ocurrir algo a su maletín durante una clase, así que el encantamiento le ayudará a ver el falso maletín como si fuera el suyo. ¿Verdad?

Ralph pensó en ello y pareció aliviado.

—Es tan alocado que puede funcionar.

—Sí —añadió James—, pero aún así, ¿cómo cambiamos los maletines durante la clase sin que nadie más lo note?

—Necesitamos una diversión —dijo Zane firmemente.

Ralph hizo una mueca.

—Tú has visto mucha tele.

James frunció el ceño pensando en la capa invisible.

—Sabéis —dijo—, tengo una idea.

Les habló de su hallazgo de la capa invisible y el mapa del merodeador.

—¡Liberados del baúl de tu padre! —sonrió Zane deleitado—. ¡Pequeño bribón! Ted querrá besarte por esto.

—Él no lo sabe, y quiero que siga así, por ahora, al menos —dijo James severamente—. Pero la cuestión es que creo que podemos utilizar la capa para hacer el intercambio sin que nadie lo sepa. Hará falta que participemos todos, sin embargo.

—Yo ni siquiera estoy en esa clase —dijo Ralph.

James asintió con la cabeza.

—Lo sé. ¿Qué clase tienes a esa hora? ¿La primera del miércoles?

Ralph pensó.

—Hum. Aritmancia. Uuuf.

—¿Puedes saltártela?

—Creo que sí. ¿Por qué?

James explicó su plan. Zane comenzó a sonreír, pero Ralph parecía incómodo.

—Soy un mentiroso terrible. Nos pillarán —gimió—. ¿No puede hacer Zane mi parte? Él tiene talento para eso.

James sacudió la cabeza.

—Está en clase conmigo. No funcionaría.

—Puedes hacerlo, Ralph —dijo Zane animoso—. El truco está en mirar directamente a los ojos y nunca parpadear. Te enseñaré todo lo que sé. Haremos de ti todo un mentiroso.

Esa noche, mientras James se preparaba para ir a la cama, repasó el plan en su mente. Ahora que se había permitido a sí mismo considerar la imposibilidad del retorno literal de Merlín, se sentía bastante tonto por haber estado tan seguro de ello. Obviamente, era sólo una falsa ilusión alocada de magos tenebrosos ávidos de poder. Aún así, resultaba evidente que Jackson y Delacroix, al menos, creían en ello lo suficiente como para intentarlo. Si James, Ralph y Zane podían hacerse con la túnica de Merlín, esta sería prueba suficiente para que su padre y sus aurores buscaran la isla del Santuario Oculto. Encontrarían el trono de Merlín, y la conspiración quedaría revelada. Aparecería en la portada de *El Profeta*, y el Elemento Progresivo de Tabitha Corsica, que seguramente formaba parte del complot, se revelaría como una campaña de mentiras y propaganda que tenía como único objetivo la guerra y la dominación. Con esa visión en la cabeza, James sintió la firme determinación de hacer todo lo que estuviera en su mano para hacerse con la reliquia.

Mientras evaluaba el plan, sin embargo, tuvo sus dudas. Ciertamente era un plan bastante embrollado, con muchas variables. Mucho dependía enteramente de la pura suerte. En un minuto James estaba seguro de que funcionaría perfectamente, y al siguiente de que sería un estrepitoso fracaso en el que los tres serían capturados. ¿Qué dirían entonces? Jackson sabría que eran conscientes de su plan. ¿Sería eso suficiente para detener el complot? James era, después de todo, el hijo del jefe de aurores. Creía que no. Si James y sus amigos eran atrapados intentando robar la reliquia, Jackson sabría que aún no habían contado nada a Harry Potter. ¿Se rebajarían Jackson y sus compañeros de conspiración al asesinato para mantener su plan en secreto? Apenas podía creerlo, pero de todas formas, también le había asombrado descubrir que Jackson estaba involucrado en un plan tan terrible para empezar. Fuera como fuera, James estaba seguro de una cosa; probablemente él más que Zane o Ralph, pero los tres estarían en gran peligro si su plan fracasaba.

Por primera vez, consideró el contárselo todo a su padre. Podía enviar a *Nobby* con una carta, explicando todo lo que habían averiguado hasta ahora. Si tenían éxito en su plan de recuperar la túnica, tendrían pruebas para cuando llegara la carta. Si fracasaban y eran capturados, al menos alguien sabría lo del complot Merlín. Era demasiado tarde para escribir la carta esa noche, pero se sintió tranquilizado habiendo tomado la decisión de que sería una buena idea, y estaba decidido a hacerlo mañana a primera hora. Pensando en eso, cayó dormido.

A la mañana siguiente, sin embargo, mientras descendía por las escaleras para ir a desayunar, había olvidado todo. A la luz de un nuevo día y una nueva semana, se sentía perfectamente confiado en que su plan funcionaría. El fracaso era inconcebible. Tenía tan alto el ánimo al respecto que apenas se fijó en el mago pálido de la pintura de la Asunción de San Mungo que le observaba atentamente, frunciendo el entrecejo y con semblante inflexible.



Capítulo 12

Visum-ineptio

La primera dificultad a la que James, Ralph y Zane se enfrentaron para apoderarse del maletín de Jackson fue el simple hecho de encontrar uno lo suficientemente parecido como para realizar el cambio. Era, como Zane había indicado, un maletín de cuero negro bastante modesto, más parecido a un bolso de médico que a un verdadero maletín. La noche del lunes durante la cena, lo estudiaron cuidadosamente ya que estaba debajo de la mesa del profesorado, entre las botas negras del profesor. En la parte superior, tenía dos asas de madera, un cierre metálico articulado, y ciertamente estaba bastante desgastado y ajado. Se sintieron desanimados al descubrir que en uno de los lados tenía adosada una pequeña placa de bronce deslucida donde figuraba impreso «T. H. Jackson». Aunque en la mayoría de los aspectos parecía un elemento de transporte absolutamente intrascendente, los muchachos pronto descubrieron que no era, de hecho, fácil encontrar uno exactamente igual. Muchos estudiantes y profesores tenían maletines

y portafolios de cuero, pero todos eran muy estrechos o del color incorrecto, o de un tamaño o forma bastante distinto. Llegado el martes por la noche, aún no habían encontrado un maletín que pudieran emplear para realizar el intercambio. Ralph insinuó que posiblemente tuvieran que esperar hasta la semana siguiente para hacerlo, pero James insistió en que debían seguir intentándolo.

—No sabemos cuándo planean reunir todas las reliquias —explicó—, si esperamos demasiado, lo intentarán y entonces no tendremos acceso a ninguna de las reliquias en absoluto. Imaginarán que no funcionan y por lo tanto las esconderán o las destruirán.

Ralph y Zane estuvieron de acuerdo aunque este hecho no los hizo estar más cerca de encontrar un maletín apropiado para el intercambio. Entonces, el miércoles por la mañana, el día que tenían clase de Tecnomancia, Ralph llegó a la mesa del desayuno con un brillo maníaco en los ojos. Se dejó caer frente a Zane y James y los miró fijamente.

—¿Qué? —preguntó James.

—Creo que encontré un maletín que podemos usar.

James se quedó boquiabierto y Zane tragó audiblemente el café que había estado tomando.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó James en un áspero susurro. Había decidido que después de todo iban a tener que esperar, lo cual lo había hecho sentir preocupado y aliviado al mismo tiempo. En ese momento la adrenalina se disparó en su interior. La palidez y los ojos enormes en el rostro de Ralph indicaban que estaba sintiendo lo mismo.

—¿Conoces a mi amigo Rufus Burton?

James asintió.

—Sí, otro Slytherin de primer año. Un chico con el pelo engominado ¿verdad?

—Sí. Bueno, colecciona rocas y cosas así. Se llama a sí mismo sabueso cazador de rocas. Tiene un montón de piedrecitas pulidas dispuestas en un estante junto a su cama; cristales, cuarzos, zafiros con forma de luna y cosas así. Anoche le oí hablar de ello durante casi una hora. En fin, obviamente, trajo a la escuela todas sus herramientas de recolección de piedras. Tiene un pequeño martillo con forma de pico por un lado, un conjunto de pequeños raspadores, cepillos y muchas toallitas y sustancias para pulir...

—Está bien, está bien —dijo Zane—, captamos el panorama. El chico es un experto en herramientas. Estoy embelesado. ¿Cuál es el punto?

—Bueno —dijo Ralph, impertérrito—, transporta todas sus herramientas y equipo en un maletín. Anoche lo había sacado y lo tenía sobre la cama...

—¿Y es del tamaño y forma adecuados? —incitó James.

Ralph asintió, aún con los ojos desorbitados.

—Es casi perfecto. ¡Hasta tiene una pequeña placa en uno de los lados! Tiene el nombre del fabricante en ella, pero está en el mismo lugar que la pequeña placa del maletín de Jackson. Es de distinto color, y las asas son de marfil, pero aparte de eso...

—Entonces, ¿cómo lo conseguimos? —preguntó James sin aliento.

—Ya lo conseguí —respondió Ralph, pareciendo bastante asombrado de sí mismo—. Le dije que quería un bolso para llevar mis libros y pergaminos. Que mi mochila no parecía muy, ya sabéis, Slytherin. Me dijo que sabía exactamente lo que quería decir. También dijo que le habían regalado otro maletín de herramientas por Navidad, así que podía quedarme con el viejo. Por eso lo había sacado; estaba quitando todo el contenido del viejo para ponerlo en el nuevo maletín, que es más grande y tiene una dura cubierta de piel de dragón. Me dijo que era hermético. —Ralph estaba empezando a divagar.

—¿Te dijo que podías quedártelo así sin más? —cuestionó Zane incrédulo.

—¡Sí! Debo confesar que me puso de los nervios. Quiero decir, no es un poquito demasiada... no sé...

—Un poquito demasiada casualidad —asintió Zane.

Después de pensarlo James se decidió.

—¿Dónde está el maletín en este momento?

Ralph se sobresaltó un poco.

—Lo traje conmigo, pero lo escondí en uno de los armarios que hay debajo de las escaleras. No quería que nadie me viera con eso aquí adentro. Por si acaso.

—Bien pensado. Vamos —dijo James, levantándose.

—¿Todavía queréis hacerlo? —preguntó Ralph, siguiéndolos renuientemente—. Es decir, de todas formas, íbamos a esperar hasta la semana que viene...

—Eso era solo porque no teníamos otra opción.

—Bueno —murmuró Ralph—, siempre hay opciones. Quiero decir, no tenemos porqué hacerlo de esta forma, ¿o sí? ¿No podría uno de nosotros esconderse bajo la capa invisible y hacer el intercambio cuando Jackson no esté mirando?

Zane negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Hay muy poco espacio ahí dentro. Jackson se toparía contigo en una de sus vueltas. Si vamos a hacerlo, esta es la única forma.

—Mira, creo que estamos *destinados* a hacer esto —dijo James, volviéndose para enfrentar a Ralph y a Zane, cuando llegaron a la puerta—. Si existe algo así como el

destino, entonces eso fue lo que anoche puso ese maletín en tus manos, Ralph. No podemos perder esta oportunidad. Sería como... como escupirle en la cara al destino.

Ralph parpadeó, tratando de imaginárselo. Zane frunció el ceño pensativamente.

—Suenas serio.

—¿Aun estáis conmigo? —preguntó James.

Ambos chicos asintieron.

El maletín todavía estaba en el armario debajo de la escalera principal, y era tan similar al de Jackson como Ralph había descrito. Era de color rojo encendido, y estaba mucho más ajado por haber sido arrastrado por el suelo y las piedras, pero era exactamente del mismo tamaño y forma, con un cierre metálico articulado en el centro.

Ralph ya había metido su capa de vestir dentro de él, y cuando James lo abrió para comprobarlo, tenía casi exactamente el mismo aspecto que había tenido la tela que había en el maletín de Jackson cuando se había abierto aquel día en la clase de Franklyn.

—Llévemolo al baño de los chicos en los sótanos superiores —dijo James, mientras bajaba la escalera precediendo a los otros dos—. Está justo debajo del aula de Tecnomancia. ¿Necesitas algo en particular, Zane?

—Solo mi varita y mis apuntes —respondió Zane. Horace Birch había estado más que dispuesto a explicarle el encantamiento *visum-ineptio* a Zane, pero éste no había tenido oportunidad de practicarlo. Además el encantamiento solo funcionaría —si es que funcionaba— en una persona que no supiera que se había practicado. En consecuencia James, Ralph y Zane no sabrían si el encantamiento estaba funcionando. Solo les restaba tener confianza en la habilidad de Zane hasta que se hubiera llevado a cabo el intercambio y Jackson hubiera recogido el maletín falso. Solo en ese momento, de una forma u otra, la efectividad del encantamiento quedaría probada.

En el baño de los chicos, James apoyó con fuerza el maletín en el borde del lavabo. Zane buscó dentro de su mochila la varita y el trozo de pergamino donde había garabateado el encantamiento *visum-ineptio*. Le entregó el pergamino a Ralph.

—Sostenlo en alto para que lo pueda ver —le instruyó nervioso. Cuando apuntó hacia el maletín con la varita le temblaba visiblemente la mano. Después de un momento dejó caer el brazo nuevamente—. Esto está todo mal. Ralph es el maestro de la varita. ¿No puede intentarlo él?

—Horace te lo enseñó a ti —dijo James con impaciencia—. Es demasiado tarde para enseñarle los movimientos de varita a Ralph. En quince minutos tenemos una clase.

—Sí —protestó Zane—, pero, ¿qué pasa si no puedo lograr que funcione? Si a Ralph le sale bien, sabremos que resultará lo suficientemente bueno como para engañar a

cualquiera.

—Y si le sale mal —insistió James—, nos pasaremos la próxima hora sacando pedacitos de cuero de las paredes.

—Estoy justo aquí, ¿recordáis? —dijo Ralph.

James lo ignoró.

—Debes hacerlo, Zane. Puedes hacerlo. Solo inténtalo.

Zane respiró hondo, y luego volvió a levantar la varita, apuntando al maletín. Miró el pergamino que estaba sosteniendo Ralph. Después, en voz baja y entonada dijo:

—La luz inmortal acelera el ojo, inutilizando la comprensión. Discordia, la aliada del tonto, hace de la expectativa una garantía.

Zane agitó la varita realizando tres pequeños círculos para luego tocar con ella el maletín. Se produjo un estallido y de la punta de la varita emanó un débil aro de luz. El aro creció deslizándose sobre el maletín. Luego se hizo más débil hasta desaparecer. Zane soltó el aliento.

—¿Funciona? —cuestionó Ralph.

—Debe haber funcionado —dijo James—. A nosotros nos parece el mismo, por supuesto, pero algo ha ocurrido, ¿no es así? El encantamiento debe estar funcionando.

—Eso espero —dijo Zane—. Vamos, debemos llegar al aula antes que los demás.

Corrieron por el pasillo, Zane y James en estado de alerta por si veían al profesor Jackson y Ralph llevando el maletín falso envuelto en su capa de invierno.

—Esto es una estupidez —dijo Ralph rechinando los dientes—. Tengo un aspecto tan casual como Grawp vestido con tutú.

James lo hizo callar.

—No importa, ya casi llegamos.

Se detuvieron ante la puerta de la clase de Tecnomancia. Zane se asomó dentro, luego se volvió hacia James y Ralph.

—Plan B —dijo en voz baja—. Hay alguien adentro. Un Hufflepuff. No puedo recordar su nombre.

James se inclinó por el hueco de la puerta. Era un chico que reconoció vagamente de la clase de Estudios Muggle. Su nombre era Terrence y ante el escrutinio de James levantó la vista.

—Eh, Terrence —llamó James, sonriendo. Entró en la habitación con paso tranquilo. Detrás de él, oyó los susurros de Ralph y Zane. Trató de ahogar el sonido de sus voces—

. ¿Qué tal tus vacaciones? ¿Viajaste mucho?

—Supongo que sí —murmuró Terrence.

Esto va a ser más difícil de lo que había esperado, pensó James.

—¿Adónde fuiste? Yo fui a Londres en tren. Vi a la familia y a todo el mundo. Me divertí mucho. ¿Tú fuiste a algún sitio divertido?

Terrence se revolvió en su asiento.

—Fui a Cork con mi madre. Llovió durante la mayor parte del viaje. Asistí a un concierto de flauta.

James asintió alentándolo. Afortunadamente, Terrence, que estaba sentado a medio camino del frente de la clase, se giró hacia James. Por el rabillo del ojo, James vio a Zane cerca del escritorio de Jackson, colocando el falso maletín. Terrence comenzó a volverse hacia el frente de la habitación.

—¡Un concierto de flauta! —dijo rápidamente James en voz muy alta—. ¡Genial!

Terrence se volvió hacia él.

—No —dijo—, no lo fue.

Zane se puso de pie, dándole a James la señal de vía libre.

James lo vio y suspiró aliviado.

—Oh. Bueno. Siento oírlo —dijo, alejándose de Terrence—. Como sea. Nos vemos.

Zane y James tomaron asiento en la primera fila como habían planeado. Era una clase pequeña y el escritorio de Jackson estaba a solo unos pocos centímetros de distancia. James examinó el frente de la habitación, contento de ver que nada parecía haber sido alterado. Esperó hasta que entraron algunos estudiantes más, riendo y hablando, y luego le susurró a Zane:

—¿Dónde está?

—Está en ese pequeño rincón junto al pizarrón. Dejé la capa un poco doblada para que no colgara sobre el suelo. Solo espero que el viejo Cara de Piedra no tropiece con ella cuando vaya a colocarse detrás de su escritorio.

James miró hacia el rincón que le había señalado Zane. Era solo un nicho superficial que se formaba donde el armario de la habitación contigua se embutía en la pared. Era improbable que Jackson se aventurara hasta allí, pero no imposible.

—A veces ni siquiera se pone detrás de su escritorio en toda la clase —susurró James.

Zane levantó y dejó caer los hombros, como diciéndole que debían tener esperanzas.

Unos minutos más tarde, el profesor Jackson entró en la habitación dando zancadas y

llevando su omnipresente maletín de cuero. James y Zane no pudieron evitar observarlo intensamente mientras dejaba caer la capa sobre el escritorio y ponía el maletín en el acostumbrado espacio en el suelo cerca del escritorio.

—Saludos, clase —dijo Jackson vivamente—. Confío en que todos hayan tenido unas instructivas vacaciones. A uno solo le cabe esperar que no hayan olvidado todo lo que he trabajado tanto por grabar en sus mentes antes del período de descanso. Lo que me recuerda. Por favor pasen sus ensayos hacia la izquierda y luego hacia delante. Señor Walker, cuando los tenga todos yo los recogeré.

Zane asintió, con los ojos un poco desorbitados. Tanto James como Zane tenían las varitas metidas dentro de las mangas. Si Jackson lo notaba, simplemente le dirían que las llevaban de esa forma en honor a su maestro preferido de Tecnomancia, ya que el mismo Jackson llevaba la suya en una funda cosida dentro de la manga. Por suerte Jackson parecía un poco distraído.

—Corregiré sus ensayos esta noche, como siempre. Mientras tanto, echémosle un furtivo vistazo a la comprensión que han acumulado con respecto de la materia. Señor Hollis, hágame el favor de obsequiarnos con una breve definición de la ley de inercia desplazada de Héctor.

Hollis, un Ravenclaw de mejillas sonrojadas de primer año, se aclaró la garganta y comenzó a brindar su explicación. James apenas lo oía. Bajó la vista hasta el maletín de Jackson, situado tentadoramente a solo unos centímetros de distancia. James pensó que probablemente podría propinarle una patada si lo deseaba. Le palpitaba el corazón con fuerza y lo embargó la horrible y helada certeza de que no existía ni la más mínima posibilidad de que el plan funcionara. Había sido ridículamente tonto y temerario por su parte pensar que podrían llevar a cabo semejante travesura bajo las narices del profesor Jackson. Y aún así, sabía que tenían que intentarlo. Se sentía vagamente enfermo debido a la ansiedad. Jackson comenzó a pasearse.

—Demasiada palabrería innecesaria, señor Hollis, pero relativamente correcto. Señorita Morganstern, ¿podría explicarnos un poco la transferencia de inercia entre objetos de diferentes densidades?

—Bueno, las diferentes densidades responden a la inercia de diferente forma, basándose en la proximidad de sus átomos —respondió Petra—. Una pelota de plomo sería lanzada en una única dirección. Una pelota de digamos, malvavisco, sencillamente explotaría.

Jackson asintió.

—¿Hay algún rodeo tecnomántico para este hecho? ¿Alguien lo sabe? ¿Señorita Goyle?

Philia Goyle bajó la mano.

—Un hechizo de sujeción ligado al hechizo de transferencia de inercia mantendría intactas incluso las sustancias de más baja densidad, señor. Esto conlleva la ventaja añadida de que los proyectiles de baja densidad viajarán mucho más lejos y más rápido en un factor dado de inercia que un proyectil de mayor densidad, como la pelota de plomo de la señorita Morganstern.

—Es cierto, señorita Goyle, aunque no sea algo necesariamente ventajoso —dijo Jackson con una sonrisa carente de humor—. Una pluma seguirá siendo inofensiva, aunque sea disparada por un cañón.

Ante esa observación la clase rió un poco. Jackson comenzó su segundo recorrido por la habitación. Entonces, repentinamente apareció Ralph en la puerta.

—Disculgen —dijo con un tono de voz extrañamente gorgoteante. Toda la clase se volvió hacia él a excepción de James y Zane.

—Lo siendo, padece que denigo una hemodagia nasal. —La nariz de Ralph estaba, ciertamente burbujeando sangre en una proporción alarmante. Tenía un dedo debajo de ella, que se veía cubierto y resbaladizo por la sangre. Hubo un coro de «oohs» y «aahhs» proveniente de la clase, algunos divertidos y otros asqueados. Zane no perdió el tiempo. En cuanto oyó a Ralph y vio que Jackson se había girado, encaminándose hacia el lado derecho de la clase, sacó la varita de la manga.

—¡*Wingardium leviosa!* —susurró en voz baja pero tan imperiosamente como pudo. La capa invisible se hizo visible en el mismo momento en que se sacudió hacia arriba, alejándose flotando por encima del falso maletín que estaba en el rincón. Zane la sostuvo allí mientras James manoteaba en busca de su propia varita. Detrás de ellos, oían a Jackson hablando con Ralph:

—Dios bendito, muchacho, quédate quieto.

—Lo siendo —tartamudeó Ralph—. Quería una pastilla para la tos y en vez de eso terminé comiendo una de esos tudones sangararices Weadely. Cdeo que debedía ig a la enfegmegia.

James apuntó la varita en dirección al falso maletín y susurró el hechizo de levitación. El maletín era mucho más pesado que nada que James hubiera hecho levitar antes, y ni en las mejores circunstancias era muy bueno en ello. El maletín se deslizó por el suelo, arrastrado por una de sus esquinas. Lo situó tan cerca del maletín verdadero como pudo, empujando el verdadero a un lado para meterlo parcialmente bajo el escritorio. Jadeó, y luego contuvo el aliento. Detrás de él, los estudiantes se estaban riendo o haciendo sonidos de disgusto.

—Dios santo, no necesitas ir a la enfermería —dijo Jackson, irritado—. Solo quédate

quieto y aparta el dedo.

Ralph comenzó a balancearse sobre sus pies.

—¡Cdeo que soy hemofedino! —Gritó. Eso había sido idea de Zane.

—¡No eres hemofílico —gruñó Jackson—, ahora por última vez quédate quieto!

James agitaba la varita intentando mover el maletín verdadero para que rodeara al falso. Era imperativo que lo llevara hacia el rincón y lo escondiera bajo la capa invisible que Zane todavía estaba haciendo levitar. No obstante, el verdadero maletín estaba atorado, aprisionado bajo una esquina del escritorio. James se concentró enormemente. El maletín levitó bajo el escritorio, haciendo que la esquina de éste se elevara con él. James hizo una mueca, bajando la varita, y tanto el maletín como el escritorio cayeron resonando contra el suelo. Nadie pareció notarlo. Zane estaba mirando a James con una expresión de terror en los ojos. James hizo una mueca de impotencia. Desesperado, a Zane se le ocurrió hacer descender la capa invisible sobre el lugar donde se encontraba el maletín verdadero, aprisionado bajo el escritorio. Sin embargo, de alguna forma, la capa también se había enganchado, quedando atrapada en un perchero para colgar abrigos que había cerca del pizarrón. Nada estaba saliendo según lo planeado. Si alguien se volvía en ese preciso momento, no tendrían ni la más mínima oportunidad de cubrir su rastro. James no pudo resistirse a echar un vistazo a su alrededor. La nariz de Ralph todavía estaba soltando sangre. Jackson estaba medio agachado delante de él, con una mano en el brazo de Ralph, tratando de apartarle el dedo de la nariz, y la otra sosteniendo la varita de nogal lista. La clase entera estaba observándolos, evidenciando distintos niveles de diversión y repulsión.

—Demonios, chico, estás montando un lío. Quitá el dedo, te lo ordeno —exclamó Jackson. James intentó liberar el maletín verdadero haciéndolo oscilar hacia delante y hacia atrás con la varita. Estaba sudando y sentía la mano que sostenía la varita resbaladiza. Finalmente el maletín se liberó justo cuando James oía a Jackson decir:

—*Artemisae*.

—¡Oh! —dijo Ralph, con un tono de voz innecesariamente alto—. Así, sí, está mucho mejor así.

—Te la hubiera podido arreglar antes si me hubieras escuchado —dijo Jackson de malhumor, devolviendo la varita a su manga. La escena había terminado. Zane dio un último tirón a su varita. La capa invisible se zafó del perchero y cayó al suelo en una pila, que en seguida se desvaneció. James no tenía tiempo de esconder el maletín. Sintió que la clase se volvía hacia adelante.

—Por favor ve a lavarte, muchacho —estaba diciendo Jackson, su voz sonó más alta al despedir a Ralph, y girarse hacia el frente de la habitación—. Tienes un aspecto

espantoso. La gente pensará que te ha magullado un quintaped. —En voz baja añadió—: Turrón sangranarices...

Desesperado, James volvió a esconderse la varita en la manga. Zane, en un acto de pura inspiración de último minuto, estiró las piernas hacia delante por debajo de su escritorio. Cogió el maletín verdadero entre los tobillos, y luego dio un tirón metiéndolo debajo de su escritorio. James oyó el forcejeo mientras Zane intentaba meter el maletín bajo su silla utilizando solo los pies. Jackson se detuvo cerca de Zane y la habitación se quedó totalmente en silencio.

James intentó no levantar la vista. Tenía la apremiante sensación de que el profesor le estaba mirando. Al final, impotente, levantó los ojos. Jackson indudablemente le estaba mirando por encima de la nariz, deslizándose pensativamente la mirada entre Zane y James. A James se le hizo un nudo en el estómago. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Jackson continuó su camino hacia el frente del aula.

—Sinceramente —dijo a la clase en general—, los extremos a los que llegan algunos de ustedes para saltarse una clase. Pueden llegar a sorprender incluso a alguien tan cínico como yo mismo. En cualquier caso, ¿dónde estábamos? Ah, sí...

La clase continuó. James se negaba a mirar a Jackson a los ojos. Su única esperanza era salir del aula lo más rápido posible. No había forma de recoger el maletín verdadero ni la capa invisible mientras Jackson permaneciera allí. Sin embargo, cabía la posibilidad de que Jackson no viera su propio maletín metido bajo la silla de Zane. Todo dependía, obviamente de la efectividad del encantamiento *visum-ineptio* de Zane. James bajó la vista hacia el falso maletín, que descansaba sobre el suelo aproximadamente en el mismo lugar en el que había estado el verdadero. A sus ojos, parecía absolutamente falso, el cuero era de distinto color y en la placa de bronce se leía «MARROQUINERÍA HIRAM & BLATTWOTT, CALLEJÓN DIAGON, LONDRES», en vez de «T. H. Jackson». Evidentemente Jackson había percibido algo. Pero si el encantamiento funcionaba, todavía existía una leve posibilidad de que pudieran llevar a cabo el plan exitosamente.

Finalmente la clase concluyó. James se levantó de un salto, arreando a Zane para que fuera delante de él. Zane le lanzó una mirada de puro desconsuelo, desviando la vista hacia las patas de su silla, pero James lo empujó hacia delante, sacudiendo la cabeza decididamente. La clase se apiñaba en su camino hacia la puerta, y James y Zane habiendo estado sentados en la primera fila, quedaron atrapados al final de la pequeña multitud. A James le daba pavor mirar hacia atrás. Al final, la pared de hombros y mochilas se dispersó y James y Zane salieron precipitadamente al corredor.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Zane frenético mientras trotaban por el pasillo.

—Volveremos más tarde —dijo James, luchando por mantener la voz baja y tranquila—. Tal vez no vea nada. Cuando salimos estaba recogiendo los ensayos. Si nos

demoráramos por aquí detrás de la esquina podríamos ver...

—¿Señor Potter? —dijo una voz autoritaria a sus espaldas—. ¿Señor Walker?

Ambos chicos detuvieron sus pasos. Se volvieron muy lentamente. El profesor Jackson se asomaba por la puerta del aula de Tecnomancia.

—Creo que ustedes dos se han dejado algo en mi clase. ¿Les importaría volver a buscarlo?

Ninguno de los dos respondió. Recorrieron pesadamente el camino que habían utilizado para salir. Jackson volvió a desaparecer dentro de la clase y cuando llegaron allí los estaba esperando detrás de su escritorio.

—Acérquense muchachos —dijo Jackson con un animado tono de voz—. Pónganse justo ahí, frente al escritorio, si me hacen el favor.

Sobre el escritorio frente a Jackson estaban los dos maletines, tanto el original como el falso. Cuando James y Zane se situaron delante del escritorio, Jackson volvió a hablar, esta vez con voz baja y fría:

—No sé quién les ha estado contado historias acerca de lo que llevo en el maletín, pero puedo asegurarles a ambos que el suyo no es ni el primer ni el más original intento de descubrirlo. —James arqueó las cejas sorprendido, y Jackson asintió—. Sí, he oído los cuentos que algunos de mis estudiantes han inventado. Historias de horribles bestias secretas, o armas apocalípticas, o llaves a dimensiones alternativas, cada una más terrible y alucinante que la anterior. No obstante, déjenme asegurarles una cosa, mis extremadamente curiosos amiguitos —En ese momento Jackson se inclinó sobre el escritorio, acercando la nariz a menos de treinta centímetros de distancia del rostro de los muchachos. Bajó la voz aún más y habló muy claramente—, lo que mantengo oculto en mi maletín es mucho, pero que mucho peor de lo que incluso sus muy febriles imaginaciones pudieran concebir. Esto no es una broma. No estoy haciendo amenazas vanas. Si vuelven a intentar entrometerse en mis asuntos, es muy probable *que no vivan para lamentarlo*. ¿Estoy siendo lo suficientemente claro?

James y Zane asintieron enmudecidos. Jackson continuó mirándolos fijamente, respirando fuertemente por la nariz, obviamente furioso.

—Cincuenta puntos menos para Gryffindor y cincuenta puntos menos para Ravenclaw. Los mandaré a ambos a detención si eso no condujera a que se formularan preguntas acerca de mi maletín que no tengo deseos de responder. Por tanto, déjenme concluir diciéndoles, mis jóvenes amigos, que si tan siquiera vuelven a mirar mi maletín otra vez, todavía puedo llegar a optar por hacer sus vidas extremadamente... *interesantes*. Por favor ténganlo en mente. Ahora —dijo volviéndose a erguir y bajando la vista—, llévense este patético artificio y váyanse.

Con ostensible disgusto, Jackson empujó su maletín hacia ellos con el dorso de la mano. El falso maletín permaneció frente a él. Apretó las asas de marfil con los nudosos dedos de la mano derecha y lo alzó. Cuando Jackson rodeó el escritorio la placa de bronce donde se leía «MARROQUINERÍA HIRAM & BLATTWOTT, CALLEJÓN DIAGON, LONDRES» centelleó apagadamente. Ni James ni Zane podían obligarse a tocar el maletín que tenían delante de ellos.

—¿Y bien? —exigió Jackson, levantando la voz—, ¡Llévense esa cosa y váyanse!

—S... sí, señor —tartamudeó Zane, agarrando el maletín del profesor y bajándolo de la mesa. Él y James se giraron y huyeron.

Tres pasillos después, dejaron de correr. Se detuvieron en medio de un pasillo vacío y miraron el maletín que Jackson había insistido en que tomaran. No cabía duda de ello. Era el maletín de cuero negro del profesor. En la placa brillaba claramente el nombre, «T. H. Jackson». James comenzó a comprender que increíblemente, de alguna forma habían triunfado. Se habían hecho con la túnica de Merlín.

—Fue el encantamiento *visum-ineptio* —dijo Zane resollando y levantando la vista hacia James—. Debe haber sido eso. ¡Jackson sabía que estábamos tramando algo, pero no se esperaba eso!

James estaba absolutamente desconcertado.

—¿Pero cómo? ¡Tenía ambos maletines justo delante de él!

—Bueno en realidad, es bastante sencillo. Jackson asumió que estábamos intentando cambiar los maletines, pero que todavía no lo habíamos hecho. Encontró el maletín que estaba bajo mi silla y creyó que era el falso. El encantamiento *visum-ineptio* que pendía del maletín falso funcionó sobre *ambos* maletines, haciéndole ver lo que él esperaba ver. ¡Así es como se mantuvo la ilusión de que el falso era el verdadero!

James cayó en la cuenta.

—¡El encantamiento engaña-vista se extendió hasta el maletín *verdadero*, haciendo que pareciera el falso, ya que eso era lo que Jackson esperaba ver! ¡Es brillante! —James palmeó a Zane en el hombro—. ¡Bien hecho, cabeza hueca! ¡Y dudabas de tu capacidad!

Zane parecía inusualmente humilde. Sonrió.

—Vamos, vayamos a buscar a Ralph y asegurémonos que está bien. ¿Realmente crees que hacía falta que se comiera dos de ese turrón sangranarices?

—Fuiste tú el que dijo que necesitábamos una distracción.

James metió el maletín de Jackson bajo su túnica, colocándoselo bajo el brazo, y los dos muchachos corrieron al encuentro de Ralph, deteniéndose solamente el tiempo necesario para recoger la capa invisible del suelo del aula vacía de Tecnomancia. Cinco

minutos después, los tres muchachos se abalanzaban hacia la sala común de Gryffindor, apresurándose a esconder el maletín de Jackson antes de su siguiente clase. James lo enterró en el fondo de su baúl, luego Zane sacó su varita.

—Acabo de aprender este nuevo hechizo de Gennifer —explicó—, es un tipo especial de hechizo cerradura.

—Espera —James detuvo a Zane antes de que pudiera conjurar el hechizo—. ¿Cómo lo volveré a abrir?

—Oh. Bueno, a decir verdad no lo sé. Es el contrahechizo de *alohomora*. Sin embargo no creo que funcione contra el dueño del baúl. Solo con el resto de la gente. Los hechizos son en cierto modo inteligentes, ¿no es verdad?

—Mira —dijo Ralph, cruzando la habitación. Abrió y cerró la ventana luego se apartó—. Pruébalo en el cerrojo de la ventana. De todas formas no necesitas abrirla. Ahí afuera hace un frío de muerte.

Zane se encogió de hombros y luego apunto a la ventana con la varita.

—*Colloportus*. —El cerrojo de la ventana se cerró de golpe.

—Bueno, funciona, todo bien —observó Ralph—. Ahora trata de abrirla.

Zane, con la varita aún en alto, dijo:

—*Alohomora*. —El cerrojo se sacudió una vez, pero siguió cerrado. Zane guardó la varita—. Inténtalo tú, James. Es tu ventana, ¿verdad?

James usó el mismo hechizo sobre el cerrojo de la ventana. El cerrojo se desligó hábilmente y la ventana se abrió.

—¿Ves? —dijo Zane sonriendo—. Los encantamientos son inteligentes. Apuesto a que el viejo Cara de Piedra podría decirnos cómo funciona eso pero no voy a hacerle más preguntas, os lo aseguro.

James cerró el baúl con el maletín de Jackson dentro y Zane conjuró el hechizo cerradura sobre él. De camino a sus clases, Ralph preguntó:

—¿No notará alguien que Jackson lleva una maletín distinto? ¿Qué sucederá si uno de los otros profesores se lo comenta?

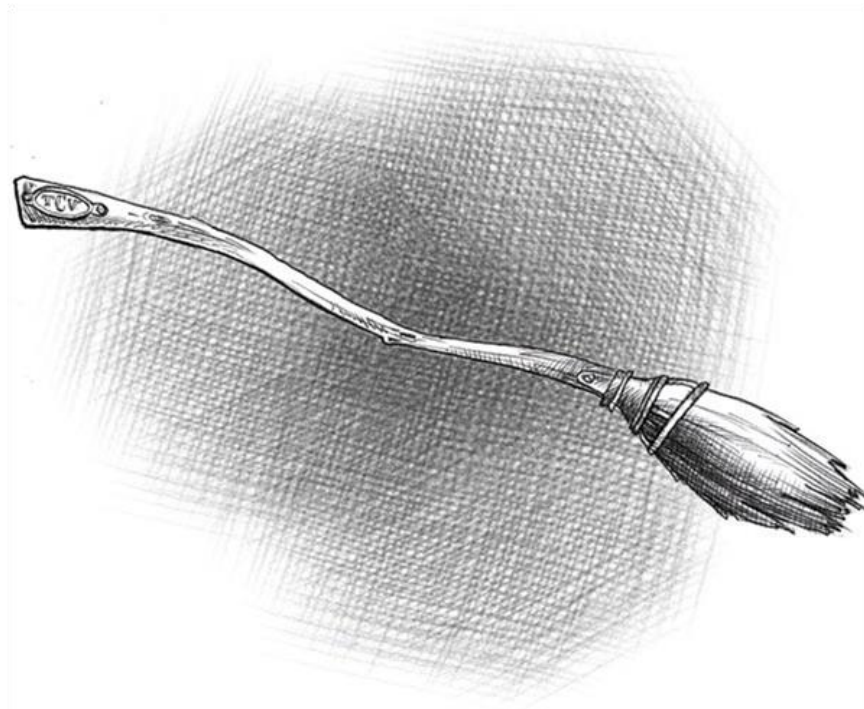
—Eso no sucederá, Ralphinator —dijo Zane confiado—. Ha llevado esa cosa durante tanto tiempo que todo el mundo espera verlo con ella. En tanto *esperen* verlo con su maletín en la mano, el encantamiento *visum-ineptio* se asegurará que sea *eso* lo que vean. Nosotros seremos los únicos que veremos que lleva el viejo maletín porta-rocas de tu amigo.

Ralph aún parecía preocupado.

—¿Se desvanecerá el encantamiento con el transcurso del tiempo? ¿O funcionará tanto tiempo como la gente crea que el maletín falso es el verdadero?

Ni James ni Zane sabían la respuesta a eso.

—Solo nos queda esperar que dure el tiempo suficiente —dijo James.



Capítulo 13

La revelación de la túnica

Esa noche después de la cena, los tres chicos corrieron nuevamente hacia los dormitorios Gryffindor, deteniéndose solo cuando James se fijó en una mujer de mirada fija al fondo de un cuadro con unas doncellas ordeñando un par de vacas ridículamente regordetas. Reprendió a la alta y fea mujer, que iba vestida como una monja, exigiendo saber qué era lo que estaba mirando. Después de transcurrido medio minuto, Zane y Ralph se impacientaron y cada uno tomó uno de los codos de James, y se lo llevaron a rastras. En los dormitorios, se agruparon alrededor del baúl de James mientras que éste lo abría y sacaba el maletín de Jackson. Lo puso en el borde de la cama y los tres se quedaron mirándolo fijamente.

— ¿Tenemos que abrirlo? —preguntó Ralph.

James asintió.

— Debemos asegurarnos de tener la túnica, ¿no? Ese asunto me ha estado volviendo loco todo el día. ¿Y si estuviera equivocado y lo que hay ahí dentro es solo la ropa sucia

de Jackson? No puedo evitar pensar que es el tipo de persona que llevaría consigo un maletín absolutamente intrascendente solo para que la gente hable de ello. Deberías haberlo visto esta mañana cuando creyó que nos había atrapado a Zane y a mí. Estaba verdaderamente encolerizado.

Zane se dejó caer sobre la cama.

—¿Y si ni siquiera podemos abrirlo?

—No debe ser un cerrojo muy bueno ya que ese día en Defensa Contra las Artes Oscuras se abrió fácilmente —razonó James.

Ralph se levantó para dejar espacio a James.

—Entonces hagámoslo de una vez por todas. Intenta abrirlo.

James se aproximó al maletín y probó el cerrojo. Suponía que no iba a funcionar y estaba preparado para intentar con toda la gama de hechizos reveladores y de apertura que habían recolectado entre los tres. En cambio, el cierre metálico que tenía el maletín se abrió fácilmente. De hecho, tan fácilmente, que durante un momento James estuvo seguro que se había abierto un segundo antes de que llegara a tocarlo. Se quedó helado, pero ninguno de los otros dos chicos pareció notarlo.

—¿Y bien? —susurró Ralph. Zane se inclinó sobre el maletín. La boca del mismo se había abierto ligeramente.

—No puedo ver nada allí dentro —dijo Zane—. Está demasiado oscuro. Abre la podrida cosa, James. Es más tuya que de ninguno de nosotros dos.

James tocó el maletín, agarró las asas y las utilizó para abrirlo. Podía ver los pliegues de tela negra. Un vago y mohoso olor salió flotando del maletín abierto. James pensó que olía como el interior de una calabaza linterna una semana después de Halloween. Se estremeció al recordar que Luna había dicho que en cierta ocasión la túnica había sido utilizada para cubrir el cuerpo de un rey muerto.

La voz de Zane sonó muy baja y algo ronca al decir:

—¿Eso es todo? No podría asegurar qué demonios es.

—No lo hagas —advirtió Ralph, pero James ya había metido la mano dentro del maletín. Sacó la túnica. La tela se desdobló suavemente, inmaculadamente negra y limpia. Parecía haber acres de la misma. Ralph se apartó más mientras James dejaba que la túnica cayera al suelo formando un charco a sus pies. La última parte salió del maletín y James se dio cuenta de que estaba sosteniendo la capucha. Era una gran capucha, con trenzas doradas en el cuello.

Zane hizo un gesto afirmativo con la cabeza, tenía el rostro pálido y serio.

—Esta es, sin duda. ¿Qué hacemos con ella?

—Nada —respondió Ralph con firmeza—. Métela nuevamente en el maletín, James. Esa cosa es aterradora. Se puede percibir la magia en ella, ¿verdad? Apuesto a que Jackson puso algún tipo de hechizo escudo o algo así en el maletín para contenerla. De otra forma, alguien la hubiera percibido. Vamos, guárdala. No quiero tocarla.

—Espera —dijo James, dudando. Ciertamente podía sentir la magia de la túnica, exactamente como había dicho Ralph, pero no la sentía aterradora. Era poderosa, pero curiosa. El olor de la capa había cambiado mientras James la sacaba. Lo que al principio olía como algo levemente podrido ahora olía sencillamente a tierra, como hojas caídas y musgo húmedo, salvaje, incluso se podría decir que excitante. Sosteniendo la capa en sus manos, James tuvo una sensación de lo más extraordinaria. Era como si pudiera sentir, en lo más profundo de su ser, el mismo aire que había en la habitación, llenando el espacio como agua, manando a través de las rendijas que había en el marco de la ventana, frío, como una niebla celeste. La sensación se extendió y pudo sentir el viento moviéndose alrededor de la torrecilla que contenía los dormitorios. Estaba vivo, arremolinándose alrededor del techo cónico, canalizándose a través de tejas faltantes y vigas expuestas. James recordó vagamente los cuentos para niños que hablaban de que Merlín era el amo de la naturaleza, de cómo la sentía, cómo la utilizaba, y cómo ésta obedecía a sus caprichos. James sabía que en cierta forma estaba palpando ese poder, como si estuviera incrustado en la misma tela de la túnica. La sensación creció y subió en espiral. Ahora, James podía percibir a las criaturas del anochecer de las inmediaciones, los pequeños sonidos producidos por el latido del corazón de los ratones que había en el ático, el mundo sangre-púrpura de los murciélagos que habitaban en el bosque, la confusión soñolienta de un oso hibernando, y hasta la vida latente en los árboles y el césped, sus raíces eran como manos agarrándose a la tierra, aferrándose a la vida ante la muerte que significaba el invierno.

James era consciente de lo que estaba haciendo, pero parecía haber perdido el control de sus propios brazos. Levantó la capucha, y se metió dentro de ella. La túnica se deslizó sobre sus hombros, y en el momento en que la capucha se asentaba sobre su cabeza, escondiendo sus ojos, James oyó los gritos de alarma y advertencia de Zane y Ralph. Estaban decayendo, como si provinieran de un túnel largo y somnoliento. Habían desaparecido.

Estaba caminando. Las hojas crujían bajo sus pies, que eran grandes y estaban descalzos, y curtidos por los callos. Inspiró, llenándose los pulmones, y su pecho se expandió como un barril. Era grande. Alto, tenía brazos musculosos que sentía como colas de pitones enrolladas y sentía las piernas tan gruesas y fornidas como troncos de árboles. La tierra permanecía en silencio a su alrededor, pero viva. La sentía a través de la planta de los pies mientras caminaba. La vitalidad del bosque fluía dentro de él,

fortaleciéndole. Pero había menos de lo que debería haber habido. El mundo había cambiado, y seguía cambiando. Estaba siendo domado, perdiendo su salvajismo silvestre y su fuerza. Del mismo modo su poder también estaba disminuyendo. Todavía seguía siendo único, pero había puntos ciegos en su comunión con la tierra, y esos puntos ciegos estaban creciendo, aislándolo poco a poco, reduciéndolo. Los reinos de los hombres estaban expandiéndose, barriando la tierra, fraccionándola en parcelas y campos sin sentido, rompiendo la polaridad mágica de la tierra salvaje. Se enfureció. Se había desplazado entre los nacientes reinos de los hombres, les había aconsejado y ayudado, siempre a cambio de un precio, pero no había previsto este resultado. Sus hermanos y hermanas mágicos no eran de ninguna ayuda. Su magia era diferente a la de él. Eso que lo hacía tan poderoso, su conexión con la tierra, también se estaba convirtiendo en su única debilidad. Con una furia helada, siguió caminando. Mientras pasaba, los árboles le hablaban, pero incluso las boscosas voces de las náyades y las dríadas sonaban cada vez más empañadas. Su eco era confuso y quebradizo, dividido.

Ante él, manifestándose solo a la luz de la luna, se abrió un claro, rodeado por una depresión rocosa en la tierra. Descendió hacia el centro de la depresión y miró hacia arriba. El brillante cielo nocturno se derramó sobre el claro con forma de copa, pintando todo de un color blanco hueso. Su sombra formaba un charco debajo de él como si fuera mediodía. Ya no había lugar para él en este mundo. Abandonaría la sociedad de los hombres. Pero regresaría cuando las cosas fueran diferentes, cuando hubieran cambiado las circunstancias, cuando el mundo volviera a estar preparado para su poder. Entonces, volvería a despertar a la tierra, a revivir a los árboles y sus espíritus, renovarían su poder, y con el de ellos el suyo propio. Entonces llegaría el tiempo de ajustar las cuentas. Podría llevar décadas o incluso siglos. Hasta podría ser una eternidad. No importaba. No podía quedarse en esta época durante más tiempo.

Se oyó un ruido, un rozar de pisadas torpes en las cercanías. Había alguien más allí, en el claro con él; alguien a quien odiaba, pero a quien necesitaba. Le habló a esa persona, y mientras lo hacía, el mundo comenzó a debilitarse, a oscurecerse, a desvanecerse.

—Instruye a los que vienen detrás. Conserva mis vestiduras, mi trono y mi talismán listos. Esperaré. En la Encrucijada de los Mayores, a que llegue la hora de mi regreso, congrégalos nuevamente y yo lo sabré. Te he elegido para que salvaguardes esta misión, Austramaddux, ya que al ser mi último aprendiz tu alma está en mis manos. Estás ligado a esta tarea hasta que se complete. Pronuncia tu juramento solemne ante mí.

Saliendo de la creciente oscuridad, la voz habló solo una vez:

—Es mi voluntad y mi honor, maestro.

No hubo respuesta. Se había ido. Sus vestiduras cayeron a tierra, vacías. Su báculo

osciló durante un momento, luego cayó hacia delante y antes que pudiera golpear el suelo rocoso, fue atrapado por una fantasmal mano blanca, la mano de Austramaddux. Entonces, hasta esa escena se desvaneció. La oscuridad se comprimió hasta consumirse. El universo saltó, monstruoso y girando, y solo hubo olvido.

James forzó a sus ojos a abrirse y jadeó. Sentía los pulmones aplastados, como si durante varios minutos no hubiera entrado aire a ellos. Unas manos lo agarraron, dándole un tirón a la capucha para apartarla y quitándole la túnica de los hombros. La debilidad se apoderó de James que comenzó a derrumbarse. Zane y Ralph lo atraparon torpemente y lo lanzaron sobre la cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó James, aún tragando grandes cantidades de aire.

—¡Dínoslo tú! —dijo Ralph con un tono de voz alto y atemorizado.

Zane estaba metiendo la túnica dentro del maletín con movimientos bruscos.

—Te pusiste esta maldita cosa y entonces, ¡pop! Desapareciste. ¿Sabes?, no fue lo que yo consideraría una sabia elección.

—¿Me desmayé? —preguntó James, recobrándose lo suficiente como para poder apoyarse sobre los codos.

—Nada de desmayos. Simplemente desapareciste. ¡Puf! —dijo Ralph.

—Es verdad —asintió Zane, viendo la expresión aturdida en el rostro de James—. Desapareciste durante tres o cuatro minutos. Luego apareció *él* —dijo Zane señalando a un rincón detrás de la cama de James con un movimiento preocupado de cabeza. James se volvió y allí estaba la silueta semitransparente de Cedric Diggory. El fantasma bajó la vista hacia él, luego sonrió y se encogió de hombros. Cedric parecía un poco más sólido que las últimas veces que James lo había visto.

Zane continuó.

—Simplemente apareció atravesando la pared, como si hubiera venido a buscarte. Ralph gritó como... bueno, iba a decir como si hubiera visto un fantasma, pero considerando que desayunamos con fantasmas la mayoría de las mañanas y tenemos clases de Historia con uno todos los martes, la frase ya no parece muy impresionante.

Ralph intervino.

—Nos echó un vistazo, luego miró al maletín, y entonces él simplemente, como que, perdió densidad. Al minuto siguiente, estabas de regreso, justo en el mismo lugar donde habías estado, blanco como una estatua.

James se giró hacia el fantasma de Cedric:

—¿Qué hiciste?

Cedric abrió la boca para hablar, tentativa y cuidadosamente. Como venida de una gran distancia, su voz se filtró en la habitación. James no estaba seguro de si lo escuchaba con los oídos o con la mente.

Estabas en peligro. Me enviaron. Cuando llegué aquí, vi lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué era? —preguntó James. Tenía un recuerdo turbio de la experiencia en su memoria, pero presentía que recordaría más cosas cuando la magia se hubiera agotado.

Un delimitador de umbrales. Una magia muy poderosa. Abre un portal dimensional, diseñado para transmitir un mensaje o un secreto a través de una gran distancia o tiempo. Pero su poder es descuidado. Casi te traga entero.

James sabía que era cierto. Lo había sentido. Al final, la oscuridad había sido absorbente, continua.

—¿Cómo regresé? —preguntó, tragándose el nudo que tenía en la garganta

Te encontré, dijo Cedric sencillamente. Me sumergí en la nada, donde he pasado mucho tiempo desde mi muerte. Estabas allí, pero lejano. Estabas alejándote. Te perseguí y regresé contigo.

—Cedric —dijo James, sintiéndose estúpido por haberse puesto la túnica, y aterrizado por lo que casi había sucedido—, gracias por traerme de regreso.

Te lo debía. Se lo debía a tu padre. Él me trajo de regreso una vez.

—Eh —dijo repentinamente James, animándose—. ¡Ahora puedes hablar!

Cedric sonrió, y fue la primera sonrisa genuina que James había visto en el rostro fantasmal.

Me siento... diferente. Más fuerte. Más... aquí, en cierta forma.

—Espera —dijo Ralph, alzando la mano—. Este es el fantasma del que nos hablaste, ¿verdad? ¿El que persiguió al intruso en los terrenos hace unos pocos meses?

—Oh, sí —dijo James—. Zane y Ralph, este es Cedric Diggory. Cedric, estos son mis amigos. Entonces, ¿qué crees que te está ocurriendo? ¿Qué es lo que provoca que estés más aquí?

Cedric volvió a encogerse de hombros.

Durante lo que pareció un largo tiempo, me sentí como si estuviera en una especie de sueño. Me movía por el castillo, pero éste estaba vacío. Nunca tenía hambre, ni sed, ni frío, ni necesitaba descansar. Sabía que estaba muerto, pero eso era todo. Todo estaba oscuro y silencioso y no parecía que pasaran días o estaciones. No existía el paso del tiempo. Entonces comenzaron a suceder cosas.

Cedric se giró y se sentó en la cama, sin dejar ninguna marca en las mantas. James,

que era el que estaba más cerca, podía sentir una característica frialdad emanando de la silueta de Cedric. El fantasma prosiguió:

Había períodos de tiempo en los que me sentía más consciente de las cosas. Comencé a ver personas en los salones, pero eran como humo. No podía oírlas. Me fijé en que esos períodos de actividad sucedían en las horas del día posteriores a la hora de mi muerte. Cada noche me sentía despierto. Notaba el paso del tiempo, porque eso era lo que más significado tenía para mí, la sensación del transcurso de minutos y horas. Busqué un reloj, el que está fuera del Gran Comedor, y observé pasar el tiempo. Estaba bien despierto durante toda la noche, pero al llegar la mañana, comenzaba a desvanecerme. Entonces, una mañana, justo cuando me estaba evaporando, perdiendo el contacto, le vi a él.

James se enderezó.

—¿Al intruso?

Cedric asintió.

Sabía que se suponía que no debía estar aquí, y de alguna forma sabía que si realmente lo intentaba podía hacer que me viera. Lo espanté.

Cedric volvió a sonreír, y James pensó que podía ver tras esa sonrisa al muchacho fuerte y agradable que su padre había conocido.

—Pero regresó —dijo James. La sonrisa de Cedric se transformó en un ceño de frustración.

Regresó, sí. Lo vi, y volví a espantarlo. Comencé a vigilar todas las mañanas a ver si aparecía. Y entonces una noche irrumpió a través de una ventana. En ese momento, yo ya estaba más fuerte pero decidí que alguien más debía saber que estaba dentro del castillo. Así que acudí a ti, James. Tú me habías visto y yo sabía quién eras. Sabía que me ayudarías.

—Esa fue la noche que rompiste la cristalera —dijo Zane, sonriendo—. Pateaste a ese tipo como Bruce Lee haciendo que atravesara la ventana. Muy bueno.

—¿Quién era? —preguntó James, pero Cedric se limitó a sacudir la cabeza. No lo sabía.

—Bueno ahora son casi las siete de la tarde —señaló Ralph—. ¿Cómo haces para que te veamos? ¿No es esta tu hora más débil?

Cedric pareció pensarlo.

Me estoy volviendo más sólido. Sigo siendo solo un fantasma, pero parece ser que me estoy convirtiendo en algo así como un verdadero fantasma. Ahora puedo hablar más. Y cada vez hay menos períodos de esa extraña nada. Creo que es así como se forman los fantasmas.

—Pero ¿por qué? —James no pudo evitar preguntarlo—. ¿Qué provoca que se forme

un fantasma? ¿Por qué simplemente no, ya sabes, continuaste tu camino?

Cedric lo miró atentamente, y James percibió que el mismo Cedric no sabía la respuesta a esa pregunta, o al menos, no muy claramente. Sacudió la cabeza lentamente.

Aún no había concluido. Tenía tanto por lo que vivir. Sucedió tan rápido, tan repentinamente. Es solo que yo... no había concluido.

Ralph levantó el maletín del profesor Jackson y lo tiró dentro del baúl de James.

—Entonces, ¿adónde fuiste cuando desapareciste, James? —dijo, encaramándose a los pies de la cama.

James tomó un profundo aliento, agrupando los recuerdos de su extraño viaje. Describió el sentimiento inicial al sostener la túnica, como pareció permitirle sentir el aire y el viento, luego los animales y los árboles. Luego les habló de la visión que tuvo, de estar dentro del cuerpo de Merlín y en sus mismos pensamientos. Se estremeció, recordando la furia y la amargura, y la voz de su sirviente, Austramaddux, quien le prometiera solemnemente servirle hasta el momento del ajuste de cuentas. Mientras hablaba, lo recordó vívidamente, y terminó describiendo como la negrura de la noche se había envuelto a su alrededor como un capullo, encogiéndose y convirtiéndose en la nada.

Zane escuchaba con intenso interés.

—Tiene sentido —dijo finalmente con voz baja y sobrecogida.

—¿El qué? —preguntó James.

—Como podría haberlo logrado Merlín. ¿No lo veis? ¡El propio profesor Jackson habló de ello el primer día de clase! —se estaba excitando. Tenía los ojos muy abiertos, y pasaban de James a Ralph y al fantasma de Cedric, que seguía sentado en el borde de la cama.

—No lo entiendo. No doy Tecnomancia este año —dijo Ralph sacudiendo la cabeza.

—Merlín no murió —dijo Zane enfáticamente—. ¡Se apareció!

James estaba confundido.

—Eso no tiene sentido. Cualquier mago puede aparecerse. ¿Qué tiene eso de especial?

—¿Recuerdas lo que nos dijo Jackson ese primer día de clase? La Aparición es instantánea para el mago que la está efectuando, aún cuando a los pedacitos de mago les lleve un cierto tiempo desunirse para luego volver a ensamblarse otra vez en el nuevo lugar. Si un mago desaparece sin determinar su nuevo punto central, nunca volverá a reaparecer, ¿correcto? ¡Simplemente se queda atrapado en la nada para siempre!

—Bueno, claro —estuvo de acuerdo James, recordando la lección pero sin entender.

Zane casi vibraba de excitación.

—Merlín no se apareció hacia un *lugar* —dijo significativamente—. ¡Se apareció hacia una *época* y un *conjunto de circunstancias*!

Ralph y James alucinaron considerando las consecuencias.

Zane continuó:

—Y al final de tu visión, dijiste que Merlín le dijo a Austramaddux que conservara las reliquias y que cuidara de que el momento fuera el adecuado. Entonces, cuando llegue el momento, las reliquias supuestamente se volverán a reunir en la Encrucijada de los Mayores. ¿Lo veis? Merlín estaba estipulando el momento y las circunstancias para su reaparición. Lo que describiste al final, James, era a Merlín desapareciendo en el olvido. —Zane hizo una pausa, reflexionando intensamente—. Durante todos estos siglos solo ha estado suspendido en el tiempo, atrapado en la ubicuidad, esperando a que se den las circunstancias adecuadas para su aparición. ¡Para él, no ha pasado el tiempo en absoluto!

Ralph miró al baúl que estaba al pie de la cama de James.

—Entonces es cierto —dijo—. Efectivamente podrían hacerlo. Podrían traerlo de regreso.

—Ya no —dijo James, sonriendo melancólicamente—. Tenemos la túnica. Sin todas las reliquias, las circunstancias nunca se darán. No pueden hacer nada.

En cuando James hubo escuchado la explicación de Zane, todo tuvo perfecto sentido, especialmente en el contexto de la visión del delimitador de umbrales. Súbitamente el poseer la túnica se había vuelto aún más importante y no pudo evitar maravillarse por la extraordinaria serie de circunstancias afortunadas que habían llevado a que la obtuvieran. Desde el maletín que Ralph había descubierto justo a tiempo, a la notable efectividad del encantamiento *visum-ineptio* de Zane, James tenía la fuerte impresión de que él, Zane y Ralph estaban siendo guiados hacia su meta de frustrar la conspiración de Merlín. ¿Pero quién estaba ayudándoles?

—A propósito —dijo James al fantasma de Cedric, una vez Ralph y Zane se hubieron enfrascado en una animada discusión acerca de la aparición de Merlín—, dijiste que te enviaron a ayudarme. ¿Quién te envió?

Cedric se había puesto de pie y se estaba desvaneciendo un poco, pero no mucho. Sonrió a James y dijo:

Alguien al que se supone que no debo mencionar, aunque creo que es muy probable que lo adivines. Alguien que ha estado velando por ti.

Snape, pensó James. El retrato de Snape había enviado a Cedric a ayudarlo cuando se

vio absorbido dentro del delimitador de umbrales. Pero ¿cómo lo había sabido? James se quedó pensando en ello largo tiempo después de que Zane y Ralph se hubieran ido a sus propias habitaciones, mucho después de que el resto de los Gryffindor hubiera subido las escaleras y se hubieran derrumbado en sus camas. Sin embargo, esa noche no se le ocurrió ninguna respuesta, y finalmente James se durmió.



En los días siguientes, los tres chicos continuaron con sus actividades escolares habituales en medio de una especie de bruma triunfante. James dejó el maletín de Jackson, con la túnica en su interior, encerrado dentro de su baúl y protegido por el hechizo cerradura de Zane. Considerando la efectividad del encantamiento *visum-ineptio* que pendía sobre el falso maletín, no les preocupaba que alguien pudiera estar buscando el verdadero. Jackson continuaba llevando a las clases y a las comidas el viejo maletín rojo porta-rocas que lucía orgulloso la placa de Hiram & Blattwott, sin dar muestras de pensar que pasara algo fuera de lo normal. Además, ninguna otra persona le dedicaba una segunda mirada, ya que habían visto a Jackson cargando el maletín negro con su nombre grabado en la placa del costado durante meses. Finalmente, un sábado por la tarde, James, Ralph y Zane se reunieron en la sala común de Gryffindor para discutir su siguiente paso.

—Ahora en realidad solo nos quedan dos preguntas que hacernos —dijo Zane, inclinándose a través de la mesa sobre la cual, aparentemente, estaban haciendo sus deberes escolares—. ¿Dónde está ubicada la senda a la Encrucijada de los Mayores? Y, ¿dónde está la tercera reliquia, el báculo de Merlín?

James asintió.

—He estado pensando en esto último. El trono está bajo la vigilancia de Madame Delacroix. La túnica estaba bajo la vigilancia del profesor Jackson. La tercera reliquia debe estar protegida por el tercer conspirador. Tengo que suponer que es alguien que se encuentra en la escuela, una persona de dentro. ¿Podría ser el Slytherin que utilizó el nombre de Austramaddux en la consola de juegos de Ralph? Debían de estar al tanto de la conspiración si utilizaron ese nombre, y si tienen conocimiento de la misma, están implicados en ella.

—Pero ¿quién? —preguntó Ralph—. Yo no vi quien la cogió. Simplemente desapareció. Además, el báculo de Merlín debe ser bastante difícil de esconder, ¿no? Si es tan grande como dijiste que era en tu visión, James, entonces la cosa debe tener como

metro ochenta de altura. ¿Cómo escondes un cetro mágico lanzarayos, de metro ochenta de altura como ese?

James sacudió la cabeza.

—No tengo ni la menor idea. Aún así, de ti depende mantener los ojos abiertos, Ralph. Como dijo Ted, eres nuestro infiltrado.

Ralph se desplomó sobre la mesa. Zane se puso a hacer garabatos en un pedazo de pergamino.

—¿Y qué hay de la pregunta número uno? —dijo sin levantar la vista—. ¿Dónde está la senda a la Encrucijada de los Mayores?

James y Ralph intercambiaron miradas inexpresivas.

—Otra vez la respuesta es: no tengo ni idea. Pero creo que hay una tercera pregunta en la que también tendríamos que pensar.

—Como si las dos primeras no fueran lo suficientemente difíciles — murmuró Ralph.

Zane levantó la vista, y James vio que había estado garabateando un dibujo de las verjas del Santuario Oculto.

—¿Cuál es la tercera pregunta?

—¿Por qué no lo han hecho aún? —susurró James—. ¿Si creen tener en su poder las tres reliquias, por qué no han ido a donde sea que esté la senda a la Encrucijada de los Mayores para tratar de hacer regresar a Merlín de sus mil años de aparición?

Ninguno de ellos tenía repuesta a eso, pero estuvieron de acuerdo en que era una pregunta importante. Zane dio la vuelta a su dibujo, revelando un borrón de notas garabateadas y diagramas de la clase de Aritmancia.

—Estuve buscando en la biblioteca de Ravenclaw, pero entre los deberes, las clases, el quidditch, los debates y el Club de Constelaciones, apenas si tengo dos minutos libres para codearme con vosotros.

Ralph dejó caer al pluma en la mesa y se reclinó hacia atrás, estirándose.

—Por cierto, ¿cómo va eso? Eres el único que tiene algún contacto con Madame Delacroix. ¿Cómo es ella?

—Como una momia gitana con pulso —respondió Zane—. Se supone que ella y Trelawney comparten el Club de Constelaciones, al igual que la clase de Adivinación, pero han optado por dividirlo en vez de enseñarlo juntas. De todos modos, así funciona mucho mejor, ya que en cierta forma se neutralizan la una a la otra. Trelawney solo nos hace dibujar símbolos astrológicos y mirar los planetas a través del telescopio para «determinar el ánimo y lo modales de los hermanos planetarios» —James, que conocía a

Sybil Trelawney como a una amiga lejana de la familia, sonrió ante la cariñosa impresión que tenía Zane de ella. Zane continuó—: En cambio Delacroix, nos tiene dividiendo cartas astrales y midiendo el color de la longitud de onda de la luz de las estrellas, trabajando en descubrir el momento exacto de algún gran evento astronómico.

—Ah, sí —recordó James—. La alineación de los planetas. Petra y Ted me hablaron de ello. Tienen Adivinación con ella. Parece que la reina vudú está realmente interesada en ese tipo de cosas.

—Es la antiTrelawney eso seguro. Con ella todo es matemáticas y cálculo. Sabemos el día que ocurrirá, pero quiere que factoricemos el momento exacto hasta el último minuto. Puro trabajo para ocupar nuestro tiempo, si quieres mi opinión. Es un poco excéntrica con eso.

—Yo diría que es excéntrica en términos generales —declaró Ralph.

—Yo creo que podría ir tras nosotros —dijo James en voz baja—. A veces la veo mirándome.

Zane arqueó las cejas y se señaló los ojos.

—Por si no lo recuerdas, está ciega. No está mirando nada, compañero.

—Lo sé —dijo James, sin inmutarse—. Pero podría jurar que sabe algo. Creo que tiene otras formas de ver que no tienen nada que ver con los ojos.

—No nos pongamos histéricos —dijo Ralph rápidamente—. Esto ya es lo bastante enloquecedor por sí mismo. No puede saber nada. Si lo supiera, haría algo al respecto, ¿verdad? Así que olvidaos de ella.

Al día siguiente James y Ralph fueron a visitar a Hagrid en su cabaña, aparentemente para preguntarle por Grawp y Prechka. Hagrid estaba reconstruyendo la carreta que había destruido Prechka accidentalmente y se alegró de hacer una pausa. Los invitó a entrar y les sirvió té y galletas mientras se calentaba frente al fuego, *Trife* descansaba a sus pies y ocasionalmente le lamía la mano.

—Oh, para ellos son todo altibajos —dijo Hagrid, como si los pormenores del cortejo entre gigantes fueran un curioso misterio—. Durante las vacaciones pelearon un rato. Una riña de enamorados sobre el esqueleto de un alce. Grawpy quería la cabeza, pero Prechka quería hacer alhajas con los cuernos.

Ralph dejó de soplar el vapor que desprendía su té para decir:

—¿Quería hacer alhajas con los cuernos de un alce?

—Bueno, dije alhajas —dijo Hagrid, levantando las enormes palmas de sus manos—. Es un concepto un poco engañoso. Los gigantes usan el mismo término para alhajas y para armas. Supongo que cuando mides veinte pies de altura viene a ser la misma cosa.

De todas formas, arreglaron ese asunto y ahora nuevamente vuelven a estar tan felices como podrían estarlo.

—¿Ella todavía sigue viviendo en las colinas al pie de la montaña, Hagrid? —preguntó James.

—Claro que sí —respondió Hagrid, con tono de reproche—. Es una muchacha honorable, nuestra Prechka. Y mientras tanto Grawp pasa la mayor parte de sus días tratando de hacer su cabaña. Se fabricó un buen lugar para situar el fogón y un cobertizo con varas de abedul. Esas cosas llevan tiempo. El amor de gigantes... bueno, es un asunto delicado, ya sabéis.

Ralph tosió un poco sobre su té.

—Eh, Hagrid —dijo James, cambiando de tema—. Tú has estado en Hogwarts durante mucho tiempo. Probablemente conozcas muchos secretos sobre el colegio y el castillo, ¿no es verdad?

Hagrid se acomodó en la silla.

—Bueno, seguro. Nadie conoce los terrenos tan bien como yo. Salvo quizás Argus Filch. Yo empecé como estudiante, mucho tiempo antes de que tu padre hubiera nacido.

James sabía que tenía que ser muy cuidadoso.

—Sí, eso fue lo que pensé. ¿Dime, Hagrid, si alguien tuviera algo realmente mágico que deseara esconder en algún lugar del castillo...?

Hagrid dejó de acariciar a *Trife*. Lentamente giró su gran cabeza peluda hacia James.

—¿Y qué tendría que ocultar un cachorro de primer año como tú, si puedo preguntar?

—Oh, yo no, Hagrid —dijo James a toda velocidad—. Otra persona. Solo siento curiosidad.

Los ojos negros como escarabajos de Hagrid centellearon.

—Ya veo. Y esa otra persona, me pregunto en qué estará metido entonces, escondiendo artefactos mágicos secretos, por aquí y por allá...

Ralph tomó un largo y deliberado trago de té. James miró por la ventana, evitando la mirada súbitamente penetrante de Hagrid.

—Oh, ya sabes, nada en particular. Solo me preguntaba...

—Ah —dijo Hagrid, sonriendo levemente y asintiendo—. Supongo que tu padre y tus tíos Hermione y Ron te han contado muchas historias sobre el viejo Hagrid. Hagrid solía dejar escapar algunos detalles que probablemente se suponía que debía mantener en secreto. Y son historias ciertas. A veces puedo ser un poco torpe, olvidando lo que debo

y lo que no debo decir. Seguro que recuerdas la historia de cierto perro llamado *Fluffy*, entre otras ¿verdad? —Hagrid estudió atentamente a James durante unos momentos, y luego lanzó un gran suspiro—. James, mi muchacho, soy bastante más viejo de lo que era por aquel entonces. Los viejos guardianes de los terrenos no aprenden muchas cosas pero algo aprendemos. Además, tu padre me advirtió que tal vez podrías llegar a meterte en líos y me pidió que te mantuviera vigilado. Lo hizo en cuanto notó que tú, er... habías tomado *prestados* la capa invisible y el mapa del merodeador, en ese mismo momento.

—¿Qué? —dijo James atónito, girándose tan rápido que casi tira el té.

Hagrid arqueó las pobladas cejas.

—Oh. Bueno. Ahí tienes. Supongo que no debería haberte dicho eso. —frunció el ceño, pensativo, luego pareció descartarlo—. Ah, bueno, en realidad no me dijo que no lo mencionara.

—¿Lo sabe? ¿Ya? —farfulló James.

—James —rió Hagrid—, tu padre es el jefe del Departamento de Aurores, por si lo has olvidado. Hablé de esto con él la semana pasada aquí mismo, frente al fuego. Lo que más curiosidad le produce es saber si lograste que el mapa funcionara, ya que gran parte del castillo fue reconstruido. Olvidó probarlo cuando estuvo aquí. Y bien, ¿has tenido suerte?

Con la aventura de conseguir la túnica de Merlín, James se había olvidado completamente del mapa del merodeador. Malhumorado, le dijo a Hagrid que aún no lo había probado.

—Probablemente sea lo mejor, ya sabes —respondió Hagrid—. Solo por el hecho de que tu padre sepa que lo robaste no quiere decir que esté contento por ello. Y por lo que pude entender, tu madre ni siquiera lo sabe todavía. Si tienes suerte, tampoco tendrá que enterarse, aunque, no puedo imaginar que tu padre le oculte ese tipo de secreto durante mucho tiempo. Es mejor que mantengas tu contrabando empacado en vez de esconderlo en alguna parte de los terrenos. Confía en mí, James. Ocultar objetos mágicos sospechosos en el colegio puede causar demasiados problemas como para que valga la pena.

En el camino de regreso al castillo, arropado para protegerse del viento frío, Ralph le preguntó a James:

—¿Qué quiso decir con eso de si lograste que el mapa funcionara? ¿Qué es lo que hace?

James le explicó a Ralph cómo funcionaba el mapa del merodeador, sintiéndose vagamente preocupado y molesto porque su padre ya supiera que se lo había llevado

junto con la capa invisible. Sabía que tarde o temprano lo atraparían, pero había asumido que obtendría un vociferador a cambio, en vez de una tomadura de pelo por parte de Hagrid.

Ralph mostró interés por el mapa.

—¿Realmente muestra a todas las personas que están en el castillo y el lugar dónde se encuentran? ¡Eso es tremendamente útil! ¿Cómo funciona?

—Debes decir una frase especial. Papá me la dijo hace mucho tiempo, pero en este momento no puedo recordarla. Lo probaremos alguna otra noche. Ahora no quiero pensar en ello.

Ralph asintió y dejó el tema.

Entraron al castillo por la puerta principal y se separaron en las escaleras que llevaban a los sótanos y a los alojamientos de Slytherin.

Se estaba haciendo tarde y James se encontró solo en los pasillos. Era una noche invernal nublada y sin estrellas. La oscuridad se apiñaba contra las ventanas y succionaba la luz de las antorchas que había en los corredores. James se estremeció, en parte de frío y en parte por una sensación de helado temor que parecía estar filtrándose en el pasillo, llenándolo como una espesa niebla que subía desde el suelo. Apretó el paso, preguntándose cómo podía ser que los pasillos estuvieran tan oscuros y vacíos. No era particularmente tarde, y aún así el aire te daba una sensación de helada quietud que te hacía sentir como si fuera de madrugada, o como si fuera el aire de una cripta sellada. Se dio cuenta de que había estado avanzando más de lo que el pasillo debiera haberle permitido. Seguramente ya debería haber llegado a la intersección en la que estaba la estatua de la bruja tuerta donde doblaría a la izquierda hacia la sala de recepción, que llevaba a las escaleras. James se detuvo y miró hacia atrás, al camino por el que había venido. El pasillo tenía el mismo aspecto de siempre, y sin embargo algo estaba *mal*. Parecía demasiado largo. Las sombras parecían estar mal colocadas, burlándose de sus ojos de alguna forma. Entonces notó que no había antorchas en las paredes. La luz colgaba del vacío, fantasmalmente, perdiendo su color desde el vacilante amarillo al trémulo plateado, desvaneciéndose mientras la observaba.

El miedo le recorrió la espalda, un frío helado e innegable. Se giró nuevamente hacia delante, con intención de echar a correr, pero cuando vio lo que tenía enfrente le fallaron los pies. El pasillo aún estaba allí, pero los pilares se habían convertido en troncos de árboles. Los rebordes de los techos abovedados se habían convertido en ramas y enredaderas, con nada tras ellas salvo el vasto rostro del cielo nocturno. Hasta el diseño del suelo de azulejos se fundió formando un entramado de raíces y hojas muertas. Y entonces, ante los ojos de James, la ilusión del pasillo del colegio se evaporó completamente, dejando solo el bosque. El viento frío pasó rápidamente a su lado,

azotando su túnica y echándole el pelo hacia atrás apartándolo de sus sienes con dedos fantasmales. James reconoció el lugar donde se hallaba, aunque la última vez que había estado allí las hojas todavía estaban en los árboles y los grillos habían estado cantando a coro. Este era el bosque que rodeaba el lago, cerca de la isla del Santuario Oculto. Los árboles gemían, frotando sus desnudas ramas al compás del viento, y el sonido era como voces bajas gimiendo mientras dormían, envueltas en sueños febriles. Se dio cuenta de que había comenzado a caminar otra vez, dirigiéndose hacia el límite de los árboles, donde los junquillos crujían y se golpeaban entre sí al borde del lago. Una gran mole oscura se alzaba más allá, interrumpiendo la vista. Mientras se acercaba, aparentemente incapaz de detener su andar lento y pesado, salió la luna de entre un banco de densas nubes. A la luz de la luna la isla del Santuario Oculto quedó expuesta, y James contuvo el aliento en su pecho. La isla había crecido. La impresión de una fortaleza escondida era más fuerte que nunca. Era una monstruosidad gótica, cubierta de siniestras estatuas y sádicas gárgolas, todas nacidas de alguna forma de las enredaderas y los árboles de la isla. El puente de las fauces de dragón estaba frente a él, y James se obligó a sí mismo a detenerse allí antes de poner un pie sobre él. Recordaba los rechinantes dientes de madera que habían intentado devorarlos a Zane y a él. A la luz plateada de la luna, las puertas que estaban al otro extremo del puente resultaban bien visibles, así como las palabras del poema. *Con la luz majestuosa de la hermosa Sulva, Encontré el Santuario Oculto.* De repente las verjas temblaron y se abrieron de golpe, revelando una negrura parecida a la de una garganta. Una voz surgió de la oscuridad, clara y hermosa, pura como una campanilla resonante.

—Guardián de la reliquia —dijo la voz—, tu deber ha sido satisfecho.

Mientras James permanecía allí observando la oscuridad tras la verja abierta, al otro lado del puente, se formó una luz. Se condensó, solidificó y asumió una forma. Era, reconoció, James, la forma suave y brillante de una dríada, una mujer de los bosques, un espíritu de los árboles. No obstante, no era la misma que había conocido antes. Aquella había brillado con una luz verde. La luz de ésta era celeste. Palpitaba tenuemente. El cabello flotaba alrededor de su cabeza como si estuviera sumergido en una corriente de agua. Tenía una tranquila, casi amorosa sonrisa en los labios y sus ojos enormes y líquidos chispeaban suavemente.

—Has cumplido tu parte —dijo la dríada, su voz tan soñada e hipnótica como lo había sido la de la otra dríada, sino más—. No tienes que cuidar de la reliquia. Esa no es tu carga. Tráenosla. Nosotras somos sus guardianas. Nuestra es la tarea, concedida desde el principio. Libérate de su carga. Tráenos la reliquia.

James bajó la vista y vio que, sin darse cuenta, había dado un paso adentrándose en el puente. Las fauces del dragón no se habían cerrado sobre él. Miró hacia arriba y vio que en realidad se habían levantado un poco, dándole la bienvenida. La unión de los árboles

caídos que formaban la mandíbula crujió levemente.

—Tráenos la reliquia —volvió a decir la dríada, y levantó los brazos hacia James como si tuviera intención de darle la bienvenida con un abrazo. Sus brazos eran inhumanamente largos, casi parecía como si pudieran estirarse hacia él a través del puente. Sus uñas eran de un azul tan profundo que casi parecía violeta. Las tenía largas y sorprendentemente irregulares. James retrocedió un paso, saliendo del puente. Los ojos de la dríada cambiaron. Brillaron y se endurecieron.

—Tráenos la reliquia —dijo una vez más, y su voz también había cambiado. El tono melodioso había desaparecido—. No es tuya. Su poder es más grande que tú, más grande que todos vosotros. Tráela antes de que te destruya. La reliquia destruye a aquellos a quienes no necesita, y ya no te necesita a ti. Tráenosla antes que decida usar a alguien más. Tráenos la reliquia mientras aún puedas. —Sus largos brazos se extendieron a lo largo del puente y James estaba seguro que podría tocarlos si estiraba las manos. Retrocedió aún más, enganchándose el tobillo en una raíz y tropezando. Se volvió, haciendo girar los brazos como aspas de molino para conservar el equilibrio, y cayó contra algo ancho y duro. Presionó las manos contra ello y empujó, enderezándose. Era la piedra de un muro. A pocos metros más allá, una antorcha crepitó en su soporte. James miró a su alrededor. El pasillo de Hogwarts se extendía ante él, cálido y mundano, como si nunca se hubiera ido. Tal vez nunca lo hubiera hecho. Miró en dirección contraria. Allí estaba la intersección, con la estatua de la bruja tuerta. La sensación de temor había desaparecido, y sin embargo James tenía la certeza de que lo que había ocurrido no había sido solo una visión de algún tipo. Aún podía sentir el frío del viento nocturno en los pliegues de su túnica. Cuando miró hacia abajo, tenía un poco de lodo seco en la punta del zapato. Se estremeció, luego se recompuso y corrió el resto del camino hasta las escaleras, las cuales subió de dos en dos escalones hasta llegar a la sala común.

Lo único de lo que James estaba seguro era que había algo que quería que entregara la túnica de Merlín. No estaba del todo seguro que eso fuera algo *conveniente*. Afortunadamente la túnica todavía estaba guardada en el maletín de Jackson que estaba dentro de su baúl. Después de la experiencia vivida al tocarla, James no tenía planeado volver a sacarla del baúl hasta que, llegado el momento, fuera a entregársela a su padre y al Departamento de Aurores. Todavía no había llegado el momento adecuado, pero ya llegaría. Pronto. De todas formas no estaba dispuesto a entregársela a ninguna entidad misteriosa, aunque se tratara de un duende de los árboles. Seguro de ello, James llegó a la sala común de Gryffindor y se preparó para irse a la cama. De todas formas, mucho después de haberse metido bajo las mantas, aún le parecía seguir oyendo, en el viento que soplaba fuera de su ventana, la voz susurrada, implorando interminable y monótonamente: *tráenos la reliquia... tráenos la reliquia mientras aún puedas...* Le daba escalofríos, y cuando finalmente logró conciliar el sueño, soñó con esos ojos inolvidables

y hermosos y esos largos, largos brazos de manos delgadas y uñas violetas e irregulares.



El viernes siguiente, en clase de Herbología, a James le divirtió observar que Neville Longbottom había sacado el melocotonero transfigurado de Ralph de la clase de Transformaciones, dónde resultaba un poco incómodo, y lo había colocado en uno de los invernaderos.

—¿Todo esto de un plátano? —dijo Neville a James después de clase, solicitando confirmación.

—Sí. Apuesto a que Ralph estaba más sorprendido que nadie. En realidad es un tipo asombroso, pero no creo que comprenda el alcance de su propio poder. Algunos de los otros Slytherins creen que proviene del linaje de una antigua y poderosa familia mágica. Podría ser, supongo, dado que nunca conoció a su madre.

—Esa es la clase de cosa que supondrían los Slytherins —dijo Neville con su franqueza habitual—. Los hijos de muggles pueden ser tan poderosos como cualquier otro nacido de una antigua familia de sangre limpia. No obstante, algunos prejuicios nunca cambian.

James miró al árbol de melocotones, que se había hecho bastante grande a pesar de que sus raíces aún seguían enroscadas irremediablemente alrededor de una de las mesas del aula de Transformaciones. Sabía que Neville tenía razón, pero no podía evitar pensar en la expresión que había visto en el rostro de Ralph el día que había transformado el plátano. Ralph nunca lo había mencionado, pero James tenía la sensación de que le asustaba un poquito su propio poder.

Al día siguiente, el equipo de quidditch de Gryffindor tenía programado un partido contra los Slytherin. James se sentó en las tribunas de Gryffindor con Zane y Sabrina Hildegard. Ralph, a fin de conservar los pocos amigos Slytherin que tenía, se sentó en las gradas cubiertas de verde que estaban al otro lado del campo. James entabló contacto visual con Ralph una vez y lo saludó. Ralph le devolvió el saludo, pero sigilosamente, asegurándose de que no le vieran sus compañeros de casa mayores.

Abajo, en el campo, los capitanes de equipo fueron hacia la línea central a encontrarse con Cabe Ridcully para oír las reglas y para el apretón de manos; una tradición a la que ya nadie prestaba mucha atención. James observó a Justin Kennely estrechar ceremonialmente la mano a Tabitha Corsica. Aún desde su posición elevada en lo alto de las gradas, James pudo apreciar la adulatora y atenta sonrisa que Tabitha lucía en el

reconocidamente hermoso rostro. Luego ambos se giraron y caminaron en direcciones opuestas, regresando a sus lugares bajo las gradas, dejando a Ridcully solo con el baúl de quidditch.

Zane masticaba alegremente una bolsa de palomitas que había llevado con él, habiendo convencido de alguna forma a uno de los elfos domésticos de la cocina para que se las prepararan.

—Este debería ser un excelente partido —observó, mirando a la entusiasta multitud.

—Gryffindor contra Slytherin siempre arrastra multitudes —dijo Sabrina, alzando la voz para hacerse oír sobre el ruido—. En la época de mi madre, todo el mundo odiaba a Slytherin porque jugaban sucio. En aquella época el capitán del equipo era un tío llamado Miles Bletchley, y jugó con los Truenos Atronadores durante un par de años, hasta que le echaron de la liga por usar una escoba trucada

—¿Una qué? —interrumpió Zane—. ¿Cómo trucas una escoba?

—Es una forma de hacer trampa en la que se taladra un agujero en el centro de la escoba y se le enhebra algo mágico, como la costilla de un dragón o el colmillo de un basilisco. Básicamente convierte a toda la escoba en una varita mágica. La usaba para lanzar hechizos de desvío y hechizos *Expelliarmus* modificados, que hacían que el equipo contrario dejara caer la quaffle. Realmente era un tramposo retorcido —explicó James.

Mientras hablaba, el equipo de Slytherin salió y fue recibido por los vítores de su tribuna. Damien, sentado en la cabina de transmisión con su varita sobre la garganta, anunció al equipo, y su voz resonó en el fresco aire de enero.

—Bueno —gritó Zane por encima de las aclamaciones—, parece ser que ya nadie odia a los Slytherin.

Eso seguro, se oían aplausos aislados provenientes del resto de las tribunas. Solo las gradas de Gryffindor abucheaban y silbaban. James se encogió de hombros.

—No parecen jugar tan sucio como solían hacerlo. Pero aún son un equipo inusualmente fuerte. Hay algo un poco marrullero en ellos, solo que no es tan obvio como solía serlo.

—Yo diría lo mismo —estuvo de acuerdo Zane—. Cuando jugamos contra Slytherin antes de las vacaciones fue el partido más limpio que se jugó en todo el año. Ridcully apenas si les señaló una sola falta. Y aún así había algo un poco demasiado *mañoso* en ellos. O es el grupo más afortunado de canallas que se haya subido jamás a una escoba o han hecho un pacto con el mismo diablo.

James rechinó los dientes.

Al otro lado del campo, Horace Slughorn, con las mejillas sonrosadas y envuelto en

una capa con cuello de piel y un sombrero a juego, ondeaba una pequeña bandera de Slytherin adherida a una varilla y animaba a gritos al equipo de su casa. Ralph, sentado dos filas más abajo, aplaudía respetuosamente. James sabía que Ralph no era muy fanático del quidditch, a pesar de la casi estudiada atención que prestaba a los partidos, y suponía que por eso Ralph no podía elegir un equipo al que serle fiel. Sus amigos, incluido Rufus Burton, vitoreaban y gritaban frenéticamente.

El equipo de Gryffindor fue el siguiente en salir al campo, emergiendo del vestuario que estaba bajo su tribuna, y los espectadores alrededor de James entraron en erupción, poniéndose en pie de un salto como si fueran una sola persona. James gritó junto a ellos, sonriendo extasiado y convencido de que Gryffindor ganaría. Cuando el equipo dio la vuelta al campo saludando y sonriendo, zapateó y gritó hasta quedarse ronco.

Los equipos volaron a tomar sus posiciones. Después de decirles que jugaran un partido limpio y de asegurarse de que todo el mundo estuviera en posición, Ridcully soltó las bludgers y la snitch y tiró la quaffle al aire. Noah y Tom Squallus, los dos buscadores, salieron velozmente tras la snitch, que había salido disparada rodeando los estandartes de Ravenclaw para luego desaparecer.

Casi inmediatamente, la diferencia entre los equipos se hizo evidente. Gryffindor libraba un partido de libro de texto, basado enteramente en movimientos cuidadosamente practicados. Se podía oír a Justin Kennely gritando juegos y formaciones sobre los vítores de la multitud, apuntando y haciendo señas. Por otra parte los Slytherin, parecían tener un estilo de juego grácil, casi misterioso, que lo llevaba a moverse por el campo como un cardumen de peces. Tabitha Corsica no gritaba instrucciones desde su escoba, y de todas formas sus jugadores se desplegaban y reagrupaban con precisión de bailarines. Durante un momento, mientras estaba en posesión de la quaffle, Tabitha se agachó para evitar una bludger y simultáneamente la lanzó por encima del hombro. La pelota formó un arco a en el aire y fue ágilmente atrapada por un compañero de equipo que había estado volando directamente debajo de ella en una trayectoria perpendicular. El compañero de equipo solapadamente hizo pasar la quaffle a través del arco central antes de que el guardián de Gryffindor llegara a percatarse de que Tabitha ya no la tenía. James gimió mientras los Slytherin se ponían de pie y festejaban. Justin Kennely tenía pinta de querer saltar una y otra vez sobre la escoba para desahogar la frustración. De todas formas, después de transcurrida una hora de partido, el marcador era de ciento treinta contra ciento cuarenta a favor de Gryffindor; lo suficientemente cercanos el uno del otro como para que la ventaja ya hubiera cambiado cinco veces de bando.

—En un partido así todo depende de los buscadores —gritó Sabrina exultante, sin apartar la vista de los jugadores—. Y Squallus es nuevo en esa posición ya que Gnoffton terminó el año pasado. Noah tendría que ser capaz de atraparlo contra la pared con su

propia escoba.

Efectivamente, un súbito rugido se elevó desde la multitud y James vio a Noah persiguiendo la snitch. Al otro lado del campo, Tom Squallus estaba doblado sobre la escoba, desnudando los dientes contra el aire helado apresurándose para interceptar a Noah. Se lanzó a toda velocidad entre los jugadores, apenas evitando una bludger golpeada violentamente por Justin Kennely. A pesar de su velocidad, James estaba seguro de que no había forma que Squallus ganara a Noah en su carrera hacia el premio. Una línea dorada y un aleteo de diminutas alas zumbaron frente a la tribuna de Gryffindor, seguida un segundo después por Noah. Los que estaban en las primeras filas se agacharon, luego saltaron sobre sus pies, vitoreando a Noah mientras éste hacía una fuerte entrada apenas esquivando la tribuna y estirándose hacia delante sobre su escoba, con el brazo extendido. Hubo un largo momento en el que todo el mundo contuvo el aliento cuando pareció que Noah era remolcado por la diminuta bola dorada, la distancia disminuía cada vez más, la mano de Noah temblaba de tanto que se estiraba. Luego, con un torbellino de capas y escobas, algo cambió. Noah se vio forzado a erguirse súbitamente sobre su escoba, para detenerse con un brusco giro que destrozó su control. Una nube de Slytherins, guiados por Tabitha Corsica, se había deslizado frente a él provenientes de todas las direcciones, entretejiendo una pared virtual en medio del aire. Noah chocó con un corpulento Slytherin y rebotó, perdiendo el asidero de su escoba. Se cayó de costado, quedando agarrado de una mano y colgando por debajo de la escoba. La multitud rugió.

Tabitha Corsica se lanzó disparada a través de la pared de Slytherins, que se abrió para ella como un lirio. Con la capa batiéndose tras ella, James quedó atónito al ver la snitch volando *detrás*, en las sombras de su capa. Se dirigió hacia arriba y Tabitha la siguió casi instantáneamente, muy inclinada sobre su escoba. De alguna forma, sin siquiera mirar, estaba ensombreciendo la snitch, marcándola para Tom Squallus. Él la vio, se lanzó en picado, y se abalanzó hacia ella pasando a su lado. Cuando salió al otro lado tenía la mano levantada y la snitch brillaba dentro de ella. Las tribunas de Slytherin vitorearon estruendosamente. El partido había terminado.

Noah se balanceaba bajo la escoba, y enganchó un pie sobre ella. Luchó hasta conseguir ponerse derecho, lográndolo en el momento en que Ted y Justin Kennely se precipitaban hacia él, hablando y gesticulando. James entendía el sentido de lo que le estaban diciendo aunque no pudiera escuchar las palabras debido a los vítores y los abucheos. Algo extremadamente raro había ocurrido, a pesar de que los Slytherin no hubieran cometido ni una falta. En el césped del campo, Petra Morganstern, que jugaba de cazadora, había acorralado a Cabe Ridcully y estaba señalando animadamente a Tabitha Corsica que aún estaba sobre su escoba, siendo felicitada por sus compañeros de equipo junto a Tom Squallus. Ridcully sacudió la cabeza, incapaz o renuente a reconocer los alegatos de Petra. No parecía haber ningún recurso para los Gryffindor, dado que no

podían probar que algo ilegal hubiera ocurrido.

—¿Qué, en nombre del trasero blanco y fofo de Voldy, ha sido *eso*? —reclamó Damien Damascus que había abandonado la cabina de transmisión y se había unido a James, Zane y Sabrina.

Sabrina sacudió la cabeza.

—Ha sido sencillamente espantoso. ¿Viste lo que yo vi? ¡Corsica encerró a la snitch! No la tocó, pero voló junto a ella, marcándola hasta que Squallus pudo poner su escoba a tiro.

—¿No existen reglas contra eso? —preguntó Zane mientras se unían a la multitud que abandonaba las gradas.

—No tiene sentido hacer reglas contra cosas que son imposibles —dijo Damien de mal humor—. En tanto no la haya tocado, está a salvo. Ni siquiera estaba *mirando* a la snitch. Podría jurarlo.

Ralph estaba cruzando el campo al trote cuando James y Zane pisoteaban los últimos escalones. Jadeando, los apartó de Sabrina y Damien cuyo estado de ánimo estaba empeorando.

—¿Visteis eso? —preguntó Ralph, luchando por recobrar el aliento. Parecía extremadamente agitado.

—Vimos *algo* —dijo James—, aunque no estoy seguro de si confiar en mis propios ojos.

Zane fue menos diplomático:

—Los Gryffindor creen que tus compañeros hicieron trampa de alguna manera. Esto también va a afectar a las finales. Ahora parece que Ravenclaw jugará la final contra Slytherin. Yo esperaba que fuera entre Gryffindor y Ravenclaw.

—¿Podéis olvidaros del maldito campeonato de quidditch durante un minuto? —dijo Ralph girándose para enfrentarlos a ambos al pie de las gradas—. Por si ya lo habéis olvidado, tenemos cosas más importantes en las que pensar.

—Está bien, entonces escúpelo, Ralph —dijo James intentando no mostrarse irritado.

Ralph tomó un profundo aliento.

—Me dijiste que era tu infiltrado ¿verdad? Así que he estado observándolo todo detenidamente buscando indicios y pistas sobre quien puede estar involucrado en toda esta conspiración de Merlín, ¿correcto?

—¿Y crees que este es el momento adecuado para discutir eso? —cuestionó Zane, arqueando las cejas.

—No, no, todo está bien —intervino James—. ¿Qué viste, Ralph? ¿Ha ocurrido algo en la central Slytherin?

—¡No! —dijo Ralph con impaciencia—. No en la sala común ni nada por el estilo. ¡Justo aquí, hace unos pocos minutos! ¿Recordáis lo que se supone que estamos buscando?

—Sí —dijo Zane, mostrando interés—, el báculo de Merlín.

Ralph asintió significativamente. En las proximidades se oyó un vitoreo. Los tres chicos se giraron en el momento en que los Slytherin abandonaban el campo, rodeados por una multitud de estudiantes que llevaban bufandas verdes. Tabitha caminaba al frente del grupo, sosteniendo la escoba triunfalmente sobre el hombro.

—Metro ochenta o más de madera inusualmente mágica —dijo Ralph en voz baja, aún observando a Tabitha salir del campo de juego—. Orígenes desconocidos.

—¡Es cierto! —respondió James, cuando se le hizo la luz—. ¡Tabitha dijo que su escoba era un modelo por encargo, fabricada por un artista muggle o algo así! ¡La registró como artefacto muggle, dado que no era un modelo estándar!

—Y no cabe ninguna duda de que hay algo decidida e *inusualmente* mágico en ella —añadió Ralph.

James asintió.

—¿Estáis diciendo lo que creo que estáis diciendo? —preguntó Zane incrédulo.

Ralph le devolvió la mirada.

—Tiene sentido, ¿no? ¡Es el escondite perfecto! Por eso vine corriendo en cuanto terminó el partido. Quería que ambos lo vierais también, para ver si encajaba.

Zane silbó asombrado.

—¡Hablando de escobas trucadas! Ahí tienes, todo este tiempo Corsica ha estado volando por ahí en el mismísimo báculo de Merlín.

Mientras Tabitha subía la colina encaminándose hacia el castillo, James no podía quitarle la vista de encima. El sol invernal brillaba sobre la hirsuta cola de la escoba. Era ciertamente el disfraz perfecto para una madera sumamente mágica de metro ochenta de largo. Y ahora estaban seguros de quien era el tercer conspirador en la conspiración de Merlín, el Slytherin que respondía al nombre de Austramaddux. A James le palpitaba el corazón con una sensación de excitación y anticipación.

—Entonces —dijo mientras los tres comenzaban a seguir a los Slytherins a una distancia prudencial, dirigiéndose de regreso al castillo—, ¿cómo vamos a quitarle el báculo de Merlín a Tabitha Corsica?



Capítulo 14

La Encrucijada de los Mayores

—¿Qué? ¿De todos modos, por qué tenemos que robarle la escoba? —exclamó Ralph en el desayuno a la mañana siguiente. Estaba inclinado sobre la mesa, extendiendo la mano en busca de un plato de salchichas—. Eso sería *mucho* más difícil de lo que fue robar el maletín de Jackson. A los chicos no se les *permite* entrar en el dormitorio de las chicas. ¡Ni siquiera podemos acercarnos! Además, ya tenemos la túnica. No pueden hacer nada sin todas las reliquias.

—Es el báculo de Merlín, por eso tenemos que conseguirlo —replicó James—. Incluso por sí mismo, debe ser uno de los objetos mágicos más poderosos del mundo. Ya viste lo

que Tabitha Corsica hizo con él en el partido. ¿Y si no es sólo encerrar la snitch lo que busca? Su equipo entero parece responder al báculo de algún modo, o al menos sus escobas. Sabían justo cuando hacer el movimiento correcto. Esa es una magia realmente poderosa. Por ahora, solo lo utiliza para ganar partidos de quidditch, pero ¿realmente quieres algo así en las manos de alguien como ella y el Elemento Progresivo?

Ralph parecía serio. Zane bajó su taza de café y miró fijamente a la mesa.

—No sé... —dijo.

—¿Qué? —dijo James impacientemente.

Zane levantó la mirada.

—Bueno, en realidad parece demasiado fácil. Quiero decir, primero el maletín portarocas del colega de Ralph que apareció justo en el momento oportuno. Después, no importa cómo lo mires, tuvimos una suerte realmente endiablada con el encantamiento *visum-ineptio*. Incluso antes de eso, mira todas las coincidencias que nos condujeron a descubrir el escondite del trono de Merlín, desde captar un vistazo de la reina vudú en el lago esa noche a encontrar ese artículo de *El Profeta* sobre el allanamiento en el ministerio. Y ahora, resulta que averiguamos que la escoba de Tabitha es el báculo de Merlín. Odio decirlo, pero no puede ser una conspiración muy oscura si un trío de novatos de primero como nosotros lo hemos descubierto todo.

James echaba humo.

—Vale, sí, así que hemos tenido suerte aquí y allí. Hemos trabajado realmente duro y sido extremadamente cuidadosos también. Y por otro lado, todo encaja, ¿no? Solo porque la gente que hay tras el complot Merlín sea demasiado arrogante como para pensar que alguien pueda pillarles eso no significa que el complot no sea auténtico. ¿Qué hay de lo que ocurrió cuando abrimos el maletín de Jackson? ¡Y ni siquiera os he contado lo que me pasó la semana pasada!

Ralph saltó, casi derramando su zumo de calabaza, con los ojos salvajes durante un segundo, y luego se controló.

—¿La semana pasada? ¿Cuándo?

—La noche que fuimos a ver a Hagrid, justo después de separarnos —respondió James. Describió cómo las paredes de Hogwarts se habían transformado en bosque a su alrededor, su extraño viaje a la isla del Santuario Oculto, y la misteriosa figura fantasmal que le había ordenado llevarle la túnica. Zane escuchaba con marcado interés, pero la cara de Ralph estaba blanca y pálida.

Cuando James terminó, Zane preguntó:

—¿Crees que era realmente una dríada?

James se encogió de hombros.

—No sé. Se parecía mucho a la que vimos en el bosque, pero diferente. *Pulsaba*, no sé si sabes lo que quiero decir. Podía sentirlo en mi cabeza.

—Quizás fue un sueño —dijo Zane cuidadosamente—. Suena como un sueño.

—No fue un sueño. Estaba en el pasillo que conduce a la sala común. No soy sonámbulo.

—Yo solo decía —dijo Zane dócilmente, bajando la vista.

—¿Qué? —animó James—. ¿Crees que todo el asunto de Merlín fue un sueño también? ¿Cuando desaparecí de la habitación justo delante de vosotros y el fantasma de Cedric Diggory tuvo que traerme de vuelta?

—Por supuesto que no. Aún así, suena a locura. ¿Estabas en el bosque o en el pasillo? ¿Cuál era el real? ¿O no lo era ninguno de los dos? Quiero decir, has estado pensando un montón en todo esto. Quizás...

Ralph estaba estudiando su plato vacío. Habló sin alzar la cabeza.

—No fue un sueño.

James y Zane miraron a Ralph.

—¿Cómo lo sabes, Ralph? —preguntó Zane.

Ralph suspiró.

—Porque a mí me ocurrió lo mismo.

Los ojos de James se abrieron y la boca se le quedó abierta.

—¿Viste el Santuario Oculto? ¿Y a la dríada también? Ralph, ¿por qué no dijiste nada?

—¡No sabía lo que eran! —dijo Ralph, levantando la mirada—. No estaba con vosotros dos cuando fuisteis al bosque y visteis la isla y conocisteis a la dríada, ¿recordáis? Así que la semana pasada, estaba de camino a través de los sótanos hacia los dormitorios Slytherin y de repente todo se desvaneció y se convirtió en un bosque, como describiste, James. Vi la isla y a la dama del árbol, pero no los reconocí. Pensé que era un fantasma o algo. Me dijo que le llevara la reliquia, pero yo tenía miedo. No acostumbro a tener extrañas experiencias mágicas extracorporales ni nada parecido. Intenté correr, pero entonces, de repente, me encontré de pie frente a la puerta de la sala común de Slytherin, directamente. Me preocupaba un poco mi cordura, si os digo la verdad. Pensé que todo este asunto mágico me estaba reblandeciendo el cerebro. Francamente, me alivia un poco que te haya pasado lo mismo a ti también.

—Puedo entenderlo —dijo Zane, asintiendo.

—¿Pero por qué tú? —cuestionó James—. Tú no tienes la reliquia. La tengo yo.

Zane inclinó la cabeza a un lado y se mordió la comisura de la boca con esa rara expresión de cómica concentración que ponían cuando se concentraba.

—Quizás es tan simple como el hecho de que Ralph es un Slytherin. Quiero decir, él *estaba* en el debate oponiéndose a Petra y a mí. Quizás quienquiera que sea cree que Ralph es el eslabón más débil. Quizás cree que puede conseguir que Ralph te traicione y te robe la túnica y después la lleve a la isla. No es que fueras a hacerlo, Ralph —añadió Zane, mirando a Ralph.

—De ningún modo. Nunca tocaría esa cosa —estuvo de acuerdo Ralph.

—Supongo que tiene sentido —admitió James—. ¿Pero por qué no tú entonces, Zane?

Zane adoptó una expresión angelical, alzando los ojos hacia el techo.

—Porque yo soy tan puro como la nieve virgen. Y por otro lado, nunca volvería a poner un pie sobre esa isla. Demasiado peculiar para mí.

—Pero yo no podría haber robado la túnica ni aunque hubiera querido —dijo Ralph, frunciendo el ceño—. No con el hechizo cerrojo de Zane. James es el único que puede abrir el baúl.

—Podrías simplemente arrastrar el baúl hasta allí, supongo —replicó James—. Querer es poder.

—Afortunadamente, no quiero —dijo Ralph gravemente.

Zane apartó su taza de café vacía.

—De todos modos, la dríada, o quienquiera que fuera, no tiene que saber necesariamente lo del hechizo cerrojo extra en el baúl. Pero el hecho de que os haya ocurrido a los dos prueba de seguro que alguien quiere esa túnica, y sabe que nosotros la tenemos. Si no es Jackson ni ninguno de los suyos, ¿entonces quién?

James dijo:

—¿Recuerdas lo que nos dijo la dríada verde? Dijo que los árboles estaban despertando, pero que muchos de ellos... ¿cómo lo dijo?

Zane asintió, rememorando.

—Dijo que estaban «pasados» como leche a la que se le ha pasado la fecha de caducidad o algo así. En otras palabras, algunos de los árboles son malos. Están del lado del caos y la guerra. ¿Crees que la dríada azul que se te apareció a ti y a Ralph era una de los malos intentando parecer agradable?

—Tiene sentido —dijo Ralph—. Era toda hermosura y sonrisas y todo eso, pero tuve el fuerte presentimiento de que si no le llevaba la túnica, esa sonrisa se convertiría en

una mueca hambrienta muy rápidamente. Eso fue lo que me asustó. Eso y sus uñas. — Se estremeció.

—Entonces esto es más grande que simplemente nosotros y los conspiradores de Merlín —dijo Zane serio—. Los espíritus de los árboles están involucrados. Y cualquiera sabe quién más también. Por lo que sabemos, todo el mundo mágico podría estar tomando posiciones en uno u otro bando.

—En cualquier caso —habló James con seriedad—, eso prueba que las reliquias son increíblemente poderosas. En las manos equivocadas, ¿quién sabe qué tipo de daño puedan causar? Esa es la razón por la que tenemos que alejar el báculo de Tabitha.

—No entiendo por qué no acudimos simplemente a tu padre —intervino Ralph—. Su trabajo es tratar con esta clase de cosas, ¿no?

—Porque ellos tienen reglas que deben seguir —replicó James cansinamente—. Traerían un equipo de aurores para registrar la escuela. No requisarían sin más la escoba de Tabitha solo porque nosotros digamos que es el báculo de Merlín, incluso si devolvemos la túnica. Hay barridos mágicos, que investigan cualquier fuente inusual de poder. Llevaría días. Para cuando volvieran por la escoba de Tabitha, ella podría haberla sacado de aquí. Jackson y Delacroix olerían los problemas y escaparían también. Podrían incluso hacer que todos los conspiradores se reunieran en esa Encrucijada de los Mayores e intentaran traer de vuelta a Merlín. No funcionaría sin la túnica, por supuesto, pero entonces el trono y el báculo estarían perdidos, ocultos y bajo el control de magos tenebrosos.

Ralph suspiró.

—Está bien, está bien. Quedo convencido. Así que intentaremos quitarle el báculo de Merlín a Corsica. Es eso todo, ¿no? Después se lo entregaremos todo a tu padre y a sus profesionales. Ellos arreglarán todo el lío y nosotros seremos héroes. O lo que sea. ¿De acuerdo?

Zane asintió.

—Sí, estoy contigo. Conseguir la escoba y listo. ¿Vale?

James estuvo de acuerdo.

—Pues necesitamos un plan. ¿Alguna idea?

—No será fácil —dijo Ralph firmemente—. Si tuvimos suerte con el maletín de Jackson necesitaremos un acto divino para esto otro. Las habitaciones de los Slytherins están tan cargadas de maldiciones y hechizos antiespía que casi zumban. Son la panda más recelosa que he conocido jamás.

—Los timadores siempre esperan ser timados —dijo Zane sabiamente—. Pero hay

algo que estamos olvidando, y que podría ser incluso más importante que conseguir el báculo de Merlín.

—¿Qué es más importante que eso? —preguntó James.

—Conservar la reliquia que ya tenemos —respondió Zane simplemente, enfrentando la mirada de James—. Algo ahí afuera sabe que tenemos la túnica, y ya ha intentado conseguirla una vez. No sabemos que clase de magia es esa, pero ambos estáis bastante convencidos de que os transportó hasta la isla directamente desde los pasillos de Hogwarts, ¿verdad?

James y Ralph intercambiaron miradas y después asintieron hacia Zane.

—Entonces —continuó Zane—, ya que la Aparición es imposible en los terrenos de Hogwarts, deben haber utilizado otro tipo de magia para llevaros allí. Ese debe ser un mojo poderoso. ¿Qué nos dice que no lo intentará otra vez?

Ralph se puso pálido.

—No había pensado en eso.

—Quizás agotara todo su poder la primera vez —dijo James un poco dubitativo.

—Será mejor para vosotros dos —dijo Zane, mirando de uno a otro—. Porque ya intentó pedirlo amablemente. La próxima vez no será tan cortés.

Una idea golpeó a James y se estremeció.

—¿Qué? —preguntó Ralph, viendo el cambio de cara de James.

—Fisioaparición remota —dijo James con voz ronca—. Así llamó el profesor Franklyn al poder de Delacroix de proyectar un espectro de sí misma. Es diferente a la aparición habitual, porque simplemente envía a un fantasma de sí misma, pero el espectro aún puede parecer sólido y afectar a las cosas. Lo busqué. El fantasma es una versión sólida de cualquier material que se tenga a mano, y se utiliza como un títere. De algún modo lo utilizó para traer aquí el trono de Merlín y ocultarlo en la isla sin ser detectado.

Zane frunció el ceño.

—Vale, ¿y qué?

—¿Y si fuera así como Ralph y yo fuimos transportados al Santuario Oculto? Ralph, tú lo llamaste una experiencia extracorporal. ¿Y si es eso lo que fue en realidad? ¡Quizás nos vimos forzados a una fisioaparición remota! Solo un espectro de nosotros mismos fue al santuario, pero nuestros cuerpos permanecieron en los pasillos como... congelados.

Ralph estaba claramente horrorizado ante la idea. Zane parecía pensativo.

—Parece encajar. Los dos decís que ocurrió cuando estabais solos en los pasillos.

Nadie os vio allí de pie con el piloto automático mientras vuestras almas o lo que sea se estiraban hasta el santuario.

—Pero esa es la especialidad de Delacroix —dijo Ralph, estremeciéndose—. ¿Creéis que ella sabe que de algún modo conseguimos la túnica?

James respondió.

—Quizás. Es escurridiza como una anguila. Podría habérselo figurado y no decírselo siquiera a Jackson. Quizás quiere toda la gloria para sí misma.

—Una cosa es segura entonces —anunció Zane—. No podemos permitir que estéis a solas. Mi teoría es que quienquiera o lo que quiera que esté haciendo esto no quiere que se revele el secreto. Por eso esperaron a que estuvierais solos unos minutos. Si mantenemos a mucha gente alrededor de los dos, tal vez no vuelvan a intentarlo.

Ralph estaba blanco como una estatua.

—A menos que estén realmente, realmente desesperados.

—Bueno, sí —estuvo de acuerdo Zane—. Siempre cabe esa posibilidad. Pero no podemos hacer nada en ese caso, solo esperar que no se llegue a eso.

—Eso me hace sentir mucho mejor —gimió Ralph.

—Vamos —dijo James, levantándose de la mesa del desayuno—. Se hace tarde y los elfos domésticos están echándonos miraditas. Ya es hora de que salgamos de aquí antes de que alguien note que andamos planeando algo.

Los tres chicos salieron al frío de los terrenos y charlaron de otras cosas un rato, después, al tener distintas obligaciones relacionadas con sus casas, tomaron caminos separados durante el resto del día.



La semana siguiente estuvo frustrantemente ocupada. Neville Longbottom asignó uno de sus muy inusuales pero extremadamente exigentes ensayos. Esto llevó a James a pasar una desmesurada cantidad de tiempo en la biblioteca, buscando los interminables usos de la *spynacea*, un empeño mucho más complicado debido al hecho de que muchas partes de la planta, desde las hojas al tronco, la raíz e incluso sus semillas, tenían gran número de aplicaciones, desde aliviar afecciones de la piel a encerar escobas. James acababa de añadir la septuagésima novena entrada en su lista garabateada cuando Morgan Patonia se sentó a la mesa frente a él con un pesado suspiro. Morgan, una chica

de primero de Hufflepuff, también estaba en Herbología y trabajaba en su ensayo sobre la spynacea.

—Solo tienes que poner cinco usos —declaró Morgan cuando vio la lista de James—. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Cinco? —dijo James débilmente.

Morgan lanzó a James una mirada de alegre desdén.

—El profesor Longbottom nos encargó escribir precisamente sobre la spynacea porque es una de las tres plantas más útiles del mundo mágico. Si escribimos sobre cada uno de sus usos acabaría pareciendo una enciclopedia, estúpido.

La cara de James se acaloró.

—¡Lo sabía! —dijo, intentando aparentar arrogancia y petulancia herida—. Solo que lo olvidé. No puedes culparme por ser concienzudo, ¿verdad?

Morgan se rió disimuladamente, obviamente encantada de que James hubiera perdido tanto tiempo. James recogió sus cosas pocos minutos después y se mudó a la sala común de Gryffindor, molesto a la vez que aliviado. Al menos el ensayo estaba acabado. De hecho, ya que ya había escrito alrededor de veintitrés usos de la spynacea, probablemente consiguiera créditos extra. Mientras Neville no imaginara que la minuciosidad del ensayo se debía simplemente a que no había estado prestando mucha atención en clase.

Dos veces vio James a la profesora Delacroix en los pasillos y tuvo la inconfundible sensación de que le estaba observando. Nunca vio sus ojos posados en él, pero ya que estaba ciega, eso apenas importaba. James recordaba como Delacroix había manipulado la sopera de *gumbo* con su fea varita con aspecto de raíz durante la cena con los miembros de Alma Aleron, sin derramar ni una gota. Tenía la sospecha de que Delacroix tenía formas de ver que no tenían nada que ver con sus ojos inútiles. De hecho, eso podía explicar cómo podría haber notado que el maletín de Jackson era diferente. El encantamiento *visum-inepto* solo funcionaba con lo que la gente veía con los ojos, ¿verdad? Aún así, nunca le dijo nada, o siquiera perdió el paso cuando pasaba junto a él. James decidió que simplemente estaba paranoico. Por otro lado, tal como señaló Zane, ¿qué diferencia habría? Podía ser ella la que estaba intentando engañar a Ralph y James para que llevaran la túnica al Santuario Oculto, o podría ser otra fuerza totalmente distinta. Fuera como fuera, tenía que estar en guardia para no quedarse nunca solo, y al fin y al cabo no importaba cual fuera la amenaza en realidad.

James había empezado a notar lo difícil que era no quedarse nunca solo. Cualquiera pensaría, en una escuela del tamaño de Hogwarts, que sería algo raro, de todos modos. Ahora que prestaba atención a ello, comprendió que había estado a solas en los terrenos

y los pasillos varias veces todos los días, ya fuera cruzando los terrenos para llegar a la clase de Herbología de Neville Longbottom después de Transformaciones, o simplemente yendo al baño en medio de la noche. Arreglárselas para no estar nunca a solas incluso en esas circunstancias era una tarea molesta, pero Zane, para sorpresa de James, había sido absolutamente inflexible al respecto.

—Aún si nos hicimos con esa túnica gracias a una asombrosa cadena de golpes de suerte, no voy a dejar que se nos escurra de entre las manos por nuestro descuido —dijo a James un día, caminando con él hacia los invernaderos de Herbología—. Es la falta de previsión de los conspiradores lo que ha estado jugando a nuestro favor. No voy a devolverles el favor.

Un día, James presentó a Ralph y Zane el encantamiento proteico como forma de comunicación si fuera necesaria una compañía de emergencia. James había encargado tres patos de goma de Sortilegios Weasley, y había dado uno a Zane y otro a Ralph.

—El encantamiento proteico hace que si aprieto mi pato, los de vosotros dos suenen igual —explicó James, dando a su pato un apretón.

—¡Que te den! —graznaron los tres patos a la vez.

—Excelente —dijo Zane, dando a su propio pato un apretón firme, consiguiendo como resultado un coro de felices insultos—. Así si alguno de vosotros se encuentra solo o necesita ir al baño, solo tiene que apretar esto y yo voy corriendo, ¿eh?

—Uf —dijo Ralph, mirando a su pato con disgusto—. Odio esto. Es como volver a tener tres años.

—Eh, si quieres volver a salir pitando para disfrutar de una reunión con algún espíritu arbóreo insatisfecho... —dijo Zane, encogiéndose de hombros.

—No dije que no fuera a hacerlo —exclamó Ralph, molesto—. Solo que lo odio, eso es todo.

Zane se giró hacia James.

—¿Y cómo sabré cual de los dos me está graznando?

James sacó un rotulador negro y dibujó una pequeña letra «J» en la parte de abajo de su pato.

—Mira el tuyo ahora. Cualquier cosa que hagamos a un solo pato se mostrará en todos los demás. Cuando oigas el cuac, solo comprueba la parte de abajo del pato y mira la inicial que aparece.

—Bien pensado —dijo Zane aprobadoramente. Alzó su pato y pellizó como si estuviera saludando con él.

—¡Come boñiga doxie! —graznaron los patos alegremente.

—Muy bien —dijo James, metiendo su propio pato en la mochila—. Esto solo funcionará si los utilizamos solo en caso de emergencia. ¿De acuerdo?

—¿Por qué solo graznan? —preguntó Ralph mientras se lo metía en el bolsillo.

—Pregunta a un Weasley —respondió James distraídamente.

Al principio, estar obligado a tener a Zane o a algún otro alrededor todo el tiempo era tan molesto para James como para Ralph, pero finalmente se acostumbró a ello e incluso empezó a gustarle. Zane se sentaba en una silla en la esquina del cuarto de baño mientras James se bañaba, interrogándole sobre pronunciaciones o terminología y restricciones de Transformaciones. James descubrió que muchos de sus compañeros de clase de Herbología, incluyendo a Morgan Patonia, tenían clase de Encantamientos antes de Herbología. Sabiendo esto, era capaz de apresurarse a salir de su clase de Transformaciones hasta el aula de Encantamientos y después acompañar a Patonia y sus amigos hasta el invernadero, evitando así el trayecto solitario por los terrenos. Estar constantemente cerca de gente se convirtió en un hábito fácil para James, y al final casi olvidaba que lo estaba haciendo. De este modo, las semanas pasaron con facilidad. La crudeza del invierno comenzó a fundirse hasta convertirse en la frágil calidez de la primavera. Aún así, ni James, ni Ralph, ni Zane había dado con un plan para conseguir la escoba de Tabitha Corsica. Al final decidieron, si bien a regañadientes, que se precisaba una misión de reconocimiento.

—No me gusta esto —dijo Ralph mientras se dirigía con los otros dos chicos a la puerta de la sala común de Slytherin—. No he visto a nadie que no fuera Slytherin aquí desde hace meses.

—No te preocupes por eso, Ralph —dijo Zane, pero su voz se mostraba menos confiada de lo habitual—. Tenemos aquí el mapa mágico de James. Podemos comprobarlo de nuevo, pero según él, la mayor parte de tus colegas están viendo el entrenamiento de los Slytherin para el campeonato. ¿Verdad, James?

James tenía el mapa del merodeador desplegado entre las manos. Lo estudiaba mientras caminaban.

—Por lo que puedo ver solo hay un par de personas en los dormitorios Slytherin, y ninguno son gente de la que tengamos que preocuparnos.

—¿Estás seguro de estar leyendo bien esa cosa? —preguntó Ralph, metiendo su anillo en la cuenca del ojo de la serpiente esculpida en la gigantesca puerta de madera—. Por lo que oí, dijiste que ni siquiera recordabas cómo hacerlo funcionar.

—Bueno, está funcionando, ¿no? —replicó James malhumoradamente. En realidad, *estaba* preocupado por la exactitud del mapa. Había recordado la frase que hacía que el

mapa se abriera y mostrara el colegio, pero como su padre se había temido, el castillo había cambiado mucho desde que el mapa había sido creado por Lunático, Cornamenta, Canuto y Colagusano. Trozos irregulares del mapa estaban completamente en blanco, y cada sección en blanco estaba marcada con una anotación que decía *Se requiere redibujado; por favor, consulte a los merodeadores Cornamenta y Canuto en busca de ayuda*. James solo podía suponer que su abuelo y Sirius Black habían sido los artistas que habían diseñado el mapa, pero ya que hacía bastante que ambos estaban muertos, aparentemente no había quien redibujara el mapa y llenara las áreas reconstruidas. Los nombres diminutos que marcaban la localización de todo el que estaba en el campus todavía se veían moviéndose aquí y allá, pero cuando entraban en una de las áreas en blanco, sus marcas y nombres se desvanecían. Afortunadamente, las habitaciones Slytherin estaban bajo el lago, y por consiguiente habían resultado muy poco dañadas durante la batalla de Hogwarts (Ralph se había enterado de que solo la entrada principal había resultado destruida durante el asedio). James podía ver todo el entramado de habitaciones y salas de Slytherin en el mapa del merodeador.

La serpiente esculpida hizo su pregunta. Ralph se anunció a sí mismo y explicó quienes eran James y Zane y que eran sus amigos. El brillante ojo verde de la serpiente examinó a Zane y James durante un largo momento, y después abrió el complicado sistema de cerrojos y barras que aseguraban la puerta. Los tres chicos no pudieron evitar ocultarse un poco mientras atravesaban la aparentemente desierta sala común de Slytherin. La ensombrecida luz verde del sol, filtrada por el agua del lago que había sobre los techos de cristal, llenaba la habitación de sombras lóbregas. El fuego era un brillo rojo apagado en la gigantesca chimenea, cuyo mármol estaba esculpido para asemejar la forma de la boca abierta de una serpiente.

—Nada como leer un buen libro ante unas fauces abiertas —murmuró Zane mientras pasaba junto al fuego—. ¿Y dónde guardan las escobas, Ralph?

Ralph sacudió la cabeza.

—Ya os lo he dicho, no lo sé. Solo sé que no hay un casillero común o algo así, como los de Gryffindor o Ravenclaw. La mayor parte de estos tipos no confían mucho los unos en los otros. Todo el mundo tiene armario privado con una llave mágica especial. Además, sus escobas no están aquí ahora de cualquier modo, ¿verdad? Están todas con ellos en el campo de quidditch.

—No estamos aquí para cogerla ahora —respondió Zane, examinando la sala común—. Solo para descubrir donde podrían ocultarlas.

Incluso en medio de un día primaveral, las habitaciones Slytherin eran una mortaja de cambiante semioscuridad verde.

—*Lumos* —dijo James, iluminando su varita y sosteniéndola en alto—. Este pasillo

lleva a los dormitorios de los chicos, ¿verdad, Ralph?

—Sí, el de las chicas está en el otro lado, escaleras arriba.

Zane se lanzó por entre el mobiliario de la sala común, apuntando a las escaleras.

—Redada de bragas en los dormitorios de las chicas. Yo me encargo.

—Espera —dijo James agudamente—. Estará hechizado, ya sabes. A ningún chico se le permite entrar en ningún dormitorio de chicas. Sube ahí, y seguro que dispararás alguna alarma.

Zane se detuvo, mirando fijamente a James, y después dio la espalda a las escaleras.

—Demonios. Han pensado en todo, ¿verdad?

—Y por si no lo sabías —dijo Ralph desde el otro lado de la habitación—, aquí lo llamamos «ropa interior».

—Tú dices papas, yo digo patatas... —masculló Zane.

—¿Podemos volver a lo que estábamos? —dijo James tan alto como se atrevió—. Se supone que estamos buscando formas de hacernos con la escoba de Tabitha. Aunque todo lo que podamos hacer sea averiguar dónde la guarda.

—Aunque parezca mentira —dijo Zane remilgadamente—, es en eso en lo que estaba pensando. Por lo que sabemos duerme con esa cosa. Incluso si no lo hace, puedes apostar a que la mantiene lo suficientemente cerca como para protegerla. Eso significa entrar en los dormitorios de las chicas, ¿no?

James sacudió la cabeza.

—No es posible. Estoy empezando a ver lo útil que fue para mi padre tener a tía Hermione como parte de su pandilla. Podía enviarla a comprobar esas cosas. Sin embargo, nosotros estamos atascados en esto.

Mientras James terminaba de hablar un ruido llegó desde las escaleras. Los tres chicos se quedaron congelados culpablemente, mirando hacia los escalones. Se oyó un roce de pequeños pies, y entonces una diminuta elfina doméstica llegó bajando y balanceando una cesta de ropa arrugada sobre la cabeza. La elfina se detuvo, viendo a los tres chicos mirarlo fijamente.

—Mil perdones, amos —dijo la elfina, y James pudo ver por el timbre de su voz que era una hembra—. Solo estaba recogiendo la colada, si tienen la amabilidad. —Sus ojos bulbosos saltaban de uno a otro. Parecía desconcertada por haber despertado tan agudo interés. James comprendió que probablemente estaba acostumbrada a ser completamente ignorada, si es que se la llegaba a ver en absoluto.

—No hay problema, ¿señorita...? —dijo Zane, haciendo una pequeña reverencia y

dando un paso atrás alejándose de las escaleras.

La elfina no se movió. Sus ojos seguían los movimientos de Zane con creciente consternación.

—¿Disculpe, amo?

—¿Su nombre, señorita? —respondió Zane.

—Ah. Eh. Figgle, amo. Disculpe, amo. Figgle no está acostumbrada a que los amos y las amas le hablen, amo. —La elfina parecía casi vibrar de nerviosismo.

—Estoy seguro de que es cierto, Figgle —dijo Zane de manera comprensiva—. Ya ves, soy miembro de una organización de la que tal vez hayas oído hablar. Nos llamamos... hum... —Zane volvió la mirada hacia James, con los ojos muy abiertos. James recordó haber hablado con Zane y Ralph sobre la organización de su tía Hermione para la igualdad de derechos de los elfos.

James tartamudeó.

—Oh. Sí. PEDDO. ¿Plataforma Élfica de Defensa de los Derechos Obreros?

—Sí, eso —dijo Zane, girándose otra vez hacia Figgle, que se sobresaltó—. Pedo. Habrás oído hablar de nosotros, sin duda. Ayudamos a los elfos domésticos.

—Figgle no lo ha hecho, amo. Ni un poquito. Figgle tiene mucho trabajo, amo.

—Esa es exactamente la cuestión, mi querida Figgle. Nosotros en PEDDO trabajamos para aliviar esa carga. De hecho, como acto de buena fe, me gustaría ayudarte ahora. Por favor, ¿me dejas ayudarte con eso?

Figgle parecía positivamente horrorizada.

—Oh, *no*, amo. ¡Figgle no podría! ¡El amo no debería burlarse de Figgle, señor!

James podía ver a donde se dirigía Zane con esta charada, pero dudaba que pudiera llegar a ninguna parte. Los elfos domésticos, especialmente los que trabajaban entre los Slytherins, solían estar acostumbrados a ser maltratados y engañados por sus amos. Figgle tenía aspecto de estar a punto de estallar en lágrimas de miedo.

Zane se arrodilló, poniéndose al nivel ocular de la temblorosa elfa doméstica que estaba en el segundo escalón de las escaleras.

—Figgle, no voy a hacerte daño ni a meterte en problemas. Lo prometo. Ni siquiera soy un Slytherin. Soy un Ravenclaw. ¿Conoces a los Ravenclaw?

—Figgle los conoce, amo. Figgle recoge la colada de los Ravenclaw los martes y los viernes. Los Ravenclaw suelen oler menos que los Slytherin, amo. —La elfa estaba balbuceando, pero parecía más calmada.

—Me gustaría ayudarte, Figgle. Seguro que hay más cosas que cargar. ¿Puedo llevarlas por ti?

Figgle apretó los labios muy fuerte, obviamente bailando en el filo entre su miedo a una broma y su deber de hacer lo que le decían. Sus ojos del tamaño de pelotas de tenis estudiaban a Zane; entonces, finalmente, asintió una vez, rápidamente.

—Excelente, Figgle. Eres una buena elfa —dijo Zane tranquilizadamente—. Hay más colada arriba, ¿verdad? Veo que la estás apilando aquí junto a la puerta. Yo recogeré el resto por ti. —Dio un paso hacia las escaleras.

—¡Oh, no, amo! ¡Espere! —dijo Figgle, alzando la mano. La cesta de su cabeza se bamboleó un poco y ella la estabilizó con facilidad—. El amo romperá el encantamiento limitador. Figgle no debe dejar que otros vean que la está ayudando. —Figgle saltó ligeramente los últimos dos escalones y se giró hacia las escaleras. Alzó la mano y chasqueó los dedos. Algo cambió en el umbral de las escaleras. James habría jurado que algo parecido a una luz se había apagado, aunque la iluminación de la habitación no había cambiado—. Ahora el amo puede subir. Pero por favor, amo... —De nuevo, Figgle parecía torturada al filo del miedo y la obediencia—. Por favor, el amo no debe tocar nada aparte de la cesta. Después Figgle llevará toda la colada a los sótanos. ¿Por favor? —Parecía estar suplicando para lograr acabar con esto lo antes posible.

—Por supuesto —respondió Zane, sonriendo. Con solo la más ligera de las pausas, puso un pie en el primer escalón. No pasó nada—. Ahora vuelvo, chicos —dijo sobre el hombro, y después trotó escaleras arriba.

James dejó escapar un suspiro y oyó a Ralph hacer lo mismo. Figgle observó a Zane trepar por las escaleras, después volvió a mirar horrorizada a James y Ralph. Ralph se encogió de hombros y le sonrió. Fue, en opinión de James, una sonrisa bastante espeluznante. Figgle no pareció notarlo. Se movió a través del mobiliario, balanceando la enorme cesta con facilidad, y después la colocó en una gran pila cerca de la puerta.

—James —dijo Ralph quedamente—, el mapa.

James asintió y abrió de nuevo el mapa del merodeador. Primero miró hacia la zona superior derecha del mapa, donde un grupo de pulcros dibujos ilustraban el campo de quidditch y las gradas. Docenas de nombres estaban apiñados allí, la mayor parte dentro y alrededor de las gradas, pero unos cuantos se movían en torno al campo. La sesión de entrenamiento de Slytherin todavía estaba en marcha, aunque parecía haber pocos en las escobas en ese momento. Probablemente estaban reunidos en el suelo comprobando la estrategia, hablando o algo así. Comprobó los nombres diseminados entre el campo y las gradas. Allí estaba Squallus, Norbert y Beetlebrick y unos pocos más a los que James no conocía.

Figgle alzó las manos en el mismo gesto que James había visto a los elfos en el Gran

Comedor para recoger los manteles. Una pila de colada se apelotonó en una gran bola y las sábanas de las camas se cerraron a su alrededor, las cuatro esquinas se ataron en lo alto. Figgle lanzó un pequeño puñado de polvos rosa sobre la bola gigante de ropa y chasqueó de nuevo los dedos. La colada se desvaneció, presumiblemente para reaparecer en los sótanos. La elfa miró nerviosa hacia las escaleras.

—¿Y bien? —preguntó Ralph a James con voz tensa y preocupada.

—No puedo ver a Tabitha —respondió James, intentando mantener la voz tranquila—. Ni a Philia Goyle. No están ya en el campo por lo que puedo ver.

—¿Qué? Bueno, ¿y dónde están?

—No sé. Parecen estar fuera del mapa por el momento.

Figgle les estaba mirando, con los ojos abiertos y alerta. Parecía tener el presentimiento de que algo iba incluso peor que hacía un minuto. James estudiaba el mapa del merodeador atentamente, vigilando los grandes puntos en blanco para ver si Goyle y Corsica aparecían fuera de ellos. Mantenía un ojo alerta en el punto en blanco de la puerta de las habitaciones Slytherin.

—Oh, no —dijo, sus ojos se abrieron—. ¡Aquí vienen! ¿Qué hacemos ahora?

—¡Esconde el mapa! —dijo Ralph, su cara se estaba poniendo de un blanco pastoso—. ¡Venga! ¡Zane! —gritó escaleras arriba. No hubo respuesta.

La expresión de Figgle había pasado de alarma a puro pánico.

—¡Viene la señorita Corsica! ¡Figgle ha hecho algo horrible! ¡Figgle será castigada! —Escapó por las escaleras, chasqueando los dedos al pasar. Hubo una repentina sensación de cambio, como si una luz invisible hubiera vuelto a encenderse, y James supo que el encantamiento limitador de las escaleras estaba de nuevo en su sitio. Se oyó un ruido de pasos y voces amortiguadas escaleras arriba y también en la puerta de la sala común. James dobló a toda prisa y rudamente el mapa del merodeador y lo metió en su mochila abierta. Ralph se lanzó sobre el sofá más cercano, intentando aparentar una escena de perezosa indolencia. La puerta se abrió justo cuando James se había vuelto a poner la mochila y se giraba.

Tabitha Corsica y Philia Goyle atravesaron el umbral. Sus ojos se posaron sobre James y ambas se quedaron en silencio. Tabitha estaba vestida con una capa de deporte y mallas negras, con la escoba sobre el hombro. Su pelo estaba recogido en una pulcra cola de caballo y aunque solo minutos antes había estado recorriendo el campo de quidditch sobre su inusualmente mágica escoba, parecía tan fresca y pulcra como un tulipán. Ella habló primero.

—James Potter —dijo amablemente, recobrándose casi instantáneamente de su sorpresa al verle—. Qué placer.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —exigió Philia, frunciendo el entrecejo.

—Philia, no seas grosera —dijo Tabitha, entrando en la habitación y pasando junto a James jovialmente—. El señor Potter es tan bienvenido entre nosotros como seguramente nosotras lo seríamos entre los Gryffindors. Si no mostramos buena voluntad en estos tiempos difíciles, ¿qué nos queda? Buenas tardes, señor Deedle.

Ralph croó algo desde el sofá, parecía notablemente avergonzado e incómodo. Philia continuaba mirando con dureza a James, su expresión era abiertamente hostil, pero permaneció en silencio.

—Una pena lo del equipo de Gryffindor —dijo Tabitha desde una esquina de la habitación mientras colgaba su capa—. Siempre nos han encantado los partidos Gryffindors contra Slytherins en las finales, ¿verdad, Ralph? Estoy segura de que a tus amigos les duele no estar ahí fuera entrenando con nosotros mientras hablamos, James. Por favor, transmíteles nuestras simpatías. Por cierto... —Tabitha cruzó de nuevo la habitación, dirigiéndose hacia las escaleras del dormitorio de las chicas—, vi a unos cuantos jugadores Ravenclaw en el campo estudiando nuestras tácticas. Interesante que vuestro amigo Zane no estuviera entre ellos. No le habréis visto, ¿verdad? —Golpeó ociosamente el suelo con su escoba, estudiando la cara de James.

James sacudió la cabeza, sin atreverse a hablar.

—Hum —murmuró Tabitha pensativamente—. Curioso. No importa. Vamos, Philia.

James observó, horrorizado, como Tabitha y Philia comenzaban a subir los escalones. Pensó con furor, intentando inventar una distracción rápida, pero no le salió nada.

—¡Que te den! —graznaron de repente un par de voces amortiguadas.

Tabitha y Philia se detuvieron al instante. Philia, en el primer escalón, se giró furiosamente. Tabitha, que estaba delante de ella, se giró mucho más lentamente, con una mirada de sorpresa educada en la cara.

—¿Has dicho algo? —preguntó lentamente a James.

James tosió.

—Eh. No. Lo siento, Tengo un, ah, carraspeo en la garganta.

Tabitha le observó durante un largo momento, después inclinó la cabeza ligeramente y entrecerró los ojos hacia Ralph. Finalmente, se dio la vuelta y desapareció por las escaleras con Philia detrás, que los miraba coléricamente. Después de unos momentos, sus pasos pudieron oírse arriba. No hubo gritos furiosos ni señales de lucha.

—¡Vaca estúpida! —graznaron de nuevo las voces amortiguadas.

—¡Ese maldito lunático! —dijo Ralph con voz ronca, levantándose de un salto y

cogiendo su mochila—. ¿Qué estará haciendo?

—¡Vamos! —dijo James, abalanzándose hacia la puerta—. Si todavía está ahí arriba no podemos ayudarlo.

Ambos corrieron por el pasillo y se abrieron paso a través de varios pasillos al azar antes de detenerse finalmente. Jadeando y con los corazones palpitando, sacaron sus patos de goma de las mochilas, examinando cada uno el suyo aunque eran idénticos. Había una palabra garabateada con tinta negra en la parte de abajo de los patos: *¡Lavandería!*

—¡Ese maldito lunático! —dijo de nuevo Ralph, pero casi reía de alivio—. Figgle debe haberle llevado a los sótanos junto con el resto de la ropa sucia. Yo digo que le dejemos allí.

James sonrió.

—No, saquémosle antes de que le metan en un exprimidor de ropa. Probablemente se lo merezca, pero primero quiero saber que ha podido averiguar.

Los dos chicos corrieron hasta encontrar la lavandería en los sótanos. James se detuvo solo una vez para pedir indicaciones a un criado moleestamente atento de una pintura con una panda de caballeros cenando.



—Apenas tuve dos minutos para mirar alrededor antes de que Figgle subiera las escaleras como una bala de cañón —contó Zane a James y Ralph cuando finalmente le encontraron—. Me lanzó un puñado de polvos rosa, y entonces *puf*. Aquí mismo estaba.

Ralph estaba mirando impresionado a las enormes tinas de cobre y las tintineantes máquinas de lavar. Los elfos se afanaban a su alrededor, ignorando completamente a los tres chicos mientras se desplazaban a través del panel que formaba su espacio de trabajo en los sótanos. Dos elfos en una pasarela sobre las tinas echaban carretillas de jabón en polvo al agua espumosa. Copos blancos llenaban el aire y se pegaban como nieve al pelo de los chicos.

—Confiad en mí, esto pierde mucho interés después de dos minutos o así —dijo Zane tensamente—. Especialmente cuando estos retacos de aquí no os deja salir. —Tres elfos estaban apelotonados alrededor de Zane, mirándole con franca hostilidad.

—Figgle trae a un humano a la lavandería, nosotros le retenemos hasta que alguien explique por qué —dijo el más viejo y gruñón de los elfos con voz severa—. Es la

política. Humanos interfiriendo en el trabajo de los elfos va contra el Estatuto sobre la Conducta y Prácticas de Hogwarts, sección treinta, párrafo seis. Así que, ¿quiénes sois vosotros dos?

James y Ralph intercambiaron una mirada en blanco. Ralph dijo:

—Somos sus... bueno, somos sus amigos, ¿no? Hemos venido a llevarle arriba.

—¿De veras? —dijo el elfo con una mirada penetrante—. Figgle cuenta una historia sobre este humano que intenta hacer su trabajo, eso hace. Dice que habla del bienestar de los elfos y tonterías. Está bastante agitada. No pueden pasar este tipo de cosas, ya sabéis. Tenemos un contrato de coalición con la escuela.

—No volverá a hacerlo —le tranquilizó James—. Tiene buena intención, pero está un poco confundido sobre algunas cosas, ¿verdad? Lo siento. Os lo quitaremos de las manos en un minuto. No volverá a ocurrir.

Zane parecía ofendido, aunque permaneció sabiamente silencioso. El elfo jefe frunció el ceño pensativamente hacia James. James estaba acostumbrado a que los elfos fueran obsequiosos y mansos, o al menos cortésmente hoscos. Aquí, en su reino en funciones, la cosa parecía bastante diferente. Los elfos tenían un contrato de coalición con la escuela, había dicho el elfo jefe. Casi sonaba como si estuvieran sindicados, y fuera una regla esencial del sindicato élfico que solo los elfos podían hacer el trabajo de elfo. Quizás lo vieran como seguridad laboral. James no estaba seguro de si su tía Hermione vería esto como un progreso o un paso atrás.

Finalmente, el elfo jefe gruñó:

—Va en contra de mi sentido común, ¿sabéis? Los tres estáis a prueba. Cualquier otra interferencia en el protocolo élfico, y os llevaré ante la directora. Tenemos un acuerdo de coalición, ya sabéis.

—Eso he oído —masculló Zane, poniendo los ojos en blanco.

—Pero ni siquiera sabe nuestros nombres —señaló Ralph—. ¿Cómo vamos a estar a prueba si no sabe quiénes somos?

James le codeó las costillas.

El elfo jefe sonrió hacia sus compañeros, que le devolvieron la sonrisa un poco desconcertados.

—Somos elfos —dijo él simplemente—. Ahora fuera, y espero no volver a veros.

El pasillo que salía de la lavandería era, como es lógico, pequeño y corto, con escalones de la mitad del tamaño normal que obligaron a los chicos a pisar cuidadosamente mientras los subían.

—No sé si felicitarte o darte una patada —dijo Ralph a Zane—. Casi haces que nos pillen Corsica y Goyle.

—Pero entré en el dormitorio de las chicas de Slytherin —señaló Zane con una sonrisa—. ¿Cuántos pueden decir lo mismo?

—¿O cuántos querrían hacerlo? —añadió James.

—Sé amable o no te diré lo que he averiguado.

—Mejor que sea bueno —dijo Ralph.

—No lo es —suspiró Zane—. Las habitaciones de las chicas tienen grandes armarios de madera junto a cada cama. Solo uno estaba abierto, pero conseguí echarle un vistazo. Dejarme decir solo que ya no me pregunto donde guarda Tabitha su escoba.

Alcanzaron una puerta grande el final de un tramo de minúsculos escalones. James la empujó, agradeciendo el abandonar el calor y el ruido de la lavandería.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, son armarios mágicos, por supuesto, aunque no conducen a ningún maravilloso mundo de hadas. El que examiné parecía una combinación de tocador y vestidor. Parecía que una boutique hubiera explotado allí, a decir verdad. Una de esas realmente cursis, pero con un toque de vampiro gótico. Había un bote de crema exfoliante en el tocador, y por su aspecto, no creo que la parte exfoliante fuera una metáfora.

—¿Todas las chicas tienen armarios así? —preguntó Ralph.

—Al menos lo parecía.

James frunció el ceño.

—Nuestras posibilidades de volver a entrar en los dormitorios de las chicas Slytherin otra vez se acercan mucho al cero. Y aunque pudiéramos, ¿cómo íbamos a saber cuál es el armario de Corsica?, y mucho menos íbamos a conseguir abrirlo.

—Te dije que iba a ser imposible —recordó Ralph a James.

—Además olía como el armario de mi abuela —dijo Zane.

—¿Querrías ahorrarte los detalles? —exclamó James—. Esto va en serio. Todavía no sabemos dónde está la Encrucijada de los Mayores, o cuándo planean Jackson y Delacroix reunir los elementos. Por lo que sabemos, podría ser esta noche.

—¿Y? —dijo Ralph—. Como dijiste, no pueden hacer nada sin todas las reliquias.

Zane suspiró, mostrándose ahora sobrio.

—Sí, pero si lo intentan y no funciona, ocultarán el resto de las reliquias y nunca las

volveremos a ver.

Ralph alzó las manos.

—¿Bueno? Tiene que haber otra forma entonces. Quiero decir, tiene que sacar la escoba del armario alguna vez, ¿no? La vimos con ella hoy. ¿Y si intentamos algo durante un partido de quidditch o algo así?

Zane sonrió ampliamente.

—Me gusta eso. Especialmente si podemos hacerlo cuando esté a treinta metros en medio del aire.

—De nuevo imposible —dijo James con frustración—. Desde los tiempos de mi padre hay hechizos protectores alrededor del campo para evitar que la gente interfiera en los partidos. Hubo unas pocas ocasiones en las que magos tenebrosos intentaron utilizar hechizos para herirle o tirarle de la escoba. Una vez, un montón de dementores rodearon el campo. Desde entonces hay áreas demarcadas vigiladas por árbitros. Ningún hechizo puede entrar ni salir.

—¿Qué es un dementor? —preguntó Ralph, con los ojos muy abiertos.

—No quisieras saberlo, Ralph. Confía en mí.

—Bueno, entonces, parece que estamos de vuelta en la primera casilla —dijo Zane hoscamente—. Me he quedado sin ideas.

Ralph se detuvo de repente en medio del pasillo. Zane tropezó con el chico mayor, tambaleándose hacia atrás, pero Ralph no pareció notarlo. Estaba mirando con fijeza a una de las pinturas alineadas en el pasillo. James notó que era aquella junto a la que se habían detenido a pedir instrucciones para llegar a la lavandería. El mismo criado atento en la esquina trasera de la pintura había captado la atención de James antes, pero solo como alguien a quien podían pedir instrucciones. James se había acostumbrado a los vigilantes personajes de pinturas al azar por todo Hogwarts. El criado miraba malhumoradamente hacia Ralph mientras los caballeros de la pintura alzaban sus jarras y muslos de pavo, palmeándose felizmente unos a otros en las espaldas parcialmente cubiertas por armaduras.

—Ah, genial —dijo Zane, frotándose el hombro donde había tropezado con Ralph—. Mira lo que has hecho, James. Ahora es *Ralph* el que está obsesionado con cada decimoquinta pintura. Y ni siquiera con las buenas, si quieres mi opinión. Vosotros dos sois los amantes del arte más raros que he conocido jamás.

James se acercó un paso a la pintura también, estudiando al criado que estaba de pie entre las sombras del fondo con un gran paño sobre el hombro. La figura dio medio paso atrás, y James sintió la seguridad de que estaba intentando confundirse más con las sombras del vestíbulo pintado.

—¿Qué pasa, Ralph? —preguntó.

—Yo he visto esto antes —respondió Ralph con voz distraída.

—Bueno, acabamos de detenernos junto a esta pintura no hace ni diez minutos, ¿no?

—Sí. También entonces me pareció familiar, pero no sabía de dónde. Estaba de pie en un sitio distinto...

Ralph se dejó caer de repente sobre una rodilla, arrojando su mochila al suelo ante él. Abrió la cremallera precipitadamente y buscó dentro, casi frenéticamente, como preocupado porque fuera cual fuera la inspiración que le había golpeado pudiera escapársele antes de confirmarla. Finalmente sacó un libro, lo agarró triunfante, y se puso de pie de nuevo, pasando las páginas hasta el final. Zane y James se apiñaron tras él, intentando ver sobre los amplios hombros de Ralph. James reconoció el libro. Era el antiguo libro de pociones que su madre y su padre habían regalado a Ralph por Navidad. Mientras Ralph pasaba las páginas, James pudo ver notas y formulas que atestaban los márgenes, garabateadas junto a dibujos y diagramas. De repente, Ralph dejó de pasar páginas. Sostuvo el libro abierto con ambas manos y lo alzó lentamente hasta el nivel del criado observador del fondo de la pintura. James jadeó.

—¡Es el mismo tipo! —dijo Zane, señalando.

Seguro, allí, en el margen derecho de una de las páginas del libro de pociones, había un viejo boceto del criado observador. Era inequívocamente la misma figura, con la misma nariz aguileña y la postura tétrica y encorvada. La versión de la pintura se apartó ligeramente al ver el libro, y después cruzó la sala tan velozmente como podía hacerse sin correr realmente. Se detuvo detrás de uno de los pilares alineados en el lado opuesto de la habitación pintada. Los caballeros de la mesa le ignoraron. James, observando atentamente, entrecerró los ojos.

—Sabía que me resultaba familiar —dijo Ralph triunfante—. Estaba en una postura diferente cuando nos tropezamos con él por primera vez, por eso no le reconocí. Ahora, sin embargo, estaba exactamente en la misma postura del dibujo de este libro. *Eso sí que es raro.*

—¿Puedo verlo? —preguntó James. Ralph se encogió de hombros y ofreció el libro a James. James se inclinó sobre él, pasando las hojas hasta la parte de delante del libro. Los márgenes de las primeras cien páginas estaba llenos principalmente de notas y hechizos, muchos con partes tachadas y reescritas con un color diferente, como si quien escribió las notas hubiera refinado su trabajo. A mitad del libro, sin embargo, dibujos y garabatos empezaban a apiñarse junto con las notas. Eran esbozos, pero bastante buenos. James reconoció muchos de ellos. Ahí estaba el esbozo de la mujer del trasfondo de la pintura de la corte del rey. Unas pocas páginas después, encontró dos dibujos detallados del mago gordo de la calva de la pintura del envenenamiento de Peracles.

Una y otra vez reconoció los esbozos como personajes de pinturas que estaban por todo Hogwarts, las figuras secundarias que habían estado vigilando a James y a sus amigos con ávido y desvergonzado interés.

—Asombroso —dijo James con voz baja e impresionada—. Todos estos dibujos son pinturas que están por toda la escuela, ¿veis?

Ralph examinó de reojo los dibujos del libro, después volvió a mirar a la pintura. Se encogió de hombros.

—Es raro, pero no una sorpresa, ¿no? Quiero decir, el tipo al que pertenecía este libro probablemente estudiara aquí, ¿no? A mí me parece que era un Slytherin, como yo. Por eso tu padre me dio a mí el libro. Así que quien quiera que fuera, le gustaba el arte. Muchos amantes del arte esbozan pinturas. No hay para tanto.

La frente de Zane se frunció mientras no paraba de mirar del dibujo del criado a su equivalente en la pintura, que todavía se escondía cerca de los pilares del trasfondo.

—No, esto no son solo esbozos —dijo, sacudiendo la cabeza lentamente—. Son los originales, o tan parecidos que es imposible ver la diferencia. No me preguntes cómo, pero lo sé. Simplemente lo sé. Quienquiera que dibujó esto era o un gran falsificador... o el auténtico artista.

Ralph pensó en ello un momento, y después negó con la cabeza.

—Eso no tiene sentido. Estos cuadros fueron pintados en épocas muy diferentes. De ninguna manera una sola persona es responsable por todas ellas. Además, muchas de estas pinturas son viejas. Mucho más viejas que este libro.

—Tiene *mucho* sentido —dijo James, cerrando de golpe el libro de pociones y mirando la portada—. El que pintó esto no pintó la pintura entera. Pensad en ello: ni uno solo de estos bocetos es un personaje dominante en las pinturas. Todos son dibujos sin ninguna importancia en el trasfondo. Alguien los *añadió* a pinturas ya existentes.

Zane arqueó hacia arriba la comisura de la boca y frunció la frente.

—¿Por qué iba alguien a hacer eso? Sería como el grafiti, pero nadie lo notaría excepto el tipo que lo pintó. ¿Qué gracia tiene?

James estaba pensando con fuerza. Asintió ligeramente para sí mismo, bajando otra vez la mirada al viejo libro que tenía entre las manos.

—Creo que tengo una idea —dijo, entrecerrando la mirada pensativamente—. Esta misma noche lo averiguaremos.



—¡Vamos, Ralph! —se quejó James con un susurro rudo—. ¡Deja de tirar! ¡La estás levantando! ¡Puedo verme los pies!

—No puedo evitarlo —gimió Ralph, agachándose tanto como pudo—. Sé que tu padre y sus amigos solían utilizarla todo el rato, pero uno de *ellos* era una chica, ¿recuerdas?

—Sí, y ella no se zampaba siete comidas al día, además —dijo Zane.

Los tres se arrastraban por los oscurecidos pasillos, apelotonados bajo la capa invisible. Se habían encontrado en la base de las escaleras, y con la excepción de un momento tenso cuando Steven Metzker, el prefecto Gryffindor y hermano de Noah, había pasado junto a ellos por el pasillo cantando ligeramente desafinado, no se habían tropezado con nadie. Cuando alcanzaron la intersección cerca de la estatua de la bruja tuerta, James les indicó que pararan. Los tres maniobraron torpemente hasta una esquina y James abrió el mapa del merodeador.

—No veo por qué tenemos que hacer esto así —se quejó Ralph—. Yo confío en vosotros dos. Podríais habérmelo contado todo mañana en el desayuno.

—Parecías muy excitado cuando lo estábamos planeando, Ralphinator —susurró Zane—. No puedes perder los nervios ahora.

—Eso fue de día. Y tengo nervios de acero, para que lo sepas.

—Chist —siseó James.

Zane se inclinó sobre el mapa.

—¿Viene alguien?

James sacudió la cabeza.

—No, parece que estamos a salvo. Filch está abajo en su oficina. No sé si duerme alguna vez pero, al menos por ahora, no hay moros en la costa.

Ralph se enderezó, levantando la capa invisible treinta centímetros del suelo.

—¿Entonces por qué estamos debajo de esta cosa?

—Por tradición —dijo James sin levantar la mirada del mapa.

—Además —añadió Zane—, ¿de qué sirve tener una capa invisible si no la usamos de vez en cuando para vagar por los pasillos sin ser vistos?

—No hay nadie para vernos de todos modos —señaló Ralph.

James les condujo hacia el ángulo derecho de la intersección y ellos arrastraron los pies hacia allí. Pronto, llegaron hasta la gárgola que guardaba las escaleras que conducían a la oficina de la directora. James no podía ver si ésta les estaba viendo los pies bajo la capa alzada porque aunque así fuera permanecía inmóvil. James esperaba que la contraseña no hubiera cambiado desde que había acompañado a Neville al despacho de la directora hacía unos meses.

Carraspeó y dijo quedamente.

—Eh, ¿Gallowater?

La gárgola, que era relativamente nueva, ya que la habían reemplazado cuando había resultado dañada durante la batalla de Hogwarts, se movió ligeramente, haciendo un sonido parecido al de la puerta de un mausoleo abriéndose una rendija.

—¿Es ese el verde bosque, azul como el cielo y que tiene un diseño rojo? —preguntó con una voz cuidadosamente comedida—. Nunca me acuerdo.

James conferenció entre ásperos susurros con Ralph y Zane.

—¿Verde bosque? ¡Ni siquiera sé lo que es eso! ¡Esa es la única palabra que Neville utilizó para entrar!

—¿Cómo respondió a la pregunta entonces? —preguntó Zane.

—¡No le hizo ninguna pregunta!

—Es un tartán, creo —habló con voz rasposa Ralph—. Mi abuela se vuelve loca por ellos. Di solo sí.

—¿Estás seguro?

—Por *supuesto* que no estoy seguro. ¡Di no entonces! ¿Cómo voy a saberlo yo?

James se volvió a girar hacia la gárgola, que parecía mirar directamente a los zapatos de James.

—Eh, sí, claro.

La gárgola puso los ojos en blanco.

—Buena suerte, visitantes —Se enderezó y se hizo a un lado, revelando la entrada a la escalera de caracol. Los tres chicos se apresuraron a entrar y subieron a los escalones inferiores. Tan pronto como los tres hubieron entrado, la escalera empezó a alzarse lentamente, llevándolos con ella. El vestíbulo que había fuera de la oficina de la directora apareció ante ellos, y se tambalearon hasta él, maldiciendo y empujándose unos a otros bajo la capa.

—Ya está —dijo Ralph con voz enfadada. Tiró de la capa, saliendo trabajosamente de debajo de ella, y entonces dejó escapar un chillido ahogado. James y Zane se quitaron

también la capa de la cabeza y miraron nerviosamente alrededor, buscando lo que había sobresaltado a Ralph. El fantasma de Cedric Diggory estaba de pie delante de ellos, sonriendo traviesamente.

—De verdad que tienes que dejar de hacer eso —dijo Ralph sin aliento.

Lo siento, dijo Cedric con voz distante. Se me pidió que acudiera aquí.

—¿Quién te lo pidió? —interrogó James, intentando suprimir el enfado de su voz. El pelo de su nuca todavía estaba de punta—. ¿Cómo iba a saber alguien que vendríamos aquí esta noche?

Cedric solo sonrió y después gesticuló hacia la pesada puerta que conducía a la oficina de la directora. Estaba bien cerrada.

¿Cómo pensáis entrar?

James sintió la cara un poco acalorada por la vergüenza.

—Me había olvidado de eso —admitió—. Cerrada, ¿verdad?

Cedric asintió.

No te preocupes. Por eso estoy yo aquí, supongo.

El fantasma se giró y atravesó sin esfuerzo la puerta. Un momento después los tres chicos oyeron el sonido del cerrojo que se abría. La puerta se abrió silenciosamente y Cedric apareció sonriendo, dándoles la bienvenida. James entró primero, y Zane y Ralph se sorprendieron al verle dar la espalda inmediatamente al enorme escritorio de la directora. La habitación estaba sumamente oscura excepto por la luz rojiza del fuego casi apagado de la chimenea. James encendió su varita y la sostuvo en alto.

—Quítame esa cosa de la cara, Potter —pronunció lenta y pesadamente una voz—. Despertarás a los demás, y sospecho que esta pretende ser una conversación privada.

James bajó otra vez la mano de la varita y examinó al resto de los retratos. Todos estaban durmiendo en variadas posturas y roncando gentilmente.

—Sí, tiene razón —estuvo de acuerdo James—. Lo siento.

—Así que has deducido una versión de la verdad, por lo que veo —dijo el retrato de Severus Snape, sus ojos negros estaban fijos en James—. Cuéntame lo que crees saber.

—No fue una gran deducción —admitió James, mirando a Ralph—. Fue él. Él tiene el libro.

Snape puso los ojos en blanco.

—Ese maldito libro ha dado más problemas de los que valía la pena. Debería haberlo destruido cuando tuve oportunidad. Continúa.

James respiró hondo.

—Bueno, supe que pasaba algo cuando noté que todos esos personajes de las pinturas nos observaban. También sabía que me resultaban familiares, aunque eran muy diferentes. Sin embargo no creo que hubiera hecho la conexión si Ralph no me hubiera mostrado los bocetos del libro de pociones. Sabía que el libro había pertenecido a un Slytherin a quien mi padre respetaba mucho, así que pensé en usted y lo demás vino rodado. *Usted* pintó todos esos personajes en cuadros por toda la escuela, y todos ellos son un retrato de usted mismo, pero disfrazado. Así es como ha estado vigilándonos. Se desperdigó a usted mismo por todas esas pinturas. Y ya que usted es el artista original, nadie más podía destruir los retratos. Esa fue su forma de asegurarse de que siempre podría vigilarlo todo, incluso después de la muerte.

Snape estudiaba a James, frunciendo el ceño. Finalmente asintió ligeramente.

—Sí, Potter, cierto. Pocos lo saben, pero tenía cierta inclinación natural para la tarea. Siendo experto en pociones, mezclar las pinturas encantadas necesarias fue la parte sencilla. Me llevó algo más de tiempo afinar mis habilidades lo suficiente como para modificar los cuadros, pero la pintura, como cualquier otro arte, es principalmente cuestión de práctica y estudio. Estoy de acuerdo con usted, sin embargo, en que nunca habría hecho la conexión si no fuera por mi propia ciega arrogancia al permitir que el libro continuara existiendo. Puede que yo haya sido un genio, pero el orgullo ha sido la caída de genios mayores. No obstante, ha resultado ser una empresa muy exitosa. He podido observarle a usted y al resto de la escuela bastante libremente. Así que dígame: ¿por qué ha acudido a mí ahora? ¿Para regodearse de su suerte?

—No —zanjó James con firmeza, y después hizo una pausa. No quería decir lo que había venido a decir. Temía que Snape se riera de él, o peor, que se negara a su petición—. Nosotros... hemos venido a pedir su ayuda.

La expresión de Snape no cambió. Evaluó a James seriamente durante un largo rato.

—Vienes a pedirme ayuda —dijo, como confirmando que había oído a James correctamente. James asintió. Snape entrecerró los ojos ligeramente—. James Potter, nunca lo habría sospechado, pero finalmente me has impresionado. La mayor debilidad de tu padre fue su negativa a buscar la ayuda de aquellos que eran mejores y más sabios que él. Siempre recurría a su ayuda al final, pero normalmente para gran, y algunas veces, final detrimento de estos. Tú parece haberte librado de esa debilidad, si bien a regañadientes. Si hubieras llegado a esa conclusión hace unas semanas, podríamos no haber tenido que depender de la pura fortuna y la buena sincronización para salvarte de un destino peor que la muerte.

James asintió de nuevo.

—Sí, gracias por eso. Sé que fue usted quien envió a Cedric a ayudarme cuando

abrimos el maletín de Jackson.

—Temerario e ignorante, Potter. Podrías haber tenido algo más de sentido común, aunque admito que de ser así me hubiera sorprendido. La túnica es extremadamente peligrosa y tú asombrosamente negligente al retenerla aquí. Por mucho que me cueste admitirlo, deberías entregársela inmediatamente a tu padre.

—¿Sabe usted lo de la conspiración Merlín entonces? —preguntó James excitado, ignorando la reprimenda.

—No sé mucho más que ustedes, desafortunadamente, aparte de la gran cantidad de conocimiento que he acumulado durante mis estudios de la leyenda y de multitud de intentos previos de facilitar el retorno de Merlinus Ambrosius. El estudio, puedo asegurarles, les resultaría más útil que sus actuales fantasías ridículas de hacerse con el báculo de Merlín.

—¿Por qué son ridículas? —preguntó Zane, adelantándose un poco.

—Ah, el bufón habla —se burló Snape en voz baja—. El señor Walker, creo.

—Es una pregunta justa —dijo James, mirando fijamente a Zane—. Probablemente el báculo sea más peligroso que la túnica. No podemos dejarlo en manos del tipo de persona que cree que Voldemort era solo un pobre incomprendido que quería que todos fuéramos colegas.

—¿Y quién podría ser esa gente, Potter? —cuestionó Snape sedosamente.

—Bueno, Tabitha Corsica, por ejemplo.

Snape evaluó a James con desprecio manifiesto.

—Típico prejuicio Gryffindor.

—¡Prejuicio! —exclamó James—. ¿Qué casa es la que cree que todos los magos hijos de muggles son más débiles que los sangre limpia? ¿Qué casa inventó el término «sangre sucia»?

—*Nunca* vuelvas a pronunciar esa palabra ante mí, Potter —dijo Snape peligrosamente—. Crees saber de lo que hablas, pero déjame salvarte de tu ignorancia y recordarte que ese punto de vista es parcial. Emitir juicios fáciles sobre individuos basados en sus casas de origen fue otro de los mayores errores de tu padre. Tenía la esperanza de que hubieras superado eso también, viendo tu propia elección de compañeros. —Los ojos negros de Snape se clavaron en Ralph, que se había mantenido atrás, observando en silencio.

—Bueno, Ralph es diferente, ¿verdad? —dijo James débilmente.

Snape respondió rápidamente, con los ojos todavía fijos en el chico más alto.

—¿Lo es? ¿Diferente en qué, señor Potter? ¿Qué es precisamente lo que cree saber sobre los miembros de la casa del señor Deedle? ¿O, me atrevo a preguntar, del propio señor Deedle?

—Sé lo que el espíritu del árbol nos contó —dijo James, se paseó ante el retrato, su voz alzándose de rabia—. Sé que hay un descendiente vivo de Voldemort entre estas paredes ahora mismo. Su sangre late en un corazón diferente. El heredero de Voldemort está vivo y camina entre nosotros.

—¿Y qué te hace estar tan seguro —dijo Snape agudamente—, de que este heredero es un Slytherin? ¿O del género masculino?

James abrió la boca para responder, y después la volvió a cerrar. Comprendió que la dríada nunca había dicho en realidad ninguna de las dos cosas.

—Bueno, solo... tiene sentido.

Snape asintió, la mofa volvía a arrastrarse hasta su cara.

—¿De veras? Quizás no has aprendido nada después de todo. —Suspiró, y pareció genuinamente decepcionado—. ¿Qué has venido a pedir, Potter? Veo que estás decidido a seguir en tus trece a pesar de lo que yo diga, así que vayamos al grano.

James se sentía pequeño delante del retrato del antiguo director. Zane y Ralph se quedaron un poco atrás, y James sabía que era cosa suya preguntar. Esta era su batalla más que la de ellos. Su batalla contra la conspiración Merlín, sí, pero más importante aún, su batalla contra sí mismo y contra la sombra de su padre.

Alzó los ojos para enfrentar la mirada negra de Snape.

—Si no podemos hacernos con el báculo de Merlín, tengo que ir a la Encrucijada de los Mayores. Tengo que detenerlos allí, antes de que puedan ocultar el báculo y el trono para siempre.

James oyó los movimientos de Zane y Ralph tras él. Se giró hacia ellos.

—No os pido que vengáis conmigo, pero yo tengo que hacerlo. Tengo que intentar detenerlos.

Snape soltó un suspiro enorme.

—Potter, realmente eres tan estúpido y absurdamente pretencioso como tu padre. Entrega la túnica. Dásela a tu padre o a la directora. Ellos sabrán qué hacer. Yo les aconsejaré. Es imposible que esperes ocuparte de esto por tu cuenta. Me has impresionado una vez. Intenta hacerlo de nuevo.

—No —dijo James con convicción—. Si lo cuento, Jackson y Delacroix y quienes sean los demás que están involucrados desaparecerán. Lo sabe tan bien como yo. Entonces,

las otras dos reliquias se perderán para siempre.

—Sin las tres juntas, el poder de las reliquias se rompe.

—Pero no se destruye —insistió James—. Todavía son poderosas por sí mismas. No podemos dejar que sean utilizadas por los que intentan continuar el trabajo de Voldemort. No podemos arriesgarnos a que caigan en manos del heredero de Voldemort.

Snape frunció el ceño.

—Si es que tal persona existe.

—Ese no es un riesgo que esté dispuesto a aceptar —contrarrestó James—. ¿Dónde está la Encrucijada de los Mayores?

—No sabes lo que estás pidiendo, Potter —dijo Snape despectivamente.

—Lo averiguaremos de un modo u otro, James —dijo Zane, adelantándose de nuevo—. No necesitamos que esta vieja pila de pintura nos lo diga. Lo hemos averiguado todo hasta ahora. Esto también lo descubriremos.

—Lo habéis logrado solo a base de buena suerte y a la interferencia de un servidor —gruñó Snape—. No olvidéis cuál es tu lugar, muchacho.

—Es cierto —dijo Ralph. James y Zane se volvieron para mirarle, sorprendidos de oírle hablar. Ralph tragó y prosiguió—. Lo *hemos* hecho bastante bien hasta ahora. En realidad no sé quién es usted, señor Snape, pero por agradecidos que estemos de que nos haya ayudado cuando James se puso la túnica, creo que James tiene razón. Tenemos que intentar detenerlos antes de que consigan el resto de las reliquias. Usted fue un Slytherin, y dice que las cosas que dicen de los Slytherin no siempre son ciertas. Bueno, una de las cosas que dicen es que siempre miramos por nosotros mismos. Yo no quiero que eso sea cierto. Estoy con James y Zane, incluso si fracasamos. Cueste lo que cueste.

Snape había escuchado este sorprendente discurso de Ralph con mirada acerada y un ceño fruncido. Cuando Ralph terminó, miró a los tres chicos en sucesión, y después soltó otro pesado suspiro.

—Estáis todos completamente locos —dijo secamente—. Todo esto es una estúpida y destructiva fantasía.

—¿Dónde está la Encrucijada de los Mayores? —preguntó James otra vez.

Snape le miró, sacudiendo la cabeza.

—Como ya he dicho, Potter, no sabes lo que estás pidiendo.

Zane habló sin temor.

—¿Por qué no?

—Porque la Encrucijada de los Mayores no es un *lugar*, señor Walker. Vosotros, más que nadie, deberíais haberlo reconocido. Si alguno hubiera estado prestando la más mínima atención durante los últimos meses, lo sabrían. La Encrucijada de los Mayores es un *evento*. Piense en ello un momento, señor Walker. Encrucijada de los *Mayores*.

Zane parpadeó.

—Mayores —dijo pensativamente—. Espera un minuto. Así es como llamaban los astrónomos de la Edad Media a los signos astrales. Los planetas. Los llamaban los «mayores».

—Entonces la Encrucijada de los Mayores... —James se concentró, y después abrió los ojos al comprender—. ¡La alineación de los planetas! La Encrucijada de los Mayores es cuando todos los planetas se colocan en línea. ¡Entonces... marcan una *senda*!

—La alineación de los planetas —estuvo de acuerdo Ralph con voz impresionada—. No es un lugar, es un momento.

Snape miró con dureza a los tres chicos.

—Es ambas cosas —dijo resignado—. Es el momento en que los planetas se alinean, y el lugar donde las tres reliquias de Merlinus Ambrosius se reúnen. Es dónde y cuándo el retorno de Merlín puede consumarse. Esas fueron sus condiciones. Y a menos que esté muy equivocado, si pretenden seguir adelante con este estúpido plan suyo, les queda menos de una semana.

Zane chasqueó los dedos.

—¡Por eso la reina vudú nos hacía repetirlo una y otra vez hasta calcular el momento exacto del alineamiento! ¡Dijo que sería una noche que nunca olvidaríamos y lo decía en serio! Es cuando tienen intención de reunir las reliquias.

—El Santuario Oculto —susurró James—. Lo harán allí. El trono ya está allí. —Los otros dos chicos asintieron. James se sentía de repente lleno de miedo y excitación. Miró al retrato de Severus Snape—. Gracias.

—No me lo agradezcas. Acepta mi consejo. Si planeas seguir adelante con esto, no podré ayudarte. Nadie podrá. No seas tonto.

James retrocedió, apagó su varita y se la guardó en el bolsillo.

—Vamos. Marchémonos.

Snape observó como James consultaba el mapa del merodeador. No era el primer encuentro de Snape con el mapa. En una ocasión, éste le había insultado bastante descaradamente. Habiéndose asegurado de que Filch estaba todavía en su oficina, los tres se apiñaron bajo la capa invisible y atravesaron la puerta de la oficina de la directora hasta salir al vestíbulo. Snape consideró el despertar a Filch, que sabía estaba

durmiendo en su oficina con media botella de whisky sobre el escritorio. Uno de los autorretratos de Snape residía en una escena de caza en la oficina de Filch, y Snape podría utilizar fácilmente la pintura para alertar a Filch de que los tres chicos estaban rondando a escondidas por los pasillos. A regañadientes, optó por no hacerlo. Le gustara o no, tales trucos ya no le proporcionaban ningún placer. El fantasma de Cedric Diggory, al que Snape había reconocido antes que nadie, cerró la puerta tras los chicos y puso el cerrojo.

—Gracias, señor Diggory —dijo Snape tranquilamente, entre los ronquidos de las demás pinturas—. Siéntase libre de acompañarlos de vuelta a sus dormitorios. O no, no me importa mucho.

Cedric asintió hacia Snape. Snape sabía que al fantasma no le gustaba hablar con él. Algo en la idea de un fantasma hablando a una pintura parecía perturbar al muchacho. Ninguno de los dos técnicamente humanos ni acabados del todo, se figuraba Snape. Cedric se despidió a sí mismo y salió atravesando la puerta de madera cerrada.

Una de las pinturas que estaba cerca de Snape dejó de roncar.

—No es exactamente como su padre, ¿verdad? —dijo una voz anciana y pensativa.

Snape se recostó hacia atrás en su retrato.

—Solo se parece a él del peor de los modos. Es un Potter.

—¿Y ahora quién está haciendo juicios precipitados? —dijo la voz con un rastro de burla.

—No es un juicio precipitado. Le he estado observando. Es tan arrogante y estúpido como los demás que llevaron su apellido. No finjas que no lo ves.

—Veo que vino a pedirte ayuda.

Snape asintió a regañadientes.

—Uno solo puede esperar que ese instinto tenga oportunidad de madurar. Pidió ayuda solo cuando se le acabaron las demás opciones. Y, por si no lo has notado, en realidad no aceptó ninguno de mis consejos.

La voz anciana se quedó en silencio un momento, y después preguntó:

—¿Se lo contarás a Minerva?

—Tal vez —dijo Snape, considerándolo—. Tal vez no. Por ahora, haré lo que hago siempre. Observaré.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que él y sus amigos tengan éxito entonces?

Snape no respondió. Un minuto después, la voz anciana habló de nuevo.

—Está siendo manipulado. Y no lo sabe.

Snape asintió.

—Presumo que no servirá de nada decírselo.

—Probablemente tengas razón, Severus. Tienes instinto para estas cosas.

Snape replicó en tono significativo.

—Aprendí cuándo *no* contradecir al amo, Albus.

—Ciertamente, Severus. Ciertamente lo hiciste.



Capítulo 15

El espía muggle

Martin J. Prescott era periodista. Siempre pensando en la palabra, como si esta pudiera dar beneficios. Para Martin, ser periodista era algo más que un trabajo. Era su identidad. No era sólo otra cara leyendo del *teleprompter*, u otro nombre más junto a los titulares. Era lo que los productores, en estos tiempos de noticias veinticuatro horas, llamaban «una personalidad». Enfatizaba las noticias. Las enmarcaba. Les daba color. No de forma negativa, o así lo creía firmemente. Simplemente añadía ese punto sutil que convertía las noticias en *Noticias*; en otras palabras, algo que la gente podría querer leer o mirar. En primer lugar, Martin J. Prescott, tenía el aspecto adecuado. Vestía camisas con botones con pantalones vaqueros y normalmente lleva las mangas un poco enrolladas. Si lleva corbata, era invariablemente de un estilo impecable, pero un poquito floja, lo suficiente como para decir «sí, he estado trabajando extremadamente duro, pero respeto lo suficiente a mis telespectadores como para mantener un cierto grado de profesionalidad». Martin era delgado, de apariencia juvenil pero de edad desconocida, con afilados y atractivos rasgos y un cabello muy oscuro que siempre parecía azotado

por el viento y fabuloso. Pero, como Martin decía orgulloso a sus espectadores durante los ocasionales almuerzos en el Club de Prensa, su apariencia no le convertía en un periodista, era su intuición para las personas y las noticias. Sabía cómo conectar las unas con las otras de forma que produjeran la mayor sacudida emocional.

Pero lo último que hacía de Martin J. Prescott un periodista, era que amaba la historia. Donde otras caras nuevas bien pagadas y atractivas querían montar un equipo de seguidores que salieran a recopilar metraje y filmar entrevistas mientras ellos mismos se quedaban acurrucados en sus camerinos leyendo las estadísticas, Martin se sentía orgulloso de sí mismo por hacer todas sus salidas e investigaciones. La verdad era que Martin disfrutaba del periodismo, pero lo que amaba por encima de todo era la caza. Ser miembro de la prensa era como ser cazador, solo que el primero apuntaba con el objetivo de una cámara y no con un arma. A Martin le gustaba acechar a su presa por sí mismo. Se deleitaba en la persecución, en las secuencias borrosas, salidas de una cámara de mano, los gritos, las preguntas perfectamente programadas, las largas persecuciones policiales en las puertas traseras de los juzgados o en sospechosas habitaciones de hotel. Martin lo hacía todo él mismo, normalmente solo, a menudo filmando en el propio lugar, proporcionando a sus espectadores excitantes momentos de alta tensión y confrontación. Nadie más hacía lo que él, y eso le había hecho famoso.

Martin tenía, como decían de los mejores periodistas, olfato para las noticias. Y su olfato le decía que la historia que estaba persiguiendo en este momento, si tenía éxito, si podía simplemente proporcionar el metraje auténtico y sin adulterar, sería posiblemente la historia de su vida. Incluso ahora, agachado entre los arbustos y malas hierbas, sucio y cubierto por dos días de sudor, con su fabuloso cabello grasiento, enmarañado y lleno de ramitas y hojas, incluso después de todos esos contratiempos y fracasos, todavía presentía que ésta era la historia que cimentaría su carrera. De hecho, cuanto más duro trabajaba en ella, más tenazmente la perseguía. Incluso después del fantasma. Incluso después de ser empujado de una patada a través de la ventana de un tercer piso por un crío homicida. Incluso después de ese horroroso roce con la araña gigante. Martin veía los contratiempos como pruebas de valor. Cuanto más duros eran, más valor le daba a la persecución. Le proporcionaba una sombría satisfacción saber que, si simplemente hubiera contratado a un equipo de investigadores, se habrían vuelto atrás hacía meses, cuando se hubieran topado por primera vez con la extraña y mágica resistencia del lugar, sin el más mínimo rastro de historia. Esta era la clase de historia que únicamente podía contar él. Esto, se dijo a sí mismo con satisfacción, era material para la cabecera del telediario. No más reportajes de campo. No más segmentos de interés especial. Si esto funcionaba, Martin J. Prescott sería capaz de pavimentar su propio camino a cualquiera de las mejores salas de redacción del país. Pero, ¿por qué detenerse ahí? Con esto bajo el brazo podía ser el presentador principal en cualquier parte del mundo, ¿no?

Pero no, se dijo a sí mismo. Uno no debía pensar en ese tipo de cosas ahora. Tenía un

trabajo que hacer. Un difícil y extraordinariamente agotador trabajo que hacer, pero Martin sentía placer al comprender que lo peor ya había pasado. Después de meses de conspirar y organizar, planear y observar, finalmente había llegado el momento de la gran recompensa, del pago inmediato de todas las apuestas. Concedido, si esta última fase de la caza no salía exactamente según lo planeado, volvería sin nada. Había sido incapaz de conseguir algún material utilizable y convincente por sí mismo, excepto por el video de la cámara portátil de la increíble competición voladora de unos meses atrás. Podría haber sido suficiente, pero incluso eso se había perdido; había sacrificado, y con mucha relucencia, a la araña gigante durante su huida a través del bosque. No se revolcaría en sus fracasos. No, eso no serviría de nada. Todo iría según lo planeado. Debía hacerlo. Él era Martin J. Prescott.

Todavía agachado en el perímetro del bosque, Martin comprobó las conexiones de su teléfono móvil. La mayor parte del equipo de campo se había ido completamente a paseo desde que entró en el bosque. Su portátil raramente funcionaba, y cuando lo hacía, exhibía un extraño comportamiento. La noche anterior, había estado intentado usarlo para acceder al ordenador de su oficina cuando la pantalla de repente se volvió de color rosa y comenzó a mostrar la letra de una canción soez sobre erizos. Afortunadamente, su cámara y su teléfono móvil habían funcionado relativamente bien hasta el incidente con la araña. Su teléfono era casi todo lo que le quedaba ahora, y a pesar del hecho de que la pantalla mostraba una extraña mezcla de números, símbolos de exclamación y jeroglíficos, parecía mantener la cobertura. Satisfecho, Martin habló.

—Estoy acurrucado fuera del castillo en este momento, escondido al amparo del bosque que ha sido mi hogar ocasional durante estos agotadores meses. Hasta ahora, simplemente he estado observando, cuidando de no molestar en lo que parecía ser únicamente una escuela en el campo o una casa de huéspedes, a pesar de los informes de mis fuentes. Aún así, confiaba en que el tiempo finalmente trabajaría a mi favor. Si mis fuentes se equivocan, esto simplemente se saldará con el asombro y buen humor acostumbrado en el ámbito rural escocés. Sin embargo, si mis fuentes están en lo cierto, tal y como sospecho basándome en mis inexplicables experiencias, entonces puede ser que esté caminando hacia mi propia destrucción. Estoy de pie ahora. Es de mañana, casi las nueve en punto, pero no puedo ver signos de nadie. Estoy abandonando la seguridad de mi escondite. Estoy entrando en los terrenos.

Martin se arrastró cuidadosamente alrededor de los límites de la desvencijada cabaña que había en las inmediaciones del bosque. El enorme hombre peludo que a menudo entraba y salía de la cabaña no estaba a la vista. Martin se enderezó, decidido a ser atrevido en su aproximación inicial. Empezó a cruzar el césped pulcramente recortado que había entre la cabaña y el castillo. En realidad, no creía estar en grave peligro. Tenía la innata sensación de que los mayores peligros estaban a su espalda, en ese espeluznante y misterioso bosque. Había acampado de hecho en los alrededores de ese

bosque, lejos, en el lado opuesto al castillo, donde los árboles parecían bastante más normales y había ruidos menos inquietantes por la noche. Aún así, sus viajes de acá para allá a través de las partes más densas de ese bosque habían sido extraños, por decir poco. Aparte de la araña, de la que solo había escapado por pura suerte, no había visto nada en realidad. En cierto sentido, creía que podría haber sido mejor así. Una monstruosidad conocida, como la araña, era mucho más fácil de aceptar que los fantasmas desconocidos conjurados por la imaginación de Martin en respuesta a los extraños ruidos que había oído durante esas largas caminatas por el bosque. Le habían seguido a escondidas, lo sabía. Cosas grandes, cosas pesadas, le habían seguido, y también había sentido que, al contrario que la araña, eran inteligentes. Puede que fueran hostiles, pero indudablemente eran curiosos. Martin casi se había atrevido a llamarlos, exigiéndoles que se revelaran a sí mismos. Finalmente, recordando a la araña, había decidido que, después de todo, quizás un monstruo invisible que se mostraba meramente curioso, era mejor que un monstruo visible que se sintiera provocado.

—El castillo, como ya he mencionado, es sin duda enorme —dijo Martin al pequeño micrófono fijado en su solapa. El micrófono estaba conectado al móvil de su cintura—. He viajado mucho por este continente y he visto gran variedad de castillos, pero nunca había visto nada tan simultáneamente antiguo y aún así inmaculadamente conservado. Las ventanas, aparte de la que me vi forzado a atravesar hace meses, son hermosamente robustas y coloridas. La piedra no muestra ni una grieta... —Eso no era enteramente cierto, pero se acercaba bastante—. Es un hermoso día de primavera, afortunadamente. Despejado y relativamente cálido. No me estoy ocultando en absoluto mientras me aproximo a las enormes verjas, que están abiertas. Hay... parece haber algún tipo de reunión a mi derecha, en una especie de campo... no... No puedo verlo bien, pero parece como si estuvieran jugando al fútbol. No puedo decir que me esperara esto. No parecen estar prestándome ninguna atención. Continúo atravesando las verjas.

Cuando Martin traspasó las verjas, finalmente se hizo notar. Desaceleró, manteniendo todavía un curso firme hacia adelante. Su objetivo era simplemente llegar tan cerca del castillo como fuera posible. Había dejado su cámara atrás a propósito. Las cámaras, en casi todas las circunstancias, incitaban a la resistencia. La gente que llevaba cámaras era expulsada de los lugares. Alguien que simplemente entraba en un lugar, caminando confiadamente y con determinación, podía ser mirado con curiosidad, pero normalmente no se le detenía. Al menos, no hasta que era demasiado tarde. El patio estaba punteado de jóvenes que se movían de acá para allá en grupos. Vestían túnicas negras sobre camisas blancas y corbatas. Muchos llevaban mochilas o libros. Los que estaban más cerca de Martin se giraron para mirarle, más que nada por curiosidad.

—Veo... veo lo que sorprendentemente parecen ser... estudiantes —dijo Martin quedamente a su micrófono, deslizándose entre los estudiantes mientras atravesaba el patio—. Jóvenes con túnicas, todos en edad escolar. Parecen sorprendidos por mi

presencia, pero no hostiles. De hecho, ahora que me aproximo a la entrada del propio castillo, parece que he llamado la atención de virtualmente todo el mundo. Perdóne.

Esto último había sido dicho a Ted Lupin, que acababa de aparecer en el umbral con Noah Metzker y Sabrina Hildegard. Los tres se detuvieron instantáneamente cuando el extraño hombre de la camisa blanca y la corbata floja pasó entre ellos. La pluma del pelo de Sabrina revoloteó cuando se giró para observarle.

—¿A qué está hablándole? —dijo Ted.

—¿Y quién demonios es? —añadió Sabrina. El trío se giró en el umbral, observando cómo el hombre se abría paso cuidadosamente a través del vestíbulo de entrada. Los estudiantes le abrían paso, reconociendo inmediatamente que este hombre estaba bastante fuera de lugar. Aún así, nadie parecía particularmente alarmado. Había incluso unas pocas sonrisas asombradas. Martin seguía hablando a su micrófono.

—Más y más cada vez de lo que, por ahora, debo llamar estudiantes. Hay docenas de ellos a mí alrededor en este momento. Estoy avanzando a través de una especie de salón principal. Hay... lámparas de araña, grandes umbrales. Estatuas. Cuadros. Los cuadros... los cuadros... los cuadros... —Por primera vez, Martin parecía haberse quedado sin palabras. Olvidó a los estudiantes reunidos alrededor, observándole, mientras daba dos pasos hacia uno de los cuadros más grandes alineados en el vestíbulo de entrada. En la pintura, un grupo de magos ancianos estaban apiñados alrededor de una bola de cristal, con las barbas blancas iluminadas por su brillo. Uno de los magos advirtió al hombre de la camisa blanca y la corbata que les miraba fijamente. Se enderezó y le miró con el entrecejo fruncido.

—No llevas uniforme, jovencito —exclamó el mago severamente—. Estás hecho un desastre. Me atrevo a decir que tienes una hoja en el pelo.

—Los pinturas... las pinturas están... —dijo Martin, su voz era un octavo más alta de lo normal. Tosió y se recompuso—. Las pinturas se están moviendo. Son... a falta de un mejor término, como películas pintadas, pero vivas. Ellas... se dirigen a mí.

—Me dirijo a mis iguales, joven —dijo el mago—. A los que son como tú les doy órdenes. Fuera, rufián.

Hubo un ligero estallido de risas proveniente de la multitud de estudiantes, pero también se palpaba una creciente sensación de nerviosismo. Nadie se sorprendía por los cuadros en movimiento. Este hombre o era un mago excéntrico o era... bueno, eso era inconcebible. Un muggle no podía entrar en Hogwarts. Los estudiantes formaron un gran círculo a su alrededor, como si fuera un animal levemente peligroso.

—Los estudiantes me han rodeado —dijo Martin, girando, con los ojos abiertos—. Sin embargo voy a intentar romper la barrera. Debo adentrarme más en el interior.

Cuando Martin procedió, el perímetro de estudiantes se apartó fácilmente, siguiéndole. Había un murmullo ahora. Una charla nerviosa seguía al hombre, y éste comenzó a alzar la voz.

—Estoy entrando en una gran estancia. Bastante alta. He estado aquí antes, pero tarde en la noche, en la oscuridad. Sí, este es el vestíbulo de las escaleras móviles. Muy traicioneras. Notable el trabajo mecánico aquí, y ni siquiera suena la maquinaria en absoluto.

—¿Qué está diciendo de maquinaria? —gritó alguien entre la multitud de estudiantes—. Pero ¿quién es este tipo? ¿Qué está haciendo aquí? —Hubo un coro de confusas respuestas.

Martin siguió adelante, alejándose de las escaleras, casi gritando ahora.

—Mi presencia está empezando a causar resistencia. Puedo ser detenido en cualquier momento. Estoy... pasando las escaleras.

Martin dobló una esquina y se encontró en medio de un grupo de estudiantes que jugaban a Winkles y Augers en una alcoba bien iluminada. Se detuvo de repente, respingando hacia atrás cuando el auger, una vieja quaffle, se detuvo a tres centímetros de su cara, flotando y girando lentamente.

—Eh, ¿qué crees que estás haciendo metiéndote justo en medio de una partida, idiota? —gritó uno de los jugadores, tirando de su varita y recuperando la quaffle—. Es peligroso. Tienes que tener más cuidado.

—¡Haciendo volar... cosas! —chilló Martin, enderezándose y alisándose la camisa frenéticamente—. Yo... varitas. ¡Auténticas varitas mágicas y levitando objetos! ¡Esto es perfectamente visible! ¡Nunca había visto...!

—Pero bueno —dijo bruscamente otro de los jugadores de Winkles y Augers—, ¿quién es este? ¿Qué le pasa?

Otro gritó.

—¿Quién le ha dejado entrar? ¡Es un muggle! ¡Tiene que serlo!

—¡Es el hombre del campo de quidditch! ¡El intruso!

La muchedumbre comenzó a chillar y empujar. Martin se agachó pasando a los jugadores de Winkles y Augers, perdiendo a algunos de sus perseguidores.

—Me adentro aún más. Pasillos que conducen a todos lados. Hay... eh, por lo que puedo ver, un montón de aulas. Estoy entrando en la primera...

Irrumpió en la primera aula de la derecha, seguido por una marea de confusos y gritones estudiantes. La habitación era larga y silenciosa. Los estudiantes que asistían a

la clase se giraron en sus asientos, buscando la fuente de la interrupción.

—Relativamente normal, al parecer, en la superficie, al menos —chilló Martin sobre el creciente estrépito, examinando la habitación—. Estudiantes, libros de texto, un profesor de algún tipo, que... que, que... queeeee...

Una vez más la voz de Martin se alzó y pareció perder el control de ella. Los ojos se le saltaron de sus órbitas y se quedó sin aliento. Su boca continuaba trabajando, produciendo roncros y ásperos sonidos. En la parte delantera de la clase, el fantasmal profesor Binns, cuyo asidero en el reino de lo temporal era tentativo en el mejor de los casos, no había notado aún la interrupción. Seguía dando la tabarra, con su voz alta y tintineante, como el viento en una botella. El profesor finalmente notó la figura jadeante de Martin J. Prescott y se detuvo, frunciendo el entrecejo.

—¿Quién es este individuo, si se me permite preguntar? —dijo Binns, espiando sobre sus gafas fantasmales.

Martin finalmente tragó una bocanada de aire.

—¡Un fantasmaaaaaa! —declaró trémulamente, señalando a Binns. Comenzó a tambalearse. Justo cuando los estudiantes que estaban cerca de la puerta fueron empujados rudamente a un lado por las figuras del profesor Longbottom y la directora McGonagall flanqueados por Ted y Sabrina, Martin cayó desmayado. Aterrizó con fuerza, atravesado sobre dos escritorios en la parte de atrás del aula. Los estudiantes que ocupaban esos escritorios alzaron las manos, apresurándose a quitarse de en medio. Una botella de tinta cayó al suelo y se rompió en pedazos.

La directora McGonagall se aproximó al hombre velozmente y se detuvo a pocos pasos.

—¿Puede alguien informarme quién es este hombre —dijo con una voz estridente—, y qué está haciendo desmayándose en mi escuela?

James Potter empujó con los hombros para abrirse paso hasta el frente de la muchedumbre. Miró al hombre derrumbado sobre los escritorios. Suspiró profundamente y dijo:

—Creo que yo puedo, señora.



Quince minutos después, James, McGonagall, Neville Longbottom y Benjamin Franklyn irrumpieron en la oficina de la directora, con Martin Prescott tropezando entre

ellos. Martin había recuperado la consciencia a medio camino, e instantáneamente había chillado de horror al comprender que estaba siendo levitado a lo largo del pasillo por Neville. Neville, a su vez, se había sobresaltado tanto ante el grito de Martin que casi le había dejado caer, pero se había recobrado a tiempo para bajar gentilmente al hombre al suelo. A excepción de la explicación de James de que el intruso era el mismo hombre al que accidentalmente había pateado haciéndole atravesar la cristalera y al que después había visto en el campo de quidditch, el viaje a la oficina de la directora había discurrido con muy poca conversación. Una vez la puerta de la oficina se cerró tras ellos, McGonagall tomó la palabra.

—Solo quiero saber quién es usted, por qué está aquí, y lo que es más importante, cómo se las arregló para entrar —dijo furiosamente, colocándose tras su escritorio pero aún en posición vertical—. Una vez hayamos resuelto eso, será despachado sin dilación, y sin el más ligero vislumbre de algún recuerdo de lo que ha visto, puedo prometérselo. Ahora hable.

Martin tragó y miró alrededor, a todos los reunidos allí. Vio a James e hizo una mueca, recordando los cristales y la caída enfermiza que siguió. Tomó un profundo aliento.

—Lo primero de todo, mi nombre es Martin J. Prescott. Trabajo para un programa de noticias llamado *Desde dentro*. Y segundo —dijo, fijando su mirada en la directora—, he resultado herido en estos terrenos. No deseo hacer de esto una cuestión legal, pero debe ser consciente de que estoy en todo mi derecho de pedir compensación por esas lesiones. Y no sé por qué, pero tengo la impresión de que este establecimiento no está *asegurado*, precisamente.

—¿Cómo se atreve? —exclamó McGonagall, inclinándose sobre el escritorio y mirando a Martin a los ojos—. Ha entrado usted por la fuerza en este castillo, irrumpiendo donde ni el derecho ni el entendimiento deberían haberle llevado... —Sacudió la cabeza, y después siguió en voz más baja—. No picaré con amenazas. Obviamente es de origen muggle, así que mostraré una mínima cantidad de paciencia con usted. Conteste a mis preguntas voluntariamente, o estaré encantada de recurrir a métodos de interrogatorio más agresivos.

—Ah —dijo Martin, intentando sonar convincente a pesar del hecho de que temblaba visiblemente—, debe estar usted pensando en algo por el estilo. —Metió la mano en su bolsillo y sacó un pequeño vial. James lo reconoció como uno de los que había visto en la mano del hombre cuando le había encontrado en el armario de Pociones—. Sí. Veo por sus caras que saben lo que es. A mí me llevó un tiempo averiguarlo. *Veritaserum*, de hecho. Puse dos gotas en el té de un compañero de trabajo y no pude lograr que se callara en dos horas. Descubrí cosas de él que espero vivir para olvidar, les diré.

—¿Probó una poción desconocida con una persona desprevenida? —interrumpió Franklyn.

—Bueno, tenía que saber qué era, ¿no? No creí que dos gotas pudieran hacer daño a nadie. —Se encogió de hombros y alzó de nuevo el frasco, mirándolo a contraluz—. Suero de la verdad. Si fuera peligroso, no lo guardarían ahí en el estante, donde cualquiera podría cogerlo.

La cara de McGonagall estaba blanca de furia.

—Entre estas paredes, confiamos en la disciplina y el respeto en vez de en rejas y llaves. Su amigo tiene suerte de que no diera usted con un frasco de agujones de nargle o savia de tharff.

—No intente intimidarme —dijo Martin, obviamente bastante intimidado a pesar de sí mismo—. Solo quería demostrarles que conozco sus trucos. Les he estado observando y estudiando desde hace algún tiempo. No me convencerán para beber ninguna de sus pociones, ni me realizarán ningún truco de lavado de cerebro. Responderé a sus preguntas, pero solo porque espero alguna respuesta a las mías a su vez.

Neville manoseaba su varita.

—¿Y por qué, pregunto, cree que no le desmemorizaremos, borrando todo recuerdo de este lugar, y le dejaremos después en el puesto de peaje más cercano?

Martin se palmeó el diminuto micrófono de la solapa.

—Este es el por qué. Mi voz, y todo lo que están diciendo, está siendo enviado a través de mi teléfono al ordenador de mi oficina. Todo está siendo grabado. En un pequeño pueblo a tres kilómetros de aquí hay un equipo de filmación y un grupo de expertos en una amplia variedad de campos a los que he pedido que me ayuden en mi investigación.

—¡Investigación! —repitió la directora incrédulamente—. ¡Absoluta y inequívocamente inadmisibile!

Martin gritó sobre sus palabras.

—Uno de esos individuos es un agente de la policía especial británica.

James sintió cómo un palpable silencio descendía sobre la habitación ante la mención de la policía muggle. Sabía por conversaciones oídas a escondidas entre su padre y otros oficiales del ministerio que una cosa era desmemorizar a una sola persona, o incluso a un grupo contenido, pero las cosas se complicaban en extremo si un oficial de cualquier organismo muggle se veía implicado.

—Me deben favores en las altas esferas —siguió Martin—. Me costó bastante arrastrar a un agente hasta aquí, pero confío en que ésta es la clase de historia que requiere de

grandes favores. Por supuesto, aún no se han presentado cargos. Es simplemente curiosidad, ya que no hay registro de ningún establecimiento de este tamaño en la zona. La cuestión es esta: si no reciben una llamada de teléfono mía en las próximas dos horas con directrices sobre cómo entrar en sus tierras, volverán inmediatamente a la oficina, recuperarán la grabación de esta conversación y todo lo que me ha ocurrido hasta ahora, será emitido como a ellos les parezca. Puede parecer absurdo a la mayoría de la gente, debo reconocerlo. Un colegio en un castillo en medio de ninguna parte en el que se enseña a los niños a hacer auténtica magia, con varitas y todo. Pero su secreto quedará desvelado, no obstante. Sus estudiantes pueden permanecer aquí, en esta localización secreta, pero alguna vez tendrán que ir a sus casas, ¿verdad? Y estoy dispuesto a apostar a que esas casas no están de ningún modo tan protegidas como este lugar. Habrá investigaciones. Saldrán a la luz. De un modo u otro.

El rostro de la directora McGonagall estaba duro como una piedra y blanco como una lápida sepulcral. Simplemente se quedó mirando fijamente al hombre flaco de la camisa blanca. Franklyn rompió el silencio.

—Mi buen señor, no comprende usted lo que está pidiendo —Se quitó las gafas y se colocó ante Martin—. Su plan innegablemente daría como resultado el cierre de esta escuela y posiblemente de muchas otras también. Todos los presentes, y muchos, muchos más, perderían su sustento y su educación. Y lo que es más importante, en lo que insiste usted es en la reintroducción de todo el mundo mágico en el mundo de los muggles, estén ambos preparados o no. ¿Y eso para qué? No por el bien de la humanidad, supongo. No, sospecho que sus aspiraciones son mucho más... miopes. Por favor, piense antes de continuar. Hay aquí fuerzas en funcionamiento que usted no comprende, aunque bien podría estar actuando en beneficio de alguna de ellas. Tengo la sensación de que no es usted un hombre malo, o al menos no *muuy* malo aún. Piense, amigo mío, antes de hacer una elección que le condenará ante los ojos de generaciones enteras.

Martin escuchó las palabras de Franklyn, y pareció estar considerándolas realmente. Entonces, como recobrándose de un estupor, dijo:

—Usted es Benjamin Franklyn, ¿verdad? —sonrió y meneó un dedo hacia Franklyn—. ¡Sabía que me resultaba familiar! Es asombroso. Mire, sé que no está en posición de discutir esto ahora mismo, pero tengo dos palabras para usted: entrevista... exclusiva. Piense en ello, ¿vale?

—Señor Prescott —dijo la directora, con voz pétrea—, no puede esperar que tomemos una decisión como esta en cuestión de minutos. Simplemente debemos discutirlo.

—Ciertamente —añadió Neville—. Incluso si accedemos a sus condiciones, debemos establecer las nuestras. Cómo puede beneficiarnos esto considerando la gran magnitud

de lo que pretende usted, es algo que no sé. Pero independientemente de eso, necesitamos algo de tiempo.

—Como ya he dicho —replicó Martin, que parecía mucho más cómodo ahora que creía tener la sartén por el mango—, tienen dos horas. Bueno, noventa y cuatro minutos, en realidad.

—Respóndame a esto, Señor Prescott —dijo Franklyn, suspirando—. ¿Cómo consiguió entrar en los terrenos de la escuela? Antes de seguir con esta charada debemos saberlo.

Martin suspiró ligeramente.

—¿Tienen una silla? Es una historia bastante larga.

Neville sacó bruscamente su varita. Sin apartar los ojos de Martin, señaló con la varita a una silla de madera que había en la esquina y la levitó bastante rudamente. La silla salió disparada hacia adelante, casi levantando a Martin de sus pies al sentarle. El hombre se desplomó desgarradamente sobre el asiento y la silla golpeó el suelo con fuerza.

—Continúe —dijo Neville, sentándose a medias en la esquina del escritorio de la directora. McGonagall se sentó en su silla pero permaneció erguida. Franklyn y James continuaron de pie.

—Bueno, primero me llegó una carta hablándome de este lugar el pasado septiembre —dijo Martin, inclinándose hacia adelante y frotándose la espalda mientras miraba colérico a Neville—. *Desde dentro* ofrece cien mil libras de recompensa por una prueba de actividad paranormal, y el caballero que escribió la carta parecía creer que este lugar, Hogwarts, ofrecería tal prueba a raudales. Honestamente, nos llegan miles de cartas al año de gente que espera conseguir la recompensa. Incluyen cualquier cosa, desde fotos borrosas de platos de postre a trozos de tostada con la cara de santos quemada en ellos. En realidad, *Desde dentro* nunca tuvo planeado pagar recompensa alguna. Les gusta un buen acopio de noticias inexplicables de tanto en tanto, pero cuando se trata de creer, principalmente son la panda más cínica de cabezotas imaginable.

»Yo, por el contrario, soy el tipo de persona que quiere creer. No fue el tono de la carta lo que llamó mi atención, sin embargo. Fue el pequeño artículo que el remitente había incluido en el paquete. Una cajita que contenía algo llamado rana de chocolate. Esperaba que pudiera haber en ella algún truco novedoso, como mucho, así que por curiosidad, seguí adelante y la abrí. Está claro, había una pequeña y perfecta rana de chocolate dentro. Estaba a punto de agarrarla y darle un mordisco cuando la cosa esa alzó la cabeza y me miró directamente. Estuve a punto de dejar caer la caja. Lo siguiente que supe es que la rana había salido de un salto de la caja y había aterrizado sobre mi escritorio. Era un día caluroso, y esa cosa acababa de llegar con el correo. Y menos mal,

porque el pequeño bicho estaba un poco derretido ya. Dejó pequeñas huellas chocolateadas por todo el guión de esa noche. Tres buenos saltos, y la rana simplemente quedó espachurrada. Tenía miedo de tocarla, pero cinco minutos después todavía no se había movido. Tuve tiempo de determinar que solo era una rana normal cubierta de chocolate. Alguna broma. Probablemente la cosa se había sofocado por el chocolate, y por el calor de estar en la caja. Así que me adelanté y la toqué con cuidado y desde luego la cosa era solo chocolate. Buen chocolate además, podría añadir.

»Aún así podría haberme olvidado de todo, si les digo la verdad. No importa lo abiertos de mente que creamos ser, al enfrentarnos a algo verdaderamente inexplicable aún tendemos a cerrar los viejos circuitos crédulos. Si no hubiera sido por ese detalle de las diminutas huellas de chocolate en mis papeles puede que nunca hubiera reunido la determinación necesaria para llegar hasta aquí. Los guardé en el fondo de mi escritorio, y cada vez que los miraba recordaba al pequeño bicho saltarín atravesando mi escritorio. No podía sacármelo de la cabeza. Así que escribí al tipo que la había enviado. Bonito truco, le dije. ¿Tiene más?

»Me respondió al día siguiente y dijo que si realmente quería ver trucos, solo tenía que seguir las señas que me enviaba. Bueno, al día siguiente llegó otro paquete. Uno pequeño. Contenía todo lo que necesitaba para llegar hasta aquí. No había forma de que esos estúpidos incrédulos de la administración me asignaran un equipo para investigar el origen de una rana de chocolate saltarina, incluso si les mostraba las huellas. Afortunadamente, disponía de algunos días de vacaciones, así que decidí hacerlo por mi cuenta. Una acampadita me vendría bien. Así que empaqueté mis propias cámaras y cogí un tren.

»Llegar a la zona en general fue bastante fácil, por supuesto. Pasé la primera noche al otro lado del bosque, sabiendo por la señal que estaba a pocos kilómetros de la fuente. Al día siguiente, estaba en pie al amanecer. Seguí en la dirección en la que se suponía que tenía que ir, pero todo el tiempo me encontraba a mí mismo volviendo directamente al punto de partida. Nunca parecía que hubiera dado la vuelta, o siquiera que me hubiera desviado de mi curso. Era como si hubiera conseguido llegar al lado opuesto del bosque, pero de algún modo el planeta se hubiera dado la vuelta debajo de mí. Probé a utilizar una brújula y todo parecía ir bien, hasta que de repente me encontré otra vez en mi campamento y la aguja giraba como si se hubiera olvidado de para qué servía.

»Así siguió la cosa tres días enteros. Me estaba empezando a sentir frustrado, si les digo la verdad. Pero también estaba decidido, porque sabía que algo intentaba mantenerme fuera. Quería saber qué era. Así que al día siguiente, saqué mi pequeño aparato y localicé las coordenadas. Esta vez, sin embargo, lo mantuve delante de mí todo el tiempo, observando ese puntito intermitente. Luego, el terreno parecía forzarme a desviarme. Me tuve que meter en una vieja cañada con costados demasiado

pronunciados para escalar. Me desviaba solo para meterme en un amasijo de árboles o un acantilado bajo. Todo parecía estar empeñado en desviarme de mi curso. Sin embargo yo insistí. Trepando y escurriéndome. Empujé a través de espinas y de la maleza más espesa que he visto en mi vida. Entonces, incluso la gravedad pareció ponerse en mi contra. Seguía sintiendo como si la tierra se inclinara debajo de mí, intentando echarme. Ninguna de esas cosas estaba ocurriendo, por supuesto, pero con todo, era una sensación atroz. Me entraron náuseas y sentía un inexplicable mareo. Pero continué mi camino, gateando al final.

»Y entonces, de repente, las sensaciones desaparecieron. El bosque pareció volver a la normalidad, o al menos lo que pasa por normalidad en este rincón del bosque. Había entrado. Diez minutos después, salí por primera vez al borde del claro desde donde se ve este mismo castillo. Estaba atónito, no hace falta decirlo. Pero lo que me asombró más que el castillo fue la escena en la que casi me había metido de lleno.

»Allí, a no más de seis metros de mí, estaba el hombre más grande que había visto nunca. Casi parecía un oso pardo al que hubieran enseñado a caminar erguido. Pero entonces, de pie junto a él... —por primera vez en su narración, Martín hizo una pausa. Tragó. Obviamente sacudido por el recuerdo—. Había algo tan monstruosamente enorme que al principio pensé que era una especie de dinosaurio. Tenía cuatro patas, cada una del tamaño de un pilar. Alcé los ojos y vi que eran, de hecho, dos criaturas de pie una junto a la otra, y ambos tenían forma humana. La cabeza de la más alta sobresalía sobre la copa de los árboles. Ni siquiera podía verle la cara. Me arrastré hasta un lugar oculto, seguro de que me oirían, pero parece ser que no fue así. La más pequeña, el que me había parecido un oso andando, hablaba a los otros dos, y ellos respondían, en cierto modo. Sus voces hacían vibrar el suelo. Entonces, para mi horror, se giraron y se dirigieron hacia mí, hacia el bosque. El pie de la más grande apareció justo junto a mí, sacudiendo la tierra como una bomba y dejando una huella de treinta centímetros de profundidad. Entonces desaparecieron.

Martín soltó un enorme suspiro, obviamente satisfecho con su forma de contar la historia.

—Y fue entonces cuando supe lo que había encontrado. La historia más grande de mi vida. Posiblemente la historia más grande del siglo—. Miró alrededor como esperando un aplauso.

—Hay un pequeño detalle que no ha explicado a mi satisfacción —dijo fríamente la directora McGonagall—. Ese artefacto que ha mencionado. Era de algún modo capaz de señalarle esta escuela. Debo saber qué es y cómo funciona.

Martín alzó las cejas, después rió entre dientes y se puso derecho.

—Oh, sí. Eso. Ha estado actuando de forma algo errática desde que llegué aquí, pero

al menos mantiene la señal. Es un simple GPS. Eh, por favor, perdone. Probablemente no estén familiarizados con el término. Un sistema de posicionamiento global. Me permite localizar cualquier punto del planeta con un margen de un metro más o menos. Un poco de, eh, magia *muggle* muy útil, si lo prefiere.

James habló por primera vez desde que entró en la habitación.

—¿Pero cómo dio con la escuela? ¿Cómo pudo saber ese aparato dónde encontrarla? Es intrazable. No está en ningún mapa.

Martin se giró para mirarle, con la frente fruncida, aparentemente inseguro de si debía dignarse a contestar a James. Finalmente, viendo que todos los ocupantes de la habitación esperaban su respuesta, Martin se puso en pie.

—Como ya he dicho, me enviaron las coordenadas. Fueron proporcionadas por alguien de dentro. En realidad, muy simple.

Martin metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacó algo. James supo lo que era antes de verlo. De algún modo lo sabía incluso antes de hacer la pregunta. Su corazón se hundió hasta atravesar el mismo suelo.

Martin sostenía un *gamedeck*. Era de un color diferente a la de Ralph, pero exactamente de la misma marca. La dejó ceremoniosamente sobre el escritorio de la directora.

—Conexión inalámbrica para competiciones en línea, incluyendo capacidad para chatear. Más o menos estándar. Bueno, ¿alguien aquí responde al perfil «Austramaddux»?



—¡No pueden hacerme esto! —exclamaba Martin mientras Neville le conducía sin muchas ceremonias a la Sala de los Menesteres, que se había equipado a sí misma como celda de prisión de máxima seguridad, completada con una ventana con barrotes, un catre, un tazón de agua y una rebanada de pan en un plato—. ¡Esto es retención ilegal! ¡Es un ultraje!

—Piense en ello como investigación de campo —instruyó Neville cortésmente—. Tenemos mucho que discutir, y después de su ordalía en el bosque, creímos que le vendría bien un respiro. Tómese lo con calma, amigo.

James, que estaba en el pasillo detrás de Neville, no pudo evitar sonreír un poco. Martin le vio, frunció el ceño furioso, y empujó para pasar junto a Neville. Neville sacó

su varita tan rápido que James a penas vio retorcerse su túnica.

—He dicho ya —repitió Neville con énfasis, sin señalar del todo a Martin con su varita—, tómeselo con calma. Amigo.

La sonrisa de James se marchitó. Nunca había visto a Neville Longbottom tan intenso. Por supuesto, conocía las historias sobre cómo Neville había cortado la cabeza de la serpiente de Voldemort, *Nagini*, pero eso había sido antes de que James naciera. Y por lo que él recordaba del hombre, Neville siempre había sido una figura amable, de hablar suave y un poco torpe. Ahora, la mano de la varita de Neville se mostraba tan inmóvil y decidida que podría haber sido tallada en mármol. Martin parpadeó hacia Neville, vio algo en la postura del hombre y en la expresión de su cara que no le gustó, y reculó. La parte de atrás de sus rodillas golpeó el catre y se sentó bruscamente. Neville se guardó la varita y retrocedió hasta el pasillo, cerrando la puerta de la Sala de los Menesteres tras él. Martin, viendo que la varita había desaparecido, se levantó inmediatamente de un salto y empezó a chillar de nuevo, pero su voz se cortó cuando la puerta se cerró de golpe.

—Sabe, tenemos mazmorras, señora directora —dijo Neville con su voz normal.

Viendo la puerta ya cerrada, la directora McGonagall giró sobre sus talones y caminó energicamente pasillo abajo mientras los demás la seguían.

—Tenemos algunos aparatos de tortura bastante antiguos también, profesor Longbottom, pero creo que esto será suficiente por el momento. Solo tenemos que retenerle hasta que recibamos noticias del Ministerio de Magia sobre el curso de acción que debemos o no debemos seguir ante este dilema que el señor Prescott nos ha planteado. Entre tanto, señor Potter, debo preguntarle: ¿sabe algo de ese dispositivo de juegos que aparentemente condujo a esta... *persona* hasta nosotros?

James tragó saliva mientras luchaba por mantener el paso a la directora. Abrió la boca para responder, pero no salió nada.

—Eh, bueno...

Neville tocó el hombro de James mientras caminaban.

—Todos vimos como tu cara palideció como la luna cuando el señor Prescott sacó el *gamedeck*. Parecía que casi lo esperarás. ¿Hay algo que sepas y que pueda ayudarnos, James?

James decidió que no tenía sentido intentar proteger a Ralph. No era culpa suya, de todos modos.

—Mi amigo tenía uno. Es de primer año, como yo, pero un hijo de muggles. No sabía que podía ser peligroso traerlo aquí. Ninguno de nosotros lo sabía en realidad. Incluso me sorprendió que funcionara en el castillo.

—¿Lo usaba para comunicarse con alguien de la comunidad muggle? —preguntó Neville rápidamente.

—¡No! ¡Por lo que yo sé, ni siquiera lo usó en absoluto! Tan pronto como llegó, sus compañeros de casa lo vieron y eso le causó un montón de problemas. Son Slytherin, así que todos se metían con él por sus aparatos de falsa magia, sobre como era un insulto para los sangre limpia y todo eso.

La directora dobló una esquina, dirigiéndose hacia su oficina.

—Asumo que estás hablando del señor Deedle. Sí. Estoy bastante segura de que él no está a la cabeza de esta conspiración en particular, aunque su aparato puede que sí. ¿Quizás emitía algún tipo de señal?

James se encogió de hombros.

—Sería mejor preguntárselo a Ralph, o incluso a mi otro amigo, Zane. Él sabe mucho sobre cómo funcionan estas cosas. Pero no creo que envíe información por sí mismo. Ralph dice que alguien cogió su *gamedeck* y lo utilizó. Otro Slytherin, creemos. Zane pudo comprobar que alguien había pasado algún tiempo manipulándolo, y habían utilizado el nombre Austramaddux. Sin embargo, no había jugado a ningún juego. Deben haberlo utilizado solo para enviar información. Probablemente las coordenadas que ese tipo dijo que había utilizado para localizar la escuela con su cosa esa del GPS.

—Estás bastante seguro de esto, ¿verdad, James? —dijo Neville, siguiendo a la directora de vuelta al interior de su oficina—. ¿Has considerado que el señor Deedle podría haber utilizado ese aparato en los terrenos de la escuela y sin querer podría haber compartido información que no debería? Es posible que toda esa historia del robo del *gamedeck* sea una treta.

James negó firmemente con la cabeza.

—De ningún modo. Ralph no. Ni siquiera se le habría ocurrido, ni a ninguno de nosotros, que esa cosa pudiera utilizarse para traer gente aquí. Él solo sabía que hacía que sus compañeros Slytherin se enfadaran.

—Todos olvidamos una cuestión importante —dijo McGonagall, dejándose caer casadamente en su silla—. Incluso si el señor Deedle o el desconocido que cogió prestado el aparato intentaron compartir información sobre esta escuela con un muggle, el voto de secretismo tendría que haberlo impedido.

El profesor Franklyn, que se había quedado en la oficina de la directora para trastear con el *gamedeck*, volvió a colocar el aparato sobre el escritorio y lo miró fijamente, aparentemente incapaz de sacar nada de él.

—¿Cómo funciona ese voto exactamente, señora directora?

—Es bastante simple, profesor. Cada estudiante debe firmar el voto proclamando que no revelarán a sabiendas ninguna información que descubra la existencia de Hogwarts a ningún individuo o agencia muggle. Si lo hacen, las propiedades mágicas del voto se activarán, impidiendo cualquier comunicación. Esto podría significar el embrujo lengua-atada, o cualquier otra maldición que incapacite al individuo para compartir información. En este caso, podríamos asumir que el que utilizó el aparato podría haber experimentado un entumecimiento de los dedos, o parálisis de la mano, o cualquier cosa que impidiera que introdujera cualquier información peligrosa en ese aparato.

Franklyn estaba pensativo.

—Usamos algo similar en Alma Aleron. La redacción del voto debe ser muy específica, por supuesto. Sin lagunas. Aún así, aparentemente alguien ha podido utilizar el aparato para comunicar información muy específica sobre la escuela. Yo supongo que cada uno de estos dispositivos de juegos está equipado con un rastreador que responde al mecanismo de posicionamiento global del que el señor Prescott ha hablado. Quienquiera que utilizara el aparato del señor Deedle al parecer pudo enviar las coordenadas geográficas de un *gamedeck* a otro. El señor Prescott solo tuvo que meter la información en su GPS y seguirlo muy cuidadosamente. A pesar de la naturaleza obviamente muggle del señor Prescott, esto le convirtió en una especie de guardián secreto fortuito. Puede, si así lo desea, compartir el secreto de la localización de esta escuela con cuantos quiera. Que estos sean capaces de atravesar el perímetro intrazable de la escuela es ya otra cuestión, sin embargo. No todo el mundo es tan persistente como él. Esto podría explicar por qué necesita de nuestra ayuda para traer hasta aquí a sus acompañantes.

—No podemos permitir que ocurra algo así, por supuesto —dijo Neville, mirando a la directora.

—No estoy totalmente segura de que podamos evitarlo —dijo ella pesadamente—. Nuestro señor Prescott es ciertamente un individuo sumamente tenaz. Sabe lo suficiente ya como para hacernos mucho daño. Incluso si descubriéramos el paradero de su equipo, los desmemorizáramos a todos y los enviáramos de vuelta, encontrarían las grabaciones que se han hecho de todo lo que el señor Prescott ha visto hasta ahora. Inevitablemente volvería, y quizás la próxima vez se le ocurriera traer cámaras en directo en vez de solo un teléfono. No veo más recurso que dejarle continuar con esta investigación, y espero convencerle de que no la emita.

Neville sacudió la cabeza.

—Confío más en que podamos convencer a las sirenas de que dejen de vivir en el lago que de convencer a este maldito tonto retorcido de que no emita su gran historia.

Franklyn se ajustó las diminutas gafas y miró al techo.

—Por supuesto, hay métodos más, eh, *cuestionables* para tratar con esta clase de cosas, señora directora. Podríamos simplemente poner al señor Prescott bajo la maldición *imperius*. De esa forma haríamos que despidiera a su equipo e incluso que les acompañara de vuelta a su oficina para ayudarle a destruir cualquier grabación de esta visita. Una vez consumado, podríamos sentirnos en libertad de desmemorizar al señor Prescott sin miedo a que repita su hazaña.

McGonagall suspiró.

—Este no es el tipo de decisión que estemos exactamente autorizados a tomar, y francamente, me alegro de ello. El Ministerio de Magia ha sido notificado de la situación y asumo que nos instruirán sobre el curso de acción apropiado dentro del plazo de una hora. Espero noticias de su padre directamente, señor Potter, y en cualquier momento.

Como conjurada, en ese mismo instante, una voz de mujer habló desde la chimenea.

—Saludos a todos. Esta es una comunicación oficial del Ministerio de Magia. ¿Se nos puede asegurar que esta es una asamblea segura?

McGonagall se puso en pie y rodeó su escritorio, situándose de cara a la chimenea.

—Lo es. Los que están aquí son las únicas personas en la escuela completamente conscientes de lo que está ocurriendo, aunque en estos momentos toda la escuela debe saber que tenemos a un muggle entre nosotros. Su entrada no fue precisamente sutil.

La cara en los carbones encendidos de la chimenea de la directora miró alrededor a Neville, James y al profesor Franklyn.

—Soy la subsecretaria de la señorita Brenda Sacarhina, co-directora del Consejo de Relaciones Internacionales. Por favor, permanezcan a la espera.

La cara se desvaneció.

James vio que el semblante de McGonagall se tensaba solo un poco más cuando la subsecretaria había mencionado a la señorita Sacarhina. Pasaron solo unos segundos antes que la cara de la mujer apareciera en el fuego.

—Señora McGonagall, profesores Franklyn y Longbottom, saludos. Y el joven señor Potter, por supuesto. —Una sonrisa aduladora apareció en los labios de Sacarhina cuando habló a James. La sonrisa desapareció casi tan de repente como había aparecido, como si pudiera apagarla y encenderla como si fuera una luz—. Hemos conferenciado sobre la situación que se ha abatido sobre ustedes y hemos alcanzado una conclusión. Como pueden suponer, estamos preparados para contingencias de este tipo. Por favor, digan al señor Prescott que puede contactar con sus asociados. No tenemos más opción que dejarle proceder con su investigación, sin embargo a nadie más que al señor Prescott le estará permitido entrar en los terrenos de Hogwarts hasta que llegue la delegación del ministerio para supervisarlos. Llegaremos como mucho mañana por la

tarde, y en ese momento nos haremos cargo de todas las negociaciones con el señor Prescott y su equipo.

—Señorita Sacarhina —repuso McGonagall—, ¿está usted sugiriendo que el ministerio bien podría permitir que este hombre lleve a cabo una investigación y la emita para el mundo muggle?

—Lo lamento, señora McGonagall —respondió Sacarhina dulcemente—, no pretendía insinuar eso, ni ninguna otra cosa. Puede descansar tranquila confiando en que estamos preparados para tratar con esta situación, sea cual sea el método que escojamos. Odiaría agobiarla con más detalles de los que ya se ve forzada a soportar.

El rostro de la directora se sonrojó.

—Agóbieme, señorita Sacarhina, pues puedo prometerle que el futuro de esta escuela y sus estudiantes son difícilmente el tipo de detalles que yo podría descartar sin más.

Sacarhina rió ligeramente.

—Mi querida Minerva, sospecho que el futuro de Hogwarts, los estudiantes y usted misma, está tan seguro como siempre. Como ya he mencionado, tenemos contingencias para tales eventos. El ministerio está preparado.

—Perdóneme, señorita Sacarhina —intervino Franklyn, dando medio paso adelante—, ¿pero pretende hacernos creer que el Ministerio de Magia ha preparado contingencias para un reportero de investigación muggle que penetre en la escuela Hogwarts a pie con un equipo de cámaras listo y con la intención de difundir los secretos del mundo mágico a todo el mundo muggle?

La sonrisa indulgente de Sacarhina se tensó.

—Puede creer, señor Franklyn, que el ministerio ha preparado técnicas de respuesta de emergencia para tratar con una amplia variedad de confrontaciones. Los detalles son lo de menos.

—Siento disentir, señorita. Los detalles en esta instancia han revelado una gran brecha en la seguridad que podría, en este punto, ser utilizada virtualmente por cualquiera. Esta escuela ya no puede considerarse segura hasta que la brecha sea reparada.

—Cada cosa a su tiempo, profesor. Apreciamos su preocupación, pero le aseguro que estamos bien equipados para tratar con la cuestión en toda su extensión. Sin embargo, si siente que usted y su personal no están a salvo, posiblemente podamos arreglar su partida anticipada. Eso nos causaría un gran disgusto y sería un inconveniente para la escuela...

—Mi preocupación, señorita Sacarhina —dijo Franklyn serenamente, quitándose las

gafas—, es por la seguridad de todo el mundo dentro de estas paredes, y por la seguridad de los mundos mágico y muggle en general.

—Otra vez exagerando —sonrió Sacarhina—. Por favor, todos, tranquilícense. Yo, junto con el señor Recreant, llegaré mañana por la tarde. Nos reuniremos con este señor Prescott y me siento confiada... positiva incluso... en que alcanzaremos un acuerdo amigable mutuamente conveniente. No tienen que molestarse más con esto.

—¿Y qué hay de mi padre? —preguntó James.

Sacarhina pestañeó, aparentemente confundida.

—¿Tu padre, James? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿no cree que él debería venir junto con usted y el señor Recreant?

Sacarhina volvió a mostrar su sonrisa adulatora.

—¿Por qué? Tú padre es el jefe del Departamento de Aurores, James. No hay magia oscura implicada en esta desafortunada serie de circunstancias, por lo que sabemos. No hay razón para molestarle con esto.

—Pero él ha tratado con este hombre antes —dijo Neville—. James y él le vieron en el campo de quidditch el año pasado y Harry condujo una búsqueda para intentar capturarlo.

—E hizo un buen trabajo —dijo Sacarhina, su sonrisa desapareció de golpe—. Como era su obligación en ese momento. Esto, sin embargo, deben comprender, es una cuestión diplomática. Las habilidades de Harry Potter pueden ser muy variadas, pero la diplomacia no está entre ellas. Además, el señor Potter está actualmente en una misión y no se le puede molestar. Sin embargo, tenemos especialistas en este tipo exacto de negociación. Junto conmigo misma y el señor Recreant, arreglaremos que otro embajador se una a nosotros. Es un experto en relaciones mago-muggle. Esperamos que él lidere nuestras negociaciones con el señor Prescott y su equipo, y todos confiamos plenamente en que servirá a todas las partes por igual.

McGonagall ondeó la mano despectivamente.

—¿Qué debemos hacer con el señor Prescott hasta su llegada, señorita Sacarhina?

—Que esté cómodo. Permítanle hacer su llamada telefónica. Aparte de eso, que haga lo que quiera.

—Seguramente no querrá decir que le permitamos libre acceso a la escuela —dijo la directora, como si fuera una declaración fuera de toda cuestión.

Sacarhina pareció encogerse de hombros en el fuego.

—Cualquier daño que pueda hacer observando es seguramente menor del que podría

hacer si presenta cargos legales muggle contra nosotros. Debemos, por el momento, tratarle como a un invitado. Además, parecer ser que ya ha visto mucho.

La cara de McGonagall era ilegible.

—Muy bien entonces. Buenas tardes, señorita Sacarhina. Esperamos con ilusión su llegada mañana por la tarde.

Sacarhina sonrió de nuevo.

—Indudablemente. Hasta entonces.

La cara se desvaneció del fuego. La directora extendió la mano en busca de su atizador y removió meticulosamente las ascuas durante varios segundos, esparciéndolas hasta que no quedó ni rastro de la cara. Volvió a colocar el atizador, dio la espalda al fuego y dijo:

—Insufrible estupidez burocrática.

—Me encantará alojar al señor Prescott en las habitaciones de Alma Aleron —dijo Franklyn, volviendo a ponerse las gafas—. De cualquier modo, preferiría mantenerle vigilado. Sospecho que podemos mantenerlo lo bastante ocupado como para evitar que cause más problemas.

—No me gusta todo esto —dijo Neville, todavía mirando al fuego—. Harry debería estar aquí. Prescott no es un mago tenebroso, por supuesto, pero hay algo extremadamente escurridizo en el modo en que llegó hasta aquí. Alguien le condujo hasta aquí, y esa persona de algún modo sorteó el voto de secretismo. No me importa lo que diga la señorita Sacarhina, me sentiría mucho mejor con un auror decente ocupándose de ello.

La directora abrió la puerta.

—Esa cuestión no está en nuestras manos. Profesor Franklyn, de alguna manera, su idea es buena. Escoltaremos al señor Prescott hasta las habitaciones de Alma Aleron. Y a pesar de lo que la señorita Sacarhina pueda creer, sería preferible para nosotros encargarnos de que el señor Prescott esté muy ocupado durante las próximas veinticuatro horas. Cuanto menos tiempo tenga para explorar la escuela, mejor. Señor Potter, por favor, siéntase libre de regresar a sus clases, y aunque sospecho que no puedo impedirle que no hable de esto con el señor Walker y el señor Deedle, me haría inmensamente feliz que se las arreglara para no hablar de ello con nadie más. *Especialmente* con Ted Lupin o Noah Metzker.

Cuando James seguía a los adultos fuera de la oficina, una voz queda le habló desde la pared.

—Mañana va a ser un día muy ocupado, Potter.

James se detuvo y miró fijamente al retrato de Severus Snape, sin estar totalmente seguro de lo que quería decir.

—Supongo. Al menos para la directora y todos los demás.

Los ojos negros de Snape le taladraron.

—Respóndeme sinceramente, Potter: ¿todavía estás operando bajo la falsa ilusión de que Tabitha Corsica está en posesión del báculo de Merlín?

—Ah —dijo James—, mire, usted diga lo que quiera, pero tiene sentido. Vamos a quitárselo también, de un modo u otro.

Snape habló rápidamente.

—No seas tonto, Potter. Entrega la reliquia que tienes. Dásela a la directora. Seguramente ves lo peligroso que es conservar la túnica, especialmente ahora.

James parpadeó.

—¿Por qué? ¿Qué pasa ahora? ¿Tiene algo que ver con este tipo? ¿Prescott?

Snape miró desilusionado a James.

—No lo *ves*, entonces —suspiró—. Hay una muy buena razón por la que tu padre, tonto como es, no viene acompañando a la delegación de mañana. Hay miembros del Elemento Progresivo incluso dentro del ministerio, aunque no se llaman a sí mismos por ese nombre. Sacarhina es uno de ellos. Recreant puede que también, aunque no está realmente al cargo. O Sacarhina está aprovechándose de una muy sospechosa coincidencia, o todo esto lo ha planeado ella desde el principio.

—¿Qué? ¿Cuál es su plan? —preguntó James, bajando la voz y acercándose al retrato.

—Los detalles son lo de menos. Lo que importa es que a menos que asegures la túnica de Merlín para mañana por la noche, muy probablemente todo se perderá.

—Pero *está* segura —replicó James—. Ya la tenemos. Lo sabe. Ahora tenemos que conseguir el báculo de Merlín.

—¡Olvida el báculo! —siseó Snape furioso—. ¡Estás dejando que te manipulen! Si alguna vez hubiera tenido la más ligera esperanza de que fueras en ello mejor de lo que fue tu padre, te habría enseñado Oclumancia ya. Cuando te digo que asegures la túnica de Merlín, quiero decir que debes entregarla a aquellos que saben cómo cegarla, no solo ocultarla. El enemigo tiene las otras dos reliquias. La túnica *desea* reunirse con ellas. No podrás evitarlo, Potter. ¡No seas un estúpido arrogante como lo fue tu padre!

James le miró ceñudo.

—Mi padre *nunca* fue el tonto arrogante que usted cree que fue, y yo tampoco. No tengo por qué escucharle. Además, mañana no es el alineamiento de los planetas. Es la

noche siguiente. El propio Zane me lo dijo.

Snape sonrió maliciosamente.

—Que ingenuos. ¿Y de dónde, si se me permite preguntar, sacó el señor Walker su información?

—De su Club de Constelaciones —replicó James enfadado—. Madame Delacroix ha estado utilizando a todo el club para que la ayuden a señalar el momento exacto del alineamiento.

—¿Y nunca se les ha ocurrido pensar que ella podría haber alterado deliberadamente la información solo lo suficiente como para desencaminar a aquellos tan ignorantes como para notarlo? Ella ya sabía el *día* de la alineación desde el año pasado. Solo necesitaba ayuda para averiguar la *hora*. Incluso has comprendido que está involucrada en el complot Merlín. ¿Crees que desea a docenas de estudiantes embobados mirando a las estrellas y zumbando por los terrenos la misma noche en que planea escabullirse para facilitar el retorno del mago más peligroso de todos los tiempos?

James se sintió intimidado. Por supuesto que no lo querría. Simplemente no había pensado en ello. Su boca se abrió para hablar, pero no se le ocurrió nada que decir. Snape siguió.

—Os ha desencaminado a todos en cuanto al día exacto. La Senda de la Encrucijada de los Mayores no ocurrirá la noche del jueves, sino la del miércoles. Mañana, Potter. Has sido embaucado, y todavía lo estás siendo más aún. No hay tiempo para más delirios de grandeza. Debes entregar la túnica. Si no lo haces, fracasarás, y nuestros enemigos tendrán éxito en su plan.

—¿James? —Era Neville. Asomó la cabeza por la puerta de la directora—. Te perdimos, al parecer. ¿Olvidaste algo?

La mente de James corría a toda velocidad. Miró sin comprender a Neville durante unos segundos, y finalmente se recompuso.

—Eh, no. No, lo siento, solo estaba... pensando en voz alta.

Neville lanzó una mirada al retrato de Snape, que suspiró y cruzó los brazos.

—Vamos, Longbottom, y llévate al chico contigo. No me sirve de nada.

Neville asintió.

—Ven, James. Todavía tienes tiempo de asistir a tus clases de la tarde si te das prisa. Iré contigo y explicaré tu tardanza.

James siguió a Neville fuera de la habitación, pensando solo en lo que Snape le había dicho. Solo tenían un día; un día para quitarle a Tabitha el báculo de Merlín. Un día

antes de la Encrucijada de los Mayores, y resulta que era el mismo día que venía Sacarhina para tratar con Prescott. Mientras cabalgaba por las escaleras móviles y salía al pasillo, a James se le ocurrió que Snape tenía razón en una cosa: mañana iba a ser un día muy ocupado.



Capítulo 16

El desastre del báculo de Merlín

A la mañana siguiente, James, Ralph y Zane entraron en el Gran Comedor a desayunar y se dirigieron decididamente hacia el extremo más alejado de la mesa de Gryffindor.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Ralph mientras cruzaban el comedor—. No podremos echarnos atrás después de esto, lo sabes.

James apretó los labios pero no respondió. Se reunieron con Noah, Ted y el resto de los gremlins, todos los cuales estaban sentados conspicuamente en un apretado nudo.

—Ah, el gran hombre —anunció Ted cuando James se apretujó entre él y Sabrina—. Estamos haciendo apuestas sobre por qué nos has pedido a todos que nos reunamos contigo para desayunar. Noah cree que quieres unirte oficialmente a las filas de los

gremlins, en cuyo caso hemos preparado una serie de penosos desafíos que tendrás que completar. Mi favorito es ese en el que te pones el viejo vestido de gala de Sabrina y recorres la escuela cantando el himno de Hogwarts tan alto como puedas. Hay muchos más, aunque los desafíos de Damien tienden a implicar demasiados porrazos y mostaza para mi gusto.

James hizo una mueca.

—A decir verdad, la razón por la que os he pedido que vinierais es que Ralph, Zane y yo tenemos algo que pedir.

En su favor hay que decir que ninguno de los gremlins pareció sorprenderse. Simplemente se inclinaron un poco más hacia adelante mientras continuaban comiendo. James no sabía exactamente por dónde empezar. Se había levantado esa mañana con la simple comprensión de que por su cuenta, él, Ralph y Zane no podrían hacerse con éxito con el báculo de Merlín en un solo día. No tenían plan. El retrato de Snape había sido de alguna ayuda, pero Snape ni siquiera creía que Tabitha Corsica tuviera el báculo. ¿Así que a quién podían recurrir? Actuó siguiendo su primer impulso. Podía acudir al único grupo de personas en toda la escuela expertos en el sutil arte del caos y las travesuras. Podría llevar demasiado tiempo explicárselo todo a Ted y sus compañeros gremlins, e incluso si lograba hacerlo, puede que no accedieran a ayudar, pero era su mejor y última esperanza. James suspiró enormemente y miró fijamente a su vaso de zumo de calabaza.

—Necesitamos ayuda para... para *tomar prestado* algo.

—¿*Tomar prestado* algo? —repitió Noah, con la boca llena de tostada—. ¿Qué? ¿Dinero? ¿Una taza de azúcar? ¿Un corte de pelo decente? No suena como si nos necesitaras a nosotros exactamente.

—Calla, Metzker —dijo Ted suavemente—. ¿Qué es lo que quieres «tomar prestado», James?

James tomó un profundo aliento y lo soltó sin más.

—La escoba de Tabitha Corsica.

Damien tosió en su zumo. Todos los demás gremlins miraron a James con los ojos muy abiertos. Todos excepto Ted.

—¿Para qué? —preguntó Sabrina en voz baja—. Esta tarde es la final entre Ravenclaw y Slytherin. ¿Es eso? ¿Estás intentando arruinar las posibilidades de Slytherin? Admito que hay algo altamente sospechoso en esa escoba suya, pero hacer trampa no es exactamente nuestro estilo, James.

—¡No! No tiene nada que ver con el partido —dijo James, y luego vaciló—. Es largo de explicar. Y ni siquiera se me permite hablar de algunas partes. McGonagall me pidió que no lo hiciera.

—Cuéntanos lo que puedas entonces —dijo Petra.

—Vale. Zane, Ralph, echadme una mano. Llenad los huecos que deje. Va a sonar a locura, pero allá va.

Entre los tres, explicaron la historia entera de la conspiración Merlín, desde el primer vistazo a la sombra de Madame Delacroix en el lago, a la aventura en el Santuario Oculto, terminando con la misteriosa confrontación de Ralph y James con la espeluznante dríada que exigía la túnica de Merlín. Tuvieron que volver atrás entonces, y explicar cómo se habían hecho con la túnica quitándosela al profesor Jackson. A James le preocupaba que la historia estuviera tan fragmentada que los gremlins no fueran capaces de seguirla. Ted escuchaba atentamente todo el rato, comiendo sin más y observando a quienquiera que estuviera hablando. El resto de los gremlins hacían preguntas esclarecedoras y respondían con una mezcla de escepticismo, respeto y excitación.

—¿Habéis estado trabajado en este plan todo el año y solo ahora nos lo contáis? —preguntó Damien, entrecerrando los ojos.

—Como ya he dicho, McGonagall nos advirtió que no contáramos a nadie lo del Santuario Oculto —dijo James sinceramente—. Y nos preocupaba que no os creyeráis el resto de todas formas. Nos costó creernos la mayor parte a nosotros mismos. Durante un tiempo, al menos. ¿Entonces, qué pensáis?

—Estoy confusa —dijo Sabrina, frunciendo el ceño—, todo el asunto parece cogido con tiritas. Una cosa es disparar fuegos artificiales Weasley durante el debate, pero otra muy distinta es ir y robar la escoba de una de las más prominentes, y francamente espeluznantes, brujas de la escuela. Eso es robar, eso es lo que es.

—Solo es robar si lo que decimos no es cierto —razonó Zane—. Si la escoba de Tabitha *es* el báculo de Merlín, entonces no es suya en realidad. No sabemos de quién es, pero no importa, *ella* se la habría robado a algún otro.

Damien no parecía muy convencido.

—Incluso si lo hizo, nosotros seríamos los únicos que lo sabríamos. Si nos arrastrara a todos a la oficina de McGonagall reclamando que le hemos robado la escoba, ¿qué diríamos? ¿Que está bien porque ella robó la escoba a algún otro, no sabemos a quién, y además la escoba es en realidad el báculo mágico de uno de los magos más poderosos de la historia, así que en realidad estábamos haciendo un favor al mundo al sacarla de las manos de Corsica? *Eso* vuela como una lechuza muerta.

—Bueno, ¿por qué no? —intervino Ralph—. Si es cierto, es cierto.

—Y eso sale de la boca de un Slytherin —dijo Noah, con una sonrisa ladeada.

—¿Qué se supone que significa eso? —dijo Ralph, tensando la mandíbula.

James sacudió la cabeza.

—Está bien, Ralph. Te está haciendo rabiar. La cuestión es que, incluso si es cierto, no podríamos probarlo. No os he dicho que no vayáis a meteros en problemas por esto. Solo puedo deciros que si *es* cierto, entonces que nos lleven a la oficina de McGonagall y nos acusen de ladrones será la menor de nuestras preocupaciones. No puedo pedirlos a ninguno que os metáis en esto si no queréis. Es arriesgado. Podríamos meternos todos en un montón de problemas. Podríamos incluso fracasar a pesar de nuestros mejores esfuerzos.

—Espera un minuto —dijo Noah—, es con los gremlins con los que estás hablando.

Petra se sentó erguida y miró al grupo.

—La cuestión es que si James, Zane y Ralph están equivocados, lo sabremos mañana por la mañana. Si «tomamos prestada» la escoba de Corsica, podemos devolverla, de algún modo. Probablemente anónimamente. Si no hay daño, no hay falta. Todo el mundo pensaría que fue solo una broma de quidditch, ¿no? Pero, si esta historia es cierta, y la escoba es realmente el báculo de Merlín, entonces nadie arrastrará a nadie a la oficina de la directora.

—¿Por qué no? —preguntó Sabrina, interesada.

—Porque Tabitha sería el pez más grande de la sartén —respondió Noah pensativamente—. Si ella es parte de alguna gran conspiración Merlín y fracasa con el báculo, se meterá en serios problemas con sus colegas. La gente como esa no tiende a ser de las que perdonan, ya sabéis. Hasta puede que nunca volviéramos a verla.

—No caerá esa suerte —masculló Petra.

Ted se movió.

—Mirad, todos. Todo eso está muy bien, pero en lo que a mí concierne, solo hay una cosa que decidir. ¿Podemos confiar en James? No conozco a Zane y Ralph muy bien, pero he crecido con James. Puede que algunas veces sea un aborrecible bichejo, pero siempre ha sido honesto. Y además, es el hijo de mi padrino. Recordáis a ese tipo, ¿verdad? Yo estoy dispuesto a aceptar un poco de riesgo por él. No porque sea de la familia, sino porque es un Potter. Si él dice que hay una batalla en la que vale la pena luchar, yo me siento inclinado a creerle.

—Bien dicho, colega —dijo Noah seriamente, palmeando a Ted en la espalda—. Y además, no olvidemos que esto implica el beneficio de jugársela a Tabitha Corsica.

—Y quizás influir en el equilibrio del partido de esta noche —admitió Sabrina.

—¡Y quizás incluso podríamos derribarla de algún modo de la escoba cuando esté bien alto en el aire! —sonrió Damien malvadamente.

—¡Eso digo yo! —exclamó Zane.

—Estáis los dos locos —dijo Petra con reproche—. Sois tan malos como ella.

—No queremos *matarla* —replicó Zane con tono herido—. Solo verla caer unos pocos metros aterrada. Ridcully la levitaría en el último momento, justo como Ralphinator hizo con James. Honestamente, debes pensar que somos monstruos.

—¿Estamos todos de acuerdo entonces? —preguntó Ted al grupo. Todo el mundo asintió con la cabeza y murmuró un asentimiento.

—Es maravilloso y todo eso —dijo Ralph—, ¿pero cómo vamos a hacerlo?

Ted se recostó hacia atrás y levantó la mirada hacia el techo encantado del Gran Comedor, acariciándose la barbilla. Sonrió lentamente.

—¿Alguien sabe qué tiempo hará esta tarde?



Era muy poco lo que el grupo tenía que hacer para prepararse. Después del almuerzo, Sabrina y Noah se dirigieron a los sótanos para hablar con los elfos domésticos. James y Ted, que tenían los dos una hora libre por la tarde, pasaron algún tiempo en la biblioteca estudiando una colección de libros gigantescos sobre hechizos atmosféricos y encantamientos climáticos.

—Esto es el departamento de Petra en realidad —se lamentó Ted—. Si no estuviera ocupada toda la tarde con adivinación y runas, nos iría mejor.

James repasó sus notas.

—Sin embargo parece que tenemos lo que necesitamos, ¿no?

—Supongo —replicó Ted frívolamente, pasando ruidosamente unas pocas páginas enormes. Un minuto después, levantó la mirada hacia James—. Ha sido realmente duro para ti pedir ayuda, ¿verdad?

James miró a Ted y enfrentó su mirada, después la apartó y miró por una ventana cercana.

—Un poco, sí. No sabía si podría explicarlo. No estaba seguro de que ninguno de vosotros se lo creyera.

Ted frunció la frente.

—¿Eso es todo? —animó.

—Bueno... —empezó James, luego se detuvo. Jugueteeó con su pluma—. No, supongo que no. Es solo que parece... parece algo que debiera hacer por mi cuenta. Quiero decir, con la ayuda de Zane y Ralph, claro. Ellos estaban en el asunto desde el principio. Pero aún así. Era como si tuviéramos que ser capaces de averiguarlo, nosotros tres. Teníamos que hacerlo o parecería un poco... —se detuvo, comprendiendo lo que había estado a punto de decir, sorprendido por ello.

—¿Un poco qué? —preguntó Ted.

James suspiró.

—Un fracaso. Como si al no poder hacerlo por nuestra cuenta hubiéramos fracasado de algún modo.

—Los tres. Como tu padre, Ron y Hermione, quieres decir.

James miró a Ted agudamente.

—¿Qué? No... no —dijo, pero de repente no estaba seguro.

—Solo decía —replicó Ted—. Tiene sentido. Es lo que tu padre hubiera hecho. Era único arrastrando toda la responsabilidad del mundo sin compartir la carga con nadie más. Él, Ron y Hermione. Siempre había un montón de gente alrededor, lista y dispuesta a ayudar, y algunas veces lo hacían, pero no hasta que se veían forzados a entrar en acción. —Ted se encogió de hombros.

—Suenas como Snape —dijo James, manteniendo el nivel de su voz. Se sentía incómodamente vulnerable de repente.

—Bueno, quizás Snape tuviera razón, a veces —dijo Ted suavemente—, incluso si era un viejo carcamal aceitoso la mayor parte del tiempo.

—Sí, bueno, que le den —dijo James, sorprendido al sentir una punzada de lágrimas. Parpadeó para deshacerse de ellas—. Fue de mucha ayuda, ¿verdad? Acechando por ahí, trabajando para ambos lados, sin dejar nunca claro donde residía realmente su lealtad hasta que fue demasiado tarde. No se puede culpar en realidad a mi padre por no confiar en él, ¿verdad? Así que yo no confío en él tampoco. Quizás mi padre hizo la mayor parte de las cosas solo con tía Hermione y tío Ron. Esa fue toda la ayuda que necesitó, ¿no? Ganaron. Encontró a dos personas en las que podía confiar con todo. Bueno, yo los encontré también. Tengo a Ralph y a Zane. Así que tal vez creí que podía ser tan bueno como papá. Sin embargo no lo soy. Necesito algo de ayuda. —Había más cosas que James quería decir, pero se detuvo, inseguro de si podría continuar.

Ted miró a James durante un largo y pensativo momento, y después se inclinó hacia adelante, descansando los codos sobre la mesa.

—Es duro vivir a la sombra de tu padre, ¿verdad? —dijo. James no respondió. Un

momento después Ted continuó—. Yo no conocí a mi padre. Murió aquí mismo, en los terrenos de la escuela. Él y mamá, los dos. Estuvieron en la batalla de Hogwarts, ya sabes. Cualquiera pensaría que es difícil sentirse resentido con gente a la que nunca se conoció, pero se puede. Estoy resentido con ellos por morir. A veces me siento resentido con ellos por estar aquí para empezar. Quiero decir, ¿en qué estaban pensando? Los dos lanzándose en medio de una gran batalla, dejando a su hijo solo en casa. ¿Llamarías a eso responsabilidad? Yo seguro que no. —Ted miró por la ventana, como había hecho James un minuto antes. Después suspiró—. Ah, bueno, la mayor parte del tiempo, sin embargo, me siento orgulloso de ellos. Alguien dijo una vez que si no tienes algo por lo que valga la pena morir, no has vivido realmente. Mamá y papá tenían algo por lo que merecía la pena morir, y lo hicieron. Yo les perdí, pero me quedó un legado. Un legado es algo que vale la pena, ¿no? —Miró a James de nuevo a través de la mesa, buscando su cara. James asintió, inseguro sobre qué decir. Finalmente Ted se encogió de hombros un poco—. La razón de que haya sacado este tema, sin embargo, es mi padre, él me dejó algo más.

Ted se quedó en silencio casi un minuto, pensando, aparentemente debatiendo consigo mismo. Finalmente habló de nuevo.

—Mi padre era un hombre lobo. Supongo que es tan simple como eso. No lo sabías, ¿verdad?

James intentó que no se le notara en la cara, pero estaba bastante sorprendido. Sabía que había habido algún secreto en torno a Remus Lupin, algo que nunca le habían explicado, o siquiera mencionado directamente. Todo lo que James sabía seguro era que Lupin había sido un gran amigo de Sirius Black y James Potter, y de un hombre llamado Peter Pettigrew que al final les había traicionado a todos. James sabía que Lupin había dado clases en Hogwarts cuando su padre asistía a la escuela, y que había enseñado a su padre a convocar su *patronus*. Fuera cual fuera el secreto del pasado de Remus Lupin, no podía haber sido nada terriblemente serio, había razonado James. Había creído que quizás el padre de Ted había estado en Azkaban un tiempo, o que había flirteado alguna vez con las artes oscuras cuando era joven. Nunca se le había cruzado por la cabeza que Remus Lupin pudiera haber sido un hombre lobo.

A pesar de la intención de James de enmascarar su sorpresa, Ted vio su cara y asintió.

—Sí, menudo secreto, ¿eh? Tu padre me contó toda la historia él mismo hace unos años, cuando fui lo bastante mayor como para entenderla. La abuela nunca habla de ello, ni siquiera ahora. Creo que tiene miedo. No tanto por lo que fue, sino... bueno, por lo que podría ser.

James tenía un poco de miedo de preguntar.

—¿Y qué podría ser, Ted?

Ted se encogió de hombros.

—Ya sabes lo que pasa con los hombres lobo. Solo hay dos formas de convertirse en uno. Puedes ser mordido por uno, o puedes nacer así. Por supuesto, nadie sabe realmente lo que ocurre cuando solo tu madre o tu padre es un hombre lobo. Tu padre dice que mi padre se alteró bastante cuando descubrió que mi madre estaba embarazada. Estaba asustado, ¿sabes? No quería que su hijo fuera como él, que creciera como un paria, maldito y odiado. Creía que no debía haberse casado nunca con mi madre, porque ella quería hijos, pero él temía pasarles la maldición. Bueno, cuando nací yo, supongo que todo el mundo soltó un gran suspiro de alivio. Era normal. Incluso tengo el don para la metamorfosis de mi madre. Dicen que siempre estaba cambiando el color de mi pelo cuando era bebé. Había interminables risas al respecto, dice la abuela. Todavía hoy puedo hacerlo, y también unas pocas cosas más. Sin embargo no lo hago normalmente. Una vez se te conoce por cosas como esa es difícil que te conozcan por mucho más, no sé si sabes lo que quiero decir. Así que supongo que papá murió sintiéndose un poco mejor por tenerme entonces. Murió sabiendo que yo era normal, más o menos. Me alegro de eso. —Ted estaba mirando por la ventana otra vez. Tomó un profundo aliento, y después volvió a mirar a James—. Harry me habló de cómo tu abuelo James, Sirius Black y Pettigrew solían salir con mi padre cuando cambiaba, cómo cambiaban a formas animales y le acompañaban por el campo con la luna llena, protegiéndole del mundo y al mundo de él. Incluso empecé a pensar que era todo una especie de aventura romántica, como estos estúpidos muggles que leen historias de hombres lobo donde estos son guapos, seductores y misteriosos. Casi empecé a *desear* haber heredado esa cosa del hombre lobo después de todo. Y entonces... —Ted se detuvo y pareció forcejear consigo mismo un momento. Bajó la voz y siguió—. Bueno, la cuestión es, que nadie sabe realmente cómo funciona eso de los hombres lobo, ¿verdad? Yo nunca había dedicado un segundo a pensarlo. Pero el año pasado... el año pasado comencé a tener insomnio. No gran cosa, ¿vale? Excepto que no era un insomnio normal. No podía dormir, pero no porque no estuviera cansado exactamente. Estaba... estaba... —se detuvo de nuevo y se recostó hacia atrás en su silla, mirando con fuerza hacia el muro por la ventana.

—Eh —dijo James, sintiéndose nervioso y avergonzado, aunque no sabía bien por qué—. No tienes que contármelo. Olvídalo. No hay problema.

—No —dijo Ted, volviendo su mirada hacia James—. Necesito contártelo. Tanto por mí como por ti. Porque no se lo he contado a nadie aún, ni siquiera a la abuela. Creo que si no se lo cuento a alguien, me volveré tarumba. Verás, no podía dormir porque estaba tan *hambriento*. ¡Estaba famélico! Allí, acostado en la cama la primera vez, se me ocurrió decirme a mí mismo eso de «esto es simplemente una locura». Había disfrutado de una buena cena y todo eso, lo normal. Pero no importaba lo que me dijera a mí mismo, mi estómago seguía diciéndome que quería comida. Y no cualquier cosa. Quería carne.

Carne cruda. Carne, con hueso y todo. ¿Ves a dónde quiero ir a parar?

James lo veía.

—¿Había...? —empezó, y luego tuvo que aclararse la garganta—. ¿Había luna llena?

Ted asintió sombríamente, lentamente.

—En fin, conseguí dormir. Pero desde entonces, ha empeorado. Al final del último año escolar, finalmente comencé a bajar a las cocinas bajo el Gran Comedor, donde trabajan los elfos. Tienen una gran despensa de carne allí abajo. Empecé a... bueno, ya sabes. Comer. Tiende a ser un poco asqueroso. —Ted se encogió de hombros, después pareció desechar la cuestión—. De cualquier modo, la cuestión es, que obviamente no me salté completamente todo el asunto del hombre lobo. Mi padre me proporcionó su propia sombra bajo la que vivir, ¿no? No le culpo por ello. Por lo que sé no irá a peor. Y no es tan malo. Me ayuda a ganar peso para la temporada de quidditch, al menos. Pero... da miedo, un poco. No sé cómo manejarlo aún. Y me asusta que alguien más lo averigüe. La gente... —Ted tragó saliva y miró con dureza a James—. La gente no responde bien a los hombres lobo.

James no sabía si mostrarse de acuerdo con eso o no. No porque fuera incierto, sino porque no estaba seguro de si Ted necesitaba que se lo confirmaran.

—Apuesto a que mi padre podría ayudarte —dijo James—. Y yo también. No tengo miedo de ti, Ted, aunque seas un hombre lobo. Te conozco de toda la vida. Quizás podríamos, ya sabes, arreglarnos como hacían tu padre y sus amigos. Él tenía *su* James Potter para ayudarlo, y tú el tuyo.

Ted sonrió, y fue una enorme y genuina sonrisa.

—Eres un buen chico, James. Odiaría tener que comerte. Aprende a convertirte en un perro gigante como Sirius, y quizás ser un hombre lobo no sea tan malo después de todo, contigo trotando a mi lado. Pero casi me olvido de por qué he sacado el tema. —Ted se inclinó hacia adelante, con ojos serios—. Tú tienes la sombra de tu padre bajo la que crecer, igual que yo. Pero yo no puedo escoger ser como mi padre o no. Tú sí puedes. No es una maldición, James. Tu padre es un gran hombre. Escoge las partes de él que valen la pena, y sé así, si quieres. Las otras partes, bueno, esa es tu elección, ¿no? Tómalas o déjalas. Esos son los lugares en los que puedes escoger ser incluso mejor. Tu padre no pedía mucha ayuda, ¿verdad? Pero no era porque no la necesitaba. Que hayas pedido ayuda no me muestra que eres peor que él. Me muestra que aprendiste algo que él nunca aprendió. Eso es lo que te hace ser tú, no simplemente una copia de tu padre. Yo creo que pedir ayuda es bastante grande, si quieres mi opinión. Y no solo porque signifique que puedo ayudarte a tomarle el pelo a Tabitha Corsica.

James se quedó sin habla. Simplemente se quedó mirando a Ted, inseguro de lo que

sentir o pensar, inseguro de si lo que Ted estaba diciendo era cierto o no. Solo sabía que le sorprendía y humillaba, en el buen sentido, oír a Ted decir lo que había dicho. Ted cerró el gigantesco libro que tenía delante con un fuerte golpe.

—Vamos —dijo, poniéndose en pie y recogiendo los libros—. Ayúdame a llevar esto a la sala común para que Petra pueda echarle un vistazo antes del partido. Va a tener que ayudarme con este asunto o estamos condenados. La cena es dentro de una hora, y después de eso vamos a estar bastante ocupados durante el resto de la tarde, ya sabes lo que quiero decir.



La tarde del último partido de quidditch de la temporada fue fría y brumosa, cubierta por un velo de nubes intranquilas y grises. Silenciosos y extraordinariamente taciturnos, los gremlins trotaban a través del túnel de detrás de la estatua de San Lokimagus *el Perpetuamente Productivo*. Cuando alcanzaron los escalones que conducían al interior del cobertizo del equipamiento, Ted aminoró la marcha y avanzó de puntillas. Para entonces, Ridcully probablemente ya hubiera sacado el baúl de quidditch del cobertizo, pero no hacía ningún mal ser precavido. Ted se asomó por la entrada, y vio solo algunos estantes polvorientos y unas pocas escobas rotas, y después indicó por señas a los demás que le siguieran.

—Todo despejado. Deberíamos estar a salvo aquí, ahora que Ridcully ya ha estado y se ha marchado. Él es el único que utiliza el cobertizo.

Ralph subió los escalones y miró cautelosamente alrededor. James recordó que Ralph no había estado la noche en que él y los gremlins habían utilizado este túnel secreto para elevar el wocket.

—Es un túnel mágico. Solo funciona en un sentido —susurró el chico a Ralph—, nosotros podemos volver por él porque así vinimos, pero cualquier otro solo encontraría el interior del cobertizo del equipamiento.

—Genial —jadeó Ralph seriamente—. Es bueno saberlo.

James, Ralph y Sabrina se presionaron contra la parte de atrás del cobertizo para asomarse por la única y mugrienta ventana. El campo de quidditch yacía tras el cobertizo, y pudieron ver claramente tres de las gradas, ya casi llenas de estudiantes con banderines y profesores, todos abrigados contra el inoportuno frío.

Los equipos de Ravenclaw y Slytherin se apiñaban a lo largo de extremos opuestos

del campo para observar a sus capitanes estrecharse las manos y oír el tradicional sermón de Ridcully sobre las reglas básicas del juego.

—Había olvidado todo esto —dijo Sabrina quedamente—. Todo el asunto del apretón de manos. Ese Zane es un chico bastante agudo.

James asintió. Había sido idea de Zane escenificar la broma de la escoba durante los momentos inaugurales del partido, en esos pocos minutos en los que ambos equipos salían de sus vestuarios bajo las gradas para observar el ritual de apertura. Era una idea genial, porque era el único momento en que las escobas de los equipos se separaban de sus propietarios, dejadas atrás en los vestuarios hasta que los jugadores las recogían para su gran vuelo de presentación.

—Es la hora —dijo Ted, palmeando a James una vez en el hombro—. Ahí está ya Corsica.

James tragó saliva para pasar el nudo de su garganta que sentía como un trozo de mármol. Su corazón estaba ya palpitando. Sacó la capa invisible de su mochila, la abrió de una sacudida y la lanzó sobre su cabeza y la de Ralph. Cuando se acercaban a la puerta, Petra susurró ásperamente,

—Puedo verte los pies, Ralph, agáchate un poco más.

Ralph se acuchilló y James vio cómo el borde de la capa tocaba la tierra alrededor de sus pies.

—Permaneced agachados y moveos con rapidez —instruyó Ted. Se giró y espió entre las tablas de la puerta.

El cobertizo estaba colocado en una esquina del campo, justo dentro del límite mágico erigido por los árbitros del partido. La puerta daba al campo, visible solo desde las gradas de Slytherin que estaban justo al lado.

—Parece lo bastante despejado —dijo Ted, con la cara presionada contra las grietas de la puerta—. Esperemos que todo el mundo esté mirando al campo y no a este cobertizo. —Con eso, abrió la puerta y dio un paso a un lado. James y Ralph se escurrieron a través de ella y James oyó la puerta cerrarse a su espalda.

El viento era veloz e impredecible. Barría a través del campo y soplaba inquietamente la capa invisible, azotándola alrededor de las piernas de los chicos.

—Alguien va a verme los pies —gimió Ralph.

—Ya casi estamos —dijo James por debajo del ruido de la multitud—. Solo quédate cerca y agáchate.

A través de la tela transparente de la capa invisible, James podía ver la boca oscura del umbral del vestuario Slytherin. Las grandes puertas estaban abiertas de par en par,

cogidas a las paredes de las gradas para evitar que el viento las cerrara. Los jugadores Slytherin estaban alineados a lo largo del campo en el extremo de la puerta, lo bastante cerca como para que una palabra descuidada o un roce de sus zapatos pudiera ser notado. James contuvo el aliento y resistió la urgencia de correr. Lentamente, los dos chicos pasaron junto al jugador Slytherin más cercano, Tom Squallus, y se deslizaron en el interior. Dentro, el viento desapareció y la capa colgó inmóvil. James dejó escapar el aliento en un cuidadoso siseo.

—Vamos —susurró casi silenciosamente—, no tenemos mucho tiempo.

James sabía lo que los gremlins tenían planeado, aunque él no iba a ver nada. Zane, que estaba observando junto con sus compañeros del equipo de Ravenclaw en el otro extremo del campo, se lo contó todo después. Cuando Tabitha y Gennifer Tellus, la capitana de Ravenclaw se reunieron con Ridcully en la línea central, un extraño sonido empezó a construirse en el aire en lo alto. Durante todo el día, el cielo había estado encapotado e indolente, cargado de nubes grises, pero ahora, cuando los espectadores y jugadores miraron hacia arriba, las nubes comenzaron a girar en pesados círculos. Había un cúmulo de nubes directamente sobre el campo, que giraba sobre sí mismo, bajando cada vez más mientras la multitud observaba. El ruido general de la asamblea se acalló, y el sonido de las nubes en medio de ese silencio era un profundo y vibrante gemido, largo y amenazador. Solo Zane miraba hacia el cobertizo del equipamiento en la esquina más alejada del campo. Solo él pudo ver las siluetas de Ted y Petra, agachados en las esquinas de la diminuta ventana, con las varitas alzadas, jugando con las formas nubosas. Sonrió, y entonces, en el momento preciso y cuando todo el campo estaba en silencio, gritó a pleno pulmón:

—Al quidditch le importa un pimiento el clima, ¿verdad, Gennifer?

Hubo una oleada de risa nerviosa que cruzó las gradas más cercanas. Gennifer miró a Zane un momento, después volvió a mirar al embudo que bajaba hacia ella. Como a cualquier otro gremlin, Ted la había puesto al tanto de su plan, pero Zane podía ver por su nerviosismo que no era una buena mentirosa. Ni Ridcully ni Tabitha Corsica parecía preparados para moverse. Corsica solo miraba a las nubes, con el pelo azotando salvajemente alrededor de su cara, y la varita visible en la mano. La expresión de Ridcully parecía de sombría determinación.

—Señoras y caballeros. —La voz de Damien resonó por las gradas desde su lugar en la cabina de prensa—. Parece ser que estamos experimentando algún tipo de fenómeno atmosférico extremadamente localizado. Por favor, permanezcan en sus asientos. Probablemente estén a salvo allí. Los que están en el campo, por favor quédense donde están. Los tornados no te ven si no te mueves.

Entre la multitud, alguien gritó:

—¡Esos son los dinosaurios, cabeza hueca!

—Es el mismo concepto —respondió Damien con su voz amplificadora.

Sabrina y Noah salieron disparados del cobertizo, agachándose contra el viento fuerte. Se escurrieron hasta la zona de mantenimiento en la base de las gradas de Hufflepuff. El marcador lo manejaban estudiantes Hufflepuff, pero los aperitivos para el evento los preparaban los elfos en una cocina en la parte de atrás. Noah y Sabrina pasaron a lo largo de la grada y se detuvieron en una puerta abierta.

—Eh, colegas, ¿habéis visto lo que está pasando ahí? —gritó Sabrina sobre el creciente ruido del ciclón—. El tiempo se está volviendo un poco loco, ¿no?

Un elfo de aspecto gruñón en la parte de atrás de la cocina, bajó de su tubería.

—¿Y qué queréis que hagamos nosotros al respecto, eh? ¿Queréis que disparemos una carga de polvos pixie calmatormentas por los oídos, quizás?

—Solo estaba pensando en la sección cincuenta y cinco, párrafo nueve del Acuerdo de Coalición de los elfos de Hogwarts —gritó Noah, apoyándose en la puerta—. Dice que los elfos son responsables de la seguridad en los terrenos en momentos de clima inclemente. Lo de ahí afuera parece bastante inclemente, diría yo. ¿Quizás os gustaría que Sabrina y yo cerráramos y atrancáramos las puertas de los vestuarios hasta que se acabe esto? Vamos, Sabrina.

El elfo taponó la tubería con el nudo formado por la servilleta que le hacía de taparrabos y saltó hacia adelante.

—¡De eso nada! —Se giró y gritó hacia las profundidades de la cocina—. ¡Oi! ¡Peckle! ¡Krung! ¡Seedie! Tenemos trabajo que hacer. En marcha.

Los cuatro elfos pasaron rápidamente junto a Sabrina y Noah. El elfo gruñón gritaba sobre el hombro mientras avanzaban.

—Muchas gracias, amo y ama. Ahora disfruten del partido.

Cuando los elfos corrían entre el viento hacia las puertas de los vestuarios, el tornado finalmente había tocado tierra. Lamía la línea central a tres metros a la derecha de Tabitha Corsica, y durante unos momentos ésta lo observó, fascinada. Mucha gente comentó después lo impresionante que fue, pues era indudablemente el ciclón más pequeño que habían visto jamás. La hierba, donde la tocaba, ondeaba, pero el poder del tornado decayó significativamente después de treinta metros o así, de forma que los de las gradas se vieron relativamente poco afectados.

Gennifer había girado y corrido hacia el extremo del campo para unirse a su equipo. Ridcully no pareció notarlo. Todavía de pie en el centro del campo junto a él, Tabitha Corsica manoseaba su varita y mirada alrededor, ahora ignorando el contorsionante

tornado. Parecía estar buscando algo.

En las profundidades del vestuario bajo las gradas de Slytherin, James y Ralph oían el ruido del tornado y el crujir de las gradas cuando el viento presionaba contra ellas.

—¿Cuál es? —preguntó Ralph mientras James apartaba la capa—. ¡Hay tantas!

James recorrió la fila de escobas apoyadas contra las taquillas. Allí, en la esquina más alejada de la puerta, una escoba colgaba en el aire como esperando a su jinete.

—Tiene que ser esta —dijo, lanzándose hacia ella. Se detuvieron, uno a cada lado. De cerca, la escoba parecía estar vibrando o zumbando muy ligeramente, resultaba audible incluso sobre el gemido del viento y el crujir de las gradas.

—Agárrala entonces, James. Vamos, salgamos de aquí.

James extendió la mano y agarró la escoba, pero ésta no se movió. Tiró de ella, después le envolvió ambas manos alrededor y empujó. La escoba estaba tan inmóvil como si hubiera sido enterrada en piedra.

—¿Qué problema hay? —gimió Ralph, mirando hacia la puerta—. Si todavía estamos aquí cuando vuelvan...

—Tenemos la capa invisible, Ralph. Podemos escondernos —dijo James, pero sabía que Ralph tenía razón. El vestuario era pequeño y allí no había forma obvia de salir, ni siquiera si no podían verlos—. La escoba está atascada de algún modo. No puedo moverla.

—Bueno —replicó Ralph, gesticulando vagamente—, es una escoba. Quizás se suponga que debes montarla.

James sintió que su estómago se hundía.

—No voy montar esta cosa, ni aunque *pudiera* moverla.

—¿Por qué no?

—¡No es mía! Y no me iba muy bien con la escoba hasta que conseguí mi Centella Fugaz, por si no lo recuerdas. Queremos hacernos con esta cosa, no pulverizarla contra una pared conmigo encima.

—¡Has mejorado desde entonces! —insistió Ralph—. Incluso antes de la Centella Fugaz ya lo hacías mucho mejor. Casi eres tan bueno como Zane. ¡Vamos! ¡Yo... yo iré detrás y nos lanzaré la capa por encima!

James dejó caer las manos y puso los ojos en blanco.

—Ralph, eso es una absoluta locura.

De repente, un sonido retumbante resonó en el pasillo que conducía al campo.

Sacudió las vigas, levantando polvo por todas partes. Ralph y James se sobresaltaron. La voz de Ralph temblaba de miedo.

—¿Qué ha sido eso?

—No sé —replicó James rápidamente—, pero creo que nos estamos quedando sin opciones. Ralph, listo para montar.

James pasó la pierna sobre la escoba flotante, que zumbaba gentilmente, y aferró el mango firmemente con ambas manos. Lentamente, posó su peso sobre la escoba, permitiendo que le sostuviera.

Un minuto antes de eso, Tabitha Corsica, había sospechado algo. Zane vio como su mirada se detenía en el cobertizo. De algún modo, Tabitha sabía que el tornado era sospechoso y había identificado el único lugar en el que alguien podía ocultarse y lanzar hechizos dentro de los límites mágicos del campo de quidditch. Zane estaba preparado para saltar al campo y atajarla si se aproximaba al cobertizo. Ya estaba improvisando un plan en el que fingía arrastrarla a la seguridad. Sin embargo, no se aproximó al cobertizo. Zane la vio dar un paso en esa dirección, y después mirar de reojo a los elfos que cerraban y aseguraban las puertas de los vestuarios de los equipos. Tabitha giró sobre sus talones y avanzó decididamente hacia la puerta en la base de las gradas de Slytherin.

Incluso si Zane corría con todas sus fuerzas, apenas tendría tiempo de alcanzarla. Simplemente rezó porque los elfos cumplieran con sus obligaciones, a pesar de lo que dijera Tabitha.

Noah y Sabrina había seguido a los elfos hasta las puertas de los vestuarios Slytherin, observando a distancia como las cerraban y colocaban la viga que las aseguraba en su lugar. Sabrina vio a Tabitha cruzar a zancadas el campo, con la cara sombría y la varita lista.

—Abrid las puertas —gritó Tabitha, con voz firme pero tranquila. Alzó la varita, apuntando con ella a la puerta cerrada.

—Lo siento mucho, señorita —respondió el elfo gruñón, inclinándose ligeramente—. Requisitos de la coalición. Estas puertas deben permanecer cerradas hasta que podamos abrirlas sin miedo a peligro o daño.

—Ábrelas ya o hazte a un lado —gritó Tabitha. Ya estaba a solo diez metros de distancia de la puerta, y Sabrina veía su mirada asesina. Abriría de golpe las puertas con su varita y probablemente aplastaría a los pobres elfos entre éstas y la pared. Obviamente, Tabitha había supuesto lo que estaba ocurriendo y sabía que su escoba estaba en peligro.

—¡Eh, Corsica! —gritó Sabrina, lanzándose hacia adelante, intentando colocarse entre

Tabitha y las puertas—. ¿Has convocado un tornado porque eres demasiado orgullosa como para perder con justicia contra los Ravenclaws?

Los ojos de Tabitha se fijaron en Sabrina, pero su cara no cambió. Su varita se había movido rápidamente y apuntaba a Sabrina, que se detuvo en el acto. Noah saltó hacia adelante para apartar a Sabrina pero llegó demasiado tarde. Ninguno de los dos oyó la maldición que pronunció Tabitha, pero los dos vieron el rayo de luz verde saltar de su varita. Golpeó a Sabrina directamente en la cara, tirándola hacia atrás contra Noah. Ambos cayeron al suelo, sus gritos quedaron ahogados por el rugido del viento y los de la ahora alterada y confusa multitud.

—Damas y caballeros —resonaba la voz de Damien sobre el ruido—, por favor, demos un fuerte aplauso al señor Cabe Ridcully, nuestro amado árbitro de quidditch, que en este momento está intentado calmar el tornado con una especie de... bueno, danza ritual, por lo que puedo ver. —Desde luego, Ridcully parecía estar bailando alrededor del tornado mientras este giraba por el campo, levantando una espesa nube de arena y polvo. Ridcully señalaba con su varita hacia el embudo, pero cada vez que parecía haber logrado apuntarle bien, el embudo cambiaba, lanzándose hacia él y obligándole a alejarse danzando. La gente ciertamente comenzó a vitorearle, así que muy pocos se fijaron en lo que estaba ocurriendo en la base de las gradas de Slytherin.

—Última oportunidad —gritó Tabitha a los elfos que guardaban la puerta. Estos miraron a Sabrina, que todavía estaba tirada sobre Noah, cubriéndose la cara con las manos.

—Ahora escuche, señora —empezó el elfo gruñón, pero fue interrumpido por el rayo de luz verde que golpeó las puertas cerradas. Los elfos se echaron a un lado cuando la gran viga de madera que cerraba la puerta explotó en medio de una detonación ensordecedora y una lluvia de astillas. Tabitha no había disminuido el paso mientras se aproximaba a la puerta. Apuntó la varita una vez más, lista para lanzar el hechizo que abriría las puertas. Entonces, de repente, se detuvo. Inclino la cabeza, como si escuchara algo. Noah, luchando por salir de debajo de la atontada Sabrina, lo oía también. Bajo el sonido del tornado y el rugido de las gradas una sola persona gritaba, y ese grito crecía en volumen muy rápidamente.

Las puertas del vestuario Slytherin se abrieron de golpe, arrancadas completamente de sus goznes, mientras algo salía como un cohete entre ellas. Noah captó el más breve de los vistazos de alguien inclinado sobre una escoba que pasaba junto a Tabitha Corsica tan rápido que la tiró al suelo. Corsica aterrizó en un montón desgarrado a dos metros de distancia. La voz del jinete que gritaba se perdió en la distancia mientras la escoba recorría como un rayo el campo, atravesaba el tornado, y salía por el otro lado.

James aferraba la escoba de Tabitha tan firmemente como podía. Había dejado a

Ralph atrás, al haber sido impulsado a una aceleración salvajemente instantánea en el momento en que se había posado en la escoba. Había sentido la atronadora sacudida cuando la escoba se había lanzado a través del tornado, entonces abrió los ojos y tiró, intentando ganar algún control sobre la enloquecida escoba. El campo de quidditch giraba enfermizamente bajo él cuando finalmente la escoba respondió, luchando contra él pero incapaz de resistir la fuerza de su presión. Las gradas de Ravenclaw surgieron amenazadoras ante él y James luchó por subir. Pasó rugiendo sobre la multitud, que se agachó a su paso; sombreros y banderines salieron volando a su estela. Damien estaba gritando algo en la cabina, pero James no podía oírlo sobre el rugido del viento en sus oídos. Arriesgó una mirada atrás, temiendo haber lastimado a alguien. No había lesiones obvias por lo que podía ver. Cuando se volvió hacia adelante, se dirigía directamente a las gradas de Slytherin otra vez, por donde había venido. Se inclinó en dirección opuesta y tiró tan fuerte como pudo, conduciendo a la escoba que aún se resistía a un salvaje e inestable rizo. Las gradas de Slytherin se alejaban girando. Con una descabellada sensación de triunfo, James comprendió que había conseguido algo de control sobre la escoba. Miró hacia adelante para ver a dónde le llevaba su giro y jadeó. Apenas tuvo tiempo de agachar la cabeza antes de traspasar la puerta abierta del cobertizo.

La escoba parecía moverse como si tuviera mente propia. Pasó a través del túnel dejando atrás el cobertizo y el aire del espacio confinado le presionó con fuerza contra los tímpanos. Cuando alcanzó la abertura tras el pedestal de Lokimagus, la escoba giró con tal fuerza y brusquedad internándose en el corredor que casi tiró a James.

La sensación de velocidad era sombrosa mientras la escoba recorría los pasillos. Afortunadamente, la mayoría de los habitantes de la escuela estaba fuera, en el campo de quidditch para el partido de la final, lo que dejaba los pasillos casi vacíos. Se lanzó en picado por el abismo de los huecos de las escaleras mientras estas se balanceaban y pivoteaban, esquivándole por poco, obligando a James a agacharse y abrazarse tanto a la escoba como podía. Peeves estaba cerca del fondo de las escaleras, aparentemente dibujando mostachos a alguna de las estatuas. James le vio por el rabillo del ojo, entonces, asombrosamente, se lo encontró sentado en la escoba delante de él, mirándole de frente.

—¡Asqueroso tramposo es este chico Potter! —gritaba Peeves alegremente mientras la escoba pasaba como un cohete por un estrecho pasillo de clases—. ¿Estamos intentando comenzar una amigable competición con el viejo y querido Peeves! ¡Jee, jee!

Peeves agarró una araña de luces al pasar y le dio vueltas, dejando a James y a la escoba descendiendo rápidamente tras él. James intentó timonear, pero no servía de nada. La escoba estaba siguiendo su propio definido, si bien maniático, curso. Se inclinó y bajó por un tramo de escaleras de piedra hasta las cocinas de los elfos. A diferencia del

resto de la escuela, las cocinas estaban atestadas y bulliciosas, llenas de elfos que hacían la limpieza tras la cena. La escoba se lanzó entre cazuelas gigantes, obligando a los elfos a tambalearse como bolos. Se oyó una cacofonía de platos rotos y platería, un ruido que decreció a una velocidad horrible. La lavandería fue lo siguiente, sofocantemente caliente y ruidosa. La escoba pasó como un rayo entre las máquinas de lavar, esquivando gigantescas ruedas dentadas y pasando bajo enormes brazos y resoplantes pistones. James quedó horrorizado al ver que la escoba, aparentemente habiendo alcanzado un callejón sin salida, se dirigía directamente hacia la pared de piedra al final de la habitación. Estaba a punto de saltar de la escoba, esperando aterrizar en una de las cubas de cobre con agua y jabón, cuando la escoba viró ligeramente a la izquierda y en vertical. Había una portilla en el techo, y James la reconoció como el tobogán de la ropa. Apretó los dientes y se abrazó de nuevo a la escoba. Esta se lanzó hacia arriba por el tobogán, en un ángulo tan pronunciado que James apenas podía mantener las piernas a su alrededor, y entonces todo fue oscuridad y presión.

Una pila de colada salió a su encuentro a medio camino y James balbuceó cuando la masa de ropa le sofocó. Luchó por librarse de ella, pero no podía arriesgarse a soltar la escoba. La escoba cambió de sentido de nuevo, y James pudo ver por el cambio de presión y la frescura del aire que de algún modo había vuelto a salir. Todo lo que podía ver a través de la masa de ropa era un débil patrón de luces titilantes mientras la escoba esquivaba y saltaba. James se arriesgó a soltar una mano. Agitó violentamente la ropa que se envolvía a su alrededor, aferrando finalmente un puñado y tirando de ella tan fuerte como pudo. La tela se soltó, dejándole atónito al ver el borroso paisaje de luz y viento. Solo tuvo tiempo de reconocer que de algún modo, increíblemente, la escoba le estaba llevando de vuelta al campo de quidditch. Las gradas se erguían ante él. En la base de la más cercana había una fila de gente, muchos se giraron hacia él, señalándole y gritando. Entonces, de forma instantánea, la escoba finalmente dejó de moverse. James salió disparado por un extremo y durante lo que le pareció un rato demasiado largo simplemente surcó el aire sin apoyo. Finalmente, la tierra le reclamó con un largo y sonoro golpe. Algo en su brazo derecho estalló desagradablemente y al fin se detuvo, y se encontró mirando hacia arriba a una docena de caras aleatorias.

—Parece que está bien —dijo uno de ellos, mirando hacia alguien que estaba cerca.

—Más de lo que se merece —dijo otra persona enfadada, frunciendo el ceño hacia él—. Intentar arruinar el partido robando la escoba de la capitana. Nunca lo habría pensado.

—En realidad no pasa nada —dijo otra voz de más lejos. James gimió y se levantó apoyándose en el codo izquierdo. Su brazo derecho latía horriblemente. Tabitha Corsica estaba de pie a unos siete metros de distancia, rodeada por una multitud de asombrados espectadores. Su escoba colgaba inmóvil cerca de ella, exactamente donde se había

detenido. Tenía una mano sobre ella, y la agarraba fácilmente—. Seguramente podemos perdonar a este crío por su entusiasmo de novato, sin embargo yo misma estoy bastante asombrada por los extremos a los que llegan algunos en nombre del quidditch. De verdad, James, es solo un juego. —Le sonrió, mostrándole todos sus dientes.

James se derrumbó hacia atrás sobre la hierba, aferrándose el brazo derecho. La multitud empezó a separarse cuando apareció Ridcully, abriéndose paso a empujones. La directora y los profesores Franklyn y Jackson iban justo detrás. James oyó a Tabitha Corsica hablando ruidosamente con sus compañeros de equipo mientras se dirigía de vuelta al campo.

—La gente piensa que porque fue hecha por muggles debe ser una escoba inferior, ya veis. Pero su magia es tan fuerte como la que encontrarías en cualquier Centella Fugaz, incluso en una con la opción de realzamiento extragestual. Esta escoba *sabe* quién es su dueña. Todo lo que tuve que hacer fue convocarla. Con todo, el señor Potter no podía haberlo sabido. En cierto modo, siento pena por él. Sólo estaba haciendo lo que le han enseñado.

McGonagall se agachó junto a James, con la cara seria y llena de consternación.

—En verdad, Potter. Simplemente no sé qué decir.

—Cúbito roto, señora —dijo Franklyn, examinando el brazo de James a través de un extraño aparato formado por lentes de diferentes tamaños y anillas de latón. Lo plegó pulcramente y se lo deslizó en el bolsillo interior de su túnica—. Yo sugeriría enfermería primero y preguntas después. Tenemos mucho de lo que ocuparnos en este momento.

—Sí, es cierto —estuvo de acuerdo la directora, sin apartar la mirada de James—. Especialmente cuando espero que la señorita Sacarhina y el señor Recreant estén aquí en cuestión de horas. Debo decir, Potter, que estoy extremadamente sorprendida por su actitud. Intentar algo tan pueril en estos momentos. —Se puso en pie, sacudiéndose la túnica—. Muy bien, ¿señor Jackson, le importaría escoltar al señor Potter hasta la enfermería, por favor? Y si fuera tan amable, indique a Madame Curio que el señor Potter debe quedarse allí a pasar la noche. —Atravesó a James con una mirada acerada mientras Jackson le ponía en pie de un tirón—. Quiero saber exactamente dónde encontrarle cuando desee interrogarle. Y *nada* de visitas.

—Pierda cuidado, señora directora —respondió Jackson, conduciendo a James de vuelta al castillo.

Caminaron cinco minutos en silencio, entonces, cuando entraron en el patio y el ruido del campo se desvaneció, Jackson dijo:

—No te he calado aún, Potter.

El dolor del brazo de James había cedido hasta convertirse en un latido apagado,

aunque todavía era bastante molesto.

—¿Perdone, señor?

—Quiero decir que no le he catalogado aún —dijo Jackson con un tono conversacional—. Obviamente sabe usted más de lo que un chico de su edad debería saber, y de algún modo no creo que sea simplemente porque sea el hijo del jefe de aurores del ministerio. Primero intenta robar mi maletín, y después esta noche orquesta esta absurda farsa para robar la escoba de la señorita Corsica. Y a pesar de lo que todos los demás puedan pensar, Potter —miró de reojo a James mientras entraban en el vestíbulo principal, alzando sus oscuras cejas castañas—, *yo sé* que no pretendía robarla para dar a Ravenclaw más probabilidades en el campeonato.

James se aclaró la garganta.

—No sé de que está usted hablando.

Jackson no le estaba prestando ninguna atención.

—No importa, Potter. Sea lo que sea lo que creas saber, sea lo que sea lo que estés tramando, después de esta noche, no importará ni un ápice.

El corazón de James se saltó un latido, y después comenzó a golpear duramente en su pecho.

—¿Por qué? —preguntó, con los labios extrañamente embotados—. ¿Qué pasa esta noche?

Jackson le ignoró. Abrió una de las puertas de cristal de la enfermería y la mantuvo abierta para James. La habitación era larga y alta, con una fila de camas pulcramente hechas. Madame Curio, que por razones obvias no era aficionada al quidditch, estaba sentada a su escritorio en la esquina trasera, escuchando música clásica en su radio.

—Madame Curio, probablemente conozca al señor Potter —dijo Jackson, apremiando a James hacia ella—. De algún modo se las ha arreglado para romperse el brazo en el partido de quidditch, a pesar de que en realidad no es miembro de ninguno de los equipos.

Madame Curio se puso en pie y se aproximó a James, sacudiendo la cabeza.

—Gamberros. Nunca entenderé que tiene ese deporte que convierte a individuos normales en Neandertales. ¿Qué tenemos aquí? —Alzó el brazo de James cautelosamente, tanteando la rotura. Siseó a través de los dientes cuando la encontró. Chasqueó la lengua—. Una fractura fea, desde luego. Podría haber sido peor, sin embargo, estoy segura. Te lo arreglaremos en un momento.

—Además —dijo Jackson—, la directora me ha pedido que le pida que mantenga al señor Potter aquí durante la noche, madame.

Curio no levantó la mirada de su inspección al brazo de James.

—El crecehuesos tardará al menos hasta mañana por la mañana en completar su trabajo, de todos modos. Aún así, es una lesión menor. Podría haberle enviado a su habitación con un entablillado.

—La directora desea interrogar al señor Potter, madame. Quiere que se le mantenga bajo supervisión hasta entonces. Al parecer, me temo, el señor Potter es sospechoso de estar involucrado en un complot muy serio que podría poner en peligro a esta escuela. No debería decir más, pero yo en su lugar pondría centinelas en las puertas para mantener a las visitas fuera y al señor Potter dentro, al menos hasta mañana por la mañana, yo no lo consideraría una exageración.

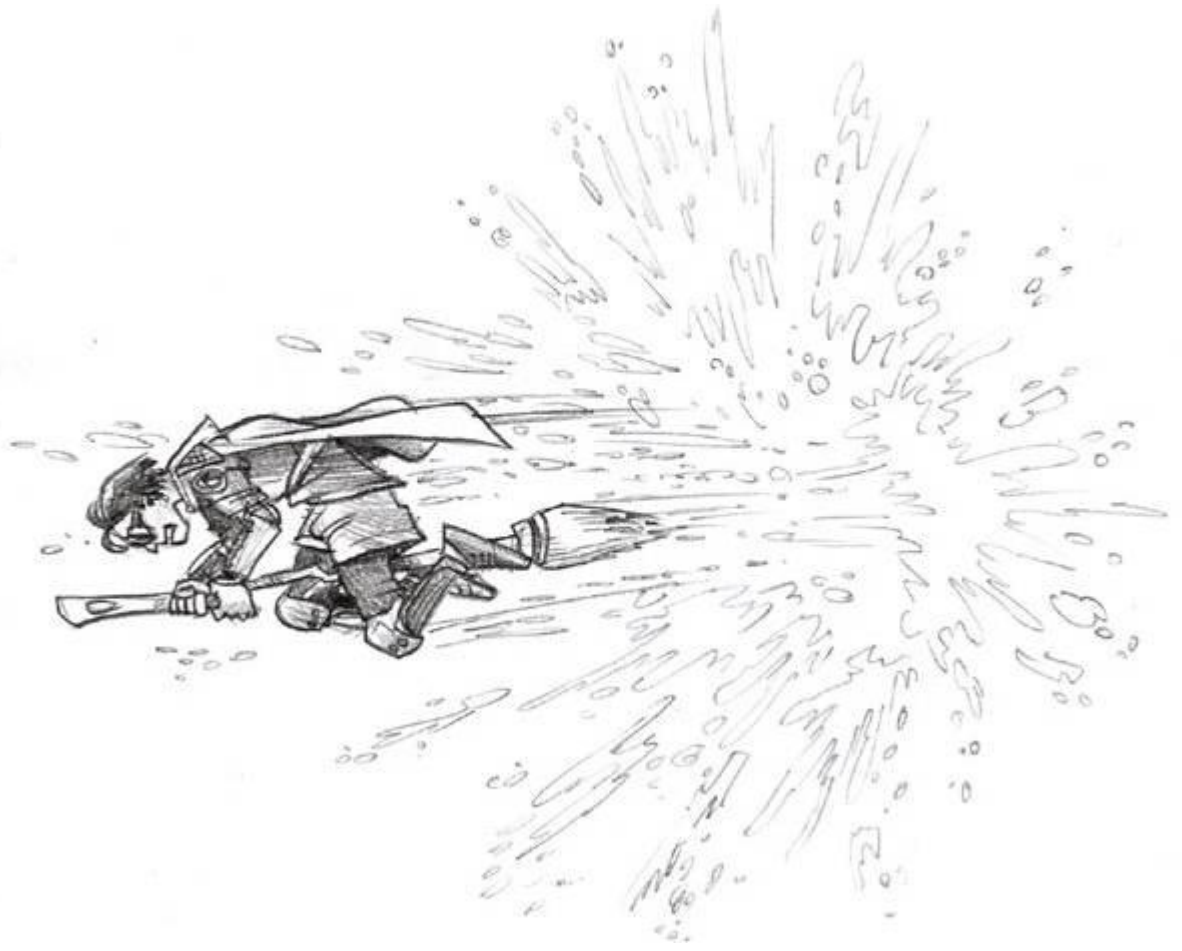
—¡La directora no dijo eso! —exclamó James, pero sabía que su protesta no ayudaría. De hecho, cuando más protestara, probablemente peor parecería.

Curio jadeó y se enderezó.

—¿Esto tiene algo que ver con la intrusión de ese horrible hombre de ayer? He oído que es una especie de periodista muggle, ¡y que todavía está aquí! Es así, ¿no es cierto? —Se cubrió la boca con una mano y miró de Jackson a James.

—Una vez más, en realidad no debería decir nada más, madame —replicó Jackson—. Además, el señor Potter podría acabar siendo exonerado. Ya veremos. En todo caso — Jackson bajó la mirada hacia James y se distinguía la más débil sugerencia de una sonrisa en la comisura de su boca—, hasta mañana entonces, James.

Se giró y salió de la habitación, cerrando la puerta cuidadosamente tras él.





Capítulo 17

La noche del retorno

En favor de Madame Curio, hay que decir que no dejó que las acusaciones de profesor Jackson influenciaran su trato a James. Examinó la fractura durante varios minutos, tocando y pellizcando, y después la entablilló cuidadosamente. Cayó en una ruda pero pedante diatriba sobre las aflicciones de las lesiones de quidditch, pero a James le sonó a algo que había dicho cientos de veces antes. Su mente estaba en otra cosa, y James no necesitaba especular sobre lo que la preocupaba. La invasión de Martin Prescott en la escuela había provocado una oleada de especulación y ansiedad. Su identidad como reportero de noticias muggle, y el hecho de que estuviera siendo retenido en las habitaciones de Alma Aleron había alimentado un montón de rumores. Una nube de intranquilidad se cernía sobre la escuela entera, y no se había aliviado con el anuncio de la directora de que estaban de camino oficiales del ministerio para tratar con el señor Prescott. Mientras Madame Curio medía la dosis de crecehuesos, James la pilló mirándole suspicazmente, de arriba a abajo.

Alguien tenía que haber dejado entrar al intruso, después de todo. ¿Por qué no este novato de primero, hijo del jefe de aurores? James sabía que alguna gente... los que creían las mentiras del Elemento Progresivo... esperarían de él tal hazaña. Antes, ese mismo día, había oído una voz entre un grupo de estudiantes diciendo: «Tiene sentido, ¿no? Toda la línea de los aurores se basa en que el Voto de Secretismo es nuestra única protección frente a los supuestos cazadores de brujas muggles. ¿Entonces qué hacen? Dejan que este tipo se cuele aquí y nos asuste a todos haciéndonos pensar que hay muggles ocultos en el bosque, detrás de cada arbusto, con una antorcha y una pira, listos para quemarnos a todos en la hoguera. Es llevarlo al extremo. Yo digo que le dejemos seguir con su historia. Eso demostrará para qué sirven los chanchullos del ministerio».

—Ya está —dijo Madame Curio, enderezándose—. Terminado. Sentirás algún hormigueo y picazón durante la noche mientras el hueso crece. Es perfectamente normal. No juguetees con la tablilla. Lo último que quiero es que los huesos crezcan torcidos. La solución a eso sería volver a romper el hueso y comenzar desde el principio, e indudablemente no queremos eso. Ahora —gesticuló hacia la fila de camas—, escoge la que más te guste. Me ocuparé de que te traigan el desayuno por la mañana. Puedes ponerte cómodo.

James lanzó su mochila sobre una de las mesitas de noche y se subió a la cama inusualmente alta. Era una cama muy confortable, y por una buena razón, todos los colchones de la enfermería habían sido imbuidos con hechizos de relajación. Los hechizos, sin embargo, no habían afectado a los pensamientos de James, que eran oscuros por la frustración y la ansiedad. El profesor Jackson había admitido que esa noche era una noche de importancia suprema. Ya no era simple especulación. Y aquí estaba James, atascado en la enfermería, pulcramente atrapado por la astuta interpretación del profesor Jackson de las instrucciones de la directora McGonagall. Solo por primera vez desde que había empezado el asunto de la escoba, James sintió todo el impacto de lo que había ocurrido en el campo de quidditch. Había parecido un plan alocado desde el principio, pero no más que el plan para hacerse con el maletín del profesor Jackson, y *ese* había funcionado, ¿no? Todo había salido bien, hasta ahora.

Era como si de pronto una pared de ladrillos invisible los hubiera bloqueado, deteniendo su progreso en el último momento. Indiscutiblemente, el báculo de Merlín era la más poderosa de las tres reliquias. Ahora mismo, Corsica, Jackson y Delacroix probablemente estuvieran preparándose para reunir las reliquias, sin saber que habían perdido la túnica, pero con las dos reliquias más importantes en su poder.

A pesar de su ansiedad, James había empezado a vagar hacia la somnolencia bajo la influencia del colchón embrujado. Ahora, se sentó erguido, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. ¿Qué pasaría cuando Jackson abriera su maletín y encontrara la capa de vestir de Ralph en vez la de túnica de Merlín? El encantamiento *visum-ineptio* se

rompería, ¿no? Jackson vería el maletín como lo que era. Lo reconocería, y recordaría ese día en la clase de Tecnomancia, cuando James, Ralph y Zane habían utilizado el falso maletín para engañarle. Él había creído que habían fallado, incluso se había referido a ello mientras llevaba a James a la enfermería. Seguramente comprendería que *no* habían fallado. Jackson era astuto. Sabría cuál de los chicos tenía la auténtica túnica. Ni Zane, ni Ralph, sino James. El chico al que no había «calado» aún. ¿Vendría Jackson a la enfermería a exigir la túnica? No, incluso mientras lo pensaba, supo que Jackson no iría. Se dirigiría directamente al baúl de James en el dormitorio de los chicos en la torre de Gryffindor. Probablemente reclamaría estar buscando pistas sobre la implicación de James en el innombrable y peligroso complot contra Hogwarts. Jackson seguramente conseguiría abrir el baúl de James, y entonces recuperaría la túnica. Todo lo que James, Ralph y Zane, e incluso los gremlins habían arriesgado habría sido en vano. Ciertamente se acabaría todo, y no había nada que James pudiera hacer al respecto.

James golpeó la mesilla con el puño, lleno de frustración. Madame Curio, que estaba sentada en su escritorio en la esquina, jadeó y se llevó una mano al pecho. Miró a James pero no dijo nada. James fingió no verla.

Su mochila había resbalado de lado cuando había golpeado la mesa con el puño. Resueltamente, la cogió y la abrió. Sacó su pergamino, su tinta y una pluma. Sabía que, en circunstancias normales, Madame Curio nunca permitiría a un paciente tener un bote de tinta abierto sobre sus immaculadas sábanas blancas, pero por el momento estaba preocupada, ya que abrigaba a un individuo potencialmente peligroso. Mejor no provocarle. James se inclinó sobre el pergamino y escribió rápida y torpemente, con el brazo entablillado, sin notar siquiera el modo en que su mano emborronaba las letras húmedas.

Querido papá,

Siento haber cogido el mapa m. y la capa i. Sabía que no debía, pero los necesitaba, y creo que tú en mi lugar hubieras hecho lo mismo, así que espero que no estés muy enfadado. Sé que no tengo la más mínima posibilidad con mamá, pero intercede un poco, ¿vale?

La razón por la que los cogí fue porque descubrí algo realmente preocupante y espeluznante que está pasando aquí, en la escuela. Algunos de los profesores americanos están metidos en ello, aunque no Franklyn. Él es genial. También el E.P. está involucrado. No quiero hablarte de ello por carta, pero incluso si me he metido en un buen lío con mamá, necesito que vengas. ¿Puedes estar aquí mañana? La señorita Sacarhina dice que estás en una misión importante y que no se te puede molestar, así que quizás no puedas, pero inténtalo, ¿vale? Es realmente importante y necesito tu ayuda.

Con cariño,

James dobló el pergamino y lo ató con un trozo de cordel. No sabía cómo lo enviaría, pero se sentía mejor habiéndolo escrito. Recordó como había tenido intención de escribir a su padre hablándole de la conspiración Merlín cuando se habían hecho con la túnica, y se recriminó a sí mismo no haberlo hecho entonces. Había pensado, en ese momento, que sus razones para no contárselo a su padre eran buenas, pero ahora, atrapado en la enfermería la misma noche del complot Merlín, y sabiendo que, a pesar de todo, Jackson posiblemente recuperara la túnica, parecía estúpido y arrogante que no hubiera escrito a su padre antes.

Una idea le golpeó y rebuscó en su mochila otra vez. Un momento después, sostenía el pato de goma Weasley en sus manos. Todavía tenía el mensaje de Zane escrito en la parte de abajo: *¡Lavandería!* James hundió la pluma y lo tachó con una línea. Debajo, escribió: *Enfermería: enviad a Nobby a la ventana oeste.*

Cuando terminó, dio al pato un fuerte apretón. *¡Asqueroso bastardo!*, graznó.

En la esquina, Madame Curio se sobresaltó una vez más y miró acusadora a James. Criminal potencial o no, claramente pensaba que su comportamiento era inconcebiblemente grosero.

—Lo siento, Madame —dijo James, alzando el pato de goma—. No fui yo. Fue mi pato.

—Ya veo —dijo ella con obvia desaprobación—. Quizás este sea un buen momento para que me retire por esta noche. No, eh, necesitarás nada, ¿verdad?

James negó con la cabeza.

—No, madame. Gracias. Siento el brazo mucho mejor de todos modos.

—No juguetees con él, como ya he dicho estarás recuperado por la mañana, espero.

Se puso en pie y pasó apresuradamente junto a James hacia las puertas de cristal. Se podían ver dos figuras a través del cristal ahumado, y James supo que eran Philia Goyle y Kevin Murdock, ambos amablemente enviados por el profesor Jackson para vigilar las puertas.

Madame Curio abrió las puertas y salió, deseando buenas noches a los centinelas. La puerta se cerró tras ella y James oyó el cerrojo caer en su lugar. Suspiró con frustración, y luego saltó cuando su pato de goma graznó un insulto junto a él. Lo alzó y miró la parte de abajo. Bajo su mensaje había una nueva línea de letras negras: *Abre la ventana: diez minutos.*

James se sintió un poco mejor. No había estado seguro de que Ralph o Zane

estuvieran en posición de oír o responder a sus patos. De hecho, no sabía nada de lo que había ocurrido con el resto de los gremlins. Se sentía cautelosamente confiado en que ninguno habría sido capturado, a pesar de que el apuro de Ralph, abandonado en medio del vestuario Slytherin, probablemente fuera peor que el de ningún otro. Aún así, se imaginó que incluso Ralph había salido con bien de esta. Una vez todos habían visto a James salir en estampida del vestuario montando la escoba de Tabitha, probablemente la atención se hubiera enfocado en su descabellada cabalgada, y después en Tabitha convocando a su escoba, trayéndolos a los dos de regreso al campo. Más que probablemente, Ralph había salido en ese punto y había vuelto al cobertizo, junto con los gremlins.

Observaba el reloj que había sobre el escritorio de Madame Curio mientras los diez minutos pasaban con su tictac. Luchó contra el impulso de ir y abrir la ventana antes de que los diez minutos hubieran pasado. Si Madame Curio volvía y le veía de pie junto a la ventana abierta, sospecharía una traición a pesar de que la ventana estuviera a diez metros del suelo. Finalmente, cuando el minuterero estuvo en su lugar, anunciando las ocho y cuarto, James saltó de la cama. Cogió la carta de la mesilla y corrió ágilmente hacia la ventana más alejada de la derecha. El picaporte cedió con facilidad y James abrió la ventana a la fresca y brumosa noche. El cielo finalmente se había despejado, revelando un polvo plateado de estrellas, pero no había señal de *Nobby*. James se inclinó sobre la ventana, asomándose a lo largo del alféizar, y una monstruosa forma silenciosa surgió amenazadoramente de la oscuridad acercándose a él, apagando las estrellas. Cayó sobre él pesadamente, rodeándolo, y sacó su cuerpo por la ventana antes de que tuviera tiempo de gritar pidiendo ayuda. La figura apretó, dejándole sin respiración de forma que el aliento se le escapó en un silbido.

Muy por debajo una voz dijo en un susurro:

—¡No tan fuerte! ¡Vas a machacarle los huesos!

La gigantesca mano soltó un poco y James vio pasar yardas de gigante mientras era bajado al suelo.

—¡Bien hecho, Prechka! —gritó Zane, palmeando a la gigante en la espinilla. Ella gruñó alegremente y abrió la mano, haciendo rodar a James hasta el suelo entre sus enormes pies.

—¡Creía que solo ibais a mandar a *Nobby*! —jadeó James, levantándose a gatas.

—Esto fue idea de Ted —dijo Ralph, saliendo de la sombras de un arbusto cercano—. Sabía que querías salir y ocuparte de todo este asunto de Merlín, especialmente ahora. Salió en busca de Grawp en el momento en que vio que Jackson te llevaba. Grawp encontró a Prechka, que es lo suficientemente alta como para alcanzar la enfermería y nosotros justo estábamos buscando la forma de conseguir que te acercaras a la ventana

cuando nos graznaste. Todo ha salido a la perfección, ya ves.

—Yo diría —dijo James, frotándose las costillas con el talón de la palma izquierda—, que es una suerte que sea zurda o probablemente necesitaría otra dosis completa de crecehuesos para mi brazo. ¡Menudo apretón! ¿Y dónde está Ted, por cierto?

—Arresto domiciliario en su casa, junto con el resto de los gremlins —dijo Zane, encogiéndose de hombros—. McGonagall sabe que estaban involucrados en el plan para robar la escoba, aunque no puede probarlo aún. Probablemente lo dejará correr... está mucho más interesada en diseccionar a Recreant y Sacarhina. Pero Jackson tuvo la idea de sacar a todos los gremlins de escena hasta mañana por la mañana, cuando todo este asunto de Prescott esté arreglado. Ted fue enviado a la sala común de Gryffindor en el momento en que volvió del bosque con Grawp. Todo el mundo está así excepto Sabrina, que sufrió una maldición bastante desagradable de gigantismo de Corsica. Su nariz es del tamaño de una pelota de fútbol. No se puede hacer nada al respecto excepto dormir, aparentemente. Creo que nosotros también habríamos sido puestos bajo vigilancia, solo que Jackson cree que Ralph es demasiado tonto para estar involucrado en el asunto de la escoba y yo tenía la coartada perfecta, habiendo estado allí mismo en el campo todo el tiempo. Así que aquí estamos. ¿Cuál es el plan, James?

James miró de Zane, a Ralph y a Prechka, y después tomó un profundo aliento.

—El mismo que antes. Tenemos que acudir al Santuario Oculto y detener a Jackson, Delacroix y a cualquier otro que esté involucrado. Tenemos que hacernos con el báculo de Merlín, si podemos, y lo que es más importante, tenemos que escapar para poder testificar sobre quién está involucrado.

—Eso, eso —estuvo de acuerdo Ralph.

—Pero primero —dijo James, sosteniendo en alto la carta que había escrito a su padre—. Tengo que enviar esto. Debería haberlo hecho hace semanas, pero mejor tarde que nunca. Ted tenía razón. Si no hubiéramos pedido ayuda a los gremlins, todavía estaría atrapado ahí, en la enfermería.

—Si no hubiéramos pedido ayuda a los gremlins no habrías acabado allí en primer lugar —masculló Ralph, pero sin mucha convicción.

—Zane —dijo James, girándose hacia él y metiéndose la carta en el bolsillo—. ¿A qué hora se supone que se producirá el alineamiento de los planetas?

—A las nueve y cincuenta y cinco —respondió Zane—. Solo tenemos una hora y media.

James asintió.

—Reuníos conmigo en el bosque cerca del lago en quince minutos. Traed a Prechka si quiere venir.

Zane levantó la mirada hacia la oscura mole de la gigante.

—No creo que pudiéramos librarnos de ella ni aunque quisiéramos. Al parecer le gusta ayudar.

—Excelente. Ralph, ¿tienes tu varita?

Ralph sacó su varita ridículamente grande del bolsillo de atrás. La punta verde lima brillaba de forma extraña en la oscuridad.

—No salgas de casa sin ella —dijo.

—Bien, mantenla a mano. Tú estás de guardia. Intenta recordar todo lo que hemos aprendido en Defensa Contra las Artes Oscuras y estate listo para ponerlo en práctica. Ya está entonces. Vamos.



James atravesó a toda prisa las sombras de los pasillos, intentando moverse a la vez rápidamente y sin levantar sospechas, lo que era todo un desafío. Llegó al agujero del retrato justo cuando salía Steven Metzker.

—¡James! —dijo Steven, parpadeando por la sorpresa—. ¿Qué estás haciendo aquí? Se suponía que tenías que estar... —Se detuvo y miró alrededor, a los pasillos oscurecidos—. Entra antes de que alguien te vea.

—Gracias, Steven —dijo James, agachándose para entrar a través del retrato.

—De nada —replicó Steven—. Y lo digo en serio. No te he visto, y tú no me has visto a mí. No hagas que me arrepienta de esto.

—¿Arrepentirte de qué? No ha pasado nada.

Steven salió al pasillo mientras el retrato de la Dama Gorda se cerraba tras James.

Los gremlins, excepto Sabrina, estaban reunidos alrededor del fuego con aspecto malhumorado y agitado. Noah vio a James y se sentó erguido.

—Ya veo que Prechka encontró a quien buscaba.

Los demás se giraron y sonrieron maliciosamente.

—¿Qué haces aquí? —dijo Ted, poniéndose serio—. Ralph y Zane acaban de sacarte. Nos llevó la mitad de la noche planearlo todo después del desastre del campo de quidditch, así que ya es bastante tarde. Deberías ir de camino a la isla. ¿Quieres que vayamos con vosotros?

—No, ya tenéis bastantes problemas. Solo quiero enviar esto —Levantó la carta. Ted asintió con aprobación, presintiendo para quién era—. Me reuniré con Ralph y Zane en el bosque en diez minutos.

—Yo quiero ir —dijo Noah, levantándose—. Corsica maldijo a Sabrina. Quiero devolverle el favor.

James sacudió la cabeza.

—Vosotros tres tenéis un trabajo distinto esta noche, y puede que implique una maldición o dos. Si Ralph, Zane y yo fallamos, Jackson o algún otro aparecerá probablemente por aquí buscando la túnica de Merlín. Vosotros tres tenéis que protegerla. Si alguien viene a buscarla tenéis que detenerle, no importa cómo. Odio pedirlos esto pero... ¿lo haréis?

Petra asintió y miró a Noah y Ted.

—No hay problema. Pero por mucho que nos encantaría tener la oportunidad de encargarnos de esos tipos, intenta no fallar, ¿vale?

James asintió, y después se giró y corrió escaleras arriba hacia los dormitorios de los chicos. La habitación estaba oscura y silenciosa, excepto por una vela cerca de la puerta del diminuto baño. *Nobby*, no le había cogido afición a la lechucería y continuaba apareciendo en la ventana de James, y durmiendo en su jaula.

—*Nobby* —susurró James urgentemente—, tengo un mensaje para que se lo entregues a papá. Sé que es tarde, pero es realmente importante.

El enorme pájaro alzó la cabeza de debajo del ala y se lamió el pico, adormilado. James abrió la puerta de la jaula, dejando saltar a *Nobby* sobre la mesa. Cuando la nota estuvo atada a la pata extendida de *Nobby*, James abrió la ventana.

—Y esta vez, cuando vuelvas, ve a la lechucería. Por agradable que sea tenerte alrededor vas a meterme en más problemas aún. ¿Vale?

La lechuza miró a James con sus ojos enormes e inescrutables, después saltó al alféizar de la venta. Con un revoloteo de alas, *Nobby* se lanzó a la oscuridad.

James estaba a punto de volver escaleras abajo cuando su mirada captó el bulto oscuro de su baúl. ¿Estaba ligeramente fuera de su posición normal? Sintió un repentino y helado temor. Quizás Jackson ya tenía la túnica. Quizás había comprobado su maletín antes de salir hacia el Santuario Oculto, solo para asegurarse, y había descubierto el cambiazó. Seguramente los gremlins de abajo habrían visto a Jackson entrar y salir, pero otra vez, quizás no. Como James había comprendido antes, Jackson era astuto. Quizás se había disfrazado, o quizás había pedido a Madame Delacroix que utilizara su habilidad de fisioaparición remota para aparecer sin más en el dormitorio de los chicos y coger directamente la túnica. Una vez más, Ted había mencionado que Zane y Ralph habían

estado allí, planeándolo todo tras el desastre del quidditch. James tenía que saberlo. Se agachó cerca del baúl y sacó la varita. La cerradura se abrió a su orden y revolvió el contenido hasta que encontró el maletín enterrado en el fondo. Todavía estaba allí, pero ligeramente abierto. James jadeó de miedo, entonces tanteó dentro. Sus dedos encontraron los lisos pliegues de tela. Podía incluso oler la fragancia fantasmal de las hojas, la tierra y los vientos vivos. Soltó un gigantesco suspiro de alivio.

Con el baúl abierto, James se preguntó si había algo que pudiera necesitar en su aventura en la isla. Miró alrededor a la pila de ropa desordenada y utensilios que había en el extremo de su cama. Después de considerarlo un momento, agarró el mapa del merodeador y la capa invisible. Cerró de golpe el baúl, utilizando su varita para asegurarlo, y después, habiendo dejado su mochila sobre la mesita de la enfermería, metió el mapa y la capa en una bolsa de cuero que su madre le había dado a principios de año. Se giró y bajó las escaleras rápidamente, deteniéndose solo para recordar a Noah, Petra y Ted los poderes de Delacroix.

—No te preocupes —dijo Noah, levantándose de un salto y dirigiéndose hacia las escaleras—. Haremos turnos para mantener vigilado tu baúl. Cambios cada hora, ¿vale, Ted?

Ted asintió con la cabeza. Satisfecho, James pasó agachado a través del agujero del retrato para ir al encuentro de Ralph y Zane.



Cinco minutos después, cuando salía del patio a los terrenos, los ojos de James estaban demasiado deslumbrados por las luces del interior como para ver claramente en la oscuridad. Tanteó su camino por la cuesta hacia el lago hasta que oyó silbar a Zane, aparentemente intentando imitar a un pájaro. El sonido venía de su izquierda, y cuando James se giró hacia allí, finalmente pudo divisar el bulto de la gigante de pie en la linde del bosque. Zane y Ralph estaba agazapados cerca.

—Eso estuvo bastante bien, ¿eh? —dijo Zane, sonriendo—. Lo vi en una película de James Bond. Creí que lo apreciarías.

—Genial —asintió James. El frío del aire nocturno se había posado sobre él y sentía una descabellada sensación de excitación y miedo. Este era el momento. No había vuelta atrás. Ahora mismo su ausencia de la enfermería probablemente estaba siendo descubierta. Puede que tuvieran problemas mañana, pero si fracasaban ahora aún habría peores problemas por venir. James levantó la mirada hacia Prechka.

—¿Nos dejará montar sobre sus hombros? Es la única forma de llegar allí a tiempo.

Prechka le oyó. En respuesta, se agachó, haciendo que la tierra se estremeciera cuando sus rodillas golpearon la ladera.

—Prechka ayuda —dijo, intentando evitar que su voz retumbara—. Prechka lleva a los hombrecillos. —Sonrió a James y su cabeza, ahora al nivel de James, era casi tan alta como él. Zane, Ralph y James treparon por turnos por su brazo y hasta los grandes hombros caídos de la gigante. James necesitó que Ralph y Zane le ayudaran, ya que su entablillado brazo derecho casi no le servía de nada. Cuando Prechka se puso de pie, fue como montar un elevador hasta la copa de los árboles. Sin una palabra, la gigante comenzó a atravesar el bosque. Las ramas superiores de los árboles gemían ocasionalmente a su paso cuando Prechka las empujaba a un lado como si fueran enredaderas.

—¿Cómo sabe a dónde tiene que ir? —preguntó James en voz baja.

Ralph se encogió de hombros.

—Grawp se lo dijo. No sé cómo, pero aparentemente es cosa de gigantes. Simplemente recuerdan dónde han estado y cómo llegar allí. Probablemente sea así como encuentran las casuchas de cada uno en las montañas. Yo no entendí el idioma del todo, pero parece que ella está bastante segura de sí misma.

Montar sobre Prechka fue una experiencia totalmente diferente a la de montar sobre Grawp. Donde el gigante había sido cuidadoso y delicado, la gigante se tambaleaba y aplastaba, sus pisadas hacían que se estremeciera todo su cuerpo, sacudiendo a los chicos. James pensó que debía parecerse mucho a montar sobre un gigantesco metrónomo andante. El bosque pasaba de largo, raro desde esta perspectiva extraña y elevada, como si estuviera arañando hacia el cielo. Después de un rato, James tiró de la túnica de arpillera de la gigante.

—Para aquí, Prechka. Estamos cerca y no quiero que nos oigan llegar si podemos evitarlo.

Prechka extendió una mano, deteniéndose contra un enorme y nudoso roble. Cuidadosamente se agachó y los chicos saltaron de sus hombros, desliziéndose por su brazo hasta el suelo.

—Espera aquí, Prechka —dijo James a la monumental y torpe cara de la gigante. Ella asintió lenta y seriamente, y se puso de pie otra vez. James solo esperaba que entendiera sus deseos mejor que Grawp, que se había alejado en busca de comida después de solo unos minutos cuando les había llevado el año anterior.

—Por aquí —dijo Zane, señalando. James podía ver el destello de la luz de la luna sobre el agua a través de los árboles. Tan silenciosamente como fue posible, los chicos se

abrieron paso entre los troncos de los árboles y la maleza. En pocos minutos, emergieron al perímetro del lago. La isla del Santuario Oculto podía verse más adelante al borde del estuario. Se erguía monstruosamente, habiendo crecido con apariencia gótica hasta proporciones de catedral para su última noche. El puente de la cabeza del dragón era claramente visible, con la boca abierta de par en par, dando la bienvenida y amenazando al mismo tiempo. James oyó tragar a Ralph. Silenciosamente, se dirigieron hacia él.

Cuando alcanzaron la apertura del puente, la luna salió de detrás de un montón de nubes etéreas y la isla del Santuario Oculto se desveló completamente bajo su brillo. No quedaba ya virtualmente ningún indicio de la salvaje y arbórea naturaleza de la isla. El puente de la cabeza del dragón era una cuidadosa escultura de horror, abriendo las mandíbulas ante ellos. En su garganta, las verjas entretejidas de enredaderas tenían un aspecto tan sólido y estaban tan ornamentadas como si fueran de hierro. James podía leer claramente el poema inscrito en ellas.

—Está cerrada —susurró Zane, bastante esperanzadoramente—. ¿Qué significa eso?

James sacudió la cabeza.

—No sé. Vamos, veamos si podemos entrar.

En fila india, los tres cruzaron de puntillas el puente. James, a la cabeza, vio como la mandíbula superior del puente se abría más aún mientras se aproximaban a las verjas. No rechinó esta vez. El movimiento fue silencioso y mínimo, casi imperceptible. Las verjas, sin embargo, permanecían firmemente cerradas. James hizo ademán de sacar su varita, y entonces se detuvo, siseando de dolor. Había olvidado el entablillado de su brazo derecho fracturado.

—Ralph, mejor lo haces tú —dijo James, haciéndose a un lado para que Ralph se adelantara—. Mi mano de la varita está inútil. Además, tú eres el genio de los hechizos.

—¿Q... Qué se supone que debo hacer? —tartamudeó Ralph, sacando la varita.

—Solo utilizar el hechizo de apertura.

—¡Guau, espera! —dijo Zane, alzando la mano—. La última vez que lo intentamos casi acabamos comidos por los árboles, ¿recuerdas?

—Eso fue entonces —dijo James razonablemente—. La isla no estaba lista. Esta noche es la razón de su existencia, creo. Esta vez nos dejará. Además, es Ralph. Si alguien puede hacerlo, ese es él.

Zane hizo una mueca, pero no podía ofrecer ningún argumento. Dio un paso atrás, dejando espacio a Ralph.

Ralph apuntó nerviosamente con su varita a las puertas, la mano le temblaba. Carraspeó.

—¿Cómo es? ¡Siempre me olvido!

—*Alohomora* —susurró James animosamente—. Énfasis en la segunda y la cuarta sílaba. Lo has hecho un montón de veces. No te preocupes.

Ralph se tensó, intentando que dejara de temblarle el brazo. Tomó un profundo aliento y, con voz trémula, pronunció la orden.

Inmediatamente las enredaderas que formaban la verja empezaron a soltarse. Las letras del poema se disolvieron en rizos y hebras, apartándose de la forma arbórea de las puertas. Después de unos segundos, las verjas se abrieron silenciosamente.

Ralph miró hacia atrás a James y Zane, con los ojos muy abiertos y preocupados.

—Bueno, ha funcionado, supongo.

—Yo diría que sí, Ralph —dijo Zane, adelantándose. Los tres se internaron cautelosamente en la oscuridad de más allá de las verjas.

El interior del Santuario Oculto era circular y estaba en su mayor parte vacío, rodeado por árboles que habían crecido hasta formar pilares, que soportaban un techo grueso en forma de cúpula de ramas y hojas primaverales. El suelo estaba pavimentado de piedra, formando escalones que descendían hacia el medio. Allí, en el mismo centro, un círculo de tierra estaba iluminado en un haz de luz de luna, que atravesaba un agujero en el centro de la canopia abovedada. El trono de Merlín estaba en medio de ese haz de luz de luna, y delante de él, recortada contra la luz, de espaldas a ellos, Madame Delacroix.

James se sintió débil de miedo. Se quedó congelado, y solo de forma distante sintió la mano de Ralph tanteando hacia él, empujándole hacia atrás a la sombra de uno de los pilares. Se tambaleó un poco, y después se agachó tras la masa del árbol, junto a Ralph y Zane. Cuidadosa y lentamente, James se asomó, con los ojos abiertos y el corazón palpitante.

Delacroix no se había movido. Estaba todavía de espaldas a ellos y todavía estaba mirando inmóvil al trono. El trono de Merlín era alto, de respaldo recto y estrecho. Estaba hecho de madera pulida, pero en cierto modo era más delicado de lo que James había esperado. Su masa estaba formada por enredaderas y hojas, retorcidas y enmarañadas. Las únicas partes sólidas eran el asiento y el centro del respaldo. El trono parecía como si hubiera crecido en vez de haber sido tallado, como el propio Santuario Oculto. Nadie más estaba a la vista. Aparentemente, Delacroix había llegado pronto. James se estaba preguntando cuánto tiempo se quedaría ahí de pie, inmóvil, observando el trono, cuando se oyó el sonido de los pasos de alguien más tras ellos, en el puente. James contuvo el aliento, y sintió a Ralph y Zane agacharse tanto como podían junto a él, ocultándose entre la maleza que rodeaba los límites del santuario.

La voz de un hombre pronunció una orden baja en algún extraño idioma que James

no reconoció. Sonó a la vez hermoso y aterrador. Se produjo un sonido cuando las verjas de enredadera se desplegaron otra vez, y después pasos chasqueando huecamente sobre los escalones de piedra. El profesor Jackson salió a la vista, caminando resueltamente hasta el centro del Santuario Oculto, a la espalda de Madame Delacroix.

—Profesor Jackson —dijo Madame Delacroix, su pesado acento tintineó en el cuenco de piedra que era el santuario—. Nunca deja usted de cumplir mis expectativas —dijo sin darse la vuelta.

—Ni usted las mías, madame. Ha llegado pronto.

—Estaba saboreando el momento, Theodore. Ha sido una larga espera. Me sentiría tentada a decir «demasiado larga», si creyera en la casualidad. No creo, por supuesto. Esto ha sido como debía de ser. He hecho lo que tenía que hacer. Incluso tú has jugado el papel que había previsto que realizaras.

—¿Realmente lo cree así, madame? —preguntó Jackson, deteniéndose a varios metros de Delacroix. James notó que Jackson tenía su varita de nogal en la mano—. Me sorprende. Yo, como ya sabe, no creo en la casualidad ni en el destino. Creo en las elecciones.

—No importa en lo que creas, Theodore, mientras tus elecciones te conduzcan al mismo fin.

—Tengo la túnica —dijo Jackson rotundamente, abandonando la pretensión de cortés conversación—. Siempre la he tenido. No conseguirá quitármela. Estoy aquí para asegurarme de ello. Estoy aquí para detenerla, Madame, a pesar de sus esfuerzos por mantenerme al margen.

James casi jadeó. Se cubrió la boca con la mano, ahogándola. ¡Jackson estaba aquí para detenerla! ¿Pero cómo? James sintió como un temor frío le acometía. Junto a él, Ralph susurró casi silenciosamente:

—¿Ha dicho...?

—¡Chist! —siseó Zane urgentemente—. ¡Escuchad!

Delacroix estaba emitiendo un extraño y rítmico sonido. Sus hombros se sacudían ligeramente al compás, y James comprendió que se estaba riendo.

—Mi querido, querido Theodore, nunca he tenido intención de frustrarte. Pero, si no hubiera mostrado el más mínimo rastro de resistencia a tu presencia en este viaje, nunca se te habría ocurrido venir en absoluto. Tu testarudez y naturaleza suspicaz fueron mis mejores armas. Y te necesitaba, profesor. Necesitaba lo que tú tenías, lo que creías tan ardientemente estar protegiendo.

Jackson se tensó.

—¿No creerás que soy tan tonto como para traer la túnica conmigo esta noche? Entonces eres más arrogante de lo que pensaba. No, la túnica está a salvo. Está protegida con los mejores maleficios y encantamientos contraconvocadores jamás creados. Lo sé, porque fui yo quien los creó. No la encontrarás, de eso estoy seguro.

Pero Delacroix reía con más fuerza. Todavía no se había dado la vuelta. El haz de luz que iluminaba el asiento parecía haberse hecho más brillante, y James comprendió que era la luz acumulada de los planetas. Se estaban colocando en su lugar. El momento de la Senda de la Encrucijada de los Mayores estaba al llegar.

—Ay, profesor, su confianza me anima. Con enemigos como usted, mi éxito será mucho más delicioso. ¿Cree que no sabía que ha guardado la túnica de Merlinus en su maletín todo este tiempo? ¿Cree que no estaba preparada para que la túnica me fuera entregada desde el momento en que llegué aquí? No he tenido que alzar ni un solo dedo, y aún así la túnica acudirá a mí por propia voluntad esta misma noche.

James tuvo una idea horrible. Recordó ese día en Defensa Contra las Artes Oscuras, cuando Jackson había seguido a Franklyn a la clase, hablando en voz baja. Madame Delacroix había llegado a la puerta para decir a Jackson que su clase le estaba esperando. James había bajado la mirada en ese momento, y el maletín se había abierto misteriosamente. ¿Era posible que Madame Delacroix hubiera hecho que ocurriera, solo para que James viera lo que había dentro? ¿Había intentado utilizarle de algún modo? Recordó a Zane y Ralph diciendo que la captura de la túnica había sido fácil. En cierto modo *demasiado* fácil. Se estremeció.

—James —susurró Ralph urgentemente—. No habrás traído la túnica contigo esta noche, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —replicó James—. ¡No estoy loco!

Zane se inclinó para mantener la voz tan baja como era posible.

—¿Entonces que llevas en la mochila?

James sintió el terror y la furia mezclarse en su interior.

—¡El mapa del merodeador y la capa invisible!

Ralph levantó una mano y aferró el hombro de James, girándole hasta que quedaron cara a cara. La expresión de Ralph era horrible.

—¡James, tú no tienes la capa invisible! —su voz ronca se rompió—. ¡La tengo yo! La dejaste conmigo en el vestuario Slytherin, ¿recuerdas? ¡La utilicé para escapar! ¡Está en mi baúl, en los dormitorios de los chicos Slytherin!

James simplemente se le quedó mirando, petrificado. Bajo ellos, en el centro del Santuario Oculto, Madame Delacroix continuaba cacareando.

—Señor James Potter —llamó entre risas—. Por favor, siéntase libre de unirse a nosotros. Traiga a sus amigos si lo desea.

James se sintió enraizado en el lugar. No bajaría, por supuesto. Huiría. Ahora sabía que tenía la túnica de Merlín en la mochila, que había sido engañado para traerla con él, engañado para pensar que era la capa invisible. Era el momento de huir. Y aún así no lo hizo. Ralph le empujó, urgiéndole a ponerse en marcha, pero Zane, al otro lado de James, se puso en pie lentamente y sacó su varita.

—La reina vudú se cree muy lista —dijo en voz alta, rodeando el pilar y apuntándola con su varita—. Eres tan fea como malvada. ¡*Desmaius!*

James jadeó cuando el rayo de luz roja salió disparado de la varita de Zane. Nunca habían visto una maldición en acción, pero Zane estaba haciendo su mejor intento. La maldición golpeó a Madame Delacroix directamente en la espalda y James vio como se doblaba de dolor. Sin embargo no se movió, y James vio desmayado como el haz de luz roja la había traspasado. Golpeó el suelo cerca del trono y se desvaneció, inofensivo. Delacroix todavía reía cuando se giró para enfrentarse a Zane.

—¿Fea, yo? —Su risa murió mientras su mirada se cruzaba con la de Zane. Ya no estaba ciega, ni era vieja. Era, de hecho, su espectro, la versión proyectada de sí misma— ¿Malvada? Quizás, pero solo como una afición. —El espectro de Madame Delacroix alzó la mano y Zane fue alzado de sus pies rudamente. La varita cayó de su mano y golpeó contra un pilar, sus zapatos cayeron al suelo. Pareció quedarse atascado allí, como si colgara de un garfio—. Si fuera realmente malvada, te mataría ahora, ¿verdad? —Le sonrió, y después se giró, apuntando el brazo hacia el lugar donde James estaba escondido—. Señor Potter, por favor, es una tontería por su parte luchar conmigo. Usted es, después de todo, casi mi ayudante en esta empresa. Traiga al señor Deedle consigo. Disfrutemos todos del espectáculo ¿no?

Jackson se había girado cuando Zane se adelantó, observándolo todo con una notable falta de sorpresa, con la varita todavía lista pero apuntando al suelo. Ahora observó como James y Ralph se enderezaban a sacudidas, casi como si lo hicieran contra su voluntad, y empezaban a marchar por los escalones hacia el centro del santuario. Sus ojos se encontraron con los de James, sus pobladas cejas bajas y furiosas.

—Alto, Potter —dijo tranquilamente, alzando la varita a medias, apuntando al suelo delante de James y Ralph. Sus pies dejaron de moverse, como si de repente hubieran pisado sobre pegamento.

—Oh, Theodore, ¿tenemos que prolongar esto? —suspiró Delacroix. Ondeó el brazo hacia él y efectuó un gesto complicado con los dedos. La varita de Jackson se sacudió en su mano como si estuviera atada a una cuerda de la que hubieran tirado. Él la agarró, pero de todos modos salió disparada y se alejó. Delacroix hizo otro gesto con la mano, y

la varita se partió en medio del aire, como si la hubieran roto contra una rodilla. La cara de Jackson no cambió, pero bajó lentamente la mano, mirando con dureza a los dos trozos de su varita de nogal. Entonces, volvió a girarse hacia Delacroix, con la cara blanca de furia, y comenzó a acercarse a ella. La mano de Delacroix se movió como un relámpago, lanzándose entre los pliegues de su ropa y saliendo con la horrible varita que parecía una raíz entre los dedos.

—Puede que sea solo una representación de la auténtica —dijo juguetonamente—, conjurada a partir del polvo de este lugar, como esta versión de mí misma, pero te aseguro, Theodore, que es exactamente tan poderosa como yo crea que es. No me obligues a destruirte.

Jackson se detuvo en el acto, pero su cara no cambió.

—No puedo dejar que sigas adelante con esto, Delacroix. Lo sabes.

—¡Oh, pero si ya lo has hecho! —cacareó ella alegremente. Señaló con la varita a Jackson y la ondeó. Un rayo de grotesca luz naranja salió disparado de ella, enviando a Jackson volando violentamente hacia atrás. Aterrizó con fuerza sobre los escalones superiores, gruñendo de dolor. Luchó por incorporarse, y Delacroix puso los ojos en blanco—. Héroe —dijo desdeñosamente, y ondeó de nuevo la varita. Jackson salió volando otra vez y chocó contra otro de los pilares que delineaban el santuario. Se quedó colgado allí, aparentemente inconsciente.

—Y ahora —dijo ella, apuntando perezosamente su varita en dirección a James y Ralph—. Por favor, únense a mí.

Los dos chicos fueron levantados del suelo y transportados el resto de los escalones. Cayeron torpemente sobre sus pies en el espacio cubierto de hierba al fondo del santuario, directamente delante del espectro de Madame Delacroix. Sus ojos eran verde esmeralda y penetrantes.

—Dadme la túnica. Y por favor, no me obliguéis a haceros daño. Solo lo pediré una vez.

La mochila resbaló del hombro de James y golpeó el suelo a sus pies. La miró, sintiéndose atontado y absolutamente impotente.

—Por favor —dijo Delacroix, y ondeó su varita. James cayó de rodillas como si algo extraordinariamente pesado hubiera aterrizado sobre sus hombros. Su mano se hundió dentro de la mochila, aferró la túnica, y la sacó. Ralph intentó agarrarla, pero parecía atrapado en su lugar, incapaz de moverse más de unos centímetros en cualquier dirección.

—¡No, James!

—No puedo hacer nada —respondió el otro chico desesperadamente.

Los ojos de Delacroix centellearon codiciosamente. Extendió la mano y tomó delicadamente la túnica de entre las de James.

—El libre albedrío está sobrevalorado —dijo frívolamente.

—No ganará —le espetó James con furia—. No tiene todas las reliquias.

Delacroix alzó la vista de la túnica, cruzando su mirada con la de James con una expresión de educada sorpresa.

—¿No, señor Potter?

—¡No! —dijo James, rechinando los dientes—. No conseguimos la escoba. Todavía la tiene Tabitha. Ni siquiera estoy seguro de que ella sepa lo que es, pero no la veo trayéndosela, de cualquier modo. —Esperaba tener razón. No veía la escoba por ninguna parte, e indudablemente Tabitha no parecía estar presente, a menos que estuviera escondida, como habían estado ellos.

Delacroix rió ligeramente, como si James acabara de hacer un chiste buenísimo.

—Ese era el lugar perfecto para ocultarlo, ¿verdad, señor Potter? Y la señorita Corsica el individuo perfecto para guardarlo por mí. Tan perfecto que no tuvo usted nunca la más mínima oportunidad de descubrir que era, de hecho, una astuta treta. Por interesante que pueda ser la escoba de la señorita Corsica no es más que un cebo conveniente. No, al igual que la túnica, el báculo de Merlín también se encuentra de camino hacia mí esta noche, al contrario de lo que pueda usted creer. Lo han cuidado muy bien, de hecho.

El inmensamente hermoso espectro de Madame Delacroix se giró hacia Ralph y extendió la mano.

—Su varita, por favor, señor Deedle.

—N... no —protestó Ralph, su voz fue casi un gemido. Intentó retroceder.

—No me hagas insistir, por favor, Ralph —dijo Delacroix, alzando su propia varita hacia él.

La mano de Ralph se alzó de un tirón y fue a su bolsillo trasero. Temblando, sacó su ridícula y enorme varita. Por primera vez, James vio lo que era. No era solo inusualmente gruesa y redondeada en un extremo. Era parte de algo en un tiempo mucho más grande, desgastado por la edad, pero todavía, como había mostrado repetidamente, extremada e inexplicablemente poderosa. Delacroix extendió la mano, casi refinadamente, arrebatando el báculo de Merlín de la mano de Ralph.

—No tenía sentido arriesgarme yo misma a ser capturada al introducir a escondidas algo así en la escuela. Claramente alguien la habría detectado si hubiera estado en mi posesión. Así, que me las arreglé para que les fuera vendida a usted y a su encantador

padre, señor Deedle. Yo era el vendedor, de hecho, aunque con un disfraz diferente. Espero que haya disfrutado utilizando el báculo. Bastante poderoso, ¿verdad? Oh, pero ahora veo —añadió, mostrándose casi compadecida—, todos creían que era usted el poderoso, ¿verdad? Lo siento mucho, señor Deedle. ¿De verdad creyó que se le habría permitido entrar en el santuario si no hubiera estado en posesión del báculo? Seguramente, incluso usted puede ver lo gracioso que resulta, ¿verdad? Usted, un hijo de muggles. Por favor, perdóneme. —Rió otra vez, ligera y maliciosamente.

Se dio la vuelta entonces y muy cuidadosamente empezó a colocar las reliquias sobre el trono. James y Ralph se miraron miserablemente el uno al otro, y luego James intentó mirar hacia atrás a Zane, que todavía estaba pegado al pilar tras ellos, pero la oscuridad era demasiado espesa.

Madame Delacroix retrocedió alejándose del trono, respirando con una gran bocanada excitada. Se colocó entre Ralph y James, como si fueran compañeros.

—Allá vamos. Oh, estoy tan complacida. Está mal decirlo, pero todo ha funcionado exactamente como yo había planeado. Disfrutad del espectáculo, mis jóvenes amigos. No puedo garantizar que Merlinus no os destruya a su llegada, pero seguramente no lo consideraréis un alto precio a pagar por presenciar algo así.

—También valdrá la pena si la destruye a usted —dijo James a través de los dientes apretados.

—Cuanto veneno —replicó Delacroix, sonriendo—. No me sorprende que hayas sido un muy buen aprendiz.

La túnica de Merlín había sido tendida sobre el respaldo del trono, como si Merlín simplemente fuera a ponérsela encogiéndose de hombros cuando apareciera. El trozo del báculo de Merlín estaba apoyado contra la parte delantera del trono. El rayo de la luz combinada de la luna y las estrellas se había vuelto muy brillante, dibujando en el centro de la zona cubierta de hierba de abajo una línea apagada que atravesaba la oscuridad desde al hueco del techo abovedado. Las tres reliquias resplandecían a la reluciente luz plateada. El momento de la Senda de la Encrucijada de los Mayores había llegado.

James oyó algo. Sabía que Madame Delacroix y Ralph lo estaban oyendo también. Los tres giraron las cabezas, intentando localizar la fuente del ruido. Era bajo y susurrante, llegaba de todas direcciones a la vez. Era trémulo y distante, casi como una nota baja de cientos de flautas lejanas, pero se hacía más fuerte. Madame Delacroix miró alrededor, su cara era una máscara de júbilo, pero aún así James estaba seguro de que, fantasma o no, había también un indicio de miedo en esa cara. De repente aferró los brazos de ambos chicos en sus manos de acero.

—¡Mirad! —jadeó.

Hebras de niebla llegaban de entre los pilares del santuario, trayendo el sonido con ellas. James miró alrededor. Las hebras se filtraban también entre las ramas del techo abovedado. Eran tan insustanciales como humo, pero se movían de forma inteligente, con creciente velocidad. Serpentearon hacia el trono y allí comenzaron a agruparse. Las hebras se combinaban, se contorsionaban y colapsaban, formando solo formas nebulosas al principio, y después endureciéndose, enfocándose. Una línea de barras horizontales ligeramente curvadas se coaligaron en el centro del trono. Con un estremecimiento involuntario, James vio que eran las costillas de un esqueleto. Una espina dorsal creció de ellas, hacia arriba y hacia abajo, conectando con dos formas más, el cráneo y la pelvis. Esto, comprendió James, era una aparición que se efectuaba a cámara extremadamente lenta. Los átomos de Merlín estaban reuniéndose, luchando por oponerse a la inercia de siglos. El sonido que acompañaba a la aparición crecía a la vez de volumen y tono, ascendiendo a través de octavos y volviéndose casi humano.

—Eh, reina vudú —dijo de repente una voz inmediatamente detrás de James, haciendo que los tres saltaran—. Esquiva esto.

Un gran leño se estampó contra la cabeza de Delacroix, desintegrándola en cientos de terrones de tierra húmeda. Instantáneamente, la maldición de inmovilidad total sobre James y Ralph desapareció. James se dio la vuelta y vio a Zane sujetando el otro extremo del leño, arrancándolo del amasijo del espectro de Delacroix, que estaba luchando por reconstituirse. De los hombros para arriba, Delacroix parecía estar hecha enteramente de tierra, raíces retorcidas y gusanos. Las manos del espectro arañaban hacia el cuello arruinado, intentando volver a reunir los terrones de tierra para que tomaran forma.

—¡Se olvidó de mí cuando Merlín comenzó a formarse! —gritó Zane, liberando el leño y colocándose sobre el hombro—. Me caí del pilar y simplemente agarré la primera cosa pesada que encontré. ¡Cojamos la túnica y el báculo! —Zane balanceó el leño como si fuera un bate de béisbol, arrancando uno de los brazos de Delacroix del hombro. Este golpeó el suelo y se rompió en una masa de tierra y gusanos.

James saltó hacia adelante y aferró un manojito de la túnica de Merlín, estirando la mano izquierda a través de la forma del mago que se reconstituía. Tiró, pero la túnica luchó, intentando mantener su posición.

Hundiendo los talones en la suave tierra, James tiró tan fuerte como pudo. La túnica se escurrió a través del trono, atravesando la forma esquelética sentada en él. La forma se aferró a los brazos del trono y pareció gritar, llevando al máximo el tono fantasmal, que subió otro octavo. Ralph se lanzó hacia adelante y aferró el báculo, que estaba creciendo en longitud a la vez que la figura del trono ganaba solidez. Retrocedió hacia atrás con él, sujetándolo en alto sobre su cabeza.

El espectro de Madame Delacroix parecía debatirse entre recuperar su forma e

intentar conseguir que la túnica y el báculo volvieran a su lugar. Ondeaba salvajemente el brazo que le quedaba hacia Ralph, dando zarpazos hacia la túnica que estaba entre las manos de James. Zane danzaba tras el espectro, alzando el leño en alto y después hundiéndolo otra vez, enterrándolo casi hasta la cintura de la desintegrada figura. James miró hacia el trono de Merlín y vio que la figura que había allí, que ya tenía un esqueleto completo con musculatura fantasmal colgando de él como musgo, se retorció horriblemente, empezando a fundirse otra vez en niebla. El sonido de la aparición de Merlín se había convertido en un grito agudo.

Y entonces, como llegada de ninguna parte, otra figura se unió a ellos. Surgió de la oscuridad de más allá del Santuario Oculto, moviéndose con terrible velocidad. Era la dríada de las uñas azules horriblemente largas, pero solo apenas. Había algo más moviéndose dentro de la forma, como si la dríada fuera solo un disfraz. Una nueva voz se unió al aullido agudo del Merlín a medio formar.

¡Amo! ¡No! ¡No te fallaré! ¡Tu momento ha llegado al fin!

La figura se dividió de algún modo, abandonando completamente la forma de la dríada. Se convirtió simplemente en dos enormes y negras garras. Estas se lanzaron simultáneamente sobre James y Ralph, aferrando la túnica y el báculo y dejando a los dos chicos despatarrados sobre los escalones de piedra. Las garras giraron, colocando las reliquias otra vez en sus lugares, y después se retrajeron, convirtiéndose en polvo, como si estuvieran exhaustas.

La figura del trono se estremeció violentamente, volviendo a dibujarse, y las hebras de niebla rugieron hacia ella, solidificándose ahora con terrible velocidad. Los huesos se cubrieron de músculos, capa a capa. Florecieron órganos dentro del pecho y el abdomen, formando las venas. El cuerpo llenó la túnica, y la túnica tomó forma sobre él. La piel cubrió el cuerpo como rocío, primero una membrana transparente, pero aumentando de grosor, ganando color y bronceado. Los dedos aferraron el báculo, que había crecido hasta tener dos metros de largo, punteado gentilmente abajo con un pesado y nudoso extremo. Corrían runas por todo el báculo, pulsando con una débil luz verde.

El ruido del retorno de Merlín se resolvió con un largo grito, y el mago finalmente exhaló, con la cabeza hacia atrás, las cuerdas de su cuello tensas como alambres. Después de un largo momento, cogió su primer aliento en miles de años, llenando su enorme pecho y bajando la cabeza.

¡Amo!, gritó una voz fantasmal. James miró de la figura del trono a la forma en que se habían convertido las horrendas garras. Era un hombrecillo, casi invisible. Jadeaba, con la cabeza calva brillando a la débil luz de la luna. *¡Has vuelto! ¡Mi tarea está completada! ¡Me siento aliviado!*

—He vuelto —estuvo de acuerdo la voz de Merlín. Su cara era pétreo, los ojos estaban fijos en el fantasma—. ¿Qué tiempo es este en el que me has retornado, Austramaddux?

¡E... El mundo está listo para ti, amo!, tartamudeó el fantasma, con voz aguda y asustada. Yo... yo... ¡esperé al momento perfecto para tu venida! ¡El equilibrio entre los mundos mágicos y sin magia está maduro para tu mano, amo! ¡El momento... el momento ha llegado!

Merlín miraba al fantasma, completamente inmóvil.

¡Por favor, amo! gritó Austramaddux, cayendo sobre sus fantasmales rodillas. ¡He estado observando durante siglos! ¡Mi tarea... mi tarea era más de lo que podía soportar! Esperé tanto como pude. ¡Sólo ayudé un poquito! ¡Encontré a una mujer, amo! ¡Su corazón estaba abierto a mí! Ella compartía nuestras metas, así que yo... ¡yo la animé! ¡La ayudé, pero solo un poco! ¡Un poco!

La mirada de Merlín pasó de Austramaddux al espectro de Madame Delacroix, que se había reconstituido casi por completo. Esta se había puesto de rodillas, y cuando habló, su voz sonó como salida de una boca llena de tierra.

—Soy tu sierva, Merlinus. Te he convocado para que completes tu destino, liderarnos contra los gusanos muggle. Estamos preparados para ti. El mundo está maduro para ti.

—¿Este títere hecho de suciedad debe ser mi musa? —dijo Merlín, con voz baja pero casi atronadora en su intensidad—. Veámosla como es, entonces, no como desea que la vean.

Delacroix se enderezó y empezó a hablar, pero no salió nada. Su mandíbula se movía, casi mecánicamente, y entonces, profundos y ahogados sonidos comenzaron a emerger de su garganta. Las manos del espectro volaron hacia arriba, aferrándose el cuello, después arañándolo, hundiendo en él las largas uñas hasta que este comenzó a pelarse en tiras lodosas. Su garganta se hinchó, casi como la de un sapo, y el espectro se inclinó de repente por la cintura, como si fuera a vomitar. Los ojos de Merlín estaban fijos en el espectro y su báculo brillaba ligeramente, las runas ondeaban con su luz interior. Finalmente, violentamente, el espectro de Madame Delacroix inhaló y la mandíbula se abrió de par en par, más allá de los límites lógicos. Algo surgió de la boca horrible y abierta. Se derramó en el suelo ante ella. El cuerpo del espectro se encogía mientras el amasijo salía por su boca. Era casi como si el espectro se estuviera volviendo del revés, vaciándose a sí mismo por su propia boca, hasta que todo lo que quedó fue la cosa que yacía bocabajo en el suelo, contorsionante y horrenda. Era la auténtica Madame Delacroix, de algún modo transportada desde su remota localización segura y vomitada por su propia marioneta. Se retorció en el suelo como si sufriera un gran dolor, con su forma extremadamente delgada y huesuda, los ojos velados en sus órbitas, mirando ciegamente al cielo.

—Austramaddux, me has traído a un tiempo muerto —dijo Merlín, su voz baja

llenaba el santuario como un rugido. Dio la espalda a la patética forma de Madame Delacroix, volviendo su mirada hacia el fantasma acobardado—. Los árboles han despertado para mí, pero sus voces están casi mudas. Incluso la tierra duerme el sueño de los siglos. Me has retornado por tu conveniencia y solo por eso. Eras ya criado deficiente cuando accedí a enseñarte, y he vuelto solo para comprender la profundidad de ese error. Te descargo de mi servicio. Fuera.

Merlín alzó la mano libre y la sostuvo en alto, con la palma hacia fuera, hacia el fantasma de Austramaddux. El fantasma palideció más aún y se echó atrás, alzando las manos como para desviar el golpe.

¡No! ¡No, te fui fiel! ¡Por favor! ¡No me liberes! ¡Completé mi tarea! ¡Fui fiel! ¡Nooo!

La última palabra se alargó y aumentó de tono, subiendo la escala mientras el fantasma parecía gritar. Por un momento, asumió la forma de la dríada azul, encogiéndose de miedo, desesperada, después empezó a perder completamente la forma. Menguó, y James vio que se contraía en la misma proporción en que Merlín cerraba la mano, como si el mago estuviera estrujando a Austramaddux en su puño extendido. La última palabra del fantasma surgió en un gemido de horror, apagándose mientras el fantasma se colapsaba en un brillante punto de luz titilante. Merlín apretó el puño, y después abrió la mano. El fantasma estalló, se desvaneció, dejando solo el eco de su grito final.

Finalmente, como si se fijara en ellos por primera vez, Merlín volvió su atención a James, Ralph y Zane.

James se adelantó, sin saber qué hacer, pero sabiendo de corazón que tenía que hacer algo. Merlín alzó de nuevo la mano, esta vez hacia James. James sintió como el mundo se suavizaba a su alrededor, oscureciéndose. Luchó, intentando resistirse al creciente olvido, pero no sirvió de nada. No podía luchar contra el poder de Merlín como no podía luchar un mosquito contra un vendaval. El mundo se esfumó, vertiéndose por un embudo hasta un punto, y en el centro del punto estaba la mano alzada de Merlín, empujándole hacia adentro. Había un ojo en el centro de la mano, de un azul helado. El ojo se cerró, y la voz de Merlín pronunció una palabra, una palabra que pareció llenar el vacío donde el mundo había estado una vez, y aquella palabra fue «duerme».



Capítulo 18

Asamblea en la torre

El alba era una débil línea rosa en el borde del horizonte cuando James abrió los ojos. Estaba incómodamente tendido sobre la hierba en el del Santuario Oculto, y helado hasta los huesos. Gimiendo, rodó hasta sentarse y examinó su entorno. Lo primero que advirtió fue que el trono de Merlín había desaparecido. No había más que un desnivel en la hierba donde antes había estado. La segunda cosa que notó cuando levantó la cabeza y miró alrededor fue que el Santuario Oculto ya no era un lugar mágico. En ausencia del trono de Merlín, la isla volvía rápidamente a su salvaje y arbitraria naturaleza. La sensación de obsesionante y gótica arquitectura se estaba disipando. Los

pájaros cantaban en las ramas de los árboles en lo alto.

—Ah-hh —gimió una voz cercana—. ¿Dónde estoy? De algún modo, tengo la terrible sensación de que una taza del café y una chimenea no están a punto de aparecer ante mis ojos.

—Zane —dijo James, consiguiendo levantarse tambaleante—. ¿Estás bien? ¿Dónde está Ralph?

—Estoy aquí —refunfuñó Ralph—. Estoy haciendo inventario de todos mis huesos y funciones físicas básicas. Hasta ahora nada alarmante, pero necesito un cuarto de baño aún más que San Lokimagus.

James subió los escalones en la penumbra de las gradas superiores del santuario. La luz de primera hora de la mañana era débil y gris, apenas penetraba a través de la maleza y los árboles de la isla. Zane y Ralph subían tras él con paso vacilante.

—Merlín se ha ido —dijo James, mirando alrededor—. Y no veo a Jackson ni a Delacroix tampoco. —Pisó los pedazos rotos de la varita de Jackson y se estremeció.

—Nos equivocamos con él, ¿verdad? —dijo Ralph.

—Nos equivocamos con un montón de cosas —estuvo de acuerdo James en voz baja.

Zane se frotó la parte baja de la espalda y gimió.

—¡Eh!, no lo hicimos tan mal, considerándolo todo. Casi detuvimos el regreso de Merlín, gracias a un práctico leño y a mis reflejos felinos. —Su voz parecía hueca en el eco plano del santuario y se calló.

Los tres muchachos encontraron la apertura que conducía hacia el puente de la cabeza de dragón, cortaron algunos hierbajos que habían crecido taponando el espacio y salieron dando traspiés al alba. El puente se había derrumbado parcialmente y ya no tenía casi ninguna semejanza con la terrorífica cabeza de dragón. La orilla que lindaba con el bosque era fangosa y estaba mojada, cubierta del rocío de la mañana.

—¡Eh!, mirad —dijo Ralph, señalando. Había huellas en el fresco y resbaladizo barro.

—Parece que dos personas pasaron por aquí alejándose de la escuela —dijo Zane, inclinándose para estudiar las descuidadas marcas—. ¿Crees que uno de ellos era Merlín?

James negó con la cabeza.

—No. Merlín no llevaba zapatos. Me parecen de Delacroix y Jackson. Probablemente ella se marchó primero, y luego él la persiguió cuando se recuperó. Además, algo en Merlín me dice que no deja huellas a no ser que le convenga.

—Espero que Jackson la parta por la mitad cuando la coja —dijo Zane, pero sin

mucha pasión.

—Espero que ella no lo parta a *él* —contestó Ralph con aire taciturno—. Ya viste lo que hizo con su varita.

—No me lo recuerdes —refunfuñó James—. No quiero pensar en ello.

Comenzó a avanzar dirigiéndose en principio hacia los bosques, donde habían dejado a Prechka, pero sin un verdadero destino en mente. Tenía una sospecha terrible sobre adónde había ido Merlín, y él, James, era responsable de ello.

Dos veces Delacroix le había llamado su ayudante. Ella le había influido, de algún modo, y él lo había permitido. Había participado directamente en su plan, trayéndole la capa. Ella tenía razón. No había tenido que levantar ni un dedo. Ciertamente, las cosas no habían parecido resolverse muy bien para Delacroix al final, pero eso no significaba mucho. Un Merlín solitario y granuja podría ser aún más peligroso que un Merlín aliado con gente como el Elemento Progresivo. Al menos ellos intentaban funcionar bajo un manto de respetabilidad. Merlín pertenecía a otra época; una época más directa y mortífera.

Una carga casi aplastante de culpa y desesperación abollaba a James mientras avanzaba con paso lento. Zane y Ralph le seguían silenciosamente.

Prechka se había ido. James no se sorprendió en realidad. Sus huellas estaban impresas en la tierra húmeda, como las de un dinosaurio. Sin una palabra, los muchachos las siguieron, temblando y mojados por el rocío.

Una neblina llenaba los bosques, reduciendo el mundo a un puñado de árboles negros y empapados arbustos. Mientras caminaban, la niebla se volvió luminosa, absorbiendo el sol, y finalmente comenzó a disiparse. El bosque se despertó con el canto de los pájaros, y el corretear de invisibles criaturas en la maleza. Y entonces, sorprendentemente, se oyeron voces distantes, llamándolos.

—¡Eh! —dijo Zane, deteniéndose y escuchando—. ¡Es Ted!

—¡Y Sabrina! —añadió Ralph—. ¿Qué hacen aquí? ¡Eh! ¡Aquí!

Los tres muchachos se detuvieron y llamaron a los dos gremlins, que respondieron con silbidos y gritos. Una forma gigantesca surgió de la niebla, moviéndose casi con delicadeza entre los árboles.

—¡Grawp! —Zane se rió, corriendo al encuentro del gigante.

—Chicos, los tres parecéis sobras de inferis —gritó Ted desde los hombros de Grawp—. ¿Habéis pasado toda la noche aquí?

—Es una larga historia, pero sí —respondió Zane—. Versión abreviada: Merlín regresado, la reina vudú huída, y Jackson era un buen tipo después de todo. Va tras ella

mientras hablamos, pronóstico desconocido.

—¿Hay espacio allí arriba para tres más, Grawp? —dijo Ralph, temblando—. Es que creo que si tengo que dar un paso más, me caeré muerto.

Grawp se arrodilló y los tres muchachos treparon a sus hombros, apiñándose con Sabrina y Ted. Antes de subir, James flexionó los dedos y la muñeca de su mano derecha. No sentía dolor, y los huesos de su brazo parecían sólidos y rectos. Se desató el entablillado y se lo metió descuidadamente en el bolsillo.

—¿Cómo escapasteis vosotros dos? —preguntó James a Ted cuando se embutió a su lado, aferrando puñados del pelo pajizo de Grawp en busca de apoyo—. Creía que todos estabais bajo arresto domiciliario.

—Eso fue anoche —dijo Ted simplemente—. Las cosas se han vuelto bastante disparatadas en la escuela desde entonces. Merlín apareció en medio de la noche, y déjame que te lo diga; ese sujeto sí que sabe hacer una entrada.

—Dirigió a Prechka derechita al patio y la hizo patear las puertas de entrada —explicó Sabrina.

—Obviamente habla el idioma gigante, y la puso realmente salvaje. Entonces, descendió y la durmió. Todavía está allí, roncando junto a la entrada principal como el montón de colada más grande del mundo.

—Todos nos despertamos cuando oímos el ruido de las puertas al romperse —continuó Ted—. Después de eso, se desató un pandemónium. Había estudiantes corriendo por todas partes en pijama intentando averiguar qué estaba pasando. La gente estaba ya bastante tensa, con el tal Prescott todavía en la zona y sin saber nadie qué estaba tramando. Y luego allí estaba ese sujeto musculoso y vestido como una mezcla de druida y Papá Noel, que acechaba por la escuela, durmiendo a la gente con apenas una mirada, golpeando ese enorme bastón contra el suelo al andar lo bastante ruidosamente como para que resonara por todo el lugar. ¡Entonces vio a Peeves y pasó la cosa más extraña!

—¿Qué? —preguntó Zane esperanzado—. ¿Peeves le hizo una pedorreta y consiguió que le convirtieran en una lámpara de pie o algo así?

—¡No —dijo Sabrina—, Peeves se le unió! No parecía desearlo, pero lo hizo de todos modos. Merlín se detuvo cuando vio a Peeves, y luego le habló. Ninguno de nosotros sabía lo que decía. Hablaba en una lengua realmente extraña y florida. Nos tenía preocupados que Peeves hiciera algo estúpido y consiguiera que nos liquidara a todos con aquel bastón espeluznante, pero entonces Peeves sonrió abiertamente, y no se parecía a ningunas de sus sonrisas normales. Fue la clase de sonrisa que ves en un elfo doméstico cuando el amo es propenso a zurrarle con una sartén cuando lo ve. Toda una

muestra de dientes y no demasiado humor, ¿sabéis? Y entonces Peeves corrió junto al tipo. Hablaron durante pocos segundos en voz baja, y luego Peeves se marchó, lo bastante lentamente como para que Merlín le siguiera. Merlín tenía un lugar en mente al que quería ir, supongo, y Peeves lo llevó allí.

—¿Peeves? —inquirió Ralph con incredulidad.

—Lo sé —contestó Ted—. No es normal. Fue cuando supimos que tratábamos con alguien realmente terrorífico. La mayor parte de nosotros, los gremlins, ya habíamos adivinado que se trataba de Merlín, pero eso lo demostró.

—¿Adónde fueron? —preguntó James con voz tranquila.

—A la torre Sylvven —contestó Sabrina—. Al menos así solía llamarse. Ya nadie la usa. Se corrió la voz de que esperaba un «parlamento con el *pendragón*», signifique eso lo que signifique.

—No me gusta nada como suena —dijo Zane.

—A nadie le gusta —estuvo de acuerdo Ted—. Al parecer cree que ese «pendragón» es el rey o el líder. Fue una especie de desafío medieval o algo parecido. Sea como sea McGonagall reunió a los profesores para acudir y tratar con él, y fue cuando se dio cuenta de que tanto el profesor Jackson como Delacroix se habían ido. Entonces, llegó la noticia de que habías desaparecido de la enfermería, James. Lo siguiente que supimos fue que McGonagall nos enviaba a buscaros a los tres. Estaba demasiado ocupada para venir ella misma, pero sabía que si alguien podía olisquearte, esos éramos nosotros. Parece sospechar que vosotros tres podríais saber algo sobre todo este «lío infernal», como lo llamó ella. Menuda vieja recelosa, ¿verdad?

Para cuando Ted terminó de hablar, Grawp finalmente los había sacado del límite del bosque. El castillo resplandecía en la brillante luz matinal, sus ventanas relucían alegremente a pesar de la confusión que reinaba en su interior. El garaje de Alma Aleron estaba tranquilo, sus puertas cerradas y aseguradas. James recordó la diferencia horaria entre Hogwarts y el lado de Filadelfia, y supo que los del otro lado todavía estarían profundamente dormidos. Cuando Grawp dobló la esquina del patio, Ted le pidió que los bajara al suelo.

—¡Buen trabajo, Grawp! —dijo Sabrina calurosamente, acariciando el enorme hombro del gigante—. Ve a descansar con Prechka, ¿te parece?

Grawp gruñó en conformidad y se movió pesadamente hacia la gigante, que efectivamente roncaba profundamente junto a los escalones del castillo. Las sólidas puertas de madera colgaban de un gozne cada una, forzadas hacia adentro y destrozadas. El vestíbulo estaba misteriosamente vacío y silencioso. Cuando entraron, Ralph jadeó y aferró el brazo de James, señalando. Allí, tendidos torpemente en el suelo

cerca de la puerta, estaban el señor Recreant y la señorita Sacarhina. Ambos tenían los ojos abiertos y sonreían abiertamente hacia el techo de forma poco natural.

El brazo de Sacarhina estaba extendido, apuntando hacia arriba y se veía pálido a la luz del alba.

—¿Están... mu-muertos? —tartamudeó Ralph.

Ted pateó ligeramente el pie de Recreant.

—Probablemente no. Todavía están calientes y respiran. Solo que muy, muy despacio. Al parecer estaban aquí en la entrada cuando llegó Merlín. Parece ser que intentaron darle la bienvenida y los liquidó, de algún modo. Durmió a montones de estudiantes, pero estos dos se ganaron algún tratamiento congelante especial. De todos modos, los apartamos del camino para que la gente no les pasase por encima. —Se encogió de hombros y los guió pasando junto a las dos figuras tendidas, hacia los pasillos de más allá de las escaleras.

—¿Dónde está la torre Sylvven? —preguntó James mientras se apresuraban por los pasillos.

—Es la torre más alta en la parte antigua del castillo. La más estrecha también —contestó Ted, con voz más sombría de lo normal—. No se usa mucho excepto para la astronomía a veces. Es demasiado alta y peligrosa para subir. Petra dice que era una parte importante del castillo hace mucho, mucho tiempo. Cada castillo tenía una, y se la consideraba terreno neutral, una especie de embajada universal o algo así. Las reuniones entre naciones y reinos en guerra se sostenían allí, con un rey a un lado y el rey enemigo al otro. Se permitía que los acompañaran cuatro consejeros, pero el resto tenía que esperar abajo. De vez en cuando, las guerras se decidían y terminaban allí mismo, a veces un líder mataba al otro y lanzaba el cuerpo desde la cima de la torre para que todos lo vieran.

A James se le cayó aún más el alma a los pies.

—¿Quién está allí con él, entonces?

Ted se encogió de hombros.

—No sé. Nos enviaron para encontrarlos a los tres cuando McGonagall todavía estaba reuniéndolos a todos. Asumo que quería ir a enfrentarlo ella misma. Parecía bastante dispuesta a ello, si me preguntas a mí.

Los cinco estudiantes atravesaron un amplio y bajo arco, entrando en la sección más antigua y menos utilizada del castillo. Después de varios pasillos estrechos y curvos, finalmente se encontraron con la gente. Los estudiantes estaban reunidos en los pasillos, alineados a lo largo de las paredes y hablando en voz baja.

Finalmente, Ted los condujo a una habitación redonda con un techo muy alto; tan alto, de hecho, que se perdía en las oscuras y brumosas alturas de la torre. La planta baja estaba atestada de estudiantes que refunfuñaban con nerviosa excitación. Una desvencijada escalera de madera subía en espiral por la garganta de la torre. Después de un vistazo superficial hacia arriba, Ted comenzó a subir.

James, Zane, Ralph y Sabrina le siguieron.

—¿McGonagall está ahí arriba con... él? —cuestionó Ralph—. ¿Qué tanta, eh, *experiencia* tiene?

—Es la directora —contestó Sabrina seriamente—. Tiene experiencia.

—Eso espero —dijo James en voz baja.

Subieron el resto del camino en el silencio. Llevó bastante tiempo, y James se sentía notablemente cansado y dolorido cuando alcanzó la cima. Ralph jadeaba detrás de él, tirando de sí mismo con ambas manos sobre la gruesa barandilla. Finalmente, sin embargo, la escalera se abrió a una habitación que se encontraba en la cima de la torre. Era baja, amplia, con pesadas vigas y polvo, y siglos de guano de palomas y búhos. Estrechadas ventanas desfilaban alrededor del perímetro de la habitación, revelando porciones de luz matinal. Había varias personas presentes, aunque ninguno de ellos parecía ser la directora o Merlín.

—James —dijo una voz espesa, y una mano cayó sobre su hombro—. ¿Qué haces aquí? Este no es lugar para ti, me temo.

—Fue convocado, profesor Slughorn —dijo Sabrina, siguiendo a los demás al interior de la habitación—. La misma directora nos pidió que lo trajéramos, así como a Ralph y a Zane. Deben subir enseguida.

—¿Subir? —jadeó Ralph—. ¿Hay más? ¿Esto no es la cima?

—Ah, señor Deedle —dijo Slughorn, atisbando a Ralph—. Sí, me temo que hay más, pero sólo un poco más. Está directamente sobre nosotros. ¿Está segura de esto, señorita Hildegard? Difícilmente este sea lugar para niños.

James pensó que Slughorn parecía un poco molesto porque Ralph, Zane y él fueran subir mientras él mismo no.

—Usted estaba en la habitación cuando la directora nos envió a buscarlos, profesor —dijo Ted, permitiendo que una insinuación de severidad se filtrara en su voz.

—Lo estaba —reconoció Slughorn, como si el hecho demostrara poco.

—Déjales continuar, Horace —dijo el profesor Flitwick desde un banco cerca de la ventana—. Si han sido convocados, han sido convocados. No estarán mucho más seguros aquí con nosotros si ese salvaje prevalece.

Slughorn miró fijamente a James, y luego, con un esfuerzo de voluntad evidente, suavizó su expresión. Se volvió hacia Ralph y le palmeó con firmeza el hombro.

—Representéntenos bien, señor Deedle.

Ted señaló hacia una corta escalera de piedra que sobresalía del suelo de madera y subía hasta una trampilla en el techo. James, Ralph y Zane se acercaron y subieron despacio los desgastados peldaños. La trampilla no estaba cerrada. James la empujó y la luz se vertió, cegándolo momentáneamente mientras subía a la superficie superior.

Era casi exactamente del mismo tamaño y forma que el Santuario Oculto, construida casi completamente de piedra, menos por el suelo de madera en el centro, con la trampilla abierta. Pilares de mármol rodeaban la estancia, pero no había ningún techo. La luz mañanera llenaba la cima de la torre, brillando sobre las gradas de mármol blanco y de piedra.

Merlín estaba sentado a pocos metros de distancia, de cara a los tres muchachos cuando emergieron al suave viento y la cálida luz. Su semblante era glacial e estaba inmóvil, sólo sus ojos se movieron para mirarlos.

—Señor Potter —la voz de la directora sonó calmada—. Señor Walker y señor Deedle. Gracias por unirse a nosotros. Por favor, pónganse a mi izquierda. Oiremos su relato dentro de poco.

James se giró mientras Zane cerraba la trampilla. McGonagall estaba sentada tras ellos, frente a Merlín. Estaba vestida con un flamante vestido rojo mucho más llamativo y ostentoso de lo que James le había visto usar jamás. La hacía parecer más joven y terrorífica, como una especie de reina tirana. Las sillas sobre las que ella y Merlín se sentaban estaban incrustadas en la piedra de la grada más baja, de modo que ambos se miraban mutuamente a través del suelo de madera del centro.

A la izquierda de McGonagall, alineados a lo largo del borde de la grada más alta, había cuatro asientos tallados más, aunque estaban mucho menos ornamentados. Sentados en ellos estaban Neville Longbottom, el profesor Franklyn, y Harry Potter.

—¡Papá! —James suspiró, una sonrisa de alivio y alegría iluminó su cara. Subió corriendo los peldaños hacia su padre.

—James —dijo Harry en voz baja, con cara severa—, me dijeron que habías desaparecido. Nos tenías muy preocupados. Yo mismo habría salido tras vosotros, pero recibimos la noticia de que habías sido encontrado sólo momentos después de mi llegada.

—¿Cómo lo supieron? —preguntó Ralph, frunciendo la frente.

Harry se permitió una sonrisa ladeada y mostró un pato de goma Weasley. En su parte inferior, la letra de Ted había garabateado: *¡Encontrados! ¡Estaremos allí enseguida!*

—Este es de Petra Morganstern, pero dijo que sacó la idea de vosotros tres. Muy práctico.

—Lo siento, cogí el mapa y tu capa, papá —dijo James apresuradamente—. Sé que no debí hacerlo. Realmente organicé un buen lío. Merlín regresó y todo es culpa mía.

Harry lanzó una mirada significativa a las sillas del centro de la sala.

—No seas tan duro contigo mismo, hijo. Tendremos mucho tiempo para hablar de eso más tarde. Por ahora, creo que tenemos otros asuntos que atender.

James se volvió hacia la directora y Merlín. Casi los había olvidado con el entusiasmo y el alivio de ver a su padre.

—Cierto. Lo siento.

Los tres muchachos permanecieron de pie en la grada superior, junto a Harry, Neville y Franklyn. James advirtió por primera vez que el otro lado de la grada estaba ocupado por un número sorprendente de pájaros y criaturas, todos observando fijamente a Merlín.

Había búhos y palomas, cuervos y también algunos halcones, todos colocados sobre el parapeto, sobre los cuatro asientos tallados, y en el suelo de las dos primeras gradas. Sentados incongruentemente entre ellos, también observando fijamente al hombre barbudo, había una amplia variedad de criaturas que James reconoció como animales domésticos. Ranas y ratas se apretujaban cuidadosamente entre los pájaros. Incluso el gato de Zane, *Pulgares*, estaba allí, sentado cerca del frente, su nariz blanca y negra meneándose nerviosamente.

—¿Qué decía, profesor Longbottom? —dijo McGonagall, su mirada todavía estaba fija en la enorme e inmóvil figura de Merlín.

Neville se removió y se levantó.

—Simplemente deseo mostrar mi objeción a su conversación con este... este intruso, que ha entrado violentamente en esta escuela con quién sabe qué objetivo infame en mente, hablando en una lengua que nosotros, sus compañeros y colegas, desde hace mucho no podemos entender ni seguir. Entre esto y su, debo admitir, sorprendente atavío... bien, seguramente usted debe saber lo que nos parece.

—Le pido disculpas, señor Longbottom, y al resto de ustedes —dijo McGonagall, finalmente apartando la mirada de Merlín y mirando a los ojos de los reunidos a su izquierda—. Lo había olvidado. Este caballero proviene de unos tiempos de formalidad y ritual. Le recibo como espera ser recibido, con la vestimenta ceremonial de mi posición. Me temo que cuando nos vio por primera vez asumió que todos nosotros, incluidos los profesores y yo misma, éramos campesinos que de algún modo habían logrado invadir el castillo. Era sumamente impropio en su tiempo que el pendragón se

presentase con una especie de saco descolorido que es con lo que él confundió nuestras ropas. En cuanto al idioma...

—Puedo hablar en la lengua de sus siervos si así lo desea, señora pendragón — interrumpió Merlín con su voz grave y vibrante—. Aunque no adivino por qué se digna a hablarles como a iguales cuando deberían ser azotados por semejante impertinencia.

McGonagall suspiró y cerró los ojos. James tenía el presentimiento de que este tipo de malentendido había venido ocurriendo desde hacía rato.

—Son mis colegas, no mis subalternos, señor. Esta es otra época; me temo que debo seguir recordádoselo. No soy el pendragón de un reino. Soy pendragón sólo de una pequeña porción de tierra, todo lo que está a la vista de esta torre. Pero sí, por favor hable de modo que todos podamos entenderle.

—Como desee, señora —contestó Merlín—. ¿Asumo que su consejo está totalmente presente, entonces?

—Así es. James Potter, Ralph Deedle, Zane Walker —dijo la directora, mirando a cada muchacho sucesivamente—. Este hombre reclama ser Merlinus Ambrosius, devuelto al mundo de los hombres desde tiempos desconocidos por la acción combinada de su aprendiz espectral y otros cinco individuos. ¿Qué pueden contarnos de esta historia?

James contestó, explicó, tan bien y tan sinceramente como pudo, cómo las tres reliquias de Merlín llegaron a combinarse en la isla del Santuario Oculto. Procuró proclamar, para su propia vergüenza, como el profesor Jackson había querido proteger la túnica y mantenerla lejos del santuario frustrando al plan de Madame Delacroix, pero James sin querer había arruinado sus intenciones.

—Es culpa mía —explicó tristemente—. Ralph y Zane sólo ayudaron porque yo les convencí. Quería... —hizo una pausa y tragó saliva—. Quería resolver la situación, creo. Pero lo estropeé todo. Lo siento.

La cara de McGonagall era serena pero ilegible cuando James terminó. Él se quedó abatido, pero poco después sintió la mano de su padre sobre el hombro, cálida y fuerte. Suspiró.

Merlín paseó la mirada sobre los allí reunidos y los que estaban junto a los asientos, luego hinchó el pecho despacio.

—El plan de Austramaddux abusó de las intenciones de muchos, por lo que veo; unas buenas y otras malas. Asumo, sin embargo, que después del testimonio de este muchacho no hay duda sobre mi identidad. Permítanme repetir, entonces: he sido, al parecer, blanco de una horrible campaña de mentiras y difamación. Según veo, ha llegado a ser popularmente aceptado que yo era, en mis tiempos, una criatura caprichosa y deshonrosa, un hombre de alianzas egoístas y astucia infinita. Eso no es

más cierto que la letanía de virtudes exageradas en la historia de ese villano Voldemort al que usted me ha descrito. Yo no era más malvado que una tormenta. Maté sólo cuando no había ninguna esperanza de arrepentimiento o esclavitud. Cobré deudas sólo de los que merecían pagar, y aún así un tercio de mi riqueza fue para los pobres y la iglesia. No soy ningún monstruo para ser buscado por estas patéticas criaturas a las que usted gratuitamente llama «malignas», cuya propia maldad es apenas una vela frente a las antorchas de iniquidad que observé en mis tiempos.

—No dudo que usted lo crea —declaró McGonagall—, pero seguramente sabe que las leyendas del oscuro corazón del mago más poderoso del mundo empezaron aún antes de que diera un paso fuera de su propio tiempo, mientras todavía andaba sobre la Tierra. Muchos vivieron temiéndole.

—Sólo aquellos cuya maldad o ignorancia se prestaron a ese error —dijo Merlín, con voz grave—. Y aún en ese caso yo probablemente me habría acercado a ellos con la vara en vez de con la espada.

—Puede ser, Merlinus, pero usted mismo sabe que se metió en artes que en su tiempo eran permitidas en teoría, pero no *muuy* permitidas. Se expuso a corrientes de magia que le separaron del resto de la humanidad; corrientes que eran, de hecho, más de lo que la mayoría de los seres humanos podría tocar y permanecer cuerdos. Usted cambió tras ese chapoteo. Quizás hasta se corrompió por ello. Incluso debe haber dudado de su propio juicio alguna vez. La moralidad ambigua de Merlinus Ambrosius era bien conocida, como lo era su actitud arrogante hacia las vidas de las personas no mágicas. Legítimamente, se sospechó que podría ponerse del lado de los que deseaban la destrucción y la subyugación del reino muggle. No puedo hablar por su propio tiempo, pero en el nuestro los que desean la guerra con el mundo muggle son nuestros enemigos jurados. Su lealtad debe decidirse antes de que podamos permitirle abandonar esta sala.

—¿Se atreve a desafiar a un noble como yo? —preguntó Merlín, con voz plana y tranquila—. ¿Y a sugerir que no podría borrarlos a todos de la faz de la Tierra simplemente con un amplio gesto de mi brazo si lo deseara?

—Me atrevo a hacer ambas cosas, y por una buena razón —dijo McGonagall firmemente—. Sus motivos eran dudosos en sus tiempos, como opinan incluso los mejores historiadores. Continúa siendo así en esta época. Y en cuanto a sus poderes, pueden ser formidables, pero incluso en su época, la corriente de la que extraía su poder disminuía a medida que la Tierra era subyugada. No finja que no fue esa su mayor razón para avanzar en el tiempo. Esperaba volver a una edad en que las corrientes de la tierra estuvieran restauradas, cuando su poder sería nuevamente inagotable y completo. Pero esta no es esa época. La corriente está ahora más segmentada que nunca. Su poder aún puede ser grande, y en verdad podría derrotar a los aquí reunidos, pero no es en ningún caso invencible. Escoja con cuidado con quién se alía en esta época, Merlinus.

La cara de Merlín permaneció tan impasible como la piedra mientras miraba fijamente a la directora.

—Realmente he vuelto a un tiempo de oscuridad si la pendragón cree que una mera amenaza de muerte podría influir en las convicciones de un mago honorable. Pero veo que es honesta en sus motivos, incluso si sus métodos son mezquinos. Nunca he firmado alianzas con aquellos cuyos corazones se habían endurecido contra los no mágicos. Trabajé para mantener el equilibrio entre los mundos mágico y no-mágico, para impedir que la balanza se inclinase hacia uno u otro lado, aunque nadie adivinara mis verdaderas metas. Serví a todos, pero siempre con ese objetivo en mi corazón. La imparcialidad es un mito entre un género humano caído, pero la igualdad en la lucha puede mantenerse, incluso si es sólo un pálido fantasma de la verdadera imparcialidad.

—Habla bien, Merlinus —dijo la directora—, pero no ha declarado su objetivo claramente. ¿Está aquí para derrocarnos, o para trabajar con nosotros?

Por primera vez, la cara de Merlín mostró emoción. Cerró los ojos y apretó los labios. Su barba brillaba con lo que James asumió era algún tipo de aceite. De vez en cuando su olor, salvaje y especiado, era captado por la brisa de la cima de la torre.

—Austramaddux merecía el destino que le di, y quizás cien veces más, por devolverme a este tiempo. —Abrió los ojos otra vez, y miró a la asamblea—. Accedo a un castillo de construcción más sólida de la que alguna vez haya atestiguado, lleno de brillantes puntos de luz endurecida, y aún no he encontrado a ningún centinela, ni guardia, ni siquiera a un criado que prepare mi baño o cualquier otra exigencia de protocolo. Usted viene a mi encuentro sin el reconocimiento a mi posición y sin mostrarme reverencia, vestida con ropas de bufones y campesinos, y aún así está rodeada por mesas repletas a rebosar, sobre platos tan lisos y redondos como planetas. La misma pendragón no es reverenciada ni servida, sino que se viste como sus subalternos con sacos informes de lona. Y luego, para colmo, mi honor y lealtad son desafiados, cuando yo mismo me abstengo de exigir tributo por respeto a una época ajena. Verdaderamente, mi misión ha quedado reducida a polvo. Esta no la época preparada para mí.

—Austramaddux puede haber sido egoísta —estuvo de acuerdo McGonagall, inclinándose ligeramente hacia adelante—, pero tal vez no haya sido un error que haya sido devuelto a este tiempo, Merlinus. Se creía que lideraría una rebelión contra el mundo muggle, pero si sus afirmaciones son sinceras, entonces puede haber sido traído aquí por una providencia aún mayor, de modo que pudiera ayudarnos en la prevención de tal tragedia. Incluso ahora, los poderes del caos han puesto en marcha acontecimientos que conducirán a ese final. Ahora mismo, hay un hombre entre nosotros, un hombre muggle. Ha sido conducido hasta aquí por los agentes del desorden, y ha burlado nuestras mayores defensas usando un tipo de no-magia llamada

«tecnología». Tiene acceso a una maquinaria llamada «prensa» por medio de la cual puede dar a conocer los secretos del mundo mágico al resto de la humanidad. Y ha sido solo por medio de ese secreto que el equilibrio de poderes existe. Si este hombre y sus cómplices tienen éxito, harán un mal uso de la nueva combinación de los mundos mágico y muggle. Trazarán divisiones, buscarán el poder, y tarde o temprano, provocarán una guerra. Usted, más que nadie, sabe cuál sería el resultado de tal confabulación. Debe ayudarnos. Los que traman el caos le esperan. Déjeles probar el fuego que tenían intención de verter sobre el mundo, Merlinus. Ayúdenos.

Merlín permaneció inmóvil durante casi un minuto, con la barba brillando al sol. Los animales se removían nerviosamente, moviendo los hocicos y erizando las plumas. Finalmente, Merlín se levantó, y fue como ver surgir una montaña desde sus cimientos. Se movió con lenta y absoluta gracia hasta que estuvo totalmente erguido, con su báculo recto a su lado, sus penetrantes ojos azules fijos en la directora.

—Está en lo cierto, señora —dijo Merlín, con voz rotunda e irrefutable—. Fue mi egoísta objetivo lo que me llevó a abandonar mi propia época sólo para encontrar un tiempo en el que mi poder sería plenamente restaurado. La arrogancia es mi perdición, y eso me ha echado a perder. He vuelto ahora sólo para encontrar mi poder despedazado, mucho más de lo que lo estaba en mi época. Le ruego me perdone, como hombre de honor, pero me siento tanto incapaz como poco dispuesto a elevarme al puesto que ha descrito para mí. Este no es mi mundo. Quizás prevalezcan ustedes sin mí. Quizás no. No puedo ver ningún futuro para mí en este tiempo, aparte de saber que el sol surgirá mañana y viajará a través del cielo como ha hecho durante los mil de años de mi ausencia. Si brillará sobre la guerra o sobre la paz, la verdad o la mentira, no lo sé, pero sí sé esto: brillará sobre un mundo que no me conoce, ni yo a él. Debo dejarla ahora, señora. Les deseo a todos que les vaya bien.

Merlín levantó los brazos, incitando a sus seguidores a alzar el vuelo mientras sostenía su báculo en lo alto. Como uno solo, los pájaros del parapeto y los asientos se lanzaron al aire. Se produjo un sonido ensordecedor cuando cientos de alas batieron. Cuando la masa de pájaros se dispersó, volando desde la cima de la torre en todas las direcciones, no quedaba ni rastro de Merlín.

James miró fijamente al lugar donde el gran mago había estado. Se había acabado. No quedaba nada. Harry giró a James y lo abrazó.

—Todo va bien, hijo —le tranquilizó.

James no creía que nada fuera bien, pero se alegró de oír las palabras de todos modos. Abrazó a su padre a su vez.

—Me pregunto si realmente se ha ido para siempre —caviló Neville, hablando en voz alta.

—No dudo que tiene intención de que lo creamos así —contestó la directora, levantándose de su silla sobre la tribuna de la torre—. Pero la cuestión es que no tiene ningún lugar adónde ir. Su criado, Austramaddux, al parecer ha sido desterrado al mundo de las tinieblas, así que Merlinus no tiene ningún aprendiz en esta época al que encargar su reaparición si decide viajar en el tiempo otra vez. Me temo que debemos asumir que Merlinus está entre nosotros, para bien o para mal. ¿Señor Potter, puede ser rastreado?

Harry pensó durante un momento.

—Difícil, pero no imposible. Probablemente se retirará a la protección de los bosques, donde su poder es más fuerte. Sin duda tiene muchos métodos de supervivencia y huída allí, pero un mago de tales capacidades siempre dejará una estela mágica perceptible. Creo que se le puede localizar, con un equipo de aurores y bastante tiempo. La pregunta es: ¿qué hacemos con él cuándo lo encontremos?

—Debemos asegurarnos de sus intenciones —dijo Franklyn sombrío, aproximándose a la silla que Merlín había ocupado—. Merlinus es una criatura de misterio y confusión. A pesar de sus palabras siento que ni él mismo confía en sus propias lealtades. Las cosas eran mucho más claras en sus tiempos. ¿No lo notan ustedes también? Se siente inseguro en esta época. No sabe en quien confiar, qué objetivo refleja al suyo propio. Esta situación se ve empeorada por el hecho de que, como usted indicó, directora, la propia moralidad de Merlín es ambigua en el mejor de los casos. Se retira ahora para examinar su propio corazón tanto como para estudiar los bandos de esta época.

—¿Realmente lo cree profesor? —preguntó Harry.

Franklyn había sacado el mismo dispositivo de cobre que había usado para examinar el brazo roto de James en el campo de quidditch. Miraba detenidamente a través de él, estudiando la silla que Merlín había ocupado. Asintió despacio.

—Así es. Merlín admitió que el orgullo es su mayor debilidad. No puede permitir que veamos su propia carencia de seguridad. Pero no hay duda. No sabe cuál es su postura en esta época porque no sabe cuál es su postura en su propio corazón, y sólo ahora lo comprende.

—Esas dudas no durarán para siempre, sin embargo —dijo Neville, bajando las gradas hasta el suelo de madera—. No podemos sentarnos a esperar hasta que decida a qué bando unirse. Su poder puede estar mermado, pero apostarí a que todavía es inigualable para cualquier mago actual. Tenemos que asumir que está con nuestros enemigos hasta que deje claro que es nuestro aliado.

Harry negó con la cabeza.

—Estoy de acuerdo en que puede sentirse inseguro en esta época, pero no creo que

sea malvado. O al menos, no premeditadamente malvado.

—¿Qué quiere decir? —interpuso Zane—. Ha sido buscado por los magos más malvados durante el último milenio más o menos, ¿no?

—No por lo *más* malvados —dijo McGonagall con ironía.

—Es cierto —estuvo de acuerdo Harry—. Sólo por los que estaban lo bastante confusos o corrompidos como para creer que sus objetivos eran válidos, de algún modo. Los que sabían que sus corazones eran malvados, los que eran conscientes de su propia maldad y la abrazaban, nunca lo buscaron. Al menos, por lo que sabemos.

—Por ahora será mejor que nos ocupemos de nuestro problema más inmediato —dijo McGonagall, suspirando—. Nuestro día apenas ha comenzado y ya tenemos mucho más para manejar de lo que buenamente podemos. Además, quiero librarme de este traje insoportable cuanto antes.

Franklyn levantó la trampilla y el grupo comenzó a desfilar escaleras abajo. Los animales que se habían reunido sobre la plataforma de la torre bajaron también, correteando y saltando entre los pies del grupo.

Slughorn y el resto de profesores se les unieron abajo saludándoles con las caras preocupadas y una andanada de preguntas. Ignorándolos, James siguió a su padre por la escalera de caracol hasta el piso inferior.

—¿Cómo llegaste tan rápido, papá? —preguntó—. Merlín no llegó hasta medianoche. ¿Cómo consiguió McGonagall localizarte tan rápidamente?

—No fue la directora quien me trajo aquí, James —contestó Harry, echando un vistazo a su hijo por encima del hombro—. Fue tu carta. *Nobby* la entregó esta mañana, y vine en cuanto la leí. La directora se sorprendió como el que más cuando aparecí en la chimenea de su oficina.

—¡Pero Sacarhina dijo que estabas en una misión especial y que no se te podía molestar!

Harry sonrió sin humor.

—Fue ese detalle en tu carta lo que me demostró que tenía que venir enseguida, James. No he estado haciendo más que trabajo de despacho toda la semana. Si Sacarhina dijo que estaba en una misión es solo porque quería asegurarse de que no viniera.

—Sí —asintió James—. El retrato de Snape nos dijo que Sacarhina y *Recreant* no eran de fiar. Están metidos en todo eso del Elemento Progresivo.

Harry se detuvo en la escalera, volviéndose hacia James, Ralph y Zane.

—Tened cuidado con a quién mencionáis esto —dijo, bajando la voz—. El ministerio

está siendo hostigado últimamente por gente como Recreant y Sacarhina, aunque para la mayor parte de ellos sea solo un modo de parecer un poco audaz y moderno. Hermione hace lo que puede por combatir la propaganda y eliminar a los instigadores, pero es complicado. Recreant es sólo un instrumento, pero Sacarhina es peligrosa. Creo que ella es el cerebro tras el regreso de Merlín, de hecho.

—¿Qué? —saltó James, bajando la voz para igualar la de su padre—. No puede ser. Era la señora Delacroix la que estaba en el santuario anoche.

—Sí, Sacarhina no llegó hasta ayer por la tarde —añadió Zane.

La expresión de Harry era grave.

—Sacarhina no es la clase de persona que se ensucia las manos con el trabajo propiamente dicho. Necesitaba a Delacroix para eso, y Delacroix no podía conseguir el trono de Merlín del ministerio sin Sacarhina ayudando desde dentro. Recreant y Sacarhina solo están aquí ahora porque alegan escoltar a «un experto en relaciones mágico-muggle» para tratar con ese tal Prescott. No hay ningún experto. Esperaban presentarse a Merlín, y hacerle pasar por el experto.

—¡Entonces nunca tuvieron la *intención* de impedir a Prescott revelar el mundo mágico a la prensa muggle! —dijo Ralph con la cara blanca—. Se suponía que Sacarhina y Merlín trabajarían juntos para *asegurarse* de que Prescott consiguiera su historia, ¿no?

Harry asintió.

—Eso creo. Esto no es coincidencia. Es exactamente el tipo de cosa que la gente como Sacarhina ha estado esperando desde hace mucho. La reunificación del mundo muggle y el mágico es esencial para su plan final de guerra total.

—Pero al final resultó que Merlín no está del lado de nadie más que del suyo propio después de todo —dijo James—. ¿Arruina eso su plan?

—No sé —suspiró Harry—. Las cosas se han puesto en marcha y será muy difícil detenerlas ahora. Puede que Sacarhina no necesite a Merlín para esta parte del plan.

—¿Qué tiene usted planeado para detener a Prescott? —preguntó Zane.

—¿Detenerlo? Se supone que ni siquiera estoy aquí, ¿recuerdas? Sacarhina es la responsable.

—¡Pero ella es mala! —exclamó James—. ¡No puedes dejarle llevar la voz cantante!

—No lo haremos, James —dijo Harry, poniendo una mano sobre el hombro de James, pero endureciendo su voz—. Pero tenemos que ser muy cuidadosos. Sacarhina tiene mucha influencia en el ministerio. No puedo desafiarla. Ella *espera* que yo haga algo precipitado, algo que pueda usar en mi contra. Desean ver el Departamento de Auroras cerrado completamente. Impedir que eso ocurra es una cuestión de extrema

importancia. Incluso más que proteger el secreto del mundo mágico.

—¿Entonces Sacarhina y Delacroix ganan? —dijo James, mirando a su padre a los ojos.

—A corto plazo, quizás. Pero no perdáis la esperanza. Neville, la directora y yo tenemos algunos trucos bajo la manga. Sobreviviremos, no importa lo que pase con Prescott. La única pregunta ahora es quién lo condujo hasta aquí en primer lugar.

—Bien, debió ser Sacarhina, ¿no? —sugirió Zane.

—No, no puede ser —suspiró James—. Ella ha firmado el voto de secretismo, como cualquier bruja o mago. Si hubiera intentado decir algo a Prescott, incluso por carta, el voto la habría detenido de algún modo. Además, ella no sabría nada sobre cómo funciona un *gamedeck*, o como podría ser utilizado para conducir a alguien hasta Hogwarts.

Voces y pasos resonaron en la escalera de caracol. La directora y los profesores descendían tras ellos. Harry les hizo un gesto a los muchachos para que le siguieran hasta abajo.

—Es la única parte de esto que realmente me confunde —dijo Harry mientras descendían la escalera—. Todas las brujas y magos están obligados por el voto de secretismo. Cualquier padre muggle de un estudiante está obligado por su propio contrato de no-divulgación. Eso significa que nadie que conozca el mundo mágico sería capaz de difundir el secreto. Y sin embargo, obviamente alguien lo hizo. Tengo intención de averiguar quién.

Para cuando se acercaban a la última curva de la escalera, la directora, Neville, y el resto de los profesores los habían alcanzado. McGonagall se dirigió a los estudiantes que esperaban abajo.

—Damas y caballeros, como pueden ver hemos regresado todos enteros y bien. —Se detuvo y contempló la reunión desde arriba—. Para disipar rumores y sofocar cualquier temor tengo intención de ser bastante directa sobre lo que ha estado y todavía está ocurriendo aquí hoy. Dos hombres han irrumpido más bien de improvisado en estos pasillos durante los dos últimos días. El primero todavía está aquí. Su nombre es Martin Prescott y es un muggle. Sus intenciones son bastante cuestionables, pero puedo asegurarles que nosotros, el profesorado, estamos preparados para...

—Gracias Minerva —interrumpió una voz fuerte y sonora—. De hecho, ya he informado a los estudiantes sobre los acontecimientos de hoy. Aprecio su meticulosidad, pese a todo. Únase a nosotros, ¿quiere? —Sacarhina y Recreant emergieron del grupo de estudiantes y se acercaron al pie de la escalera. La sonrisa de Sacarhina era amplia y brillante a la polvorienta luz de la planta baja de la torre.

McGonagall la miró durante un largo momento, y luego se volvió para dirigirse a los estudiantes otra vez.

—En ese caso, supongo que todos tienen clases a las que asistir. Sus profesores de buen grado les conducirán a sus aulas. Hagamos lo que podamos con el resto del día, ¿de acuerdo?

—¿Realmente cree necesario seguir con las clases hoy, Minerva? —dijo Sacarhina cuando la directora y el resto del grupo alcanzaron la base de la escalera—. Este es un día bastante inusual.

—Los días inusuales son los mejores para las clases, señorita Sacarhina —contestó McGonagall, pasando junto a la mujer—. Recuerdan a todo el mundo por qué estamos aquí en primer lugar. Si me perdona.

—Harry —dijo el señor Recreant, sonriendo con un poco de demasiado entusiasmo—. Admito que Brenda y yo no habíamos esperado verte aquí hoy. Una cuestión familiar, ¿verdad? —volvió su sonrisa hacia James, y luego también la dirigió a Ralph y Zane.

Harry sonrió rígidamente.

—Yo estoy igualmente sorprendido de veros a los dos aquí. No he visto ningún trámite sobre otro viaje para reunirse con los de Alma Aleron. Y he estado haciendo una cantidad horrenda de papeleo, como ya sabéis.

Sacarhina tomó el brazo de Harry, y él la dejó conducirla fuera de la torre, siguiendo a los últimos estudiantes.

—Fue muy inesperado —le habló en tono confidencial—. Una situación terrible. ¿Seguramente Minerva te habrá hablado de ello? Martin Prescott, un reportero muggle, justo aquí en la escuela. De todos modos el ministerio cree que es inevitable, en realidad.

—¿Lo es? —dijo Harry, deteniéndose cerca de la puerta y mirando a Sacarhina—. ¿Entonces, Loquatious Knapp lo sabe?

—El ministro es consciente en líneas generales de los acontecimientos que se han estado produciendo —intervino Recreant—. Habíamos decidido no molestarlo con los detalles en sí.

—¿Entonces, de hecho, él no sabe que estáis aquí? —dijo Harry, sonriendo levemente.

—Harry —dijo Sacarhina sedosamente—, el hecho es que este tipo de situación entra precisamente dentro de la competencia del Departamento de Relaciones Internacionales. Tú mismo, desde luego, no requieres la firma del ministro para cada pequeña maniobra del Departamento de Aurores. Tampoco nosotros necesitamos su aprobación cuando se trata de la ejecución de nuestros deberes cotidianos. ¿Tienes intención de quedarte todo el día?

—Ya lo creo, Brenda —contestó Harry con calma—. Siento curiosidad por ver lo que hace el Departamento de Relaciones Internacionales en el ejercicio de sus deberes cotidianos en semejante situación. Además, seguramente estarás de acuerdo con que un testigo externo y *objetivo* podría acabar siendo provechoso en caso de que se produzca alguna... ¿investigación?

—Como quiera, señor Potter —dijo Sacarhina, cerrando de golpe su sonrisa como si fuera un joyero—. Todo habrá terminado hacia las cuatro de esta tarde. El equipo de Prescott llegará y tendrá su visita turística. Después de todo, no hay modo de evitarlo considerando los muy ingeniosos dispositivos de seguridad del señor Prescott. Puede acompañarnos, pero por favor no intente interferir. No sería bueno para usted. Pero estoy segura de que no tengo que decírselo, ¿verdad?

—¿Disfrutó usted de una agradable siestecita junto a las puertas? —dijo Zane a la ligera cuando Sacarhina se alejaba.

Ella se detuvo, y luego muy despacio se giró hacia Zane.

—¿Qué has querido decir, chico? —cuestionó.

Harry miraba a Zane con una mezcla de curiosidad y diversión.

—Ustedes dos estaban allí para recibir a Merlín cuándo este hizo su magnífica entrada anoche, pero al parecer él buscaba un pez más grande que ustedes, ¿no? —continuó Zane—. Les lanzó el viejo mal de ojo y les congeló en el acto. Vamos, tío, eso tiene que *doler*.

La sonrisa de Sacarhina apareció de nuevo en su cara, como si fuera su expresión por defecto cuando su cerebro trabajaba intensamente en alguna otra cosa. Sus ojos se volvieron hacia Harry.

—Simplemente no sé con qué ha estado llenando las cabezas de estos pobres niños, señor Potter, pero realmente no es propio de funcionarios del ministerio contar semejantes historias. Merlín, quién lo iba a decir. —Sacudió la cabeza vagamente, luego se volvió y atravesó el arco de entrada con el señor Recreant siguiéndola nerviosamente.

—Está claro que se te da bien la gente, Zane —dijo Harry, sonriendo abiertamente y revolviendo el pelo al muchacho.

—Mi padre dice que es un don —estuvo de acuerdo Zane—, mi madre que es una maldición. ¿Quién sabe?

—Parece como si la señorita Sacarhina estuviera más confundida que enfadada —reflexionó Ralph mientras andaban por el pasillo abandonando la torre Sylvven.

—Podría ser —contestó Harry—. Podría ser que todos aquellos a los que durmió Merlín se olvidaran de él también. Puede no tener ningún recuerdo de su llegada de

anoche.

—¿Entonces todavía espera que aparezca cuando lleve a Prescott y a su equipo a su gran recorrido?

—Quizás. Aunque no va a entorpecerla mucho tiempo el que no aparezca. Probablemente Merlín esté en este momento a mitad de camino de cruzar el Bosque Prohibido, buscando indicaciones en los espíritus de los árboles, ahora que al parecer han despertado.

James se detuvo en mitad del pasillo. Pocos pasos después, Harry se detuvo también y se giró para mirar a su hijo. La cara de James estaba pensativa y tenía los ojos muy abiertos. De repente, parpadeó y miró a su padre.

—Tengo que ir al Bosque Prohibido —expresó—. No es demasiado tarde. ¿Papá, vendrás conmigo? Zane, Ralph, ¿vosotros también?

Harry no hizo ninguna pregunta a su hijo. Estudió el rostro de James durante varios segundos, y luego echó un vistazo a Zane y Ralph.

—¿Qué pensáis vosotros dos? ¿Listos para hacer novillos?



James caminaba decidido por el bosque, seguido de cerca por Harry, Zane y Ralph.

Pasó entre los árboles más pequeños en la periferia, dirigiéndose hacia el corazón más profundo del bosque, donde los árboles eran enormes y antiguos y el sol casi quedaba bloqueado por las ramas de denso follaje. Durante varios minutos, los cuatro anduvieron en silencio, y entonces, finalmente, James se detuvo. Giró en el acto, alzando la vista a las silenciosas hojas y a las ramas que crujían suavemente. No había ningún otro sonido. Harry, Zane y Ralph permanecieron a unos siete metros de distancia, observando silenciosamente. James cerró los ojos durante un momento, pensando, y luego los abrió otra vez y habló.

—Sé que muchos no estáis despiertos —comenzó, alzando la vista hacia las amenazantes alturas de los árboles—, y sé que algunos de los que estáis despiertos no estáis de nuestro lado. Pero los que sí lo están me oirán, y espero que me ayudéis. Merlín está aquí en algún sitio. Puede estar muy, muy lejos ahora, pero aun así, creo que sabéis dónde está. Habla con vosotros, y apuesto a que vosotros también le habláis a él. Sé que los espíritus de los árboles pueden hablar, porque ya hemos conocido a uno. Tengo un mensaje para Merlín.

James hizo un alto y tomó otro profundo aliento, no estaba completamente seguro de lo que quería decir. Simplemente se le había ocurrido que debía intentarlo. Delacroix le había utilizado para ayudar a traer a Merlín al mundo, a pesar de los mejores esfuerzos de los que habían deseado impedirlo.

El conocimiento de que había permitido que le manipularan era horrible para él. Todo ese tiempo había creído que hacía el bien, salvando al mundo del mal, andando tras los pasos de su heroico padre. Y aún así sus mejores intenciones se habían vuelto contra él; contra el mundo al que había esperado proteger. Había intentado hacerlo solo, como lo habría hecho su padre, pero había fallado. Había ayudado al mal. Y ahora el mal esperaba que él se rindiera. James no tenía intención de rendirse, aunque tal vez ahora podría intentar ayudar de un modo diferente. Probablemente era arriesgado, completamente desesperado, pero tenía que intentarlo. Tal vez era *su* destino, después de todo.

—Merlín —dijo James inciertamente—, usted dijo que Austramaddux se equivocó al traerle a nuestro tiempo. Dijo que había sido egoísta, que solamente quería librarse del servicio que le juró. Pero la directora McGonagall cree que se equivoca. Cree que este es el tiempo al que usted mismo se propuso volver, porque este mundo necesita su ayuda para detener una guerra que podría destruirnos a todos. Bueno... sé que solo soy un niño, pero creo que se equivocan *ambos*.

James echó un vistazo a su padre. Harry se encogió de hombros ligeramente y asintió.

—Oí todo lo que dijo usted, y lo que dijeron los demás cuando se marchó, y creo que fue traído a este tiempo porque *usted* necesita algo. No sabe seguro si realmente alguna vez ha obrado bien o mal. No sabe si controla sus poderes, o si ellos le controlan. Creo que la verdad es que el mundo realmente le *necesita* ahora, pero que usted necesita a este mundo también. Es su oportunidad... tal vez la última oportunidad... de demostrar que es un mago bueno después de todo. La gente se ha preguntado durante siglos si era bueno o malvado, pero ¿a quién le importa lo que el resto de la historia dirá sobre usted? Si sabe en su propio corazón que hizo lo correcto cuando realmente importaba, entonces no importará lo que digan. No digo esto porque yo mismo lo entienda aún, pero al menos intento entenderlo. Usted está en este tiempo sea cual sea la causa, Merlín. Quienquiera que le trajo aquí lo hizo para que rescatara al mundo, pero... creo que está aquí también para ser rescatado de usted mismo.

James terminó y suspiró. Alzó la vista, estirando el cuello y entornando los ojos, buscando en los árboles algún signo de que su mensaje había sido escuchado, y de que podría ser entregado. Las hojas simplemente siguieron silbando y susurrando en la brisa. Las ramas crujían silenciosamente. Después de un minuto, James se metió las manos en los bolsillos y regresó desconsoladamente con su padre, Ralph y Zane.

Zane palmeó el hombro a James mientras se daban la vuelta para marcharse.

—Ha sido el mayor montón de chorradas que he oído jamás —dijo jovialmente—. Pero creo que lo dices en serio. Me ha gustado, incluso si nunca llega a oídos de Merlín.

—¿Se te ocurrió todo esto a ti solo? —preguntó Ralph.

James se encogió de hombros y sonrió con vergüenza.

Harry no dijo nada mientras andaban, pero puso el brazo alrededor de los hombros de James y lo mantuvo allí todo el camino de regreso. James creyó que significaba que su padre lo aprobaba, incluso si no era el modo en que él mismo lo habría hecho. Y entonces comprendió, con alegría, que su padre lo aprobaba precisamente *porque* no era el modo en que él lo habría hecho. James sonrió y disfrutó de ese momento de silenciosa revelación. Tal vez aprender esa verdad —el tipo de verdad que uno tiene que aprender por sí mismo, a pesar de toda la gente que intenta enseñártelo con meras palabras— hacía que valiera la pena todo lo que había pasado hasta ahora. Sólo esperaba que valiera también tras lo que todavía estaba por venir.



Capítulo 19

Secretos desvelados

Harry acompañó a James, Zane y Ralph a un desayuno muy tardío en las cocinas de los elfos domésticos bajo el Gran Comedor. James notó que el elfo doméstico que manejaba el enorme fuelle de la estufa era el elfo gruñón que les había dicho a los tres que estaban a prueba. Los miró con obvia sospecha, pero no dijo nada.

Se apiñaron en una mesa diminuta bajo una ventana aún más diminuta y comieron platos de arenques ahumados y tostada y bebieron zumo de calabaza y té negro. Finalmente, Harry sugirió que los chicos se tomaran un descanso para asearse. Todavía llevaban puesta la ropa que habían vestido durante la fallida aventura de la escoba del día anterior, y estaban definitivamente sucios tras haber pasado la noche en el bosque. James estaba cansado hasta los huesos además, y decidió que se podía desmayar sobre su cama por lo menos diez minutos, con crisis escolar o sin ella.

De camino a la sala común, James decidió tomar un desvío a la enfermería para recoger su mochila. Philia Goyle y Murdock ya no custodiaban las puertas, por

supuesto, pero se sorprendió al ver a Hagrid repantigado en uno de los bancos cercanos, ojeando una revista gruesa llamada *Bestias y regiones remotas*. Éste levantó la mirada, cerrando la revista.

—James, que gusto verte —dijo calurosamente, aparentemente tratando de mantener su voz baja—. Oí que habíais vuelto sanos y salvos. Viendo a tu padre entonces, apuesto.

—Sí, acabo de dejarlo —respondió James, mirando a través de las puertas entreabiertas de la enfermería.

—¿Qué estás haciendo aquí, Hagrid?

—Bueno, es obvio, ¿no? Estoy de guardia, eso es lo que hago. Nadie sale o entra a menos que sea con permiso de la directora. Necesita descansar y recuperarse, después de todo por lo que ha pasado.

—¿Quién? —preguntó James, de repente interesado. Espió más estrechamente por la grieta entre las puertas.

Había una forma todavía acostada en una de las camas, pero James no podía imaginar de quién se trataba.

—¡Pues el profesor Jackson, por supuesto! —dijo Hagrid, poniéndose en pie y uniéndose a James junto a la puerta. Se asomó sobre la cabeza de James con un ojo negro y redondo—. ¿No te has enterado? Apareció en el patio hace hora y media, con aspecto bastante espeluznante —susurró—. Causó una gran conmoción cuando los estudiantes que estaban fuera lo vieron. Lo trajimos aquí inmediatamente y a mí se me encomendó la responsabilidad de vigilar las puertas mientras Madame Curio le atiende.

James levantó la vista hacia Hagrid.

—¿Está herido?

—Eso fue lo que pensamos al principio —dijo Hagrid, retrocediendo—. Pero Madame Curio dice que está bien excepto por unas pocas costillas rotas, algunas quemaduras en los brazos, un golpe desagradable en la cabeza y cerca de un millón de cortes y arañazos. Dice que ha estado en un duelo, y en uno muy largo. Sucedió durante la noche, afuera en el bosque. Eso fue todo lo que nos pudo decir antes de desmayarse.

—¿Un duelo? —se extrañó James, frunciendo la frente—. ¡Pero si Delacroix rompió su varita!

—¿De veras? —dijo Hagrid, impresionado—. ¿Y por qué iba a hacer algo así?

—El duelo fue contra ella, Hagrid —dijo James cansado—. Él y ella... mira, te lo explicaré después. Pero la vi romper su varita por la mitad. Vi los pedazos. Él los dejó atrás.

—Bueeeno... —dijo Hagrid, retomando su asiento y arrancando un largo y doloroso gemido al banco—. Es americano, ya sabes. Les gusta llevar más de una varita. Viene de todo eso de los señores del salvaje oeste y demás. Las llevan en las botas y metidas en las mangas y las esconden en bastones y todo eso. Todo el mundo lo sabe, ¿no?

James se asomó otra vez por la grieta de las puertas la enfermería, pero aún así no pudo sacar nada en claro de la forma que había sobre el colchón.

—Lo siento profesor —dijo quedamente—, pero espero que le haya dado usted su merecido.

—¿Qué pasa, James? —dijo Hagrid, mirándolo.

—Sólo vine por mi mochila —respondió James rápidamente—. Me la dejé ayer por la noche.

—Supongo que no querrás venir a buscarla más tarde, ¿no? —preguntó Hagrid ansiosamente—. Tengo mis órdenes. Nadie entra o sale. La directora cree que quien haya atacado a Jackson tal vez venga buscándolo. No se puede descartar a ese loco de remate que pretende ser Merlín.

—Fue Delacroix, Hagrid. Pero, sí. Puedo volver más tarde. Buen trabajo.

Hagrid asintió, y después volvió a abrir la revista sobre su regazo. James se dio la vuelta y regresó por donde había venido.



La sala común de Gryffindor estaba vacía. El fuego en el hogar había ardido hasta quedar solo en brasas rojas, pero hacía el suficiente calor fuera como para que no resultara necesario de todos modos. De hecho, mientras subía las escaleras hacia los dormitorios, James sintió una ráfaga de aire fresco y frío que pasó a su lado. Al parecer alguien había dejado una ventana abierta arriba. Se estaba preguntando si debería cerrarla o no cuando llegó al final de las escaleras y vio a Merlín cómodamente reclinado sobre su cama.

—Aquí está mi pequeño consejero —dijo Merlín, levantando la mirada y bajando el libro de texto de Tecnomancia de James. James miró a la ventana abierta junto a su cama, después a Merlín.

—Usted —dijo, con la mente ligeramente atónita—. ¿Usted...? —señaló dudosamente a la ventana.

—¿Si entré volando a través de ella? —dijo Merlín, dejando el libro a un lado casi reverentemente—. ¿Sobre las alas de mis hermanos voladores? ¿Tú qué crees, James Potter?

James cerró la boca, comprendiendo que esto era algún tipo de prueba. Descartó su primera idea y buscó otra opción.

—No —respondió—. En realidad, no, creo que solo abrió la ventana porque le gusta el aire.

—Me gusta la fragancia del aire, especialmente en esta época del año —replicó el gran mago, mirando hacia la ventana abierta—. La esencia del crecimiento y la vida vienen de la tierra ahora, llenando el cielo. Aún los no-mágicos la sienten. Ellos dicen que el «amor» está en el aire en primavera. Se acerca bastante a la verdad aunque no a la cuestión, pero no es el amor de un hombre y una mujer. Es el amor de la tierra por la raíz, de la hoja por la luz solar, y sí, del ala por el aire.

—Pero usted *quería* que yo creyera que había entrado por la ventana, ¿verdad? —dijo James, sintiéndose cautelosamente envalentonado.

Merlín sonrió ligeramente y estudió a James.

—El noventa por ciento de la magia sucede en la mente, James Potter. El truco más grande de todos es saber lo que tu audiencia espera ver, y asegurarte de que lo vean.

James se acercó a otra cama y se sentó en ella.

—¿Es de esto de lo que vino a hablar? ¿O está aquí porque recibió mi mensaje?

—Me he puesto al corriente de muchas cosas desde la última vez que me viste —respondió el mago—. Me he movido adentro y afuera, y por todas partes. He conversado con muchos viejos amigos, reconectado con la tierra, las bestias y el aire. He encontrado muchas cosas extrañas en el bosque, artículos de esta era, y he aprendido mucho sobre las costumbres de esta época. Os he estudiado a vosotros, a ti mismo y a tu gente.

James sonrió lentamente, comprendiendo algo.

—¡Nunca se marchó! Se desvaneció de lo alto de la torre, nos hizo pensar que se había ido volando con los pájaros, pero nunca se *fue* a ningún lado, ¿verdad? ¡Solo se volvió invisible!

—Tienes cierto talento para ver más allá de lo evidente, James Potter —dijo Merlín, con voz baja y cara impasible—. Pero admitiré que oí todo lo que tus profesores Franklyn y Longbottom, y la pendragón, y sí, tu padre, dijeron acerca de mí. Me sorprendió y enojó que creyeran conocerme de esa manera. Y sin embargo, no soy esclavo de la arrogancia. Me pregunté a mí mismo si lo que suponían era verdad. Me

fui, y visité mis viejas tierras. Viajé dentro y fuera, aquí y allá. Estudié las profundidades de mi propia alma, como Franklyn supuso que haría. Y descubrí que había una sombra de verdad en sus palabras. Una sombra...

Merlín se detuvo durante un largo momento. James decidió no decir nada más, sino simplemente observar al mago. Su cara permanecía totalmente inmóvil, pero sus ojos parecían distantes. Después de no más de dos minutos, Merlín habló de nuevo.

—Pero una sombra no era suficiente para traerme de vuelta al fango de las hipocresías y lealtades confusas de esta época tenebrosa. Estaba lejos, explorando, buscando espacio, suelo, y tierra ininterrumpida, hundiéndome en el profundo lenguaje del aire y de la lluvia, cuando apareció una nueva nota en la canción de los árboles. Tu mensaje, James Potter.

James se sorprendió al ver que finalmente había emoción en el enorme rostro del mago. Miraba a James abiertamente, y de repente sus ojos se humedecieron. James sintió vergüenza por la cruda expresión de angustia del hombre. Hasta sintió un poco de culpa por sus propias palabras, palabras que aparente y sorpresivamente, habían traspasado el gran corazón oculto de este hombre. Después, como si la angustia nunca hubiera estado ahí, la enorme y pétrea cara se recompuso. No fue cuestión de disfrazar la emoción, comprendió James. Simplemente había presenciado el funcionamiento de las emociones de un hombre cuya cultura era totalmente ajena a él, en la que el corazón estaba tan cerca de la superficie que las profundas emociones podían inundar descarada y completamente el rostro, como una nube oscureciendo al sol pero sólo por un momento.

—Por lo tanto, James Potter —dijo el mago, poniéndose en pie lentamente, de forma que pareció llenar el cuarto—. He vuelto. Estoy a tu servicio. Mi alma ciertamente lo requiere. He aprendido mucho de este mundo durante mis viajes de este día, y amo poco de él, pero hay un mal presente, aún cuando está enmascarado con duplicidad y etiqueta. Quizás vencer al mal sea menos importante incluso que despojarlo de su fachada de respetabilidad.

James sonrió y se levantó también de un salto, sin estar seguro de si estrechar la mano de Merlín, abrazarlo, o hacer una reverencia. Se decidió por golpear al aire con un puño y proclamar,

—¡Sí! Eh, gracias, Merlín. Eh, Merlinus. ¿Señor Ambrosius?

El mago simplemente sonrió, con sus ojos azul hielo chispeando.

—Así que —dijo James—, ¿qué hacemos? Es decir, sólo tenemos unas pocas horas antes de que Prescott y su equipo se reúnan para filmar la escuela y todo eso. Creo que tengo que explicárselo todo. Caray, esto va a llevar un rato.

—Soy *Merlín*, James Potter —dijo el mago, suspirando—. Ya he aprendido tanto como necesito saber de este mundo y su funcionamiento. Te sorprendería bastante, creo, saber cuánto saben los árboles de vuestra cultura. El señor Prescott no es problema. Simplemente necesitamos un concilio de aliados que nos ayuden.

—Está bien —dijo James, volviendo a dejarse caer sobre la cama—. ¿Qué clase de aliados necesitamos?

Merlín entrecerró los ojos.

—Requerimos héroes de ingenio y astucia, sin miedo a transgredir las convenciones a objeto de defender una alianza mayor. Las habilidades de batalla no importan. Lo que necesitamos en este momento, James Potter, son sinvergüenzas con honor.

James asintió sucintamente.

—Conozco al grupo adecuado. Sinvergüenzas con honor. Lo tengo.

—Entonces vamos a ello, mi joven consejero —dijo Merlín, riendo un poco aterradoramente—. Conduceme.

—Entonces —dijo James mientras dirigía a Merlín fuera a través del agujero del retrato—, ¿cree que venceremos?

—Señor Potter —dijo Merlín airosamente, saliendo al rellano y colocándose los puños sobre las caderas—, venciste en el momento en que decidí unirme a ti.

—¿Es el famoso orgullo de Merlín el que habla? —preguntó James tentativamente.

—Como ya he dicho —replicó Merlín, dándose la vuelta para seguir a James con su larga y lenta zancada—. El noventa por ciento de la magia sucede en la mente. El diez por ciento restante, señor Potter, es pura bravuconería sin adulterar. Tome nota de eso y le irá muy bien.



Tras la brillante y neblinosa mañana, el día progresó hacia una bruma de quietud y calor inoportuno. La directora McGonagall había insistido en que las clases continuaran, aún durante la visita de Martin J. Prescott y su séquito, pero a pesar de su orden, docenas de estudiantes se habían reunido en el patio para presenciar la llegada del equipo del reportero muggle. Próximos a la parte delantera del grupo, James y Harry estaban de pie uno al lado del otro. Sólo a unos cuantos pasos de distancia, Tabitha Corsica y sus compañeros de Slytherin observaban con ojos decididamente brillantes y

ansiosos. En lo alto de las escaleras principales la directora McGonagall estaba flanqueada por la señorita Sacarhina y el señor Recreant. Martin Prescott, en el escalón más bajo, miraba su reloj.

—¿Está segura de que podrán hacer pasar sus vehículos hasta aquí como describió usted, señorita Sacarhina? —dijo, levantando la vista hacia donde ésta se encontraba, y guiñando los ojos ante la luz del sol—. Conducirán vehículos con *ruedas*, como ya he dicho. Ya sabe. Ruedas. ¿No hay nada parecido a ciénagas fangosas o puentes con trols viviendo bajo ellos o algo así, verdad?

Sacarhina estaba a punto de responder cuando el sonido de los motores de los vehículos comenzó a ser audible en la distancia. Prescott saltó y giró en el punto, irguiendo el cuello para captar un vistazo de su equipo. James, de pie con su padre cerca del frente de la multitud, pensó que la directora McGonagall estaba conduciéndose bastante bien, considerándolo todo. Simplemente apretó los labios fuertemente cuando los enormes vehículos entraron sacudiéndose en el patio. Había dos de ellos, y James los reconoció como el tipo de enormes camiones todoterreno que Zane llamaba «Landrovers». El primero se detuvo directamente ante las escaleras. Las cuatro puertas se abrieron y comenzaron a emerger hombres, parpadeando ante la turbia luz del sol y llevando grandes bolsas de cuero cubiertas de enormes bolsillos. Prescott revoloteaba entre los hombres, llamándolos por su nombre, señalando y gritando órdenes.

—Quiero luces y reflectores en la parte izquierda de las escaleras, en ángulo hacia las puertas. Ahí es donde haré mi comentario final y efectuaré las entrevistas. Eddie, ¿tienes las sillas? ¿No? Vale, está bien, lo haremos de pie. Sentado podría parecer demasiado, ya sabes, *preparado*, de todas formas. Queremos mantener la sensación de *exposé* en directo todo el tiempo. ¿Qué cámaras tienes, Vince? Quiero la cámara de mano de treinta y cinco milímetros en todo. Doble grabación de todas las tomas con ella, ¿entendido? Editaremos el metraje aquí y allí con esa sensación de cámara oculta. ¿Dónde está Greta con el maquillaje?

El equipo ignoraba completamente a la asamblea de estudiantes, a la directora y los oficiales del ministerio en las escaleras. Todo alrededor de las camionetas era bullicio bien lubricado de hombres montando cámaras, uniendo cables eléctricos a las luces, adosando micrófonos a largas varas, y diciendo «probando» y «sí» en pequeños micros diseñados para prenderse en la camisa de Prescott. James tomó nota de que unos pocos individuos dentro del grupo no parecían preocuparse por los preparativos técnicos. Estaban bastante mejor vestidos y parecían sentir curiosidad por el castillo y sus terrenos. Uno de ellos, un viejo calvo y de aspecto amigable con un traje verde luminoso, escaló los escalones hacia la directora.

—Vaya alboroto, ¿verdad? —proclamó, mirando hacia los vehículos. Se inclinó ligeramente hacia la directora—. Randolph Finney, detective de la Policía Especial

Británica. No del todo retirado, pero lo suficientemente cerca como para que ya no importe. ¿El señor Prescott puede haberme mencionado? Al parecer, ha hecho mucha publicidad de mi presencia aquí. Entre usted y yo, sospecho que había esperado a alguien un poco más, eh, inspirador, ya me entiende. Así que, ¿esto es algún tipo de... escuela, debo entender?

—Ciertamente eso es, señor Finney, —dijo Sacarhina, extendiendo la mano—. Mi nombre es Brenda Sacarhina, jefa del Departamento de Relaciones Internacionales del Ministerio de Magia. Hoy será un día muy interesante para usted, sospecho.

—Ministerio de Magia. Que pintoresco —dijo Finney, estrechando la mano de Sacarhina más bien distanciamiento. Su mirada no se había apartado de la directora—. ¿Y quién sería usted, madame?

—Esta es... —replicó Sacarhina, pero McGonagall, largamente acostumbrada a ignorar ruidos indeseables, habló por encima de ella.

—Minerva McGonagall, señor Finney. Encantada de conocerlo. Soy la directora de esta escuela.

—¡Encantador, encantador! —dijo Finney, tomando reverentemente la mano de McGonagall y haciendo de nuevo una reverencia—. Directora McGonagall, estoy encantado de conocerla.

—Por favor, llámeme Minerva —dijo McGonagall, y James vio que el más ligero de los dolores pasaba por su rostro.

—Indudablemente. Y usted llámeme Randolph, insisto. —Finney sonrió a la directora durante varios segundos, después se aclaró la garganta y se ajustó las gafas. Se giró en el lugar, examinando el castillo y sus terrenos.

—No sabía que hubiese una escuela en esta zona, a decir verdad. Especialmente una tan magnífica como esta. Yo diría, sin temor a equivocarme, que debería estar inscrita en el registro de lugares históricos, Minerva. ¿Cómo la llaman?

Sacarhina comenzó a responder, pero no le salió nada. Hizo un pequeño ruido, tosió un poco, y después se cubrió la boca delicadamente con una mano, con una leve expresión de perplejidad en la cara.

—Hogwarts, Randolph —respondió McGonagall, sonriendo cuidadosamente—. Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería.

—¿No me diga? —replicó Finney, mirando hacia ella—. Qué maravillosamente ocurrente.

—Nos gusta pensar que sí.

—¡Detective Finney! —dijo Prescott de repente, trotando hacia arriba por los

escalones, con el rostro cubierto por un masa de maquillaje y papel de seda colgando del cuello de su camisa—. Ya veo que ha conocido a la directora. La señorita Sacarhina y el señor Recreant están aquí para guiarnos durante el recorrido, claro está. La directora solo está presente para, eh, darle color al asunto, ya sabe.

—Y representa su papel bastante bien, ¿verdad? —dijo Finney, girándose hacia McGonagall con una sonrisa.

James vio que la directora se estaba reprimiendo de forma bastante heroica para no poner los ojos en blanco.

—¿Ha conocido a la señorita Sacarhina y al señor Recreant entonces? —Prescott se abrió paso a empujones, introduciéndose entre Finney y McGonagall—. Señorita Sacarhina, ¿quizás podría contar al detective Finney un poco de lo que hacen ustedes aquí?

Sacarhina sonrió encantadoramente y dio un paso adelante, enroscando su brazo al de Finney en un intento de alejarlo de la directora McGonagall.

—... —dijo Sacarhina. Se detuvo, después cerró la boca e intentó bajar la mirada hasta ella, lo cual produjo una expresión bastante rara.

Finney la observaba con la frente ligeramente fruncida.

—¿Está usted bien, señorita?

—La señorita Sacarhina está solo un poco afónica por este clima, detective Finney — dijo Recreant, adoptando una sonrisa complaciente que no conseguía igualar a la sonrisa practicada de Sacarhina—. Permítame. Esta es una escuela de magia, como la directora ya le ha mencionado. Es, de hecho, una escuela para brujas y magos. Nosotros. —La siguiente palabra de Recreant pareció atorarse en su garganta. Se quedó de pie con la boca abierta, mirando hacia Finney y pareciéndose bastante a un pez que se asfixiaba. Después de un largo e incomodo momento, cerró la boca. Intentó sonreír de nuevo, mostrando demasiado sus dientes largos y dispares.

La frente de Finney seguía fruncida. Se desembarazó del brazo de Sacarhina y miró tanto a ella como a Recreant.

—¿Sí? Suéltelo entonces, ¿qué pasa? ¿Están *ambos* enfermos?

Prescott estaba casi saltando de un pie a otro.

—Quizás deberíamos simplemente comenzar la visita, ¿vamos? Por supuesto, yo ya sé moverme un poco por el castillo. Podremos comenzar tan pronto como... tan pronto como... —Se dio cuenta de que todavía tenía papeles prendidos al cuello de la camisa. Se los quitó y los metió en los bolsillos de sus pantalones—. Señorita Sacarhina, ¿ha mencionado usted que vendría otra persona? ¿Un experto en explicar las cosas a los no

iniciados? ¿Quizás este sería un buen momento para presentar a dicha persona?

Sacrhina inclinó la cabeza hacia delante, con los ojos ligeramente saltones y la boca abierta. Después de unos segundos de tenso silencio, la directora se aclaró la garganta y gesticuló hacia el patio abierto.

—Ya está aquí, sospecho. Ya sabe que el señor Hubert tiende a retrasarse a veces. Ese pobre hombre, perderá su propia cabeza uno de estos días. De todas formas es un genio a su propio modo, ¿no es cierto, Brenda?

Con la boca todavía abierta, Sacrhina se giró para seguir la mano de McGonagall que señalaba a algo. En la entrada del patio, otro vehículo estaba entrando. Era antiguo, su motor traqueteaba y escupía un pálido humo azul. Finney frunció un poco el ceño mientras lo veían traquetear lentamente por el patio. Sacrhina y Recreant observaban el vehículo con expresiones gemelas de puro desconcierto y disgusto. La multitud de estudiantes reunidos cerca de las escaleras retrocedió mientras el vehículo chirriaba hasta detenerse delante del primer Landrover, apuntando hacia él. El motor tosió, escupió, y después murió, lentamente.

—Eso es un Ford Anglia, ¿verdad? —observó Finney—. ¡No había visto uno de estos en décadas! Me sorprende que todavía funcione.

—Oh, nuestro señor Hubert es muy bueno con los motores, Randolph —dijo McGonagall airosamente—. Es casi un mago, en realidad.

La puerta del conductor se abrió con un chirrido y una figura salió de él. Era muy grande, tanto que el coche subió perceptiblemente sobre sus muelles cuando se apeó. El hombre bizqueó hacia las escaleras, sonriendo un poco vagamente.

Tenía un largo cabello rubio platino y su correspondiente barba, ambos contrarrestados por unas gigantescas gafas negras de carey. El cabello del hombre estaba recogido hacia atrás en una prolija y casi formal cola de caballo.

—El señor Terrence Hubert —dijo McGonagall, presentando al hombre—. Rector del Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería. Bienvenido, señor. Venga a conocer a nuestros invitados.

El señor Hubert sonrió y después miró de reojo a la puerta del pasajero del Anglia que se abrió con un chirrido.

—Espero que nos les importe —dijo el señor Hubert, ajustándose las gafas—. He traído conmigo a mi esposa. Di hola a todo el mundo, querida.

James contuvo el aliento cuando Madame Delacroix salió torpemente del coche, riendo lenta y deliberadamente.

—Hola —dijo con una voz extrañamente monótona.

Hubert sonrió vagamente hacia ella.

—Es un encanto, ¿no creen? Bueno, entonces, ¿empezamos?

Sacarhina tosió, sus ojos se abrieron de forma alarmante cuando observó a Delacroix unirse al señor Hubert delante del Anglia. Empujó a Recreant con su codo, pero éste estaba tan mudo como ella.

—¿Rector? —dijo Prescott, mirando una y otra vez a Hubert y McGonagall—. ¡No existe un rector! ¿Desde cuándo hay un rector?

—Me disculpo, señor —dijo Hubert, subiendo las escaleras con Delacroix a su lado. Esta sonreía un poco frenéticamente—. He estado fuera la pasada semana. Negocios en Montreal, Canadá, fíjense, entre todos los lugares posibles. Un maravilloso almacén de distribución el que tienen allí. Ya saben, aquí sólo utilizamos suministros mágicos de la más alta calidad, claro está. Inspecciono todos nuestros materiales personalmente antes de encargarse cualquier cosa. Oh, pero no debo decir nada más, desde luego. ¡Eh, eh! —Hubert se tocó un lado de la nariz con el dedo índice, sonriendo conspiradoramente a Prescott.

El rostro de Prescott estaba lleno de sospecha. Miró fijamente a Hubert, después a Madame Delacroix. Finalmente, alzó las manos y cerró los ojos.

—Está bien, a quien le importa. Señor Hubert, si va a ser usted nuestro guía, entonces guíenos. —Echó un vistazo sobre el hombro al equipo de filmación, gesticulando ferozmente con las cejas, y después siguió a Hubert a través de las gigantescas puertas abiertas—. Rector Hubert, ¿podría contarnos a nosotros y a nuestra audiencia qué hacen ustedes aquí en el Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería?

—Pues claro —dijo Hubert, girándose al llegar al centro del vestíbulo de entrada—. ¡Enseñamos magia! Somos, de hecho, la principal escuela de Europa de artes mágicas. —Hubert pareció tomar nota de la cámara por primera vez. Sonrió un poco nerviosamente—. Los estudiantes, eh, acuden de los rincones más lejanos del continente, y aún más allá, para aprender el antiguo arte de los místicos maestros de la magia. Para adquirir, absorber, y, eh, adentrarse, por así decirlo, en las artes secretas de la adivinación, iluminación, prestidigitación, y, eh, etcétera, etcétera, etcétera.

Prescott estaba mirando con dureza a Hubert, sus mejillas enrojecían por momentos.

—Ya veo. Sí, ¿así que admite usted que enseñan *auténtica magia* dentro de estos muros?

—Pues, indudablemente, joven. ¿Por qué iba a negarlo?

—¿Entonces no niega... —dijo Prescott con voz ligeramente chillona—... que éstas pinturas, alineadas en esta misma sala, son pinturas mágicas que se *mueven*? —Gesticuló grandilocuentemente hacia las paredes.

El cámara giró y se acercó tan rápida y grácilmente como pudo a un grupo de pinturas que había junto a la puerta. El operador del gran micrófono bajó su aparato, hasta estar seguro de que capturaba la respuesta de Hubert.

—¿Pinturas que se m... mueven? —dijo Hubert con voz distraída—. Ah... sí. Bueno, sospecho que podría decirse que se mueven. Porque esa pintura de allá, no importa en qué lugar de la habitación esté, sus ojos están siempre sobre ti. —Hubert alzó misteriosamente las manos, animándose con el tema—. ¡Parecen, de hecho, seguirte *a donde quiera que vayas!*

El cámara apartó el ojo del visor y frunció el entrecejo hacia Prescott. El rostro de Prescott se oscureció.

—Eso no es lo que quería decir. ¡Haga que se muevan! ¡Usted sabe que pueden hacerlo! ¡Usted! —Giró sobre sus talones y señaló a McGonagall—. ¡Tuvo una conversación con un retrato en su oficina ayer mismo! ¡Yo la vi! ¡Oí hablar a la pintura!

McGonagall adoptó una expresión tan cómicamente sorprendida que James, que estaba de pie justo en la puerta, con el resto de los estudiantes reunidos, tuvo que suprimir una risita tonta.

—No puedo imaginar a que se refiere usted, señor —replicó la directora.

—Veamos, deje a la dama fuera de esto, ¿me ha entendido? —dijo Finney rudamente, dando medio paso para colocarse delante de la directora, que era una cabeza más alta que él—. Simplemente continúe con su todopoderosa investigación, Prescott, y terminemos con esto.

Prescott se quedó abrumado durante unos segundos, y después se recompuso.

—De acueeeerdo. Olvidemos las pinturas que se mueven. Tonto de mí. —Se giró hacia Hubert—. ¿Presumo que las clases están actualmente en curso, señor Hubert?

—¿Hum? —dijo Hubert, como sobresaltado—. ¿En curso? Bueno, yo, yo, supongo. No esperaba...

—No esperaba que nos interesara presenciarlas, ¿verdad? —interrumpió Prescott—. Pues nos interesa. Nuestra audiencia tiene derecho a saber qué está pasando aquí exactamente, justo... bajo... nuestras... narices.

—¿Audiencia? —repitió Hubert, mirando atrás, a la cámara—. Esto es, eh, *en directo*. ¿Lo es?

Prescott dejó caer la cabeza hacia delante y se derrumbó un poco.

—No, señor Hubert. No lo es. ¿Es que nadie le ha contado cómo funciona esto? Lo grabamos, lo editamos, lo emitimos. Señorita Sacarhina, usted entiende todo esto, ¿estoy en lo cierto? —miró de reojo a Sacarhina, quien sonrió y extendió los brazos. Dibujó con

la boca unas pocas palabras y después gesticuló vagamente hacia su garganta. Recreant tensó su sonrisa un grado más. Su frente estaba empapada de sudor—. Genial — murmuró Prescott—. Ya veo. Maravilloso. Continuemos. —Se enderezó y miró furiosamente a Hubert de nuevo—. Sí, a nuestra audiencia le gustaría mucho ver lo que sucede en estas así llamadas «aulas», señor rector. Por favor, muéstranos el camino.

Hubert se giró hacia Delacroix.

—¿Tú qué opinas, querida? ¿Adivinación o Levitación?

—Ambas *son* igualmente impresionantes. Cariño. —Dijo Delacroix, pronunciando las palabras de forma muy torpe. Parecía querer decir más, pero a pesar de los movimientos de sus mandíbulas, sus labios permanecían herméticamente cerrados.

—Mi esposa es extranjera, como pueden ver —dijo Hubert disculpándose—. Pero lo hace lo mejor que puede.

—Las aulas, por favor, señor Hubert —insistió Prescott—. No puede mantener a la prensa apartada, señor.

—No, no, claro que no. De hecho, apreciamos la publicidad —dijo Hubert, girándose para conducir al equipo por el pasillo—. Aún con lo prestigiosos que somos, algunas veces es difícil mantener la cabeza sobre el agua. La magia es, eh, un estudio *especializado*, por decir poco. Sólo un cierto tipo de individuo tiene la paciencia y la gracia para aprenderla. Ah, aquí estamos. Adivinación.

Prescott avanzó rápidamente hacia la puerta abierta del aula, seguido por su equipo de filmación y el operador del gran micrófono tropezando para mantenerle el paso. Finney se mantuvo al final del grupo, tan cerca de la directora McGonagall como pudo. Harry y James, a la cabeza de la multitud de estudiantes curiosos, se asomaron por la puerta para observar.

—Aquí nuestros estudiantes aprenden el antiguo arte de la predicción del futuro —dijo Hubert grandilocuentemente. Una docena de estudiantes estaban esparcidos por la habitación, mirando sombríamente a los objetos que había frente a ellos sobre las mesas. A la cabeza de la clase, como respondiendo a una señal, la profesora Trelawney alzó los brazos, produciendo un tintineo musical con las diversas pulseras de sus muñecas.

—¡Buscad, estudiantes! —gritó con su voz más mística—. ¡Mirad profundamente, profundamente en el rostro del omnipresente cosmos que-todo-lo-sabe, representado en el remolino de patrones y diseños del infinito! ¡Encontrad vuestros destinos!

—¡Hojas de té! —dijo Finney alegremente—. ¡Mi propia madre acostumbraba a leer la fortuna en las hojas de té para los turistas! Eso nos mantuvo en las épocas más difíciles, por aquellos tiempos. Que perfectamente pintoresco, mantener dichas tradiciones con vida.

—¡Tradiciones, bah! —dijo Trelawney, levantándose de su asiento y arremolinando dramáticamente sus ligeras ropas—. ¡Buscamos la naturaleza implícita de perfecta verdad en las hojas, señor. ¡Pasado, presente, futuro, todos unidos para aquellos que tienen los ojos para verlo!

—¡Eso exactamente era lo que también mi madre acostumbraba a decir! —rió Finney.

—¿Así es como predicen el futuro? —dijo Prescott, mirando con disgusto dentro de una de las tazas de los estudiantes—. Esto es ridículo ¿Dónde están las bolas de cristal? ¡Dónde está el humo arremolinándose y las visiones fantasmagóricas?

—Bueno, eh, también tenemos esas cosas, señor Prescott —dijo Hubert—. ¿Verdad, querida?

—Adivinación Avanzada. Segundo semestre. Doscientos euros la matrícula del laboratorio —replicó Delacroix mecánicamente.

—Cubre las bolas de cristal —dijo Hubert escondiendo los labios tras la mano alzada—. Esas cosas no son baratas. Las mandamos hacer especialmente en China. Cristal auténtico y todo eso. Claro que los estudiantes se las llevan a casa al final del año escolar. Son una especie de recuerdo.

—¡Creo que antes mencionó Levitación! —dijo Prescott, marchando fuera del aula. Su séquito lo siguió rápidamente, trasteando y desenrollando más cables eléctricos.

—Ciertamente, sí. Un elemento básico de las artes mágicas —replicó Hubert, siguiendo a Prescott a través del pasillo y al interior de otra aula—. Combinamos esta clase con prestidigitación básica. Sí, justo aquí.

Zane se encontraba en el centro del aula con una varita en la mano. Apenas una docena de estudiantes más estaban sentados a lo largo de la pared, observando con asombro como el busto de Godric Gryffindor flotaba y se bamboleaba alrededor del aula, aparentemente a instancias de la varita agitada por Zane. Hubo un jadeo y un suspiro de asombro por parte del equipo de Prescott. El cámara se acuclilló lentamente, haciendo zoom sobre la acción.

—¡Ajá! —dijo Prescott con excitación—. ¡Auténtica magia! ¡Realizada por niños!

—Tal como prometí —dijo Hubert orgullosamente—. Aquí el señor Walker está entre los mejores de su clase. Señor Walker, por cierto, ¿en qué curso está usted?

—En primero, señor —dijo Zane, sonriendo felizmente.

—Excelente forma, muchacho —replicó Hubert—. Intenta con una vuelta, ¿por qué no?

Los estudiantes aplaudieron educadamente cuando el busto se levantó y lentamente giró en el aire. Entonces, de repente, se derrumbó, cayendo sobre un colchón que había

sido colocado en el centro del suelo.

—Oh, qué pena, señor Walker. Estuvo cerca —reprendió Hubert.

—¡No fue culpa mía! —gritó Zane—. ¡Han sido mis asistentes! ¡Ted, tonto, tiras cuando se supone que lo debes dejar caer! ¡Cuántas veces tengo que explicártelo!

—¡Eh! —objetó Ted, saliendo ruidosamente de un armario en la parte trasera del aula. Tenía un puñado de cables en la mano, los cuales serpenteaban hasta una serie de poleas sujetas al techo del armario—. ¿Quieres ponerte tú aquí atrás y hacer funcionar estos controles en la oscuridad? ¿Eh? Además, Noah es quien tuvo la culpa. Fue lento con la polea de cruz.

Desde las profundidades del armario una voz gritó enfadada.

—¿Qué? ¡Se acabó! ¡Quiero estar en el escenario la próxima vez! ¡Ya me he cansado de este rol de «asistente»! ¡Quiero ponerme el sombrero!

—¡Nadie lleva puesto el sombrero, Noah! —dijo Zane, poniendo los ojos en blanco.

—¡Bueno *alguien* tiene que ponerse el sombrero! —chilló Noah, su rostro apareció en la puerta del armario—. ¿Cómo va a saberse quién es el mago y quién el asistente?

—Muchachos, muchachos —aplacó Hubert, alzando las manos—. Sólo tenemos un sombrero por aula, y la señorita Morganstern lo está utilizando para practicar el truco del conejo. Señor Prescott, señor Finney, ¿les gustaría ver el truco del conejo?

—Pues sí —contestó Finney alegremente.

—¡No! —gritó Prescott.

Tabitha Corsica se había abierto paso a empujones hacia el frente del grupo de estudiantes aglomerados en la puerta. Su cara estaba roja de furia.

—Señor Prescott —empezó—. Usted...

Hubert se giró lentamente para enfrentarse a Tabitha.

—Este no es el mejor momento para autógrafos, señorita Corsica.

—No estoy aquí para pedirle un autógrafo, *rector*... —escupió Tabitha, alzando el brazo para señalar a Hubert. Había un pequeño bloc de notas y un bolígrafo aferrados a su mano. Se detuvo en medio de la frase, mirando fijamente los dos objetos. La cubierta del bloc era rosa y tenía la palabra «autógrafos» escrita en blanco en ella.

—Habrás suficiente tiempo después para ese tipo de cosas, señorita Corsica. Pero estoy seguro que el señor Prescott se siente halagado por su, eh, interés.

—¿Rector Hubert? —intervino Petra, asomándose al interior de un sombrero de copa negro que estaba colocado sobre una mesa ridículamente brillante—. Creo que algo debe

de ir mal con el señor Bigotes. ¿Los conejos normalmente se tienden de espaldas así?

—Ahora no, señorita Morganstern —dijo Hubert, ondeando la mano con desdén—. Señor Prescott, ¿cree que le gustará ver nuestro truco de partir por la mitad?

Pero Prescott se había marchado, pasando a zancadas junto a la repentinamente silenciosa Tabitha Corsica y dirigiéndose pasillo abajo. El equipo se apresuró a trompicones a alcanzarlo mientras él asomaba la cabeza en cada habitación. Al final del pasillo, soltó un grito amortiguado de triunfo e indicó a su equipo que se le unieran en el aula más alejada.

—¡Aquí! —gritó Prescott, gesticulando frenéticamente con el brazo derecho. El equipo entró al salón, seguidos por los estudiantes curiosos, que estaban comenzando a sonreír—. ¡Justo delante de sus ojos! ¡Un *profesor fantasma*! ¡Asegúrate de obtener mucho material de esto, Vince! ¡Pruebas de vida después de la muerte!

Esta vez no hubo ningún jadeo de sorpresa. Vince se acercó, enfocando cuidadosamente con una mano.

—Ah, sí. Profesor Binns —dijo Hubert alegremente—, diga hola a estos amables amigos.

El profesor Binns parpadeó como una lechuza y recorrió a la multitud con la mirada.

—Saludos —dijo con su fina y distante voz.

—Es sólo una proyección en humo —anunció Vince, el cámara.

—Bueno —dijo Hubert, un poco a la defensiva—. No se supone que deba ser visto tan de cerca. Normalmente los estudiantes están bastante lejos de él. Crea una agradable sensación de misterio y de lo sobrenatural, en realidad.

Ralph era uno de los estudiantes sentados en el aula. Se dirigió al cámara con una nota de molestia.

—Está usted arruinando el efecto, sabe. No tiene que ir y arruinarlo para todo el mundo.

—Saludos —dijo Binns de nuevo, mirando al gentío.

—¡Imposible! —incurrió Prescott furiosamente, avanzando hasta la parte delantera del aula—. ¡Es un fantasma! ¡Sé que lo es!

—Es una proyección, Martin —dijo Vince, bajando la cámara—. Las he visto antes. Ni siquiera es muy buena. Puedes oír el proyector funcionando. Está justo ahí, bajo la mesa. ¿Y ves aquí? Una maquina de hielo seco. Hace el humo.

Finney se aclaró la garganta junto a la puerta.

—Esto es cada vez más embarazoso, señor Prescott.

—Saludos —habló el profesor Binns.

Prescott se giró salvajemente. Obviamente se estaba liando bastante.

—¡No! —gritó—. ¡Todo esto es un montaje! ¡Es culpa *suya*! ¡Está intentando engañarnos a todos! —señaló a Hubert.

—Bueno, eso es lo que hacemos aquí —dijo Hubert, sonriendo educadamente—. Estamos en el negocio de los trucos. Aunque preferimos el término «ilusión», si no le importa.

—Es maaaaagia —dijo Delacroix de repente, un poco tontamente. Esbozó una sonrisa horripilante.

—Ya veo lo que todos ustedes están intentando hacer aquí —dijo Prescott, todavía señalando a Hubert, y después a McGonagall y hasta a Sacarhina y Recreant, quienes agitaban las cabezas vigorosamente—. ¡Están intentando hacerme quedar como un loco! Bueno, mi público me conoce mejor que eso, al igual que mis asociados. ¡No pueden esconderlo todo! ¿Qué pasa con las escaleras móviles? ¿O los gigantes? ¿Hum? ¿O...? —Prescott se detuvo, con el dedo todavía en medio del aire. Sus ojos se desenfocaron durante un momento, y después rió maliciosamente—. Ya sé justo lo que necesito. Justo lo que necesito, de hecho. Vince, Eddie, y el resto de vosotros, venid conmigo.

Hubert los siguió mientras el equipo tropezaba y empujaban a través de la multitud de estudiantes.

—¿Adónde va usted, señor Prescott? Yo soy su guía, por si no lo recuerda. Le enseñaré cualquier cosa que desee.

—¿Sí? —dijo Prescott, volviendo a girarse hacia Hubert. Los estudiantes curiosos se habían apartado dejándole paso a él y a su equipo, así que Prescott se giró para mirarlos, de un lado a otro—. ¿Me enseñaría... —hizo una pausa dramática e inclinó la cabeza hacia arriba— el garaje?

—El... —comenzó Hubert. Parpadeó, y después miró de reojo a la profesora McGonagall.

De repente James sintió la mano de Harry tensarse sobre su hombro. Algo iba mal.

—¿El garaje? —repitió Hubert, como si no estuviera familiarizado con la palabra.

La sonrisa de Prescott creció hasta formar una mueca depredadora.

—¡Ajá! No estaban preparados para esto, ¿verdad? Sí, eché una larga mirada por los alrededores mientras todos estaban tan ocupados esta mañana. ¡Me asomé aquí y allá y obtuve una magnífica visión de conjunto! ¡Hay un garaje —dijo, girándose hacia a la cámara—, que penetra el tejido mismo del espacio y el tiempo, creando un portal mágico entre este lugar y otro a miles de kilómetros de distancia! ¡América, si se me

permite ser tan audaz como para adivinar! Lo he visto yo mismo. He mirado dentro de la estructura y olido el aire de ese lugar lejano. He visto el amanecer de esa tierra, mientras el sol aquí estaba alto sobre el horizonte. No había truco, ni ilusión. Esta gente nos quiere hacer creer que son simples ilusionistas, mientras yo mantengo, puesto que lo he atestiguado con mis propios ojos, que son maestros en una forma de magia que es pura y simplemente sobrenatural. ¡Ahora lo probaré! —Con una floritura, Prescott se dio la vuelta y se alejó marchando, partiendo hacia el vestíbulo principal.

Harry se colocó en línea junto a Hubert, pero no pudo captar su atención.

—¡Señor Prescott! —gritaba Hubert sobre el sonido de la ahora agitada multitud—. Realmente debo insistir que me permita... ¡señor Prescott! ¡Esto es altamente irregular!

Prescott guió a su equipo a través del vestíbulo principal y cruzando el patio. La multitud de estudiantes había crecido considerablemente, y el ruido de su paso había llegado a ser bastante alto. Todo el mundo había visto el exterior del garaje de Alma Aleron, pero muy pocos habían estado dentro o visto lo que alojaba. El balbuceo de preocupación y curiosidad era un rugido sordo.

—Esto puede ser malo, James —dijo Harry, manteniendo la voz bajo el nivel de ruido de la multitud.

—¿Qué podemos hacer?

Harry solamente meneó la cabeza, observando cómo Prescott giraba en la esquina, guiando al grupo hasta un conjunto de carpas que se erguía junto al lago. Se dio la vuelta, enmarcado contra las paredes de lona. Su equipo se colocó en posición, bajando el gran micrófono hasta él y ajustando grandes sombrillas blancas para reflejar la luz del sol sobre su costado sombreado. Prescott se giró ligeramente, mostrando su mejor perfil a la cámara mientras Vince se agachaba lentamente, enfocando. Fue, James tuvo que admitirlo, un momento muy dramático.

—Damas y caballeros —comenzó Prescott, alzando su voz natural de orador—. Mi equipo y yo, y todos ustedes, hemos sido víctimas de un elaborado engaño. Esta no es una simple escuela de juegos de manos y trucos de cartas. No. Yo he presenciado dentro de estas paredes verdadera magia de las más sorprendentes y escalofriantes variedades. He visto fantasmas y presenciado auténticas levitaciones. He observado como aparecen puertas mágicamente en lo que antes fueron paredes de roca sólida. He visto bestias y gigantes que abruman la mente. Hoy hemos sido tratados como tontos, timados por un grupo de magos y brujas; sí, personas realmente mágicas, que creen que pueden engañarnos con trucos baratos. Pero ahora revelaré la verdad sobre este lugar. Detrás de esta lona hay una extraña forma de magia que los conmocionará y sorprenderá. Cuando la verdad sea revelada, el señor Randolph Finney, detective de la Policía Especial Británica, querrá realizar una investigación a gran escala a este establecimiento, con la

ayuda de las agencias policiales de toda Europa. Después de hoy, damas y caballeros, nuestras vidas nunca volverán a ser las mismas. Después de hoy, estaremos viviendo en un mundo donde sabremos, sin lugar a dudas, que las brujas y los magos son reales, y que caminan entre nosotros.

Prescott hizo una pausa, dejando que sus palabras resonaran sobre la sorprendida multitud. Entonces se giró hacia la zona donde McGonagall, Hubert, Sacarina y Recreant estaban reunidos. Finney permanecía cerca de la directora, frunciendo ligeramente el ceño, con los ojos abiertos.

—Señor Hubert —llamó Prescott—, ¿nos abriría estas puertas? Esta es su última oportunidad de hacer lo correcto.

La expresión de Hubert era grave. Miraba muy directamente a Prescott.

—Debo advertirle en contra de este curso de acción, señor Prescott.

—Las abre usted o lo haré yo.

—Lo arruinará todo, señor —dijo Hubert. Junto a él, Delacroix estaba sonriendo aún más maniáticamente.

—No arruinaré más que su secreto, señor Hubert. El mundo tiene que saber qué hay tras estas puertas de lona.

Hubert parecía petrificado en el lugar. Pareció que no iba a hacerlo. Y entonces, se adelantó, agachando la cabeza. Se oyó un largo jadeo colectivo de la multitud. Prescott se echó a un lado, mirando triunfantemente hacia la cámara mientras lo hacía. Hubert se acercó a la carpa y se detuvo frente a ella. Suspiró profundamente, y después extendió la mano hacia arriba, aferrando las tiras anudadas de lona que sostenían los amplios cortinajes de la puerta de la carpa cerrados. Giró la cabeza para mirar a Prescott. Después de una terrible pausa, tiró. El nudo se deshizo y las lonas se abrieron, desenrollándose como banderas, bofeteando los polos de cada costado de la amplia abertura de la tienda. La multitud jadeó, y después se produjo un largo y perplejo silencio.

James se asomó. Inmediatamente se dio cuenta de lo que era. El interior de la carpa estaba algo oscuro, pero pudo ver que los vehículos voladores habían desaparecido. La mayor parte del interior de la carpa quedaba oscurecido por una forma larga y oblonga. Unas cuantas personas cerca del frente de la multitud comenzaron a reír, y luego una ola de carcajadas recorrió la multitud.

—Bueno, ya está —dijo Hubert, todavía mirando a Prescott—. Ha arruinado el secreto. Y esto pretendía ser nuestro gran final. Tengo que decir, señor, que no es usted en absoluto divertido. —Hubert finalmente dio un paso hacia atrás, quitándose de en medio para que el equipo de filmación pudiera ver directamente el interior. Pequeñas

luces navideñas de colores centelleaban en secuencia alrededor de un gran platillo volador de papel maché. Unas letras negras estaban pintadas sobre un costado, claramente visibles entre el centelleo de las luces.

—Y odio decirlo, señor Lupin —dijo Hubert, volviéndose hacia Ted—, pero ha escrito usted mal la palabra «*rocket*». Que terriblemente embarazoso.



Capítulo 20

La historia del traidor

—¡Pero yo los vi! —decía Prescott insistentemente, su voz se volvía más ronca mientras seguía a Vince entre los Landrovers—. ¡Gigantes! ¡Uno de ellos era tan alto como tres árboles! ¡Dejó huellas del tamaño de... del tamaño de...! —Gesticuló desesperadamente con los brazos. Ignorándole, Vince guardó su cámara en una maleta revestida de espuma.

—Ha quedado como un tonto, señor Prescott —dijo el detective Finney, limpiándose gafas en la corbata—. No lo empeore.

Prescott se giró hacia el hombre mayor, con los ojos desbocados.

—¡Usted tendría que investigar este establecimiento detective! ¡No hay derecho! ¡Los han engañado a todos!

—Si abriera alguna investigación, señor Prescott —dijo Finney suavemente—, sería

sobre usted y sus métodos. ¿Tenía permisos para entrar en estos terrenos en primer lugar?

—¿Qué? ¿Está loco? —espetó Prescott. Se detuvo y se recompuso a sí mismo—. Por supuesto. Como ya le había dicho, me informaron de lo que estaba ocurriendo aquí. Alguien de dentro me condujo hasta aquí.

—¿Y comprobó los antecedentes de esa persona?

—Bueno —dijo Prescott—, la rana de chocolate era bastante convincente. En realidad no...

—Perdone. ¿Ha dicho «rana de chocolate»? —preguntó Finney, entrecerrando los ojos.

—Yo... eh, bueno. La cuestión es, que sí, mi fuente estaba bastante segura de que algo raro estaba pasando aquí.

—¿Que aquí, de hecho, enseñaban magia?

—Sí. Eh, ¡no! ¡No trucos! ¡Auténtica magia! ¡Con monstruos y gigantes y... y... puertas que se desvanecen y coches voladores!

—Y la rana de chocolate confirmó todo eso, ¿verdad?

Prescott abrió la boca para responder, y luego se detuvo. Se enderezó en toda su estatura, furioso e indignado.

—Se está riendo de mí.

—Está usted haciendo difícil que no lo haga, señor. ¿Estaría dispuesto a dejarme hablar con esa fuente suya?

Prescott pareció animarse.

—¡Sí! ¡De hecho, lo haré! Lo arreglé con la señorita Sacarhina para que viniera también. Está justo... —Miró alrededor, arrugando la frente.

—¿Lo arregló con la señorita Sacarhina? —preguntó Finney, mirando hacia los escalones de la parte alta del patio. Gran parte del profesorado de la escuela, junto con un buen número de estudiantes, estaban observando con interés como el grupo recogía laboriosamente su equipamiento. Ni la señorita Sacarhina ni el señor Recreant estaban a la vista—. ¿Ella conoce a esta fuente suya, entonces?

—Le conoce, cierto —dijo Prescott, todavía examinando a la multitud—. ¿Dónde está?

—¿Vino con su equipo? —cuestionó Finney, mirando alrededor—. No recuerdo haberle conocido.

—Estaba allí. Un tío callado y excéntrico. Tiene un tic nervioso en la ceja derecha.

—Ah, él —asintió con la cabeza Finney—. Pensé que era un poco raro. Me gustaría mucho tener unas palabras con él.

—Y yo —estuvo de acuerdo Prescott hoscamente.

En lo alto de los escalones, el señor Hubert se había girado hacia la directora McGonagall, Neville, y Harry Potter.

—Creo que podemos confiar en que nuestros amigos arreglen su partida por sí mismos a partir de ahora. Señora directora, ¿creo que nosotros tenemos unos pocos cabos sueltos de los que ocuparnos?

McGonagall asintió, después se giró y condujo al grupo al interior. Harry sonrió a James.

—Ven con nosotros, James. Ralph y Zane, vosotros también.

—¿Está seguro? —preguntó Ralph, mirando a la directora mientras ésta recorría el pasillo a zancadas.

—El señor Hubert pidió específicamente que vosotros tres nos acompañarais —replicó Harry.

—Está bien tener amigos en las altas esferas, ¿eh? —dijo Zane alegremente.

—Bueno —dijo la directora mientras entraban en el silencio vacío del Gran Comedor—, ha ido tan bien como podía esperarse, a pesar de que al señor Ambrosius se le ha ido un poco la mano con su encantamiento amoroso. El señor Finney ha *insistido* en que me una a él para cenar la próxima vez que vaya a Londres.

—Una oferta que creo debería aceptar, madame —replicó Merlín, quitándose las gigantescas gafas de montura de carey y sacudiéndose el cabello para soltar la cola de caballo del «señor Hubert»—. Le embrujé con el encantamiento más ligero posible. ¿Cómo podría haber sabido yo que el detective Finney tendría una predilección natural por las mujeres altas, fuertes y hermosas?

—Por Dios —respondió McGonagall—, creo que está usted bromeando, señor. Qué desvergüenza.

James habló.

—¿Pero cómo sabía usted lo del garaje, Merlín? ¡Creí con toda seguridad que estábamos acabados!

Merlín miró sobre su hombro.

—No sabía lo del garaje, James Potter. Eso estaba más allá del conocimiento de los árboles, a diferencia del vehículo Anglia y Madame Delacroix. La improvisación, sin embargo, siempre ha sido uno de mis mayores talentos.

—¿Pero como llevó el wocket hasta allí? —preguntó Ralph—. ¡Eso fue absolutamente brillante!

—Los árboles sabían *eso*, sin embargo, al igual que yo —replicó Merlín—. Fue simplemente cuestión de animar un cambio de localizaciones.

Zane sonrió.

—¿Así que los coches de Alma Aleron están en aquel viejo granero en el campo?

—No les hará ningún mal, espero —asintió Merlín.

El grupo avanzó resueltamente a través del Gran Comedor y subió los escalones del estrado. McGonagall abrió una puerta en la pared del fondo y condujo a los otros a través de ella, a una recámara grande con suelo de piedra y una chimenea oscura. Sacarhina y Recreant estaban allí, sentados junto a una tercera persona a la que James no reconoció.

—Esto es una afrenta, directora —dijo Recreant, saltando sobre sus pies—. Primero, trae a esta... *persona* que usurpa nuestra autoridad, ¡y después tiene la osadía de someternos a un embrujo lengua-atada!

—Cállate, Trenton —dijo Sacarhina, poniendo los ojos en blanco. Recreant parpadeó, herido, pero cerró la boca. Miró una y otra vez de Sacarhina a la directora.

—Sabio consejo, si es que alguna vez he oído alguno —estuvo de acuerdo Harry, adelantándose—. Y sospecho que el ministro, de hecho, oirá hablar de esto.

—No hemos hecho nada malo, señor Potter, como ya sabe —dijo Sacarhina, mirándose las uñas indolentemente—. Señor Ambrosius, al parecer ha asegurado usted el secreto del mundo mágico. Todo ha salido bien.

Harry asintió con la cabeza.

—Me alegro de que lo sientas así, Brenda, aunque encuentro interesante que ya parezcas conocer el auténtico nombre del «señor Hubert». Sin duda no habrá ningún vínculo que pueda probarse y que te conecte con él, y con la desafortunada Madame Delacroix. ¿Qué hay de tu amigo de aquí, sin embargo?

Toda la atención se dirigió al hombre sentado en la silla entre Sacarhina y Recreant. Era pequeño, rechoncho, con pelo negro y fino y un tic en la ceja izquierda. Se encogió ante la mirada de todos los ocupantes de la habitación.

Ralph, que había sido el último en entrar, se abrió paso a empujones entre Merlín y el profesor Longbottom, con la frente surcada por el desconcierto.

—¿Papá? —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Qué estás haciendo *tú* aquí?

El hombre hizo una mueca miserable y se cubrió la cara con las manos. Merlín miró a

Ralph, con la larga y pedregosa cara taciturna. Colocó una mano en el hombro del chico.

—Este hombre dice que su nombre es Dennis Deedle. Me temo que lo reconoces.

—¿Qué *está* haciendo él aquí? —preguntó Neville.

—Creo que su papel en esta debacle es bastante evidente —replicó la directora, suspirando—. Es el responsable de conducir al señor Prescott entre nosotros.

—¿Qué? —dijo Ralph, sorteando a McGonagall—. ¿Por qué dice eso? ¡Es terrible!

—Vino con el equipo del señor Prescott —dijo Harry tranquilamente—. Estaba intentando pasar inadvertido. Quizás le preocupara que le reconocieras, Ralph. Después, cuando todo acabara, ya no importaría, por supuesto. Pero de todas formas, las cosas no ocurrieron como él esperaba.

—Esto es ridículo —insistió Ralph—. ¡Papá es un muggle! Firmó el contrato de confidencialidad muggle, ¿verdad? ¡Él no haría eso, incluso si hubiera podido! ¡No sé qué está haciendo aquí, pero no es lo que todos piensan!

Merlín todavía tenía su mano sobre el hombro de Ralph. Lo palmeó lentamente.

—Tal vez entonces debería preguntárselo usted mismo, señor Deedle.

Ralph levantó la mirada hacia el enorme mago, con la cara tensa de furia y trepidación. Miró al resto de la habitación, de cara en cara, terminando con su padre.

—De acuerdo entonces. Papá, ¿por qué estás aquí?

Dennis Deedle todavía tenía las manos sobre la cara. Durante varios segundos, no se movió. Finalmente, tomó un profundo aliento y se recostó hacia atrás, dejando caer las manos. Miró a Ralph durante largo rato, y después a todos los que componían la asamblea.

—De acuerdo. Sí —dijo, habiéndose recompuesto a sí mismo—, yo se lo conté a Prescott. Le envié la rana de chocolate y el *gamedeck*. Lo había utilizado para comunicarme con alguien en la escuela, alguien que utilizó el nombre de Austramaddux. Una vez hecho eso, sabía que Prescott podría localizar la escuela con su GPS.

La cara de Ralph estaba congelada entre la incredulidad y la miseria.

—¿Pero por qué, papá? ¿Por qué has hecho algo así?

—Oh, Ralph. Lo siento. Sé que esto te parece mal —dijo Dennis—. Pero todo es muy... muy complicado. El programa de Prescott, *Desde dentro*, ofrece dinero por una prueba de lo sobrenatural. Bueno, las cosas no nos han estado yendo muy bien, hijo. He estado buscando trabajo desde que me despidieron, pero ha sido duro. Necesitábamos el dinero. Creí que la rana de chocolate sería suficiente. ¡De verdad! Pero Prescott quería

más. Sabía que tenía que mostrarle algo realmente asombroso así que... —se interrumpió, mirando nerviosamente alrededor otra vez.

—Pero nunca vio el dinero —dijo Merlín con su voz baja y retumbante—. Y esa no era la cuestión principal, ¿verdad?

Las cejas de Dennis trabajaban furiosamente cuando levantó la mirada hacia Merlín, aparentemente luchando con lo que debía decir. Junto a él, Sacarhina se aclaró la garganta significativamente. Dennis la miró fijamente, apartando los ojos de Merlín.

—El dinero —dijo inseguro—, Prescott dijo que lo tendríamos cuando el programa se emitiera. Lo prometió.

—Pero ahora no habrá programa —dijo Merlín tranquilamente.

—¿Creíste que valdría la pena vender a todo el mundo mágico solo para ayudarnos a sobrevivir un tiempo, papá? —dijo Ralph, su voz no era acusadora, sino verdaderamente inquisitiva. A James le rompió el corazón oír la desilusión en la voz del chico.

—¡No, hijo! —respondió Dennis, pero después apartó la mirada—. No creí que fuera a amenazar a todo el mundo mágico. Quiero decir, es sólo un estúpido programa de televisión. Además... —se detuvo, masticando las palabras, forcejeando consigo mismo.

—¿Además qué? —preguntó Merlín calmadamente.

Dennis volvió a mirar a Merlín, con la cara tensa, la ceja derecha saltando.

—Además, ¿qué ha hecho el mundo mágico nunca por *mí*? —escupió, para después cubrirse la cara con las manos de nuevo. Tomó un profundo y tembloroso aliento—. Dejarme solo, eso es lo que hizo. Desplazado y abandonado, como una especie de... ¡una especie de mutante sin valor! ¡Despojados de mi nombre y mi familia, abandonados por mis propios padres porque no era como ellos! Se me prohibió incluso volver a contactar nunca con ellos o hablarles. Dijeron que sería adoptado en el mundo muggle, adonde pertenecía. Dijeron que sería feliz allí. Supongo que quedó demostrado, ¿no? No querían que yo arruinara su reputación en el mundo mágico. Bueno, ¿por qué debería preocuparme yo por el secreto del mundo mágico en lo más mínimo?

La cara de Ralph era una máscara de infeliz consternación.

—¿De qué estás hablando, papá? Tú no eres un mago. El abuelo y la abuela murieron antes de que yo naciera. Te sorprendiste tanto como yo cuando nos llegó la carta de Hogwarts.

Dennis intentó sonreír a su hijo.

—Casi había olvidado mi propio pasado, Ralph. Había pasado tanto tiempo, y había intentado tan duramente enterrarlo. Soy un squib, hijo. Tus abuelos y tu tío eran brujas

y magos, pero yo no nací con sus poderes. Me criaron durante tanto tiempo como pudieron, pero odiaban mi naturaleza. Cuando tuve edad suficiente y quedó claro de que no tenía ninguna habilidad mágica no pudieron soportarlo. Me ocultaron del resto del mundo mágico. Yo era su asqueroso secretillo. Pero no podían ocultarme para siempre. Finalmente, cuando cumplí doce años, me enviaron lejos. Fui a un orfanato muggle, bajo la pretensión de que mis padres habían muerto en un accidente. Me hicieron jurar que nunca les mencionaría y nunca intentaría buscarles. Mi madre estaba... estaba triste. Lloraba y me ocultaba la cara. Pero mi padre fue duro. Ella no pudo convencerle. Contrató a un conductor muggle que nos llevó al orfanato. Madre se quedó en el coche mientras mi padre me llevaba dentro. Intentó abrazarme, decirme adiós, pero padre no la dejó. Dijo que sería lo mejor para ambos. Efectuó modificaciones de memoria a los trabajadores del orfanato. Les hizo creer que me había dejado allí el Estado tras la muerte de mis padres. Me dieron una cama y un juego de ropa, y entonces mi padre se fue. Nunca volví a verles.

Los ojos de Dennis Deedle no había abandonado aún la cara de su hijo cuando Merlín habló.

—Lo ha pasado usted muy mal, señor Deedle. Asumo que Deedle no es su verdadero apellido, ¿no?

—No. Mi padre lo inventó para mí —dijo Dennis blandamente—. Yo lo odio.

—¿Cuál es su apellido, señor?

—Dolohov —respondió el padre de Ralph, con voz cada vez más distante, casi muerta—. Mi nombre es Denniston Gilles Dolohov. Hijo de Maximillion y Whilhelmina Dolohov. Hermanastro menor de Antonin.

Hubo un momento de helado silencio, y entonces McGonagall habló.

—Señor Dolohov, ¿comprende usted que por lo que ha hecho podría ser enviado a Azkaban?

Dennis parpadeó, como saliendo de un trance.

—¿Qué? No, no, por supuesto que no. Se me prometió que nada de lo que haría iba contra la ley.

Sacarhina tosió ligeramente.

—Quizás, señor Deedle, preferiría evitar responder más preguntas hasta que su representante legal esté presente.

—¿Por qué? —dijo Dennis, mirándola con alarma—. ¿Estoy metido en algún problema? Usted dijo...

—Sería por su bien, señor —interrumpió Sacarhina.

—¡Dijo que estaba haciendo al mundo un favor! —exclamó Dennis, poniéndose en pie. Miró a Harry—. ¡Ella me prometió que se ocuparían de mí incluso si Prescott y su gente no entregaban el dinero! ¡Dijo que esto era más importante que el dinero! Cuando acudí a ellos...

—¡*Siéntese*, señor Deedle! —dijo Sacarhina, con voz helada.

—¡No me llame así! ¡Odio ese nombre! —Dennis retrocedió lejos de ella, volviendo a mirar a Harry—. ¡Me dijeron que estaba bien que hablara con Prescott! Les conté lo que estaba pensando hacer. Sabía que tenía que comprobarlo con el ministerio. Ellos dijeron que el contrato que había firmado no era vinculante porque yo no era un muggle. Y abandoné el mundo mágico antes de ser lo suficientemente mayor como para firmar el voto de secretismo también, así que no estaba rompiendo ninguna ley. ¡Me prometió que estaba bien! ¡Dijo que era por el bien de todos y que sería un héroe!

—Señorita Sacarhina —dijo Harry, sacando su varita, pero sin blandirla del todo—, ¿qué tiene usted que decir en respuesta a las acusaciones de este hombre?

—No tengo nada que decir de nada —replicó ella tranquila—. Está claramente desquiciado. Nadie creerá una palabra de semejante persona.

—¿Señor Recreant? —dijo Harry, girándose hacia el hombre estupefacto—. ¿Está de acuerdo con la valoración de la señorita Sacarhina?

Los ojos de Recreant se movían como moscas, volando de acá para allá entre Sacarhina y Harry.

—Yo... —empezó, y después bajó ambos ojos y la voz—. Me gustaría tener la oportunidad de discutir esto lejos de la señorita Sacarhina.

—Señor Recreant, como su superior, le prohíbo...

—Usted no prohibirá nada, madame —dijo Neville severamente, sacando su propia varita de su túnica.

—En nombre de la inmunidad diplomática, tengo que insistir... —empezó Sacarhina, pero se detuvo cuando Harry la apuntó con su varita.

—En nombre del Ministerio de Magia y el Departamento de Aurores —dijo—, la coloco, señorita Brenda Sacarhina, bajo arresto por intento de violación de la sección dos del Estatuto Internacional del Secreto de los Brujos y por robo de propiedad del Ministerio de Magia.

Sacarhina intentó sonreír, pero fue un intento relativamente pobre.

—No puede probar nada, señor Potter. Es un juego estúpido y peligroso este al que está jugando. Solo le advertiré una vez que se retire.

—Debería habérselo pensado dos veces antes de conspirar con gente a la que desprecia, señora Sacarhina —dijo Merlín, sonriendo con pesar—. Tuve una encantadora e iluminadora conversación con Madame Delacroix cuando la encontré en el bosque. Tenía mucho que decir sobre usted, me temo, y poco de ello podría considerarse adulador.

Neville estaba conduciendo al señor Recreant fuera de la habitación, con la directora a la zaga. Harry gesticuló con su varita.

—Vamos, señorita Sacarhina. Titus Hardcastle la espera para escoltarla de vuelta al ministerio, y la paciencia no es uno de sus mejores rasgos.

La cara de Sacarhina se quedó en blanco cuando comprendió que no tenía más elección que ceder. Sin duda tendría una muy buena defensa preparada, pensó James mientras la veía salir de la habitación con su padre. La gente como ella siempre tenía un montón de formas de cubrir sus rastros. Aún así, la cosa no parecía pintar bien para Brenda Sacarhina. Cuando la puerta que conducía al Gran Comedor se abrió, James vio a Titus Hardcastle sonriendo alegremente, con la varita apuntando cuidadosamente al suelo.

James se encontró a solas con Merlín, Zane, Ralph y Dennis Dolohov.

Dennis miró a su hijo, y después le tocó el hombro.

—Lo siento, Ralph. De veras. Estaba... confuso.

—Deberías habérmelo contado, papá —dijo Ralph, dejando caer los ojos.

Dennis asintió. Después de un momento, alzó la mirada hacia Merlín.

—¿Voy a ir a la prisión mágica? —preguntó, intentando mantener firme la voz—. Yo... iré pacíficamente, supongo.

—De algún modo sospecho que no, señor Dolohov —dijo Merlín, dándose la vuelta para conducir al grupo fuera de la recámara. Abrió la puerta que conducía al Gran Comedor—. Pero sus acciones han dado como resultado un dilema. Al parecer la seguridad de esta escuela, por fuerte que pueda ser, no está preparada para enfrentarse a la moderna tecnología muggle. ¿Quizás tendría usted alguna idea sobre cómo mejorarla?

Dennis frunció el ceño.

—¿Qué está sugiriendo? ¿Quieren mi *ayuda*?

Merlín se encogió de hombros.

—Simplemente admito una coincidencia bastante curiosa. Usted necesita un empleo y nosotros una revisión del programa de seguridad. Como mago que da la casualidad de

ser un experto en tecnología muggle, parece usted excepcionalmente cualificado para servir a ese fin.

Dennis sonrió con alivio.

—Pensaré en ello, señor.

—No estoy en posición de hacer ninguna oferta en nombre de esta escuela, por supuesto —dijo Merlín, cruzando el Gran Comedor con su larga y exigente zancada—. Pero conozco a la directora. Veré lo que puedo hacer.

—Entonces —dijo James, siguiendo a Ralph y Zane hasta el Gran Comedor—, resulta que al final tienes unos sólidos antecedentes mágicos después de todo, Ralph, aunque sean una panda de crueles sangre limpia sin corazón. No es que importe, en realidad, pero eso explica por qué eres un Slytherin.

—Tal vez —dijo Ralph quedamente—. Esto es demasiado para que lo asuma en un día. Sea como sea, nada de esa magia era mía. Fue el báculo.

Merlín se detuvo cerca de las escaleras, y se giró lentamente. Miró a Ralph especulativamente.

—¿Fue usted el custodio de mi báculo?

—Sí —respondió Ralph abatido—. Evité que matara a nadie, supongo. Pero apenas.

—No le haga caso —dijo Zane—. Estuvo espectacular con él. Salvó la vida de James una vez. ¡También hizo crecer un melocotonero de un plátano! Una vez le quemó una cresta en la cabeza a Victoire en Defensa Contra las Artes Oscuras. Todos hemos pensado en hacer eso mismo de cuando en cuando solo para callarla.

Merlín se aproximó a Ralph. James estaba seguro de que el mago no llevaba encima el báculo momentos antes, pero cuando se agachó hasta arrodillarse delante de Ralph, lo sostenía en la mano derecha. Las runas que lo recorrían eran oscuras, pero James recordó como habían pulsado con una luz verde la noche anterior.

—Señor Deedle... ¿o debería llamarle señor Dolohov? —dijo Merlín.

—Estoy encariñado con Deedle —respondió Ralph, mirando a su padre—. No sé si estoy listo para ser un Dolohov aún. Lo siento, papá.

Dennis mostró una pequeña sonrisa comprensiva.

—Señor Deedle entonces —dijo Merlín—. No cualquier mago podría haber honrado la responsabilidad del báculo. Habrá oído decir que la varita escoge al mago, y es cierto. Madame Delacroix creyó que era usted simplemente una simple herramienta que le traería el báculo, pero se equivocó. El báculo le escogió. Un mago menor habría sido incapaz siquiera de blandirlo, menos aún de usarlo. Pero usted, sin saberlo, sometió al

báculo a su poder. No tenía ni idea de su fuerza, y aún así lo manejó. Él le obedeció, y esa es la marca de un mago con un muy, muy gran potencial. Parte de este báculo le pertenece ahora, señor Deedle. Puedo sentirlo. Sabía que una porción ya no era mía, pero no sabía a quién pertenecía. Ahora lo sé.

Merlín bajó su báculo, de forma que yació tendido sobre sus rodillas. Cerró los ojos y lo tanteó a lo largo, su mano apenas tocaba la madera. Una débil luz verde se movía en el interior de las runas, titilando. Merlín cerró la mano alrededor de la parte baja, en el extremo más puntiagudo del báculo, entonces, con apenas una torsión, rompió los últimos treinta centímetros. Abrió los ojos de nuevo, y ofreció el trozo de madera a Ralph.

—Tiene usted, creo, necesidad de una varita, señor Deedle.

Ralph tomó el trozo de madera de la mano de Merlín. Cuando lo hizo, la madera se convirtió en su varita otra vez, todavía ridículamente gorda y rechoncha, con la punta pintada de verde lima. Ralph sonrió, girándola entre las manos.

—Yo no esperaba que fuera tan poderosa como fue una vez, por supuesto —dijo Merlín, poniendo recto otra vez su báculo y utilizándolo para ponerse en pie una vez más. El báculo era notablemente más corto ahora—. Pero sospecho que todavía será capaz de hacer cosas excepcionales con ella.

—Gracias —dijo Ralph seriamente.

—No me lo agradezca —dijo Merlín, alzando una ceja—. Es suya, señor Deedle. Usted lo hizo así.

—Así el mago da al león cobarde su coraje —dijo Zane, sonriendo—. ¿Cuándo consigue James algo de cerebro?

Merlín tensó su sonrisa un poco más, mirando de Zane a James.

—No le preste atención —dijo James, sonriendo y conduciendo al grupo hacia las escaleras—. Es una cosa muggle. No lo entenderíamos.

—¡Vamos! —gritó Ralph, subiendo a la carrera las escaleras—. ¡Quiero mostrar a Ted y al resto de los gremlins que he recuperado mi varita! Tabitha Corsica puede *quedarse* su estúpida escoba.

Los tres chicos subieron corriendo las escaleras móviles, seguidos a paso más sereno por Merlín y el recién renacido Dennis Dolohov.

—¿Estará bien con esa cosa? —preguntó Dennis a Merlín, frunciendo un poco el ceño.

Merlín simplemente sonrió e hizo resonar su báculo contra el suelo mientras subía. Inadvertidamente, un rayo de chispas verde lima salió disparado del extremo, arremolinándose y resplandeciendo como luciérnagas a su estela.



Capítulo 21

El regalo de la caja verde

Las últimas semanas del año escolar pasaron ante James como una imagen borrosa, extraordinariamente libres de peligro mortal y de aventuras, pero sin embargo envueltas con el estrés no mucho menor de los deberes, exámenes finales y prácticas de varitas, todos los cuales fueron relativamente bienvenidos tras la Encrucijada de los Mayores. A nadie le sorprendió mucho que Hufflepuff ganara la copa de las casas, siendo la única casa que había evitado las grandes deducciones de puntos por estar involucradas en las variadas correrías de la conspiración de Merlín. Solo la travesura de la escoba había costado a Ravenclaw y Gryffindor cincuenta puntos a cada una.

En la mañana del último día de escuela, James estaba embutiendo sus libros y túnicas escolares extra en su baúl cuando Noah subió como una tromba las escaleras llamándolo.

—Ron Weasley está en la chimenea. Quiere hablar contigo.

James sonrió.

—¡Excelente! ¡Dile que ya voy!

—¡James, cuidado! —gritó tío Ron un minuto más tarde cuando James tropezó mientras bajaba las escaleras, todavía anudándose la corbata—. Muy respetable y todo eso. Pasaste un buen año, ¿no?

James asintió.

—Supongo que sí. Al parecer aprobaré, después de todo. Pasé toda la noche del lunes preparándome para el examen práctico de Defensa Contra las Artes Oscuras de Franklyn, luego tuve la más horrible sensación de que se me había olvidado todo cinco minutos antes de la prueba.

—No hablaba precisamente de tus obligaciones escolares, tontorrón —dijo el rostro en las brasas, con una sonrisa ladeada—. Tu padre me lo contó todo sobre la conspiración Merlín que descubriste.

—Sí, bueno...—dijo James tímidamente—. Fue todo muy emocionante durante un tiempo, pero raro. Cinco semanas de deberes y de pronto parece como si todo le hubiera ocurrido a algún otro.

—Así funciona —asintió Ron—. Las partes aburridas de la vida se extienden en tu memoria y desplazan a las partes emocionantes hasta que sólo llegan a ser como pequeños destellos. Así es como tu cerebro se enfrenta a las cosas, supongo. Y hablando de eso, ¿qué tal le va al profesor Jackson?

James puso los ojos en blanco.

—Nada puede mantener al viejo Cara de Piedra tumbado por mucho tiempo. En realidad no resultó herido en el duelo con Delacroix, aunque su varita de repuesto no era tan potente como la que ella le rompió. Aparentemente la persiguió por el bosque durante horas y finalmente la acorraló en un claro. Dijo que la había alcanzado, pero que ella le había tendido una trampa, llamado a sus amigas náyades y dríadas para que lucharan con ella. Los árboles lo atacaron por detrás, dejándolo inconsciente. Así fue como consiguió hacerse ese gran hematoma en la frente. Aún así, volvió de nuevo a clase un día después de que Prescott se marchara, y desde entonces ha estado echando fuego con Zane y conmigo.

Ron arqueó una ceja.

—En realidad no se le puede culpar, supongo.

—Le devolvimos su maletín y pedimos disculpas y todo. Quiero decir, sé que arruinamos su empresa de toda una vida para proteger la túnica y evitar el regreso del más peligroso mago de todos los tiempos y todo eso, ¡pero vamos! Merlín resultó ser bueno. Delacroix fue enviada a los Estados Unidos para ser sometida a juicio en los tribunales mágicos de América. Al final todo salió bien, ¿no?

—Todo lo que puedo decir es que si yo fuera él, te desearía arañas en tus cajones

durante el resto de tu vida —masculló Ron—. Pero eso sería yo... Mi mente tiende a ir por esos derroteros.

—Honestamente, tío Ron. Quería arreglar las cosas. Me *gustaba* el profesor Jackson al principio.

—A riesgo de sonar como un adulto responsable, James, las acciones tienen consecuencias. Pedir perdón es genial, pero «lo siento» no es una palabra mágica. No sólo arruinaste los planes de Jackson, le diste una puñalada a su orgullo. Lograste engañarle. En su mente, le hiciste quedar como un tonto. Es difícil que un tipo como él supere algo así. Francamente, no puedes culparlo, ¿no?

—Supongo que no —estuvo de acuerdo James malhumoradamente—. Al menos no nos suspendió en Tecnomancia. Aunque estuvo cerca.

—Buen chico. Aunque no vayas a implicarte demasiado en tus clases. Tienes una reputación que mantener.

—O destrozar —se burló la voz de Noah cerca.

—He oído eso, Metzker —dijo Ron severamente—. Es una orgullosa tradición Potter el pasar raspando por la escuela. Comenzada por el primer James Potter. Además, mira quién habla, señor gremlin.

—Obtuve buenas calificaciones este año, en general —dijo Noah remilgadamente.

Ron sonrió de nuevo.

—Gracias a tu amiga Petra, sin duda. Ella es para vosotros los gremlins lo que Hermione fue para Harry y para mí. Espera. Tu tía quiere saludar, James.

La cara entre las brasas se perdió de vista. Un momento después la sonrisa agradable y el pelo perpetuamente encrespado de Hermione tomaron forma.

—James, ¡qué guapo estás! —dijo con orgullo—. No hagas caso a tu tío. El estudiaba muchísimo y se preocupaba tanto por sus calificaciones como el que más.

—¡Eso no es cierto! —gritó una voz amortiguada desde las profundidades de la chimenea. Hermione hizo una mueca.

—Bueno, *casi* como el que más —reconoció—. En cualquier caso, tu madre y tu padre estarán muy orgullosos de ti, al igual que tu tío y yo. Oh, apenas puedo creer lo rápido que pasa el tiempo. Parece como si sólo ayer hubiésemos estado nosotros allí —suspiró, mirando alrededor de la sala común—. Parece casi exactamente igual. Tendremos que hacer tiempo para una visita el próximo año. Será agradable ver de nuevo ese viejo lugar. —Incluso entre las brasas, los ojos de tía Hermione brillaban un poco. Pestañeó, y luego volvió la mirada hacia James—. Por cierto, James. Ron ha estado hablando con tu padre, ya sabes, y los dos querían preguntarte algo. Yo creí, sin embargo, que sería

mejor que alguien que no fuera uno de ellos sacara el tema, francamente, los dos se han puesto tan tontos al respecto que podrían influenciar tu respuesta.

—¿Qué pasa? —preguntó James arrodillándose frente a la chimenea.

—No te arrodilles —lo regañó Hermione automáticamente—. Te mancharás los pantalones de ceniza. Es sobre la directora. Está planeando jubilarse, ¿lo sabías?

James no lo sabía.

—¿En serio? Pero... ¿qué hará entonces?

Hermione le dirigió una mirada que dijo que acababa de recordar cuantos años tenía.

—Minerva McGonagall tiene toda una vida fuera de las paredes de Hogwarts, James, por mucho que te cueste creerlo. Incluso, tengo entendido, aceptó la oferta del señor Finney para cenar en Londres.

—¿De veras? —aulló James.

—¿De veras? —intervino Noah casi simultáneamente desde el sofá, levantando la vista de su libro. Hermione puso los ojos en blanco.

—Fue una cita puramente profesional, os lo puedo asegurar. Efectuó algunas pequeñas modificaciones en la memoria del señor Finney, en realidad no le hizo olvidar su visita, pero la alteró. Todo fue parte del programa del señor Dolohov para «limpiar», como él lo llama, el expediente de seguridad de la escuela. No obstante —añadió Hermione, bajando un poco la voz—, habló bastante bien del señor Finney. Sería muy agradable pensar que ella pueda encontrar un, eh, *compañero*. Después de todo...

—¡Hermione! —La voz de Ron surgió de nuevo de las profundidades de la chimenea.

—En cualquier caso —dijo Hermione, poniéndose seria—. Sí, la directora planea jubilarse, quizás tan pronto como este mismo verano, asumiendo que pueda encontrarse a un sustituto adecuado. Lo más probable es que siga enseñando Transformaciones y ayudando al nuevo director, quienquiera que sea él o ella. Algunos habían sugerido a Neville Longbottom, pero el ministro cree que es demasiado joven para ocupar el puesto, lo cual es sencillamente estúpido, pero los políticos siendo como son...

—¡Merlín! —exclamó James—. ¡Estáis pensando en pedirle que sea el nuevo director!

Un aullido de alegre triunfo emanó de las profundidades de la chimenea. Hermione miró con el entrecejo fruncido.

—A *mí* puedes dejarme fuera de esto, muchas gracias. Todo es idea de tu padre y de tu tío. Pero puedo ver que estás tan loco como ellos.

—Pero ¿cómo puede ser él el director? —preguntó Noah, saltando fuera del sofá y agachándose ante la chimenea—. Lo siento —añadió rápidamente—. ¿No pude evitar

oírlo todo?

—¿De verdad? —replicó Hermione un poco socarronamente—. Vaya, y yo que había asumido que estabas debidamente enfrascado en el libro de texto de Aritmancia. Que tonta soy. Sin embargo, mantened esto en secreto, los dos. Oh, ¿pero qué estoy diciendo? Ron, mejor explicas tú esto. —Suspiró y se sopló un mechón de cabello apartándoselo de la cara en un gesto que a James le evocó sus primeros recuerdos de la tía Hermione. Le dirigió una sonrisa confusa—. James, que tengas un buen viaje. Te veremos en una semana. Rose y Hugo te envían saludos y dicen que les compres algunos pasteles de caldero en el tren. Buenos días, Noah.

Hermione desapareció de las brasas y el rostro de tío Ron apareció de nuevo.

—Excelente idea, ¿eh? —declaró, mirando de Noah a James con entusiasmo.

—Pero, ¿cómo? —preguntó Noah de nuevo—. Quiero decir, ese tipo era el mago más potencialmente peligroso en la historia del planeta hace unas semanas, ¿no? ¿Y ahora creéis que el ministerio lo pondrá a cargo de una panda de críos?

—No sin un montón de supervisión —dijo Ron rápidamente. Obviamente había pensado bastante en ello—. Ahí es donde entran McGonagall y Neville. Ellos lo vigilarán y ayudarán, como una especie de junta directiva. McGonagall ya está de acuerdo, a pesar de que tuvimos que empujarla un poco. Básicamente teme acabar haciendo ella todo el trabajo, pero con Merlín obteniendo el crédito. Puede ocurrir, además, supongo, pero tú padre y yo no lo creemos. Merlín parece ser la clase de hombre nacido para mandar ¿sabéis?

—Sí —estuvo de acuerdo James—. Pero aún así, proviene de una época en la que mandar significaba decir a la gente qué guillotina tenía la cola más corta. No me puedo imaginar que el ministerio esté de acuerdo en ponerlo a cargo de Hogwarts.

—Tu Merlín es sorprendentemente rápido aprendiendo, James —dijo Ron con seriedad—. Ya ha estado rondando por todo el ministerio, conociendo a gente y teniendo grandes y largas discusiones sobre la forma en que funcionan las cosas hoy en día. Está caldeando el panorama, ¡he de admitirlo!

—¿Entonces por qué no lo colocan por ahí, en algún lugar? —cuestionó Noah—. Quiero decir, el mago más famoso en todo el mundo y todo eso. Cualquiera pensaría que estaría en la cola para ministro de Magia, como poco.

Ron rió algo maliciosamente.

—Supongo que sois demasiado jóvenes para comprender las consecuencias de las palabras «sobrecualificado e inexperto». Básicamente, ningún departamento lo quiere. Un tipo como Merlín no trabaja bien tras un escritorio, para empezar. Y es difícil imaginar que cualquier jefe de departamento que lo contrate no sería jefe del

departamento mucho tiempo después de hacerlo.

—Quieres decir que él asumiría el control, ¿verdad? —confirmó James.

—Asumiría el control, como poco. Es un poco de gatillo suelto. Claro, probablemente sea el mago más poderoso vivo hoy en día, pero con un hueco de mil años en su experiencia laboral. Por muy rápido que se ponga al día os aseguro que encaja mal en el tapete rojo del mundo del ministerio. Tu padre apenas puede soportarlo, James. Piensa en lo que sería enfrentarse a un tipo que puede desterrar a sus enemigos al mundo de las tinieblas con una sola mirada. La cuestión es que el ministerio está buscando un lugar «adecuado» para sacarse de encima al viejo. Algún lugar lo suficientemente prominente como para un mago de su talla, pero lo suficientemente lejos como para que no sea una amenaza para nadie, metafóricamente hablando. O, a lo mejor *no* tan metafóricamente hablando. Nunca se sabe.

—Y resulta que Hogwarts tiene necesidad de un nuevo director —dijo Noah, sonriendo.

—¿Bueno? —dijo Ron respondiendo a la sonrisa de Noah—. Parece un poco demasiado perfecto, ¿no?

—Incluso si el ministerio está de acuerdo con eso, ¿tú crees que él aceptará? —preguntó James

En la chimenea, Ron pareció encogerse de hombros.

—¿Quién puede decirlo? Nadie le ha preguntado aún. Pero lo primero es lo primero —Ron se puso serio y estudió a James—. Tú lo conoces mejor que nadie, sobrino. Estabas allí cuando regresó del pasado. Tú fuiste el que habló con él para que volviera y ayudara a Hogwarts y al mundo mágico. ¿Tú qué crees? ¿Crees que podría ser un buen director? ¿Crees que deberíamos preguntárselo?

Noah se recostó contra la base del sofá, estudiando a James y esperando su respuesta. James sabía que debía pensar en ello, pero ya sabía su respuesta. Merlín era un hombre complicado, y no exactamente lo que cualquiera llamaría «bueno», no en el sentido en que lo había sido Albus Dumbledore o incluso Minerva McGonagall. Pero James sí sabía algo: Merlín *quería* ser bueno. Era difícil decir si era mejor tener un director que fuera bueno por naturaleza, o uno que fuera bueno porque tenía que intentar ser así todos los días, pero James tenía la edad suficiente como para saber que se trataba de un riesgo que valía la pena correr. Además, la parte gremlin de James susurró, «*podría ser divertido tener un director que destierre a alguien como Tabitha Corsica a las tinieblas con solo una mirada*».

—¡Pedídselo! —dijo James, asintiendo una vez, enfáticamente—. Si el ministerio accede, pedídselo. Y espero que acepte.

—¡Yuuuujuuuu! —aulló Noah, lanzando las manos al aire.

—Mantenedlo en secreto por ahora —dijo Ron severamente—. Si se sabe una palabra de esto antes de que tu padre y Hermione arreglen las cosas en el ministerio, se podría estropear todo. ¿Lo captáis?

Noah asintió. James sonrió en acuerdo.

—Tú padre recuperó la capa y el mapa, ¿no? —preguntó Ron a James cambiando de tema.

—Sí. Y aparentemente voy a estar castigado cuando regrese. Dos semanas sin mi escoba.

Ron chasqueó la lengua.

—Justo cuando estabas empezando a mejorar bastante, por lo que he oído. Ah, bueno. Sabes que tu padre tiene que mantener las apariencias castigándote y todo eso, pero está orgulloso de ti. Te lo digo yo.

La sonrisa de James se amplió y sus mejillas se sonrojaron.

—No es que yo lo intentara de nuevo, si fuera tú —dijo Ron, mientras su sonrisa de desvanecía—. Una vez tiene su encanto. Si sales con algo así de nuevo probablemente Ginny decida escolarizarte en el sótano de casa. Te lo digo yo, tu madre no es alguien con la que se pueda jugar, James.



Más adelante esa tarde, James se encontró con Zane y Ralph fuera mientras los miembros de Alma Aleron se reunían para embarcar. Mientras observaban, los tres vehículos voladores fueron conducidos fuera del garaje y después, el garaje fue desglosado y embalado dentro del portaequipajes del Dodge Hornet.

—Hay algo profundo y místico en todo esto, pero no puedo poner el dedo en la llaga —dijo Zane pensativamente.

—¿Qué? ¿En un garaje del tamaño de una casa siendo embalado en unos minutos?

—No. En la forma en que el profesor Franklyn parece ser más y más popular entre las chicas cuanto más se acerca su partida.

Era verdad. Franklyn era muy popular entre las damas, desde las matronas más viejas hasta las chicas de primero, que se reían tontamente cuando él pasaba a su lado,

tocándolas suavemente a cada una en la cabeza. Las únicas mujeres sobre las que no parecía tener efecto eran la directora y Victoire, que afirmaba creer que era un viejo charlatán presuntuoso. Ted había explicado que una de las ventajas de ser viejo era ser libre de coquetear con cualquier chica, porque ninguna de ellas se lo tomaba lo suficientemente en serio como para sentirse ofendida.

Zane encontró esto extraordinariamente instructivo.

—Cuando sea viejo, voy a coquetear así —dijo melancólicamente.

—Ni siquiera coquetea —dijo James, entrecerrando los ojos—. Apenas les sonrío y actúa modestamente, como siempre.

—Eso sólo demuestra que *sabe* lo que es coquetear.

Ralph puso sus ojos en blanco.

—Me sorprende que no estés tomando notas.

—Debería ofrecerse a dar una clase —dijo Zane seriamente, observando a Franklyn inclinarse y besar la mano de Petra Morganstern como despedida. Petra sonrió y le miró de reojo, ruborizándose un poco. Cuando Franklyn se enderezó, ella se inclinó hacia adelante y le dio un beso recatado en la mejilla.

—Damas y caballeros de Hogwarts —dijo Franklyn, girándose para dirigirse a la multitud—. Ha sido un gran placer para nosotros servirles este año. Ha sido, como sabía que sería, un año notablemente instructivo para nosotros. Hemos consolidado nuestra disposición a trabajar con la comunidad mágica europea en mantener la justicia y la equidad en todo el mundo, no sólo en el mundo mágico, sino también para toda la humanidad —Escudriñaba a la muchedumbre, sonriendo, entonces se quitó las gafas y suspiró—. Estamos, sospecho, al principio de tiempos desafiantes. Soplan vientos de cambio. A ambos lados del océano nos enfrentamos con fuerzas que sacudirán los cimientos de nuestra cultura. Pero nos hemos hecho amigos, vosotros y nosotros, y permaneceremos unidos, sin importar lo que pueda venir. Llevo por aquí mucho tiempo, y puedo decir con un cierto grado de confianza que ese cambio *siempre* ha estado en el viento. El reto para los hombres buenos no está en impedir el cambio, sino en moldear lo que venga, a fin de que pueda beneficiar en vez de destruir. Después de este año, estoy indudablemente seguro de que podemos tener éxito en esta empresa.

Hubo una ronda de aplausos, a pesar de que James la sintió un poco superficial. No todos en aquella muchedumbre estaban de acuerdo con Franklyn, y no todos por las mismas razones. Aún así, había sido un buen discurso, y James se alegraba de que Franklyn lo hubiese hecho. Mientras la multitud seguía vitoreando, Franklyn se subió al Escarabajo Volkswagen, saludando una vez más desde la puerta abierta.

Alguien dio un golpe a James en el hombro. Se dio la vuelta y luego tuvo que mirar

hacia arriba. El profesor Jackson estaba de pie detrás de él. Alto y vestido de negro Jackson parecía más imponente que nunca. Miraba hacia abajo con la nariz erguida y las cejas tupidas bajas.

—Pensé que podría querer conservar esto —dijo Jackson. James notó que el hombre sostenía una pequeña caja de madera. Jackson la observó, sostenida entre sus manos y después se la entregó a James—. Fue encontrada en las habitaciones de Madame Delacroix. Creo que le pertenece a usted más que a nadie. Disponga de ella según sus necesidades.

James sostuvo la caja, que resultaba asombrosamente ligera. Era de un extraño color verdoso, cubierta de profundas tallas decorativas. Le recordó a las enredaderas de la puerta del Santuario Oculto. Levantó la mirada para preguntar al profesor Jackson qué era, pero el hombre ya cruzaba a zancadas el patio hacia el Stutz Dragonfly. Se detuvo cuando llegó al vehículo y luego se volvió, levantando una mano hacia la asamblea, con su cara de piedra, como rezaba su apodo. La multitud vitoreó, una ovación mucho más larga y sostenida que la que Franklyn había recibido. Asombrosamente, Jackson se había convertido en el favorito de Hogwarts, no tanto a pesar de su conducta de cascarrabias como a causa de la misma.

Una vez Jackson hubo abordado al vehículo, el resto del grupo subió a bordo rápidamente. Los delegados de capas grises del Departamento Americano de Administración Mágica habían llegado de Londres un día antes para reunirse con sus compañeros para el viaje de vuelta a Estados Unidos. Se metieron en los vehículos, haciendo gestos de despedida con la cabeza al grupo. Los últimos fueron los conductores, que acomodaron el enorme montón de maletas en los portaequipajes aparentemente sin fondo de los vehículos, y luego se subieron a los asientos delanteros para conducir.

Las alas se desplegaron de los vehículos suavemente, con delicadeza, y comenzaron a azotar el aire. El Dodge Hornet despegó primero. Con un chirrido de resortes y un crujir del metal, se levantó en el aire, girando lentamente. El Stutz Dragonfly y el Escarabajo Volkswagen le siguieron, el bajo zumbido de sus alas sacudió el aire, haciendo ondular el césped del patio. Luego, con gracia y velocidad repentinas, flotaron, levantándose, con los morros inclinados hacia el suelo. En menos de un minuto el ruido de su partida se había perdido entre las últimas ráfagas de viento que soplaban sobre las colinas.

Ralph, Zane, y James se dejaron caer sobre un banco cerca de la entrada del patio.

—¿Qué hay en la caja que te dio Jackson? —preguntó Ralph, estudiándola curiosamente.

—Si yo fuera tú, ni siquiera la abriría —advirtió Zane—. ¿Recuerdas lo que dijo sobre hacer nuestras vidas «interesantes»? Es la clase de tipo que espera justo hasta el

momento de partir para obtener su venganza sobre ti. De esa forma ya no está cuando comienza el problema —Zane se golpeó con un dedo el costado de la cabeza sabiamente.

James frunció el ceño y sacudió la cabeza lentamente. Estudió la caja que reposaba en su regazo. Tenía un pestillo de metal en la parte delantera que mantenía la tapa cerrada. Sin decir nada, giró el pestillo y levantó la tapa. Zane y Ralph se inclinaron hacia adelante, estirando el cuello para ver. El interior de la caja estaba forrado con un terciopelo púrpura. Había un objeto adentro, situado sobre un trozo de pergamino enroscado.

—No lo capto —dijo Ralph, volviendo a recostarse hacia atrás—. Es un muñeco.

James lo sacó y lo sostuvo en alto. En efecto, era una pequeña figura, toscamente fabricada de arpillera y cordel, con botones desiguales como ojos.

Zane le echó un vistazo con cara seria.

—Es... eres tú, James.

Efectivamente. La figura tenía una llamativa similitud. El hilo negro de la cabeza hacía una buena representación del pelo revuelto de James. Incluso la forma de la cabeza, la línea de la boca cosida, y la colocación de los ojos de botón formaban un espeluznante retrato.

James se estremeció.

—Es un muñeco vudú —dijo. Recordó la nota dentro de la caja. Los tres chicos se inclinaron para leerla cuando James la desenrolló.

Señor Potter:

Seguramente reconocerá este objeto. No hubo tiempo este año en el plan de estudios de Tecnomancia para discutir el arte antiguo de las representaciones armónicas (arte figurativo armónico), pero sospecho que comprende usted lo que implica. Esto fue encontrado en los aposentos de Madame Delacroix. Tras un breve debate con la directora y los retratos de Severus Snape y Albus Dumbledore (quienes, debería saber, se toman bastante interés por usted) se decidió que podría resultarle beneficioso saber cómo Madame Delacroix utilizó este objeto en su contra. En realidad, la elegancia de su manipulación resulta bastante impresionante. Esta figura estaba colocado junto a la figura mucho mayor de su padre, Harry Potter. Al otro lado había una vela. Parece evidente que mantenía la vela encendida todo el tiempo. Por supuesto, el resultado, señor Potter, era que su figura siempre estaba a la sombra de la representación de su padre.

Siempre hay una pizca de verdad en las manipulaciones del arte vudú. Delacroix sabía

que lucharía usted legítimamente con las expectativas de su legendario padre. La lección que debe aprender de esto, señor Potter, es que las emociones no son malas, pero deben ser examinadas. Conózcase usted mismo. Los sentimientos siempre parecen válidos, pero pueden confundir. Y pueden, como ya ha visto, ser utilizados en su contra. Repito, como su maestro y hombre mayor que usted, conozca sus sentimientos. Domínelos o sino ellos lo dominarán a usted.

Theodore Hirshall Jackson

—¡Vaya! —suspiró Ralph—. ¡No la llamábamos «la reina vudú» por nada!

Zane preguntó.

—¿Qué vas a hacer con él, James? Quiero decir, ¿si lo destruyes, serás destruido tú de alguna manera?

James fijó la mirada a la pequeña y poco atractiva caricatura de sí mismo.

—No lo creo —respondió pensativamente—. No creo que Jackson me lo hubiera dado en ese caso. Creo que solo quiso que recordara lo que ha ocurrido. Y tratar de asegurarse de que no vuelva a suceder.

—¿Y? —repitió Zane—. ¿Qué vas a hacer con eso?

James se levantó, metiendo el muñeco en el bolsillo de sus pantalones.

—No sé. Creo que lo guardaré. Por lo menos durante un tiempo.

Con eso, los tres chicos vagaron sin rumbo fijo hacia la escuela, decididos a hacer lo menos posible en su último día de clase.



Más tarde esa noche, incapaz de dormir por la emoción de la partida del día siguiente, James salió de la cama. Se deslizó escaleras abajo hacia la sala común, con la esperanza de que alguien más pudiera estar aún levantado para una partida de ajedrez mágico o incluso de Winkles y Augers. Por el brillo de las brasas, la habitación parecía estar vacía. Mientras se daba la vuelta para marcharse, algo atrapó la mirada de James y observó de nuevo. El fantasma de Cedric Diggory estaba sentado cerca del fuego. Su forma plateada era todavía transparente, pero notablemente más sólida que la última vez que lo había visto.

—Estaba intentando pensar en un nombre para mí —dijo Cedric, sonriendo cuando James se lanzó sobre un sofá cercano.

—Ya tienes un nombre, ¿no? —respondió James.

—Bueno, no un nombre fantasmal apropiado. No como «Nick Casi Decapitado» o «el Barón Sanguinario». Necesito algo con estilo.

James lo consideró.

—¿Qué tal «El Cazador de Muggles Fastidiosos»?

—Es un poco largo.

—Bueno, ¿puedes mejorarlo tú?

—Yo estaba pensando... será mejor que no te rías —dijo el fantasma, lanzando a James una mirada severa—. Estaba pensando en algo así como «El Espectro del Silencio».

—Hum —respondió James cuidadosamente—. Pero no eres silencioso. De hecho, suenas mucho mejor ahora. Tu voz ya no suena como llegada del *más allá*.

—Sí —estuvo de acuerdo Cedric—, estoy un poco más... aquí, en cierto modo. Ahora, soy tan fantasmal como el resto de los fantasmas de la escuela. Aunque estuve en silencio durante mucho tiempo, ¿no?

—Supongo que sí. Pero aún así, con un nombre como «El Espectro del Silencio» —dijo James sin convicción—, será difícil encajar si vas a ir por ahí conversando con la gente todo el tiempo.

—Tal vez podría mostrarme meditabundo y callado un montón de rato —medió Cedric—. Simplemente flotaría mucho por ahí pareciendo malhumorado y demás. Y entonces, cuando pasen por mi lado, la gente se susurrará unos a otros, «¡Eh, ahí va! ¡El Espectro del Silencio!».

James se encogió de hombros.

—Vale la pena probar. Supongo que tienes todo el verano para practicar la melancolía silenciosa.

—Supongo que sí.

James se sentó de repente.

—Entonces, ¿crees que vas a ser el nuevo fantasma de Gryffindor? —preguntó—. Quiero decir, como Nick Casi Decapitado se fue a dondequiera que vayan los fantasmas nuestra casa no tiene ya fantasma.

Cedric lo pensó un momento.

—En realidad no creo. Lo siento. Yo era un Hufflepuff, ¿recuerdas?

James se desplomó una vez más.

—Sí. Lo olvidé.

Pasaron unos minutos y entonces, Cedric habló de nuevo.

—Fue algo estupendo lo que hiciste, salir y llamar a Merlín para que regresase y nos ayudase cuando parecía haberse ido para siempre.

James levantó la cabeza y miró al fantasma. Frunció el ceño un poco.

—¿Eso? Bueno, en realidad fue sólo un golpe al azar. Fue culpa mía que Merlín fuera traído a este tiempo. Creía que estaba haciendo al mundo un gran favor, interponiéndome en el camino del malvado plan de Delacroix y Jackson. Y resultó que ella me utilizó todo el tiempo y que Jackson era en realidad un buen tío.

—¿Y bien? —contrarrestó Cedric—. Aprendiste algo entonces, ¿verdad?

—No lo sé —contestó James automáticamente. Pensó durante un momento y luego añadió—: Sí, supongo que sí.

—En cierto aspecto tú y tu padre sois iguales, James —dijo Cedric.

James rió un poco sin humor.

—No veo en qué. Todo lo que aprendí es que mi forma de hacer las cosas no es como la de papá. Si trato de hacerlo a su manera, todo me sale mal. Si trato de hacerlo a mi manera, podría ayudar a que las cosas se solucionen por pura suerte. El camino de papá fue ser un héroe. Mi camino es el camino del mánager. Mi mejor talento es pedir ayuda.

—No, James —dijo Cedric, inclinándose hacia adelante para mirar a James directamente a los ojos—, tu mejor talento es inspirar a las personas a que quieran ayudar. ¿Crees que eso no es importante? El mundo necesita gente como tú, porque la mayoría de la gente de ahí afuera no tiene el coraje o la pasión o la dirección para ser héroes. Quieren serlo, pero necesitan que alguien les diga por qué, y les muestre cómo hacerlo. Tienes un don, James. Tu padre fue un héroe porque era *el niño que sobrevivió*. Tenía un destino. No fue un camino fácil para él, pero era un camino *evidente*. Estaba Harry y estaba Voldemort. Él sabía dónde estaba y lo que tenía que hacer, incluso si le mataban. Tú, sin embargo... eres un héroe porque eliges serlo, todos los días. Y tienes talento para animar a otros a que elijan también.

James clavó la mirada en los carbones ennegrecidos del fuego.

—Yo no soy un héroe.

Cedric sonrió y se recostó hacia atrás de nuevo.

—Piensas eso sólo porque crees que los héroes siempre ganan. Confía en mí esta vez,

James. Un héroe no se define por ganar. Muchos héroes mueren en el esfuerzo. La mayoría de ellos nunca obtienen ningún reconocimiento. No, un héroe es sólo alguien que hace lo correcto cuando sería mucho, mucho más fácil no hacer nada.

James se giró para mirar al fantasma, con una sonrisa ladeada.

—Quizás debiéramos llamarte «El Espectro de la Cursilería».

—Ja, ja —respondió el fantasma.

James se puso de pie de nuevo.

—Gracias, Cedric. Eso... ayuda.

Cedric asintió. James se dirigió de nuevo a las escaleras, pero se detuvo con el pie en el escalón inferior.

—Sin embargo, hay algo que todavía me molesta, Cedric. Tal vez sepas algo al respecto, siendo un fantasma y todo eso.

—Tal vez. Dime.

—La dríada del bosque dijo que existe un heredero de Voldemort. Dijo que esta persona estaba viva y muy cerca, aquí en los terrenos de la escuela.

Cedric asintió lentamente.

—Yo estaba allí cuando se lo contaste a Snape.

—Bueno, quienquiera que sea creo que fue quien cogió el *gamedeck* de Ralph y usó el nombre de Austramaddux. Si eso no hubiera ocurrido, nada de esto hubiera pasado. Quienquiera que sea tiene que haber estado trabajando con la señorita Sacarhina desde el principio.

Cedric apartó la vista, mirando a través de una ventana cercana.

—¿Crees saber quién es?

—Tabitha Corsica —dijo James rotundamente—. Creí que podría ser ella tras hablar con Snape y *todavía* sigo pensando que puede ser ella. Vale, su escoba no era el báculo de Merlín. Aún así hay algo espeluznante en la escoba. Y en *ella* en general.

Cedric se puso de pie y caminó a través de la silla, aparentemente sin percatarse de que lo hacía.

—He sentido algo, James. Te lo admito. Siento la sensación de que El-que-no-debe-ser-nombrado está aquí todavía. Que perdura dentro de estas paredes. Es como un olor, como algo rancio y sudoroso... y púrpura, de algún modo. Tal vez soy más sensible a ello que los demás fantasmas. Después de todo, él fue el responsable de mi muerte.

—Sí —dijo James tranquilamente—. No lo olvido.

—Pero James, las cosas rara vez son tan obvias como nos gustaría pensar que son. En el mundo real, al menos en nuestros tiempos si no en el de Merlín, el mal lleva muchas máscaras. Es confuso. Tienes que ser muy cuidadoso. A veces, incluso las buenas personas pueden parecer malas. Muchos de nosotros, incluido tu padre, cometimos ese error con el profesor Snape.

—Como yo —admitió James—, con el profesor Jackson.

Cedric asintió.

—Pero habría jurado que Tabitha estaba involucrada en todo el asunto de la conspiración de Merlín. ¿Tú cuál crees que sea la verdadera historia de Tabitha y su escoba?

Cedric observó a James durante un largo momento, estudiándolo.

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar que su escoba podría ser exactamente lo que ella dice que es?

—¿Qué? —se burló James— ¿Un «artefacto muggle»? Eso es solo una treta que se sacó de la manga, ¿no?

Cedric se encogió de hombros, pero pareció más bien el encogimiento de hombros de alguien que sabe más de lo que tiene intención de decir.

—La gente más espeluznante no siempre son los que se inclinan hacia el mal, James. A veces, la persona más espeluznante es la que confunde sus propias mentiras con la verdad.

James parpadeó.

—¿Quieres decir que... Tabitha Corsica cree en todas las cosas que dijo en el debate? ¿En lo de que Voldemort en realidad era un buen tipo? ¿Que fue pisoteado por el ministerio y la clase mágica dirigente porque no podían dejar que desafiara el status quo? No puede creer *de verdad* en eso, ¿no?

Cedric volvió a mirar a James, y luego suspiró.

—Honestamente, no lo sé. Pero sé que mucha gente lo cree. Y ella parece muy sincera al respecto. Esa escoba suya puede tener alguna magia tenebrosa en su interior, pero eso no es nada comparado con la magia oscura que alguien puede convocar si su corazón es lo suficientemente deshonesto como para retorcer una mentira hasta convertirla en algo que cree que es verdad.

Mientras James se metía silenciosamente en su cama, su mente corría. Ni siquiera había considerado el que Tabitha Corsica pudiera creer las cosas que decía. Había asumido que apoyaba la propaganda del Elemento Progresivo porque aceptaba y suscribía plenamente su oscuro objetivo final. Por un momento sintió vagamente pena

por ella. Era terrible pensar que alguien como ella pudiera creer que estaba moralmente en lo cierto, y que él, James Potter, y su padre, eran los malvados. Era casi impensable, pero no del todo. Fuera, la luna estaba llena y brillante. James se durmió con sus rayos en la cara, pálidos y fríos, y la frente aún ligeramente fruncida.



Al día siguiente, James, Zane, y Ralph avanzaban con el expreso de Hogwarts hacia el andén nueve y tres cuartos. Los padres de Zane estaban allí, junto con su hermana menor, Greer, que miraba a la gigantesca locomotora carmesí con sobrecogido asombro. De pie cerca de ellos, James divisó a su madre y su padre arreando a Albus y Lily para que avanzaran con ellos. Sonrió y saludó. Parecía como si apenas hubiera pasado una semana desde que los había visto desde el tren mientras éste se alejaba de la estación, llevándole junto con la incertidumbre de su primer año en Hogwarts. Ahora estaba en casa de nuevo. Hogwarts era maravilloso, pensó para sí mismo, pero se alegraba de volver a casa después de todo. El próximo año estaría acompañando a Albus en el tren que le llevaría a *su* primer año. Se burlaría de Albus interminablemente sobre en qué casa terminaría. De hecho, ese iba a ser su proyecto de verano. Pero no se preocupaba al respecto. Aunque Albus no fuera un Gryffindor le iría bien. James sabía que si Albus era enviado a otra casa que no fuera la suya se sentiría incluso un poco celoso. Pero sólo un poco.

Cuando se unió a la fila para salir del tren, James acabó detrás de Ted. Notó que Ted estaba cogido de la mano con Victoire.

—Vas a causar un montón de problemas, ¿sabes? —comentó James, sonriendo.

—Es un trabajo duro, ser tan controvertido —dijo Ted humildemente—, pero todos tenemos nuestras cargas que soportar.

—Mis padges no deben vegnos juntos —ordenó Victoire—. Ted Lupin, no lo agguines todo. Sabes que no lo apgobaguían. Mantén la boca ceggada. Tú también, James.

—Su acento es mucho más prominente cuando se pone mandona, ¿no? —preguntó Ted a James.

James sonrió. Era cierto.

Se detuvo en la puerta abierta del tren, mirando hacia el andén. A través de la multitud de estudiantes que regresaban, los bulliciosos porteros y los gritos de los

miembros de las familias, vio a Zane sumido en el mutuo abrazo de su hermosa madre rubia y alta, y su orgulloso padre. Su hermana fue absorbida hacia el abrazo, aparentemente contra su voluntad, feliz de ver de nuevo a su hermano pero aún embelesada por el tren carmesí. Ralph se encontró con su padre en el andén con un abrazo más sobrio, ambos sonreían un poco tímidamente. Ralph echó un vistazo hacia atrás a James y saludó.

—¡Papá dice que pasaremos el verano en Londres! ¡Podré ir a visitarte!

—¡Excelente! —gritó James felizmente en respuesta.

Y entonces, mientras bajaba, James vio a su propia familia buscándole. En ese momento antes de que lo hubieran divisado, James saboreó su propia felicidad. Estaba sin duda en casa. Corrió hacia ellos, palpando el bolsillo de sus pantalones para asegurarse de que el pequeño muñeco de Madame Delacroix estuviera todavía allí. Probablemente no significara nada, pero no hacía daño ser precavido. No hacía ningún daño en absoluto.

—¡James! —gritó Albus, que le vio primero—. ¿Nos trajiste algo? ¡Lo prometiste!

—¿Qué soy yo? ¿Papá Noel? —respondió James, riendo mientras Albus y Lily casi le derribaban.

—¡Lo prometiste! ¡Nos prometiste varitas de regaliz del carrito!

—Y pasteles de caldero para Rose y Hugo —añadió Harry, sonriendo.

—Vaya, las noticias vuelan. ¡Vale, vale, he traído cosas para todo el mundo! —admitió James. Se vació los bolsillos, llenando las manos de Albus y Lily de golosinas. Sacó el muñeco vudú al final y todos lo miraron un poco desconcertados

—¿Qué demonios es eso, James? —dijo Ginny, abrazándolo y luego estudiando el objeto en las manos de su hijo—. ¡Se parece... bueno, a ti!

La cara de James se rompió en una sonrisa.

—Es para ti, mamá. Pensé que te gustaría guardarlo para cuando vaya a la escuela el próximo año. Ya sabes, para te acuerdes de mí.

Ginny lo miró con curiosidad, y luego le echó un vistazo a Harry. Él se encogió de hombros y sonrió.

—Bueno, es un poco raro, pero vale —dijo ella, quitándole el muñeco—. ¿Si lo abrazo, lo sentirás?

James se encogió de hombros, demostrando desinterés mientras la familia comenzaba a abrirse paso hacia la terminal principal.

—No lo sé. Nada. Es... ¿sabes?, supongo que vale la pena probar.

Ginny asintió, sonriendo y lanzando una mirada a Harry. Tendría que probar.

FIN



Apreciado lector,

Muchísimas gracias por haberte tomado el tiempo suficiente como para leer este relato. Para mi es infinitamente sorprendente que lo que comenzó como un pequeño ejercicio de escritura para mí mismo, mi familia y algunos amigos, se haya convertido casi en un fenómeno mundial. La última vez que lo comprobé, más de un cuarto de millón de personas habían leído *James Potter y la encrucijada de los mayores*, y esa cifra aumenta cada día. En el último recuento, había seis traducciones en progreso, hechas espontáneamente por lectores. Me han dicho que esa cantidad de lectores es bastante inusual en el mundo de los *fan fictions* (un término del que ni siquiera tenía conocimiento cuando comencé esta historia), así que me siento honrado por su generosa atención.

Se dice que la persona más creativa es la que mejor esconde sus fuentes. Sin embargo, en el caso de esta historia, la fuente de inspiración es tan descaradamente evidente que pensé en mencionar algunas otras que contribuyeron a esta historia. Primero y principalmente, por supuesto, esta historia no existiría sin los mundos y personajes extraordinariamente elaborados por la señora J.K. Rowling. Conozco algunos lectores de esta historia que de hecho no han leído ninguno de los relatos originales de Harry Potter (al menos, mis padres) y les animo fervientemente a que lean esos libros en primer lugar. De todas formas, además de la señora Rowling, esta historia está profundamente influenciada por otros dos autores ingleses.

Los lectores de C.S. Lewis reconocerán gran parte del personaje y la historia general de Merlinus Ambrosius. En muchos sentidos, el Merlín de mi historia es una revisión del fascinante libro del señor Lewis, *Esa Horrible Fortaleza* que es el tercer libro de su *Trilogía Cósmica*. He leído que la señora Rowling encontró inspiración para sus historias en el clásico del señor Lewis, *Las Crónicas de Narnia*, de modo que creí procedente incorporar en JPEM elementos de otra de sus maravillosas historias.

Como ha sido señalado por miembros del foro oficial de JPEM, también encontré fuente de inspiración en las amenas historias de la *Serie Mundodisco* del señor Terry Pratchett. A él particularmente, tenemos que agradecerle el concepto general de la Tecnomancia (aunque él lo hace mucho mejor). También «tomé prestados», con todo respeto, algunos de los nombres de sus personajes. Para los amantes de la fantasía y el humor inteligente, me faltan las palabras para recomendar el sublime trabajo del señor Pratchett como se merece.

Me siento bastante indulgente incluso solo por mencionarlo, pero he recibido miles de mensajes de correo electrónico y comentarios en el foro, formulando todos ellos la misma pregunta: ¿Habrá una continuación? Como cualquier lector puede apreciar, el final de esta historia deja algunas importantes preguntas sin respuesta: ¿Merlín accede a ser el nuevo director? ¿Cómo se toman James, Harry, Ted y los demás, la nefasta historia

familiar de Ralph? ¿Qué sucede con el Elemento Progresivo y su plan para resucitar el recuerdo y los objetivos de lord Tom Ryddle? Y lo más importante, ¿quién es el misterioso descendiente de Voldemort, y cómo llegó esta persona a serlo?

Reflexioné profundamente sobre este asunto y escribí un blog bastante largo acerca de ello en el foro de JPEM, pero la respuesta corta es «sí», tengo planeado escribir una secuela, aunque no una serie completa de siete libros de James Potter. Hay muchos argumentos en contra de escribir una secuela, uno de los más importantes es que es bastante difícil encontrar el tiempo para escribir una novela que no puede, por designio, obtener ninguna compensación económica. Por ese motivo he decidido que mi próximo libro será una creación enteramente original, que publicaré, si es posible y es merecedora de ello, con fines lucrativos. Después de eso, me sumergiré de nuevo en el mundo de James, Zane, Ralph, Tabitha y el resto para un segundo libro de James Potter.

Finalmente, algunos agradecimientos:

Gracias a la señora Rowling por entretenernos tan intensamente a todos, que a muchos nos ha inspirado a poner la pluma sobre el papel por nuestra cuenta.

Gracias a mi esposa e hijos, que fueron el primer público de esta historia y quienes me alentaron para que la pusiera a disposición de todos ustedes.

Gracias a mugglenet.com por rechazar esta historia tres veces. Si no hubiera ocurrido así, muy probablemente yo no hubiera creado el sitio web que granjeó tanta atención a este relato.

Gracias a todos mis nuevos amigos del foro «Grotto Keep». Su estímulo y constante crítica constructiva hicieron esta historia mucho más poderosa al final de lo que lo fue en un principio.

Gracias a Kaldi's Coffeehouse, Kirkwood, MO, donde escribí la mayor parte de este relato. Cada vez que Zane disfrutaba de una humeante bebida matutina, sé que estaba pensando en vosotros.

*G. Norman Lippert
St. Louis, Missouri, Estados Unidos de América
27 - Diciembre - 2007*



George Norman Lippert comenzó dibujando y escribiendo historias por diversión a los tres años (o al menos eso dice su madre) y solo recientemente ha descubierto que a alguna gente realmente le pagan por hacer esas cosas. A su esposa le gustaría mucho que algún día a George también le pagaran por escribir, al menos así podría arreglar su destartalada casa y evitar que la oficina de George caiga en uno de los grandes derrumbamientos de cavernas.

George tiene intención de continuar escribiendo historias por diversión de todos modos. Mientras su escritorio no esté bajo tierra.

George vive con su mujer y dos hijos en St. Louis. Missouri.